3 1761 08158673 7

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

9490/6

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24 NUM. 283.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JULIO 1912

125952
17/1/13

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 24
no. 283-85

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.052

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE JUVENTUD

XXXI

*** Lucha dentro y lucha fuera.**

El comercio amistoso con Sánchez del Arco ejercía en mí diversos efectos: gratos los unos, desagradables otros; todos útiles, sin embargo, bajo el aspecto educativo.

Por su causa tuve ocasión, casi niño, de entrar como hombre en el trato de los hombres y alternar en círculos distintos. El trato uniforme con una sola clase y condición social, produce educaciones deficientes. Es difícil conocer al hombre si no se le ve en los múltiples escenarios de la vida, desde el presidio y los hospitales a los palacios.

Con Sánchez traté a varias clases de personas: menestrales, literatos, cómicos, propietarios, políticos, marinos, aventureros; gentes de distinta educación, instrucción, maneras y costumbres.

La lucha por la existencia es dura, por lo general; pero, en aquellos tiempos, la que me correspondía sostener resultaba muy superior a mis fuerzas.

Contaba con seis u ocho duros al mes, sacados de los muertos: para seguir los estudios, no era mucho; para atender a las necesidades de numerosa familia, no era nada. Seguía desterrado mi señor padre; los amigos demasiado habían hecho, de propia voluntad y por largo tiempo; no era decoroso molestaros indiscretamente con demandas que implican ingratitud a los favores ya recibidos.

El indiferentismo de Sánchez ante las necesidades, su desprecio al vestir, a esas exterioridades sin las que parece incompatible el decoro, consolábame de tal suerte como ningún otro bálsamo podía aliviar a mi espíritu en aquellas circunstancias. Además, si bajo este aspecto Sánchez del Arco venía a ser como individuo un tipo raro, extravagante, exagerado, en cambio, como *maestro de ejemplo,* era el mejor maestro: en mí produjo una casi virtud, cierto amor a la vida modesta, a las necesidades fáciles de satisfacer, a la sobriedad. Y a la vez, en mi carácter triste abrió una fuente de placer para toda la vida, porque, llegando a mejor estado de fortuna, me di por contento con poco: no llegué a sentir las comezones de la ambición, ni dolor por las pérdidas pecuniarias, considerando que bien podía vivir con menos necesitando menos. Como el espíritu es interno y no se ve, he de insistir en este punto de confesión.

En aquella edad, los rigores de la pobreza no los sentía por el hecho de carecer, sino por el deshonor que ésta para mí implicaba. Eso de llegar el tendero con la cuenta y no tener para pagarle, hacer que volviese inútilmente, escuchar sus justas reconvenciones, etc., eran escenas que consideraba incompatibles, no ya con la honra, sino hasta con el más simple decoro.

Así, en mi concepto, era preciso no aparecer de esta manera ante la sociedad, disimular y ocultar la situación. Tal procuraba y aun conseguía, gracias a los cuidados de mi madre; a los milagros, mejor dicho, de su buena y fuerte voluntad.

Partiendo de esto, considérese la fascinación que ejercería en mi espíritu un hombre cual Sánchez del Arco, superior a todo aquello que tanto me mortificaba; quien realmente no

hacía gala de sus desastres por cinismo, sino porque despreciaba lo exterior que la sociedad honora, llenándose todo con la interior estimación de sí mismo, que, si le llevaba a osado, no le hacía caer en vanidoso.

Débole, pues (y por ello le consagro aquí mi gratitud), un magisterio sobre el punto más culminante de la educación. Con su ejemplo, me hizo sobrio en apetitos y pasiones, sugiriéndome una especie de placer en el amor a las pocas necesidades.

Viejo hoy, siento contrariedad y como violencia en tener casa y mesa regular y más sirvientes de los precisos: miro con fruición una casita blanca, pobre y limpia. Una cama de tijera, una mesa de pino y cuatro sillas: a esto reduciría mi ajuar si no juzgara que había de tenerse por extravagancia o mezquina avaricia.

Los efectos desagradables que me producía la amistad de Sánchez eran varios. El primero de todos, su intolerancia: no había modo de contradecirle, no admitía razones, no se paraba ni a discutir siquiera. A toda observación que se le hacía, a todo argumento, contestaba *¡Cal*, haciendo un gesto despreciativo y torciendo del lado contrario la cabeza. No había más remedio que dejarlo y volver la hoja.

Si para mis luchas por la existencia resultaba Sánchez un maestro y un eficaz consuelo, para mis luchas interiores venía a ser un fiero tórculo.

Yo necesitaba creer, necesitaba fe: recuérdense los principales jalones de mi vida, las mayores impresiones que troquelaron mi espíritu.

Un alfiler de a ochavo, que tragué en la cuna, pero cuyo recuerdo rememora el comienzo de mi vida de conciencia; la idea de mi madre, del persignado, del rezo del Bendito, la idea del peligro y de la muerte, la resignación para morir, la sorpresa grata e inesperada al despertar y verme vivo.

La escena de la separación de mi familia, el amargo sentir de la orfandad y el abandono.

El terror de la escuela y del fraile de Santo Domingo, mi apelación al cielo y a la Virgen, la sorpresa del despertar libre del cómitre y en brazos de mi madre.

La obsesión y ofuscación de mi cerebro en la aventura del tambor, mi demanda del auxilio celestial; el arresto y la herida del infeliz aquél, que parecía providencia bajada de lo alto en mi especial socorro.

La casi asfixia en el río Guadalete, con mis oraciones, mis esfuerzos de voluntad y mi salvación.

Téngase en cuenta lo recordado, y se conocerá que todos estos grandes martillazos, dados en mi espíritu, lo habían modelado para el sentido de la fe y de las creencias en una religión que ligaba mi sér a otro Sér Supremo.

Liberal por idiosincrasia, quizá por atavismo, por herencia, por imitación, por protesta contra el dolor de las persecuciones y sus consecuencias, convertidas en lágrimas, pobreza y menosprecio, hallábame en una situación dificilísima, crítica y que, gracias a Dios, no podrá experimentar nadie.

La conciencia me decía: *Ama a Dios y respeta su Santa Religión.* Y los doctores de la Iglesia me arrojaban del templo y me decían: *Réprobo, liberal, enemigo de los religiosos frailes, huye de aquí, no profanes el templo del Señor con tu presencia.*

Así, dentro de mí hervía una lucha oculta, implacable, profunda, incesante.

Mi razón buscaba la salida; no la hallaba. Hacía algún punto de reposo, ya en el simple Deísmo, ya en algún tronchamiento del árbol secular de las creencias; reposo inestable, cuyo fugaz equilibrio rompía el propio pensamiento.

Podía cerrar los ojos para no ver un Dios creador; pero no podía cerrarlos para no ver a la Madre de Jesucristo. Dios, por abstracto y por incomprensible en su infinitud, no estaba tan arraigado en mi conciencia y en mi sér como la Virgen; para desprenderme de los lazos que a ella me ligaban moral y espiritualmente, era necesario que me hubiera desposeído de

toda gratitud, de todo recuerdo, de toda idea de mi existencia y de mi vida. Y es que a Dios no puede comprendérsele, pero a la Virgen sí: como madre, abogada, protectora y luz que nos alumbra el camino de lo que, estando demasiado lejos de nuestra naturaleza, nos debe guiar al bien supremo de la visión divina.

Esto creía, y esto sigo creyendo.

Aquel Sánchez del Arco, que a toda insinuación de moral (no digo religiosa, sino de moral puramente filantrópica) sólo contestaba con su gesto y su *¡Ca!* despreciativo, me desesperaba. A veces, solía estrecharle, diciéndole:

—Puesto que considera usted una patraña todo principio moral, ¿por qué no es usted lujurioso, por qué es usted probo, por qué...?

—¡Ca! No soy lujurioso, porque no lo soy por naturaleza; soy probo, porque téngome por superior al común de los necios, despreciando su dinero, que no necesito, ¡ca!

XXXII

* Cuando menos se piensa...

Llegaba el agua a la boca. Ya no podíamos tirar más... ¿Pedir, mendigar...? Morir, menos mal... Pero, ¿cómo morir? Morir cuando se quiere, es más difícil de lo que parece; el suicidio no podía ocurrírseme; para huir de aquella situación no era necesario. Con sentar plaza estaba concluído; sentarla para el otro mundo era agravar más la situación de mi familia, dejarla más abandonada y aumentar sus ya durísimas penas... ¿Qué hacer...? Resignarse, dejarse ir, ¡y esperar en la Divina Providencia!

Esto hice, y rendido me eché en la cama. Amaneció el siguiente día, y no me levanté. Apenas si pensaba: «de morir no ha de pasar». Recordé haber leído: «Mira los lirios de los cam-

pos...» Así, como entre cierto estupor de tranquilidad, abandono, resignación y esperanza. A las once de la mañana continuaba de igual manera: ni me levantaba, ni dormía, ni estaba despierto. Mi madre vino a preguntarme:

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿No vas a clase?

—¿Para qué?

En esto sonó la campanilla, y mi madre salió a ver quién llamaba. Volvió a mi habitación, y me entregó una carta que acababan de traer, y que decía:

«Necesito hablar con usted para cierto asunto, y le agradecería que viniera a verme esta tarde, a las dos.—*Manuel María de Porto.*»

Salté del lecho, me vestí y salí a la calle.

—¿Qué querrá conmigo Porto?

No era profesor de asignatura de mi año, lo había sido; pero me saludaba afable; yo, respetuosamente, y nada más.

Con haber salido de la modorra, volvió a revelárseme en toda su fuerza el cuadro de mi desesperada situación... Anduve por las calles, por la muralla, por las playas, unas veces pensativo, otras agitado, haciendo tiempo a que dieran las dos.

No había hecho más que sonar la primera campanada, pisaba yo el peldaño de la casa de Porto. Hallábase este señor en su despacho, y me dijo:

—Dispense usted que le haya molestado, y también me dispensará si le propongo una cosa que pudiera lastimar su decoro; pero soy presidente de la Junta directiva del Colegio de San Felipe, y me han dado para usted la comisión siguiente: El Sr. Camas se marcha a la Isla, de maestro de esgrima de los Guardias marinas. El Rector trató de averiguar si había en Cádiz algún otro maestro, y parece que no. Llegó a su noticia que usted era la única persona capaz de enseñar el manejo de las armas; pero, como la clase de usted podría rebajarse...

—¡Qué rebajarse, ni qué ocho cuartos!—le interrumpí, cual si se abriera el cielo para darme entrada.—Mi padre está desterrado desde el 43, mi familia necesita de mí, yo de trabajo. ¿Maestro de esgrima? ¡Lo seré! Si algo más llegase a ser, recordaré siempre como mi título más honroso el de maestro de esgrima; y como el mayor favor recibido este cargo que usted me proporciona y que yo acepto con la mayor gratitud.

Quedamos corrientes; y desde entonces fui maestro de florete y sable, hasta acabar la carrera.

XXXIII

Adelante con los faroles.

¡Oh, qué placer el placer de ganarse la vida! No creo que nadie lo haya experimentado como yo. Porque, efectivamente, para ello se necesitan varias circunstancias.

¿Qué puede gozar el bienhallado cuando insensiblemente, y sin transición, de la comodidad sigue en la comodidad? Mis compañeros, cercanos al fin de la carrera, suspiraban, diciendo:

—«¡Ya pronto se me acaba la vida alegre! Ya mi padre me anuncia que me dejará su titular. ¡Su titular! Dentro de poco estaré hecho un facha, desempedrando las calles de mi pueblo y bregando con la tía Fulana y el bárbaro del alcalde.»

He conocido estudiantes que no estudiaban y se hacían dar calabazas exprofeso, para prolongar su vida alegre de estudiantes. Pero todo está compensado: esos tales, y otros cien mil de diversas clases y condiciones, no han experimentado el supremo placer que yo experimenté.

¡Cómo entré en casa de mi bendecido D. Manuel de Porto! ¡Cómo salí: loco de alegría! En tres zancadas volé a mi casa, eché abajo la campanilla del zaguán y entré llamando a mi madre con desaforadas voces:

—¡Madre, madre, ya somos felices: soy maestro de esgrima!

Mi madre me miraba estupefacta y casi con temor de que me hubiera vuelto loco. Tan triste antes, tan alegre ahora; no podía comprenderlo.

—Maestro de esgrima en San Felipe. ¡Doce a catorce duros todos los meses, y ocho del anfiteatro como disector; ya ves! Y luego, lo que aumente.

Me arrojé a sus brazos, di otro abrazo a mi tía Dolores, haciéndola perder el equilibrio; achuché y besé a mi hermana la demente, a Amalia y Paz, y levanté en alto a mi hermano pequeño, José.

Caí rendido, y recé y lloré con el alma y con los ojos, dando gracias a la Virgen. ¡Qué felices suelen ser a veces los desgraciados! Por lo demás, las perspectivas son siempre más risueñas que la realidad.

No es necesario decir que al siguiente día me presentaba en San Felipe Neri a tomar posesión de mi cargo, y al otro funcionaba en su magisterio.

Generalmente se inscribían en mi clase de cinco a ocho discípulos. Mi plaza no tenía sueldo fijo; cada uno me pagaba dos duros al mes por su lección; y así, cuando tenía cinco discípulos, diez duros; cuando ocho, diez y seis.

Diez, doce, catorce, diez y seis: no es mala escala; angosta, y más angosta con los diez que con los diez y seis. Pero, en fin, con esto y los ocho de la disección, ¡como el pez en el agua!... si no fuese porque había que contar con la huéspeda. Aquí, la huéspeda no era una, sino muchas: las benditas deudas que, quieras o no quieras, pesaban sobre nosotros.

Mi buena madre inspiraba respeto y cierta consideración. El almacenero de comestibles, el aguador, el carbonero, el panadero, el carnicero, más o menos le fiaban. No de muy buena gana; pero, en fin, veían cierta pobreza decente; esperaban al gran cambio de fortuna; cobraban uno y se alargaban a dos.

Así, en el discurso de años, se hicieron unas cargadillas

abrumadoras. Así, para pagar gastos muy reducidos, con mucho orden, ¡vamos, se podía pasar! Pero, obligados como estábamos a ir solventando antiguas y recientes deudas, la cosa no daba para tanto.

Un duro a cuenta al honrado aguador (a quien debíamos diez y más), junto con treinta reales por el mes corriente; dos duros al paciente carbonero; tres al del almacén; dos al panadero, etc., etc. Esos desembolsos se llevaban todas las ventajas y nos impedían el orden en los gastos, sin el cual no caben presupuestos ni mayores economías. Y gracias, gracias a que algún aditamento acreciera mis ganancias.

D. Manuel Elers, maestro de piano, y uno de los primeros profesores de gimnasia que hubo en España, tenía establecida en el antiguo juego del Balón su escuela. Conocíame como estudiante de Medicina, y me tenía por un señorito que tiraba a las armas por mero lujo. Luego que vió que yo daba lecciones de esgrima en San Felipe, me propuso si quería dar clase en su gimnasio. La proposición fue con estas condiciones: él cobraría sus lecciones de gimnasia, yo las mías de florete; los gastos de local, criados y luces, a medias. Acepté y allí llegué a reunir de cuatro a ocho lecciones. Los gastos montaban de veinte a veintidós duros cada mes; de modo que unos meses perdía y otros ganaba poca cosa.

Por más que

cómo a nuestro parescer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor,

es la verdad que Cádiz por aquella época estaba mucho más pobre que en la actualidad; y eso que hoy no está muy prosperado, que digamos; pero, en fin, no está como entonces. No están, como estaban, muchas casas destechadas y en ruinas. No está, como estaba, el hermoso barrio de San Carlos desierto, sus casas deshabitadas, sin cristales, ni puertas.

Sólo podían pagar las enseñanzas de adorno y lujo, como la esgrima, algunos jóvenes americanos que enviaban a educar

a San Felipe, y alguno que otro señorito de familia mejor acomodada, que había logrado salvar algo de su antigua fortuna. Mas, fuera de eso, ya por las antedichas circunstancias, ya porque la moneda tuviese entonces más valor liberatorio, lo cierto es que dos duros o dos napoleones eran la cifra en que se estimaba una lección diaria por término de un mes.

Metido en el oficio, también me solía caer alguna que otra ganga: una, dos lecciones particulares, pagadas hasta a tres y aun cuatro duros.

¡Eche usted dinero! Si no hubiera sus quiebras, ¡como el pez en el agua! Pero habíalas, y graves: el verano era fatal; los cuatro meses de vacaciones, ¡adiós mi dinero! Me dejaba en blanco San Felipe: en el verano, nadie quería sudar y a lo sumo un rezagado.

Con todo, ¡cuánto vale cualquier medio de medio ganarse la vida! Véase un punto de pedagogía casi inatendido y del mayor interés. Esto de mostrar a la criatura prácticamente que el trabajo es la única y verdadera fuente de la producción y que sólo por el trabajo se llega al bienestar, al ahorro y la riqueza, es un punto de grandísima importancia, principalmente en nuestro país. A no estar bajo este aspecto nuestra educación tan abandonada, no veríamos a la generalidad de los señoritos que consideran de buen tono y como esencial en la clase distinguida el no ocuparse ni trabajar en nada, pasándose la vida del casino al teatro, y del teatro a las visitas, a los bailes, y vuelta otra vez al casino.

Pienso que en las escuelas y en el seno de la familia se debían producir por los niños y comprar por los padres o las asociaciones algunos objetos de labor; y sus productos entregárselos a los niños para que dispusieran de una parte de ellos con orden, y otra parte la impusieran en las cajas de ahorros escolares. Planos, dibujos, copias de cuentos y pequeñas composiciones en prosa o verso, labores de mujer, labores en madera y paja: todo debería venderse y distribuirse entre los respectivos pequeños productores.

XXXIV

De cómo enseñando aprende el que enseña.

O lo que es lo mismo: que el Maestro Ciruelo puede llegar a ser un gran maestro.

Sin duda, cuando empecé mi magisterio era un buen aficionado, joven, ágil, enérgico; todas mis innatas aficiones militares y guerreras habían quedado defraudadas e insatisfechas. La lucha colectiva, o sea la guerra, estaba fuera del alcance de mis apetitos; y como a falta de pan buenas son tortas, tomé con ardor el arte del ataque y de la defensa personales.

Lo que se emprende con vocación sale adelante, y por eso conseguí cierta fama local de tirador.

Esta circunstancia y la necesidad me llevaron a maestro, sin serlo realmente; pero después, dale que le das, aprendí el oficio.

Oficio que no deja de proporcionar sus apuros; como lo verá, si tiene paciencia, el discreto lector.

XXXV

Los duelistas y el Coronel Correa Botinos.

«*Castillo de Santa Catalina,* tantos de tantos... (no me acuerdo de la fecha).—Muy señor mío: en otros tiempos he sido maestro de armas. Me encuentro preso y aburrido. Pido al compañero venga a visitarme, puesto que yo no puedo hacerlo. Con este motivo, se ofrece a usted, con la mayor consiración, *El Coronel Correa Botinos.*»

Esta carta recibí, un sábado precisamente. No me hice esperar. El domingo no tenía lecciones, ni aula, ni anfiteatro, ni

más que preparar las lecciones en los cadáveres, a la noche, para las cátedras del lunes.

El nombre de Correa Botinos me era conocido; los abogados conocen de nombre a los abogados notables, *et sic de cœteris*. Personalmente desconocía al coronel, pero de fama me lo tenía al dedillo. En el gremio de espadachines militares y civiles gozaba de más renombre que Pizarro en las Indias.

«¿Qué me querrá este señor? Allá veremos.» Esto iba pensando por el camino del Castillo de Santa Catalina.

Las historias que había oído de él me eran simpáticas por un lado y sospechosas por otro. Simpáticas, porque había sido uno de los militares más bravos y decididos por la causa de la libertad, desde Riego hasta la fecha. Sospechosas, porque su vida era un tejido de violencias y atrocidades.

Sin embargo, iba contento, aguijoneado por la curiosidad y por mi inclinación a conocer y estudiar los personajes que resultan tipos y que ofrecen singularidades de carácter.

Llegué al rastrillo, dirigíme al sargento, y le dije:

—Vengo a visitar al Coronel Correa Botinos, preso en este Castillo; pásele usted recado.

El sargento quedó pensativo un instante; sin contestarme entró en el patio de armas y desapareció, volviendo a poco. Abrió el rastrillo, y dirigiéndose a un soldado, le dijo:

—Acompañe usted a este caballero al pabellón número cuatro.

No debió de pasar recado al coronel, seguramente, sino al comandante de la fortaleza; porque, subida la escalerilla de mampostería correspondiente al pabellón número cuatro, toqué a su puerta y nadie me respondió. El soldado se fué, dejándome solo, una vez cumplida su orden. Llamé con más fuerza, y la puerta se entreabrió naturalmente, dejando ver parte de la habitación.

Hallábase desamueblada, y entendí que serviría de ingreso a otra más interior, donde estaría el coronel. Así, quitándome el sombrero, penetré echando por delante la frase de

—¿Se puede pasar?

Tampoco contestaron; y alcanzando a ver que en aquella sala y la siguiente (si amueblada con cama, silla y mesa) no había nadie, adelanté más, y pude reconocer que el pabellón sólo constaba de la sala de ingreso y el susodicho dormitorio.

«Vamos (dije para mí), habrá salido a algo; esperemos.» Aguardé de pie, pero nadie venía. Entonces, por distraer el aburrimiento, me asomé a una ventana que daba al mar y a la muralla del Castillo. Un centinela la guardaba, paseando a compás y lentamente, derramando siempre la vista hacia un viejo que, con los brazos cruzados a la espalda, se paseaba también con rápida dureza. Como todo pasaba en un plano inferior al mío tres metros o cuatro a lo más, y a otra tanta distancia horizontal, pude observar al hombre a mi sabor.

Mediano de cuerpo, más bien bajo; carnes proporcionadas, algo enjuto; cabeza rapada, barba gris larga, gran bigote transversal y puntiagudo; mirada inquieta. Destocado; blusa corta y pantalón, ambos de lana, de color aplomado; por calzado, zapatillas.

Iba y venía de este modo, corriendo el lienzo de muralla siete veces en el tiempo que una el centinela. Parábase de pronto delante de un cañón entre mediano y pequeño, yacente en el suelo debajo de una tronera, y desmontado por falta de cureña. Iba hacia él, cual si quisiera embestirle; se echaba atrás, como quien sólo amaga; saliendo acto seguido, con paso más veloz del que traía.

De esta manera, unas veces pasaba de largo mirando de reojo al cañón desmontado e inofensivo, parábase otras para acometerle; hasta que una vez le acometió de veras; se echó sobre él y lo agarró con furia por el cascabel cual si lo quisiera mal, para tirarlo por la tronera. Pero el cañón, que había criado calma con los años, no se dió por entendido y quedóse indiferente, tan pegado al suelo. Irritado el hombre gris, hizo otro esfuerzo, pero en vano; se irguió, dió dos patadas en el suelo y salió escapado, volviendo a sus paseos.

«Sin duda (dije para mí), ese viejo singular es el coronel Correa; pero si no está loco, vive Dios que lo parece. ¡Mala espina! Con su historia, su carta y esto que voy viendo... En fin, observemos y procuremos suplir con el propio seso lo que a éste le falta.»

Pues, señor, dió tres o cuatro paseos veloces, agitado, sin volver los ojos al cañón; pero a otro paseo, vuelta a clavarlos; a otro, nuevamente el arrechucho; y a otro, ¡zas! se arroja, lo agarra por el moño, lo suspende como medio palmo, déjalo caer como diciendo «¡maldita sea tu alma!»; y el cañón, al caer en su lecho de piedra, apenas sonó *bom*, recordando su mocedades belicosas.

Después de esto, Botinos quedó tranquilo y volvió a pasear ufano acompasadamente.

Con estas y las otras, llevaba ya de esperar una hora boba, y me pareció oportuno concluir con aquel negocio. Bajé la escalera, me asomé a la muralla y cortésmente, con el sombrero en la mano, me dirigí a mi hombre interrogándole:

—¿Es al señor Coronel Correa Botinos a quien tengo el honor de saludar?

—El honor es mío, caballero.

—Soy Fulano de Tal, a quien usted se ha dignado citar por carta.

—Mil gracias, señor, le agradezco su visita; pase usted a mi habitación.

Abocamos a la escalera; me indicó que pasara delante, y yo lo mismo a él; después de muchos ruegos por ambas partes, le hice precederme, alegando los respetos de mayor edad y circunstancias.

—Pues bien—me dijo apenas llegamos a su habitación,—he molestado a usted por dos motivos. El primero, que siendo usted maestro de armas y habiéndolo yo sido, la profesión nos impone el deber de auxiliarnos. El segundo, que no sé de usted, pero su señor padre *(en esto se llevó la mano debajo del cuello, descansando su palma sobre el pecho)*, es un antiguo pa-

triota, compañero mío, que también ha sufrido por la Libertad. Por estos títulos, me he creído autorizado para escribirle. Siéntese usted.

—Muchas gracias; después de usted.

Hízome una cortesía de esas particularmente respetuosas y dignas, propias de nuestros antiguos militares, que no sé por qué han caído en desuso y hoy sólo conserva la oficialidad del ejército austriaco.

—En esta prisión endiablada, estoy solo. El Comandante es un *animal* de la clase de tropa. Mis antiguos amigos de Cádiz, unos han sido fusilados, otros andan por ahí a uña de caballo. Mi señora está en Madrid. De modo que me paso todo el día escribiendo, y cuando ya me canso, no sé qué hacer. Conservo mis aficiones a las armas y necesito un amigo con quien tirar. Dada esta explicación, conoce usted mi deseo.

—Pues para eso y para todo me ofrezco a sus órdenes, señor Correa Botinos. Los domingos son míos, estoy desocupado. Los demás días, con mis clases en el Colegio, las obligaciones de la disección y los discípulos de esgrima, día y noche ando hecho un azacán. Pero, de todos modos, si entre semana necesita usted de mí para alguna cosa, aquí estaré al primer aviso; también podré venir a distraerle los días festivos, además de los domingos.

—Muy bien; se lo agradezco. ¿Le hizo a usted esperar el *bestia* del Comandante?

—No, señor, ciertamente. Apenas le anunció el sargento que había al rastrillo una persona para visitar a usted, debió de conceder el permiso, puesto que acto continuo me dejaron pasar y un soldado me acompañó a esta habitación.

—Bien, bien; se conoce que la lección le ha servido.

No quise preguntarle qué lección fue esa por no parecer indiscreto. Seguidamente añadió:

—Pero usted no me encontró aquí. ¿Cómo dió usted conmigo en la muralla?

—Diré a usted; esperé un rato en el supuesto de que usted

volvería; pero, tardándose algo, me asomé a la ventana, le vi pasear y bajé a su encuentro.

—En efecto, salgo a pasear por el único punto donde puedo estirar las piernas en este dichoso castillo. Ya lo conozco bien, pues he sido su inquilino tres veces; la última, hace veinte años. Entonces me distraía durante los paseos en levantar los cañones y ponerlos de pie. Ahora he pretendido hacerlo, y la pícara falta de costumbre no me lo ha permitido hasta hoy que al fin ya logré levantarlo.

Me guardé bien de hacerle observar si eso era efecto de la falta de costumbre o de la sobra de años; el Coronel tendría a la sazón sus cincuenta y cinco muy cumplidos.

—Traeré a usted careta, guante y florete.

—No, señor, no es necesario; camino siempre con los míos, los verá usted.

Y abriendo un gran cofre, de los que se usan en Filipinas, sacó de entre las ropas, no dos floretes, sino dos espadas de combate, rígidas y pesadas.

—¿Son estos los floretes de usted?

—Sí, señor, nunca uso otros; ni para asaltar ni para duelo. La punta es muy aguda, un poco por encima tiene esta rosca, en ella atornillo el casquete que deja hueco para que la punta no padezca, y en los asaltos el casquete sirve de botón.

—¡Es ingenioso!—contesté.

Guardándome de añadir que me parecía una barbaridad: primero, porque el arma, ya de por sí pesada y sólo propia para combate, aumentaba su pesadez con el virolón acerado que encerraba la punta; y segundo, porque el demonio que aguantara un botonazo.

La pequeña mesa de pino, que constituía uno de los principales muebles del dormitorio, estaba cubierta de papeles desordenados. El viento de mar, casi siempre recio en el castillo, entrando por las ventanas, voló las hojas. Arrojóse Botinos a recogerlas presuroso, cual si se tratara de documentos de interés. Conforme a cortesía, me eché también a prender prófugas,

que, vueltas a la mesa con las demás, sujeté con el tintero de piedra, cúbico, que, según la facha, debía de ser reglamentario y propio del Castillo.

El Coronel no se aquietó con esto; agitado, procuraba ordenar los pliegos por sus páginas, dando taconazos de impaciencia.

—¿Puedo ayudar a usted?

—No, señor, imposible: a mí es y me ha de costar mucho trabajo.

—¿No están paginadas?

—Pues precisamente por lo mismo. Hace una semana que desembarqué; venía como usted se puede figurar. Desde que fui preso en Manila, no me permitieron escribir; encerrado como una fiera, sin comunicacion. De allí, a la fragata; cuatro meses en el mar, reventando por tomar la pluma y hacer la exposición de agravios; aunque no me mareo, en el barco con los pasajeros, no podía escribir. Deseaba llegar a Cádiz, para redactar mi memorial. El primero que hice no salió a mi gusto; el segundo resultó flojo y estaba escribiendo el tercero. Como todos tienen su paginación y la letra es igual, resulta que, barajadas por el viento, no sé si la hoja 2 es del borrador primero, segundo o tercero; y vea usted la dificultad. Este es el pliego primero del primer borrador; este otro debe de ser del segundo...

En fin, después de muchos tanteos, pudo traer cada oveja a su redil.

—Señor don Segundo—me atreví a decirle:—aunque escribo poco, no es posible que me ocurra ese mareo; porque escrita una cosa, buena o mala, así va. En todo caso, lo más que suelo hacer, es enmendar al paso alguna palabra; pero eso de hacer de nuevo otro escrito distinto y luego otro, me extraña en usted, que no me parece muy pacienzudo.

—Es verdad, es verdad; pero hay escritos de escritos. El artículo *tantos* —(dijo el número de corrido, así como su texto, sólo que yo no me acuerdo del número ni de la letra),—el ar-

tículo *tantos* de la Ordenanza, dice: «Cuando un inferior reciba agravio de un superior, tendrá paciencia y recurrirá en forma moderada y respetuosa, etc.» Como reclamo de agravio ante Su Majestad, el documento necesita llenar las condiciones de la Ordenanza, y no me sale a gusto.

—Ya veo la dificultad—le dije;—le parecerá demasiado fuerte.

—No, señor; al contrario, me han salido muy flojos, descoloridos y sin expresar mis quejas. No he acertado, por cumplir lo de que sean moderados y respetuosos. Este es el primer borrador, y después de todo, es el que me parece menos mal.

«Señora: Segundo Correa Botinos, Coronel de los Reales Ejércitos, puesto ante los pies de Su Real Majestad, etc., etcétera.»

A medida que iba entrando en materia, quedaba yo estupefacto. Siento carecer de memoria; bien merecía conservarse el singular documento, por su fondo y por su forma.

El primero se reducía a decir que desempeñando el cargo de Comandante general del Cuerpo de Carabineros de Filipinas, había tenido a raya a los contrabandistas y a los empleados ladrones, cumpliendo su deber como militar y caballero, etcétera. Es la verdad: en este punto, el Coronel era inflexible como sus floretes.

Que habiendo caído el honrado Gobierno del Duque de la Victoria, el General Narváez había sustituído a los mejores funcionarios de Filipinas por una horda de presidiarios.—Eso no sé si era tan verdad; pero puede que algo hubiera.

Que influído el nuevo Capitán General por tales bribones, se atrevió a molestarle injusta e indignamente, poniéndole en el caso de rechazar cual corresponde a un militar pundonoroso tan villanas provocaciones.—En esto, lo que parece haber pasado fue que a mi buen Coronel se le subió San Telmo a la gavia, tiró de espada, y si no se interponen los ayudantes y acude la guardia, allí no queda un General para contarlo.

Respecto a la forma, no hay qué decir: parecía escrita con infantería, caballería y artillería.

Guardéme bien de indicarle que no me parecía aquello muy ajustado a las recomendaciones del consabido artículo de la Ordenanza.

Preso D. Segundo, fue enviado a la Península, con su proceso al canto, bajo partida de registro. Él se creía víctima de la más inaudita arbitrariedad. En el origen del asunto, supongo que le sobraría la razón. En cuanto a su arremetida al General, me quedé haciendo cruces: no comprendía cómo estaba vivo, cómo no lo habían fusilado.

Dicen que un Santo vela por los niños y por los borrachos. Puedo añadir que otro Santo desconocido vela por los hombres de la catadura de Correa Botinos; si tengo o no razón, ya se verá al final de su historia.

Entre la pugna del cañón, los cumplimientos, discursos sobre las armas, ordenación de los manuscritos y lectura del memorial, habíase pasado toda la tarde. Di por terminada mi visita, y me despedí hasta el inmediato día festivo.

XXXVI

* ¿Qué era?

Cumpliendo mi palabra, fuí a Santa Catalina varias veces; no muchas, porque no tardaron en llevarse a mi hombre a las prisiones militares de Madrid.

Como tirador de armas, no me pareció cosa del otro jueves; en cambio, podía considerársele como un modelo de duelistas orgánicos.

Los tiempos, las costumbres, crean ciertas cosas e impiden el desarrollo de otras que antes florecían.

Afortunadamente, ya no hay atmósfera ni medio externo que permita en las clases bajas, a los barateros; en las altas, a

los duelistas. De los unos, apenas queda algún recuerdo, a manera de mueca, en los presidios mal regidos; de los otros, ciertos vestigios en la prensa y en los Parlamentos. Pero ambos son a los barateros y duelistas antiguos, como los modestos lagartos de nuestros campos actuales a los grandes saurios de la Paleontología.

Duelistas, habíalos de varias especies; a la mejor sin duda, a la más noble, pertenecía D. Segundo, sin poderlo remediar. Quiere decir, que no por intención maligna, ni aun siquiera por la vanidad de hacerse superior y temible, resultaba duelista; éralo porque su organización y temperamento le conducían a los raptos de violencia, y sus ideas acerca del honor le sugerían el principio de que sus manchas sólo con sangre podían lavarse. Añádase a esto cierta susceptibilidad para ver las tales manchas a cada paso; y podrá comprenderse cómo en él una palabra equívoca, un gesto, una desatención, una contradicción cualquiera bastaban para levantar polvareda y encontrar los manchones que pedían su correspondiente enjabonado sangriento.

El primer día que hicimos un asalto, le dije:

—Me permitirá usted que le observe que con estas espadas no podré darle todo el juego que desearía.

—¿Por qué?

—Son muy pesadas para ejecutar con ellas movimientos complicados y rápidos.

—Pues precisamente por eso las prefiero a las tiritainas de floretes, que sólo sirven para fingir un juego de chiquillos. ¿Para qué se esgrime? Para adiestrarse en el manejo del arma que hemos de emplear en los lances. Estas espadas son de duelo; tirando con ellas se acostumbra la mano a los lances reales y nos habituamos a reducir el ataque y la defensa a la realidad, desechando esos floreos inútiles de que tanto se paga la generalidad de los tiradores.

Desde este punto de vista no dejaba de tener razón. Pero D. Segundo estaba ya en guardia, vestido con su especial blu-

sa de lana; yo, en mangas de camisa, sin peto ni reparo, no pude menos de echar una mirada compasiva a mis costillas.

Comenzamos el asalto fuera de medio; quiere decirse, a una distancia mayor de la necesaria para recibir herida. Como era justo, dejé que Botinos comenzara el ataque, permaneciendo por mi parte a la defensiva. Él, según formas correctas, simuló más bien que extremó el suyo. Pero, a poco, sus ojos se encendieron, todo su sér se transformó en ardimiento; cualquier espectador hubiera creído que se trataba de un verdadero duelo a muerte. Ni su espada podía salir de los ataques simples, ni la mía tampoco: un amago y un cambio eran lo más.

Permanecía yo fuera de medio, reduciéndome principalmente a la defensiva, prevalido de los menos años y la mayor longitud de mis extremidades, cuando, en el acceso de su furia bélica, Botinos, sin echarse a fondo, en la misma guardia, disparóse a modo de quien patina, ganando su distancia ofensiva; al mismo tiempo que cambiando la espada con gran fuerza, para obligarme a una parada enérgica, abatió la punta por bajo de mi puño y me hizo ver las estrellas en la boca del estómago.

—¡Brava estocada de duelista!—exclamé, poniéndome en columna.

Botinos se colocó también en igual posición, haciéndome con la espada un saludo cortés, al mismo tiempo que su fisonomía se tornó tranquila.

En aquel primer asalto conocí su juego, sus dos o tres recursos propios más temibles, y hasta dónde llegaba aquella naturaleza suya incandescente.

Hacia atrás no sabía resbalar patinando sobre los dos talones; daba un impulso y se despedía cual una flecha, sin perder la guardia, que convertía en ataque.

Cuidé muy bien de no incomodar a aquel amigo. Estupidez hubiera sido en mí el excitar demasiado sus ardores; y cuando ya le veía fuera de sí, dejábame tocar, procurando ocasión en que no me hundiese una costilla.

Con esto, me tomó en pocos días cierto afecto; a durar más nuestro trato, hubiera llegado a ejercer sobre él alguna influencia.

Ya podía, con su cuenta y medida, señalarle alguna estocada suave, sin que se enardeciera desmedidamente.

En realidad, estos caracteres fieros son así: Correa Botinos era una pistola cargada, que se podía manejar impunemente teniendo cuidado de no tirar del gatillo y sortearle la boca. Casado, su mujer le manejaba como a un niño; para ella, resultaba un mansísimo cordero.

Algunos años después (ya debería tener más de sesenta), Correa Botinos pasó por Gibraltar y alojóse en una de sus fondas. No sé por qué, respondió con sus habituales imperio y modos propios a un camarero. Éste, como buen inglés, creyó el caso clásico para un acto de *boxeo;* y poniéndosele delante el Coronel, le estampó un puñetazo en las narices. ¡Ira de Dios, que tal hiciste!

Arrebatado, ciego, Correa Botinos sacó la espada del baúl; huye el camarero, corre tras él.,. y lo pasó de parte a parte.

¡En Gibraltar, un homicidio! Fue condenado a muerte. ¿Lo fusilaron?

No. *Un Santo desconocido vela por estos hombres.* Fue indultado por la Reina de Inglaterra. No se ha conocido otro ejemplar. Algo después, Correa Botinos falleció de muerte natural. ¡Verdadero milagro!

¿Qué era?

Ya lo hemos dicho: un duelista, por organización, por influjo de ideas exageradas del honor, por educación imperfecta; una pistola cargada y montada.

¿Era un cuerdo o un loco?

De todo había: normalmente, cuerdo; pero, como Don Quijote, no había que tocarle a sus libros de Caballería.

De estos cuerdos, locos a retazos, paréceme que, carta más o carta menos, se forma la humanidad.

XXXVII

* Bala perdida.

En rigor, la educación pudiera definirse así: *El arte de vivir socialmente.*

Muchos reducen su alcance a la superficie, a la adquisición de ciertas maneras, a la adopción de formas cultas y distinguidas; quiero decir, llevan el pensamiento a la altura de don Diego Choquet de Isla y su texto de *Urbanidad y Cortesía.*

Otros confunden, según dijimos en pasados lugares, la educación con la instrucción; pues, si bien relacionadas entre sí, auxiliándose mutuamente, son del todo distintas. De otra suerte, no se verían a cada paso verdaderos sabios mal educados, e ignorantes supinos de correcta educación.

El arte de la vida social, lo de menos importancia que contiene (con ser mucha), es lo que se llama *formas, modales o maneras.* Más la tiene, sin duda, aquella parte que enseña el modo de doctrinar nuestras facultades y actividades para que, resultándonos provechosas, al mismo tiempo resulten útiles para la sociedad.

Implica, pues, la parte educativa una finalidad moral, y por tanto completamente estéril si no destila del trabajo práctico y del ejercicio fisiológico dirigidos a una producción. Con lo dicho se evidencia que la educación moral *à priori*, que hasta nuestros tiempos se pretendía enseñar dogmáticamente, resultaba estéril, como todo absurdo.

Por el contrario, enseñad a una criatura a hacer, a trabajar, a producir, y la haréis laboriosa, honrada; disciplinadla en el régimen armónico de sus facultades, y necesariamente os resultará moral.

Como conclusión inducida del análisis de una multitud de criaturas, en los dos anteriores puntos subrayados vienen a estribar los fuertes pilares del edificio educativo. Añádase luego,

como cúpula y remate, *un principio ideal:* el que, según las facultades de cada uno, debe o despertársele o inducirle a que se le despierte. Con eso está hecho todo lo posible para que, a medida de sus facultades, resulten hombres útiles y buenos; y, entre tantos, algunos hombres de pro.

Escuelas talleres, escuelas oficinas, escuelas de artes y oficios, escuelas de administración donde se administre, escuelas de comercio donde se comercie, escuelas de agricultura donde se siembre y se coseche y no se pedantee, etc. Muchas escuelas de trabajo; menos, de *a*, *b*, *c* y de ciencias confiadas a la memoria, lo cual viene a ser como si confiásemos la *construcción* de un reloj a un compañero que no ha de saber ni poder *hacerlo*. Y corto el hilo, que ya me reconozco pesado, insoportable.

Nada de lo dicho tiene que ver con las *balas perdidas* (al parecer); y, sin embargo, una *bala perdida* ha traído a mi caletre la anterior algarabía.

Dicha *bala perdida* era un hombre; no se sabe de dónde venía. Llegó a mí rodando, entre fría y caliente: fría por el hambre, caliente por el alcohol. No se tambaleaba, pero echábase encima.

Francés o cosa parecida debiera de ser; chapurraba como ellos, vestía como cuando llegan a la divisoria entre sastre y desastre, una prenda pasable y otra pasada. Buen mozo, blanco y rubio; bigote militar y el resto afeitado con tres días de retraso; altura regular, musculatura recia.

Hallábame dando lección de florete a un discípulo en el Balón, cuando, sin pedir permiso ni saludar, se me entró el hombre por las puertas diciendo:

—*Muá ser maestro; muá tirar sable, batón e florete.*

—Sea enhorabuena—le respondí, apartando a un lado la cara para hurtar el tufillo de su aliento.—¿Y en qué puedo servirle?

—*Muá ser maestro; muá querer dar lección.*

—Muy bien; siéntese usted, descanse y luego podrá dar lección a un discípulo mío que no tardará en llegar.

Sentóse, con la cabeza baja y las piernas entreabiertas. Comprendí bien lo que pensaba: lo que quería no era dar lecciones, sino tener quien se las pagase. Proseguí mi tarea, y de allí a poco llegó el joven a quien esperaba.

—*Monsieur*—le dije a mi vez, chapurreando.—¿Qué nombre tiene usted?

—Monsieur Alfredo.

—Está bien, señor Alfredo; aquí tiene usted un discípulo mío a quien dar lección.

Hizo como el que no entiende, y le vi en cierta dificultad, cual si quisiera decir algo que no acertase a expresar. Por fin, habló:

—*Leccion, no; querer ser maestro.*

—Perfectamente; venga usted mañana y trataremos del asunto.

Tardó en volver tres o cuatro días; vino sin *vino* entonces, ni otra alguna influencia alcohólica. Pude observar mejor la expresión natural de su fisonomía. Parecíame como de unos treinta y cinco años; el rostro hermoso, si no ofreciera el sello de marchitez que imprime la vida crapulosa. Además inspiraba desagrado, porque tal marchitez, revelada por líneas lánguidas, se complicaba con la interrupción de ellas por otras sobrepuestas de provocativo descaro.

Le invité a que tomase asiento, y después a hacer un asalto si gustaba. Desentendióse por el pronto; pasado un intervalo se levantó, y tomando sable, guante y careta, dijo:

—Sable.

Debía de ser éste su arma favorita. No la mía: daba lecciones de ella, pero había asaltado poco.

Caímos en guardia y sin intención determinó el ataque; no seco, simple y más o menos decisivo, cual corresponde a un arma que opera por curvas y ofende por corte, sino ejecutando una multitud de amagos más brillantes que eficaces, más

propios para demostrar agilidad que para hacerlos temer.

Cuando esto vi, respiré amplio y desahogué cierto peso que desde la primera visita de aquel hombre había sentido encima.

Redújeme a mirar las cien evoluciones de su arma y no hacer caso sino de la final.

Contrastaba la mala intención suya con la inocente brillantez de sus ataques; sin embargo, he de decir que, si no por inteligencia, al menos por virtud de hábito diestro, paraba bien y contestaba como un rayo, siendo en esto verdaderamente fuerte.

No quedé insatisfecho; él no debió de hallar lo que buscaba. Al concluir el asalto, su rostro había perdido el viso de provocación, y todas sus líneas eran las naturales en un hombre fuerte, pero agotado por los excesos. Después de descansar un rato, me preguntó:

—¿Juega usted el *batón?*

—No, señor.

Entonces, echando mano a un bastón que allí había, comenzó a hacer con él infinitos molinetes, a saltar y dar vueltas por el aire y otros ejercicios en que parecía un torbellino y que demostraban extraordinaria agilidad.

Le celebré la gracia, y animado con esto volvió a preguntarme:

—¿Juega usted al *sabot?*

—No, señor. ¿Qué cosa es esa?

—Pelear con el cuerpo.

Fuése al criado, y lo puso en medio de la sala; él se retiró al extremo, y de una carrera se echó sobre él cual si fuera a acometerle con los puños; al punto que el criado levantó los brazos para defenderse, Monsieur Alfredo, con el pie derecho, dió al criado un golpe en la corva y lo tiró rodando.

Quiso hacer otra gracia, pero el sirviente no se prestó al ensayo. Entonces se redujo a figurar la lucha con un contrario supuesto, lucha en que no empleaba los brazos principalmente,

sino las cuatro extremidades; ora figurando dar una coz a la altura del rostro del enemigo, ora una cabezada en la boca del estómago; ora corriendo hacia él como para acometerle de frente, dando un salto mortal, ponérsele a la espalda, y al caer, antes de la reposición de la sorpresa, clavar las dos manos en el suelo y disparar dos coces que pudiera envidiar un mulo de artillería.

—Muy bien—le dije;—para hacer eso, se necesita ser un titiritero.

—*En Francia mucho esto; yo maestro.*

Efectivamente, pasados los años llegué a ver el baile del cancán, y comprendí que pudiera haberse aplicado a un simulacro de lucha fundada en movimientos traviesos y gatadas grotescas.

Aquel día nada me indicó respecto a lo que quedamos en el primero. A mí no me convenía reanudar la conversación.

A solas, me lo había hablado todo y hecho mi composición de lugar.

Gajes del oficio; había que contar con ellos y eran de esperar. Suponía saliese al paso, como a mi maestro Camas, alguno que otro matasiete y espantaocho fanfarrón, pero no se me daba cuidado de aquel género conocido. Monsieur Alfredo me pareció harina de otro costal. Tenía todas las trazas de una *bala perdida*, de uno de esos hombres desalmados, y que, no teniendo pizca de vergüenza ni nada que perder, lo mismo se les da por lo que va que por lo que viene.

No conocía su historia, ni pude averiguarla. Apostaría, sin embargo, que había pasado por las aulas del presidio. Su origen debió de ser la clase media; cuando menos, era desertor de Argelia.

Lo de *muá ser maestro*, *muá querer dar lección*, quería decir: «usted me deja el puesto».

Ya por no conocer esos matices del lenguaje que permiten expresar y no declarar las cosas, ya porque no se atreviera a pasar el puente sin tentar el vado, el caso es que optó por lo

segundo. Juzgándose muy fuerte en el manejo del sable, pensó sacar ventaja; la cosa no le salió a gusto y se contuvo. Volvió varias veces; una se le iba y otra se le venía. Yo lo observaba con atención, y al verlo en punto de romper el silencio, le decía:

—Maestro Alfredo, vamos a tirar al florete.

Bien sabía yo que no había de aceptar; su modo de jugar al sable me declaró que no conocía la espada ni por el forro.

Pero la necesidad por un lado y sus hábitos de perdido por otro, no le permitían desistir de sus propósitos, y continuaba encapotado como gato que acecha la ocasión de saltar.

No me hacía maldita de Dios la gracia tenerme que romper la cabeza con aquel perdido. Nada iba ganando, y por otra parte, siempre he sentido la pasión del miedo con gran anticipación y mucha fuerza; defecto que, después de todo, me ha servido de mucho, haciéndome previsor y templando algún tanto ciertos ímpetus violentos.

En el mismo Balón tenía establecido mi compañero Elers un tiro de pistola. Yo nunca había disparado un arma; pero, como la situación del Alfredo continuaba sospechosa, quise saber qué arte sería el mío en el tiro al blanco. Puse manos a la obra, y vi que no era cosa del otro jueves: de doce tiros saqué tres veces el muñeco, ocho puse la bala en el círculo, y una fuera, pero tocando a su circunferencia; repetí el ensayo a la distancia mayor que permitía el espacio, y el resultado fue igual sobre poco más o menos.

Si no anduve desacertado en el blanco, más acertado estuve en la providencia. Aquel mismo día llegó M. Alfredo algo bebido, y *exprofeso* si no me engaña la malicia; venía hosco, y le salí al encuentro, preguntándole:

—¿Qué le pasa a usted, Sr. Alfredo?

—Que hoy pegarme un tiro con uno o pegármelo a *muá*. Estar desesperado. Necesitar dinero. No poder vivir.

—Tranquilícese, Alfredo. Para pegarse un tiro no es menester hallarse con mal humor; y para comer en la cárcel no

es necesario dárselo a otro, con menos trabajo se come el rancho. Usted tiene muchas habilidades: tira al sable, juega el bastón y el *sabot,* como usted llama. ¿Tira usted a la pistola?

—Tiro.

—Ea, pues, penas a la espalda, que detrás de un tiempo malo viene otro... peor. Venga usted al tiro de pistola.

—No tengo dinero.

—No importa. Esta casa ya le dije que era suya. Los tiros yo los pagaré, y luego le convido a comer.

Dejóse conducir. Púsose a tirar; pero como los que abusan de los alcoholes tienen muy mal pulso, y en aquel momento estaba algo bebido, no hizo un solo disparo con acierto.

—Mal anda ese pulso, Alfredo. Yo no sé tirar, pero voy a ver qué tal lo hago.

Disparé doce tiros y saqué cuatro veces el pelele.

—Hoy no doy lección; lo dedico a quitarle el mal humor.

M. Alfredo iba confuso; de buen o mal grado, se sintió dominado por un muchacho, mitad señorito, mitad maestro de armas. Y en el campo del Balón se echó a llorar.

No pude menos que impresionarme cuando de repente M. Alfredo comenzó a darse de puñetazos como un loco.

—*¿Llorar muá? ¡Cochón! ¿Llorar muá?*—y seguía dándose puñadas en la cara y la cabeza.

—Alfredo—le dije;—vale más el que llora que quien se enfurece. Cuando usted llora, adquiere mi respeto y mi afecto; cuando usted se maltrata, me parece un furioso, pero no un valiente.

—*¿Muá no un valiente? ¡Sacré nom! ¿Muá no un valiente?*

Y echando fuego por los ojos, recogía los puños pasándomelos por delante de la cara.

—*Muá matar hombres con mano.*

Me quedé mirándolo fijo, afectando una tranquilidad que ciertamente no tenía, y pasado un rato, le repliqué:

—¡Bah! Alfredo, cuando esté en razón, venga a buscarme.

Le volví la espalda y marché otra vez al Balón.

Pasó una semana sin haberle vuelto a ver. Al cabo de ella, se me presentó de un modo inesperado. Era otro hombre; se dirigió a mí humilde, suplicante:

—*Usted mi amigo, usted bueno, muá no tener más que a usted.*

—Bien, Alfredo, ¿qué le pasa? ¿Qué puedo hacer por él?

—*Querer llevarme a la cárcel, andar a mí para prender.*

—¿Por qué causa? ¿Quién ha mandado prenderle?

En el tiempo que había permanecido en Cádiz había logrado chapurrar menos mal; sin embargo, no dejó de costarme trabajo entender su relación.

Reducíase a lo siguiente: a que hacía un mes que estaba viviendo en la Posada de la Academia, sin pagar, porque no tenía dinero; pero, en cambio, para cumplir de algún modo con su deuda, le había estado haciendo el amor a la posadera. El posadero le exigió la deuda, y él contestó que era una desvergüenza pedirle dinero cuando todas las noches dormía con madama. Las contestaciones de la disputa fueron a gritos, voces y amenazas; llegó la policía y lo arrestaron, soltándolo después; pero el posadero, puesta una querella, había conseguido la orden de prisión.

La cosa no dejaba de ser grave: o injuria y calumnia probada con testigos, o demanda de adulterio.

Lo que me hacía más gracia era la persuasión en que estaba el buen Alfredo de que con hacer el amor a la posadera había hecho méritos de sobra para no pagar lanzas ni annatas.

—Pues, Alfredo, no hay que apurarse; por esta vez no le echan el guante. Véngase conmigo.

Lo llevé al muelle, y a un lanchero conocido le pregunté:

—¿Para qué puerto sale hoy el primer barco?

—Señorito, para Gibraltar y la carrera.

—A este amigo, ahora mismo me lo pones a bordo. Es extranjero y va de prisa. Tú te las compones para que no ande con repulgos. Toma un duro para ti, que no da para más la sacristía. Adiós, M. Alfredo, ¡a ver si me sienta la cabeza!

Le di la mano, y en ella cinco duros. Dióme un abrazo y me besó en la frente. Algo se le humedecieron los ojos; me alegré que no pasara de ahí, no fuese cosa de que volviera a indignarse consigo mismo.

¡Qué perversión de educación y de costumbres ésta, que mira y considera como falta y deshonor aquello poco que queda de buenos sentimientos aun en los corazones corrompidos!

Cosa de dos meses después, leí en los periódicos de Cádiz el siguiente suelto:

«*Málaga. Escándalo inaudito.*—Anoche, en la función del Teatro, ocurrió la escena más deplorable y escandalosa que imaginarse pueda.

»Salió M. Alfredo a ejecutar sus ejercicios, consistiendo uno de ellos en colocar sobre dos banquillos un gran tablón cargado de cantos y numerosas pesas; y, colocándose debajo, levantar aquella balumba con las espaldas, paseándose por el proscenio cargado con tan grande número de arrobas.

»En esto, a un espectador, dirigiéndose al acróbata, se le ocurrió decir: «*¡Arre!*» Y éste, tirando enfurecido la carga, se arrojó del escenario y emprendióla a puñetazos con el público.

»Hubo, como es consiguiente, carreras, gritos, desmayos, caídas y atropellos; a duras penas pudieron los municipales sujetar al atleta furioso, no sin que resultaran varios contusos y heridos.

»Esperamos que las autoridades corregirán severamente al insensato autor de tal escándalo.»

XXXVIII

* La Amazona Belga

Serían las tres de la tarde de un jueves, cuando hallábame preparando una lección anatómica en el Anfiteatro grande.

El portero Andrés se acercó a decirme que una extranjera muy fea estaba en la portería preguntando por mí.

—¿Qué se le ofrece?

—No lo sé, no la entiendo, habla en lengua extraña; sólo he comprendido que le busca a usted.

—En mala ocasión me encuentro para recibir visitas, pero ¡qué se le ha de hacer! Que éntre en mi cuarto y espere mientras me lavo las manos.

Por aquel tiempo, moraba interno en el Colegio; concluía muy a deshoras de preparar las lecciones, y a las siete de la mañana debía estar en planta para asistir a la primera visita de la clínica en el Hospital Militar. Ganaba tiempo durmiendo en el Colegio, me ahorraba el salir a deshora y podía disponer de algún descanso más por la mañana: Colegio de Medicina y Hospital Militar hallábanse contiguos.

Lavadas las manos, pero manchada la blusa y de mal parecer, llegué a mi cuarto. En él hallábase de pie una mujer, fantasma por lo alta, por lo correosa y estrafalaria. Su traje no convenía con la usanza gaditana, pero podía pasar, dado lo exótico de quien lo vestía. Pero, ni con esa ni con toda clase de indulgencias, lo que no podía considerarse admisible era su sombrero, chocante hasta lo sumo por lo raro y desportillado.

Nos saludamos a compás, y el primer embarazo que surgió fue al invitarla a que tomara asiento. En efecto, en mi habitación estudiantil no había dónde: una silla, que había perdido el espaldar, hacía de lavamanos; y otra, coja de un pie, bien apoyada al muro, junto a la cabecera de la cama (de bancos y tablas), oficiaba de mesa de noche. Fuera de lo mencionado, un cántaro de agua, sito en un rincón, y un estante de pino coetáneo de la fundación del Colegio, constituían todo el mobiliario. ¡Ah!, se me olvidaba: una maleta puesta en el suelo y que contenía alguna ropa.

Dirigí una mirada alrededor, y salí del apuro. Despojé de la jofaina a la silla lavamanos, poniendo en el suelo aquélla y el jabón, y ofrecí ésta galante a la madama. Hice otro tanto con la palmatoria y los demás trebejos colocados en la silla coja, y me senté en ella, cuidando de guardar el equilibrio.

—¿En qué puedo servir a usted, madama?

—Soy *la Amazona Belga*—me contestó en francés.

—Muy señora mía.

—¿No ha oído usted hablar de mí?

Dudé si decirla que sí, por cortesía; pero, al fin, me decidí por decir la verdad.

—No, ciertamente. Ocupado en mis estudios y trabajos, no estoy enterado de muchas cosas que pasan en el mundo.

—Pues soy *la Amazona Belga,* tiradora de armas. He recorrido toda Europa, haciendo asaltos con los maestros más conocidos.

Al decir esto, sacó unos cuantos periódicos en diversos idiomas, donde probablemente se hablaría de ella o se anunciarían sus ejercicios.

—Está muy bien.

—Vengo de Madrid. Invité a asaltar conmigo al maestro Carbonell y no asistió. ¡Mal caballero! Los maestros tienen obligación de favorecer a los maestros. ¡Mal caballero! Le desafié por los periódicos.

Sacó uno del seno: por el alojamiento y por el roce de las carnes, estaba bastante sucio. En efecto, era un remitido demasiado insolente para firmado por una dama. Y continuó:

—Al no contestarme, fuí a darle de bofetones; cinco días me detuve en Madrid y no pude verle ni en su sala de armas ni en su casa. ¡Mal caballero!

No me di por enterado de la indirecta, y hubo entre ambos un lapso silencioso. Pero ella lo rompió viniéndose al bulto:

—Me han dicho que en Cádiz usted es el profesor de armas. Usted asaltará conmigo. Necesito que usted me facilite sitio y armas; y que concurran sus discípulos.

—Como usted habrá advertido por la disposición en que me encuentra—le dije, señalándole mi blusa asaz manchada de sangraza,—paso las tardes y las noches con los muertos, los días entre mis cátedras y lecciones. Iré a su asalto, siquiera para que no diga usted de mí lo que del maestro Carbonell; ar-

mas, floretes, etc., se los facilitaré; pero, tiempo para buscarle local no tengo.

—¡Es preciso, indispensable! Soy extranjera, no conozco la cindad ni a nadie.

En este apuro, me acordé de dos amigos a quienes echar el muerto; o por mejor decir, un conocido y un amigo. El conocido, el marqués de Ureña; el amigo, D. José de Haro.

Saqué la cartera, y de ella dos tarjetas. En una escribí: «Amigo Haro, haga usted cuanto pueda por complacer a esta señora.» Y escribí en la otra: «B. L. M. al Sr. Marqués de Ureña, suplicándole haga por esta comprofesora cuanto le sea posible.» Entregué las tarjetas a la madama, le di las señas del domicilio de ambos señores, y aseguré que me reemplazarían con ventaja para la consecución de sus deseos.

Con esto se fué bendita de Dios; me consideré libre de tan antipático marimacho, y volví a mis tareas con los muertos.

XXXIX

El Marqués de Ureña.

D. José de Haro, efectivamente, era un cariñoso amigo mío, y excelentísima persona. De noble estirpe, como lo indica su apellido, quedó huérfano de padre en corta edad; éste dejó a su esposa la exigua viudedad de oficial del Cuerpo Administrativo de la Armada, que, como ya sabemos, no se pagaban en aquellos calamitosos tiempos. Mi amigo D. José de Haro tuvo que dedicarse al oficio de latonero.

Aprovechando la estada de los franceses en la Isla, aprendió a tirar a las armas con los maestros de los regimientos. Agil y dispuesto para todo, salió tan buen hojalatero como tirador de armas. Emigró a la Habana; con uno y otro oficio y su ejemplar conducta, vivió decorosamente, educó a sus hijos cual correspondía a sus ascendientes, y ahorró cuarenta mil

pesos, capital con que regresó a España y estableciόse en Cádiz.

Aunque de mucha más edad que yo, congeniábamos. Tiraba perfectamente. Carecía de instrucción, pero en cambio era de una educación irreprochable y conocía el mundo, como persona de talento natural y que desde la nada se abrió paso.

Al marqués de Ureña le conocía desde que como aficionado comencé a tirar las armas. El buen marqués era un señor opulento, pero tan singular que dudo si podré describirlo.

Llevando uno de los títulos de Castilla más antiguos, ya se supone que estaría troquelado como tal. En efecto, su estructura era de magnate. Pero su forma exterior, entretejida de guapo de romance, torero y picador de caballos.

Vestía de caballero majo, habitualmente; de maestrante, en las procesiones; de miliciano, en las fiestas cívicas y paradas. Porque el marqués, sin dejar la ostentación de su prosapia, quizá para hacerla notar más, se las daba de patriota.

Pero, lo que constituía su personal esencia, su vanidad, sus ideales, eran tres jactancias: no las tenía ni de rico ni de noble; teníalas por tirador de armas, por caballista y por matador de toros.

Sobre estas tres ruedas giraba su existencia, procurando satisfacer sus necesidades de espíritu por ingeniosos modos. Y bien necesitaba de magno ingenio; porque, flaco, rígido y tieso por estructura, no podía guardar el equilibrio ni en un burro, ni tirar a las armas, ni dar una carrera por el estrado.

Lo de caballista y domador de potros lo gozaba hablando siempre de pretéritas hazañas; disputando sobre el libro de Don Juan Segundo, afirmando que todo lo más esencial que contenía se lo había enseñado él al Don Juan, y que éste de su boca y de su ejemplo habíalo aprendido; parándose en la calle a disertar sobre el primer jamelgo transeúnte, y dando consejos a los herradores sobre el arte de la albeitería y la ciencia de la veterinaria.

Para alimento de su vanidad esgrimidora, había dedicado un salón de la planta baja de su casa a sala de armas. Allí

hacía concurrir a los maestros y aficionados para dar asaltos; nos obsequiaba con agua, panales o azucarillos y ron. Hacía los honores en concepto del más antiguo y más caracterizado de los maestros, refiriendo en los intermedios maravillosos asaltos en que había sido héroe y vencedor. Cuando se le invitaba a tirar, eludía el compromiso diciendo que el florete y el sable eran armas baladíes; que no las consideraba dignas de verdaderos maestros, sino corrupción de la moda y de los tiempos; que la única arma verdadera y noble era la espada española; pero que no habiendo quedado en España quien la conociera, más que él, se veía privado de su ejercicio favorito.

En lo de torero, así se las componía. A más de su ordinario vestir, desde las galerías bajas a las altas, desde el estrado al comedor, las paredes estaban cuajadas de respetabilísimos retratos de los ascendientes: generales de mar y tierra; obispos, arzobispos y cardenales; altos magistrados, virreyes; voluminosas señoronas, alguna monja y alguno que otro reverendo. Pero, entre cuadro y cuadro respetabilísimos, una cabeza de toro (que el marqués había matado, por supuesto), una moña, dos banderillas ensangrentadas y otros varios trofeos de ese jaez, eran ejecutorias de *sangre torera*.

Además tenía el marqués, en vetusto arcón de nogal, varios lujosos ternos de matador, con sus correspondientes capotes, espadas y muletas. De cuando en cuando solía vestirse con ellos y pasearlos por la casa.

Púsole una vez su afición en grave compromiso, del cual no pudo salir a despecho de su ingenio como salía de sus otras jactancias.

Fue el caso que para uniformar un batallón de milicianos se acordó dar una corrida. Cosa de milicianos y de toros, claro está que el marqués había de figurar en primera línea.

Dejóse correr con su jactancia, y probablemente por el pícaro apetito de lucir sus alamares y su cuerpo gentil vestido de torero. Ello es que se comprometió a matar un toro, viendo su nombre al lado de otros matadores de cartel.

Llegó el día y procuró escaparse por la tangente, suscitando una cuestión grave de tauromáquica etiqueta: dijo que le correspondía presidir la cuadrilla y a los demás matadores, por ser más antiguo. Pero los compañeros se dieron de ojo y le otorgaron el primer lugar; por este lado no tuvo escapatoria, y salió a la plaza presidiendo a la cuadrilla, hecho un brazo de mar.

Llegó el momento crítico para él, y dirigióse a la Presidencia, brindando de un modo gallardo y magistral. El público prorrumpió en aplausos nutridísimos, y el marqués quiso corresponder saliendo por el lado opuesto al toro para hacer saludo con la espada. Así llegó hasta el punto diametralmente opuesto al bicho y quedóse parado, arreglando la muleta y limpiando la espada. Luego la blandió sobre la punta, para asegurarse de su estado; y vuelto al arreglo de la muleta, mientras el público empezaba a gritar e impacientarse.

—«¡Al toro!... ¡Al toro!...»

Pero mi buen marqués parecía sordo, entrenido con los trastos de matar.

—«¡Al toro, tío maula! ¡Al toro!...»

La plaza se venía abajo: unos reían, otros se enfurecían, todos gritaban desesperadamente.

Al fin, el Alcalde tuvo que mandar un alguacil, quien le dijo:

—Señor marqués, de orden del señor Alcalde que vaya V. E. al toro.

Y el marqués le contestó:

—Diga usted al Alcalde que yo sé lo que me hago.

Pero, en idas y venidas pasaba el tiempo. La plaza, poseída de ese vértigo de furor propio de tales espectáculos, amenazaba un cataclismo. El Alcalde volvió a mandar al alguacil, que, llegado al marqués, le dijo en voz alta:

—De orden del señor Alcalde que vaya V. E. al toro o que le echará la *media luna*.

A esto los chulillos, ya que que el matador no iba al toro,

sacándolo de capa, lo traían por medio de la plaza hacia el sitio que ocupaba el marqués. El cual, al ver la faena, tirando al suelo espada y muleta, tomó el burladero próximo, dirigiendo al alguacil esta contestación homérica:

—Diga usted al Alcalde que eche la luna llena y el sol y las estrellas.

XL

La Camorra.

No me parece, pues, que dirigí mal a *la Amazona Belga*. En efecto, verse considerado maestro de armas por tan extraño personaje le pareció la imposición del sello lacrado en su diploma.

Como no volviera a verme, olvidé su negocio; por lo cual sentí mayor sorpresa al fijar la atención en una esquina, donde lucía un cartel desmesurado. ¡Pero qué cartel! Jamás tan vivamente me sonrojó la vergüenza.

Con alevosa ortografía y letra infame, con tintas almazarrón y humo de pez, declarábase allí que el domingo, a las doce del día, *la famosa e invencible Amazona Belga* asaltaría con *(aquí entraba yo, con mi nombre y apellido)* y con cualquier otro tirador que quisiese medir sus fuerzas con ella. Citaba al asalto para el local de *La Camorra*, y fijaba el precio de medio duro por la entrada.

Lo que hoy me causa risa, produjome entonces tal bochorno, tal humillación, que hubiera deseado me tragara la tierra. Verme anunciado en un cartel por las esquinas, cual un saltimbanqui de la legua, era para desesperar.

Me pareció un abuso punible el hacerlo sin mi conocimiento, y mucho más sin mi consentimiento. Tácitamente y por evitar que la machota me sacase en papeles, había consentido en asaltar con ella, pero en sala particular de amigos y no descaradamente en público. Enhorabuena que, si vivía de aquello, los concurrentes y aficionados la hubieran favorecido con

el producto de un escote; pero dar a la cosa todo el carácter de una función a medio duro la entrada, donde de aquella dama había yo de aparecer como galán, lo juzgaba la cosa más degradante y ridícula que se podía imaginar.

El hombre no puede sentir ni pensar del mismo modo en todos los tiempos y ocasiones. Lo que ahora me parece una simple peripecia cómica de esas que suelen ocurrir en la vida sin poderlas evitar, entonces lo juzgaba como un caso de desdoro, de rebajamiento social, de pérdida de dignidad; pues por aquella época me sentía exageradamente susceptible, ya por los efectos que en mi espíritu habían producido los romances caballerescos, ya por la gimnasia de este sentimiento en oculta lucha con la pobreza.

Pero, más que el hecho en sí, me exasperaba un accesorio del caso, a saber: que en los carteles fementidos (los había por las esquinas de todos los sitios frecuentados) aparecía pintada con almazarrón y humo de pez *la Amazona* en su traje de batalla, y ¡horror!... yo también, con humo de pez y almazarrón.

El fenómeno de herir más la sensibilidad y el sentimiento un detalle que el fondo de la cosa es muy común; entiendo que obedece a una ley natural. El lenguaje ordinario ha inventado una frase para expresar esto: «No siento que me llames adoquín, sino el retintín.»

El arte aquél, espontánea e ingenuamente característico de las figuras, era el *retintín* endiablado del cartel. Monté en ira.

El primer impulso fue ir en busca de *la Amazona Belga* y ponerla como un trapo. Después, determiné no concurrir al asalto; pero desistí del propósito, considerando que daría lugar a interpretaciones y posiblemente a algún acto de insolencia que me pusiera en situación aún más ridícula. Quedóme el ánimo enconado con esa especie de rescoldo que producen las ofensas, y decidí cobrármelo con creces maltratando a *la Amazona* en el asalto. Como pasó la noche, el rencor se fué evaporando de mi pecho, y decíame:

—«¡Pobre mujer! Su aspecto derrotado indica la miseria.

¡A cuánto no lleva la necesidad! Ya has salido a la vergüenza en los carteles. ¿Qué puedes remediar? Tienes que resignarte y hacer el oso en el asalto. ¡Pues, a resignarse! Que el animalito sea lo menos oso posible, y nada más.»

Bajo tal estado de ánimo dirigí los pasos al edificio llamado *La Camorra*, llegando a las doce en punto.

La Camorra es un edificio esencialmente gaditano. Parece difícil que la arquitectura pueda alcanzar la condición de persona humana, en el grado que lo ofrece *La Camorra*. Es frívola, coqueta, honesta y deshonesta en ocasiones, alegre unas veces, triste otras, cuándo rica, cuándo pobre, siempre culta, pero con cierto sabor y dejo de cursilería.

La Camorra, ora sirve de Liceo, ora de sociedad de beneficencia; y sucesivamente o alternando, como teatro de aficionados, club político, colegio electoral, salón de conferencias, casino, exposición de pinturas, bailes aristocráticos o bailes de candil, cámara de comerciantes, círculo recreativo, lugar para festines y para otros muchos menesteres y cosas que sería prolijo enumerar.

A la sazón iba a servir para sala de armas, adaptada al efecto, en virtud del celo y buena diligencia del marqués de Ureña a favor de *la Amazona Belga*.

Al ingresar en el gran salón que da al jardín o patio, había ya alguna concurrencia. Hallábase dispuesto un tabladillo poco elevado para los tiradores, y numerosos bancos en filas para los espectadores.

Allí estaba el marqués dando disposiciones, y me extrañó encontrar al coronel Sola.

La extrañeza procedía de esta circunstancia. Gozaba de gran fama como tirador; referíanse varias anécdotas de su destreza, principalmente relacionadas con los espadachines y maestros del ejército de Angulema; cuando se hablaba de buenos floretistas, casi siempre se oía esta exclamación:

—¡Ah, para floretistas el coronel Sola!

Desde tiempo atrás tenía yo deseos de conocerle y admi-

rarle en un asalto. Alguna vez me atreví a solicitarle para ello, pero me contestó con verdadera ingenuidad:

—Siento no poder complacer a usted. Cuando teniente y capitán de artillería tiraba, en efecto, y pasaba por un buen aficionado. Pero la esgrima es agilidad, y usted comprenda qué agilidad tendré a mis años.

Me parecía que le sobraba razón y no insistí, reduciéndome a rogarle que no para tirar, pero sí para algún consejo, honrara mi sala alguna vez. Pero ni eso pude conseguir. Parecíame que no le agradaba comparar lo pasado con lo presente. En efecto, el Coronel se sentía añoso; pero, aun confesándolo, hacía lo posible por olvidarlo y huyendo las ocasiones del recuerdo.

El salón fué llenándose: los cartelones y los mamarrachos fueron eficaces. A poco, entró *la Amazona*, subióse al tablado y saludó al público; si fea estaba con su traje de visita, ahora parecía el mismísimo demonio.

Considéresela con casco de latón en la cabeza, la cara oscurecida a través de la careta; saliendo del casco y encuadrando la careta, unas grandes melenas en tirabuzones de color azafranado, pendientes hasta los hombros y la espalda. Descotada hasta el arranque de los que, si fueron pechos algún día, más parecían brevas de presente. Descaradas las clavículas y costillas, sin más reparo que un gran collar de pelotas de vidrio remedando ámbar. Justillo viejo de seda recamada de lentejuelas, parejo con una enagüilla de la misma estofa, que alcanzaba a medio muslo; y de allí a abajo, calzón de punto de no muy buen parecer, y calcetas rojas.

Ahora dígame el lector, como si la viera, si no podría servir a un pintor para modelo del mismo Belcebú o del ángel caído. ¡La mismísima estampa de la herejía!

Una vez que hubo saludado, hízome una seña y me dirigí al tablado, más encendido que un pimiento. Pero, antes de subir, se inclinó *la Amazona* a mi oído, y me dijo a media voz.

—Yo le *demando* permiso para romper el asalto con el coronel artillero; se lo tengo ofrecido.

Hice tres veces *sí* con la cabeza, y quedé atónito. Aquella mujer había logrado de Sola sacarle de sus casillas para asaltar con ella en público, cuando ni yo ni nadie lo habíamos conseguido en el terreno privado y casi secreto.

Hizo otra seña al Coronel, quien subió ufano y mostrando diligencia; sospeché si habría intervenido en el asunto la mano del marqués. Hallábase a mi lado, y le dije:

—¿Cómo es esto de Sola?

—Pues diré a usted. La madama me pidió que la presentase a los tiradores mis amigos, para que concurriesen a la función. Usted sabe que Sola es íntimo mío; tirábamos juntos cuando los franceses, y llevábamos en alto la bandera de España. La madama le fue por mí presentada, y él accedió a concurrir con la familia. La madama entonces le pidió que le hiciera el honor de romper con ella el primer asalto. Sola se resistió diciendo, como es verdad, que hacía más de veinte años que no tiraba; pero *la Amazona* le propuso ensayar en el acto, para ver si la excusa era efectiva. Me pareció bien, y estreché a Sola recordándole cuando los dos tirábamos. Dicho y hecho; como conserva los trebejos y los tenía en el despacho, se pusieron a tirar; y claro está, Sola, como en los buenos tiempos, sacó gran ventaja a *la Amazona*. Quedó comprometido, y ya lo ve usted.

En tanto que el marqués me daba la clave del enigma, el Coronel se había quitado la levita, puesto el guante y la careta, hecho el saludo y demás fórmulas de cortesía.

Viéndole caer en guardia presentí el desastre: aquel cuerpo y aquellos músculos no estaban ya para el caso, y menos para amazonas.

Al primer fondo estuvo si se cae o no se cae; a duras penas pudo volver a la guardia. *La Amazona* se destacó con un ataque duro, completamente innecesario y grosero ante la debilidad del enemigo; las estocadas llovían sobre su pecho y vientre. Amostazado él, se fué a fondo; paró *la Amazona* y contes-

tó sobre la parada... cuando el pobre Coronel, tratando de reponerse, perdió el equilibrio con el golpe y cayó al suelo.

A la caída, se le rompieron las gafas; y gracias que el cristal no le hirió un ojo. *La Amazona* dió en todo señal de su crianza: ni hizo muestras para levantarlo. Subí al tablado y le ayudé, mientras confuso me decía:

—No estoy ya para estos trotes.

Se puso la levita y salió del salón con la familia, que, muy sofocada, le iba regañando.

La Amazona marchóse por la puerta por donde había entrado, para hacer un entreacto; el cual amenizó una murga dispuesta por el Marqués. Dirigiéndome a él, le dije:

—¿Qué me dice usted ahora?

—¡Hombre, hombre! ¿Qué le he de decir? Que esa madama tira mucho.

—Pues, ¿no me dijo usted que en el ensayo había sacado Sola gran ventaja?

—Hombre, hombre, sí; pero ¡ya ve usted!

—Lo que veo es que ha engañado a ustedes y que es una tía grosera. Hizo un juego falso en el ensayo, para crear a ustedes la ilusión de que mantienen la agilidad como en los tiempos de Angulema; y luego, aquí, ante el público, adquirir fama de temible tiradora, a costa de un anciano incauto y respetable.

No le hubo de gustar el razonamiento al bueno del Marqués, según puso la cara; nada contestó.

La murga suspendió sus trompetazos al presentarse de nuevo *la Amazona*. Saludos y aplausos de una parte del vulgo en materia de esgrima. Disfrutó de ese ruido un rato, en actitud vencedora, y me señaló con el florete.

Subí, sin sentir la vergüenza de antes; pero de mal humor por lo que había pasado y con intenciones no muy buenas.

Despojada la levita y armado, comenzamos el asalto manteniéndome a la defensiva. Conocí pronto su juego: era duro como el de Correa Botinos; pero menos simple, menos eficaz y más abierto. Prosiguió el ataque diez minutos; como violento

que era, no pudo continuar Y se puso en columna para tomar descanso. Púseme también del mismo modo, esperando el saludo que según costumbre precede a todo comienzo de nuevo ataque; pero *la Amazona* no entendía de fórmulas políticas, y así que se consideró repuesta renovó la acometida. Esta vez, mientras ella hacía garambainas con el florete, la detuve con una estocada en la careta. ¡Produjo un efecto deplorable!

Como su muelle caía por dentro del casco de latón, éste no debía de estar muy fijo en la cabeza. El caso fue que el golpe de la careta desquició el casco, llevándose consigo la redonda peluca de tirabuzones, y quedando desnuda la mollera, sólo exornada con un moñete exiguo.

Nutrido aplauso celebró el hecho casual. *La Amazona* no se turbó: cogió su casco y se lo encajó más firme. Púsose en guardia y no tomó la iniciativa del ataque. Como pasase tiempo en dicha situación, simulé el primero de mi parte. Y no hice mal, porque con esto conocí su último recurso.

Sobre una fuerte parada, corría el hierro metiendo una estocada capaz de volcar de espaldas a un jayán; su parada, sobre el ataque falso, resultó un floretazo al aire. Descubierta, le señalé en el pecho suavemente la estocada y vine a guardia. No lo confesó; irritóse y se descompuso, desatándose en una lluvia de acometidas sin orden ni concierto, tan desatentadas como inofensivas.

De todas maneras, aquel martillear obligaba a reducirlo a justos términos. Volví a señalarla a la careta; y *la Amazona*, para evitar la repetición de la pérdida del casco, huyó la cara atrás. Pero el florete, cogiendo el collar de vidrio por debajo, al tiempo de echar la cara atrás, lo sacó del cuello y fué por el aire.

Nuevos y más nutridos aplausos resonaron. *La Amazona* recogió su collar y marchóse puertas adentro.

La murga rompió en sus destemplados piporrazos. Me puse la levita y salí de *La Camorra*, huyendo de impertinentes felicitaciones.

XLI

* La mejor lección.

La ridícula historia que acabo de referir, me dió una fama de tirador injustificada e inmerecida. Hízome pensar si el aura pública se fundaría a veces en fútiles motivos. Algo sospechaba de esto desde que conocí al famoso D. Bartolomé Gallardo.

Por otra parte, no me hacía gracia ninguna aquel género de popularidad. De un lado por intuición, de otro por observación, conocía esta gran verdad, a saber: que el público no concede a nadie preeminencia en dos cosas. Adquirir fama de floretista era lo mismo que no llegar a tenerla nunca de médico, ni de ninguna otra cosa: en una palabra, cerrarme el porvenir.

Sin embargo, ni Mefistófeles es tan perjudicial consejero como la vanidad. Rechazaba mi conciencia aquel aura baladí; conocía mejor que nadie su infundamento, desagradábanme los plácemes y felicitaciones de los papanatas; mas eso no obstante, luego sentía cierta plenitud o inflación interior tal, que si otro accidente hubiese venido a fijarla, me deja constituído para toda la vida en un pobre diablo.

Por fortuna, a los pocos días, muy pocos, un suceso sencillísimo, insignificante al parecer, oscuro, vino a constituir el hecho más trascendentalmente educativo en aquella época, la más crítica de mi vida.

Había concluído mis lecciones de esgrima; los discípulos se habían marchado; quedábame solo, arreglando las cosas para salir y echar la llave, cuando llamaron a la puerta.

Abrí, presentándose un caballero tan bajo de cuerpo, que a serlo algo más cayera en lo ridículo; bien vestido y mejor proporcionado, distinguido aspecto militar, que borraba la mala impresión de su estatura.

—Perdón, señor, ¿es usted D. Fulano de Tal?

—Sí, señor, servidor de usted.

—Soy Monsieur Petit *(su nombre le cuadraba ciertamente)*, profesor de esgrima en Lisboa. Voy a Marsella. El buque hace escala aquí hasta la tarde; aprovechando las horas, he querido tener el gusto de visitar a usted y conocerle personalmente.

—Usted me favorece, señor. Pase usted adelante; tengo el mayor gusto en ofrecerle mis respetos y le agradezco mucho la visita.

Pasamos a la sala y nos sentamos en un banco; en mi habitación del Colegio no habría podido recibirlo mejor, ni tampoco en mi casa.

—Siento que no se detenga usted más en Cádiz, para acompañarle y servirle de alguna utilidad.

—Comprenderá usted que no puedo: tengo el billete pagado hasta Marsella.

—Y cuando vuelva usted a Lisboa, ¿no pasará por aquí?

—Es dudoso que vuelva. Mi carrera es militar; he estado separado del Ejército algún tiempo, establecido en Lisboa; probablemente, volveré al servicio.

—De modo que, según colijo, es usted, como yo, un maestro de esgrima por accidente y no por oficio habitual.

—Así es—contestó.

Tal circunstancia y sus distinguidas maneras ganáronle mis simpatías. Hubiera deseado entrar con él en más interioridades, pero lo juzgué indiscreto en una primera visita, circunscribiéndome a decir:

—Soy estudiante de Medicina. Las vicisitudes políticas me han obligado a buscar en el trabajo un medio de vivir; era un aficionado a la esgrima, y de aficionado la necesidad me trajo a profesor.

Monsieur Petit hablaba correctamente el castellano; sin dejo nasal, no obstante ser francés.

—Mucho se parecen los motivos de nuestro magisterio. Pero, maestro o no, mi afición a la esgrima es tanta como la

del jugador más vicioso al billar o a las cartas. El día que no asalto, me falta alguna cosa y estoy de mal humor.

—Pues, me alegro infinito saberlo; haremos los asaltos que usted quiera; y, sobre honor, tendré mucho gusto en complacerle.

Me levanté; le ofrecí guante, careta y florete; se desnudó la levita; y sacando un bramante del bolsillo lo anudó a la empuñadura del florete e hizo un lazo, que con los dientes y la mano izquierda ató a la muñeca de la diestra.

Cayó en guardia de una manera tan sólida como airosa. Cruzamos los floretes y le supliqué comenzara el ataque. Se resistió; pero, vista mi insistencia, lo hizo al fin, deteniendo el botón media pulgada antes de tocarme.

—Tocado—dije.

—No, señor—contestó.

—Usted perdone; si no tocó fue porque usted no quiso; pero yo no tenía su hierro, lo sentía perdido y la punta de usted estaba en mi descubierto.

Hícele a mi vez un ataque muy suave, y lo paró. Repitió el suyo, y no logré tocar su acero ni encontrarlo; me llegó la estocada, si bien con gran blandura.

—Tocó.

Volvimos á la guardia y ataqué; su parada, a tiempo y certera, no pudo desviar mi arma porque la suya le salió de la mano, quedando pendiente del bramante.

—Tocó—dijo.

—Tocó, pero no me satisface; usted paró a tiempo y bien, sólo le faltó un poco de fuerza.

—No es extraño—me contestó:—soy manco.

Desciñéndose el puño de la camisa, mostró el antebrazo: el radio anudado mostraba una fractura medianamente consolidada; los músculos anteriores habían sido profunda y totalmente divididos. La mano carecía de flexión, no podía doblar los dedos; sólo el grueso y el pequeño ejercían algunos de sus propios movimientos.

—¡Es admirable cómo puede usted tirar así!

—Recibí esta cuchillada en campaña, y estuvieron para amputarme el brazo; gracias que sólo perdí el uso de la mano.

—Ahora comprendo por qué se ata usted el florete a la muñeca.

—No podría de otro modo; lo tendría siempre en el suelo.

—Señor Petit—le dije:—tirando con usted me he visto en una situación completamente desconocida. Usted, al caer en guardia, me da el contacto de su hierro; pero, desde el momento en que comienza a atacar, nunca logro encontrarlo, y así quedo indefenso. Es imposible, pues, pararle una estocada.

—Mi propia debilidad me obliga a atacar muy ceñido y hurtar el hierro a las paradas.

—Es decir, que contra usted ¿no hay más defensa que la distancia?

—Puede ser; pero si tirásemos muchas veces, usted adquiriría más suavidad en los movimientos, ganando en ligereza lo que perdiera en energía.

Volvimos al asalto, y fue inútil cuanto hice: su botón tocaba siempre y no pude hacer una parada.

—Monsier Petit, lo confieso: ¡yo no sé tirar al florete!

—No, ciertamente. Tira usted bien... con cualquiera que no sea manco. Y, sobre todo, es usted un tirador bien educado; cosa más rara de lo que parece. Usted no ha abusado de mi debilidad de brazo forzando sus estocadas; lo que hacen todos los que tiran conmigo, para desquitarse de las mías.

Después de descansar, despidióse de mí, haciéndonos mutuos y sinceros ofrecimientos.

No tuve el gusto de saber luego qué fue de Monsieur Petit.

Quedando a solas vine a meditar:

—«¡Señor, si seré bruto! ¿Cómo no he caído antes en que las grandes fuerzas sólo se vencen con la anulación de la resistencia? Al mar, las arenas; a Correa Botinos, su mujer; a la fuerza del vapor, una válvula; a mi vanidad, ¡un manco!»

Perdida la que empezaba a tener, me afané cuanto pude por hacerme olvidar como espadachín, y el público empezó a romper:

—¡Es un buen chico!

Está bien, procuré eso: la estimación de las gentes. Si Monsieur Petit no me dió la mejor lección, venga Dios y lo vea.

XLII

* La borrasca.

Años hay fatales. Mucho lo fue para mí el de 1848.

Bien que mal, con las lecciones y los ocho duritos del Colegio, ibamos tirando.

Ya por economías, ya porque se suprimió la Escuela de Guardias Marinas (no lo recuerdo bien), fue el caso que mi maestro, D. Juan Camas, se quedó sin destino; y, como era consiguiente, volvió a Cádiz para buscarse la vida.

El suceso planteó ante mí un problema difícil. ¿Debía yo seguir dando lecciones y condenar a mi pobre maestro, a quien me había enseñado, a morirse de hambre?

La concurrencia entre los dos no era posible: él viejo, yo joven; él, con los modales de soldado fanfarrón, era poco simpático en Cádiz; lo aceptaban a falta de otro.

Partir la capa como San Martín, no abrigaba a ninguno: apenas si podía tirar con la capa entera, para que tirase con la mitad.

Las necesidades de mi familia me decían: «Tú el primero.»

La conciencia clamaba: «No seas ingrato con el que te enseñó lo que sabes; no conviertas su enseñanza en su dogal.»

¡Me decidí! Al día siguiente de llegar mi maestro, fuí a verle, y le dije:

—Amigo Camas, tiene usted en San Felipe ocho lecciones,

que son diez y seis duros, más cinco discípulos en el Gimnasio de Elers.

—Con Elers no corro bien—observó.

—Ya lo sé—le respondí;—pero a los cinco discípulos les haré que vengan a dar lección aquí, a su casa de usted.

—Muchas gracias—me contestó, como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

El pobre Camas no tenía mucho de Salomón. Por otra parte, como cuando yo estudiaba en San Pedro pasaba por un señorito de casa acomodada, y después que varió la suerte procuré ocultarlo de todos cuantos me fue posible, en su concepto, si yo le había sustituído en el magisterio, lo consideraba como puro amor al arte. Así, mi ofrecimiento le pareció la cosa más natural del mundo.

—Venga usted conmigo a San Felipe, para despedirme del Rector y presentar a usted.

Salimos, en efecto, a practicar dicha diligencia. Al Rector no le hubo de hacer ninguna gracia el cambio, y objetó:

—Yo no tengo facultad para nombrar los Profesores, ni para admitir la sustitución de unos por otros; eso a la Junta Directiva pertenece. Daré cuenta cuando se reúna, y ella determinará lo que tenga por conveniente. En el entretanto, espero que usted seguirá dando su clase, para no perjudicar a nuestros alumnos.

—Está bien—le contesté.

Salimos, y dije a Camas:

—De más está el decir que desde ahora es usted el Profesor: mientras determina la Junta, seguiré dando la clase; pero los honorarios son de usted.

Dióme las gracias, con más efusión que antes.

Elers no se avino a tener de socio a Camas; el uno del otro, no eran santos respectivamente de su devoción. Cesó la escuela de esgrima en el Gimnasio; y de los cinco alumnos, tres algo adelantados se dieron por satisfechos, y los otros dos convinieron en seguir dando lecciones con Camas.

Volví a quedar con ocho duros al mes, para acudir a todas las necesidades. Suprimo relatos angustiosos, que sólo conducirían a afligir el ánimo del piadoso lector.

Alguna gota de agua cayó en el campo sediento. El padre de un estudiante desaplicado vino a proponerme que repasara a su hijo, para ver si podía ganar curso, y me ofreció cuatro duros mensuales; ya eran doce.

Pero aquel año fue de conflagración universal; toda Europa se levantó en armas, y en Madrid pudo Narváez ahogar en sangre la revolución. La Hacienda pública sufrió desquiciamientos, y dejaron de pagarse las atenciones del Estado que no fueran exclusivamente militares. Así trascurrieron muchos meses.

Inventé dar lecciones prácticas del arte de operar, aprovechando los cadáveres del anfiteatro; tuve quince alumnos, que abonaron tres duros cada uno, pero sólo duró un mes la cosa.

Para más duras pruebas, mi hermano menor, entonces de ocho años, fue acometido del tifus; contagióse la hermana que le seguía en edad, seguidamente la otra, y en pos mi tía Dolores. Quedamos incólumes la hermana mayor (enferma de la mente, como atrás dije), mi santa madre y yo.

Pero mi madre, de acudir a todo y no dormir ni aun desnudarse, de luchar con tantos conflictos, si no rindió su espíritu, enérgico y paciente cual ninguno, rindió su cuerpo. Atacada de reuma paralítico, arrastrábase de cama a cama, del lavadero a la cocina.

Vivíamos en la calle de Flamencos Borrachos, en un piso entresuelo; el principal lo ocupaba un santo médico, D. Ignacio Mata, que después fue profesor en el Colegio de Medicina.

Desde el primer momento acudió a la asistencia de mi hermano; vió desarrollarse tan grave enfermedad en la mayor parte de la familia. No se le pudo ocultar aquella situación; traía las medicinas y las daba por su mano. Siempre que entraba en la casa o salía de ella, visitaba a mis enfermos y hacía de enfermero; nos prestaba sus criados y los auxilios de su

familia. Sin su providencia, no sé qué hubiera sido de nosotros.

De todas suertes, después de pasar tales conflictos, la reflexión no alcanza a comprender cómo se ha podido salir de ellos.

Una noche llamé a la puerta de mi casa, y no me abrieron; volví a llamar más fuerte, y oí la voz de mi madre. Tardó mucho en llegar; luego oí que arañaban la puerta por dentro; al fin, se abrió el pestillo.

¡Pobre madre mía, mártir y Providencia del hogar! No podía tenerse en pie; baldada en absoluto, no disponía de sus miembros; sólo era dueña de su buena e indomable voluntad.

Al fin, pude obligarla a dejarse conducir a la cama. Mi tía Dolores y mi hermana, aunque postradas, estaban ya fuera de peligro. Mi hermano seguía muy grave y sin conocimiento. Después de asistirlos como pude, salí para el Colegio a preparar las lecciones y dejé la puerta de la escalera sin cerrar, poniendo estaquilla en el pestillo para poder entrar sin repetirse la dolorosa escena que había presenciado.

Lleno de agobio caminaba hacia el Colegio, caída la cabeza, encorvadas las espaldas cual un viejo. ¿Qué pensaba? ¡No sé! Sólo recuerdo que no recuerdo nada, ni a nadie vi en el camino. Al entrar en la calle del Teniente, sentí una fuerte sacudida interior, que me hizo volver a la conciencia de mí mismo, y exclamé:

«—¡No puede ser! Esto no puede pasar a más, esto tiene que cesar. ¿Cómo? ¡No lo sé! Como otras veces. Algo será: ganaré a la lotería. Pero, ¡si no has jugado! Pues no hay más que morir o sacar la lotería.»

Despejado ya, proseguí el camino con una extraña tranquilidad de espíritu y una fuerza interna tal y tan grande, que no parecía sino que hubiera absorbido las energías de mi madre.

Pasé en el anfiteatro hasta más de media noche, disecando, pensando y orando mentalmente. Discurría cuán egoísta es el dolor: aquel cadáver, en cuyas entrañas iba laborando, nada me decía y no me preguntaba a mí mismo si habría padecido como yo; ya no padecía.

Terminada la tarea, fuí a mi cuarto, me acosté y dormí tranquilo cual el marinero que después de la tempestad descansa en la bonanza. Despertóme la campana de visita del Hospital.

Me acusé de pereza: debí levantarme con el sol, para ir a casa, ver a mi madre y mis enfermos, hacer por ellos lo que pudiera y volver a la hora de la visita hospitalaria. Tranquilizábame la idea de que D. Ignacio Mata y su familia hacían cosa más útil: daban caldos y medicinas a los enfermos; yo, no teniendo qué dar, era un inútil vergonzoso.

Pasadas visita y cátedra, llegué a mi casa a las diez de la mañana, poseído de la misma tranquilidad (mezcla de fe, resignación y esperanza) que sentí infundírseme en la calle del Teniente.

El portón estaba cerrado, no abierto como lo dejé. Tiro de la campanilla y sale a abrir mi padre: ¡la lotería!

Desde el año 43 que no le veía. Partió siendo un hombre hermosísimo y gallardo; conservábase hermoso, pero lleno de canas.

Caímos en los brazos uno de otro.

—¿Cómo aquí, sin avisar?

—La noticia de vuestro estado me tenía como podéis suponer. Anteayer me cayeron dos mil duros a la lotería y los cobré. Ayer me embarqué en Málaga, y esta mañana estaba en Cádiz al abrirse las puertas. Como los tiempos andan mal, no puedo permanecer aquí sin peligro de que me deporten a Manila. Os dejaré dinero para salir de esta situación; y mientras se le da vado, tomaré en Sevilla casa para establecerme con la familia.

No fui ingrato: no cuantas debía, pero di gracias a Dios y gracias a la Virgen, y se las sigo dando.

Mi querido padre, español y andaluz por todos cuatro costados, tenía pasión por la lotería. Más previsor y ahorrando lo que gastaba en sus billetes, lo hubiera pasado menos mal. Pero, esta vez, preciso es convenir en que la lotería fue oportuna.

XLIII

* En plena estudiantina.

Pasados veinte días, los enfermos estaban convalecientes y en aptitud de tomar el vapor para la famosa capital de todas las Andalucías.

Mi padre arrendó y arregló una cómoda y blanca casita en la calle de los Viejos. Despidióse de mí con lágrimas mi familia. Los dejé embarcados, partió el vapor; desde la borda me saludaban con los pañuelos; yo, desde la lancha, con el mío; nos perdimos de vista, y me hallé solo pisando la escalera de piedra del muelle gaditano.

Sentí una confusa mezcla de penas y alegrías al entrar de nuevo por las puertas de la ciudad. La plaza de San Juan de Dios me pareció más animada; no experimenté el peso que produce en el ánimo el encierro de una ciudad murada. Conmovido por la separación, halagábame, por contrario modo, la nueva posicion de rico y de persona exenta de cuidados.

En efecto, en aquel punto y hora me consideraba como un acaudalado. No iban aún al corriente las pagas del Colegio, pero anunciábase una a cuenta. Además, aunque el colegio de San Felipe no había decidido nada sobre la permuta, y seguía dando las lecciones meramente a beneficio de mi maestro, malo había de ser que no ganara alguna cosa con los eventuales repasos de Anatomía y otras asignaturas. En fin, parecíame que nadaba en la abundancia.

Llegué al Colegio; desde el día antes habían llevado allí de mi casa un arca con la ropa arregladita por mi madre. No estaba del todo mal. En la exterior, aunque el carácter de estudiante disculpa deterioros, éstos eran ya mayores de lo que el buen parecer podía consentir. Bicoca el tal inconveniente. Derechito me fuí a casa de Arcos, sastre amigo y de los más acreditados, y con *sans façon* le dije:

—Necesito un traje decente, lo pagaré a dita: tres duros cada mes.

—Y aunque no me pague nunca, le vestiré con mucho gusto.

—Hágame usted...

—Lo que yo quiera; queda a mi juicio el vestir a usted según me cuadre.

—Está bien, lo que usted guste.

Hízome un frac azul con botones dorados, un chaleco de lanilla de color pajizo (la gran moda entonces), y un pantalón de lana dulce a finas listas blancas y negras; todo lo cual, en verdad, me caía bien, pareciendo el primogénito de un extractor de vinos que vuelve de Londres y París.

Necesitaba una casa de huéspedes donde comer; para habitar tenía mi cuarto en el Colegio. Casas de pupilos, en Cádiz había un sinfín; podía escoger, pero con su cuenta y medida. Las mejores, con honores de fonda, estábanme vedadas por motivos económicos; debía circunscribirme a las de pupilaje para estudiantes. Quimera es lo de buscar la igualdad rígida y absoluta; debe entenderse por igualdad la que siéndolo en el género varía en las especies.

Fuí en derechura a una de la cual tenía buenas noticias; estaba a la cabeza de las estudiantiles: allí paraban los escolares aristócratas, o sea los que gozaban de buena y corriente mesada. Llegué a la hora de almorzar.

Estaba a la mesa, entre los que iré diciendo, Antonio Fernández, el estudiante más simpático y alegre que yo había conocido. Presidía un Canónigo, el pupilo más antiguo de la casa; se las daba de respetable y al mismo tiempo de hombre de mundo, de esos que no se asustan por nada y conocen la aguja de marear... a los demás.

A su derecha estaba una actriz, muy en candelero a la sazón; luego otros huéspedes que pudiéramos llamar de la clase de tropa; y a los pies de la mesa, Luna, mediano cómico andaluz, más gracioso en la calle que en las tablas, abierto, servi-

cial y tunante de buen género, en la línea de los que en Andalucía calificamos con el epíteto de *pirandón*.

Pero era el caso que si Luna merecía este calificativo, aún más ganado se lo tenía el Canónigo; sólo que el uno *pirándose* de gracia y el otro *pirándose* egoísta y desgraciado, de esa especie *guasona* antipática de los sotanas mundanos, que no apean, sin embargo, lo sagrado del carácter.

Como no hay mayor enemigo de la ballena que el cachalote, ni el Canónigo podía ver a Luna, ni Luna al Canónigo.

Yo había ido a ver a Antonio Fernández para que me diese informes y precio de su casa; pero apenas me senté a su lado y un poco detrás de él, divisé el escenario y esperé alguna escena. Los comensales, como buenos españoles, hablaban todos a un tiempo y en voz alta.

El Canónigo, torciendo amable y almibarada la cara a su derecha, dirigíase a la actriz llamándola *Ritita* y ofreciéndole con el tenedor una aceituna. Después, al entablar conversación con ella, desde el extremo opuesto de la mesa saltó la voz de Luna, que decía:

—Señor Canónigo, ¿no es verdad?...—(*El resto de la pregunta era ininteligible.)*

El Canónigo movía la cabeza y los hombros como entre sí, no y qué sé yo, para salir del paso.

Cortada la conversación canonical, volvía a reanudarla poniendo la cara esdrújula y la boca en acento circunflejo, comenzando de nuevo por:

—*Ritita*...

Pero no habría pronunciado la mitad del introito de su galante y estudiado tema, cuando otra vez salía a interrumpirle la conversación Luna, cruzando su voz la distancia de extremo a extremo de la mesa a través de las disputas de los demás pupilos.

El canónigo hizo un gesto de mal humor, bajó la cabeza y se puso a revolver con el tenedor la comida de su plato. No pasó mucho tiempo sin que le entrasen nuevos deseos de enta-

blar conversación con la *Ritita*. Luna le dejó esta vez engolfarse hasta que, apreciando oportuno el momento, le disparó una retahila incoherente, pero tan bien hilvanada, que, pareciendo tratarse de un asunto acalorado e importante, sólo llegaba el eco de las palabras, mas no las oraciones.

Apenas había concluído Luna, cuando el canónigo saltó en pie, y encendido en ira, se disparó a gritos:

—*¡Cará...!* ¡Señor Luna o señor *mier...*, hace una hora que me está usted *empre...*, y no le entiendo una palabra!

Solté una carcajada estridente, que resultó en coro al unísono con las de todos los comensales. Lo peor fue que *Ritita* se rió también; y de tal modo, que soltó el café con la leche por las narices.

El canónigo tiró la silla al suelo, ya que no pudo a la cabeza de Luna; salióse todo sofocado y mudó de casa.

Solicité informes de mi amigo el estudiante Fernández.

—Es buena casa de huéspedes: diez reales, con todo; ocho, por almuerzo y comida, sin cuarto.

—Es caro, Antonio; me voy con la música a otra parte.

XLIV

* Buen acomodo.

Entre muchos, elegí el de Sancho; su casa, frente por frente, en la misma plaza del Colegio. En un santiamén podía saltar de una parte a la otra.

De aseo, regular para el género; las paredes, encaladas. Si la mujer no tomara por las narices polvo cucarachero, perfectamente; con ese vicio, asaltaban ciertos temores de que algo fuese a caer en la cazuela.

Precio corriente, ocho reales; de favor para mí, no ocupando habitación ni cama, cinco cada día. ¡Como un príncipe! A las nueve, el almuerzo; a las tres, la comida; a las ocho, la cena.

Almuerzo: un huevo gallego, media tostada con manteca de Asturias y una taza de café con leche. *¡Todo, de lo mejor!* No había más sino que los huevos que traían de Galicia eran pequeños y venían en faluchos viejísimos, llenos de cucarachas; el huevo tiene tal afinidad con el principio aromático de esos animalitos, que para pasar un huevo era preciso ser estudiante de Anatomía, tener el estómago a prueba de anfiteatro. La manteca, ya era otra cosa: rancia, por de contado; así resultaba más alimenticia. El café disputaba con la leche sobre cuál de los dos fingía su papel con mayor propiedad.

Comida: sopa de arroz o de fideos, de pan algunas veces (cuando resultaba un remanente de mendrugos). Puchero de fríjoles y garbanzos, con hortalizas del tiempo. Carne y tocino aparte; y aunque de tocino y carne poco, lo suficiente para pringar media rosquilla. Ensalada después, y luego postres: un higo seco, o dos nueces, o una naranja. Agua, a discreción; y eso que entonces en Cádiz costaba un ojo de la cara, ¡un real o dos el barril!, cuando se agotaban los aljibes.

Cena: una rodaja, de a cuarto, de caballa o pescadilla; ensalada; media rosca.

¿Parece poco? ¡Menos son cinco reales! Que por ellos se comprometa a dar otro tanto aquel a quien le parezca mal. Sufrían hambre algunos, es verdad; pero ¡qué dicha, al tener unos cuartos, ir a satisfacerla en el *Candil* o la *Sacristía* con alegre cena!

XLV

Las circunstancias.

Las varias circunstancias varían el carácter y la educación. Que yo era siempre el mismo, nadie lo podrá poner en duda. Y, sin embargo, ¿era lo mismo ahora feliz e independiente, que poco antes agobiado de trabajos y pesadumbres? No lo era; sentíame muy otro.

Ya no tenía que reprimirme. Ni de niño ni de joven había disfrutado alegrías. Estaba sediento de reir, de bromear, de ejercer acción sobre lo que me rodeaba, de imponer mis opiniones y voluntades, de arrollar todos los obstáculos.

Quiere decir, que existía en mi naturaleza un germen de despotismo y vasallaje que no había podido desenvolverse bajo el peso de la desgracia. O lo que es lo mismo, que si la fortuna no me hace desgraciado, si nazco rico y me educo en la abundancia, hubiera sido un hombre duro, altanero, violento e inconsiderado.

Como desde el suceso del tambor adquirí la costumbre de meditar por la noche acerca de mis actos del día y hacer escrutinio de ellos, a cada paso notaba mis defectos y hacía propósitos de enmienda. De mucho me valía tan loable costumbre, pero declaro que algunos de esos defectos no ha podido corregirlos ni aun la nieve de la vejez.

Discutidor, las disputas me encienden. Lo que entiendo ser verdad, créolo con firmeza y entusiasmo: su contradicción me irrita; si el opositor no cede, siento enfado. Llego a la intolerancia con lo que considero injusto; y al fanatismo, y al impulso de aniquilar a los que sostienen la injusticia.

Mis discusiones con Iguino hiciéronse más duras. Dejé el trato de Sánchez del Arco porque se me hizo intolerable; no podía soportar sus imposiciones, y nos hubiéramos pegado.

Respecto a opiniones, he conseguido corregirme. No del todo: atiendo y respeto las contrarias, pero defiendo las propias con demasiado calor, a veces con enojo.

Respecto a lo que siento como injusto, no he podido adelantar una línea. Y eso que alguna vez me han declarado los hechos y sucesos que lo que yo entendía por injusto no lo era; y que juicios apasionados habíanme conducido a lamentable error.

XLVI

* Últimos maestros

Corría el sexto año de carrera. Tres otros catedráticos debo dar a conocer:

D. Andrés Azopardo.—Cincuenta años por entonces; alto, cenceño y flexible; siempre de frac, chaleco y pantalón negros; del alba de un día al del siguiente. Catedrático de partos, asistía en ellos a todas las señoras gaditanas, desde las ricas a las medianamente acomodadas; así, pocas noches dormía en su domicilio. Pasaba la mayor parte dentro de su frac, ejerciendo su oficio entre cabezadas y esfuerzos y lamentos. Como tenía gran clientela, para acudir a todas partes valíase de la singular longitud de sus piernas; en seis zancadas dejaba atrás la calle, y para hacerlo mejor, usaba zapato bajo sin tacones.

Podía considerársele como un modelo de finura gaditana. Culto, hasta un amaneramiento que, por ser original, suyo, resultaba agradable; en otro, hubiera parecido caricaturesco. Hablaba con facundia amena, tenía una ilustración amplia, aunque poco honda; conocía su especialidad hasta lo que alcanzaba su época. Galanteador habitual inofensivo, por hacerse agradable al bello sexo; si bien cayó a veces en un resbaladero, saliendo con las manos en la cabeza.

Explicaba bien y agradablemente su asignatura; asistía con puntualidad, a pesar de los partos. Guardaba las distancias con los estudiantes; se hacía respetar y no temer.

D. Antonio Villaescusa.—Sesenta años; hombrón, alto y fornido, blanco y rojo. León, cuando irritado; niño gigante, en su sér normal.

Comprensión tarda, pero sólida; instrucción limitada, pero lo que sabía sabíalo hondo. Modesto, exacto, ordenado, casi reglamentario. Cazador, íntimo amigo de sus perros. Padre

cariñosísimo, amigo hasta la pared de enfrente. Para la amistad, su bolsa y su vida; como enemigo, formidable. Habla premiosa, palabra difícil.

¡Cosa singular! Este defecto hacía de D. Antonio un excelente catedrático, tan bueno o quizá mejor que D. José Gardoqui. Como éste, hacía religión del magisterio. No faltaba un punto de la hora; permanecía en cátedra hasta que, quieras que no quieras, le metía la lección en la cabeza aun al más torpe de los alumnos.

Preparaba todas las noches sus lecciones del día siguiente. Explicaba clínica quirúrgica, operaciones y anatomía topográfica. Leía para explicar, no obras de texto, sino diccionarios, monografías y revistas. Su empeño era cumplir bien su obligación. Modesto como he dicho, para explicar mejor la Anatomía de regiones, entraba en el anfiteatro un cuarto de hora antes; y cual si fuera un alumno, hacíame cien preguntas sobre la preparación que le tenía dispuesta.

Los estudiantes buenos tenían en él un protector y un padre; los malos, un Atila. No podía contener los ímpetus de su genio. Éranle antipáticos los hombres chiquitines; sus tiernas simpatías iban por los estudiantes grandullones y corpulentos.

Ortiz, colegial sanluqueño, enredador, travieso, tamaño como del codo a la mano, hacíale cosquillas en el cogote y las orejas a otro colegial grandote y voluminoso, a quien llamábamos *Caput Medusæ*. Lo advirtió Villaescusa, y encarándose con Ortiz, le dijo:

—¡A ver si no molesta usted a ese angelito!

Oir llamar angelito al angelón aquel, fue cosa que nos hizo reventar de risa; y reventar, porque tuvimos que contenerla. ¡Ira de Dios si sale afuera! No era D. Antonio para aguantar eso.

Otro día, el mismo Ortiz, en la grada inmediata al sillón donde, sentado Villaescusa, explicaba la decolación del fémur, trepidaba el pie sobre el respaldo con esa vibración inconsciente a que se entregan las personas de espíritu inquieto. El mo-

vimiento aquel distrajo a D. Antonio, a quien sin eso le salían ya de por sí las palabras estreñidas:

—¡Estese usted quieto con ese pie!—le gritó:

Quedóse el muchacho quieto cual un muerto. D. Antonio siguió su explicación, teniendo en la mano el largo cuchillo para mostrárselo a los alumnos; cuando, nuevamente distraído, Ortiz volvió con su temblequeo. En un pronto, D. Antonio, dando un terrible gruñido, clavó la punta del cuchillo en el espaldar donde apoyaba Ortiz el pie. Fortuna grande que, al rugido, Ortiz echóse atrás y pudo evitar el golpe.

Conoció D. Antonio lo peligroso de sus raptos, y dulcificó la cosa con esta frase:

—¡Diablillo de hombre, capaz de sacar a un Santo de sus casillas!

Villaescusa era el representante del elemento revolucionario en la ciencia, dentro de la Escuela Gaditana. Había estado, después de médico, en París; asistió a las clínicas de sus hospitales, alcanzó las postrimerías de Dupuytren, hizo amistades con Velpeau, Roux y otros profesores famosos, y traía el espíritu impregnado de las reformas de la época.

El motivo de su marcha a París lo fue un drama, drama real.

Casado, amaba a su mujer como él sabía amar, con alma y vida. Entre sus íntimos amigos contaba a un teniente coronel, mayor de plaza en la ciudad. Un día sorprendió a una criada, que a su vista trató de ocultar una carta. Naturalmente, quiso ver para quién era. La arrebató: el sobre, para su mujer. Rasga, lee: una cita amorosa del falso amigo a la esposa infiel.

Subió, la arrastró a una lejana habitación; anonadada, de rodillas, lo confesó todo; bien sabía que sólo esa actitud la libraría de la muerte.

—¡La llave, la llave!—gritó furioso.

La mujer le dió la llave. Acto seguido, le dijo:

—Si das un paso fuera de esta habitación antes de que yo

lo ordene, si llamas a alguna criada o hablas con alguien, ¡dispónte para morir!

Acto continuo, en otra habitación encerró a los criados y les dijo:

—Si dais una voz, si pretendéis salir de aquí, pedís auxilio o hacéis ruido, os mato a todos.

Se fué a su despacho, mirando constantemente al reloj. Una hora más tarde salió a la calle, echando la llave a la puerta. Encaminóse a cierta casa inhabitada, abrió la puerta; la entornó; la escalera abocaba al zaguán; subió y esperó en la sala. Algo después, otro hombre vestido de militar subía la escalera; llegó al portón alto, lo empujó y cedió éste. Detrás, con voz de Júpiter airado, apareció Villaescusa, quien con voz de trueno le increpó:

—¡Infame amigo!

El mayor echó mano a la espada; pero no la había sacado media cuarta, cuando un puntapié hercúleo le derribó en el suelo, y otro le hizo rodar las escaleras.

Villaescusa bajó tras él, llegó encima: el militar era cadáver.

Fuése a su casa, y puso en libertad a los criados. Llevó a su mujer a un convento. Él se marchó a París, por atenuar su pena.

D. José Arboleya.—Hombre venerable para mí, en todo y por siempre digno de amoroso respeto. Dechado de virtudes y de ciencia, modelo de honradez profesional. Por la verdad, apasionado; por la doctrina, fanático como creyente convencido y sincero. ¡Qué instrucción tan vasta, qué elocuencia la suya! Más que catedrático, parecía un poseído al explanar su sistema.

Más que profesor, era un Demóstenes al describirnos la fiebre amarilla en el castillo de San Juan de Ulúa, del que a la sazón era médico. Poníanos los pelos de punta; llorábamos a veces, a veces rugíamos, como aquellos casi muertos apestados que iban a dar el último suspiro disparando el cañón y rechazando los asaltos.

¡Y qué elocuencia tan sentida, tan vehemente y natural a un tiempo! ¡Cuán sobria de palabras, cuán nutrida de altos pensamientos! ¡Oh España y oh siglo desperdiciadores! ¿En qué país hubiera existido D. José Arboleya, que su nombre no anduviese por las nubes?

No escribió; en otra tierra hubiera escrito. Sin escribir, taquígrafos tomarían sus lecciones, editores disputaríanse la impresión. ¿Cómo ha de llegarse a honrar a la patria si se pone sordina a sus mejores órganos?

Por la industria y el comercio se relacionan los pueblos, por las artes se estiman, por las ciencias se respetan, por las armas se temen. Ved Francia y Alemania cómo vociferan y subliman a sus sabios; ved Inglaterra y los Estados Unidos cómo los pagan. Ved a todas esas naciones, cuando carecen de alguno de primer orden en cualquiera ciencia o rama... cómo lo inventan.

Desde Hipócrates hasta los días en que explicaba Arboleya, tengo para mí que no había obra maestra que él no hubiese leído y estudiado de primera mano; así hablaba de sus doctrinas con tanta seguridad como lucidez. Habíase él hecho también la suya, algo semejante a la antigua de Montpellier; pero propia, si no me engaño. O, sin saberlo él mismo, había hecho una paráfrasis o un transporte del cristianismo a la ciencia médica.

No quisiera equivocarme, pero de lo mucho que escuché de sus labios, la *Vida* resultaba cual una deidad creadora, de la que todo organismo procedía. En su mismo seno, como los ángeles rebeldes en el seno de la gloria, ciertos entes o geniecillos malos venían a perturbar en determinado sentido morboso las leyes de la vida y a producir, por ende, trastornos y enfermedades en el organismo. Para él, una fractura no era enfermedad, sino en cuanto levantase dolor, calor, fiebre: reacción de los fenómenos puramente vitales, según él.

Las úlceras intestinales de los muertos por la fiebre tifoi-

dea no eran causa, sino efecto, del ente vital tífico (hoy diríamos del bacilo específico).

Así, la Anatomía patológica le sacaba de quicio; los organicistas y «fisiologistas» groseros eran unos miopes que apenas si veían la superficie aparente de las cosas.

Hipócrates y sus secuaces eran el Cristo y el Apostolado de la única y verdadera doctrina.

Pero Arboleya no era feliz. A las veces atormentábale algún escrúpulo de conciencia: temía que las flaquezas de su espíritu le hicieran caer en heterodoxia y en error. La tenia era para él la culebra tentadora; pero, al fin, cerraba los ojos, y, si no convencido, aseguraba que la tenia no provenía de un huevo trasconejado por la garganta, sino de... una perturbación vital.

Como práctico, era menos feliz aún; creía en las virtualidades terapéuticas de las drogas. Allí estaban para probarlo la quina, el mercurio, el tártaro emético que hacía vomitar, el ruibarbo con su virtud de excitar la secreción del hígado, la sangría (sin ser droga) y todo verdadero agente terapéutico.

Pero no podía creer (y esto le abrumaba) en las virtudes de la piedra bezoar ni en la uña de la gran bestia; producíanle estos atascos los mismos efectos que a un cristiano ferviente al que se le atravesaran Jonás y la ballena.

«—¡Bueno está!—podrá decir algún lector.—¡Tanto ponderar de sabio a un Catedrático, para acabar por decir que enseñaba errores!»

¿Y qué? Se olvida que un verdadero sabio, sosteniendo y enseñando errores enseña y hace discurrir y aprender más que cien necios enseñando lo verdadero.

FEDERICO RUBIO

FIN

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

VIII

De Dios a Dios.

No creo que sea violentar la verdad el decir que el sentimiento religioso es sentimiento de divinidad, y que sólo con violencia del corriente lenguaje humano puede hablarse de religión atea. Aunque es claro que todo dependerá del concepto que de Dios nos formemos. Concepto que depende a su vez del de divinidad.

Conviénenos, en efecto, comenzar por el sentimiento de divinidad, antes de mayusculizar el concepto de esta cualidad, y, articulándola, convertirla en la Divinidad, esto es, en Dios. Porque el hombre ha ido a Dios por lo divino más bien que ha deducido lo divino de Dios.

Ya antes, en el curso de estas algo errabundas y a la par insistentes reflexiones sobre el sentimiento trágico de la vida, recordé el *timor fecit deos* de Estacio para corregirlo y limitarlo. Ni es cosa de trazar una vez más el proceso histórico por que los pueblos han llegado al sentimiento y al concepto de un Dios personal como el del cristianismo. Y digo los pueblos y no los individuos aislados, porque si hay sentimiento y

concepto colectivo, social, es el de Dios, aunque el individuo lo individualice luego. La filosofía puede tener, y de hecho tiene, un origen individual; la teología es necesariamente colectiva.

La doctrina de Schleiermacher que pone el origen, o más bien la esencia del sentimiento religioso, en el inmediato y sencillo sentimiento de dependencia, parece ser la explicación más profunda y exacta. El hombre primitivo, viviendo en sociedad, se siente depender de misteriosas potencias que invisiblemente le rodean, se siente en comunión social, no sólo con sus semejantes los demás hombres, sino con la Naturaleza toda animada e inanimada, lo que no quiere decir otra cosa sino que lo personaliza todo. No sólo tiene él conciencia del mundo, sino que se imagina que el mundo tiene también conciencia como él. Lo mismo que un niño habla a su perro o a su muñeco cual si le entendiesen, cree el salvaje que le oye su fetiche o que la nube tormentosa se acuerda de él y le persigue. Y es que el espíritu del hombre natural, primitivo, no se ha desplacentado todavía de la Naturaleza, ni ha marcado el lindero entre el sueño y la vigilia, entre la realidad y la imaginación.

No fue, pues, lo divino algo objetivo, si no la subjetividad de la conciencia proyectada hacia fuera, la personalización del mundo. El concepto de divinidad surgió del sentimiento de ella, y el sentimiento de divinidad no es sino el mismo oscuro y naciente sentimiento de personalidad vertido a lo de fuera. Ni cabe en rigor decir fuera y dentro, objetivo y subjetivo, cuando tal distinción no era sentida, y siendo como es de esa indistinción de donde el sentimiento y el concepto de divinidad proceden. Cuanto más clara la conciencia de la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo, tanto más oscuro el sentimiento de divinidad en nosotros.

Hase dicho, y al parecer con entera razón, que el paganismo helénico es, más bien que politeísta, panteísta. La creencia en muchos dioses, tomando el concepto de Dios como hoy le tomamos, no sé que haya existido en cabeza humana. Y si por panteísmo se entiende la doctrina no de que todo y cada cosa es

Dios—proposición para mí impensable,—sino de que todo es divino, sin gran violencia cabe decir que el paganismo era politeísta. Los dioses, no sólo se mezclaban entre los hombres, sino que se mezclaban con ellos; engendraban los dioses en las mujeres mortales, y los hombres mortales engendraban en las diosas a semi-dioses. Y si hay semi-dioses, esto es, semi-hombres, es tan sólo porque lo divino y lo humano eran caras de una misma realidad. La divinización de todo no era sino su humanización. Y decir que el Sol era un dios, equivalía a decir que era un hombre, una conciencia humana más o menos agrandada y sublimada. Y esto vale desde el fetichismo hasta el paganismo helénico.

En lo que propiamente se distinguían los dioses de los hombres, era en que aquéllos eran inmortales. Un dios venía a ser un hombre inmortal, y divinizar a un hombre, considerarle como a un Dios, era estimar que, en rigor, al morirse no había muerto. De ciertos héroes se creía que fueron vivos al reino de los muertos. Y este es un punto importantísimo para estimar el valor de lo divino.

En aquellas repúblicas de dioses había siempre algún dios máximo, algún verdadero monarca. La monarquía divina fue la que, por el monocultismo, llevó a los pueblos al monoteísmo. Monarquía y monoteísmo son, pues, cosas gemelas. Zeus, Júpiter, iba en camino de convertirse en dios único, como en dios único, primero del pueblo de Israel, después de la humanidad y, por último, del universo todo, se convirtió Jahvé, que empezó siendo uno de entre tantos dioses.

Como la monarquía, tuvo el monoteísmo un origen guerrero. «Es en la marcha y en tiempo de guerra—dice Robertson Smith, *The Prophets of Israel*, lect. I,—cuando un pueblo nómada siente la instante necesidad de una autoridad central, y así ocurrió que, en los primeros comienzos de la organización nacional en torno al santuario del arca, Israel se creyó la hueste de Jehová. El nombre mismo de Israel es marcial y significa *Dios pelea*, y Jehová es en el Viejo Testamento *Iahwé*

Zebahôt, el Jehová de los ejércitos de Israel. Era en el campo de batalla donde se sentía más claramente la presencia de Jehová; pero en las naciones primitivas, el caudillo de tiempo de guerra es también el juez natural en tiempo de paz.»

Dios, el Dios único, surgió, pues, del sentimiento de divinidad en el hombre como Dios guerrero, monárquico y social. Se reveló al pueblo, no a cada individuo. Fue el Dios de un pueblo y exigía celoso se le rindiese culto a él solo, y de este monocultismo se pasó al monoteísmo, en gran parte por la acción individual, más filosófica acaso que teológica, de los profetas. Fue, en efecto, la actividad individual de los profetas lo que individualizó la divinidad. Sobre todo al hacerla ética.

Y de este Dios surgido así en la conciencia humana a partir del sentimiento de divinidad, apoderóse luego la razón, esto es, la filosofía, y tendió a definirlo, a convertirlo en idea. Porque definir algo es idealizarlo, para lo cual hay que prescindir de su elemento inconmensurable o irracional, de su fondo vital. Y el Dios sentido, la divinidad sentida como persona y conciencia única fuera de nosotros, aunque envolviéndonos y sosteniéndonos, se convirtió en la idea de Dios.

El Dios lógico, racional, el *ens summum,* el *primum movens,* el Sér Supremo de la filosofía teológica, aquel a que se llega por los tres famosos caminos de negación, eminencia y causalidad, *viae negationis, eminentiae, causalitatis,* no es más que una idea de Dios, algo muerto. Las tradicionales y tantas veces debatidas pruebas de su existencia no son, en el fondo, sino un intento vano de determinar su esencia; porque, como hacía muy bien notar Vinet, la existencia se saca de la esencia; y decir que Dios existe, sin decir qué es Dios y cómo es, equivale a no decir nada.

Y este Dios, por eminencia y negación o remoción de cualidades finitas, acaba por ser un Dios impensable, una pura idea, un Dios de quien, a causa de su excelencia misma ideal, podemos decir que no es nada, como ya definió Escoto Eringena: *Deus propter excellentiam non inmerito nihil vocatur.* O con

frase del falso Dionisio Areopagita, en su epístola 5: «La divina tiniebla es la luz inaccesible en la que se dice habita Dios.» El Dios antropomórfico y sentido, al ir purificándose de atributos humanos, y como tales finitos y relativos y temporales, se evapora en el Dios del deísmo o del panteísmo.

Las supuestas pruebas clásicas de la existencia de Dios refiérense todas a este Dios-Idea, a este Dios lógico, al Dios por remoción, y de aquí que en rigor no prueben nada, es decir, no prueban más que la existencia de esa idea de Dios.

Era yo un mozo que empezaba a inquietarme de estos eternos problemas, cuando en cierto libro, de cuyo autor no quiero acordarme, leí esto: «Dios es una gran equis sobre la barrera última de los conocimientos humanos; a medida que la ciencia avanza, la barrera se retira.» Y escribí al margen: «De la barrera acá, todo se explica sin Él; de la barrera allá, ni con Él ni sin Él; Dios, por lo tanto, sobra.» Y en respecto al Dios-Idea, al de las pruebas, sigo en la misma sentencia. Atribúyese a Laplace la frase de que no había necesitado de la hipótesis de Dios para construir su sistema del origen del Universo, y así es muy cierto. La idea de Dios en nada nos ayuda para comprender mejor la existencia, la esencia y la finalidad del Universo.

No es más concebible el que haya un Sér Supremo infinito, absoluto y eterno, cuya esencia desconocemos, y que haya creado el Universo, que el que la base material del Universo mismo, su materia, sea eterna e infinita y absoluta. En nada comprendemos mejor la existencia del mundo con decirnos que lo crió Dios. Es una petición de principio o una solución meramente verbal para encubrir nuestra ignorancia. En rigor, deducimos la existencia del Creador del hecho de que lo creado existe, y no se justifica racionalmente la existencia de Aquél; de un hecho no se saca una necesidad, o es necesario todo.

Y si al modo de ser del Universo, pasamos a lo que se llama el orden y que se supone necesita un ordenador, cabe decir qué orden es lo que hay y no concebimos otro. La prueba esa del

orden del Universo, implica un paso del orden ideal al real, un proyectar nuestra mente a fuera, un suponer que la explicación racional de una cosa produce la cosa misma. El arte humano, aleccionado por la Naturaleza, tiene un hacer conciente con que comprende el modo de hacer, y luego trasladamos este hacer artístico y conciente a una conciencia de un artista, que no se sabe de qué naturaleza aprendió su arte.

La comparación ya clásica con el reló y el relojero, es inaplicable a un Sér absoluto, infinito y eterno. Es, además, otro modo de no explicar nada. Porque decir que el mundo es como es y no de otro modo porque Dios así lo hizo, mientras no sepamos por qué razón lo hizo así, no es decir nada. Y si sabemos la razón de haberlo así hecho Dios, éste sobra, y la razón basta. Si todo fuera matemáticas, si no hubiese elemento irracional, no se habría acudido a esa explicación de un Sumo Ordenador, que no es sino la razón de lo irracional y otra tapadera de nuestra ignorancia. Y no hablemos de aquella ridícula ocurrencia de que, echando al azar caracteres de imprenta, no puede salir compuesto el *Quijote*. Saldría compuesta cualquier otra cosa que llegaría a ser un *Quijote* para los que a ella tuviesen que atenerse y en ella se formasen y formaran parte de ella.

Esa ya clásica supuesta prueba, redúcese en el fondo, a hipostatizar o sustantivar la explicación o razón de un fenómeno, a decir que la Mecánica hace el movimiento, la Biología la vida, la Filología el lenguaje, la Química los cuerpos, sin más que mayusculizar la ciencia y convertirla en una potencia distinta de los fenómenos de que la extraemos y distinta de nuestra mente que la extrae. Pero a ese Dios así obtenido, y que no es sino la razón hipostatizada y proyectada al infinito, no hay manera de sentirlo como algo vivo y real y ni aun de concebirlo si no como una mera idea que con nosotros morirá.

Pregúntase, por otra parte, si una cosa cualquiera imaginada pero no existente, no existe porque Dios no lo quiere, o no lo quiere Dios porque no existe, y respecto a lo imposible,

si es que no puede ser porque Dios así lo quiere, o no lo quiere Dios porque ello en sí y por su absurdo mismo no puede ser. Dios tiene que someterse a la ley lógica de contradicción, y no puede hacer, según los teólogos, que dos más dos hagan más o menos que cuatro. La ley de la necesidad está sobre El o es El mismo. Y en el orden moral se pregunta si la mentira, o el homicidio, o el adulterio, son malos porque así lo estableció o si lo estableció así porque ello es malo. Si lo primero, Dios o es un Dios caprichoso y absurdo que establece una ley pudiendo haber establecido otra, u obedece a una naturaleza y esencia intrínseca de las cosas mismas independiente de él, es decir, de su voluntad soberana; y si es así, si obedece a una razón de ser de las cosas, esta razón, si la conociésemos, nos bastaría sin necesidad alguna de más Dios, y no conociéndola, ni Dios tampoco nos aclara nada. Esa razón estaría sobre Dios. Ni vale decir que esa razón es Dios mismo, razón suprema de las cosas. Una razón así, necesaria, no es algo personal. La personalidad la da la voluntad. Y es este problema de las relaciones entre la razón, necesariamente necesaria, de Dios y su voluntad, necesariamente libre, lo que hará siempre del Dios lógico o aristotélico un Dios contradictorio.

Los teólogos escolásticos no han sabido nunca desenredarse de las dificultades en que se veían metidos al tratar de conciliar la libertad humana con la presciencia divina y el conocimiento que Dios tiene de lo futuro contingente y libre; y es porque, en rigor, el Dios racional es completamente inaplicable a lo contingente, pues que la noción de contingencia no es en el fondo sino la noción de irracionalidad. El Dios racional es forzosamente necesario en su sér y en su obrar, no puede hacer en cada caso sino lo mejor, y no cabe que haya varias cosas igualmente mejores, pues entre infinitas posibilidades sólo hay una que sea la más acomodada a su fin, como entre las infinitas líneas que pueden trazarse de un punto a otro sólo hay una recta. Y el Dios racional, el Dios de la razón, no puede menos sino seguir en cada caso la línea recta, la más

conducente al fin que se propone, fin necesario como es necesaria la única recta dirección que a él conduce. Y así la divinidad de Dios es sustituída por su necesidad. Y en la necesidad de Dios perece su voluntad libre, es decir, su personalidad conciente. El Dios que anhelamos, el Dios que ha de salvar nuestra alma de la nada, el Dios inmortalizador, tiene que ser un Dios arbitrario.

Y es que Dios no puede ser Dios porque piensa, sino porque obra, porque crea, no es un Dios comtemplativo, sino activo. Un Dios Razón, un Dios teórico o contemplativo, como es el Dios éste del racionalismo teológico, es un Dios que se diluye en su propia contemplación. A este Dios corresponde, como veremos, la visión beatífica como expresión suprema de la felicidad eterna. Un Dios quietista, en fin, como es quietista por su esencia misma la razón.

Queda la otra famosa prueba, la del consentimiento, supuesto unánime, de los pueblos todos en creer en un Dios. Pero esta prueba ni es en rigor racional ni a favor del Dios racional que explica el Universo, sino del Dios cordial que nos hace vivir. Sólo podríamos llamarla racional en el caso de que creyésemos que la razón es el consentimiento, más o menos unánime, de los pueblos, el sufragio universal, en el caso de que hiciésemos razón a la *vox populi* que se dice ser *vox Dei*.

Así lo creía aquel trágico y ardiente Lamennais, el que dijo que la vida y la verdad no son sino una sola y misma cosa—¡ojalá!,—y que declaró a la razón una, universal, perpetua y santa. *(Essai sur l'indifférence*, IV partie, chop. VIII.) Y glosó el «o hay que creer a todos o a ninguno—*aut omnibus credendum est aut nemini*,—de Lactancio, y aquello de Heráclito de que toda opinión individual es falible, y lo de Aristóteles de que la más fuerte prueba es el consentimiento de los hombres todos, y sobre todo lo de Plinio *(in Paneg. Trajani* LXII) de que ni engaña uno a todos ni todos a uno—*nemo omnes, neminem omnes fefellerunt*.—¡Ojalá! Y así se acaba en lo de Cicerón *(De natura deorum*, lib. III, cap. II, 5 y 6) de

que hay que creer a nuestros mayores, aun sin que nos den razones *maioribus autem nostris, etiam nulla ratione reddita, credere.*

Sí, supongamos que es universal y constante esa opinión de los antiguos que nos dice que lo divino penetra a la Naturaleza toda, y que sea un dogma paternal, πατριος δοξα, como dice Aristóteles (*Metaphysica*, lib. VII, cap. VII); eso probaría sólo que hay un motivo que lleva a los pueblos y los individuos—sean todos o casi todos o muchos—a creer en un Dios. Pero, ¿no es que no hay acaso ilusiones y falacias que se fundan en la naturaleza misma humana? ¿No empiezan los pueblos todos por creer que el Sol gira en torno de ellos? ¿Y no es natural que propendamos todos a creer lo que satisface nuestro anhelo? ¿Diremos con W. Hermann (v. *Christlich-systematische Dogmatik*, en el tomo *Systematische christliche Religión*, de la colección *Die Kultur der Gegenvart,* editada por P. Hinneberg), que «si hay un Dios, no se ha dejado sin indicársenos de algún modo, y quiere ser hallado por nosotros?».

Piadoso deseo, sin duda, pero no razón en su estricto sentido, como no le apliquemos la sentencia agustiniana, que tampoco es razón, de «pues que me buscas, es que me encontraste», creyendo que es Dios quien hace que le busquemos.

Ese famoso argumento del consentimiento supuesto unánime de los pueblos, que es el que con un seguro instinto más emplearon los antiguos, no es, en el fondo y trasladado de la colectividad al individuo, sino la llamada prueba moral, la que Kant, en su *Crítica de la razón práctica,* empleó, la que se saca de nuestra conciencia—o más bien de nuestro sentimiento de la divinidad,—y que no es una prueba estricta y específicamente racional, sino vital, y que no puede ser aplicada al Dios lógico, al *ens summum*, al Sér simplicísimo y abstractísimo, al primer motor inmóvil e impasible, al Dios Razón, en fin, que ni sufre ni anhela, sino al Dios biótico, al Sér complejísimo y concretísimo, al Dios paciente que sufre y anhela en nosotros y con nosotros, al Padre de Cristo, al que no se puede ir sino

por el Hombre, por su Hijo (v. Juan XIV, 6.), y cuya revelación es histórica, o si se quiere anecdótica, pero no filosófica, no categórica.

El consentimiento unánime—¡supongámoslo así!—de los pueblos, o sea el universal anhelo de las almas todas humanas que llegaron a la conciencia de su humanidad que quiere ser fin y sentido del Universo, ese anhelo, que no es sino aquella esencia misma del alma, que consiste en su conato por persistir eternamente y por que no se rompa la continuidad de la conciencia, nos lleva al Dios humano, antropomórfico, proyección de nuestra conciencia a la Conciencia del Universo, al Dios que da finalidad y sentido humanos al Universo y que no es el *ens summus*, el *primum movens* ni el Creador del Universo, no es la Idea-Dios. Es un Dios vivo, subjetivo—pues que no es sino la subjetividad objetivada o la personalidad universalizada,—que es más que mera idea, y antes que razón es voluntad. Dios es Amor, esto es, Voluntad. La razón, el Verbo, deriva de El; pero Él, el Padre, es, ante todo, Voluntad.

«No cabe duda alguna—escribe Ritschl (*Rechtfertigung und Versöhnung,* III, cap. V),—que la personalidad espiritual de Dios se estimaba muy imperfectamente en la antigua teología al limitarla a las funciones de conocer y querer. La concepción religiosa no puede menos de aplicar a Dios también el atributo del sentimiento espiritual. Pero la antigua teología ateníase a la impresión de que el sentimiento y el afecto son notas de una personalidad limitada y creada, y trasformaba la concepción religiosa de la felicidad de Dios, v. gr., en el eterno conocerse a sí mismo, y la del odio en el habitual propósito de castigar el pecado.» Sí, aquel Dios lógico, obtenido *per via negationis,* era un Dios que, en rigor, ni amaba ni odiaba, porque ni gozaba ni sufría, un Dios sin pena ni gloria, inhumano, y su justicia una justicia racional o matemática, esto es, una injusticia.

Los atributos del Dios vivo, del Padre de Cristo, hay que deducirlos de su revelación histórica en el Evangelio y en la conciencia de cada uno de los creyentes cristianos, y no de ra-

zonamientos metafísicos que sólo llevan al Dios-Nada de Escoto Eriugena, al Dios racional o panteístico, al Dios ateo, en fin, a la Divinidad despersonalizada.

Y es que al Dios vivo, al Dios humano, no se llega por camino de razón, sino por camino de amor y de sufrimiento. La razón nos aparta más bien de El. No es posible conocerle para luego amarle; hay que empezar por amarle, por anhelarle, por tener hambre de El, antes de conocerle. El conocimiento de Dios procede del amor a Dios, y es un conocimiento que poco o nada tiene de racional. Porque Dios es indefinible. Querer definir a Dios, es pretender limitarlo en nuestra mente; es decir, matarlo. En cuanto tratamos de definirlo, nos surge la nada.

La idea de Dios de la pretendida teodicea racional, no es más que una hipótesis, como, por ejemplo, la idea del éter.

Este, el éter, en efecto, no es sino una entidad supuesta, y que no tiene valor sino en cuanto explica lo que por ella tratamos de explicarnos: la luz, o la electricidad, o la gravitación universal, y sólo en cuanto no se pueda explicar estos hechos de otro modo. Y así, la idea de Dios es una hipótesis también que sólo tiene valor en cuanto con ella nos explicamos lo que tratamos con ella de explicarnos: la existencia y esencia del Universo, y mientras no se expliquen mejor de otro modo. Y como en realidad no nos la explicamos ni mejor ni peor con esa idea que sin ella, la idea de Dios, suprema petición de principio, marra.

Pero si el éter no es sino una hipótesis para explicar la luz, el aire, en cambio, es una cosa inmediatamente sentida; y aunque con él no nos explicásemos el sonido, tendríamos siempre su sensación directa, sobre todo la de su falta en momentos de ahogo, de hambre de aire. Y de la misma manera, Dios mismo, no ya la idea de Dios, puede llegar a ser una realidad inmediatamente sentida; y aunque no nos expliquemos con su idea ni la existencia ni la esencia del Universo, tenemos a las veces el sentimiento directo de Dios, sobre todo en los momentos de ahogo

espiritual. Y este sentimiento, obsérvese bien, porque en esto estriba todo lo trágico de él y el sentimiento trágico todo de la vida, es un sentimiento de hambre de Dios, de carencia de Dios. Creer en Dios es, en primera instancia, y como veremos, querer que haya Dios, no poder vivir sin El.

Mientras peregriné por los campos de la razón a busca de Dios, no pude encontrarle porque la idea de Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una idea, y fue entonces, cuando erraba por los páramos del racionalismo, cuando me dije que no debemos buscar más consuelo que la verdad, llamando así a la razón, sin que por eso me consolara. Pero al ir hundiéndome en el escepticismo racional de una parte y en la desesperación sentimental de otra, se me encendió el hambre de Dios, y el ahogo de espíritu me hizo sentir con su falta, su realidad. Y quise que haya Dios, que exista Dios. Y Dios no existe, sino que más bien sobre-existe, y está sustentando nuestra existencia, existiéndonos.

Dios, que es el Amor, el Padre del Amor, es hijo del amor en nosotros. Hay hombres ligeros y exteriores, esclavos de la razón que nos exterioriza, que creen haber dicho algo con decir que lejos de haber hecho Dios al hombre a su imagen y semejanza, es el hombre el que a su imagen y semejanza se hace sus dioses o su Dios, sin reparar, los muy livianos, que si esto segundo es, como realmente es, así, se debe a que no es menos verdad lo primero. Dios y el hombre se hacen mutuamente, en efecto; Dios se hace o se revela en el hombre, y el hombre se hace en Dios. Dios se hizo a sí mismo, *Deus ipse se fecit,* dijo Lactancio *(Divinarum institutionum II 8)*, y podemos decir que se está haciendo, y en el hombre y por el hombre. Y si cada cual de nosotros, en el empuje de su amor, en su hambre de divinidad, se imagina a Dios a su medida, y a su medida se hace Dios para él, hay un Dios colectivo, social, humano, resultante de las imaginaciones todas humanas que le imaginan. Porque Dios es y se revela en la colectividad. Y es Dios la más rica y más personal concepción humana.

E. M.—*Julio 1912.*

Nos dijo el Maestro de divinidad que seamos perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos (Mat. V. 48), y en el orden del sentir y el pensar nuestra perfección consiste en ahincarnos porque nuestra imaginación llegue a la total imaginación de la humanidad de que formamos, en Dios, parte.

Conocida es la doctrina lógica de la contraposición entre la extensión y la comprensión de un concepto, y como a medida que la una crece, la otra mengua. El concepto más extenso y a la par menos comprensivo, es el de ente o cosa que abarca a todo lo existente y no tiene más nota que la de sér, y el concepto más comprensivo y el menos extenso es el del universo, que sólo a sí mismo se aplica y comprende todas las notas existentes. Y el Dios lógico o racional, el Dios obtenido por vía de negación, el ente sumo, se sume, como realidad, en la nada, pues el sér puro y la pura nada, según enseñaba Hegel, se identifican. Y el Dios cordial o sentido, el Dios de los vivos, es el Universo mismo personalizado, es la conciencia del Universo.

Un Dios universal y personal, muy otro que el Dios individual del rígido monoteísmo metafísico.

Debo aquí advertir una vez más cómo opongo la individualidad a la personalidad, aunque se necesiten una a otra. La individualidad es, si puedo así expresarme, el continente y la personalidad el contenido, o podría también decir en un cierto sentido que mi personalidad es mi comprensión, lo que comprendo y encierro en mí—y que es de una cierta manera todo el Universo,—y mi individualidad es mi extensión; lo uno, lo infinito mío, y lo otro, mi finito. Cien tinajas de fuerte casco de barro están vigorosamente individualizadas, pero pueden ser iguales y vacías, o a lo sumo llenas del mismo líquido homogéneo, mientras que dos vejigas de membrana sutilísima, a través de la cual se verifica activa ósmosis y exósmosis pueden diferenciarse fuertemente y estar llenas de líquidos muy complejos. Y así puede uno destacarse fuertemente de otros, en

cuanto individuo, siendo como un crustáceo espíritual, y ser pobrísimo de contenido diferencial. Y sucede más aún, y es que cuanta más personalidad tiene uno, cuanta mayor riqueza interior, cuanto más sociedad es en sí mismo, menos rudamente se divide de los demás. Y de la misma manera, el rígido Dios del deísmo, del monoteísmo aristotélico, el *ens summum*, es un sér en quien la individualidad, o más bien la simplicidad, ahoga a la personalidad. La definición le mata, porque definir es poner fines, es limitar, y no cabe definir lo absolutamente indefinible. Carece ese Dios de riqueza interior; no es sociedad en sí mismo. Y a esto obvió la revelación vital con la creencia en la Trinidad que hace de Dios una sociedad, y hasta una familia en sí, y no ya un puro individuo. El Dios de la fe es personal; es persona, porque incluye tres personas, puesto que la personalidad no se siente aislada. Una persona aislada deja de serlo. ¿A quién, en efecto, amaría? Y si no ama, no es persona. Ni cabe amarse a sí mismo siendo simple y sin desdoblarse por el amor.

Fue el sentir a Dios como a Padre lo que trajo consigo la fe en la Trinidad. Porque un Dios Padre no puede ser un Dios soltero, esto es, solitario. Un padre es siempre padre de familia. Y el sentir a Dios como Padre, ha sido una perenne sugestión a concebirlo, no ya antropomórficamente, es decir, como a hombre—*ánthropos*—sino andromórficamente, como a varón—*aner*.—A Dios Padre, en efecto, concíbelo la imaginación popular cristiana como a un varón. Y es porque el hombre, *homo*, ανθρωπος, no se nos presenta sino como varón, *vir*, ανηρ, o como mujer, *mulier*, γυνη. A lo que puede añadirse el niño, que es neutro. Y de aquí para completar con la imaginación la necesidad sentimental de un Dios hombre perfecto, esto es, familia, el culto al Dios Madre, a la Virgen María, y el culto al niño Jesús.

El culto a la Virgen, en efecto, la mariolatria, que ha ido poco a poco elevando en dignidad lo divino de la Virgen, hasta casi deificarla, no responde sino a la necesidad sentimen-

tal de que Dios sea hombre perfecto, de que entre la feminidad en Dios. Desde la expresión de Madre de Dios, θεοτοκος, *deipara*, ha ido la piedad católica exaltando a la Virgen María hasta declararla corredentora y proclamar dogmática su concepción sin mancha de pecado original, lo que la pone ya entre la Humanidad y la Divinidad y más cerca de ésta que de aquélla. Y alguien ha manifestado su sospecha de que, con el tiempo, acaso se llegue a hacer de ella algo así como una persona divina más.

Y tal vez no por esto la Trinidad se convirtiese en Cuaternidad. Si πνευμα, espíritu en griego, en vez de ser neutro fuese femenino, ¿quién sabe si no se hubiese hecho ya de la Virgen María una encarnación o humanación del Espíritu Santo? El texto del Evangelio, según Lucas en el versillo 35 del cap. I, donde se narra la Anunciación por el ángel Gabriel que le dice: «El Espíritu Santo vendrá sobre tí.» πνευμα άγιον επελευσεται επι σε habría bastado para una encendida piedad que sabe siempre plegar a sus deseos la especulación teológica. Y habríase hecho un trabajo dogmático paralelo al de la divinización de Jesús, el Hijo, y su identificación con el Verbo.

De todos modos, el culto a la Virgen, a lo eterno femenino, o más bien a lo divino femenino, a la maternidad divina, acude a completar la personalización de Dios haciéndole familia.

En uno de mis libros (*Vida de Don Quijote y Sancho*, segunda parte, cap. LXVII) he dicho que «Dios era y es en nuestras mentes masculino. Su modo de juzgar y condenar a los hombres, modo de varón, no de persona humana por encima de sexo; modo de Padre. Y para compensarlo hacía falta la Madre, la Madre que perdona siempre, la Madre que abre siempre los brazos al hijo cuando huye éste de la mano levantada o del ceño fruncido del irritado padre; la madre en cuyo regazo se busca como consuelo una oscura remembranza de aquella tibia paz de la inconciencia que dentro de él fue el alba que precedió a nuestro nacimiento y un dejo de aquella dulce leche que embalsamó nuestros sueños de inocencia; la madre que no co-

noce más justicia que el perdón ni más ley que el amor. Nuestra pobre e imperfecta concepción de un Dios con largas barbas y voz de trueno, de un Dios que impone preceptos y pronuncia sentencias, de un Dios Amo de casa, *Pater familias* a la romana, necesitaba compensarse y completarse; y como en el fondo no podemos concebir al Dios personal y vivo, no ya por encima de rasgos humanos, mas ni aun por encima de rasgos varoniles, y menos un Dios neutro o hermafrodita, acudimos a darle un Dios femenino y junto al Dios Padre hemos puesto a la Diosa Madre, a la que perdona siempre, porque como mira con amor ciego, ve siempre el fondo de la culpa y en ese fondo la justicia única del perdón...»

A lo que debo ahora añadir que no sólo no podemos concebir al Dios vivo y entero como solamente varón, sino que no le podemos concebir como solamente individuo, como proyección de un yo solitario, fuera de sociedad, de un yo en realidad abstracto. Mi yo vivo es un yo que es en realidad un nosotros; mi yo vivo, personal, no vive sino en los demás, de los demás y por los demás yos; procedo de una muchedumbre de abuelos y en mí los llevo en extracto, y llevo a la vez en mí en potencia una muchedumbre de nietos, y Dios, proyección de mi yo al infinito—o más bien yo proyección de Dios a lo finito—es también muchedumbre. Y de aquí, para salvar la personalidad de Dios, es decir, para salvar al Dios vivo, la necesidad de fe—esto es sentimental e imaginativa—de concebirle y sentirle con una cierta multiplicidad interna.

El sentimiento pagano de divinidad viva obvió a esto con el politeísmo. Es el conjunto de sus dioses, la república de éstos, lo que constituye realmente su Divinidad. El verdadero Dios del paganismo helénico es más bien que Zeus Padre *(Jupiter)*, la sociedad toda de los dioses y semi-dioses. Y de aquí la solemnidad de la invocación de Demóstenes cuando invocaba a los dioses todos, y a todas las diosas: τοις θεοις ευχομαι πασι και πασαις. Y cuando los razonadores sustantivaron el término dios, θεος, que es propiamente un adjetivo, una cualidad predicada

de cada uno de los dioses, y le añadieron un artículo, forjaron *el* dios — ὁ θεος — abstracto o muerto del racionalismo filosófico, una cualidad sustantivada y falta de personalidad por lo tanto. Porque *el* dios no es más que *lo* divino. Y es que de sentir la divinidad en todo no puede pasarse, sin riesgo para el sentimiento, a sustantivarla y hacer de la Divinidad Dios. Y el Dios aristotélico, el de las pruebas lógicas, no es más que la Divinidad, un concepto y no una persona viva a que se pueda sentir y con la que pueda por el amor comunicarse el hombre. Ese Dios que no es sino un adjetivo sustantivado, es un dios constitucional que reina, pero no gobierna; la Ciencia es su carta constitucional.

Y en el propio paganismo greco-latino, la tendencia al monoteísmo vivo se ve en concebir y sentir a Zeus como padre, Ζεὺς πατηρ que le llama Homero, *Iu-piter* o sea *Iu-pater* entre los latinos, y padre de toda una dilatada familia de dioses y diosas que con él constituyen la Divinidad.

De la conjunción del politeísmo pagano con el monoteísmo judaico, que había tratado por otros medios de salvar la personalidad de Dios, resultó el sentimiento del Dios católico, que es sociedad, como era sociedad ese Dios pagano de que dije, y es uno como el Dios de Israel acabó siéndolo. Y tal es la Trinidad cuyo más hondo sentido rara vez ha logrado comprender el deísmo racionalista, más o menos impregnado de cristianismo, pero siempre unitariano o sociniano.

Y es que sentimos a Dios, más bien que como una conciencia sobrehumana, como la conciencia misma del linaje humano todo, pasado, presente y futuro, como la conciencia colectiva de todo linaje, y aun más, como la conciencia total e infinita que abarca y sostiene las conciencias todas, infra-humanas, humanas y acaso sobre-humanas. La divinidad que hay en todo, desde la más baja, es decir, desde la menos consciente forma viva hasta la más alta, pasando por nuestra conciencia humana, la sentimos personalizada, consciente de sí misma, en Dios. Y a esa gradación de conciencias, sintiendo el salto de la nues-

tra humana a la plenamente divina, a la universal, responde la creencia en los ángeles, con sus diversas jerarquías, como intermedios entre nuestra conciencia humana y la de Dios. Gradaciones que una fe coherente consigo misma ha de creer infinitas, pues sólo por infinito número de grados puede pasarse de lo finito a lo infinito.

El racionalismo deísta concibe a Dios como Razón del Universo, pero su lógica le lleva a concebirlo como una razón impersonal, es decir, como una idea, mientras el vitalismo deísta siente e imagina a Dios como Conciencia, y por lo tanto, como persona o más bien como sociedad de personas. La conciencia de cada uno de nosotros, en efecto, es una sociedad de personas; en mí viven varios yos, y hasta los yos de aquellos con quienes vivo.

El Dios del racionalismo deísta, en efecto, el Dios de las pruebas lógicas de su existencia, el *ens realissimum* y primer motor inmóvil, no es más que una Razón suprema, pero en el mismo sentido en que podemos llamar razón de la caída de los cuerpos a la ley de la gravitacion universal, que es su explicación. Pero dirá alguien que esa que llamamos ley de la gravitación universal, u otra cualquiera ley o un principio matemático es una realidad propia e independiente, es un ángel, es algo que tiene conciencia de sí y de los demás, es persona? No, no es más que una idea sin realidad fuera de la mente del que la concibe. Y así ese Dios Razón, o tiene conciencia de sí o carece de realidad fuera de la mente de quien lo concibe. Y si tiene conciencia de sí, es ya una razón personal, y entonces todo el valor de aquellas pruebas se desvanece, porque las tales pruebas sólo probaban una razón, pero no una conciencia suprema. Las matemáticas prueban un orden, una constancia, una razón en la serie de los fenómenos mecánicos, pero no prueban que esa razón sea conciente de sí. Es una necesidad lógica, pero la necesidad lógica no prueba la necesidad teleológica o finalista. Y donde no hay finalidad no hay personalidad tampoco, no hay conciencia.

El Dios, pues, racional, es decir el Dios que no es sino Razón del Universo, se destruye a sí mismo en nuestra mente en cuanto tal Dios, y sólo renace en nosotros cuando en el corazón lo sentimos como persona viva, como Conciencia, y no ya sólo como Razón impersonal y objetiva del Universo. Para explicarnos racionalmente la construcción de una máquina, nos basta conocer la ciencia mecánica del que la construyó; pero para comprender que la tal máquina exista, pues que la Naturaleza no las hace y sí los hombres, tenemos que suponer un ser conciente constructor. Pero esta segunda parte del razonamiento no es aplicable a Dios, aunque se diga que en El la ciencia mecánica y el mecanismo constructores de la máquina son una sola y misma cosa. Esta identificación no es racionalmente sino una petición de principio. Y así es como la razón destruye a esa Razón suprema en cuanto persona.

No es la razón humana, en efecto, razón que a su vez tampoco se sustenta sino sobre lo irracional, sobre la conciencia vital toda, sobre la voluntad y el sentimiento; no es esa nuestra razón la que puede probarnos la existencia de una Razón Suprema, que tendría a su vez que sustentarse sobre lo Supremo Irracional, sobre la Conciencia Universal. Y la revelación sentimental e imaginativa, por amor, por fe, por obra de personalización, de esa Conciencia Suprema, es la que nos lleva a creer en el Dios vivo.

Y este Dios, el Dios vivo, tu Dios, nuestro Dios, está en mí, está en tí, vive en nosotros, y nosotros vivimos, nos movemos y somos en Él. Y está en nosotros por el hambre que de Él tenemos, por el anhelo, haciéndose apetecer. Y es el Dios de los humildes, porque Dios escojió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo flaco para avergonzar a lo fuerte, según el Apóstol. (I. Cor. I 27.) Y es Dios en cada uno según cada uno lo siente y según le ama. «Si de dos hombres—dice Kierkegaard—reza el uno al verdadero Dios con insinceridad personal, y el otro con la pasión toda de la infinitud reza a un ídolo, es el primero el que en realidad ora a un ídolo,

mientras que el segundo ora en verdad a Dios.» Mejor es decir que es Dios verdadero Aquel a quien se reza y se anhela de verdad. Y hasta la superstición misma puede ser más reveladora que la teología. El viejo Padre de luengas barbas y melenas blancas, que aparece entre nubes llevando la bola del mundo en la mano, es más vivo y más verdadero que el *ens realissimum* de la teodicea.

La razón es una fuerza analítica, esto es, disolvente, cuando dejando de obrar sobre la forma de las intuiciones, ya sean del instinto individual de conservación, ya del instinto social de perpetuación, obra sobre el fondo, sobre la materia misma de ellas. La razón ordena las percepciones sensibles que nos dan el mundo material; pero cuando su análisis se ejerce sobre la realidad de las percepciones mismas, nos las disuelve y nos sume en un mundo aparencial, de sombras sin consistencia, porque la razón fuera de lo formal es nihilista, aniquiladora. Y el mismo terrible oficio cumple cuando sacándola del suyo propio la llevamos a escudriñar las intuiciones imaginativas que nos dan el mundo espiritual. Porque la razón aniquila y la imaginación *entera*, integra o totaliza; la razón por sí sola mata y la imaginación es la que da vida. Si bien es cierto que la imaginación por sí sola, al darnos vida sin límite nos lleva a confundirnos con todo, y en cuanto individuos, nos mata también, nos mata por exceso de vida. La razón, la cabeza, nos dice: ¡nada! La imaginación, el corazón, nos dice: ¡todo!, y entre nada y todo, fundiéndose el todo y la nada en nosotros, vivimos en Dios, que es todo, y vive Dios en nosotros que sin El, somos nada. La razón repite: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad! Y la imaginación replica: ¡plenitud de plenitudes, y todo plenitud! Y así vivimos la vanidad de la plenitud, o la plenitud de la vanidad.

Y tan de las entrañas del hombre arranca esta necesidad vital de vivir un mundo ilógico, irracional, personal o divino, que cuantos no creen en Dios o creen no creer en El, creen en cualquier diosecillo, o siquiera en un demoniejo, o en un

agüero, o en una herradura que encontraron por acaso al azar de los caminos, y que guardan sobre su corazón para que les traiga buena suerte y les defienda de esa misma razón de que se imaginan ser fieles servidores y devotos.

El Dios de que tenemos hambre es el Dios a que oramos, el Dios del *pater noster*, de la oración dominical; el Dios a quien pedimos, ante todo y sobre todo, démonos o no de esto cuenta, que nos infunda fe, fe en El mismo, que haga que creamos en El, que se haga El en nosotros, el Dios a quien pedimos que sea santificado su nombre y que se haga su voluntad—su voluntad, no su razón,—así en la tierra como en el cielo; mas sintiendo que su voluntad no puede ser sino la esencia de nuestra voluntad, el deseo de persistir eternamente.

Y tal es el Dios del amor, sin que sirva el que nos pregunten como sea, sino que cada cual consulte a su corazón y deje a su fantasía que se lo pinte en las lontananzas del Universo, mirándole por sus millones de ojos, que son los luceros del cielo de la noche. Ese en que crees, lector, ese es tu Dios, el que ha vivido contigo en tí, y nació contigo y fue niño cuando eras tú niño, y fue haciéndose hombre según tú te hacías hombre y que se te disipa cuando te disipas, y que es tu principio de continuidad en la vida espiritual, porque es el principio de solidaridad entre los hombres todos y en cada hombre, y de los hombres con el Universo y que es como tú, persona. Y si crees en Dios, Dios cree en tí, y creyendo en tí te crea de continuo. Porque tú no eres en el fondo sino la idea que de tí tiene Dios; pero una idea viva, como de Dios vivo y conciente de sí, como de Dios Conciencia, y fuera de lo que eres en la sociedad no eres nada.

¿Definir a Dios? Sí, ese es nuestro anhelo; ese era el anhelo del hombre Jacob, cuando luchando la noche toda, hasta el rayar del alba, con aquella fuerza divina, decía: ¡Dime, te lo ruego, tu nombre! (Gén. XXXII, 29.) Y oid lo que aquel gran predicador cristiano, Federico Guillermo Robertson, predicaba en la capilla de la Trinidad, de Brighton, el 10 de Junio de

1849, diciendo (1): «Y esta es nuestra lucha—*la* lucha. Que baje un hombre veraz a las profundidades de su propio sér y nos responda: ¿cuál es el grito que le llega de la parte más real de su naturaleza? ¿Es pidiendo el pan de cada día? Jacob pidió en su *primera* comunión con Dios esto; pidió seguridad, conservación. ¿Es acaso el que se nos perdonen nuestros pecados? Jacob tenía un pecado por perdonar; mas en este, el más solemne momento de su existencia, no pronunció una sílaba respecto a él. ¿O es acaso esto: «santificado sea tu nombre?» No, hermanos míos. De nuestra frágil, aunque sublime humanidad, la petición que surja en las horas más terrenales de nuestra religión puede ser esta de: ¡Salva mi alma!; pero en los momentos menos terrenales es esta otra: ¡Dime tu nombre!

«Nos movemos por un mundo de misterio, y la más profunda cuestión es la de cuál es el sér que nos está cerca siempre, a las veces sentido, jamás visto—que es lo que nos ha obsesionado desde la niñez con un sueño de algo soberanamente hermoso y que jamás se nos aclara,—que es lo que a las veces pasa por el alma como una desolación, como el soplo de las alas del Angel de la Muerte, dejándonos aterrados y silenciosos en nuestra soledad—lo que nos ha tocado en lo más vivo, y la carne se ha estremecido de agonía, y nuestros afectos mortales se han contraído de dolor,—que es lo que nos viene en aspiraciones de nobleza y concepciones de sobrehumana excelencia. ¿Hemos de llamarle Ello o El? (*¿It or He?*) ¿Qué es Ello? ¿Quién es El? Estos presentimientos de inmortalidad y de Dios, ¿qué son? ¿Son meras ansias de mi propio corazón tomadas por algo vivo fuera de mí? ¿Son el sonido de mis propios anhelos que resuenan por el vasto vacío de la nada? ¿O he de llamarlas Dios, Padre, Espíritu, Amor? ¿Un sér vivo dentro o fuera de mí? Dime tu nombre, tú, ¡terrible misterio del amor! Tal es la lucha de toda vida seria.»

---

(1) *Sermons* by the Rev. Frederich W. Robertson, M. A. Collection of bristish authors. Leipzig. Tanchnitz. I, pág. 46.

Así Robertson. A lo que he de hacer notar que: ¡dime tu nombre!, no es en el fondo otra cosa que: ¡salva mi alma! Le pedimos su nombre para que salve nuestra alma, para que salve el alma humana, para que salve la finalidad humana del Universo. Y si nos dicen que se llama El, que es o *ens realissimum* o Sér Supremo o cualquier otro nombre metafísico, no nos conformamos, pues sabemos que todo nombre metafísico es equis, y seguimos pidiéndole su nombre. Y sólo hay un nombre que satisfaga a nuestro anhelo, y este nombre es Salvador, Jesús. Dios es el amor que salva:

> For the loving worm within its clod,
> Were diviner than a loveless god
> Amid his worlds, I will dare to say.

«Me atreveré a decir que el gusano que ama en su terrón sería más divino que un dios sin amor entre sus mundos», dice Roberto Browning (*Christmas-eve and Easter-day*). Lo divino es el amor, la voluntad personalizadora y eternizadora, la que siente hambre de eternidad y de infinitud.

Es a nosotros mismos, es nuestra eternidad lo que buscamos en Dios, es que nos divinice. Fue ese mismo Browning el que dijo (*Saul* en *Dramatic Lyoies*):

> 'Tis the weaknes in strength, that y cry for! my
> flesh that I seek
> In the Godhead!

«¡Es la debilidad en la fuerza por lo que clamo; mi carne lo que busco en la Divinidad!»

Pero este Dios que nos salva, este Dios personal, Conciencia del Universo que envuelve y sostiene nuestras conciencias, este Dios que da finalidad humana a la creación toda, ¿existe? ¿Tenemos pruebas de su existencia?

Lo primero que aquí se nos presenta es el sentido de la noción esta de existencia. ¿Qué es existir y cómo son las cosas de que decimos que no existen?

Existir en la fuerza etimológica de su significado es estar

fuera de nosotros, fuera de nuestra mente: *ex-sistere*. ¿Pero es que hay algo fuera de nuestra mente, fuera de nuestra conciencia que abarca a lo conocido todo? Sin duda que lo hay. La materia del conocimiento nos viene de fuera. ¿Y cómo es esa materia? Imposible saberlo, porque conocer es informar la materia, y no cabe, por lo tanto, conocer lo informe como informe. Valdría tanto como tener ordenado el caos.

Este problema de la existencia de Dios, problema racionalmente insoluble, no es en el fondo sino el problema de la conciencia, de la *ex-sistencia* y no de la *in-sistencia* de la conciencia, el problema mismo de la existencia sustancial del alma, e problema mismo de la perpetuidad del alma humana, el problema mismo de la finalidad humana del Universo. Creer en un Dios vivo y personal, en una conciencia eterna y universal que nos conoce y nos quiere, es creer que el Universo existe *para* el hombre. Para el hombre o para una conciencia en el orden de la humana, de su misma naturaleza, aunque sublimada, de una conciencia que nos conozca, y en cuyo seno viva nuestro recuerdo para siempre.

Acaso en un supremo y desesperado esfuerzo de resignación llegáramos a hacer, ya lo he dicho, el sacrificio de nuestra personalidad si supiéramos que al morir iba a enriquecer una Personalidad, una Conciencia Suprema; si supiéramos que el Alma Universal se alimenta de nuestras almas y de ellas necesita. Podríamos tal vez morir en una desesperada resignación o en una desesperación resignada entregando nuestra alma al alma de la humanidad, legando nuestra labor, la labor que lleva el sello de nuestra persona, si esa humanidad hubiera de legar a su vez su alma a otra alma cuando al cabo se extinga la conciencia sobre esta Tierra de dolor de ansias. ¿Pero y si no ocurre así?

Y si el alma de la humanidad es eterna, si es eterna la conciencia colectiva humana, si hay una Conciencia del Universo y ésta es eterna, ¿por qué nuestra propia conciencia individual, la tuya, lector, la mía no ha de serlo?

En todo el vasto universo habría de ser esto de la conciencia que se conoce, se quiere y se siente, una excepción unida a un organismo que no puede vivir sino entre tales y cuales grados de calor, un pasajero fenómeno? No es, no, una mera curiosidad lo de querer saber si están o no los astros habitados por organismos vivos animados, por conciencias hermanas de las nuestras, y hay un profundo anhelo en el ensueño de la trasmigración de nuestras almas por los astros que pueblan las vastas lontananzas del cielo. El sentimiento de lo divino nos hace desear y creer que todo es animado, que la conciencia, en menor o mayor grado, se extiende a todo. Queremos no sólo salvarnos, sino salvar al mundo de la nada. Y para esto Dios. Tal es su finalidad sentida.

¿Qué sería un universo sin conciencia alguna que lo reflejase y lo conociese? ¿Qué sería la razón objetivada, sin voluntad ni sentimiento? Para nosotros lo mismo que la nada; mil veces más pavoroso que ella.

Si tal supuesto llega a ser realidad, nuestra vida carece de valor y de sentido.

No es, pues, necesidad racional, sino angustia vital, lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios es ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista. Y es querer salvar la finalidad humana del Universo. Porque hasta podría llegar uno a resignarse a ser absorbido por Dios si en una Conciencia se funde nuestra conciencia, si es la conciencia el fin del Universo.

«Dijo el malvado en su corazón: no hay Dios.» Y así es en verdad. Porque un justo puede decirse en su cabeza: ¡Dios no existe! Pero en el corazón sólo puede decírselo el malvado. No creer que haya Dios o creer que no le haya, es una cosa; resignarse a que no le haya, es otra, aunque inhumana y horrible; pero no querer que le haya, excede a toda otra monstruosidad moral. Aunque de hecho los que reniegan de Dios es por desesperación de no encontrarlo.

Y ahora viene de nuevo la pregunta racional, esfíngica—la Esfinge, en efecto, es la razón—de: ¿existe Dios? Esa persona eterna y eternizadora que da sentido—y no añadiré humano, porque no hay otro—al universo, es algo sustancial fuera de nuestra conciencia, fuera de nuestro anhelo? He aquí algo insoluble, y vale más que así lo sea. Bástele a la razón el no poder probar la imposibilidad de su existencia.

Creer en Dios es anhelar que le haya y es además conducirse como si le hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción. De este anhelo o hambre de divinidad surge la esperanza; de ésta la fe, y de la fe y la esperanza la caridad; de ese anhelo arrancan los sentimientos de belleza, de finalidad, de bondad.

Veámoslo.

MIGUEL DE UNAMUNO

UN GRAN LIBRO ESPAÑOL DE FILOLOGIA

«El Poema del Cid ofrece uno de los casos más difíciles que en la crítica de un texto pueden presentarse, ya que se conserva en un solo manuscrito muy posterior a la fecha de la obra e infiel al estado primitivo de la misma.» Se expresa así el señor Menéndez Pidal (D. Ramón) al frente de su edición crítica de este monumento de nuestras letras, y pensamos que no habrá nadie que se engolfe en el estudio del libro, al cual vamos a dedicar este artículo, que caiga en la veleidad de contradecirle. Si tanta y tan larga preparación requiere este texto como la que el autor se ha tomado para estudiarle; si exige un análisis tan prolijo, tan menudo, tan delicado, no solamente de su lección y sentido, sino de las últimas tildes de su escritura; si tan amplia información necesita—y tan recóndita—acerca de todos los personajes, lugares, hechos y circunstancias que toca en su narración o que de algún modo se relacionan con ella, muy difícil es, en efecto, una crítica de este texto, y tarea reservada para muy pocos. No sólo la elaboración de este libro, que viene a ser eso en substancia, pero ni su lectura siquiera es para distraídos.

La obra del Sr. M. P. tiene por título: *Cantar de Mio Cid: texto, gramática y vocabulario*. Seis palabras que ponen en fuga, para empezar, al enjambre de los golosos y de los frívolos. Un solo y grande edificio literario y científico que anuncia

ya desde la portada su estilo llano, recio y austero. Son tres tomos, de los cuales salió el primero en 1908 y los otros dos acaban de salir, como quien dice, en los últimos meses de 1911. Procuraremos ocuparnos en nuestro artículo de la obra entera, aunque sea muy por encima, como nos lo impone la extensión de la materia, que es considerable.

Ha de estar bien poco versado en literatura castellana el que desconozca el asunto del poema del Cid, que no es sino las hazañas del héroe Rodrigo Díaz de Vivar, y el que no sepa que es el monumento más importante de la lengua castellana de la Edad Media; en primer término, por su antigüedad; luego, por su carácter popular y literario y, además, por sus proporciones. Así, que fijar la gramática de este texto venerable es penetrar en las raíces mismas históricas del idioma.

El Sr. M. P. empieza su trabajo por la descripción del códice del *Cantar*, que es único, según se ha dicho. Por único es precioso, y el Sr. M. P. no se cansa de contemplarle y de registrarle en todos los pliegues y pormenores de su estructura material que puedan servir, aunque sea de lejos, a la interpretación de su contenido. Se fija principalmente en el carácter de la letra, del cual se sirve para rastrear la fecha de la escritura. Señala el paso sobre ésta de varias plumas de correctores, en diferentes épocas, distinguiéndolos entre sí. Da cuenta de los reactivos empleados por los lectores del documento en los pasajes difíciles y comenta el explicit de Per Abbat (el obscuro amanuense del siglo XIV a quien debemos el códice del *Cantar*), dando de él nueva lectura, no propuesta por los paleógrafos que le habían precedido en el examen del manuscrito, y mejor y más satisfactoria que la de éstos. Facsímiles demostrativos, en magníficas foto-litografías, ilustran en este punto el delicado análisis del Sr. M. P.

De más alcance histórico-crítico es el capítulo o apartado segundo, en que se dilucida la fecha de la composición del *Cantar*, y se entra en la cuestión intrincada de cuál fue el medio de transmisión que le condujo desde sus obscuros orígenes a

la copia tardía de Per Abbat en que hoy le conocemos. Puntos ambos bien capitales, según se ve, para una apreciación exacta de la importancia del texto y de su significación cronológica. Con un orden, con una claridad, con un sosiego, con una congruencia y con una precisión que no se podrán ponderar bastante, el autor expone sus argumentos en pro de la fecha de 1140, a la cual se inclina, de acuerdo con los más eminentes filólogos que han tratado el asunto, y en pro de la transmisión escrita, y no oral, del *Cantar*. Este último punto singularmente está tratado con notable agudeza de raciocinio y con la riqueza documental acostumbrada por el autor, condensada y prensada según su sistema de citas algebraicas, y que es una de sus grandes fuerzas de persuasión. Su fallo en esta materia creemos que ha de quedar en autoridad de cosa juzgada.

Conservándose el *Cantar de Mio Cid* en una copia mala, solitaria, posterior de más de siglo y medio a la obra, ¿qué medios tiene el filólogo para haber de restituirle a su forma primera y genuina, haciendo desaparecer del texto la capa de modernismos con que el transcurso del tiempo «empañó la faz primitiva del original»? El Sr. M. P. propone varios. Propone, en primer lugar, la averiguación de la patria del *Cantar*, que podría darnos luz sobre su lenguaje. Emprende con este fin un estudio de la geografía del mismo, que es un modelo de método, de precisión y de finura de criba, estudio para el cual se ha lanzado a recorrer por sí mismo las regiones en que se desenvuelve la acción del poema, siguiendo a los personajes de éste en sus peregrinaciones por el suelo épico.

Rechaza el autor la hipótesis de Rodolfo Beer de que el *Cantar de Mio Cid* fuera compuesto por un monje del monasterio de San Pedro de Cardeña. Era idea patrocinada por Beer que los antiguos monumentos de la poesía castellana habían de haber salido de los monasterios de la tierra. De San Millán, las obras de Berceo; de Oña, la *Disputa del alma y del cuerpo;* de Silos, los *Milagros romanzados;* de Arlanza, el *Poema de Fernán-González;* de Cardeña, el *Cantar de Mio Cid*. Pero el

Sr. M. P. se hace cargo de las razones que abonán o pueden abonar esta opinión, y las desbarata. Hemos visto posteriormente que M. Ernest Merimée no acaba de renunciar a sus «ilusiones» (¿?) de atribuir el *Cantar* a un monje de Cardeña, y esto, a la verdad, nos extraña, no sólo porque la argumentación entera del Sr. M. P. nos parece demostrativa y aun perentoria, sino porque nosotros, por nuestra parte, la juzgamos innecesaria. No somos filólogos, pero el *Cantar de Mio Cid* tiene un tono popular tan genuino, que nunca podemos imaginar, leyéndole, que es un monje el que nos habla, sino un libre juglar, incorporado de lleno en su espíritu a la sociedad militar y aventurera, lega por sus cuatro costados, aunque profundamente piadosa, que circunda y admira a su héroe. Sabemos la poca importancia que una voz profana puede tener en un cónclave de filólogos. Callaremos con mucho gusto. Sin embargo, lo dicho dicho está.

El *Cantar* comienza con el destierro del protagonista. Ya tenemos a Mio Cid saliendo de San Pedro de Cardeña y tomando el camino de morería. Fácil nos ha de ser a nosotros, conducidos por el autor, seguirle en su peregrinación, así como en las suyas a otros héroes y personajes de la gesta, merced á un mapa demostrativo muy claro y primoroso, que trae la obra, y merced a los fotograbados que salpican el texto de bellas y rápidas perspectivas sobre el país que tenemos que recorrer.

El Cid se dirige hacia el Duero, dejando a la derecha la fortaleza de San Esteban. Pasa el Duero por Navapalos y llega a la sierra de Miedes, desde donde da vista a Atienza, a la izquierda, y a las torres de su castillo «que moros las han». Desciende a Castejón, de que se apodera por sorpresa, y dejando la dirección Sur, toma la Este y Nordeste, dirigiéndose hacia Calatayud por la cuenca del Jalón. El juglar da muestras indubitables—observa el Sr. M. P.—de conocer muy bien este itinerario, o a lo menos, trozos extensos de él; pero solamente la ribera del Duero, entre San Esteban y Navapalos, «está descrita con conocimiento topográfico minucioso» del territorio.

Las hijas del Cid, celebradas sus bodas, emprenden viaje desde Valencia a Carrión, en compañía de sus maridos y con séquito de servidores y hombres de armas. Dejando atrás a Medina, atraviesan la sierra de Miedes, y por Montes Claros—dice el Cantar,—entre Griza y San Esteban, van a pernoctar en Robledo de Corpes. Hacemos gracia al lector de las dificultades que presenta la explicación de este itinerario y de la solución que propone para ellas el Sr. M. P. En esta solución, lo más saliente, sin duda alguna, es la localización nueva que el autor hace del Robledo de Corpes, mucho más satisfactoria que lo es la del pueblo actual de este nombre, en la provincia de Guadalajara, y a la cual el Sr. M. P. ha tenido la fortuna de hallar apoyo en un documento del siglo x. A grandes pasos va describiendo el juglar la tierra recorrida hasta tanto que llega a San Esteban. Desde aquí, las hijas del héroe, afrentadas y abandonadas por sus maridos, y de vuelta a Valencia en la compañía de su deudo Félez Muñoz, comienzan a atravesar una tierra especialmente conocida para el cantor de Mio Cid, y los pormenores topográficos ocurren nuevamente bajo sus pasos. En otro itinerario recorrido por personajes del *Cantar*, en ocasiones diferentes, se echa de ver, de la misma suerte, el conocimiento especial que tiene el poeta de los contornos de Medinaceli. El Sr. M. P., acosando implacablemente al juglar con los datos más minuciosos y una lógica imperturbable, estrechándole de círculo en círculo en su propia ciencia geográfica, le acorrala ingeniosamente en su misma casa, arrancándole a viva fuerza el secreto de su región nativa. He aquí cómo resume el autor su razonamiento:

«Los más apartados lugares que nombra el juglar son: Santiago de Galicia y San Salvador de Oviedo, al Norte; Barcelona, Valencia y Denia, al Levante; Sevilla y Cabra, al Sur. Dentro de estos puntos extremos, señala un círculo ya más estrecho y lleno de poblaciones: León, Sahagún, Carrión, Valladolid, Burgos, Huesca, Monzón, Zaragoza, Alcañiz, Teruel, Toledo; lugares algunos muy importantes, pero de los

cuales, excepto de Burgos, Toledo y Valencia, el juglar no muestra saber sino los nombres. Su conocimiento del terreno crece y se afirma en el centro de este círculo; ahí, entre San Esteban, Castejón, Luzón, Calatayud y Berlanga, está la tierra donde el juglar conoce todos los pueblos, grandes y pequeños. En esta tierra se siente él capaz de pormenorizar un itinerario; fuera de ella, no.

»Cuando los personajes del Cantar andan el camino de Valencia a Toledo o de Valencia a Castilla, entrando por la sierra de Guadarrama, para dirigirse después a Carrión, o a Valladolid, o a Sahagún, el juglar no puede decirnos nada de sus jornadas, aunque bien lo desearía, y echa mano de una fórmula vaga, como *passando van las sierras e los montes e las aguas*, o da la maliciosa excusa de no querer ser pesado: *dexarevos las posadas, non las quiero contar*. Por el contrario, cuando el camino atraviesa esa región que decimos era conocida al juglar, éste ya no teme cansar a sus oyentes, o, por lo menos, no se cansa él de referirnos muy al por menor la marcha del Cid desterrado a Castejón y a Alcocer, o de repetirnos hasta cuatro veces el mismo itinerario de Burgos a Valencia. Estos dos caminos, si hacia sus extremos aparecen siempre desvanecidos y sin pormenores, conforme se acercan a San Esteban o a Luzón empiezan a marcar cada posada que se hace en la marcha, y aún se concretan mucho más cuando atraviesan por esa tierra conocida del juglar, pues el poeta entonces nombra uno a uno los pueblos que se encuentran. Y todavía hay dentro de esa región dos rincones, donde no sólo nos dice los pueblos, sino los montes que cruzan los caminantes, los robredos espesos, los verjeles, los cortos vallecitos, las matas o las torres, mostrándonos como con el dedo, qué ciudad dejan a la derecha en su camino, qué castillo cae a mano izquierda, qué vado pasan o qué calzada cruzan, y hasta nos refiere por alto obscuras tradiciones locales de que al paso se acuerda.

»Estos pormenores topográficos, cuanto más insignificantes sean, nos podrán decir cuál era la tierra más familiar al poeta.

No la hallamos en parte alguna (ni entre Ariza y Calatayud, aunque en ese espacio menudean los nombres de pueblos), salvo en la corta distancia que hay de Medinaceli a Luzón y de San Esteban a Navapalos.»

Ahora bien; en esta región, de donde sin duda era natural el poeta, o en la cual, a lo menos, moraría por largo tiempo, se había dejado sentir, antes de la época de la composición del Cantar, según demuestra el autor, una fuerte influencia dialectal aragonesa. Hemos dado, por consiguiente, con una base nueva de interpretación y de correcciones para el texto del Cantar. Aquí está lo que se buscaba por tan largo rodeo.

Otro medio o ayuda que ha de intentarse para haber de restituir el Cantar del Cid a su pureza nativa, debe ser el metro del verso en que está compuesto. Opiniones muy diferentes se han emitido sobre este punto, desde la de Sánchez, que pensaba que en el Cantar se imitaban los versos hexámetros y pentámetros latinos, hasta la del Marqués de Pidal y Julio Cornu, que entienden que está escrito en octosílabos. Y ciertamente esta última opinión parecía llamada a atraerse el asentimiento del Sr. M. P. y sus simpatías, habiendo sido él, en un libro anterior a éste, el que demostró la filiación de los romances populares octosilábicos con respecto a las viejas gestas, por tradición oral ininterrumpida en Castilla. El Sr. M. P., en su incorruptible conciencia científica, abandona esta solución, y abandona además con ella un recurso muy socorrido para enmiendas del texto, porque se pronuncia por la irregularidad silábica de los versos del poema. Según él, ni hay modo de reducir a medida los versos del Cantar, ni queda razonablemente el recurso de suponer la copia de Per Abbat tan corrompida que no pueda hacer en la materia fe suficiente. La prueba en que apoya esta opinión suya es lo que hay que ver, fundada en un estudio sistemático, minucioso, estadístico, completo, de todos los versos del Cantar que deben considerarse de medida segura, por no contener vocales en serie, que pudieran dar pie a diferente número de sílabas, según se pronuncien en hiato o

cometiendo sinalefa. Estos versos son 987. El autor cuenta y clasifica primeramente los hemistiquios, atendiendo al número de sus sílabas y a la frecuencia con que se presentan en el Cantar; después cuenta y clasifica los versos, atendiendo a las combinaciones de hemistiquios; da a conocer los hemistiquios de que se trata, comparándolos con los de los poemas de clerecía, para juzgar del ritmo de unos y de otros, y pone ejemplos de las 52 clases de versos a que dan lugar, según el cómputo exacto que hace, las diferentes combinaciones de hemistiquios. Trabajo ímprobo y acabado, que no juzgamos susceptible de mayor perfección. Obra maestra de sistema, de paciencia, de liquidación definitiva de un tema. Y todo, desgraciadamente, para alcanzar una solución negativa con respecto al fin que aquí se persigue, por la razón que ya dimos: porque la irregularidad métrica quita toda pauta para proponer correcciones al texto.

La utilidad que no tiene el estudio del metro, la tiene muy cumplida el del asonante. El asonante, según el Sr. M. P., precedió de largo tiempo, como elemento artístico, en la epopeya castellana, a la regularidad del metro. Ciento cincuenta y dos series de asonantes tiene el Cantar, en las tres partes de él que se conservan. Cada serie consta de muy desigual número de versos; series hay que sólo abarcan tres, y hay serie que comprende ciento noventa. Se nota una evolución de la técnica del poeta en lo que toca a la frecuencia de cambios de asonante. Según adelanta en la composición de su obra, es más parco en mudanzas. La fonética permanece la misma. En esto ve el señor M. P. la unidad de autor del poema confirmada por el asonante.

Puestos de manifiesto por el autor los errores que ocasionaron en el manuscrito varios resabios de que adolecía el copista; rechazados del sistema de versificación del Cantar los versos sueltos, los leoninos y los dísticos que el poeta no puso en él, éntrase a estudiar de propósito cada uno de los asonantes que se observan en la obra, con determinación de los sonidos

concomitantes que comporta. Igual perfección, igual apuramiento de la materia del tema, la misma claridad y rigor, la misma selectísima abundancia de datos que en los párrafos anteriores. Las conclusiones que obtiene equiparan, o poco menos, en cuanto a las leyes generales por que se rigen, al poema del Cid con los romances populares y juglarescos de los siglos XV y XVI. La trascendencia que tienen para la interpretación y corrección del texto es enorme. La fonética, por ejemplo, no cuenta con fiel contraste ni más fino ni más seguro que éste del asonante; y en ella van envueltas las cuestiones más complicadas, entre otras, la cronológica.

Otro recurso—y el último ya—queda al crítico para la depuración del texto del Cantar, y es la comparación de éste con las crónicas que le tomaron por fuente de información. Punto de la competencia especialísima del Sr. M. P. Éste, en trabajos suyos anteriores, había comenzado por poner orden en el caos y confusión de nuestra historiografía de la Edad Media, masa imponente de manuscritos, esfinge impenetrable ante la cual los esfuerzos de muchas generaciones de eruditos habían sido vanos. Debíamos a él especialmente la diferenciación y clasificación de las diversas refundiciones sufridas en el transcurso de los tiempos por la llamada *Crónica general* de D. Alfonso el Sabio. Estas refundiciones eran siete u ocho a lo menos, fruto de la labor historiográfica de dos siglos. En sus líneas generales, todas se derivaban de la obra de D. Alfonso; pero procedían con la mayor libertad y divergencia en la elección de las fuentes de información acerca de cada reinado o período particular. Esto por un lado, y por otro su gran hospitalidad para con las narraciones poéticas populares, les dan hoy un carácter singularísimo entre sus similares de otros países y un valor literario inapreciable. Son un panteón venerando de tradiciones, de leyendas y de poesía, en que se encierra el alma colectiva de Castilla medioeval. Han conservado para nosotros trozos considerables de cantares épicos primitivos, con su metro y sus asonantes, que, a siglos de distancia, nos

han permitido reconstruirlos. Tal hizo el Sr. M. P. en 1896 con un largo fragmento de un cantar de los infantes de Lara, perdido en la prosa de la tercera refundición de la *Crónica general*.

La obra de D. Alfonso el Sabio había dado cabida en sus páginas al Cantar entero del Cid; pero no en la redacción conservada por Per Abbat, sino en una posterior, muy ampliada, con los estigmas bien acusados de la poesía épica decadente. Prueba el autor hasta la evidencia la posterioridad de este texto, y señala exactamente el punto y el verso en que comienzan las diferencias con el de Per Abbat. Anota las más salientes y concluye distinguiendo dos partes en el texto de la crónica: una, la primera, que abarca próximamente toda la relación del destierro del Cid, útil para establecer comparaciones y sugerir enmiendas al manuscrito conocido del poema; y otra que puede ayudar muy poco al filólogo, por ofrecer una redacción corrompida y degenerada de la obra poética.

El autor pasa en revista otras refundiciones de la *General* alfonsí, inspiradas en redacciones aún más degeneradas y decadentes, más alejadas del Cantar primitivo, hasta llegar a la *Crónica de Veinte Reyes*. Esta, posterior no solamente a la Crónica del Rey Sabio, sino a la refundición de la misma hecha en 1344 (reinando Alfonso XI), de la cual se apropió algunos elementos, merece especial atención al Sr. M. P. Su autor o autores tomaron por guía el Cantar de Mio Cid, que conocieron en su original redacción en un manuscrito distinto del de Per Abbat, y más antiguo que éste probablemente. Tenían en tanta estima esta fuente histórica, que prescindieron en absoluto, para la materia que se trataba en ella, de la Crónica que se habían puesto a refundir. Verdad es que abreviaron la lección del poema, pero le siguieron fielmente en cuanto al sentido e hicieron de él una traslación muy completa. De aquí la utilidad excepcional de este texto. El Sr. M. P. ha hecho de él un uso continuo y muy hábil, así para enmendar pasajes alterados de la copia de Per Abbat, como para colmar sus lagunas.

Fina en extremo, sagacísima y de una perfección casi intachable, aparece la labor del Sr. M. P. en estos que pudiéramos llamar prolegómenos de su asunto principal. Habría ahora que considerar y estudiar con detenimiento su gramática para llegar a apreciar la novedad, la fuerza, la profundidad, la lucidez y penetración incomparables de este trabajo ciclópeo, todo él de primera mano, verdaderamente monumental. Eso no lo permite el carácter de nuestro artículo, ni la naturaleza de la materia. Nos bastará decir, en resúmen, que el conocimiento por el autor demostrado de sus fuentes originales de información es tan extenso, tán exacto, tan penetrante: su método es tan ceñido y escrupuloso; su diligencia para apurar los temas que se propone, aun los más laboriosos y complicados, es tan incansable; su mirada es tan vigilante y sagaz; toda la inmensa materia que maneja aparece tan sutilmente registrada y trabajada, desmenuzada y recompuesta de mil maneras, vista por tantos lados y a tantas luces, dominada en la masa ingente y en el átomo impalpable, que a través de un asunto tan árido de suyo, y no obstante la fatiga a que nos somete la extrema condensación del pensamiento y la evacuación de citas innumerables, le seguimos con interés y con vivo gusto mezclados de maravilla. Aun para el más profano en estos estudios, que prescinda de la doctrina y del fondo, este libro tendrá siempre el atractivo de ser una demostración prodigiosa de facultades. En la cual no suspende el ánimo tanto la acumulación formidable de materiales y de trabajo, como la sobria ordenación y la realización austera del plan. Porque todas las cuestiones que se deben tratar, se tratan y solas ellas, y cada cual está atendida en proporción a la importancia que tiene, con la prueba y la documentación cumplidas, colmadas, mas nunca redundantes; sin buscar el lucimiento personal estéril; sin eludir las dificultades, antes bien, atacándolas frente a frente y, las más veces, venciéndolas; sin una exaltación y sin un desmayo; con la calma, la sencillez y la valentía que puede dar solamente la fuerza verdadera.

Las ideas fundamentales del Sr. M. P. acerca de la gramática del Poema del Cid, y más en general, de la del romance castellano de los siglos XII y XIII, habían sido ya expuestas por el autor en su *Manual de gramática histórica*, obra clásica en la materia, como dice con justicia el profesor M. Merimée, de Toulouse. En el libro que examinamos, estas ideas se desenvuelven en muchos puntos más ampliamente, se enriquecen de nueva documentación y se precisan. Se añaden importantes capítulos, como es la parte de fonética sintáctica, el alfabeto, la pronunciación, el origen y paleografía de las letras ç y z etcétera, etc. La parte dedicada al vocabulario, que es otro tomo entero, esa es nueva completamente y de no menor empeño que la gramática, ni tampoco de desempeño menos extraordinario.

Respondiendo al grande y amplio criterio filológico que informa toda la obra del Sr. M. P., no se concreta el vocabulario al estudio gramatical y etimológico del léxico del Cantar de Mio Cid. Ciertamente, está atendido primorosamente este aspecto esencial imprescindible; pero el aspecto histórico y el arqueológico, tan importantes como aquél para llegar a un perfecto conocimiento del texto, y menos o nada cultivados por gramáticos «de las clases de tropa» de la filología (de esos que hoy abundan bastante), están cuidados por igual modo.

Cuestión vieja, cuestión debatida y de una importancia de primer orden para la determinación del verdadero carácter de la epopeya castellana, es la de la historicidad de los hechos referidos por el Cantar de Mio Cid. El Sr. M. P. hace notar muy bien, en la primera parte de su trabajo, al tratar de investigar la patria del poeta, que el asunto principal de la obra, el matrimonio de las hijas del Cid con los infantes de Carrión, Diego y Fernando González, no tiene relación con las empresas importantes de Ruy Díaz, aquellas que gozaron de celebridad en toda España y consagraron la gloria del héroe. Por el contrario, tiene aire de ser tradición local de la comarca de San Esteban. De todos modos, es un hecho obscuro, de que las

fuentes históricas conocidas no conservan ninguna huella. ¿Fue de la pura invención del poeta o tuvo algún fundamento en la realidad? El Sr. M. P. ha defendido siempre la veracidad y el realismo de la epopeya castellana. En este caso ha tenido la buena suerte de reforzar su tesis con un nuevo y eficaz argumento.

Véase el comentario a la voz *Carrión*. El Cantar da nombres de Diego y Fernando González a los yernos del Cid. Ambos eran hermanos. Eran hijos de un conde D. Gonzalo, y eran «de natura de los Vanigómez» (Beni-Gómez, hijos de Gómez), linaje de ricos hombres, condes de Saldaña, de Carrión y de Liébana, que gozaban reputación de esforzados y poderosos en Castilla. Casaron con las hijas del Cid siendo muy jóvenes (que eso significaba *infantes*) a raíz de la Conquista de Valencia, esto es, hacia 1095.

Personajes tan obscusos fueron estos *infantes*, que los más diligentes historiadores españoles, registradores incansables de documentos y cartularios, como Yepes, Sandoval, Flórez, Berganza, etc., etc., no habían alcanzado noticia de ellos, y unos los confundían con los hijos de un conde D. Gómez, otros negaban su existencia, los más negaban cuando ménos la posibilidad de su enlace con las hijas del Cid, por razones cronológicas, y alguno que sustentaba su existencia, su casamiento y su filiación, lo hacía sin pruebas, fiando ciegamente en la veracidad del Cantar y de las crónicas. La investigación que ha realizado el Sr. M. P. acerca de este punto, le ha permitido sentar como indudable la existencia de dos hermanos, Diego y Fernando González, mozos como de veinte años hacia 1095, época del casamiento supuesto, hijos de un conde D. Gonzalo, que asisten en la corte de Alfonso VI, y son de la familia de los Vanigómez, coincidiendo en todas estas circunstancias con la narración del juglar del Cid. Son habilísimas, y demuestran un conocimiento asombroso de la dispersa documentación de la época, así como de los usos de aquellos siglos lejanos, toda la reconstitución hecha por el autor de la familia de

los Vanigómez, toda su explicación de los errores de los cronistas antiguos y de los modernos críticos y toda la urdimbre de parentescos que desenreda de los personajes que figuran en el Cantar. Su tesis, de que ya hablamos, llega a adquirir un grado de probabilidad apremiante, porque se demuestra que todos los personajes del Cantar son históricos, empezando por los desconocidos *infantes de Carrión*; que todos pertenecen precisamente a la época en que el juglar los coloca; que tienen entre sí los parentescos y relaciones que él les atribuye. Por tal modo, todo cuanto es comprobable en la narración del Cantar resulta exacto. De donde se infiere a buen título lo que el Sr. M. P. viene defendiendo en sus libros: que la epopeya castellana tiene por base la veracidad más concreta.

De todos los personajes que se nombran en el Cantar nos da razón el vocabulario del Sr. M. P., explicándonos su filiación y sus parentescos, sus hazañas y sus títulos, y cuantos datos arrojan acerca de ellos los documentos más insignificantes y más obscuros; y no sólo de las personas, sino de los objetos algo importantes, como el caballo del Cid, Babieca, sus espadas Colada y Tizón, su escudo y otros así; haciendo el comentario histórico más completo que pudiera desearse al texto del Cantar; comentario que, con ser un extremo de primor y de diligencia, todavía es nada si se le compara con el comentario arqueológico, que pone delante de nuestros ojos, con riqueza y exactitud, que jamás se habían visto juntas ni tales sobre este punto, la Castilla de los siglos XI a XIII, que es el escenario y el fondo sobre que se desarrolla la acción del poema. Allí está cuanto se refiere al derecho público y privado; al estado jurídico de las personas y a sus diversas jerarquías militares, civiles y eclesiásticas; a las solemnidades de las Cortes, juicios y juntas, en que se fallaba judicialmente sobre asuntos de toda clase; a los contratos de matrimonio y de barraganía, de adopción y prohijamiento, de compras, permutas, donaciones y heredamientos sobre bienes y derechos de todo género. Allí están las costumbres y usos de España, lo mismo en lo religioso que

en lo civil, que en lo guerrero, sobre bodas y entierros, regocijos, luchas, desafíos, venganzas, montería y altanería, juegos y cabalgadas. Allí están la organización de las huestes y las diversas maneras de irrumpir en suelo enemigo, robarle y devastarle. Allí se ve lo que era la *algara* y la *zaga;* los recursos para defender el territorio propio y los amparos y protecciones conocidos. Allí se enumeran y se describen cuantas prendas de vestir eran usadas de caballeros y dueñas: la camisa, el *brial,* el *pellizón,* el *manto,* la *cofia,* las *calzas* y las *huesas;* se explica su corte y la materia de que estaban tejidas, los adornos que llevaban, las variaciones que fueron sufriendo, el orden en que se ponían sobre el cuerpo, las ocasiones en que se ostentaban o se encubrían. Asimismo, las armas defensivas de los guerreros: la *loriga,* de cuero, recubierta de placas o de anillos de acero brillante, sencilla o doble, vestida sobre el *belmez*; el *almófar*, que protegía las mejillas y la boca; el *yelmo* con sus *carbonclas*, sujeto al almófar por las *moncluras* y recubierto por el casco; el escudo, de madera forrada de cuero, con sus *brazales*, su *tiracol* y su *bloca*, adornado de incrustraciones de metales preciosos, en dibujos geométricos. Igualmente las monturas y guarniciones de los caballos de batalla y de paseo: la *siella* gineta o bridona, de *arzón exorado*, con petral de cascabeles, con cinchas corredizas, con altos borrenes y con aciones colgantes, de que penden las *estriberas* redondas o triangulares; la *cubertura*, indispensable en fiestas y bodas, sobre la cual se ostentaban la riqueza y los blasones de su dueño. Igualmente, las armas ofensivas, de *fuste* y de *fierro*: la lanza, que solía tener de palo de fresno el ástil—así la del Cid—y en él un pendón, cerca de la punta; el *bohordo,* para derribar tablados; el *venablo*, para los toros y la caza; la *azcona*, la *saeta* y otras muchas; la espada, que los caballeros solían llevar consigo por partida doble, una colgando de la cintura y otra del arzón de la silla, que tenía forma estudiada para hendir las lorigas de los enemigos, y era ancha y acanalada, recia, *dulce* y *taiador*, con la cual se daban los tajos épicos como aquel de

que habla el juglar, que dió el Cid a un alguacil moro: «Cortol por la cintura, el medio echó en el campo»; destinada en la táctica de la época más a cortar que a punzar, y que, aparte de los usos de guerra, tenía su papel en ceremonias familiares y civiles, y su nobleza y simbolismo particulares.

Es de ver de qué modo se han puesto a contribución para este trabajo los monumentos de todas clases, que desde aquella lejana época han llegado a nosotros: tumbos, cartularios, diplomas, miniaturas, fueros, ordenanzas, sellos, restos arquitectónicos, bajorrelieves y objetos de la más variada naturaleza, conservados en museos y en armerías; es de ver con qué atención y con qué agudeza está todo registrado e interpretado, y cómo, en aquellas mismas materias en que eminentes especialistas han preparado la investigación del autor, éste la completa, la ilustra siempre, la precisa o la corrige con copia de datos seguros.

M. Morel Fatio, el más competente de los hispanistas franceses—y no flojamente difícil para el aplauso: esto es aparte—saludó en 1896 la aparición del primer libro del Sr. M. P. con estas palabras que vamos a traducir, las cuales se apresuró a hacer suyas el gran patriarca de la filología románica a la sazón, Gastón Paris, en un largo artículo publicado en *Le Journal des Savants*, por aquellos días, sobre el mismo libro de Menéndez: «El método es el que da valor a la obra, y ése no se ha desmentido en ninguna parte. Todas las de este estudio están igualmente cuidadas. El autor, siempre sobre sí, ha puesto tan escrupulosa atención al enunciado de una idea general, como a la discusión de un punto de bibliografía, como al comentario de una expresión obscura o curiosa, como a la cita de una variante. El estilo asimismo merece grandes elogios; es de una propiedad y de una precisión notables. Y este rigor no implica sequedad. El Sr. Menéndez ha sabido hacer interesante cuanto ha tratado. A veces ha dado pruebas de un gusto literario delicado y de un tacto exquisito. Si es leído y es comprendido, este libro puede provocar en España un verdadero renaci-

miento de los estudios filológicos e históricos. Tengo el mayor gusto en manifestar al autor de esta obra, de alto valor científico y que es un primer ensayo, el testimonio de mi admiración.»

Punto por punto, y aun si cabe con más razón que entonces, porque la obra presente es de más empeño y porque las dotes y cualidades del Sr. M. P. se han afirmado, aguzado y abrillantado con el trabajo y con el transcurso del tiempo, se puede hoy repetir todo esto a propósito del estudio sobre el Cantar del *Cid*.

Traemos adrede estos testimonios de extranjeros—autorizados, si los hay, en Europa sobre la materia que trata el señor M. P.—para que los lectores desprevenidos no crean nuestras alabanzas—que largamente hemos tenido que derramar en nuestro artículo, obligados de la más estricta justicia—fruto de parcialidad apasionada o de un entusiasmo ligero e irreflexivo, injustificado.

Gastón Paris—ya, pues, que le hemos citado—terminaba su estudio sobre el libro del Sr. M. P. señalando a éste, como empresa digna de sus fuerzas, el ciclo épico del Campeador de Vivar. «Dos grandes composiciones—decía—dominan toda la epopeya española: el Cantar de los *infantes de Salas,* y el Cantar, o más bien, los Cantares del *Cid*. De estas dos composiciones, el Sr. M. P. ha estudiado tan bien, y tan bien ha hecho revivir la primera, que ya no habrá que volver sobre ella. Esperamos confiados que ha de consagrar el mismo ardor, el mismo saber y la misma penetración a la reconstrucción de la epopeya del *Cid,* más bella todavía y más importante desde todos los puntos de vista, y que, siendo tan profundamente nacional como la primera, ofrece más considerable interés para el conjunto de la literatura europea. Cuando haya llevado a cabo esta grande obra, habrá merecido bien de la ciencia y de su patria.»

Lo que dejamos dicho prueba cumplidamente que el señor M. P. lleva andado a estas horas más de la mitad del camino

para dar cima a la empresa que le asignaba el gran filólogo francés hace diez y seis años. Esa mitad es la más importante y acaso la más difícil. Otros trabajos de gran empeño ha llevado de frente con ella el Sr. M. P., como han sido, por ejemplo, la edición crítica de la primera redacción de la *Crónica general* de D. Alfonso el Sabio y la *Gramática histórica*. Si se tienen en cuenta ahora la edad del autor, los materiales y experiencia acumulados por él en tantos años y su actividad intelectual poderosa, no es temerario pronosticar que no ya el ciclo del *Cid*, sino todos los otros ciclos de la epopeya medioeval castellana hasta cuando ésta se disgrega y se pulveriza, perdiéndose en la riqueza del Romancero, serán por él estudiados y adquiridos definitivamente para la ciencia. El nombre del Sr. M. P., juntamente con el de Milá y Fontanals, su gran antecesor en estos estudios, a quien se asemeja tanto en el temperamento crítico y a quien sobrepuja indudablemente en la intensidad y perfección de sus trabajos y en el rigor de sus métodos, dominarán gloriosamente este campo importante de nuestra historia literaria. Es de desear solamente que el señor Menéndez Pidal funde escuela y deje entre nosotros abundante semilla de discípulos que prolonguen su labor en el tiempo. Su cátedra de la Central puede ser hoy, en este concepto, una de las mayores esperanzas de la ciencia española.

José R. Lomba y Pedraja

CRUEL DESTINO

NOVELA

XI

Pronto era la Trinidad, la fiesta alegre y soleada de la primavera, en la que se esparce por los caminos arena fina, arena de oro amarillo. Los yacimientos profundos a los que, desde tiempo inmemorial, iban a buscar esta arena las gentes de Znamenskoie, se encontraban a dos verstas de la población, en medio de setos, álamos, sauces y encinas enanas.

No se estaba todavía más que a mediados de Junio, y ya la hierba subía hasta la cintura de un hombre, y cubría casi el verde vivo y suntuoso de los arbustos que extendían sus hojas anchas y húmedas.

Había también muchas flores aquel año, y las abejas revoloteaban hasta en el foso de paredes deleznables y sin cesar removidas; y por todas partes su zumbido penetrante y continuo se mezclaba con los frescos olores de las plantas aromáticas.

Hacía ya varios días que la Naturaleza y los hombres se recogían en espera de la tempestad; hallábase en todas partes esta espera: en la atmósfera inmóvil y abrasada, en las noches asfixiantes y sin rocío, en la queja del ganado agotado, que tendía el cuello mugiendo; y, a pesar de la opresión de este

calor sofocante, las gentes se sentían a gusto; una especie de inquietud agitada las incitaba al movimiento, a las charlas ruidosas y, en todo momento, a las risas sin motivo.

*
* *

Dos obreros trabajaban en los yacimientos de arena; el chantre Nikón, por cuenta de la iglesia, y el obrero del mayordomo Semione Mossiaguin.

Iván Porfirich gustaba en estos días de fiesta, de esparcir la arena con profusión en su patio y en la calle, delante de su casa; Semione había recogido ya por la mañana una carretada entera, y, para recoger otra, llenaba con ardor paletadas de arena fina y dorada.

Todo le ponía alegre aquel día: el zumbido de las abejas, los aromas de las plantas, el trabajo fácil; dirigía maliciosas ojeadas al viejo chantre ceñudo, que removía perezosamente la tierra con su rastrillo, y se burlaba de él.

—¡Eh, Nikón Ivanich, hermano! ¿De qué nos sirve a los dos nuestra dorada juventud?

—Bueno, ya veremos más adelante...—replicó el chantre con una vaga amenaza en su voz indolente, y la pipa que mordía le dió un golpe en su barbilla, llena de pelos tiesos como cerdas.

—Ten cuidado, vas a dejar caer tu biberón—siguió Semione bromeando.

Nikón no contestó nada, y Semione, sin ofenderse, continuó cavando alegremente.

Desde hacía un mes que trabajaba en casa del mayordomo, se había puesto redondo y reluciente como un cohombro fresco, y este trabajo fácil no absorbía ni sus fuerzas ni su atención; removía la arena con vigorosos y rápidos azadonazos; y la prontitud hábil con que reunía los montoncillos dispersos, hacía pensar en la listeza vivaz de una gallina picoteando.

Pero la zanja de la que habían extraído arena todos los

días anteriores estaba ya agotada, y Semione escupió en ella resueltamente.

—Vaya, aquí ya no hay nada que hacer; pero quizá habrá algo que arañar por allí—dijo andando hacia una anfractuosidad bastante baja, manchada con rayas rojas y verduzcas, que se abría al pie de la frágil muralla de arena.

El chantre miró el agujero, y pensó en seguida: «Eso va a derrumbarse»; pero no dijo nada. Semione tuvo la misma impresión en forma de una turbación confusa, de una especie de náusea sutil y pasajera, y se detuvo.

—¿Crees que se derrumbará esto?—preguntó volviéndose.

—¿Cómo quieres que lo sepa?—gruñó el chantre refunfuñando.

Había en aquella abertura oscura y oval, semejante a una boca entreabierta, algo pérfido y atento, y Semione volvió a vacilar; pero en lo alto, una encina joven se inclinaba sobre la zanja, y su follaje palpitante y finamente cincelado se dibujaba tan atrevidamente en el cielo, y venían de allí bocanadas de aire tan vivo y tan perfumado, que se experimentaba un irresistible deseo de intentar cosas alegres y aventuradas.

Así, pues, Semione se escupió en sus manos y empuñó la azada; pero, al segundo golpe que dió, oyóse un débil crujido, y todo el muro de arena, derrumbándose silenciosamente, sepultó al obrero; la tierna encina, retenida solamente por sus raíces, agitó débilmente sus ramas; un pedazo seco de tierra fué a rodar a los pies de Nikón, pálido de espanto.

***

A las dos horas se logró desenterrar el cadáver de Semione.

Su boca, abierta, de dientes blancos y como igualados con lima, estaba llena de arena hasta los labios; y, por todas partes, aquella arena fina espolvoreaba las cejas blancas, la barba y el pelo rojo, todas las arrugas de la cara y los ojos con un polvillo dorado.

El hijo de Mossiaguín, Sionka, había acudido con gentes que llegaron a caballo; y como nadie quiso tomarle a la grupa, y hubo de trotar por toda la carretera detrás de los jinetes, oíase ahora su respiración entrecortada y anhelosa. Habíase sentado aparte en un montón de tierra, mientras que desenterraban el cadáver de su padre, y sus ojos, inmóviles, no se apartaban de la montaña de arena, que se deshacía lentamente.

El cuerpo del difunto fue transportado a la carreta y tumbado en la arena que había recogido horas antes; le cubrieron con una esterilla, y se emprendió a paso lento el camino de Znamenskoie, a través del bosque.

Detrás de la carreta, los mujicks marchaban silenciosos; iban dispersos por el bosque, y los rayos del sol, penetrando acá y allá a través del follaje, incendiaban sus camisas con un fuego purpúreo.

Cuando el convoy pasó por delante de la casa de Iván Porfirich, el chantre propuso depositar allí el cuerpo.

«Era su obrero; a él le correspondía enterrarle.»

Pero nadie se asomó a las ventanas ni por los alrededores, y el portal estaba cerrado con un enorme candado; durante largo rato los mujicks llamaron a la puerta, dando redoblados aldabonazos con el pesado aldabón de bronce oxidado; después tiraron de la campanilla, y se oía su tintineo sonoro e imperioso resonar por allá dentro. En el patio ladraron los perros, pero nadie se asomó.

Por fin apareció una cocinera vieja; el amo ordenaba que llevasen a Mossiaguín a su casita, y donaba diez rublos para el entierro, aparte de los salarios vencidos; pero, mientras que se explicaba con la gente, Iván Porfirich, escondido detrás de una cortina, lanzaba al cortejo miradas asustadizas y aviesas, y murmuraba al oído de su mujer:—Acuérdate de mis palabras: aunque me diera el pope un millón, no le alargaría la mano. Es un hombre que da miedo.

Y tal vez a estas palabras enigmáticas del mayordomo, o

a su negativa de recibir al difunto, o a cualquiera otra causa, hay que atribuir los rumores siniestros e inquietantes que corrieron por todo el pueblo y chisporrotearon en todas partes como fuego oculto.

Hablábase de Semione, de su muerte inesperada; luego se pensaba involuntariamente en el pope, sin saber por qué, ni lo que se tenía que temer de él.

Cuando el padre Vassili se dirigía a la *panikida* (1), pálido, agitado por no sé qué ensueño, pero, sin embargo, alegre y sonriente, las gentes se apartaban cuidadosamente de su paso, y, durante mucho tiempo después, se negaban a franquear el lugar en donde parecían llamear aún las huellas invisibles de sus pies grandes y pesados.

Evocaban en sus lentas charlas el incendio del presbiterio, la muerte de la popadia, el nacimiento del idiota; a través de las palabras sencillas e ingenuas, sentíanse punzar los aguijones acerados del incendio; a veces, una anciana se echaba a llorar sin motivo y se iba de repente; y los otros, después de seguir largo rato con los ojos su espalda sacudida por los sollozos, se separaban en silencio y sin atreverse a mirarse.

Los niños, reflejando la ansiedad de sus padres, se reunían al anochecer en los recintos, detrás de los establos; se contaban espantosas historias de muertos que dilataban de terror sus ojos grandes y negros; y la tranquilizante cólera de la voz bien conocida, en vano les llamaba a casa; no se atrevían a saltar sobre sus pies desnudos y a lanzarse a través de la bruma amenazadora.

Durante los dos días que precedieron al entierro, no cesaron de ir a contemplar al cadáver, que el calor había rápidamente descompuesto...

* * *

(1) Servicio fúnebre, que se celebra, generalmente, en casa del difunto.

Por la noche, un calor implacable emanaba de la tierra, y ni una gota de agua venía a refrescar los prados medio consumidos; el cielo estaba puro, pero sombrío; las raras estrellas titilaban con brillo empañado, y el chirriar seco y monótono de las cigarras dominaba todos los otros rumores.

Cuando, después de la primera panikida de la tarde, salió el padre Vassili de la casa mortuoria, era ya noche cerrada, y ni una luz brillaba en la calle somnolienta.

Y en la acentuación de la angustia que le oprimía ahora, como a todos los demás habitantes del pueblo, más bien que en oir pasos detrás de él, adivinó de pronto que alguien le seguía; miró enrededor; una sombra alta marchaba detrás, a cierta distancia, regulando evidentemente su paso al lento y mesurado caminar del pope.

El padre Vassili se paró; el misterioso paseante dió todavía involuntariamente unos cuantos pasos, luego se paró él también.

—¿Quién va?—preguntó el pope.

El hombre no contestó; después, de pronto, se volvió bruscamente, se alejó con rapidez y no tardó en perderse en la oscuridad.

A la noche siguiente, se renovó el mismo hecho; el desconocido siguió al pope hasta la verja de su casa, y, tanto en su modo de andar como en su elevada estatura, el pope creyó reconocer al mayordomo.

—¿Es usted, Iván Porfirich?—preguntó.

Pero el hombre permaneció mudo y desapareció. Pero cuando el pope se desnudaba para acostarse, alguien llamó suavemente a la ventana; se asomó el pope, no había nadie...

«¿Qué le pasará para andar de esta manera como un alma en pena?»—pensó, con desagrado y arrodillándose, el padre Vassili.

Pero, en su larga oración de la noche, no tardó en olvidar al mayordomo; rogaba por el muerto, por su mujer, por sus hijos; imploraba para la tierra y para los hombres la infinita

misericordia de Dios; y en soleadas profundidades, el mundo nuevo se dibujaba confusamente... el pope no estaba ya en la tierra.

Ahora bien; mientras que oraba, el idiota se deslizó fuera de la cama, agitando ruidosamente sus piernas, todavía débiles, pero en las que la vida había por fin penetrado.

Desde la primera vez, había empezado a arrastrarse de un lado a otro, y, más de una, le había ocurrido al pope encontrarle en el umbral, como un perro tumbado ante la puerta cerrada de la casa.

Esta vez se dirigía hacia la ventana abierta, y avanzaba lentamente, con esfuerzo, meneando la cabeza con aire cuidadoso; se agarró con sus manos fuertes y tenaces al alfeizar de la ventana, se izó penosamente y dirigió una mirada ávida a la noche..., porque sentía venir algo...

***

El entierro se celebró el lunes de Pentecostés; el día había amanecido sombrío y amenazador; tanto en la Naturaleza como en los hombres, pesaba una turbación confusa; una bruma de calor velaba el cielo desde la mañana, y la hierba se marchitaba y se abarquillaba a la vista, como en la proximidad de un enorme brasero; el cielo opaco había descendido muy cerca de la tierra; su inmensidad, de un azul empañado, surcado de vetas finas y sanguinolentas, aparecía como una bóveda de metal ardiente y sonoro, con cambiantes reflejos de púrpura...

El disco colosal del sol abrasaba la atmósfera, y lo más raro era verle tan brillante, cuando mientras tanto las sombras de los objetos no tenían contornos precisos e inmóviles, como ocurre de ordinario en los días soleados.

Era como si una cortina compacta, y sin embargo invisible, se hubiera corrido ante el sol y hubiese absorbido sus rayos.

***

Mientras que el padre Vassili revestía los ornamentos sacerdotales, Iván Porfirich se acercó al altar.

A través del sudor y de las manchas rojas que el calor había puesto en su cara, el terror había añadido una palidez terrosa, y sus ojos, hinchados por la fiebre, llameaban extrañamente; sus cabellos, peinados de prisa y relucientes de Kwas, se habían secado por partes, y algunos mechones estaban pegados; era evidente que aquel hombre, atormentado por un espanto sobrenatural, no había dormido en varias noches; en en su angustia había perdido sus modales untuosos, porque se olvidó de pedir al pope su bendición, y hasta de saludarle.

—¿Qué tiene usted, Ivan Porfirich? ¿Está usted enfermo?—preguntó el padre Vassili, sacándose la larga melena del cuello estrecho de la casulla; su rostro, pálido como la cera, a pesar del calor, tenía una expresión concentrada.

El mayordomc trató de sonreir.

—Verá... nada grave a decir verdad... quería solamente hablarle... padre Vassili.

—Era usted el de ayer noche?

—Era yo, y el de anteanoche también... perdóneme... no tenía la intención...

Respiró profundamente, y, de pronto, dejando su cortesía fingida, exclamó con terror:

—¡Tengo miedo! Yo, que no temía nada en el mundo... ahora, tengo miedo.

—¿De qué tiene usted miedo?—preguntó el pope asombrado.

Ivan Porfirich echó por encima del hombro del sacerdote una mirada inquieta, como si allí se ocultase algo espantable, y mudo, y profirió con voz débil como un suspiro:

—Tengo miedo de la muerte.

Se miraron en silencio los dos hombres.

—¡La muerte!... Está a nuestras puertas... una muerte insensata, que no sabe razonar... que arrebata al azar. Así, yo, excúseme... ¿Acaso mis gallinas se permiten fallecer sin moti-

vo? Si yo mando que las corten el cuello para el *chi* (1), entonces, que perezcan, está en el orden...; pero, de otro modo, ¿qué es lo que quiere decir esto? ¿Es una manera de proceder? Excúseme, yo no había adivinado desde luego, pero ahora...

—¿Se refiere usted a Semione?

—¿A quién, pues? ¿Y a Sidor y a Erstignici?... Y en cuanto a ti... (el mayordomo divagaba de furor y de espanto, y se hacía grosero), y en cuanto a ti... deja esas prácticas... aquí no hay imbéciles; lárgate y que te vaya bien... ¡Lárgate!

Hizo un enérgico movimiento con la cabeza en dirección de la puerta, y añadió:

—¡Y pronto!

—¿Qué te pasa? ¿pierdes el sentido?

—Todavía está por saber quién de nosotros dos ha perdido el sentido... ¿Por qué viene a rastrear aquí todas las mañanas repitiendo: «Yo rezo, yo rezo?»—vociferó el mayordomo.—No se reza así. Sufre y padece, en vez de gritar: «Yo rezo.» Un impostor, un canalla, eso es lo que eres. Quieres doblegar todo el mundo a tus cosas..., y mientras tanto, tú eres el doblegado... ¿Dónde está Semione, dí, dónde está Semione? ¡El mujick que tú has hecho padecer! ¿Dónde está Semione? ¡Vamos, habla!

Se volvió bruscamente hacia el pope, quien, con acento brusco e imperioso, pronunció estas palabras:

—¡Aléjate del altar, impío!

Con la cara purpúrea de cólera, Ivan Porfirich levantó la cabeza y quedó paralizado, con la boca abierta; unos ojos profundos le miraban, unos ojos negros y sin fondo como el agua de un estanque; una vida poderosa se desprendía de aquellos ojos; una voluntad implacable brotaba de ellos como una espada.

Iván Porfirich sintió como una quemadura; agitó débilmen-

(1) Especie de sopa.

te la mano, y salió precipitadamente, tropezándose en su turbación con el quicio de la puerta.

Y en los escalofríos que le corrían por la espalda, sentía aún los ojos negros y terribles que le seguían a través del muro de piedra.

XII

Entraban en silencio, con pasos menudos y tímidos, y se colocaban al azar; porque, a pesar de su deseo de arrodillarse en el lugar acostumbrado, no convenía en aquel día de duelo y de congoja, preocuparse por sus costumbres y comodidades.

Se arrodillaban, y durante largo rato, no se atrevían a volver la cabeza para mirar en rededor; la apretura era ya tanta, que apenas se respiraba; y, sin embargo, nuevos concurrentes se agolpaban sin cesar en las últimas filas, sin que el sentimiento de estar así, prensados unos contra otros, codo con codo, pudiera calmar su angustia.

Habían llegado gentes de las otras parroquias, de los pueblos más lejanos, atraídos por los rumores; los forasteros eran más atrevidos al principio, y hablaban en voz alta; pero no tardaban en callarse como los otros, con una especie de inquietud irritada al sentirse cogidos poco a poco en las invisibles y angustiosas mallas de aquel silencio.

Por los altos ventanales ojivales, abiertos para dar entrada al aire, asomaba un cielo amenazador de un rojo cobrizo; en la luz ardiente y sofocante derramada por aquel cielo, los antiguos dorados de la iconostasia relucían con brillo triste y marchito.

Detrás de una de las ventanas percibíase el verde inmóvil y seco de un arbolillo; los ojos no podían apartarse de sus anchas hojas, que ya colgaban medio muertas; porque en el silencio de las cosas, en el fuego irónico de todos aquellos reflejos dorados, aquel árbol tenía el aspecto de un amigo, de un antiguo amigo seguro y tranquilizador.

Pero, más fuerte que los olores habituales de la iglesia, más preciso y más penetrante qne los aromas del incienso y de la cera, el hedor de la podredumbre se elevaba espantoso y triunfante: el cuerpo se había descompuesto rápidamente con el calor, y no se podía pasar sin repulsión junto al negro féretro, lleno de carne putrefacta; y, sin embargo, al lado del féretro manteníanse inmóviles la viuda y los tres hijos del difunto; pero quizá, aunque percibiesen aquel olor, no querían creerlo, y temerían enterrar un vivo, como les sucede frecuentemente a los que una muerte inesperada acaba de privar de un sér muy próximo, muy querido y muy necesario.

Cuando empezó la misa, sencilla y solemne como de ordinario, y el diácono gordo y perfumado balanceó el incensario sobre las cabezas inclinadas, hubō en la multitud un suspiro de alivio; algunos hombres cuchichearon ruidosamente; otros se movieron libremente y arrastraron por el piso sus pies adormecidos; el diácono, que tosía y jadeaba a cada frase, buscó con la vista entre el gentío a los que charlaban, y los amenazó con un dedo corto y regordete; algunos de los asistentes más cercanos de la puerta, salieron para fumar un cigarrillo... Pero mientras que fumaban y hablaban de sus asuntos, de las siembras, de la inminente sequía, se sobresaltaban de pronto, sobrecogidos por un temor súbito; tal vez iba a ocurrir algo extraordinario; entonces, tirando al punto el cigarrillo a medio fumar, volvían a entrar en la iglesia y se abrían paso a codazos por entre la multitud.

En el corto intervalo que separa la misa del servicio fúnebre, en el momento en que el padre Vassili iba a ponerse la capa de terciopelo negro, el diácono se le acercó, y le dijo con un chasquido de labios:

—Se necesitaría hielo; a la verdad huele demasiado; pero, ¿dónde tomar ese hielo? Me parece que sería conveniente tener una pequeña provisión cerca de la iglesia para estas ocasiones..., digáselo al starosta...

—¿Huele?—preguntó el pope con voz sorda.

—¿Pero es que no lo nota usted? Pues tiene usted narices, sin embargo. Yo me encuentro sencillamente mal. Sin contar que, en verano, aunque se fume, seguirá uno oliendo durante una semana. Vea usted cómo huele mi barba... ¡Dios mío!...

Puso bajo la nariz del pope la punta gris de su barba, suspiró y exclamó con desprecio:

—¡Valiente feligrés!

***

Empezaba el oficio fúnebre; el viejo chantre se puso a recitar los salmos.

Había asistido a la muerte del que, desde el fondo de su ataúd, asustaba ahora a la multitud; veía aún el trozo de tierra que rodó hasta sus pies y la tierna encina que agitaba débilmente su ramaje cincelado.

Así, en su boca desdentada, las palabras antiguas, gastadas, ya moribundas, tomaban una vida dolorosa y nueva.

—«...En verdad, todos los cuidados humanos, la vida misma, no es más que sueño y vanidad; y en vano se agitan los vivientes de la tierra, porque, como se dice en la Escritura, aun cuando hubiéramos conquistado al mundo, tendríamos que ir a la tumba, en donde todos estarán juntos confundidos, el rey y el mendigo. Y por esto, ¡oh, Cristo!, ¡oh, Señor!, da el reposo a tu esclavo aparecido en este día ante Ti, ¡oh Tú que has amado a los hombres!...»

***

En la iglesia penetraba ahora una oscuridad azulada; las tinieblas se esparcían sobre el día, y todos las sintieron llegar mucho antes de verlas; pero solamente los que no podían apartar sus miradas de las hojas amigas del árbol vieron un nubarrón formado de jirones, de un gris plomizo, emerger de detrás del árbol, meter en la iglesia uno ojos vacíos, y avanzar lentamente hacia la cruz.

La lectura de los salmos continuaba ahora entre los labios temblones del chantre:

«...¿Dónde están las imaginaciones del mundo y sus pasiones efímeras? ¿En dónde están el oro y la plata, y la multitud de esclavos y los rumores de gloria? Todo esto no es más que polvo y ceniza.»

En este momento, todos observaron la oscuridad creciente, y miraron hacia las ventanas.

Detrás del árbol, cuyas hojas habían palidecido y cuyo estupor medroso no tenía ya nada de amistoso ni de tranquilizador, el cielo estaba completamente negro.

En el altar, el padre Vassili oficiaba con calma, y lo negruzco de sus vestiduras sacerdotales parecía casi luz, dorados sin brillo los rostros terrosos y las ventanas llenas de tinieblas.

Durante unos minutos, había vacilado.

Su paso se había acortado, y con el cuello tendido, había dirigido a los asistentes una mirada asombrada, desconcertada, sin duda, por el aspecto de aquella muchedumbre muda amontonada en la iglesia, en donde acostumbraba él a rezar en la soledad.

Pero pronto se olvidó de la gente, se olvidó de que oficiaba, y avanzaba distraídamente hacia el altar; su alma se había desdoblado; esperaba la palabra, la orden, la inspiración poderosa y decisiva, y nada llegaba...

— ... «Lloro y sollozo cuando considero la muerte, cuando contemplo en el fondo del féretro, informe y hedionda, nuestra belleza creada a imagen de Dios. ¡Oh milagro!, porque esto se realiza a fin de que se cumpla en nosotros el misterio; y es porque, consagrado de antemano a la podredumbre, llevamos en nosotros la muerte, En verdad. Dios lo ha querido así...»

En la oscuridad, que había aumentado, los cirios ardían con una llama clara, proyectando en las caras reflejos rojizos, y a muchos les impresionó el rápido paso del día a la noche, cuando todavía no estaba mediado aquél.

El mismo padre Vassili percibió vagamente las tinieblas;

se creyó en la aurora de un día de invierno, en la misa matinal, en donde, a solas con Dios, la inspiración le daba alas, como al pájaro, como a la flecha, que vuela, infalible, hacia el objetivo.

Y se estremeció como un ciego que no ve todavía, pero que sabe que va a recobrar la vista en el instante mismo; sus miles de pensamientos efervescentes, de deseos no terminados, suspendieron su curso tumultuoso, se paralizaron... Sintióse caer en el abismo sin fondo de una caída vertiginosa—y cuando su corazón, un instante detenido, volvió a salir con golpes sordos y profundos, ya lo sabía él: ¡Era ella!, la exaltación decisiva y suprema, más fuerte que la vida y que la muerte, la que manda a las montañas: «¡Id!» y las seculares montañas, irritadas, empiezan a moverse. ¡Alegría, alegría, alegría!

Abarca con una mirada el féretro, la iglesia, la multitud, y comprende... ¡comprende todo! Tiene la intuición maravillosa y especial de los sueños, la adivinación que hace penetrar en la profundidad de las cosas, y se desvanece sin volver con las primeras luces de la mañana. ¡Es ella! ¡Aquí está! ¡Alegría, alegría, alegría!

Prorrumpe en una risa ronca, entrevé el rostro sorprendido del diácono que alza el dedo para advertirle; entrevé los espinazos encorvados de los que le han oído reir y se deslizan hacia la puerta, como gusanos... Ve todo esto, y se muerde los labios como un escolar pillado en falta:

—No lo haré más—murmura al diácono; pero un éxtasis insensato brota como una llama de todas las facciones de su rostro, y de pronto solloza, con la faz escondida entre las manos.

—¡Unas gotas!, hay que tomar unas gotas—murmura a su oído el diácono sobresaltado.—¡Ah, Señor, qué contratiempo! Oíga usted, padre Vassili.

El pope le oye, aparta ligeramente las manos de su cara, y lanza al diácono una mirada oblicua y furtiva; el diácono se estremece asustado ante esta mirada...

Se aleja del altar, precipitadamente y de puntillas, tropie-

za con el vientre en la verja de la puerta, la abre a tientas y sale a escape.

—«... Venid y demos el último beso al que ya no existe, ¡oh hermanos míos!, y demos gracias a Dios. Fue pobre desde su nacimiento, y desde su nacimiento destinado a la tumba, en su vida cuidadosa y en su carne de pasiones múltiples. Aquí se encuentra hoy en familia, aquí están también sus amigos. Y he aquí que vamos a separarnos...»

***

Hay un movimiento en la multitud; una parte de los fieles se desliza furtivamente hacia la puerta, sin cambiar una palabra con los que se quedan; ya se respira mejor en la iglesia entenebrecida; cerca del féretro, algunas personas se reúnen en silencio, hacen la señal de la cruz, se inclinan sobre el muerto y se incorporan con un gesto de dolor; a su vez, la viuda se despide del difunto.

Cree ahora en su muerte, percibe el espantoso hedor, pero sus ojos no dejan brotar las lágrimas, y la queja expira en su garganta; y sus hijos, con la mirada fija, la contemplan en silencio.

En este momento fue cuando se notó que el diácono se abría apresuradamente paso por la multitud y que el padre Vassili, de pie ahora junto a la escalinata, se había vuelto hacia la nave.

Y los que le vieron en este instante, conservaron para toda su vida la trágica imagen grabada en su memoria.

Se apoyaba con ambas manos en la balaustrada, con energía tal, que las yemas de sus dedos habían blanqueado; con el cuello tendido hacia adelante, con todo el busto inclinado sobre la barandilla, se concentraba por entero en la mirada monstruosa que dirigía a la viuda y a sus hijos; había en aquella mirada fulgurante una alegría insolente y audaz, que parecía gozar con el inmenso dolor de aquellos...

—«... ¡Es la hora de la separación, hermanos míos, la hora

de los lloros y de los sollozos!... Así, pues, venid y dad el último beso al que vivió con vosotros, al que va a bajar a la tumba, bajo la tierra y bajo las piedras; al que va hacia las tinieblas, a habitar entre los muertos, lejos de sus parientes, lejos de sus amigos...»

Entonces, cerca del pope, se oyó un lamento:

—¡Detente, insensato! ¿No ves que no hay muerto aquí?...

Y el acto se realizó, el acto solemne y demente que todos esperaban con tanto espanto.

El padre Vassili rechazó tras de sí la puerta de la verja que rechinó sonoramente, pasó por entre la gente con la sombría luz de sus vestiduras negras, y se dirigió hacia el ataúd, que parecía esperarle, negro y mudo. Se detuvo, extendió la mano con imperioso gesto, y con voz precipitada, ordenó al cadáver:

—¡Levántate, te digo!

Repercuten confusos alaridos, gritos de mortal espanto; sobrecogidos del pánico, los asistentes corren atropelladamente hacia la puerta; como un rebaño desordenado, se empujan unos a otros, se amenazan rechinando los dientes, se aplastan con rugidos de rabia, salen lentamente por sacudidas, como el agua se derrama de una botella caída...; no quedan ya más que el chantre que, de estupor, ha dejado caer el libro, y la viuda con sus hijos.

Una sonrisa luminosa ilumina las facciones del padre Vassili, una sonrisa llena de indulgente piedad para el miedo y la incredulidad de las gentes; y, resplandeciente de una fe inmensa, exclama por segunda vez, con solemnidad sencilla y soberana:

—¡Levántate, te digo!

Pero el cadáver permanecía inmóvil, y sus labios apretados conservaban, impasibles, su eterno secreto.

El silencio llenaba ahora la nave; en las losas resonaron unos pasos precipitados; la viuda huía, seguida de sus hijos; el chantre, que trotaba tras ella, volvió la cabeza al llegar a la puerta y se retorció las manos.

«Mejor es así; no podía levantarse en semejante estado, delante de su mujer y de sus hijos»—se dijo el padre Vassili, y por tercera vez, en voz baja y severa ahora, pronuncia:

—Semione, ¡levántate!

Deja suavemente caer la mano y espera; detrás de la ventana unos pasos hacen crugir la arena, y el sonido se oye tan próximo, que parece venir del féretro. El padre Vassili espera. Los pasos se acercan, pasan de la ventana, su rumor se extingue; un largo y doloroso suspiro rompe el silencio... ¿Quién ha suspirado? Se inclina sobre el ataúd, espía en el rostro hinchado y disforme los primeros estremecimientos de la vida, ordena impacientemente a los ojos: «¡Abríos, pues!»; se inclina más, más todavía, con las manos crispadas sobre los bordes cortantes del féretro; roza casi los labios violados, sopla en ellos el cálido aliento de la vida... y he aquí que el cadáver, irritado en su reposo, le sopla en plena cara el hálito frío y hediondo de la muerte.

El pope se calla ahora; y, durante el espacio de un segundo, lo ve, lo comprende todo. Percibe el olor a muerto; nota que el pueblo, asustado, ha huído de la iglesia, que se encuentra a solas con el cadáver... Un recuerdo de otros tiempos; un recuerdo borrado, lejano, cruza por su mente: era en la primavera, una risa que brotó en el campo y se extinguió rápida...; y luego la tormenta de invierno y el sonido de las campanas en la tempestad... y la máscara inmóvil del idiota.

De nuevo todo se borra, sus ojos mortecinos se encienden con un fuego errante y glacial; el sentimiento de su fuerza inunda su cuerpo, sus músculos de acero; y, quedamente, quedamente, como si temiese despertar a alguien, pregunta:

—Señor, ¿vas a engañarme?

Con los ojos bajos, espera una respuesta; después, siempre en voz baja, con una intensa expresión de amenaza, la amenaza poderosa y tranquila de la tempestad, que, ya dueña de toda la Naturaleza, no estalla aún, y juega con soberana gracia a balancear en el aire alguna pluma de ave, murmura:

—Entonces, ¿por qué he creído? ¿Por qué me has dado el amor de los hombres y la piedad, si era para burlarte de mí?... ¿Y por qué yo te he dado mi vida? Yo era tu esclavo encadenado, tu cosa; yo no tenía un pensamiento mío, ni un amor, ni un suspiro; yo no vivía sino por ti, no vivía sino para ti, para ti solo. Vamos, aparece ahora, espero...

Y, con la cara llena de una sumisión digna, espera. En la oscuridad, tres cirios hacen agujeros inmóviles, y la tempestad que se aleja, canta aún a lo lejos.

—¿Entonces, es que no quieres?—sigue preguntando humildemente, en voz baja.

Y de pronto, con los ojos fuera de las órbitas, en un transporte de rabia que da a sus facciones la expresión de la aterradora sinceridad de los locos y de las personas dormidas, estalla en invectivas apasionadas. Y la explosión de los gritos cubre la amenaza del silencio, ahoga los últimos sobresaltos de un alma humana en la agonía...

—¡Lo debes! ¡Devuélvele la vida! ¡Toma la de los otros; pero devuélvele la vida, te lo ruego!

Se vuelve hacir el cadáver silencioso y descompuesto; con ira, con desprecio, le interpela:

—¡Y tú, ruégale, ruégale!

Y, en su delirio sacrílego, añade:

—No necesito tu paraíso. Mira a sus hijos, llaman a su padre... y él le dirá: «Quita de mi frente la corona celestial, porque, allí abajo, cubren de ceniza y de barro la cabeza de mis hijos.» ¡Te lo dirá! ¡Te lo dice!

Después, sacudiendo con furor la masa pesante del féretro:

—Y tú, ¿vas a hablar por fin, carne maldita?

Mira al ataúd con ojos relampagueantes, y se echa hacia atrás, mudo de espanto, con las manos tendidas hacia adelante para defenderse; el cadáver no está en el ataúd; en su lugar... ¡he aquí al idiota! Con sus dedos ganchudos, se agarra a los bordes del féretro... ha levantado a medias su cabeza

monstruosa, y lanza al pope una mirada oblícua con sus ojuelos parpadeantes; alrededor de su nariz remangada, de su boca de labios apretados, comienza a apuntar una risa muda, y todo su cuerpo horrible, con que la eterna muerte se abraza a la eterna vida, se iza lentamente, fuera del féretro...

—¡Atrás!—exclama el padre Vassili, y, bajo sus cabellos erizados, le parece que su cabeza se ha agrandado enormemente.—¡Atrás!

He aquí de nuevo el cadáver inmóvil... ¡No! ¡Es otra vez el idiota! En una especie de prestidigitación prodigiosa, la masa putrefacta parece desdoblarse y respirar espanto. Loco de cólera, el pope chilla:

—¿Quieres asustarme? Pues entonces...

Pero la frase muere en sus labios. La cara del idiota se ilumina de repente con una luz cegadora y se abre hasta las orejas con una risa prodigiosa; estalla esta risa, repercute por la iglesia como el estrépito del trueno, resuena bajo las bóvedas de granito, hace volar las piedras, envuelve al sacerdote en una especie de rugido continuo.

El padre Vassili abre los ojos cegados y levanta la cabeza: todo se desmorona; lentamente, pesadamente, las paredes se inclinan y se acercan, las bóvedas se derrumban, la alta cúpula se desploma sin ruido, las losas se abren y se agitan, la tierra se estremece hasta en sus cimientos, el mundo se derrumba, todo cae...

Lanza un rugido salvaje y corre hacia la puerta...; no la encuentra y la busca a tientas; se tropieza aquí y allá con las paredes, en los ángulos cortantes del granito...; una puerta se abre bruscamente ante un desesperado impulso; rueda por las losas, se levanta alegre y corre; unas manos temblonas y tenaces le agarran al paso y le sujetan; forcejea con gritos desgarradores, desprende uno de sus brazos, golpea con puño duro y pesado como hierro la faz del chantre que intenta detenerle, le aparta a patadas y salta fuera de la iglesia...

*
* *

El cielo está inundado de fuego. Grandes nubes negras, desgarradas, vuelan por los aires, y su inmensidad sin límites cae sobre la tierra quebrantada...; ¡el mundo se derrumba! Una carcajada de trueno, crujidos formidables, gritos de alegría salvaje brotan sin interrupción de este caos de fuego. Por el Occidente, una franja de cielo azulea aún en el horizonte, y hacia ella corre, sin aliento, el padre Vassili...

Sus piernas se enredan en su larga sotana; tropieza, rueda por el suelo, se levanta ensangrentado y terrible, reanuda su carrera.

La calle está desierta como si fuera de noche; no hay nadie en las ventanas, en las casas...

«¡Todo el mundo ha muerto!»

Como un relámpago cruza este pensamiento por el cerebro del loco; sobre él, un nubarrón, negro como hollín, proyecta al frente tres brazos largos semejantes a garras; detrás, un rumor confuso y amenazador le persigue...

Muy lejos, delante de él, en la carretera, un mujick y unas mujeres, en una telega, vuelven de Znamenskoie; ven a un hombre negro y alto que corre hacia ellas con todas sus piernas; paran un instante; luego, al reconocer al pope, hostigan al caballo, que emprende el galope. La telega salta en cada bache, está a punto de volcar; pero los campesinos, mudos e inclinados hacia adelante, acosados por el terror, no cesan de hostigar al caballo desesperadamente, y se pierden al galope.

***

El padre Vassili cayó a tres verstas del pueblo, en mitad de la carretera. Cayó de bruces, y su rostro huesudo se imprimió en el polvo gris del camino, amasado por las ruedas de los carros, triturado por las pisadas de los hombres y de los animales...

El cuerpo había conservado, en su posición, el impulso desesperado de la última carrera; las manos blancas e inertes, ex-

tendidas hacia adelante; una de las piernas, doblada bajo el cuerpo; la otra, con el pie calzado por una bota destrozada, echada hacia atrás, recta y rígida por el esfuerzo.

Hasta en el eterno reposo de la muerte, el padre Vassili parecía correr aún.

LEÓNIDAS ANDREIEF

FIN

LA LITERATURA DEL DÍA

Todo, en la vida, se sucede. La literatura, en el instante actual, ha abandonado sus añosos moldes, deseosa de encontrar, en su ascendente camino, sendas que no la lleven solamente a estudiar las cosas, como hacían nuestros abuelos, sino también el contenido ideal de las cosas, es decir, que ansía saltar de la realidad primera y visible a una realidad superior, en el supuesto de que una realidad superior sea esa de establecer relaciones entre el hecho real, real ostensiblemente, y la serie de causas y concausas que lo han determinado. Claro es que la nueva modalidad literaria, que ahora con fuerza parece querer entronizarse, entrañará un radical cambio, porque ha de ir, directamente, a extraer la esencia de cuanto puebla el mundo, dejando a un lado lo que en él sólo es representación. Entre los escritores de los días en que promediaba la última centuria, y aun también entre los que con sus esclarecidos nombres ilustraron la historia de sus postreros años, se creía, en absoluto, innecesario llevar a la literatura aquello que no estuviera tan al alcance de los humanos sentidos, como la apariencia de los seres y la superficie de las cosas. Esta idea, a poco que se quiera analizar, se descubrirá que no puede ser errónea. Cierto que a ningún intelectual se le ocultan las grandes dificultades que ha menester vencer para traspasar con éxito los límites de lo que está ya señalado por la vista y el tacto que son, dicho sea de pasada, nuestros medios naturales de infor-

mación sensorial. Ya en época lejana, en aquella época en que la luz esplendorosa de la cultura griega iluminó al mundo, se desconfiaba de que el sér humano pudiera admirarse de lo que, por estar dentro de la apariencia de los individuos y de la superficie de los objetos, se sustrae a la curiosidad. Data de ciertos pensadores latinos—pues en sus obras es en donde claramente se encuentra formulada la idea—el recusar a nuestros sentidos como intérpretes de la realidad, de esa verdadera realidad, inaprehensible, que se escapa a nuestras manos y se oculta a nuestras miradas. Como por lo preinserto se colegirá el considerar que sólo existe en el mundo lo que en él está representado, es un completo absurdo que, de vez en vez, se va destruyendo. En el suceder de los años, y de lenta manera, por desgracia, los hombres se van dando cuenta de que cuanto sobre la tierra hay tiene, aparte lo externo, un fondo, que en lo animado es movible y en lo inanimado es recóndito, que siempre ha de distar de nosotros lo mismo que nuestra limitación dista de lo infinito. Decir lo contrario equivaldría a un vano prurito de querer prolongar la mentira en la que nos han educado, hoy tan intensa que forma ambiente. La línea, la figura que forma la línea, no tiene por sí, en el instante actual, valor alguno, pues lo valorizable no es el continente de esa línea ni de la figura que forma esa línea, sino el contenido. Esto a nadie se le ha de ocultar. Además, ostensiblemente verá todo aquel que viva atento al movimiento ascensional que en este dado momento se observa en las ciencias y en las artes—sabido es ya que las artes han renovado su savia, merced al enorme caudal de conocimientos de que les ha hecho gracia las ciencias,—que unas y otras a compás, aunque en las segundas éntre la ayuda de las primeras, sólo desean hacerse dueñas, sondando en lo humano, de lo que está más allá de lo humano, es decir, de lo que se encuentra fuera de los límites demarcados por nuestros sentidos que debe declararse, haciendo con ello honor a la verdad, han sido los únicos que hasta ahora nos donaron una ilusión de lo real, claro está que, más o

menos acertada, según eran o no adecuadas las condiciones en que se hallaban a los intentos experimentales.

Durante toda la última centuria, la literatura, aquí en España, se desentendió, casi en absoluto, de cuanto no fuera convertir en letra de molde aquello que sólo era la parte objetiva. El deseo—nadie, a buen seguro, lo ha de negar—no podía ser más pueril. A cualquiera que le sea dable manejar el caudal de cultura necesario, que no ha de ser más que el natural y corriente entre gentes que habitan en un saneado clima social, para que lo que nace de su cerebro adquiera una forma escrita no se le ocurre más, si esa su cultura no la ha vinculado en la asidua lectura de especiales libros, y luego no ha tratado de nutrirla con elevados estudios, que describir, en un estilo, que hasta puede tener rasgos, perfiles, de aportación personal, lo que vieran sus ojos en un instante de serenidad o, al contrario, al calor de una emoción. Esta idea, que no es menester hacer notar que define completamente la estructura íntima del que la profesa como un sér indotado de las cualidades que son necesarias para el análisis y, por lo tanto, de una gran superficialidad, era la idea que predominaba, la idea ambiente hasta los años en que, mediante los esfuerzos, que representaban un decisivo adelanto, llevados a cabo por los hombres de ciencia, trascendió ese decisivo adelanto al arte de las letras. Antes, los libros de literatura eran libros exclusivamente imaginativos, fantásticos, y cuando en la composición de ellos entraba, por una rara casualidad o por su autor, dentro de la época, un rebelde, un atisbo de observación o un adarme de examen del medio que trataban de pintar, bastaba y hasta, a veces, sobraba para llenar, debido a esa manera de hacer pomposa, florida, amplificadora, ya en desuso, trescientas o cuatrocientas páginas de prosa sin medula y, en muchos períodos, sin retórica. Parece ser, por lo que de las obras del pasado se induce, que en aquellos días de feliz recordación, pues en el recuerdo de sus rígidas, de sus inflexibles características, encuentra siempre apoyo nuestra enfermiza ductilidad de ahora, vivíase más en

observancia de lo que era producto de la mente que de lo que era nacido merced a detenidos estudios o a largas experimentaciones. Pero aunque es cierto que esta literatura se llegó a entronizar, su reinado fue bien efímero.

En modo alguno podía ser de otra manera, no asentándose sobre la recia armazón de las enseñanzas que proporcionan los conocimientos. Aun así, actuó bastante más, desde luego, de lo preciso, en la conformación de una modalidad literaria, exenta en su entraña de doctrina que la disciplinara, reduciéndola a seguir un lógico curso. El tronco de dicha modalidad literaria vínose pronto a tierra, a causa de no tener suficientes raíces para aprehender en ella; pero alguna de sus ramas, ya sin fuerza, sin savia vital por supuesto, ha llevado hasta nuestros días, y en nuestros días han dado frutos que se podrían considerar, por la falta de reciedumbre que en ellos se observa, como de estufa. A nadie, pues, se le oculta que es más fácil que los vientos desoladores que se desencadenan a la implantación de una nueva escuela, se lleven aquello que sólo vivió en la imaginación, y respeten, en cambio, cuanto trasladóse a las cuartillas, poniendo, al hacerlo, los datos vistos, observados en fin, estudiados pacientemente, pertinazmente. Es de todo punto imposible negar lo que antecede. Para robustecerlo, en caso de duda, existen muchos ejemplos que, a poco que se recuerde, a la memoria vienen. Los creo, sin embargo, innecesarios. Todos a una han de estar acordes en considerar la literatura simplemente imaginativa, como una literatura que, tras algunos años de exultante existir, decayó a causa de su escasa vitalidad. A un número, por fortuna no crecido, de nuestros seudo-escritores, ha de parecerles, aunque otra cosa digan, porque así les interese, gratuita esta afirmación. Los que tal piensen, debieran pararse a meditar, aunque sólo fuera un minuto, que sólo viven, y vivirán eternamente, aquellas obras que, por recoger la palpitación de un dado momento, se hacen sintomáticas, descriptivas, es decir, representativas de ese dado momento. Tal acontece con cuantas, sin excepción,

han llegado, a través de los años y aun de los siglos, hasta los días actuales. En cambio, ni una sola de esas obras fantásticas, cuyos asuntos fueron vistos o entrevistos en una hora de vesania, se ha hecho perdurable. Causa de ello ha sido si se ha de rendir culto a la verdad, el no haberlas vinculado, no ya en las enseñanzas proporcionadas por los hechos, sino siquiera en la más burda y grosera apariencia de los hechos. Al llegar a este punto, conviene decir que muchos, la mayoría de los intelectuales españoles, toman por producciones fantásticas las que están apoyadas en una realidad que no conocen, en una realidad, por lo tanto, inaprehensible, puesto que todos los esfuerzos realizados para explorarla, de un modo que luego esas exploraciones adquieran virtualidad, resultan, casi siempre, frustrados.

De que esta literatura—que me abstengo en absoluto de calificar en ningún sentido—fuese, de vez en vez, desapareciendo, tuvo la culpa exclusivamente la intrusión violenta de la filosofía en el arte de las letras. La renovación por ella llevada a cabo ha sido honda, hondísima. Es difícil de manera justa determinarla. Debe, pues, bastar saber que al mágico conjuro de sus enseñanzas, que eran, dada la época, de un gran adelanto, nació una nueva modalidad literaria cuya entraña la caldeaba muy intensamente una cierta nerviosa inquietud, que, más que a nada, era debida a la desorientación por que atravesó en sus duros comienzos. Examinar las causas de ella es casi innecesario, puesto que son las mismas, con ligeras diferencias y alteraciones, que a la implantación de cualquiera otra escuela reformadora, de una índole similar, suelen presentarse, produciendo idéntico efecto. Baste, pues, dejar indicado que de donde arrancó el nuevo movimiento que a la literatura trajo la luminosa luz de la verdad, basada en la observación, haciendo a la par que entrasen en ella procedimientos a los cuales informaba esa ansia, desde aquel entonces muy desarrollada, de no divorciarla en lo más mínimo de las cosas visibles—vívidas, claro está, no tanto con la carne como con el espíritu—

fue del positivismo. El esfuerzo filosófico que, dado el tiempo de marasmo que en dicha materia observábase, representaba esta doctrina sobre la cual, en cuanto se enunció, se desencadenaron amenazadores los vientos nacidos de todo aquello que le era, no sólo en lo externo contrario, sino en lo interno diametralmente opuesto, había de trascender, como con gran intensidad trascendió, a las letras. Tan poderoso fue su influjo, que, en breve espacio de tiempo, operóse en ellas rotundo cambio. Ya la literatura jamás fue sólo la narración con más o menos faramalla, de vieja y falsa retórica de lo que a la mente se le ocurriera en un instante de desarreglo funcional, sino que—al contrario de lo que había hecho antes, que sólo estuvo atenta a satisfacer lo que era del reino de la fantasía—estudió detenidamente la vida y los diversos aspectos que ofrece la vida, como a ello le obligaba la nueva y recia savia que la nutría. Claro es que a esto siguió el que las hojas que cubrían el tronco, es decir, el que las palabras que expresaban los pensamientos, fuesen perdiendo aquel su anterior énfasis, precisas, limpias. De aquí nació en parte el estilo actual, que va casi a compás de las necesidades de este complejo existir de ahora, pues así como la vida activa, activísima, de los años por que atravesamos, no permite en modo alguno que el escritor se pase a estudiar aquello lleno de belleza que, a veces, rodea las cosas, sino que tiene que estudiar la medula de las cosas, en el estilo que esta medula de las cosas se ha de describir, no es permitida, tampoco, esa amplificación, esa pompa inútil de la prosa de nuestros abuelos, que ya, por fortuna, es sólo patrimonio del olvido, y que, aunque de modo directo, a nadie ni a nada dañaba, era, por lo menos, atentatoria al buen gusto.

Conviene tener muy presente, porque ello es así necesario, que en España, cuando apareció la ya mencionada escuela filosófica, que fue, como dicho queda, el germen de nuestro naturalismo en las artes, teníamos una tradición antigua de realismo en la novela picaresca, en esa maravillosa novela picaresca, que a través de los años, aún más claramente se ve todo su

enorme valor, toda su asombrosa grandeza, pues su recuerdo, en vez de empequeñecerse ante la montaña de días, de meses y de años que frente a ella se alza, vive, y vivirá eterna, entre nosotros, siendo además, no sólo la que de manera más exacta nos ha dado a conocer aquel medio, y lo que era caraterístico de aquel medio, sino que el estudio de algunas de las obras que formaban el ciclo de lo que bien pudiérase llamar escuela realista, ha servido a no pocos escritores de los momentos actuales para proseguir, claro está que vinculándola en la realidad de ahora, la labor llevada a cabo por nuestros divinos clásicos en aquella parte que tenía por objeto mostrar lo empecatado de nuestras costumbres y la abyección en que, generalmente, suelen caer los humanos, cuando los actos que en este tránsito de la vida realizan no responden más que al choque de las pasiones o a la violencia de los sentimientos, que son, como con facilidad se descubrirá, elocuentes muestras de lo despiertos que están los instintos. Pero la escuela realista carecía de algo muy importante que hoy es uno de los elementos que más nutren la literatura. Me refiero, como ya se habrá podido comprender, a la intrusión de los elementos sociales que son nacidos de la complejidad de este tumultuoso existir actual... En los años de los siglos ya muertos determinados conflictos, que agitan a los pueblos y preocupan a los gobernantes, no existían. La vida, parece innecesario decirlo, tenía una trama más burda, más sencilla, más pristina. Ello era natural. La lucha que había que librar no tenía, como hoy, esa apariencia horrible de descomunal batalla. ¿Era que los sentimientos a nadie se mostraban? ¿Era que las pasiones no se desencadenaban nunca? Los sentimientos eran conocidos, y las pasiones, a lo mejor, conmovían lo más inmoble. Pero en todos, en todos por igual, y sintiéndolo de idéntica manera, había un respeto que, al contrario de lo que tratan de hacer ver ciertos historiadores de pacotilla a quienes, se conoce, interesa más servir sus ideas políticas que rendir culto a la verdad, no tenía ni asomo de mezcla de miedo. A sus directores los venera-

ban porque en ellos, además de ver a los hombres que, poco a poco, los iban redimiendo de los opresores yugos que debilitaban sus iniciativas y hacían morir sus entusiasmos, veían, también, a los hombres capaces, por sus robustas mentalidades y por sus viriles arrestos, de conducirlos a la victoria que los inmortalizaría... Débese confesar con tristeza, no exenta de dolor, que todo esto pasó para nunca más volver. En el día, de ello, no queda más que el recuerdo esfumado, confuso, dispuesto a hundirse en el olvido, que es la muerte. La masa, antes inflamada de un divino romanticismo que ocultaba sus enormes defectos, no tiene hoy otra aspiración que la de ir cercenando, en lo posible, lo constituído, porque así cree que le es útil al ruin ideal que ahora llena su cerebro, y a esta aspiración, claro es, se la ha combatido y se le ha opuesto, de hecho más que de derecho, un férreo valladar. De la lucha que se entabló, que fue ruda, nació el problema social, que si al comienzo parecía cosa nimia, sin valor, luego, con los años, fue adquiriendo importancia, hasta que de imperiosa manera reclamó se le prestase la atención debida. Y ese problema, esa pavorosa cuestión social, que es la más seria amenaza que se cierne sobre la vida de los pueblos, pues los que la han presentado sólo anhelan destruir lo hecho, la labor llevada a cabo por millones de seres en millones de años, dió existencia, no sólo a una nueva legislación, sino a una nueva modalidad literaria. Por descontado, la literatura realista de nuestro siglo de oro carecía de ese elemento que ahora en estos tiempos ha entrado por primera vez en las esferas del arte,—elemento que el arte lo estudia, lo analiza con rara minuciosidad,—a base siempre de conflictos que vincula en la vida o, al menos, en una hipótesis lógica de lo que puede ser la vida, pues lo cree, en esta época que corremos, de un decisivo interés, de una vital importancia. Las numerosas necesidades de este multiforme existir moderno ha llevado a la humanidad por tortuosas sendas, por difíciles caminos, que sólo han servido para que ciertos males que siempre ha pade-

cido se agraven, se agudicen, de un modo tan extremo, que se ha dado lugar a que se entable esa lucha, esa ruda lucha que, como he dicho antes, a veces tiene apariencias horribles de descomunal batalla. En los años en que el realismo, en la literatura, nació y vivió, no había—y en caso de haberlo, no se tenía para nada en cuenta,—ese desapoderado afán de medirlo todo por igual rasero, que en la actualidad es una de las ideas ambientes. La desesperante democratización de lo existente, que de vez en vez fué sumiendo en la nada muchas cosas altas y bellas, ha servido para que, ya que la apariencia de los seres y la superficie de las cosas es siempre la misma, y que si algo varía no es el color del medio, sino la condición interna de los que se afanan, en ese medio, por el pan y por el amor, se trate de desentrañar, buscando un hábil modo de que nada se sustraiga a la curiosidad, lo que está más allá de la realidad primera y visible, que es la única que le es dado conocer ostensiblemente a nuestros sentidos cuando no están preanimados del ansia de minuciosa observación. De esta manera es como se ha llegado a encontrar radicales diferencias en lo que a la mirada parece acusarse, acuñado por un mismo troquel, porque aunque los efectos sean idénticos entre sí, las causas que estos efectos determinaron son diametralmente opuestas unas de otras. Esto, pues, es lo que ha llevado, junto con el deseo de descubrir para la literatura más luminosos senderos, a algunos escritores a estudiar con detenimiento, no sólo los cuerpos, sino cuanto aún no ha alcanzado un estado sólido, a causa de no haber formado un agregado de fuerzas, que no otra cosa, sino reunión de fuerzas con espíritu propio, son los cuerpos.

Además, conviene hacer el examen de otro elemento, que si su entrada en la literatura de nuestros días data de época relativamente reciente, el origen de su estirpe remóntase a la fecha remota, remotísima, del alborear del mundo. Me refiero, como se habrá podido comprender, a ese sér misterioso que no es posible concretarlo con limo humano, aunque hay instantes que, por el vigor de sus líneas y de sus contornos, parece ma-

terializarse, que va, en secreto, tejiendo la vida de los mortales y, hasta a veces, impone silenciosamente el desenlace que esas vidas han de tener sobre la tierra. Llámanle el destino. El es, aún nadie sabe por qué, acaso, el que con frecuencia asume las peligrosas funciones de guía de los hombres. ¿Hacia dónde los conduce? Declararlo, sin caer en error, no es nada fácil. Creo ocioso decir que el destino, que no es más que una de las múltiples variedades del misterio que concluyó con nuestro nacimiento y que volverá a empezar con nuestra muerte, no nos es extraño. ¿Cómo nos lo ha de ser? La causa de ello es que lo llevamos sobre nosotros, pues nosotros mismos nos lo hemos creado... La literatura moderna, que sabe que el destino no es más que la fatal resultante de nuestras acciones, estudia, de minucioso modo, no sólo la interminable serie de causas y concausas que pudieran determinarlas, sino también aquellos principios que se enseñorearon de nuestras almas y fueron, de ellas, árbitro. Ese destino que en la vida camina a compás de nosotros, animándonos unas veces, y otras haciendo que las energías decaigan por la desilusión, en la literatura—en la novela o en la comedia,—es un personaje inmaterial, cuya influencia es notoria, pues a su modo va conformando el carácter de los seres que en el desarrollo de la acción—de esa novela o de esa comedia—han de intervenir. En la tragedia griega, el personaje inmaterial que regía la vida de los mortales que en ella se movían e imponía en silencio el desenlace, era la fatalidad. Ella, en consecuencia, era quien torcía el curso de las pasiones, quien amansaba los orgullos, quien, en fin, rompía los cálculos de todos aquellos seres y variaba la trayectoria de todas aquellas existencias. La doctrina cristiana demolió el altar de la fe ante el cual deponían su orgullo los griegos de ya remota edad. El fatalismo de los antiguos le cedió el lugar al providencialismo de los modernos. Pero el misterio, llámesele como se le llame, siguió reinando e invadiendo de penumbras la tierra... Lo que tiene es que antes se le respetaba, porque aun los espíritus más

fuertes, creyéndolo sobrenatural, se estremecían de terror a su contacto, y hoy, que sabemos que nada nos puede ser extraño, a causa de emanar todo de una realidad, que aunque no la conozcamos, por no ser visible a nuestros oscuros sentidos, existe, se le estudia. Esta es la diferencia, la honda diferencia que separa la literatura de los días en que vivían nuestros antecesores de la literatura de los días en que nosotros vivimos. Del estudio indicado ha nacido un elemento que, como el social, ha entrado en el arte de las letras, y no es menester decir que, debido a lo que lo ha nutrido, le ha dado más vigor, mayor energía. En el momento actual, los escritores viven atentos a cuanto sea un adelanto, en el sentido mencionado, para imprimir a sus obras, a todas sus producciones, marcha, no sólo de acuerdo con el movimiento estético, sino también con el movimiento ideológico. Esta poca fijeza a que obliga el querer seguir lo que la vida acaba de formular, da a la literatura esa característica de inquietud que a cada paso más claramente se define, pues con enorme rapidez se suceden las causas que el efecto determinan.

De modo somero he señalado dos de los más recios elementos, que aunque se fueron formando paulatinamente de ideas latentes y de sensaciones nebulosas, su intrusión en el arte, sobre todo en la literatura, realizóse con rara violencia. Ello sólo fue causa de que la estética, más que otra ninguna cosa, cambiase, en un número cortísimo de años, de la manera radical que ha cambiado... El credo de belleza actual, en sus rasgos fundamentales, como en sus definiciones accesorias, es, en absoluto, distinto del existente antes de haber unificado, hecho bloque lo que se hallaba disperso, inconexo. Lo predicho no necesita demostración. Me debe de bastar el recordar, por si alguien lo pone en duda, que parte de lo mucho que en el día se escribe va a servir a ese elemento—desconocido hasta hace poco,—vasto y mudable, de la opinión pública. Y para servirla, identificándose con cuanto la compone, no hay más que dar fórmula a lo que hace traducir en palabras lo que pien-

sa, es decir, establecer la realidad, la fría, la abstracta realidad. Además, conviene dejar anotado, aunque sólo sea muy de pasada, el germen que en casi toda la obra moderna se descubre, germen que es de protesta por no haber sabido sondar y luego describir, no ya las condiciones etopéyicas de los seres, sino algo, sin dificultad, como el lugar, el medio en que los seres desenvolvían sus vidas, que al igual de las de estos tiempos, tendrían su parte delicada y espiritual que, como pasa hoy, se mezclaría con lo grosero y lo bárbaro. Pero nada de ellas sabemos. El escritor de entonces desdeñó con un gesto de suficiencia, que en vano cubría otro interno de repugnancia, buscar los materiales de sus obras en aquello que no fuese el contenido divino de la humanidad, en el que a veces se mostraba, pese a todo el artificio, a toda la falsedad ambiente, la sentina de los instintos escondida, escondidísima... En el movimiento estético contemporáneo hay dos maneras, que aunque en lo interno las une un nexo, una cierta secreta trabazón, en lo externo difieren, son, una de otra, diametralmente opuestas. Me refiero a las dos maneras que el escritor tiene de aprehender la realidad. Creo, sin embargo, que una, la observación paciente, pertinaz, va, de vez en vez, haciendo que desaparezca la otra, la de juzgar sólo por impresión. A la primera, por ser la que hoy entraña la literatura, se le rinde fervoroso culto; en cambio, de la segunda no se hace en ningún momento mucho caso. ¿A qué es debido? Absuélveme de decirlo el creer que está en el conocimiento de todos.

He de volver sobre algo anotado con anterioridad. Es ello una de las características que en la literatura de estos tiempos se observa, y cuyas líneas se acusan más claramente que en otros parecidos momentos. Hablo, como se habrá podido descubrir, de la emancipación que ha llevado a cabo el arte de las letras en aquello que se refiere, casi exclusivamente, a la tendencia que en los años muertos había de reducir el campo, estrechar la esfera en que el escritor movíase. La literatura, ¿no es el fiel reflejo de la vida? Eso debía de ser. La desgra-

cia—lo diré con vocablos menos galantes,—el anquilosamiento mental de los que gobernaban al pueblo y, por ende, regían la vida en los días a que me refiero, atrofiaron, con sus leyes de excepción y con sus censuras bárbaras, atrofiaron, repito, las mejor conformadas inteligencias, cercenando de raíz a la par, las más felices iniciativas y los más bellos entusiasmos... La literatura moderna trinó contra todo esto. El movimiento romántico, que fue vigoroso, enardecedor, dió la alarma. A su eco derrumbáronse los cercos que la reducían, que la ahogaban. Luego vino, ya de manera resuelta, con líneas bien claras, bien definidas, la renovación, la renovación en todo, en el fondo ideológico y en el credo estético. De esta renovación arranca el querer dar sensaciones de verdadera realidad, de esa realidad que no es posible llevar a la letra de molde, si no se ha entrado en comunión directa con ella. Para lograr eso, en forma perfecta, el escritor—del verdadero escritor hablo—ha de convertirse en peregrino. En sus andanzas, para conseguir el objeto perseguido, ha de acompañarle un mucho de curiosidad y un poco de ilusión. Y de esta manera, para lo que no le sirva la una le servirá la otra... De acuerdo, pues, cuantos escritores de las nuevas generaciones se supieran emancipar, merced a su inteligencia y a su cultura, de las tiranías literarias, es decir, de las reglas inflexibles de la preceptiva clásica, impuestas por mentalidades mediocres y caducas, marcharon dispuestos a que, mediante su poderoso influjo, se viniese a tierra el valladar de lo estatuído y, firmes en su propósito, a luchar, si alguien a sus designios se oponía, con todos aquellos que pretendiesen, aunque aportasen para llevar al término ansiado sus más sanas fuerzas y sus más viriles energías, amparar lo inamparable, sostener lo insostenible. Y excusado es señalar que esa lucha, a veces, llegó a adquirir caracteres de truculento combate. Al fin, y tras no pocos momentos en que ya creyeron haber fracasado en su empresa, triunfaron. Conseguida la victoria, que significaba, antes que ninguna otra cosa, la emancipación de la personalidad del ar-

tista, cuantas dificultades parecieren insuperables con gran facilidad, en el camino de vencedores, las allanaron. El reducido círculo de escritores apegados a lo viejo, porque en lo viejo, y no sin falta de razón,creen encontrar suficiente medula con que nutrir sus obras, fue de ellos. Ellos también, con exiguo esfuerzo, conquistaron ese elemento vasto y mudable de la opinión pública... Las nuevas generaciones literarias—las que sucedieron a aquéllas anquilosadas en una edad de restricciones,—con transigencia de algunos y con beneplácito de muchos, fueron imponiendo su fondo ideológico y su credo estético en toda su ilimitada amplitud. A su color, y con regularidad lógica, fueron naciendo distintos modos de los que hasta entonces eran conocidos de apreciar la vida, de juzgar los actos que acaecen en la vida. Todo, por consiguiente, se transformó. El escritor—no es, esta que voy a hacer, una afirmación gratuita—cuidóse exclusivamente de transmitir con honrada objetividad cuanto vieran sus ojos. Así transcurrió un no corto espacio de tiempo. Pasado que fue éste, se empezó, y yo creo que con sobrada razón, a recusar a los sentidos como fieles intérpretes de la realidad. Era, se hacía necesario, a causa de interminable serie de eslabonados motivos, más, mucho más. ¿Cómo darle alcance a lo que se nos escapaba? De que algo existente vivía, y, aunque en menos parte, aún vive oculto a las miradas humanas, es cosa olvidada de harto conocida, porque no es de ahora el saber que son bastante incompletos nuestros medios naturales de información sensorial. Entre lo que muestran y lo que es, diré mejor o, por lo menos, más exactamente, entre lo que ha quedado impuesto, con relativa permanencia, en la atención y la verdad, media una honda, una radical diferencia. El recuerdo del objeto difiere siempre, siempre, del objeto que provocó el recuerdo. Y esto es debido a que mucho de lo que compone el objeto, el espíritu del objeto, se sustrae a nuestra curiosidad. Por eso, y en atención a lo expuesto, no es conveniente decir que las cosas no són como son, sino como se recuerdan; ni que el artista puede,

claro es que más o menos acertadamente, dar una ilusión de lo real más saludable, acaso, que la realidad misma. Yo creo que el artista ha de mostrar la vida de un conglomerado social y del sitio en que ese conglomerado social vive, lo más de acuerdo con la verdad que le sea posible. Para ello no ha de embellecerla, sino retratarla, y hará obra artística porque la vida es arte. Es necesario, además, que el literato no se pase en donde termina la literatura y comienza la esencia, sino que trasponga el umbral de esta última con el fin, como se descubrirá, de ensanchar el campo experimental en que moverse, sin desdeñar esos otros, también interesantísimos, de la historia geográfica y de la evolución biológica. Así, de esta manera, ha de examinarse todo, ha de analizarse todo, todo...

Pero la literatura del día va a más. Cree que debiera saberse lo desconocido y descubrirse lo oculto. En su constante anhelo por que ello sea así, no pára, como preinserto queda, hasta sumarse a cuanta doctrina aparece, que en su entraña lleva algo de novedad, alguna idea no formulada. Y lentamente, lentamente, a lo largo de los años, la renovación literaria se va operando, debido en mucha parte al esfuerzo filosófico que sucesivamente fueron representando los sucesivos sistemas; esfuerzo que, no es menester consignarlo, había de trascender al arte de las letras del modo resuelto que luego trascendió. A su sola enunciación murió una literatura hueca, sin savia, puramente imaginativa, y nació otra en absoluto distinta, pues era fruto de lo observado de cerca por seres pacientes, pertinaces. Y esta observación, si al principio se contentó con la apariencia de los hombres y la superficie de las cosas, luego se fué depurando, sutilizando, y de la apariencia pasó al contexto, y de la superficie la extraña. Es verdad que antes se pretendió eternizar lo objetivo, que era lo único que merecía consideración. Ahora, en cambio, trátase, más que de nada, de pasar de la realidad primera y visible a una realidad superior, de estudiar la relación que se establece entre el hecho real, ostensible, y la larga serie de causas y concausas que lo han determinado...

La literatura del día va a más. En muchas ocasiones no se contenta con inquirir las causas que produjeron el efecto, sino que ansía averiguar los principios que dieron por resultado esas causas. Los principios, el mundo de los principios, es un mundo perfectamente humano, aunque absolutamente desconocido. En él no existe nada sobrenatural. Lo que tiene es que como se escapa a nuestros sentidos a muchos, y no excluyo, al generalizar, a las personas de alguna inteligencia y mediana ilustración, les parece que no existe, y que si existe, se les antoja que no son los hombres los llamados a descorrer el velo tras el cual se halla el misterio. Y esto es, sencillamente, absurdo. Porque el movimiento literario contemporáneo no cree—ni puede creerlo desde el instante que una de sus características, la más recia de líneas y de contornos, es la de ir anudando sus actos con plena conciencia,—no cree, repito, que le es susceptible fraguar la vida con sólo aquellos elementos que con facilidad se perciben, pues resultaría siempre con notarias faltas, sino que ve la obligación en que está de traer cuanto en el mundo existe al arte de las letras, aunque muchos, por no serle conocido, no en lo fundamental, ni aun siquiera en lo accesorio, lo reputasen, con incalificable ligereza, de ultrahumano. Podríase decir que la literatura del día es, por encima de todo, la materialización de cuanto se siente. A muchos, no se me oculta, ha de parecerles no del todo aceptable la anterior definición. Para recusarla aducirán, sobreaducirán razones. Ellos, a no dudarlo, tendrán un fondo de verdad; la mayoría, la inmensa mayoría, no serán más que la resultante de hondos estudios; algunas estarán contrastadas, a compás, con esa verdad y con esos estudios. Pero la literatura habrá dejado, a despecho de los que quieren hacer ver lo contrario, de ser la fotografía de cuanto se ve, para convertirse, repito, en la materialización de cuanto se siente. Este cambio es debido, casi en absoluto, a los años que atravesamos, que parece que los informa el deseo de que los hombres realicen el milagro de vencer la impotencia de sus sentidos, haciendo que éstos vayan en

busca de lo que, aunque se percibe de forma tan ostensible que no ha lugar a la duda, ni se ve ni, menos, se toca.

Todo, en la vida, cambia, se transforma. La actual edad no está acuñada con el mismo troquel de la anterior, ni la anterior con el mismo de la que le antecedió. Podrá, sí, haber un parecido en lo externo, en lo simplemente objetivo. Pero el mecanismo íntimo no tendrá ningún parentesco espiritual, ni algo así como una consanguinidad de carácter con las edades que fueron sus antecesoras. A esto se me podría refutar diciendo que lo que cambia, que lo que se transforma es el mundo de los efectos, nunca el mundo de las causas. La verdad de ello no se me oculta. Como una teoría lógica, además, la respeto. Pero, ¿acaso la causa no es la resultante obligada de un principio? Lo inmutable, luego, es el principio, no la causa. Las causas, pues, varían, son movedizas porque están sujetas a una impresión, mayor o menor, que han de recibir de ese principio superior a ella... Pararme a demostrar lo que antecede, detenidamente, me obligaría a hablar de cosas que ahora no creo necesarias. Aun así, conviene dejar consignado que las alas del saber humano son tan cortas, tan débiles, tan débiles, que sólo les es dado, a veces, salirse del mundo de los efectos para subir al de las causas, sin lograr remontarse nunca al de los principios. La literatura del día tiene el deseo del examen, y ese deseo la llevará cerca de ellos cuando sea posible. ¿Lo será mucho? Creo que el tiempo ha de ser el único que, con exactitud, lo ha de señalar. Además, la medida de la aproximación la dará la intensidad del tono que adquiera la literatura en estos años y en los que a éstos han de seguir. Porque en cada época hay, en el arte de las letras, un género dominante; un género que, a su imagen y semejanza, va regulando cuanto con él coexiste; un género, en fin, que señalará el camino, que será el guía, por tener en su entraña más fuerza, y por haber adquirido en sus líneas más energía, de otros que a su color, a su modo, irán creciendo, creciendo... A la literatura del día la caldea esa ansia de adueñarse de lo

que, por estar dentro de la apariencia de los individuos y de la superficie de los objetos, se sustrae a la curiosidad. Pretende, en derechura, ir a estudiar lo que nadie ha estudiado. Quiere que de la observación de lo externo se pase a descubrir lo interno. Para ello los escritores cuentan con que esa observación, ese análisis de la realidad visible, les haga establecer una lógica relación entre el hecho y lo que motivó, una lógica relación entre efecto y causa, dándose antes cuenta, claro está, de que la pintura que de ella se haga ha de distar de la verdad tanto como nuestra limitación dista de lo infinito. Porque a seguir un ajustado análisis, hemos de ver que el objeto examinado, además de causar las emociones de la condensación material, producirá un inmenso mar de emociones intensas, debidas a la condensación de lo que a la mirada no se descubre, y que sólo es conocido por la ciencia al sondar las tinieblas de lo oculto. Esas emociones internas, a algunos les parecerán quimeras de una loca fantasía. No, no es nada de eso. Podríase sentar la afirmación de que son las únicas, las verdaderas realidades de la vida. La causa de ello a nadie le debe ser extraña. Radica en saber que tras lo existente hay un mundo que derrama vitalidad sobre los seres y sobre las cosas. Lo que tiene es que el vuelo de la imaginación, como el del águila, es limitado, y, por lo tanto, no alcanza a identificarse con él en la forma que debiera; es decir, no llega a descubrirlo del modo absoluto a que estaba obligada. Para ello necesita adquirir un más alto grado de perfeccionamiento. A él se va, a compás que la humanidad se desposee de sus instintos animales. Esto aun antes lo conseguiría si lograse vivir alejada de las ideas ambientes. Debiera, además, sentir hondo. Así acabaría por despreciar la materia... La literatura del día no quiere sólo estudiar las cosas y los seres, como hacían los antiguos, sino el contenido ideal de los seres y el medio espiritual de las cosas. El intento la honra.

LUCIANO DE TAXONERA

LA AMÉRICA MODERNA

El Imperialismo norteamericano y la independencia de los Estados del mar Caribe. Cuba y la intervención militar norteamericana. Documentos para La cena de las burlas en la Habana. Palabras, palabras, palabras... de un diplomático cubano y de un diplomático norteamericano. El despojo de Colombia. El derecho internacional y los pueblos débiles. La expansión de los Estados Unidos y la cohesión de Centro América.—La situación económica del Brasil. Datos del Mensaje presidencial.—El comercio del Paraguay y los vinos españoles. La penetración del mercado.—Pacifismo y militarismo en Sur América. Guerras fatales. El costo de la paz.—Hallazgo arqueológico. Los benedictinos en América.

Otra vez las armas de los Estados Unidos tocan el suelo cubano; hombres y barcos de la República norteamericana se han movilizado para intervenir en las discordias interiores de la antigua colonia española que, después de una vida independiente durante doce años, ofrece una inconsistencia política que ha provocado dos intervenciones en tan corto espacio de tiempo, y pone de manifiesto la coparticipación de los elementos cubanos en los males que los apasionados achacaban exclusivamente a la administración colonial española. Estos hechos son bien elocuentes, y tienen un valor objetivo en la interpretación de la política exterior de los Estados Unidos con relación a Cuba, muy superior a todos los comentarios y profecías que se han hecho respecto del porvenir de Cuba, y de la acción panamericana de la gran República del Norte. Toda la orientación política y económica de los Estados Unidos respecto del

continente americano, demuestra la expansión de una fuerza que tiende a envolver gran parte de la América latina en la esfera de acción del foco yaukee. Los que hasta ahora han esperado algo de la generosidad norteamericana para los latinoamericanos, pueden abandonar toda esperanza. Hay un dilema mortal planteado para los centroamericanos, cuya solución urgente reclama la velocidad que está adquiriendo el imperialismo; tanto Cuba como las demás Repúblicas del mar Caribe, serán absorbidas por un protectorado más o menos encubierto si no modifican fundamentalmente su vida social y política; después del protectorado, ya se sabe lo que viene.

Nada vale la invocación de la tradición de los puritanos de Norte América como garantía de que los Estados Unidos de nuestros días no emprenderán acción alguna conquistadora; recuérdese cuán pronto se desengañó aquel clarividente político español en cuestiones americanas, el ilustre Pí y Margall, apenas vió que el pueblo prototipo de su política, el federal por excelencia, dejaba a un lado la tradición de Wáshington y arrebataba a España la reliquias de su imperio colonial; afuera de la credulidad, hay que dejar también la prosa de engañifas de los diplomáticos norteamericanos que, como el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Philander C. Knox, habla de paz en Cuba recientemente, y amenaza un mes antes a los colombianos que no se avienen a rendirle pleitesía: la realidad encarna en una corriente de hechos muy superiores como valores históricos a las caprichosas interpretaciones y producciones fantásticas de los que se resisten a creer o aparentan desconocer la verdadera intención de los Estados Unidos.

Honda pena causa la lectura de los brindis diplomáticos pronunciados en el banquete con que el honorable Sr. Presidente de la República cubana obsequió al Secretario de Estado norteamericano, Philander C. Knox. Todo lo que en ellos dice pertenece a la categoría de esas cosas irreales, de las cuales dicen los alemanes que están *auf den Kopf gestellt*, es decir, sobre la cabeza, pero no en la realidad.

Decía el Secretario de Estado de Cuba, Manuel Sanguily, que hablaba en representación del Presidente de la República, dirigiéndose al norteamericano Knox, que estaba desempeñando la misión diplomática de visitar las Repúblicas del mar Caribe:

«Mensajero de paz al recorrer regiones hasta ahora para vos desconocidas que pueblan gente de origen e idioma tan diverso de los vuestros, no es la espada poderosa de la conquista símbolo de violencias y de ultrajes, lo que empuñáis con mano firme, sino glorioso caduceo, símbolo de prosperidad y de beneficencia, en torno del cual se entrelazan el olivo y el laurel, algunas de cuyas hojas esmaltaron lágrimas de nuestras hermanas y sangre de nuestras venas, como se funden en el halo de luz que lo envuelve é ilumina celestes resplandores de nuestro martirio y nuestro heroísmo; porque juntos los brillantes batallones americanos, y las huestes cubanas casi desnudas y demacradas, realizaron—los vuestros en rápida campaña, y nosotros guerreando incansables medio siglo—la obra grandiosa que renovó vuestras tradicionales doctrinas de política universal e imprimió nuevos rumbos a vuestro destino histórico, a tiempo de mudar nosotros radicalmente nuestra secular condición, asumiendo desde entonces unos y otros, a par de deberes y derechos nuevos respecto a las demás naciones, responsabilidades mutuas y recíprocas, a virtud de las cuales, ni os atribuís la potestad de supeditarnos, ni hemos sufrido el infortunio de retoñado vasallaje.»

Santa Lucía le conserve la vista al Secretario de Estado de Cuba, D. Manuel Sanguily. Aún no han pasado dos meses desde que pronunció estas seráficas palabras, y ya el generoso tío Samuel se ha metido espada en mano en los dominios soberanos de D. Manuel Sanguily. Sí, los yankees podrán ser muy generosos, pero sospecho que no lo serán más que los demás pueblos expansivos que toman a su cargo la ingrata tarea de enderezar a los pueblos turbulentos o débiles. No se conoce en la Historia ningún país que por pura simpatía humana

se exponga a peligros y queme su pólvora por un tercero, sin que a la larga o a la corta presente la cuenta, más o menos subida. Si no supiésemos todo esto, bastaría recordar hechos tan contemporáneos como los realizados por los Estados Unidos en la América rusa, en Hawai, en Filipinas, en Puerto Rico y en Panamá, para que pusiéramos en tela de juicio las puritanas protestas de Knox y las candorosas ilusiones de Sanguily.

Ahora le toca el turno a Philander C. Knox:

«Me ha cabido la inmerecida distinción de haber sido escogido por el Presidente de la República americana para ser el portador ante las Repúblicas independientes del Caribe, en este momento en que se acerca la fecha de la apertura del Canal de Panamá, de un mensaje de cordial afecto y de completa seguridad —si seguridad hubieren menester— del hondo sentimiento de responsabilidad que embarga al Gobierno y al pueblo americano, con respecto a que la gran obra que ha emprendido habrá de contribuir grandemente al mejoramiento de las nacionalidades del mundo occidental, y ser eficaz instrumento para estrechar aún más todos los pueblos de la América, inspirándoles una mayor confianza, afecto y simpatía, así como ampliar en forma más práctica y recíproca su unidad de miras hacia sus mutuas ventajas y ordenado desenvolvimiento.»

Estas palabras del diplomático americano hacen pensar en La cena de las burlas. ¡Cuánta paz en los labios! ¡Qué ingenuidad! Si a este banquete hubiese asistido el General Ospina, el ardiente patriota colombiano, habría podido hacer un digno resumen de ambos brindis, recordando la hazaña del Gobierno de Mr. Taft, cometida con él, Ministro representante en los Estados Unidos de una República débil. Habría podido decir que la mentira, disculpable en los débiles, porque con ella sustituyen la falta de fuerzas, como los muros oblicuos soportan el empuje de los torrentes; la mentira, explicable como recurso diplomático en pequeñas Repúblicas florentinas, desdora a las

matronas imperiales, tanto más, cuanto que éstas van acompañadas por todos los atributos de la fuerza.

El caso fue bien sencillo y pródigo en enseñanzas. Cuando se acordó en Wáshington el viaje de Mr. Knox a la América latina, se notificó el acuerdo a las Legaciones de los respectivos países acreditados ante la Casa Blanca, como es uso en tales casos, pidiendo la aquiescencia de sus Gobiernos para realizarle. Todos los Gobiernos dieron su beneplácito menos el representado por el Ministro de Colombia, General Ospina, el cual, en términos corteses, pero enérgicos, manifestó que la visita propuesta del diplomático Knox a Colombia podría resultar inoportuna mientras los Estados Unidos no resolviesen la cuestión pendiente con Colombia por la cuestión de Panamá. «Yo estimaré — decía el General Ospina — que mi advertencia sea tomada como nacida del deseo que me anima de evitar dificultades que agraven las diferencias entre los dos países, y de llegar pronto a establecerlas satisfactoriamente, a lo que mi nación ha estado siempre dispuesta y lo está en la actualidad. Casi tres meses han transcurrido desde que, cumpliendo órdenes de mi Gobierno, reiteré al Gobierno de los Estados Unidos la demanda por arbitración de la controversia existente, y con harto sentimiento y sorpresa me veo obligado a decir que hasta la fecha no he tenido el honor de recibir contestación.» A este propósito el General Ospina recordaba que, durante la Presidencia de Mr. Cleveland, los Estados Unidos se soliviantaron, haciendo traslucir propósitos de guerra contra Inglaterra, por la resistencia que presentó esta nación a someter a un arbitraje una cuestión de límites con Venezuela; fundaba una de sus principales quejas la diplomacia norteamericana en que el Ministerio británico de Relaciones Exteriores rehusó contestar a una nota que le había enviado el Gobierno americano respecto de la antedicha cuestión. El General Ospina dijo después textualmente: «Se ha permitido Colombia en su debilidad expresar respetuosa y sinceramente cuán triste es para ella verse sujeta a semejante tratamiento.»

¿Qué pasó después? Que el Gobierno de Taft, en vez de abrir un texto de Derecho internacional, dejó el sentido jurídico a un lado, se enfurruñó como cualquier *jingo,* y poniendo la razón en la punta de la bota, hizo que fuese retirado el pundonoroso General Ospina, que a estas horas probablemente dudará de que Jorge Wáshington haya dejado rastro alguno en la memoria de los yankee.

¿Cómo pudo olvidar todo esto el Secretario de Estado de Cuba? ¿De verdad que no estaba enterado de que el partido demócrata de los Estados Unidos adopta como una de las plataformas electorales del Noviembre próximo el incidente Ospina y el latrocinio de Panamá, para combatir al partido republicano y a Roosevelt, que le consumaron?

Volvamos al discurso del diputado norteamericano, que con la boca abierta escuchaba el Secretario de Estado de Cuba...:

«Tal es el mensaje de que he sido portador, no solamente a los pueblos situados en el litoral del Caribe, sino también a todos los de la América latina, acentuando a la vez la sinceridad de los propósitos y la pureza de miras que siempre han animado a los Estados Unidos en sus relaciones con la América latina. Como ya dije en Panamá, un inteligente conocimiento de las relaciones entre la Unión Americana y los demás pueblos de la América, dará lugar a que resplandezca con mayor claridad que nuestra política para con las mismas se ha desarrollado siempre sin el menor rastro o señal de fines malvados, y sin buscar nunca mayor soberanía o beneficios territoriales.»

A estos alardes de sinceridad se podría contestar con las siguientes palabras pronunciadas por los demócrátas Sulzer, de Nueva York, y Rainey, de Illinois, en la Cámara de Representantes: «El despojo de Panamá fue resultado de una conspiración cuidadosamente planeada y hábilmente ejecutada, sin que pueda justificarse ni por lo moral ni por las leyes»; «la adquisición de la zona del Canal de Panamá es la más negra

página de la historia de la República norteamericana como nación.»

Es mucho pedir que crean los cubanos las declaraciones de Knox en la sinceridad de una política internacional contra la cual dirigen los mismos norteamericanos las frases más gruesas del Diccionario.

Me resisto a crer que el Secretario de Estado de Cuba, señor Sanguily, sea tan cándido como parece; al leer el discurso suyo de salutación al enviado diplomático de Mr. Taft se trasluce que el diplomátíco cubano no las tiene todas consigo, pues pensando en la posibilidad de que los Estados Unidos se anexionasen la Isla de Cuba, exclama en un tan ingenuo como redondo párrafo oratorio:

«Sobrevendría seguramente algún inaudito prodigio: acaso la majestuosa mujer que se yergue en medio del gran estuario sobre la isla Bedloe doblaría su cintura de metal para apagar en las aguas alteradas la gigantesca antorcha que ilumina el vasto Océano y la conciencia humana, a tiempo de resonar un alarido pavoroso, arrancado al desencanto y al terror, y que el eco repetiría de ola en ola y de cumbre en cumbre, anunciando en la noche del mundo que la libertad había muerto!»

¡Quiá! Los Estados Unidos, en cuanto hayan cerrado el triángulo de fuerza Key-West, Puerto Rico, Panamá, no tardarán mucho en apoderarse, bajo cualquier pretexto, de territorios que no son suyos, sin perjuicio de alumbrar nuevos islotes con estatuas simbólicas que representen la Libertad iluminando al mundo.

No necesitan los cubanos para enterarse de los peligros, lo mismo que de los beneficios, que acarreará la apertura del Canal de Panamá, recurrir a la literatura extranjera sobre el asunto. De pluma cubana ha salido el libro más concienzudo que se ha escrito sobre el asunto, el del profesor de la Habana, Sr. Carrera Justiz, del que ya hablé y volveré a hablar a los lectores.

De un libro en el que se consignan muchas observaciones

referentes a Centro-América, debido a Salvador Mendieta, entresaco la siguiente anécdota, que demuestra la altivez ofensiva que de antiguo profesan los norteamericanos a los países de Centro-América.

Importunaban por la centésima vez a Mr. Blaine dos plenipotenciarios centro-americanos, quejándose de otro Estadito ídem, cuando, perdiendo la paciencia el yankee, díjoles con la ruda franqueza del expansionista seguro de su fuerza:

—Pero, señores, ¿no hay en estos países un militar o un estadista que pueda gobernarlos a ustedes y dejarnos en paz a nosotros?

—Señor, es que...—comenzaron a balbucear los atribulados representantes.

—Oh, señores ministros, en los grandes Océanos hay ballenas, pero en los charcos sólo sapos; en los países de ustedes no creo que haya un estadista que valga la pena.

Yo creo que tales ministros hubiesen podido contestar al yankee que cuando había paz en sus países no faltaba la acción de Norte-América encaminada a perturbarla. Algo de esto saben los mejicanos en la actualidad, pues para nadie es un secreto el influjo que tiene Norte-América en las agitaciones de Méjico.

Nos resistiríamos a creer en el peligro imperialista de los Estados Unidos para las Repúblicas del mar Caribe, pero sólo en el peligro inmediato, si éstas, a semejanza de otros Estados, de escaso territorio, pudieran llamarse las Holandas de Centro-América; desgraciadamente, no ofrecen, ni social ni políticamente, esa cohesión de la Holanda de Europa que, a pesar de encontrarse cogida por los fuegos cruzados del imperialismo europeo, todavía es soberana, a pesar de la codicia con que la contempla el Imperio alemán. Pero la debilidad interior de los centro-americanos facilitará indudablemente la introducción de los yankees. Claramente lo dice Mendieta (1):

(1) Salvador Mendieta: *La enfermedad de Centro-América*. Barcelona, 1911.

«Muchos de nuestros políticos se figuran que Centro-América es un navío condenado a próximo e irremediable naufragio, y que por lo mismo hay que meter en la manga cuanto se pueda mientras llegan los yankees y nos echan por las escotillas.

No puede decirse que haya un partido anexionista; pero muchas gentes honradas y trabajadoras que nada saben de política sino cuando les intiman el pago de contribuciones forzosas o les arrasan las propiedades, piensan con cierto agrado en las garantías de que gozarían con la ocupación yankee. Los políticos fracasados o los que, después de haber exprimido la naranja, son a su vez vaciados a fuerza de estrujones, dicen que estos países son ingobernables, y que se necesita la tranca del tío Samuel para meterlos en cintura.

No atemoriza mucho la cuestión de razas, porque aquí nadie se cree descendiente de africano, aun cuando los belfos o el pelo lo digan sin ser preguntados.

El clero, que en este caso pudiera ser un antemural, poco se preocupa del asunto, separada como está la Iglesia del Estado (menos en Costa Rica), y ejerciendo cada vez mayor influencia política, excepción en El Salvador, donde en los últimos ocho años ha habido retroceso hacia el clericalismo.

A causa de largas persecuciones sufridas, muchos grandes propietarios, de los cuales se hallan los ejemplares típicos en Guatemala, han caído poco á poco en un completo indiferentismo respecto a la cosa pública; de tal modo, que casi puede decirse que son extranjeros en su propia tierra, y que, en consecuencia, no les importa un comino la soberanía nacional y todos sus adminículos.

La falta de orgullo nacional es característica en nuestras clases directoras; varias veces me he referido a esto antes de ahora, en *Páginas de Unión* y la *Nacionalidad*, e insisto sobre este hecho, porque, a mi juicio, es de gran importancia en la psicología de los pueblos y de los individuos el concepto que de sí mismos tienen. A los centro-americanos les causa extraña

sensación de orgullo el hecho de que se les tenga por extranjeros, ya sea a causa de la blancura de la piel o de cualquiera otra circunstancia semejante.

El mismo autor afirma, después de describir las luchas políticas interiores en Centro-América:

«Es así como se han anulado y se anulan diariamente hombres de verdadero talento, pero desprovistos de valor cívico. Es así como, según la expresión de un doctor costarricense, se pasa de la roca Tarpeya, de un calabozo, al Capitolio de un Ministerio, con tal de no abandonar el suelo nativo, y es así como, según la expresión de otro doctor salvadoreño, hay que pasar por todo con tal de no morir a la puerta de un cuartel e ir a comer a las *semitas de Camasca*.»

«Aquí es indispensable gobernar con el palo en la mano, le decía otra vez a un abogado amigo mío otro abogado, en el Casino de San Salvador.

De modo que, según eso, todavía es poco el palo que aquí se reparte, y cuidado que va escaseando el tamarindo.»

Si hubiese falta de espíritu imperialista en los Estados Unidos, bastarían las disensiones interiores de los centro-americanos para dar ocasión a repetidas intervenciones. Pero en nuestro caso, todos los factores confluyen para producir una amenaza latente a la independencia de los Estados del mar Caribe. En vano la fraseología diplomática hará protestas de amistad y consideración: las cosas marchan por otro camino, y sólo se destruyen con cosas, no con palabras.

Indudablemente que cuando un país anexionista y de superioridad administrativa llega a colonizar más o menos encubiertamente a otro país, se produce un crecimiento económico; pero no hay que olvidar que los triunfos de la administración colonial del país anexionista se deben a que la administración colonial se apoya en elementos propios, y no en los elementos del país colonizado. Esto, en buen romance, quiere decir que se establece una división entre dominadores y dominados. Los yanquizantes del mar Caribe pueden, ante estas consideracio-

nes y el desarrollo de los acontecimientos que nos vienen dando la razón, hacer un cálculo de las ventajas morales y materiales que reportaría a sus respectivos países la sumisión a Norte-América.

Mientras tanto, convengamos en que la intervención actual de los norteamericanos en Cuba ha echado un borrón sobre los discursos de los honorables Sanguilly y Knox.

*
* *

La situación económica del Brasil está descrita en el Mensaje presidencial leído en el Congreso. Los extremos principales que abarca este documento son los siguientes:

Recuerda que el nuevo Ministerio dió prueba de una gran actividad en los trabajos de rectificación de fronteras.

A fines de 1911 los ferrocarriles alcanzaban 22.128 kilómetros, y actualmente varios millares están en construcción.

La situación financiera de 1911 es mejor que la de años anteriores.

Los ingresos totales, incluso los ingresos ordinarios, extraordinarios y las operaciones de crédito, alcanzan 139.948 contos oro y 424.581 contos papel, y los gastos ascienden a 89.088 contos oro y 511.874 contos papel.

Sumando los ingresos propios, 122.355 contos oro y 388.616 contos papel, el excedente oro asciende a 33.265 contos y el déficit papel a 128.258 contos.

Si del déficit se resta el saldo oro, cubierto por papel, o sea 53.223 contos, y el importe de los gastos efectuados para operaciones de crédito, que ascienden a 40.962 contos, o sea un total de 94.183 contos, resulta que el déficit neto quedará reducido a 34.000 contos papel.

Los ingresos del primer trimestre de 1912 presentan un superávit de 1.899 contos oro y 4.954 contos papel con relación al mismo período de 1911.

Actualmente, la deuda exterior alcanza 82.903.120 libras esterlinas, más 300 millones de francos.

En el primer trimestre de 1912, los agentes de Londres recibieron 7.533.088 libras esterlinas y 25 millones de francos.

Las entradas, en oro, en la Caja de conversión alcanzaron 8.248.892 en 1911, y las salidas fueron 3.283.536.

La existencia en Caja, en 31 de Marzo de 1912, era la de 23.491.667 libras esterlinas.

Los ingresos de Aduanas en 1911 presentaron un excedente de 16.328 contos comparativamente con 1910.

Durante el mismo período, el comercio exterior alcanzó 119.783.702 libras esterlinas contra 110.963.561 en la misma época del año anterior.

El Mensaje hace constar la actividad del Ministerio de Agricultura, que implantó sobre todo el territorio escuelas de agricultura, granjas modelo e hizo que fuera gratuita la provisión de animales reproductores, y pone de manifiesto el buen efecto producido por la ley elaborada por Pedro Tolendo, exministro de Agricultura, para la defensa de los productores de caucho.

Añade el Mensaje que durante el año de 1911 los emigrantes que entraron en el Brasil alcanzaron la cifra de 113.616.

***

Las estadísticas de importancia relativas a vinos en el Paraguay, dan a conocer la existencia de un campo excelente de expansión española, de tanto mayor interés, cuanto que el problema vinícola es de una gran significación para España.

Según demuestran las siguientes cifras, los vinos de procedencia española importados a este país alcanzaron a 860.812,62 litros en 1909, valor en pesos oro, 87.554,99; 1.999.100 litros en 1910, valor en pesos oro, 202.437.51, dando así un aumento de 1.138.287,38 litros, valor en pesos oro sellado, 124.882,52, equivalente a 624.412,60 francos en el transcurso de un año.

Los vinos españoles tienen fácil colocación hasta ahora en esta República, pudiendo decirse que ejercemos supremacía en este mercado sobre las demás procedencias, y nuestro mayor empeño debe consistir en mantener esta superioridad, a pesar del vivo empeño de los que nos hacen competencia, y los cuales emplean todos los medios de propaganda, facilidades de pago, etc., etc.

Conviene, pues, que nuestros productores se aperciban de esta competencia y se apresten a sostener la lucha ventajosamente.

A este efecto, conviene que hagan sus ofertas directamente a este mercado, a fin de librarlo de la tutela de los mercados uruguayo y argentino, de que hasta ahora es tributario. Haciendo ofertas directas podrán vender a precio más reducido, porque el artículo se vería así libre de los recargos de comisiones y reventas y de todos los inconvenientes del reembarco, que constituye una gran valla al comercio paraguayo en los puertos del Río de la Plata. En muchas ocasiones, las mercaderías de tránsito para el Paraguay tardan más de dos meses en llegar de Buenos Aires o Montevideo hasta la Asunción, o sea cuatro veces más el tiempo empleado en la travesía del Atlántico; teniendo en cuenta esto, también nuestros productores deben cuidar especialmente el embalaje de los artículos destinados a este mercado, haciéndolo con la solidez necesaria para resistir los maltratos de a bordo y del transbordo.

Tomando nota de estas observaciones y llevándolas a la práctica, nuestros productores mantendrán la supremacía que ejercen hasta ahora en este valioso renglón de la importación española, haciendo inútil o ineficaz todo el esfuerzo de los competidores.

He aquí las cantidades de vinos importadas en toda la República, con expresión de los países y capital que representan, durante los años 1909 y 1910:

Año 1909: España, 860.812,62 litros por valor de pesos 87.554,99; Alemania, 977,29 por 845,01; Argentina, 1.396

por 139,60; Francia, 156.926,29 por 22.198,96; Inglaterra, 5.050,81 por 720,75; Italia, 437.064,38 por 62.628,52; República Oriental del Uruguay, 25.743,60 por 2.620,17; Portugal, 13.465,16 por 2.515,51; Bélgica; 1.150 por 115; totales, 1.502.586,15 litros por valor de pesos 179.338,61.

Año 1910: España, 1.999.800 litros por valor de pesos 202.437.51; Alemania, 2.934,42 por 1.162,65; Argentina, 18.468,50 por 1.886,37; Francia, 104.255 por 18.424,59; Inglaterra, 403,20 por 178,34; Italia, 539.408 por 65.310,83; República Oriental del Uruguay, 1.184,20 por 239,92; Portugal, 15.155,14 por 3.712,18; Bélgica, 7 por 31,50. Totales, 2.681.615,46 por valor de 293.383,89 pesos.

***

El pacifismo no tiene ambiente en la política ni tampoco en la opinión de las repúblicas más importantes de Sur América. Los comentarios de *La Prensa*, el gran diario de Buenos Aires, a propósito de la noticia relativa a conseguir el desarme de las tres potencias militares y navales de Sur América, revelan bien claramente que el pacifismo es un ideal respetado, pero no secundado en los pueblos a que nos referimos.

¿Cuáles son los orígenes—dice *La Prensa*—de estos rumores? Se dice que un corredor inglés requirió del Gobierno argentino la venta de uno o dos *dread noughts*. ¿Vino del exterior la iniciativa? ¿Fue uno de los rasgos comunes de la frivolidad interna que daña como tema favorito de sus charadas la honra y seguridad de la República?

El hecho es que existe, circula y encuentra eco en los salones, en los círculos, en los clubs y en la prensa misma; corren también comentarios e impresiones ilusorias, juicios superficiales, aplausos en el vacío, planes sonoros sobre un idealismo internacional irrealizable por los factores de la actualidad.

Lo que nos interesa, porque va comprometido en ello la

seguridad de la nación y el juicio sereno y sensato de la opinión pública, es examinar los efectos internos y externos de esos rumores. Chile, no solamente afianza su posición militar por medio de la renovación de sus armamentos terrestres, sino que, no obstante sus condiciones poco favorables en que quedara después del desastre de 1906, ha resuelto rehacer su Armada con la incorporación de dos grandes y modernos *drenos,* cuando precisamente coinciden dos hechos notables: el ambiente del desarme, que se prestigia en Buenos Aires, y la firma para el lanzamiento de la quilla del segundo acorazado extraordinario.

En Santiago de Chile el hecho acaba de producirse con el unánime aplauso de la opinión pública, prensa y poderes del Estado, lo que prueba la evidentividad de que todo ello, la política del desarme o la disminución de los armamentos echados a rodar por las calles de Buenos Aires, no tiene origen ni ambiente en Chile.

Bolivia recibe armamento moderno, que aumenta en vez de disminuirlo, en previsión de un incidente fronterizo con el Perú, no obstante la cordial inteligencia en que ahora viven felizmente los dos países.

El Paraguay, dividido en fracciones políticas, se arma por todos los medios posibles. El Gobierno y el pueblo paraguayos no reconocen sino un gasto obligatorio, supremo: el de las armas y la guerra civil.

El Uruguay, sin enemigos en sus fronteras, pero con efervescencias internas, adquiere y recibe armamentos para 50.000 hombres, compra buques y echa las bases de una escuadra, y ahora mismo se preocupa de adquirir submarinos.

El Brasil confirma estas orientaciones.

La noticia allí divulgada de que alguien había hablado con el eminente Campo Salles sobre el desarme o la disminución de las escuadras, ha sido recibida con hostilidad.

El Sr. Campo Salles ha declarado que no ha venido a Buenos Aires con ese fin; y el Gobierno fluminense, por su parte,

ha producido hechos notorios, que nos limitamos a enumerar, con la misma tinta que suscribía el festejado nombramiento la reducción de los armamentos que no se manifiestan en forma alguna fuera de Buenos Aires, y están localizados en cierto grupo de nuestro mundo metropolitano.

Circunstancias de tal manera significativas nos inducen a prevenir a la opinión pública de que no deben descuidarse los intereses inmediatos de la paz y de la seguridad del país.

Hablando así, están en lo firme los argentinos. Atacar los institutos de defensa nacional, porque cuestan caros, es propio de propagandas sectarias a favor de un radicalismo estéril. Por otra parte, los pacifistas que proponen la disminución de armamentos, y creen que existe suficiente progreso jurídico y moral en la sociedad moderna para dirimir racionalmente los conflictos internacionales, como afirma Anatole France, están en la falsa creencia de que las luchas de las sociedades humanas son en el fondo problemas del derecho de gentes susceptibles de una solución jurídica, cuando en realidad son choques fatales de masas humanas que se mueven por exigencias fundamentales de su vida que se encuentra en posición irreductible con otra exigencia ajena. Son verdaderas repeticiones en la vida social, de la lucha por la existencia que de manera tan cruenta se desarrolla en las especies zoológicas. Las luchas de los pueblos de extenso *Hinterland* por la salida al mar es una prueba de ello, lo mismo que las luchas por el redondeo del territorio en pueblos expansivos, por aumento de población, con sus colindantes. En Sur América, este es el caso más frecuente.

No hay que olvidar que los gastos militares no se hacen en realidad para la guerra, sino para que no haya guerra, o sea en beneficio de la paz. Pueden consolarse los suramericanos ante el ejemplo de Europa en gastos militares, que absorben grandes cantidades de sus presupuestos de gastos. Conforme a una estadística alemana, los gastos más importantes, calculados en marcos, de los mayores Estados, son los siguientes:

EN MILLONES DE MARCOS

ESTADOS	Ejército.	Marina.	Cuerpo consular y diplomático.	Colonias.	Deuda.	Demás gastos totales.
Alemania	765,5	266,7	14,1	20,8	639,2	5.482,2
Austria	261,8	32,6	11,8	»	326,9	921,4
Hungría	147,3	16,4			269,0	664,6
Italia	225,6	101,8	13,2	5.2	542,2	609,8
Francia	574,9	260,1	14,1	88,3	976,4	1.053,6
Rusia	824,7	229,0	13.0	»	736,4	3.721,0
Gran Bretaña	588,5	679,3	11,3	25,2	571,7	2.176,3

Sólo los gastos de Ejército y Marina ascienden en Alemania a 1.032 millones de marcos anuales; en Francia, a 835 millones; en Inglaterra, a 1.268. Por lo que a Rusia y al Japón se refiere, hay que tener presente que después de su guerra los gastos han aumentado mucho. La estadística que antecede se refiere a 1906, año en el cual el material estadístico ofrece gran exactitud; desde entonces acá los gastos de defensa nacional han aumentado en grandes proporciones.

Si se consideran estos gastos como improductivos en el sentido relativo de la palabra, tenemos las siguientes cifras absolutas, relativas al año citado anteriormente:

EN 1.000 MARCOS

ESTADOS	Gastos improductivos.	Gastos totales.
Imperio y Estados alemanes	1.671.431	6.682.923
Austria	621.257	1.650.567
Hungría	432.680	1.101.214
Italia	869.625	1.497.775
Francia	1.811.435	2.967.354
Rusia	1.790.064	5 524.141
Gran Bretaña	1.839.570	2.865.711

En los Estados de menor magnitud, la proporción de los gastos militares, en relación con el gasto total, no disminuye

si se le compara con la que ofrece las grandes potencias, porque la defensa nacional, que es una exigencia elemental de su vida, tiene que ser satisfecha, aunque no alcance la satisfacción de otras necesidades de orden superior. A los países pobres les sucede lo mismo que a los individuos pobres: más de la mitad de sus ingresos tienen que invertirlos en la satisfacción de las necesidades más apremiantes de la vida, aun cuando no puedan alcanzar, mientras no lleguen a un cierto grado de prosperidad, la satisfacción de aquellas necesidades de orden superior, y el lujo, que sólo los muy bien acomodados pueden realizar.

***

Al hacerse los trabajos de demolición de la famosa cúpula del templo más antiguo de Buenos Aires, la iglesia de San Francisco, ha aparecido empotrada en la parte del ábside de la alta bóveda una pequeña caja de hierro, de forma esferoidal, que contenía, entre otras cosas, una muy importante, consistente en una antigua medalla de bronce de forma octogonal. Esta medalla tiene en su anverso, en relieve, la efigie de San Benito Abad, fundador de la antiquísima Orden benedictina.

Esta medalla tiene un aro para ser colgada. En el anverso, en relieve, se ve la efigie de cuerpo entero de San Benito Abad, apoyado el brazo izquierdo en un báculo pastoral, y con la derecha está en actitud de bendecir. Circundando a la derecha de la efigie del Abad, una leyenda formada así:

S. BENEDI, y a la izquierda, en la parte donde apoya el báculo, esta otra: O. P. N.

En el reverso una cruz griega, formada con puntos, y dentro de la cruz, en la parte que llaman el árbol de la cruz, y en la línea perpendicular, estas letras: C. S. S. M. L.; dentro del crucero que forman los dos brazos, y en la línea horizontal, estas otras: N. D., en el brazo de la derecha, y M. D., en el brazo de la izquierda; y en los ángulos de la cruz, estas otras: C. S. P. B., y en lo que podemos llamar exergo de esta rarísi-

ma medalla, y rodeada de pequeñas estrellas o puntos sobre la cruz griega, estas líneas: I. H. S., y siguiendo en el exergo, M. Q. L.—I. V. B. V. R. N. M. V.—todo rodeando la cruz del centro.

El significado de la medalla benedictina es el siguiente:

Anverso de la medalla: La efigie en relieve del fundador de la Orden benedictina—San Benito Abad,—de pie, apoyado en su báculo pastoral.

Las letras del exergo O. P. N. tienen por significado: *Ordinis Patris Nostris*, que quiere decir: de la Orden de Nuestro Padre; también las letras O. P. N. se pueden descifrar así: *Ora-Pro-Nobis,* que traducido al castellano es: *Ruega por nosotros;* y si en vez de tener esta medalla benedictina, las letras O. P. N. tuvieran las medallas de esta orden monástica, tendrían el significado siguiente: C. P. N., *Cruz Patris Nostri;* o sea traducido al idioma castellano: *La Cruz de Nuestro Padre.* Así que, leídas de izquierda a derecha las letras O. P. N. del anverso, se traducen: *Ora-Pro-Nobis.*

Las letras del anverso S. BENEDI quieren decir *San Benedicti*, o sea en castellano: San Benito, las que, leídas juntamente con las letras O. P. N., significan en el idioma latino: *Sancti Benedicti*—Ora-Pro-Nobis,—o sea en idioma castellano: *San Benito*, *Ruega por Nosotros.*

En lo que llamamos exergo, de la medalla octógona, y sobre la parte superior de la cruz griega que tiene en el centro del reverso de la medalla, están estas letras: I. H. S., que en latín quieren decir: *Iesus Hominum Salvator;* que traducidas al castellano significan: *Jesús Salvador de la Humanidad, o de los hombres.*

Las tres letras I. H. S. son el principal emblema que usa la Compañía de Jesús; pero no es exclusiva de la Compañía, porque la usaron también los franciscanos, anteriores a los jesuítas, y los benedictinos son anteriores a los franciscanos.

Las letras de los cuatro ángulos de la cruz griega del centro de la medalla, C. S. P. B., significan en el idioma latino:

Crux Sancti Patris Benedicti, que traducidas al castellano quieren decir: *Cruz del Santo Padre Benito.*

En la línea perpendicular de la cruz griega se lee verticalmente: C. S. S. M. L., que en latín quiere decir: *Cruz Sancta Siti Mihi lux*, que traducido al castellano quiere decir: *La Cruz Santa sea mi luz.*

En la línea horizontal de la cruz griega del reverso de la medalla, y cruzando con las palabras anteriores, están las letras siguientes: N. D. S. M. D., que en latín quieren decir:

Non draco sit mihi dux, y que traducido al castellano son: *Nunca el dragón* (demonio) *sea mi guía.*

En el exergo, o contorno de la cruz griega, tiene estas letras: V. R. S. N. (S.) M. V. S. M. Q. L. I. V. B.—que en el idioma latino tienen este significado:

Vade - retro - Satanás - nunqüam - suade - Mihi - vana Sunt - Mala - Quac - Libas - Ipse - Venenum - Bebas; que traducido al castellano dice: *Apártate de mí, Satanás; no me aconsejes cosas vanas; lo que brindas, es el mal; bebe tú esos venenos.*

Esta es la interpretación que da el argentino Migoya García. Ahora bien; ¿qué valor histórico tiene este hallazgo arqueológico?

Parece que la Orden benedictina ha existido en América; pero sólo se ha podido encontrar noticias de que estuvieron en los siglos pasados en el Brasil, y, según refieren algunos viajeros, aún se ven las ruinas de un monasterio de esta Orden en la bahía de Río Janeiro.

¿En qué fecha se instalaron allí? ¿Cuántas casas tuvieron? ¿Será cierto que han estado establecidos en esta parte de América?

A estas preguntas nada positivo se puede agregar, no disponiendo de ningún dato histórico ni documentos que puedan aclarar este misterio.

Por estos motivos, el hallazgo de la medalla encontrada dentro de los muros de una iglesia de la ciudad de Buenos

Aires, cuya fábrica estaba casi terminada a fines del siglo XVIII, no deja de ser un hecho curioso y digno de que los que se dedican aquí a la ciencia de la numismática, traten de investigar el por qué está esta medalla en una iglesia que no es de esta Orden; estudios serían estos tan útiles como interesantes.

Esta medalla, que he tenido la suerte de encontrar—dice Migoya García,—me llama mucho la atención, por ser bastante diferente su leyenda de la medalla de *San Benito Abad*, que en el año 1647 se encontró pintada en un Códice en pergamino del Monasterio *Metteuse* (1), de Metz (Francia), con arreglo a la cual se ha acuñado una medalla, y entregado a los fieles. (Nótese bien que no se conoce la medalla benedictina más que desde aquella fecha.) Por otra parte, ¿cómo explicar esta diferencia tan notable entre la medalla descubierta en Buenos Aires y la que existe desde el año 1647? ¿Aquélla sería anterior a ésta? Yo no lo puedo explicar; y para mayor comprensión he aquí la descripción de la medalla encontrada en el Códice en pergamino del Monasterio *Metteuse*, en el año 1647.

Anverso: sobre una de las caras se representa al Santo Patriarca de la Orden benedictina, teniendo en la mano la cruz con la cual obraba tantos milagros. A sus pies, el báculo y la mitra, indicando su dignidad, y el cuervo con el pan emponzoñado (alude al cuervo que alimentaba a San Pablo el Ermitaño), en un todo diferente a la medalla que he descifrado, y a que me refiero en párrafos anteriores.

El hecho, es que la medalla que se sacó de los escombros procedentes de la demolición de la cúpula de San Francisco, parece que existió antes del año 1647, que es la fecha en que se encontró el Códice de Metz, y que por más investigaciones que se han practicado no se ha podido averiguar su origen.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

(1) Esta medalla está descrita como la única que existe en la voluminosa obra del abate Mabillon.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—Literatura: La manía del hiperbolismo.=Ciencias naturales: El instinto.=Ciencias exactas: Cómo se puede pesar un átomo.=Historia: Una página inédita de Víctor Hugo: Chillon.=Impresiones y notas: Recuerdos del general Charette.—El alma de los yanquis.—El escritor, en América y en Europa.—El cambio de edad en la mujer amada.—El vestido de boda de D.ª Concepción Arenal.—Por qué D. Juan nació en España.—Crítica menuda.—¿Mona Lisa o Monna Lisa?—El divorcio en los Estados Unidos.

LITERATURA

La manía del hiperbolismo.—Uno de los productos de nuestra época decadente, sensiblera y gastada, es el *hiperbolismo*. Cuando a un principiante que publica un tomo de poesías, o que simplemente merece un premio en unos juegos florales, se le llama *eminente;* y a un estudiante que es aplaudido en unas conferencias se le llama *ilustre;* y a cualquier currinche se le apellida *preclaro;* donde todo periodista, de los que confunden a Ginebra con Génova, se tiene por *culto*, y todo critiquillo de teatros de cualquier rotativo se califica de *eximio*, no hay realmente modo de expresar la admiración que produce un genio o una obra genial, y aun simplemente distinguida, sino apelando al hiperbolismo. La gente del pueblo echa mano del *muy* para reforzar los superlativos, y toda expresión ditirámbica resulta gastada y sosona, y no sabe uno cómo llamar a un Menéndez Pelayo, un Cajal o un Maura.

Max Nordau estudia el hecho en *La Revue,* y aunque nada dice de extraordinario, merece se recojan sus conclusiones para fijar la atención en el fenómeno. Según Max Nordau, hay dos especies de hombres con propensión natural al lenguaje hiperbólico: los locos y los charlatanes. Los dementes reciben en general pocas impresiones, pero las que reciben son muy fuertes; la violencia de sus sentimientos les hace insensibles a las impresiones del exterior; han perdido el sentido de las proporciones, y el contenido de su conciencia, en sentimientos y en imágenes, tiene para ellos la importancia de lo absoluto, y cuando exteriorizan por el lenguaje sus impulsiones y visiones interiores, ninguna expresión les parece bastante fuerte para hacer justicia a la importancia sin igual de sus representaciones mentales. Los escritos de Nietzsche, especialmente los de su última época, la cuarta parte de *Así habló Zaratustra*, *El Anticristo*, etc., son ejemplos patentes de esos modos supertensos de hablar, que se elevan siempre al tono más exaltado, al de los locos atacados de manía sistemática. En los charlatanes, el caso es menos complicado: el hiperbolismo no es en ellos necesidad interior, sino exterior; no impulsión orgánica, sino intención razonada con vistas a un fin conocido; hinchan la voz para dominar el ruido de las ferias, para atraer la atención, para hipnotizar y sugestionar al auditorio.

Estos superlativistas naturales, charlatanes o locos, tienen muchos imitadores, que apelan al penetrante clamoreo del aullido, no por impulso instintivo, sino fría y metódicamente, porque la hipérbole les parece impresionante, bella, eficaz, y sobre todo, supremamente modernista. No hablemos del reclamo comercial, que es la forma más desarrollada del charlatanismo; fuerza la nota estrepitosamente, porque necesita tomar por asalto los sentidos y mantenerse en ellos, pero tiene especial cuidado de no provocar hostilidades del gusto ni ofender el buen sentido; el reclamo se ha perfeccionado hasta convertirse en una ciencia particular, rama de la psicología aplicada; sus más hábiles especialistas, en el fondo, sólo emplean

los superlativos moderadamente; los miran como la infancia del arte, y prefieren a la monstruosidad la originalidad y lo chocante.

Donde el hiperbolismo, como dominio en que impera la imitación del superlativismo natural de los locos y los charlatanes, se halla en todo su apogeo, según Max Nordau, es en la crítica alemana contemporánea; pues, aunque el fenómeno es general, sólo se encuentra esporádicamente en países no alemanes, por afectación de ciertos mimistas literarios, que quieren hacerse interesantes imitando géneros y maneras exóticas. La generación nueva que desde hace unos quince años ha entrado en fila de notoriedad, no ha aprendido evidentemente a colocarse frente a un hecho, a mirarlo con sangre fría, a medirlo y pesarlo, comparándolo con otros y a clasificarlo en consecuencia; esta generación está, al parecer, caldeada siempre hasta la ebullición; no se la ve sino echando chispas; parece que está siempre en éxtasis, y como fuera de sí. Leánse las críticas, estudios y ensayos corrientes sobre personas o cosas, especialmente de asuntos estéticos, y no se encontrarán en general sino perfectos modelos de superlativismo. Los únicos medios retóricos son el grito jaculatorio y la hipérbole. Su lenguaje procede por titubeos, en ritmo precipitado e irregular que se llama benévolamente dionisíaco, porque recuerda realmente las contorsiones de los borrachos que enredándose en sus piernas describen rápidos zig-zags. Son críticas que tratan de producir el efecto de haber sido escritas en un acceso de fiebre aguda, con los ojos convulsos y con el pulso dando brincos; quieren dar la idea de que sus autores son semejantes a la antigua Pitia, poseída del Dios en su trípode de bronce, envuelta en vahos infernales, torciéndose entre espasmos, con boca espumarajosa, que eructa palabras incoherentes, preñadas de secretos sobrehumanos. Las frases son abruptas o fragmentarias; balbucean y tartamudean; les falta algo esencial, el sujeto o el atributo; el orden está invertido en raro hipérbaton; el texto está acribillado de puntos de exclamación, a cuyo lado hormiguean los

puntos suspensivos y las líneas de puntos; aquí falta la respiración y allá la palabra, aplastada por la superabundancia de imágenes que no dejan respiro sino para unos puntos, que permiten presentir lo inexpresable.

Para demostrar que no exagera, Max Nordau cita textualmente varios ejemplos. En la crítica de una de esas novelas que nadie leerá jamás, se dice: «Este libro nos mira con ojos de eternidad... Lo más profundo—es lo que se encarga de decirnos... Y lo más sutil...» De una imagen escultórica caricaturesca se dice: «Arrancada está ella a la piedra—¡formada está ésta por manos creadoras, divinas!...—Regada está ella por todos los torrentes de pensamiento de este tiempo... Y sentimientos... Y escalofríos...» De un tomito de versos—es un decir,—cuyo galimatías es frecuentemente chavacano, se escribe: «Una nueva voz es este libro estrecho (el libro no es más estrecho ni ancho que otro cualquiera; *estrecho*, en boca de este autor, quiere decir *delgado*, de pocas páginas): Una nueva voz es este libro estrecho... Una voz cósmica... Una absoluta... Palabras encuentran aquí lo infinito. Sus misterios los revelan estos poemas... O los velan... Los dejan presentir...» Y no se crea que éstas citas están tomadas de un solo autor; cada una es de autor diferente, cuyos nombres no merecen ser conocidos, pues no tratamos de poner malas notas, sino de mostrar un fenómeno, el del lenguaje actual de los ensayos de crítica en Alemania.

Los escritores que usan la jerga de moda, tratan de sobrepujar a los demás en exageración. La obra, el autor, el asunto no les importa nada; la cuestión es superlativear; la vaticinación por la vaticinación. La fuente de todo esto es Nietzsche. Así como en la generación anterior, cada poetilla se las echaba de Heine, así hoy todo fabricante de renglones impresos se las echa de Nietzsche. Para que a uno le escuchen en los círculos literarios, hay que hacer el loco; de otro modo, no se oye.

El carácter desmesurado de los juicios, el hiperbolismo de las afirmaciones, la coloración chillona de las impresiones co-

rresponden al hablar a gritos, a la gesticulación excesiva, prueba cierta de mala educación, y producto del trato con gente baja y de la más plebeya vulgaridad de sentimientos y de gustos. El objeto de la educación es desarrollar y fortificar el aparato de inhibición física; por la inhibición se mide la intensidad de la educación. El superlativismo es precisamente lo contrario de una actitud noble. Supone en quien la usa falta, o flojedad en la inhibición, manía mal educada de tener razón, que quiere imponerse a fuerza de gritos y de estrépito, implicando el mayor desprecio al auditorio. En toda buena sociedad es regla callar cuando otro habla, y escucharle cortésmente. La plebe no entiende tales delicadezas. Como no cesa de charlar y gesticular, cuando se habla, hay que sacudirla, moral y hasta materialmente; por eso el superlativismo presume tácitamente que se dirige a una multitud grosera, demasiado obtusa para apreciar medias tintas ni delicadezas de ninguna clase, e incapaz de comprender que se la trata de canalla al gritarla así.

El superlativismo, es, en suma, la confesión inconsciente de que se sabe que es uno incompetente o poco estimado. Quien tiene conciencia de su competencia y autoridad no necesita ahuecar la voz. Cuantos frecuentan la buena sociedad, saben que en ella no se habla a gritos. Pablo Lindau cuenta en sus *Recuerdos de mi vida,* que durante la representación de su *Condesa Lea,* en la Comedia Real, de Berlín, el viejo emperador Guillermo, que había asistido al espectáculo, le hizo llamar para felicitarle:—«Es lástima—añadió como de pasada—que los oficiales con título no desempeñen un papel particularmente glorioso.» A la salida del palco regio, el intendente general Hulsen se acercó al autor, y le dijo: «Siento mucho no poder seguir dando vuestra obra, que tan larga vida prometía.—Pero, ¿por qué?—preguntó Lindau asombrado.—El mismo emperador me ha felicitado.—¡Ah! Pero S. M. no expresa nunca su censura más ásperamente, replicó de Hulsen.

Aquel cuyas palabras son actos, aprende a elegirlas con prudencia y medida. El que no se hace ilusiones sobre el efec-

to que produce, no se cuida de nada y charlatanea e hiperboliza. Reinado de la más baja vulgaridad, confesión de incompetencia y de falta de autoridad, evaluación de las más desdeñosas del grado de educación y cultura del lector: tal es la significación del superlativismo.

CIENCIAS NATURALES

El instinto.—«Después de haber probado que los animales no obran por razonamiento—escribe Bossuet en su *Conocimiento de Dios y de sí mismo*,—examinemos por qué principio se debe creer que obran, pues preciso es que Dios haya puesto en ellos algo que les haga obrar convenientemente como lo hacen, y para impulsarlos hacia los fines a que están destinados.» La extraordinaria adaptación de los medios al fin—añade en la *Revue Bleue* Pablo Gaultier—fin de que a veces ni siquiera es testigo el animal que lo persigue, es el mejor argumento en favor de esa opinión sobre la finalidad. Cuando el estro del caballo deposita sus huevos en las patas o en la grupa del solípedo, ¿no obra como si supiera que su larva debe desarrollarse en el estómago del caballo, y que éste, al lamerse, la trasportará con su lengua? Pues claro es que no lo sabe. ¿No ha impreso Dios, como decía Sócrates, en los padres el deseo de reproducirse, en las madres el más tierno deseo de lactar y en todos los animales el amor a la vida y el temor á la muerte? El instinto, en tal caso, es innato, inmutable y perfecto desde su origen mismo.

La escuela sensualista, sin embargo, niega ese carácter al instinto, como niega toda ineidad. Ya Pascal decía: «La costumbre es una segunda Naturaleza que destruye la primera; pero, ¿qué Naturaleza es esa? Mucho temo que sólo sea una primera costumbre.» Ahí está, no obstante, la abeja, que no aprende a construir sus panales, ni anda con tanteos, sino que desde el primero que hace, lo hace bien. Los evolucionistas Lamarck, Darwin y Spencer, hacen intervenir la herencia,

explicando el instinto por las costumbres de los antepasados y sustituyendo la experiencia individual por la experiencia de raza.

La nueva psicología animal estima ociosas todas esas discusiones. Para ella, el instinto no existe: es una palabra sin sentido, que el sabio Waxweiler quisiera ver desaparecer de la terminología científica, como la famosa «fuerza vital» o el no menos famoso «horror al vacío». Para Bohn, el instinto es simplemente un legado de la Edad Media, una herencia de la Teología y de la Metafísica; es como hablar de la «virtud dormitiva del opio». La nueva psicología zoológica niega la teoría finalista, que es la que nos hace ver en los actos de los animales la realización de un fin. La pretendida «simulación de la muerte», por ejemplo, que nos ofrecen varias especies de crustáceos y de insectos cuando se les amenaza, quedando como muertos, no es tal: es un simple paro de actividad a consecuencia de una variación brusca. El animal queda inmóvil en la actitud en que le sorprende la amenaza, mientras que al morir se queda siempre en la misma postura, aproximadamente. Cuando se saca del agua un renacuajo, no se queda siempre con las patas pegadas al cuerpo, ni en la posición que ofrezca menos puntos de ataque, sino tal como se le sorprende, con las patas estiradas o recogidas en ángulo. El mimetismo de ciertos animales, como el camaleón, que toma el color del medio en que se agita, se halla en el mismo caso; esa semejanza de color o de forma, unas veces les favorece y otras les perjudica; las especies que disfrutan de esa facultad son tan devoradas por sus enemigos como las otras.

Pero hay más: conocida es la habilidad de los himenópteros paralizadores—sfex, pompilios y amófilos—para picar los ganglios nerviosos de los insectos, que paralizan así para servirlos vivos a su progenie. Pues, según Marchal, todo eso ha sido exagerado y embellecido. ¿No se han observado errores, extraños en la perfección del instinto, como los de un *pompilius viaticus*, por ejemplo, lanzándose, a pesar de la diferencia

de olor, sobre una *cicindela híbrida*, en lugar de una licosa, que es su presa habitual? Los aguijonazos, por otra parte, están lejos de la precisión que les concede Fabre; la picadura única de Fabre, la instintiva, la segura, resulta multiplicada extrañamente en la realidad, quedando la víctima hecha una criba, pues Roland ha contado hasta veinte golpes. De esto a la infalibilidad del instinto hay mucha distancia.

Del mismo modo explican los tropismos y la sensibilidad diferencial muchos fenómenos atribuídos al instinto. Bethe explica la «vuelta al nido» en las hormigas, por el tropismo de las pistas de olor dejadas al paso, y Bohn la «simulación de la muerte», por la sensibilidad diferencial, producida por una excitación cualquiera, mecánica, luminosa o térmica; tal es el caso del *pelomyxa*, rizópodo que se hace una bola, de los *cloportes* que se apelotonan, y de los *tubícolas* que vuelven a su tubo. Casos también de sensibilidad diferencial son los mimetismos, y las llamadas «actitudes aterrorizantes». como la que toma la tarántula rusa, irguiéndose, estirando las patas y mostrando su vientre vivamente coloreado, y la escolopendra erizando su cola de un golpe.

Agréguese a los tropismos y a la sensibilidad diferencial la memoria asociativa, y según Lœb, se tiene la clave de todos los fenómenos atribuídos al instinto. Cuando la abeja sale por primera vez, ejecuta un vuelo de orientación, girando en torno de la colmena, con los ojos y la cabeza constantemente vueltos hacia ella; alejad de su colmena abejas jóvenes que no hayan hecho ese vuelo, y ninguna vuelve. La memoria asociativa basta, pues, para explicar la vuelta al nido. El experimento de Young, de Ginebra, es decisivo: encerradas en una caja 20 abejas de una colmena situada a orillas del lago y llevadas a seis kilómetros por tierra, 17 volvieron, algunas antes de una hora; metidas estas 17 en caja, y llevadas por agua a tres kilómetros de distancia, ninguna de ellas volvió. Romanes hizo otro experimento semejante con igual resultado, y Gaultier estima que la prueba es suficiente. Yo no lo estimo

así: esas abejas llegaron a tierra o no; si llegaron a tierra, el caso segundo se reduce al primero; y si no llegaron, es porque no pudieron resistir un vuelo seguido de tres kilómetros, y perecieron, y entonces no queda probado nada. Para que el experimento reuniera todas las condiciones necesarias, seria preciso que las abejas fueran soltadas sobre el lago, a una distancia igual de la orilla saboyana y de la suíza, y que pudieran salvar esa distancia; pues claro es que si a unas abejas de Evian, por ejemplo, se las lleva por el lago hasta cerca de Ouchy, en la orilla opuesta, lo natural es que las abejas tomen tierra en Ouchy, y no acierten o no puedan ni dar la vuelta por el lago, ni menos por tierra hasta Evian.

El llamado instinto, según la psicología zoológica, es una resultante de multitud de causas. En la vida social de las abejas no hay, según Waxweiler, pensamiento único ni dirección común; el azar determina la elección, y así como a orillas del mar brotan bosques en sitios protegidos, así un hormiguero se cría donde halla condiciones favorables. La aglomeración se mantiene luego por atracciones olfatorias, como lo demuestra el hecho de que si se mete una hormiga extraña en un caldo hecho con restos machacados de otras hormigas, las del hormiguero de éstas, en lugar de recibirla hostilmente y matarla, la aceptan como hermana. La famosa división del trabajo en los hormigueros es, según Turner, pura leyenda, y se reduce a simples coincidencias sensoriales, no buscando cada hormiga sino la satisfacción de sus necesidades propias. Los cuidados de las obreras con las larvas, sobre ser inútiles, se deben únicamente, según miss Field, a la busca interesada del alimento agradable que las obreras se proporcionan chupando a sus crías; si se les quita los segmentos sensoriales de las antenas, se muestran indiferentes con sus pupilas.

Tampoco es exacto que los pájaros construyan siempre nidos semejantes, aunque no los hayan visto nunca. Lo cierto es, según Wallace, que los nacidos en cautividad no saben modelar su nido, ni aunque se les ofrezcan los materiales necesa-

rios; frecuentemente se limitan a acumularlos en montón informe, y no construyen nada; y hasta cuando no han oído el canto característico de su familia, los pájaros jóvenes no aciertan a modularlo, y se ponen a imitar el primero que oyen.

El instinto, en resumen, no es nada para la nueva escuela. Todos los fenómenos que se le atribuyen los descompone la escuela de Lœb en sus elementos: tropismos y sensibilidad diferencial, de orden mecánico, de una parte; memoria asociativa, de otra. La apropiación de los medios al fin, que es lo que siempre nos ha chocado más en el instinto, no es obra de finalidad ninguna, inmanente ni divina, sino simple reunión de coincidencias, mantenidas y fijadas en el individuo primero y en la raza después, si son favorables, o eliminadas si son nocivas, dando la ilusión de la finalidad por su aparente adecuación a un fin, y por su reglamentación constante, como fruto de la persistencia y de la herencia.

CIENCIAS EXACTAS

Cómo se puede pesar un átomo.—En una de las conferencias dadas en París por la Sociedad de Física, sobre la constitución de la materia, el profesor de Química física de la Sorbona, Juan Perrin, ha tratado de la realidad de las moléculas. El asunto es árido, sin duda, pero merece ser vulgarizado en estas crónicas, dentro del programa de amenidad o de curiosidad a que procuro en lo posible ajustarlas, y utilizando en primer término el extracto de Pervinquiere en la *Revue Hebdomadaire*.

Las leyes fundamentales de la química, basadas en los indiscutibles progresos realizados por la ciencia, han llegado a establecer ciertas conclusiones sobre la naturaleza de la materia, prescindiendo de todas las famosas hipótesis, que tanto dividieron a las escuelas griegas primero y a los escolásticos después. Hoy está admitido que la materia tiene una constitución discontinua, es decir, que está formada por átomos o

partículas indivisibles que, agrupándose entre sí en variadas combinaciones, forman esos cuerpos más o menos complejos que llamamos moléculas. Que estas moléculas, y mucho más los átomos constitutivos, son infinitamente pequeños, es cosa evidente, bastándonos pensar en uno de esos organismos que existen por millones en una gota de agua, y que llamamos microbios, para comprender, o mejor, adivinar hasta dónde puede llegar la pequeñez del átomo, cuando un sér vivo como el microbio, compuesto de átomos, no es perceptible sino con potentes microscopios.

¿Cómo formarnos idea del tamaño de esas moléculas? ¿Cómo medirlas y pesarlas? ¿Son posibles ese peso y esa medida? ¿Tiene la ciencia, la verdadera ciencia, medios para saber tales cosas? Sí, responde resueltamente Juan Perrin: la ciencia ha llegado en sus descubrimientos a los límites de lo imponderable. Lo que hay es que no pueden obtenerse esos resultados con los medios ordinarios: una balanza de precisión llega a sentir el peso de un millonésimo de gramo, que ya es aquilatar; pero un millonésimo de gramo es un peso enormísimo, una catedral, con relación a las cantidades de que se trata: al peso de una molécula, a lo que pesa un átomo de microbio de polvo o de gas, lo último a que podemos llegar en la división de la materia.

Ya pronto hará dos siglos que Daniel Bernouilli anticipó la hipótesis de que los gases están formados por moléculas en perpetuo movimiento que, al chocar unas con otras en un recipiente, originan la presión que luego se ha utilizado para las máquinas de vapor. Nada más real, en efecto, que el movimiento de esas moléculas, que cualquiera puede comprobar con multitud de conocidos experimentos. El mismo Bernouilli había reconocido la relación que existe entre la presión ejercida por un gas, su densidad y la velocidad de las moléculas; esta relación nos enseña que las moléculas de oxígeno, a temperatura ordinaria, se mueven con la velocidad de 500 metros por segundo. El camino que recorre cada una antes de alcanzar a

otra depende, naturalmente, del tamaño de estas moléculas y del número de las mismas encerradas en un espacio dado. Maxwell ha determinado que ese recorrido libre es de una diezmilésima de milimetro en el aire en condiciones ordinarias. En cuanto al número de moléculas contenidas en un litro de gas, alcanza la cifra fantástica de 30 millares de trillones (30.000.000.000.000.000.000.000); por donde se llega a la conclusión de que el peso de un átomo de hidrógeno es el de una trillonésima de trillonésima de 1,6 gramos:

$$\frac{1{,}6}{1.000.000.000.000.000.000.000.000}$$

Es un numerito para dar el vértigo, y al leerlo, se sientela tentación de creer que los sabios a veces son unos solemnísimos guasones. En todo caso, se ve que se arranca de una hipótesis, que podrá ser exacta, pero que no pasa de hipótesis. El Sr. Perrin ha querido desprenderse de ella, y ha llegado por otros caminos a resultados semejantes. Cuando se examinan con microscopio los corpúsculos en suspensión en el agua, se ve que, en lugar de precipitarse al fondo como un grano de plomo, se agitan en movimientos desordenados durante largo tiempo. Ese movimiento no es debido a vibraciones del recipiente ni a corrientes líquidas producidas por variaciones de temperatura, pues se le observa en pleno campo, lejos de toda trepidación. Ese es el movimiento browniano, descubierto en 1827 por el botánico inglés Brown, y que no es privativo del agua, sino que se produce en todos los líquidos y hasta en los gases.

La naturaleza de los granitos o corpúsculos flotantes no influye para nada en los movimientos, como tampoco la densidad: lo que influye es el tamaño; a mayor tamaño, menor rápidez; los gránulos chocan sin cesar entre sí, obedeciendo a un movimiento molecular que nuestros sentidos son incapaces de percibir. El movimiento browniano es el que ha permitido a Perrin evaluar la magnitud y el peso de las moléculas. Para

ello ha recurrido a las emulsiones, es decir, a fluidos que contienen en suspensión partículas sólidas muy finas, pero todavía visibles al microscopio, aplicando a estas emulsiones las leyes de los gases. Van Hoff y Raoul han demostrado que la ley de que volúmenes iguales de gases diferentes, sometidos a igual temperatura y presión, contienen el mismo número de moléculas, se aplica también a las soluciones diluídas, y lo mismo ocurre con la ley inversa de que, en estado diluído, números iguales de moléculas, encerradas en volúmenes iguales de igual temperatura, producen en ellos idéntica presión.

Perrin, reconocidos estos principios, compara con razón los granos de una emulsión a las moléculas de aire de la atmósfera; éstas se hallan sometidas a la doble acción de la gravedad, que las atrae a tierra, y de los movimientos moleculares o brownianos que las lanzan en todas direcciones, de donde resulta un estado de equilibrio, conforme al cual la atmósfera es más densa cuanto más cercana se halla del suelo. La densidad de la atmósfera disminuye, en efecto, una mitad a cada seis kilómetros: si es de 100 en las capas en contacto con el suelo, es de 50 a los seis kilómetros, de 25 á los doce, etc. En general, puede decirse que la elevación necesaria para obtener el mismo grado de rarefacción en dos gases diferentes, está en razón inversa del peso de las moléculas de dichos gases: así, en una atmósfera de hidrógeno se necesitaría una elevación de 80 kilómetros para reducir la densidad a la mitad, mientras que en una atmósfera densa, como la del vapor de mercurio, por ejemplo, ocurriría todo lo contrario.

Si una emulsión puede asimilarse a un gas, los granos de esta emulsión equivalen a las moléculas de una columna gaseosa, cosa evidente. Perrin ha recurrido en sus emulsiones a la gutagamba y al mastic, substancias ambas que producen en el agua de emulsión infinidad de granitos sólidos en agitación constante, perceptibles al microscopio. Como estos granos son de dimensiones variadas, Perrin los ha cribado, por decirlo así, por un procedimiento semejante al de la ecremación de la le-

che, proyectándolos por la fuerza centrífuga hacia la periferia, y recogiendo los más gruesos, y así sucesivamente hasta dejar sólo los más finos.

Separados así, por tamaños, se trata de determinar el peso de cada uno, buscando el diámetro y la densidad. La densidad se conoce bien, pues basta decantar la emulsión y determinar en bloque el peso y el volumen del polvo recogido. Más difícil es determinar el diámetro de cada partícula de polvo; pero se obtiene midiendo la longitud de una fila de granos y dividiendo por el número de éstos; el diámetro se evalúa en diezmilésimas de milímetro. Hecho esto, se ve cómo los granos se distribuyen proporcionalmente, como las moléculas de la atmósfera; colocada la emulsión en una cubita minúscula, bajo el microscopio, se observa que los granos se acumulan en el fondo y se hacen cada vez más raros, a medida que se asciende en la cuba; al cabo de dos o tres días se obtiene el equilibrio, y entonces se ve que no todos los granos se han precipitado, sino que están distribuídos en capas, repartidas de tal modo, que a cada seis milésimas de milímetro de altura hay una mitad menos, pudiéndose contar gracias a fotografías instantáneas, pues de otra manera sería imposible, dado el continuo movimiento en que se hallan. La relación entre el polvo atmosférico y las partículas de la emulsión es la misma; lo que allí eran seis kilómetros, aquí son seis milésimas de milímetro, es decir, mil millones de veces más pequeño. Manteniendo la proporción, se ve que una molécula de aire pesaría mil millones de veces menos que una molécula de emulsión. Y, conocido el peso de una molécula de aire, puede obtenerse ya el peso de una de hidrógeno, que es una trillonésima de trillonésima de 1,47 gramos, teniendo cada centímetro cúbico de aire, en condiciones normales, 31 billones de billones de moléculas. Estos resultados, suministrados por la teoría cinética de los gases, concuerdan con los obtenidos por cualquier otro procedimiento, como el de las medidas de las cargas eléctricas o el de las irradiaciones de los cuerpos radiactivos, y hasta el de

la difracción de la luz blanca del sol que produce el azul del cielo al atravesar el polvo atmosférico.

Esta concordancia de resultados es verdaderamente impresionante; y por más que haya sabios, como Alberto Colson, que se nieguen a admitir la asimilación de las moléculas disueltas en una emulsión a las moléculas gaseosas del aire atmosférico, lo cual comprometería toda la teoría de los iones, que tanto papel desempeña en la física actual, lo indudable es que estos estudios de determinación positiva y aproximadamente exacta del peso y medida de los átomos, tan curiosos y trascendentales, se hallan en excelentes vías de éxito.

Teorías aparte, permítaseme a mí, que no soy un sabio, sino sencillamente un equilibrado que ha procurado siempre ser fiel al concepto marcoaureliano del hombre (*homo sum et nihil humani à me alienum puto*), echar mi cuarto a espadas en esta materia. Para obtener el peso de una molécula, bastaría lo siguiente: Si puestos en fila un número X de partículas de la emulsión de Perrin, nos dan un número A en un espacio cualquiera, en un diezmilímetro, por ejemplo, no tendremos más que multiplicar por ese mismo número, y tendremos el área, digámoslo así, de un cuadrado de un diezmilímetro de lado; multiplicando el número así obtenido por el primero, tendremos el número de granos que caben en un diezmilímetro cúbico, y, por consiguiente, el que hay en cualquier otro espacio, mayor o menor; basta luego pesar una medida cúbica cualquiera de esos granos, y dividiéndola por el número que corresponda a la cantidad que arroje su contenido, obtener el peso correspondiente a la unidad. Si luego se sabe la relación de proporción en que se halla la molécula pesada con otra cualquiera, se tendrá el peso exacto de la misma.

HISTORIA

Una página inédita de Víctor Hugo: Chillon.—De la correspondencia inédita de Víctor Hugo con Luis Boulanger, su

gran amigo, publicada por *La Revue,* entresacamos lo relativo a la visita hecha por el poeta a Chillon, el pintoresco palacete del lago Leman, que sirvió de prisión de Estado en Suíza, y que hoy se destina a Museo histórico. He aquí, textualmente, las hermosas páginas de Víctor Hugo, que hacen revivir el Chillon de ayer, y a las que dan cierta actualidad los trabajos del Chillon de hoy:

«Esta mañana he ido a Chillon con un sol admirable. El camino corre entre viñedos a orillas del lago. El viento hacía del Leman un inmenso muaré azul; las velas blancas brillaban. En lo bajo del camino las gaviotas revoloteaban graciosamente sobre las rocas a flor de agua. Hacia Ginebra, el horizonte imitaba el Océano.

»Chillon es un bloque de torres puesto sobre un bloque de rocas. Todo el castillo es de los siglos XII y XIII, a excepción de algunas maderas, puertas, mesas, techos, etc., que son del XVI. Hoy sirve de arsenal y de polvorín al cantón de Vaud. La boca de los cañones toca las troneras de las catapultas.

»Una mujer francesa es la que acompaña a los curiosos en la visita del castillo, con mucha gracia e inteligencia. La cripta, que está al nivel de las aguas del lago, se reparte en tres subterráneos principales: el primero, que se ajusta como una cerradura a la entrada de los otros dos, era la sala de guardia. Es una vasta nave formada por dos bóvedas ojivales yuxtapuestas, cuyos nervios se apoyan en medio de la sala en la fila de pilares que la atraviesa. El segundo subterráneo, más pequeño, se divide en dos habitaciones muy sombrías: la primera era un calabozo, la segunda un lugar siniestro; en la primera se entrevé un gran lecho de piedra recostado en la roca viva; en la segunda, entre dos enormes pilares cuadrados, uno de los cuales es el muro mismo, se distinguen confusamente, después de una detención de unos minutos en esta cueva, un madero sellado trasversalmente por los dos cabos en el oscuro granito, y cuya arista superior presenta á modo de dientes de ciervo, como si hubiera sido gastada y tallada pro-

fundamente en diferentes sitios por una cuerda o una cadena anudada allí.

»En medio de esta traviesa hay un agujero cuadrado que deja pasar la luz, si luz puede llamarse el resplandor blanquecino y terroso que se agarra por aquí y por allá a los ángulos de la bóveda: ese vago y horrible aparato es una horca; esos recortes han sido hechos, en efecto, por cadenas patibularias; ese agujero dejaba pasar la cuerda para el caso. Las dos escaleras del ajusticiado y del verdugo, que se aplicaban a los dos pilares, una frente á otra, han desaparecido; en frente de la horca había en el muro un boquete por donde se arrojaba el cadáver al lago; ese boquete ha sido tabicado (1), cambiándose en un nicho bajo, lleno de tinieblas, que hace una mancha negra al pie del muro. A dos pasos de este nicho sale la escalera de caracol que lleva a la sala de justicia, con su maciza puerta de roble apenas cepillado.

»La tercera sala se parece a la primera, sólo que es mucho más oscura; las troneras han sido tabicadas y se han transformado en tragaluces; en cada intercolumnio había un calabozo; se han echado abajo los tabiques y los compartimientos, que de tantas miserias habían sido testigos durante tres siglos, se han borrado. El quinto de estos compartimientos es el que hizo célebre Bonnivard. No queda ya de su calabozo más que el pilar; de la cadena de sus pies, un anillo clavado en el pilar, y de la cadena de su cuello, un agujero en la piedra.

»El anillo de aquella cadena ha sido arrancado. Largo rato he permanecido como clavado yo mismo en ese pilar en torno del cual aquel librepensador ha estado dando vueltas como una fiera durante seis años. No podía acostarse, en la roca, sino con mucho trabajo y sin poder estirar sus miembros. No tenía más distracciones que las que tienen las fieras encerradas; gastaba con su talón la base del pilar. Yo he

(1) Hoy está abierto, y nosotros lo hemos visto así en 1908, en que hicimos el recorrido de Suiza, visitando Chillon.

puesto mi mano en el agujero que ha hecho así y marcaba, gastándolo con el pie, la saliente de granito donde su cadena le permitía alcanzar. Por todo horizonte tenía la asquerosa muralla de roca viva opuesta a la pared que se baña en el lago. ¡Esas eran las jaulas en que se aprisionaba el pensamiento en 1530!

»El primero de los cinco compartimientos no me interesó menos que el quinto. En el calabozo de Bonnivard ha habido inteligencia; en éste, abnegación. Un joven ginebrino, llamado Miguel Cotié, tenía afecto mezclado de admiración por el prior de San Víctor. Cuando supo que Bonnivard estaba en Chillon, quiso salvarle. Conocía Chillon por haber servido en él; se introdujo de nuevo y se hizo dar no sé qué tarea doméstica. Una imprudencia le descubrió. Fue cogido tratando de comunicar con Bonnivard. Le trataron como espía y le metieron en un calabozo (el primero a la derecha según se entra). Le hubieran colgado; pero el duque de Saboya quería confesiones que comprometiesen a Bonnivard. Cotié resistió valientemente la tortura. Una noche intentó escaparse; serró su cadena y atravesó su pared con un agujero; trepó hasta uno de los tragaluces y arrancó un barrote de hierro. Allí se creyó salvado. La noche era muy negra. Se arrojó al lago. No había vivido en Chillon más que en el verano, y había observado que el agua del lago subía a unos pies por bajo de los tragaluces; pero era en invierno, y en invierno no hay fundición de nieves, y el agua del lago baja y deja a descubierto las rocas en que se halla encajado Chillon. No las vió, y se estrelló en ellas. Tal es la historia de Cotié.

»Sólo quedan de él algunos dibujos de carbón en las paredes. Son figuras de medio-natural que no dejan de tener estilo; un Cristo en la cruz casi borrado, una santa de rodillas con su leyenda en torno de la cabeza en caracteres góticos, un San Cristóbal (que he copiado, ya sabéis mi manía), y un San José.

La aventura de Cotié desmiente con gran pesar mío la tra-

dición *Christofori faciem,* etc. Su San Cristóbal no le ha salvado de muerte violenta.

»El tragaluz por donde se precipitó Miguel Cotié da frente al tercer pilar. Sobre este pilar ha escrito Byron su nombre con un antiguo punzón de mango de marfil encontrado en 1536, en la cámara del duque de Saboya, por los berneses que libertaron a Bonnivard. Aquel nombre *Byron,* grabado en la columna de granito en grandes letras algo inclinadas, lanza extraña irradiación en el calabozo.

»Eran las doce, yo estaba todavía en la cripta y dominaba el San Cristóbal. Levanto la vista por casualidad, y la bóveda era azul. El fenómeno de la gruta de azul se efectúa en los subterráneos de Chillon, y el lago de Ginebra lo hace tan bien como el Mediterráneo. Ya lo veis, Luis, la Naturaleza no olvida a nadie. No olvidaba a Bonnivard en su foso. Al mediodía convertía el subterráneo en palacio, tendiendo toda la bóveda con ese espléndido moaré azulado de que os hablaba hace un momento, y el Leman artesonaba el calabozo.

»Y luego enviaba al prisionero martines-pescadores que reían y jugaban en su tragaluz. Los duques de Saboya han desaparecido del castillo de Chillon; pero los martines-pescadores lo habitan siempre, sin que la horrible cripta les dé miedo, pues se diría que la creen edificada para ellos; entran atrevidamente por las troneras, y allí se abrigan, cuándo del sol, cuándo de la tormenta.

»Hay siete columnas en la cripta; había siete calabozos. Las gentes de Berna encontraron seis prisioneros, entre ellos Bonnivard, y los libertaron a todos, excepto a un asesino, llamado Albrignan, al que colgaron de la traviesa de la cámara negra. Es la última vez que ha servido allí la horca.

»Cada torre de Chillon podría contar sombrías aventuras: en una me han enseñado tres prisiones superpuestas: se entra en la de arriba por una puerta, y en las otras dos por una losa que se dejaba caer por el prisionero; el calabozo de abajo recibía algo de luz por un ventanillo; el calabozo intermedio no

tenía ni aire ni luz. Hace quince meses bajaron a él con cuerdas y encontraron en el suelo una capa de paja fina donde se notaba todavía el sitio que debió ocupar un cuerpo, y acá y allá osamentas humanas. El calabozo superior está *adornado* con esas lúgubres pinturas de prisioneros que parecen hechas con sangre: arabescos, flores, blasones, un palacio de frontón roto, estilo Renacimiento. Por su tragaluz el preso podía ver algo de follaje y de hierba en el foso.

»En otra torre después de algunos pasos sobre un piso carcomido que amenaza ruina, y donde está prohibido andar, he visto por un agujero cuadrado un abismo abierto en la masa misma de la torre. Son los *in pace* (1). Tienen noventa y un pies de profundidad, y su fondo estaba sembrado de puñales de punta. Allí se ha encontrado un esqueleto dislocado y una manta vieja de pelo de cabra, rayada de gris y negro, que tenían tirada en un rincón, y en la que yo tenía los pies mientras miraba el abismo.

»En otra torre había una cueva colmada. Lord Byron, en 1816, pidió permiso para registrarla; pero se lo negaron por no sé qué pretexto de arquitecto. Después la han desescombrado. Yo bajé a ella. Allí estaba la sepultura del duque Pedro de Saboya, uno de los grandes hombres de su tiempo, apellidado *El Pequeño Carlomagno* (dos palabras mal emparejadas, dicho sea de paso). El año 1268, el duque Pedro fue descendido con gran pompa a su sepulcro. Hoy tumba y duque han desaparecido. He visto la antigua puerta podrida del panteón sin goznes y sin cerradura apoyada en la pared bajo el cobertizo de un patio vecino; no queda del gran duque Pedro más que la huella cuadrada de la cabecera de su sarcófago, arrancado de la pared por los berneses.

(1) Las *oubliettes* famosas de la Edad Media, calabozos destinados a los condenados a prisión perpetua o a muerte lenta por hambre o por asfixia. En España, con tanto como han hablado de los horrores de la Inquisición, es donde menos había de estos calabozos, sepultura de vivos, frecuentes en el extranjero.

»Este patio vecino era por su parte un cementerio donde varios grandes señores saboyanos tenían sus tumbas. Ya no hay en él más que un poco de hierba y una vieja hiedra muerta, arrollada a una viga vieja descalzada.

»No he podido visitar la capilla que está llena de cartuchos de cañón. La cámara de los duques está encima del antiguo panteón. Los berneses habían hecho de ella el cuerpo de guardia. El humo de las pipas ha ennegrecido el techo artesonado, de cajones flordelisados y de nervaduras sembradas de cruces de plata. El oso de Berna está pintado en la chimenea; el escudo de Saboya esta tapado. Enseñan un agujero en la pared donde se dice que había un tesoro y de donde las gentes de Berna sacaron con grandes gritos de alegría, las hermosas orfebrerías del señor de Saboya. El hecho es que todos aquellos maravillosos vasos de Benvenuto y de Colomb debieron hacer admirable efecto rodando revueltos en un cuerpo de guardia. Desde ahí estáis viendo el cuadro. La habitación estaba adornada con una hermosa urna pintada al fresco, de cuya pintura quedan todavía algunas piernas y brazos visibles. La ventana es del siglo XV, bastante finamente esculpida al exterior.

»La puerta de la cámara ducal fue arrancada después del asalto. Me la enseñaron en un salón vecino, donde hay, entre paréntesis, algunas mesas curiosas y una hermosa chimenea. Es una puerta de roble macizo, forrada con corazas aplastadas sobre el yunque. En lo bajo de la puerta hay una abertura redonda biselada, por la que pasaba la boca de una falconeta. Una bala bernesa ha agujereado profundamente la armadura de hierro y se ha incrustado en el roble. Poniendo el dedo en el agujero se siente la bala.

»La sala de Justicia está próxima a la cámara ducal: figuraos una magnífica nave, con artesonado de cajones, caldeada por una chimenea inmensa, alegrada por diez o doce ventanas ojivales trilobuladas del siglo XIII y amueblada hoy con cañones, lo que no la desentona. Todas las salas abovedadas están llenas de balas, de bombas, de obuses y de cañones, al-

gunos de los cuales tienen todavía la forma monstruosa de los últimos siglos. Por las puertas entornadas se entreven esas formidables bocas de cobre que relucen en la sombra.

»Al extremo de la sala de Justicia está la cámara del tormento. A unos pies por debajo del techo, una gruesa viga la atraviesa de parte a parte. He visto en esta viga los tres agujeros por donde pasaba la cuerda de la estrapada. Esta viga se apoya en un pilar de madera, coronado por un delicioso capitel del siglo XIV, que ha estado pintado y dorado. La base del pilar a la que se amarraba al paciente, está desgarrada por quemaduras negras y profundas. Los instrumentos de tortura, al pasearse por la piel humana, tropezaban a veces con la madera, y de ahí esas asquerosas cicatrices. La habitación está alumbrada por una hermosa ventana ojival que rellena un paisaje deslumbrador.

»Una cosa notable es que el castillo de Chillon, aunque rodeado de agua, está preservado de toda humedad, hasta el punto de que se dejan las ventanas abiertas en invierno y en verano. En la primavera, los pajaritos vienen a fabricar sus nidos en las bocas de los obuses.»

IMPRESIONES Y NOTAS

Recuerdos del general Charette.—El señor de Meurville consagra en el *Correspondant* un estudio al bravo y simpático general Charette, jefe de los zuavos pontificios y legitimista a macha-martillo, hombre de carácter y nada adulador, como todos los de su temple, que sirven con hechos y no con palabras cortesanas. Charette iba todos los años a ofrecer sus respetos al conde de Chambord, en Venecia primero, hasta la anexión, y después en Goritz, en territorio austriaco. Un año, de vuelta de Venecia, al presentarse al Papa, Pío IX le dijo para bromearse de él: «—Llegáis de Venecia, ¿eh? Habéis ido a ver a vuestro rey. Sabemos todo eso.—Sí, Santísimo Padre;

siempre es para mí una dicha el verle.—¿Y qué dice aquel botarga? *(E che dice quel panzone?)* Charette, desconcertado por la palabreja, se sintió picado, y respondió audazmente: «Dice, Santísimo Padre, que Vuestra Santidad habla de la legitimidad desde que atacan la suya.»—Salid, ordenó Pío IX.—Charette salió temiendo las consecuencias de sus palabras. Pero, como era natural, no pasó nada.

Después de la derrota de la Commune, Thiers dispuso se licenciaran todos los voluntarios de la guerra franco-prusiana; pero quería conservar a Charette, con su regimiento de zuavos, y ofreció al pundonoroso general el reconocimiento de sus grados y de todos los suyos si aceptaba el servicio en el ejército permanente. Charette rehusó, alegando que, si bien la proposición les honraba mucho, él y sus oficiales querían permanecer siempre libres para acudir al primer llamamiento del Papa o del rey.—Pero, mi querido general—dijo Thiers,—si vuestro Papa es el último de los Papas-reyes y vuestro rey acaba de suicidarse con su proclama de Chambord.—Me permitiréis, señor Presidente, no ser de vuestra opinión.—Tres cuartos de hora estuvo Thiers trabajando por vencer la resistencia de Charette, sin conseguirlo. Al retirarse, el general Cissey, que había asistido a la entrevista, dijo a Charette.—El señor Thiers ha estado muy amable con usted.—No puedo menos de rendir homenaje a su benevolencia con nosotros; pero no podía convencerme.—Confiese usted, sin embargo, que es muy fuerte.—Lo reconozco, desde luego; pero ya ve usted, mi general, a mí me han tenido en el banquillo en Roma tres jesuítas durante tres horas, ¡y eran mucho más fuertes!—Cissey no pudo menos de soltar una carcajada, y al oirla, Thiers abrió la puerta y preguntó qué pasaba. Se lo explicaron, y Thiers rió no poco a su vez.—¡Ah, ah! Conque... ¿más fuertes que yo? ¡Buena es la historia!

***

El alma de los yanquis.—En los artículos dedicados por B. Van Vorst a la «Persecución de la felicidad en los Estados

Unidos», hay multitud de materiales aprovechables para formarse una idea de lo que es el alma de aquella complejidad de nación. El puritanismo de origen sobrevive en el fondo; en el siglo XVII Boston daba el tono, y la austeridad era corriente: el capitán Kimble, que vuelve a su casa después de tres años de ruda navegación, encuentra a la puerta a su mujer, y, sin poderse contener, la da un abrazo; al día siguiente tuvo que sufrir en la plaza pública dos horas de picota por la vergonzosa inconveniencia y por la violación del domingo, de que se había hecho culpable al abrazar públicamente a su mujer. Ese es el cimiento, y sobre lo que eso significa se ha levantado el edificio; la anécdota del americano, que vistió su piano para que no se le vieran las piernas o las patas, en su salón, quizá sea un cuento; pero muy recientemente los directores del Museo de Boston se han negado a colocar en el patio de honor una fuente admirable, porque la figura principal era una mujer desnuda.

A la edad de doce años, el joven yanqui, rico o pobre, torpe o listo, no tiene más pasión que los *sports, foot-ball,* polo *yachting,* etc. Sus héroes son los campeones, cuya vida conoce mejor que la de todos los grandes hombres. Esta pasión le dura toda la vida. Rockefeller y Carnegie juegan al *golf*, y el Presidente Taft, con sus 330 libras de peso, no deja pasar un día sin dar la vuelta a los *golf links*. El primer informe que se toma para veranear, es averiguar si hay en la comarca elegida sociedades de *sports*. Esa es otra característica del alma yanqui.

Carnegie, que es perito en materia de riqueza, dice: «Es preciso que un hombre gane dinero antes de gastarlo, y que sea egoísta antes que altruísta; la falta de dinero es signo de ignorancia, de suciedad, de enfermedad.» Y este hombre, pensando y obrando así, ha ganado trescientos millones de duros, y entonces se ha puesto a gastar y a fundar Universidades, hospitales, bibliotecas y museos. Así es el alma yanqui.

«La única mujer completamente insensible que hallarás en tu vida—dice un comerciante a su hijo—es la que figura en

los dollars (la efigie de la República); si quieres luchar con ella, deja a un lado el sentimiento.» Y lo hacen así. Y uno de los principios que se inculcan a todo joven que empieza es éste: «Cuando trabajes para otro, en cargo alto o bajo, trabaja como si fuera para ti mismo, pues así serás considerado y prosperarás.» Otros aforismos no menos provechosos y prácticos son los siguientes: «En cada uno de nosotros hay dos hombres: el que es y el que podía ser; hasta la muerte no se sabe quién enterrará a quién.—Cuando un joven os pide una cita, dadle una hora precisa; si se retrasa, no le esperéis; quien no es exacto para sus asuntos, menos lo será para los ajenos.—Si se os presenta un aspirante, decidle, en el curso de la conversación, que os escriba su nombre y sus señas, habiendo colocado en la mesa, de antemano, hermoso papel de cartas y unas hojas sueltas; si coge el papel intacto, ya sabéis quién es: un derrochador.—Preferid los hombres delgados o de peso medio; la mayor parte de los gordos ricos, han sido pobres y flacos antes de engordar.—Jamás preguntéis a nadie cuánto tiene, sino qué es lo que puede hacer; lo que hace de un hombre un financiero importante, no es el dinero que tiene en el Banco, sino las ideas que tiene en la cabeza.—No os asustéis de un error; nadie llega a buen tirador sin perder plomo; los tropezones son los estribos del éxito.—Hay gentes que esperan para levantarse a que se les llame; acordaos de que no hay despertadores para la hora única de vuestra ocasión.»

¿Es extraño que con tales principios sea Yankilandia lo que es?

*
* *

El escritor en América y en Europa.—Hopper, a su vuelta de América, establece esta distinción: «En América se ve uno despreciado por el hombre de negocios y las mujeres tontas, porque consideran la literatura como asunto de dinero. Se imita a los autores célebres; se viste, se come y se vive, como ellos. En Francia, el joven escritor se dice: «Trabajaré, ante

todo, por mi arte; poco me importa mi vida ni mi facha; lo importante para mí es lo que hago.» Puede vivir en un desván; nadie se cuida de semejante cosa, y se le respeta porque es un artista.

***

El cambio de edad en la mujer amada.—En los artículos que Finot ha dedicado en *La Revue* de su acertada dirección a *La muerte del eterno femenino*, hay alguna qne otra cosilla que espigar. Entre ellas está el fenómeno a que actualmente asistimos del retraso con que las mujeres son amadas por los hombres, retraso más perceptible en Francia que en ningún otro país, sin duda por la mayor duración de la vida media, y por la repugnancia de la familia francesa a cargarse de hijos.

Cuando Balzac, ayer como quien dice, proclamó el derecho al amor de la mujer de treinta años, casi produjo un escándalo. Un hombre de cuarenta y cuatro años pasaba entonces por un viejo, y poco antes, el filósofo Fourier reclamaba para las jóvenes mayores de diez y ocho años el derecho a... vestir imágenes, por considerar desesperada su suerte sentimental; los diez y ocho años eran en 1808 casi la edad crítica del matrimonio para Fourier, como lo fueron los treinta para Balzac ocho lustros después.

Esta edad, según Finot, se ha ampliado extraordinariamente, lo mismo para ellas que para ellos; todos llegan así al matrimonio con más madura experiencia de la vida, imponiéndose la mujer más por las cualidades sólidas de su inteligencia que por las efímeras de su belleza. Los griegos habían descubierto ya en Venus y en Urania los dos aspectos de la atracción sexual: la comunión serena de los corazones y la embriaguez de los sentidos. Cuando el otoño de la vida cubre con sus cenizas nuestras pasiones, ¡qué dulzura nos traería la diosa Urania resucitando en otra forma, nuestra desaparecida primavera, coronada por sus flores, sin el perfume atontador de la juventud, pero con el esplendor de las rosas abiertas! Urania

tiene también sus virtudes, y acompañándonos con su divino soplo, caldeará nuestros enfriados sentimientos y embellecerá nuestra existencia trabajada. ¿Quién no ha encontrado en su camino ese sér escogido de sentimientos escondidos en las profundidades de un corazón torturado por los crueles prejuicios que le condenan al destierro de los vivos?

El amor platónico fue en todo tiempo ridiculizado, porque Platón excluyó de él a las mujeres. Dejemos a la mujer que ha llegado a la edad incierta de amar, gastar los tesoros de ternura almacenados durante su vida, y resultará en la tierra mayor felicidad. En vez de una semimuerta arrebatada prematuramente a la existencia, hallaremos un sér de corazón y de razón; tendremos menos criaturas grotescas o monstruosas y más genios de la vida, ángeles-guías, ángeles consoladores. Pensemos en la doble decadencia del hombre que, llegado a la revuelta decisiva de la vida, se ve todavía trabajado por la necesidad de sentimientos. Los busca, y cree hallarlos en las fuentes envenenadas de una juventud, que se degrada al contacto de una senilidad, y que precipita su ruina. En lugar de eso, he aquí el jardín secreto de la mujer que se le ofrece, en la que nunca se ha fijado, resplandeciente de una belleza antes no vista, revelando todas las riquezas de la vida anterior. Dispensada de las turbaciones que Venus habrá cesado de excitar en su alma, la mujer esparcirá en torno nuestro más bondad radiante, más amistad amorosa. Imaginémonos a Diana que, bajo el dulce nombre de Selene, cubre con su protección a Endimión dormido: las caricias de la diosa se han hecho simples reflejos de su luz, y su beso no es más que un rayo de luna que resbala sobre el cuerpo iluminando las profundidades de nuestra alma.

***

El vestido de boda de D.ª Concepción Arenal.—Firmado por Carlos Cambronero, publica *Nuestro Tiempo* unos «Apuntes para la biografía de D.ª Concepción Arenal», de los que

extractamos la anécdota relativa a su traje de boda, pues todo lo que se refiera a la insigne e insuperable escritora de las *Cartas a un obrero y a un señor,* que debieran leerse en todas las tertulias del mundo, como en Inglaterra leen la Biblia, a continuación del sermón de la Montaña, es digno de interés.

Ultimado el expediente matrimonial de D.ª Concepción con D. Fernando García Carrasco en 1847, surgió un incidente inesperado. Desde su adolescencia, Concepción Arenal, para concurrir a las aulas libremente sin llamar la atención de sus compañeros de estudio, acostumbraba a vestir de hombre, y así había seguido vistiendo siempre, hasta el punto de no tener traje ninguno de mujer. Se expuso el caso al párroco, y éste se negó a bendecir la unión de dos personas que por sus vestidos parecían ser del mismo sexo. ¿Qué hacer? Los novios, personas ambas de mucho juicio, daban la razón al párroco. Pero el caso era que, como nadie había pensado en esta dificultad, y la boda estaba señalada para el día siguiente, no había tiempo de encargar un traje de boda, que tenía que hacerse en unas horas. «Así las cosas, dice Cambronero, encontróse mi padre con Carrasco en la calle a media tarde, exponiéndole éste el conflicto.—Os ahogaís en poca agua—dijo Cambronero.—Todo se reduce a que Conchita busque entre sus conocimientos una señora que tenga la estatura y forma de su cuerpo, y le preste para el caso un vestido negro, una mantilla y las ropas interiores correspondientes.—Ese ardid ya se nos ocurrió— repuso Carrasco;—pero repasando en la memoria la relación de las amigas de Concha, que no son muchas, no encuentro una cuyos vestidos puedan sacarnos del apuro.—Quedóse pensativo mi padre, y tras unos instantes, dando un abrazo a su amigo, exclamó con alegría:—Ya tengo resuelto el problema: los vestidos que indudablemente servirán a Conchita como hechos para ella, son los de María Antonia Cañizares, la mujer de Pepito Olózaga.

Pepito Olózaga era el hermano del famoso orador progresista D. Salustiano, el autor del emocionante discurso del

«¡Dios salve a la Reina! ¡Dios salve el país!», precursor de la Revolución de Septiembre. Carrasco conocía y trataba a don Salustiano; pero no tenía confianza para pedir a su cuñada un vestido para su novia. Cambronero, por fortuna, era muy amigo de Pepito Olózaga y de su señora, una amable cordobesa, que, apenas enterada del caso, aunque al pronto lo tomó a broma, se prestó gustosa al servicio que se le pedía, acomodando inmediatamente, en una canasta, traje, mantilla, ropa interior y cuantos avíos se necesitaban. Y así pudo D.ª Concepción Arenal casarse, con vestidos propios de su sexo, que devolvió a su propietaria una vez terminado el acto religioso. Después siguió vistiendo de hombre mucho tiempo, acostumbrando a tomar café con su marido en el café del Iris, hasta que más tarde se decidió o se resignó, para no chocar sin duda, a ponerse faldas.

***

Por qué D. Juan nació en España.—Aunque otra cosa parezca, nada hay más lógico que la Historia, cuando se saben analizar los hechos que la integran. El Sr. Gendarme ha dedicado dos volúmenes al estudio de *La leyenda de D. Juan,* y su evolución en la literatura, demostrando que el tipo novelesco de D. Juan, de que tanto partido ha sacado la leyenda, la novela, el drama y la escena lírica en todas las literaturas, debía aparecer en el siglo xvii, y en España precisamente.

¿Por qué? La idea del libertinaje no podía nacer en el mundo pagano, porque con el ejemplo que daban los dioses del Olimpo a los hombres, con los devaneos de Júpiter, los caprichos de Venus, y hasta los tropezones de Minerva y de Marte, el libertinaje, en el sentido de nuestra moral cristiana, no tenía razón de ser; la esclavitud, por otra parte, se oponía a que los atentados contra el pudor tuvieran el valor que después se les ha dado, fuera de su trascendencia puramente jurídica. En la Edad Media no podía tampoco tener cabida el libertinaje, tratándose de una sociedad que estaba atada por los lazos de la

religión, y obligada por sus convicciones al cumplimiento del deber. Sólo después de la protesta luterana, al afirmarse el individualismo frente a todo dogma religioso, político y social, podía surgir la figura de un D. Juan, para quien ni la religión, ni la ley, ni las costumbres tuvieran valor bastante para dominar los arranques de su libre albedrío. Por eso D. Juan aparece en el siglo XVII, cuando la Reforma está ya madura, y ha lanzado a todo viento la semilla de sus ideas. ¿Y dónde podía aparecer sino en España, la nación creadora de la Inquisición, descubridora del Nuevo Mundo, domeñadora de Europa, enemiga del protestantismo y triunfadora del mahometismo, cuna de héroes y de aventureros, de conquistadores y de bravos? Don Juan encarna el espíritu de la protesta contra toda traba allí donde esas trabas existen, donde las costumbres son austeras, el fanatismo de honda raigambre, las leyes duras, la fantasía soñadora, las mujeres recogidas, los hombres celosos de su honor, vidriosos y pendencieros. ¿Qué hubiera hecho D. Juan en la Francia de los Valois, ya corrompida en las gradas del trono, y llena de hugonotes? ¿Qué en Alemania, cuna y baluarte de la Reforma protestante? ¿Qué en la Italia de los Médicis y de León X, siempre apegada al paganismo, a pesar de su barniz cristiano? ¿Qué en la Inglaterra de los cuákeros y de Crómwell? No, el marco propio de D. Juan, el valiente, el despreocupado, el calavera, el espadachín, el conquistador, el romántico, el rumboso, era España. Don Juan y Don Quijote tenían que ser creaciones españolas, correspondientes a tipos positivos de la vida real, y lo fueron.

***

CRÍTICA MENUDA.—Abro al azar una novela de Montépin, *La señorita de compañía*, y en una sola página, la 130, encuentro los siguientes gazapos:

«Ha tomado muy a pecho mi defensa.» ¿Muy a pecho? ¿Quién habla así? Se dice «muy a pechos».

«Hasta después de mañana, pues.» Galicismo puro, digno de un estudiantillo de primer curso, que se agarra al Diccionario (a un mal Diccionario, que los hay), y traduce palabra por palabra. En castellano ese *apres demain* del francés lo expresamos por medio de nuestro *pasado mañana*. Y el «pues» al final, aunque muy castellano, es en esa posición, más vizcaíno que castellano. Hay que advertir que el traductor está tan encariñado con el «después de mañana», que en la misma página vuelve a decir: «Hasta después de mañana.»—«Nos espera a las dos después de mañana.»—«Después de mañana iremos a Mortfontaine.» Después de este machaqueo, ¿cómo extrañar que cualquier infeliz lector, de esos que creen en la infalibilidad de la letra de molde, emplee el «después de mañana», y hasta lo largue más tarde al público en cualquiera de sus partos intelectuales, si la afición o la ocasión le empujan por el camino del periodismo?

«Vuestro servicio será mal hecho.» Lo mal hecho es esa traducción. En castellano decimos: «estará mal hecho», «se hará mal», «harán mal», «quedará mal»; todo menos «será mal hecho».

«Mi tía y Felipe han hecho lo que han podido para descubrir trazas de esa niña.» En el traductor sí que se descubren trazas de cualquier cosa menos de inteligente en el manejo del castellano; se descubren *rastros, huellas,* pero no *trazas,* que es en este caso inaguantable galicismo.

«Comprobaciones de una gran importancia.» Sobra ese «una» que hace arrastrado el lenguaje, quitándole fuerza y elegancia. Del mismo tipo es la frase «su fisonomía revelaba una noble franqueza.»

«Ninguna de las respuestas recibidas han sido nada satisfactorias, y que hicieron inútiles sus investigaciones.» ¡Y áteme usted esa mosca por el rabo! Al mismo género de redacción disparatada corresponde la frase: «Nos aprovecharemos de este viaje para visitar la posada de Pontarmé, en donde habéis pasado algunas horas con el furgón de la Funeraria y

hacer sufrir un interrogatorio en forma a la posadera.» ¡El traductor sí que hace sufrir un tormento en forma a la lengua!

«El doctor no tiene más que un anciano criado.» Claro es que hay criados ancianos; pero no hay quien hable así. Si se trata de un criado que lleva en la casa mucho tiempo, se dirá: «un antiguo criado»; si se trata de un criado de mucha edad, se dirá «un criado viejo». Pero es seguro que a nadie se le ocurre decir «un anciano criado».

«Era claro como el día.» ¡No, amigo! Los franceses emplean *jour* con el valor de *día* y de *luz*. Montépin escribe bien *c'était clair comme le jour*; pero el traductor debió decir a su vez: «Era claro como la luz», y no hubiera dicho un disparate.

«Aceptaba las situaciones las más comprometedoras.» ¡Galicismo puro! El francés necesita poner el artículo ante los comparativos de superioridad o inferioridad para formar los superlativos e imperlativos correspondientes; pero nosotros, no; «un papier blanc, un papier plus blanc, le papier le plus blanc», dicen los franceses; pero nosotros decimos: «un papel blanco, un papel más blanco, el papel más blanco», y no «el papel el más blanco».

Perdono otras faltillas de menos bulto. Para una página es bastante. ¿El nombre del traductor para ponerlo en la picota? ¡Pobrecillo! Dejémoslo en el misterio, porque ¡hay tantos de su fuste por esas redacciones de Dios!

***

¿Mona Lisa o Monna Lisa?—Con motivo del robo de la *Joconda*, se ha traído y se ha llevado tanto el nombre de la mujer que sirvió de modelo a Leonardo de Vinci, que, como ocurre siempre en casos semejantes, se han lanzado a la venta perfumes, licores y productos de todas clases con ese nombre, tan pronto escrito *Monna Lisa* como *Mona Lisa*. Prensa y productores parecen haberse decidido por la segunda forma, y

así se ha puesto en circulación el «*Corsé Mona Lisa*» y el «perfume Mona Lisa». ¿De qué modo debe escribirse? Guillermo Apolinaire dice, con razón, que *Mona* es lisa y llanamente la hembra del mono, y *Monna* es la contracción familiar de *Madonna* o señora. Si se tratara de una mona llamada Lisa, estaría bien el nombre de *Mona Lisa;* pero como no se trata de una mona, sino de una señora, lo adecuado es escribir *Monna Lisa.*

***

El divorcio en los Estados Unidos.—En los Estados Unidos, como dondequiera que se ha establecido, el número de divorcios aumenta de un modo realmente alarmante; pero ahora no queremos hacer consideraciones morales ni sociales sobre tan lamentable hecho, sino recoger algunos curiosísimos motivos de divorcio, de los consignados oficialmente en el *Report of the Commission of labor.*

Entre los divorcios obtenidos a instancia de las mujeres, figuran los fundados en las siguientes acusaciones: «Después de veinte años de matrimonio, mi marido me ha dicho: Estás vieja y gastada, y ya no tengo gana de ti.»—«Durante toda nuestra vida de casados mi marido no me ha propuesto ni una sola vez dar un paseo en coche.»—«Mi marido no ha querido nunca cortarse las uñas de los pies, y como es muy inquieto, me araña con ellas por la noche.»—«Mi marido me ha cortado el pelo a la fuerza.»—«Mi marido me ha pellizcado la nariz hasta ponérmela como un tomate, lo que me ha mortificado mucho.»—«Mi marido estaba obligado a quedarse en cama por estar lisiado; me ha tirado los platos a la cabeza, y me ha amenazado con meterme la muleta en la boca.»

Entre los logrados a instancia de los maridos, no los hay menos pintorescos:—«Mi mujer—dice uno—no quiere nunca salir conmigo de paseo los domingos, y una vez me ha tirado la tetera a la cabeza y me ha tirado de los pelos (los pelos, dice Vost que figuraban como pieza de convicción en el plei-

to).»—«Al día siguiente de nuestro matrimonio, y estando yo todavía en la cama, mi mujer me ha pegado con el tacón de su zapato.»—«Mi mujer es pesadísima; pesa ciento noventa libras, y me ha pegado con una barra de hierro que me ha hundido una costilla.»—«Al volver de nuestro viaje de boda, mi mujer encontró en el tren un alemán que le gustaba mucho; se sentaron en la misma banqueta, y ella permitió al alemán que la abrazara y la besara, lo que me produjo una angustia mental muy grande (esta angustia es monumental).»—«Mi mujer me dijo un día: Me importa más el dedo meñique de X... que todo tu cuerpo; esta reflexión me ha hecho sufrir atrozmente.» (¡Pobrecillo!)

Hay maridos desahogados que corren parejas con estas esposas tan francctas; uno de ellos escribe a su mujer esta carta: «He tropezado aquí (durante un viaje) con una joven encantadora. Creo que la podré querer. Si tú me quieres, Mary, si me has querido alguna vez, hazme el favor de pedir el divorcio lo más pronto posible.»

También es digno de mención el caso de la rica huérfana que, para librarse de su tutor, a quien detesta, va un día al hospital y se casa con un desahuciado moribundo, a fin de lograr la emancipación de la tutela al quedarse viuda, pudiendo luego disponer plenamente de su fortuna. Pero el moribundo mejora después del casamiento y llega a ponerse bien; la mujer se llama a engaño, y pide el divorcio «por fraude y crueldad».

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

Mis maestros y mi educación: Memorias de juventud, por el doctor D. Federico Rubio..... 5

El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: De Dios á Dios, por Miguel de Unamuno..... 70

Un gran libro español de Filología, por José R. Lomba y Pedraja.. 96

Cruel destino (novela), por Leónidas Andreief..... 114

La literatura del día, por Luciano de Taxonera..... 135

La América Moderna, por Vicente Gay..... 153

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 174

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 284.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.043

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Fe, esperanza y caridad.

Sanctiusque ac reverentius visum de actis deorum credere quam scire.

TÁCITO, *Germania*, 34.

A este Dios cordial o vivo se llega, y se vuelve a Él cuando por el Dios lógico o muerto se le ha dejado, por camino de fe y no de convicción racional o matemática.

¿Y qué cosa es fe?

Así pregunta el catecismo de la doctrina cristiana que se nos enseñó en la escuela, y contesta así: creer lo que no vimos.

A lo que hace ya una docena de años corregí en un ensayo diciendo: «¡creer lo que no vimos, no!, sino creer lo que no vemos». Y antes os he dicho que creer en Dios es, en primera instancia al menos, querer que le haya, anhelar la existencia de Dios.

La virtud teologal de la fe es, según el Apostol Pablo, cuya definición sirve de base a las tradicionales disquisiciones cristianas sobre ella, «la sustancia de las cosas que se espera, la demostración de lo que no se ve.» ελπιζομενων ὑποστασις, πραγματων ελεγχὸς ου βλεπομενων (Hebreos XI, 1).

La sustancia, o más bien el sustento o base de la esperanza, la garantía de ella. Lo cual conexiona, y más que conexiona

subordina, la fe a la esperanza. Y de hecho no es que esperamos porque creemos, sino más bien que creemos porque esperamos. Es la esperanza en Dios, esto es, el ardiente anhelo de que haya un Dios que garantice la eternidad de la conciencia lo que nos lleva a creer en Él.

Pero la fe, que es al fin y al cabo algo compuesto en que entra un elemento conocitivo, lógico o racional juntamente con uno afectivo, biótico o sentimental, y en rigor irracional, se nos presenta en forma de conocimiento. Y de aquí la insuperable dificultad de separarla de un dogma cualquiera. La fe pura, libre de dogmas, de que tanto escribí en un tiempo, es un fantasma. Ni con inventar aquello de la fe en la fe misma se salía del paso. La fe necesita una materia en que ejercerse.

El creer es una forma de conocer, siquiera no fuese otra cosa que conocer nuestro anhelo vital y hasta formularlo. Sólo que el término creer tiene en nuestro lenguaje corriente una doble y hasta contradictoria significación, queriendo decir, por una parte el mayor grado de adhesión de la mente a un conocimiento como verdadero, y de otra parte una débil y vacilante adhesión. Pues si en un sentido creer algo es el mayor asentimiento que cabe dar, la expresión «creo que sea así, aunque no estoy de ello seguro,» es corriente y vulgar.

Lo cual responde a lo que respecto a la incertidumbre, como base de la fe, dijimos. La fe más robusta, en cuanto distinta de todo otro conocimiento que no sea *pístico* o de fe—fiel como si dijéramos,—se basa en incertidumbre. Y es porque la fe, la garantía de lo que se espera, es, más que adhesión racional a un principio teórico, confianza en la persona que nos asegura algo. La fe supone un elemento personal objetivo. Mas bien que creemos algo, creemos a alguien que nos promete o asegura esto o lo otro. Se cree a una persona y a Dios en cuanto persona y personalización del Universo.

Este elemento personal, o religioso, en la fe es evidente. La fe, suele decirse, no es en sí ni un conocimiento teórico o adhesión racional a una verdad, ni se explica tampoco su-

ficientemente su esencia por la confianza en Dios. «La fe es la sumisión íntima a la autoridad espíritual de Dios, la obediencia inmediata. Y en cuanto esta obediencia es el medio de alcanzar un principio racional es la fe una convicción personal.» Así dice Seeberg (1).

La fe que definió San Pablo, la πιστις, *pistis* griega, se traduce mejor por confianza. La voz *pistis*, en efecto, procede del verbo πειθω *peitho*, que si en su voz activa significa persuadir, en la media equivale a confiar en uno, hacerle caso, fiarse en él, obedecer. Y fiarse, *fidare se*, procede del tema *fid*—de donde *fides*, fe, y de donde también confianza. Y el tema griego πιθ— *pith*—y el latino *fid*—parecen hermanos. Y en resolución, que la voz misma fe lleva en su origen implícito el sentido de confianza, de rendimiento a una voluntad ajena, a una persona. Sólo se confía en las personas. Confíase en la Providencia que concebimos como algo personal y conciente, no en el Hado, que es algo impersonal. Y así se cree en quien nos dice la verdad, en quien nos da la esperanza; no en la verdad misma directa e inmediatamente, no en la esperanza misma.

Y este sentido personal o más bien personificante de la fe, se delata hasta en sus formas más bajas, pues es el que produce la fe en la ciencia infusa, en la inspiración, en el milagro. Conocido es, en efecto, el caso de aquel médico parisiense que al ver que en su barrio le quitaba un curandero la clientela, trasladóse a otro, al más distante, donde por nadie era conocido, anunciándose como curandero y conduciéndose como tal. Y al denunciarle por ejercicio ilegal de la medicina, exhibió su título, viniendo a decir poco más o menos esto: «Soy médico, pero si como tal me hubiese anunciado, no habría obtenido la clientela que como curandero tengo; mas ahora, al saber mis clientes que he estudiado medicina y poseo título de médico, huirán de mí a un curandero que les ofrezca la garantía

(1) Reinhold Seeberg: *Christlich-protestantische Ethik*, en la *Systematische christliche Religión* de la colección *Die Kultur der Gegenwart*.

de no haber estudiado, de curar por inspiración.» Y es que se desacredita el médico a quien se le prueba que no posee título ni hizo estudios, y se desacredita al curandero a quien se le prueba que los hizo y que es médico titulado. Porque unos creen en la ciencia, en el estudio, y otros creen en la persona, en la inspiración y hasta en la ignorancia.

«Hay una distinción en la geografía del mundo que se nos presenta cuando establecemos los diferentes pensamientos y deseos de los hombres respecto a su religión. Recordemos cómo el mundo todo está en general dividido en dos hemisferios por lo que a esto hace. Una mitad del mundo, el gran Oriente oscuro, es místico. Insiste en no ver cosa alguna demasiado claro. Poned distinta y clara una cualquiera de las grandes ideas de la vida, e inmediatamente le parece al oriental que no es verdadera. Tiene un instinto que le dice que los más vastos pensamientos son demasiado vastos para la mente humana, y que si se presentan en formas de expresión que la mente humana puede comprender, se violenta su naturaleza y se pierde su fuerza. Y por otra parte, el occidental exige claridad y se impacienta con el misterio. Le gusta una proposición definida tanto como a su hermano del Oriente le desagrada. Insiste en saber lo que significan para su vida personal las fuerzas eternas e infinitas, cómo han de hacerle personalmente más feliz y mejor, y casi cómo han de construir la casa que le abrigue y cocerle la cena en el fogón... Sin duda hay excepciones; místicos en Boston y San Luis, hombres atenidos a los hechos en Bombay y Calcuta. Ambas disposiciones de ánimo no pueden estar separadas una de otra por un océano o una cordillera. En ciertas naciones y tierras, como, por ejemplo, entre los judíos y en nuestra propia Inglaterra, se mezclan mucho. Pero en general, dividen así el mundo. El Oriente cree en la luz de luna del misterio; el Occidente, en el mediodía del hecho científico. El Oriente pide al Eterno vagos impulsos; el Occidente coje el presente con lijera mano y no quiere soltarlo hasta que le dé motivos razonables, inteligibles. Cada uno de ellos en-

tiende mal al otro, desconfía de él, y hasta en gran parte le desprecia. Pero ambos hemisferios juntos, y no uno de ellos por sí, forman el mundo todo.» Así dijo en uno de sus sermones el Rev. Philips Brooks, obispo que fue de Massachusets, el gran predicador unitariano (v. *The mistery of iniquity and othev, sermons*, sermón XII).

Podríamos más bien decir que en el mundo todo, lo mismo en Oriente que en Occidente, los racionalistas buscan la definición y creen en el concepto, y los vitalistas buscan la inspiración y creen en la persona. Los unos estudian el Universo para arrancarle sus secretos; los otros rezan a la Conciencia del Universo, tratan de ponerse en relación inmediata con el Alma del mundo, con Dios, para encontrar garantía o sustancia a lo que esperan, que es no morirse, y demostración de lo que no ven.

Y como la persona es una voluntad y la voluntad se refiere siempre al porvenir, el que cree, cree en lo que vendrá, esto es, en lo que espera. No se cree, en rigor, lo que es y lo que fue, sino como garantía, como sustancia de lo que será. Creer el cristiano en la resurrección de Cristo, es decir, creer a la tradición y al Evangelio—y ambas potencias son personales—que le dicen que el Cristo resucitó, es creer que resucitará él un día por la gracia de Cristo. Y hasta la fe científica, pues la hay, se refiere al porvenir y es acto de confianza. El hombre de ciencia cree que en tal día venidero se verificará un eclipse de sol, cree que las leyes que hasta hoy han regido al mundo seguirán rigiéndolo.

Creer, vuelvo a decirlo, es dar crédito a uno, y se refiere a persona. Digo que sé que hay un animal llamado caballo, y que tiene estos y aquellos caracteres, porque lo he visto, y que creo en la existencia del llamado girafa u ornitorrinco, y que es de este o el otro modo, porque creo a los que aseguran haberlo visto. Y de aquí el elemento de incertidumbre que la fe lleva consigo, pues una persona puede engañarse o engañarnos.

Mas, por otra parte, este elemento personal de la creencia

le da un carácter afectivo, amoroso, y sobre todo, en la fe religiosa, el referirse a lo que se espera. Apenas hay quien sacrificara la vida por mantener que los tres ángulos de un triángulo valgan dos rectos, pues tal verdad no necesita del sacrificio de nuestra vida; mas, en cambio, muchos han perdido la vida por mantener su fe religiosa, y es que los mártires hacen la fe más aún que fe los mártires. Pues la fe no es la mera adhesión del intelecto a un principio abstracto, no es el reconocimiento de una verdad teórica en que la voluntad no hace sino movernos a entender; la fe es cosa de la voluntad, es movimiento del ánimo hacia una verdad práctica, hacia una persona, hacia algo que nos hace vivir y no tan sólo comprender la vida (1).

La fe nos hace vivir mostrándonos que la vida, aunque dependa de la razón, tiene en otra parte su manantial y su fuerza, en algo sobrenatural y maravilloso. Un espíritu singularmente equilibrado y muy nutrido de ciencia, el del matemático Cournot, dijo ya que es la tendencia a lo sobrenatural y a lo maravilloso lo que da vida, y que a falta de eso, todas las especulaciones de la razón no vienen a parar sino a la aflicción de espíritu. *(Traité de l'enchainement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire*, § 329.) Y es que queremos vivir.

Mas, aunque decimos que la fe es cosa de la voluntad, mejor sería acaso decir que es la voluntad misma, la voluntad de no morir, o más bien otra potencia anímica distinta de la inteligencia, de la voluntad y del sentimiento. Tendríamos, pues, el sentir, el conocer, el querer y el creer, o sea crear. Porque ni el sentimiento, ni la inteligencia, ni la voluntad crean, sino que se ejercen sobre materia dada ya, sobre materia dada por la fe. La fe es el poder creador del hombre. Pero como tiene más íntima relación con la voluntad que con cual-

(1) Cotéjese Santo Tomás: *Summa*, Secunda secundae, quaestio 4, art. 2.

quiera otra de las potencias, la presentamos en forma volitiva. Adviértase, sin embargo, como querer creer, es decir, querer crear, no es precisamente creer o crear, aunque sí comienzo de ello.

La fe es, pues, si no potencia creativa, flor de la voluntad, y su oficio crear. La fe crea, en cierto modo, su objeto. Y la fe en Dios consiste en crear a Dios, y como es Dios el que nos da la fe en El, es Dios el que se está creando a sí mismo de continuo en nosotros. Por lo que dijo San Agustín: «Te buscaré, Señor, invocándote, y te invocaré creyendo en Ti. Te invoca, Señor, mi fe, la fe que me diste, que me inspiraste con la humanidad de tu Hijo, por el ministerio de tu predicador.» *(Confesiones,* lib. I, cap. I.) El poder de crear un Dios a nuestra imagen y semejanza, de personalizar el Universo, no significa otra cosa sino que llevamos a Dios dentro, como sustancia de lo que esperamos, y que Dios nos está de continuo creando a su imagen y semejanza.

Y se crea a Dios, es decir, se crea Dios a sí mismo en nosotros por la compasión, por el amor. Creer en Dios es amarle y temerle con amor, y se empieza por amarle aun antes de conocerle, y amándole es como se acaba por verle y descubrirle en todo.

Los que dicen creer en Dios, y ni le aman ni le temen, no creen en El, sino en aquellos que les han enseñado que Dios existe, los cuales, a su vez con harta frecuencia, tampoco creen en El. Los que sin pasión de ánimo, sin congoja, sin incertidumbre, sin duda, sin la desesperación en el consuelo, creen creer en Dios, no creen sino en la idea Dios, mas no en Dios mismo. Y así como se cree en El por amor, puede también creerse por temor, y hasta por odio, como creía en El aquel ladrón Vanni Fucci, a quien el Dante hace insultarle con torpes gestos desde el Infierno. (Inf. XXV, 1. 3.) Que también los demonios creen en Dios, y muchos ateos.

¿No es, acaso, una manera de creer en El esa furia con que le niegan y hasta le insultan los que no quieren que le

haya, ya que no logran creer en El? Quieren que exista como lo quieren los creyentes; pero siendo hombres débiles y pasivos o malvados, en quienes la razón puede más que la voluntad, se sienten arrastrados por aquélla, bien a su íntimo pesar, y se desesperan y niegan por desesperación, y al negar, afirman y crean lo que niegan, y Dios se revela en ellos, afirmándose por la negación de sí mismo.

Mas a todo esto se me dirá que enseñar que la fe crea su objeto es enseñar que el tal objeto no lo es sino para la fe, que carece de realidad objetiva fuera de la fe misma; como por otra parte, sostener que hace falta la fe para contener o para consolar al pueblo, es declarar ilusorio el objeto de la fe. Y lo cierto es que creer en Dios es hoy, ante todo y sobre todo, para los creyentes intelectuales querer que Dios exista.

Querer que exista Dios, y conducirse y sentir como si existiera. Y por este camino de querer su existencia, y obrar conforme a tal deseo, es como creamos a Dios, esto es, como Dios se crea en nosotros, como se nos manifiesta, se abre y se revela a nosotros. Porque Dios sale al encuentro de quien le busca con amor y por amor, y se hurta de quien le inquiere por fría razón no amorosa. Quiere Dios que el corazón descanse, pero que no descanse la cabeza, ya que en la vida física duerme y descansa a veces la cabeza, y vela y trabaja arreo el corazón. Y así, la ciencia sin amor, nos aparta de Dios y el amor, aun sin ciencia y acaso mejor sin ella, nos lleva a Dios; y por Dios a la sabiduría. ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios!

Y si se me preguntara cómo creo en Dios, es decir, cómo Dios se crea en mí mismo y se me revela, tendré acaso que hacer sonreir, reir o escandalizarse tal vez al que se lo diga.

Creo en Dios como creo en mis amigos, por sentir el aliento de su cariño y su mano invisible o intangible que me trae y me lleva y me estruja, por tener íntima conciencia de una providencia particular y de una mente universal que me traza mi

propio destino. Y el concepto de la ley—¡concepto al cabo!—nada me dice ni me enseña.

Una y otra vez durante mi vida heme visto en trance de suspensión sobre el abismo; una y otra vez heme encontrado sobre encrucijadas en que se me abría un haz de senderos, tomando uno de los cuales renunciaba a los demás, pues que los caminos de la vida son irrevertibles, y una y otra vez en tales únicos momentos he sentido el empuje de una fuerza conciente, soberana y amorosa. Y abrésele a uno luego la senda del Señor.

Puede uno sentir que el Universo le llama y le guía como una persona a otra, oir en su interior su voz sin palabras que le dice: ¡Ve y predica a los pueblos todos! ¿Cómo sabéis que un hombre que se os está delante tiene una conciencia como vosotros, y que también la tiene, más o menos oscura, un animal y no una piedra? Por la manera como el hombre, a modo de hombre, a vuestra semejanza se conduce con vosotros, y la manera como la piedra no se conduce para con vosotros, sino que sufre vuestra conducta. Pues así es como creo que el Universo tiene una cierta conciencia como yo, por la manera como se conduce conmigo humanamente, y siento que una personalidad me envuelve.

Ahí está una masa informe; parece una especie de animal; no se le distinguen miembros; sólo veo dos ojos, y ojos que me miran con mirada humana, de semejante, mirada que me pide compasión, y oigo que respira. Y concluyo que en aquella masa informe hay una conciencia. Y así, y no de otro modo, mira al creyente el cielo estrellado, con mirada sobrehumana, divina, que le pide suprema compasión y amor supremo, y oye en la noche serena la respiración de Dios que le toca en el cogollo del corazón, y se revela a él. Es el Universo que vive, sufre, ama y pide amor.

De amar estas cosillas de tomo que se nos van como se nos vinieron, sin tenernos apego alguno, pasamos a amar las cosas más permanentes y que no pueden agarrarse con las manos;

de amar los bienes pasamos a amar el Bien; de las cosas bellas, a la Belleza, de lo verdadero, a la Verdad; de amar los goces, a amar la Felicidad, y, por último, a amar al Amor. Se sale uno de sí mismo para adentrarse más en su Yo supremo; la conciencia individual se nos sale a sumergirse en la Conciencia total de que forma parte, pero sin disolverse en ella. Y Dios no es sino el Amor que surge del dolor universal y se hace conciencia.

Aun esto, se dirá, es moverse en un cerco de hierro, y tal Dios no es objetivo. Y aquí convendría darle a la razón su parte y examinar que sea eso de que algo existe, es objetivo.

¿Qué es, en efecto, existir, y cuándo decimos que una cosa existe? Existir es ponerse algo de tal modo fuera de nosotros, que precediera a nuestra percepción de ello y pueda subsistir fuera cuando desaparezcamos. Y estoy acaso seguro de que algo me precediera o de que algo me ha de sobrevivir? ¿Puede mi conciencia saber que hay algo fuera de ella? Cuanto conozco o puedo conocer está en mi conciencia. No nos enredemos, pues, en el insoluble problema de otra objetividad de nuestras percepciones, sino que existe cuanto obra, y existir es obrar.

Y aquí volverá a decirse que no es Dios, sino la idea de Dios, la que obra en nosotros. Y diremos que Dios por su idea, y más bien muchas veces por sí mismo. Y volverán a redargüirnos pidiéndonos pruebas de la verdad objetiva de la existencia de Dios, pues que pedimos señales. Y tendremos que preguntar con Pilato: ¿qué es la verdad?

Así preguntó, en efecto, y sin esperar respuesta, volvióse a lavarse las manos para sincerarse de haber dejado condenar a muerte al Cristo. Y así preguntan muchos qué es verdad sin ánimo alguno de recibir respuesta, y sólo para volverse a lavarse las manos del crimen de haber contribuído a matar a Dios de la propia conciencia o de las conciencias ajenas.

¿Qué es verdad? Dos clases hay de verdad, la lógica u objetiva, cuyo contrario es el error, y la moral subjetiva a que se

opone la mentira. Y ya en otro ensayo he tratado de demostrar cómo el error es hijo de la mentira (1).

La verdad moral, camino para llegar a la otra, también moral, nos enseña a cultivar la ciencia, que es ante todo y sobre todo una escuela de sinceridad y de humildad. La ciencia nos enseña, en efecto, a someter nuestra razón a la verdad y a conocer y a juzgar las cosas como ellas son; es decir, como ellas quieren ser, y no como nosotros queremos que ellas sean. En una investigación religiosamente científica, son los datos mismos de la realidad, son las percepciones que del mundo recibimos las que en nuestra mente llegan a formularse en ley, y no somos nosotros los que las formulamos. Son los números mismos los que en nosotros hacen matemáticas. Y es la ciencia la más recojida escuela de resignación y de humildad, pues nos enseña a doblegarnos ante el hecho, al parecer, más menudo. Y es pórtico de la religión; pero dentro de ésta, su función acaba.

Y es que así como hay verdad lógica a que se opone el error y verdad moral a que se opone la mentira, hay también verdad estética o verosimilitud a que se opone el disparate, y verdad religiosa o de esperanza a que se opone la inquietud de la desesperanza absoluta. Pues ni la verosimilitud estética, la de lo que cabe expresar con sentido, es la verdad lógica, la de lo que se demuestra con razones, ni la verdad religiosa, la de la fe, la sustancia de lo que se espera, equivale a la verdad moral, sino que se le sobrepone. El que afirma su fe a base de incertidumbre, no miente ni puede mentir.

Y no sólo no se cree con la razón ni aun sobre la razón o por debajo de ella, sino que se cree contra la razón. La fe religiosa, habrá que decirlo una vez más, no es ya tan sólo irracional, es contra-racional. «La poesía es la ilusión antes del conocimiento; la religiosidad, la ilusión después del conoci-

(1) En mi ensayo «¿Qué es verdad?», publicado en esta misma Revista, número de Marzo de 1906, tomo 207.

miento. La poesía y la religiosidad suprimen el vaudeville de la mundana sabiduría de vivir. Todo individuo que no vive o poética o religiosamente es tonto.» Así nos dice Kierkegaard (*Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift*, cap. 4, sect. II, A § 2), el mismo que nos dice también que el cristianismo es una salida desesperada. Y así es, pero sólo mediante la desesperación de esta salida podemos llegar a la esperanza, a esa esperanza cuya ilusión vitalizadora sobrepuja a todo conocimiento racional, diciéndonos que hay siempre algo irreductible a la razón. Y de ésta, de la razón, puede decirse lo que del Cristo, y es que quien no está con ella, está contra ella. Lo que no es racional, es contra-racional. Y así es la esperanza.

Por todo este camino llegamos siempre a la esperanza.

El misterio del amor, que lo es de dolor, tiene una forma misteriosa, que es el tiempo. Atamos el ayer al mañana con eslabones de ansia, y no es el ahora, en rigor, otra cosa que el esfuerzo del antes por hacerse después; no es el presente, sino el empeño del pasado por hacerse porvenir. El ahora es un punto que no bien pronunciado se disipa y, sin embargo, en ese punto está la eternidad toda, sustancia del tiempo.

Cuanto ha sido no puede ya ser sino como fue, y cuanto es no puede ser sino como es; lo posible queda siempre relegado a lo venidero, único reino de libertad y en que la imaginación, potencia creadora y libertadora, carne de la fe, se mueve a sus anchas.

El amor mira y tiende siempre al porvenir, pues que su obra es la obra de nuestra perpetuación; lo propio del amor es esperar, y sólo de esperanzas se mantiene. Y así que el amor ve realizado su anhelo, se entristece y descubre al punto que no es su fin propio aquello a que tendía, y que no se lo puso Dios sino como señuelo para moverle a la obra; que su fin está más allá, y emprende de nuevo tras él su afanosa carrera de engaños y desengaños por la vida. Y va haciendo recuerdos de sus esperanzas fallidas, y saca de esos recuerdos nuevas esperanzas. La cantera de las visiones de nuestro porvenir está en los

soterraños de nuestra memoria; con recuerdos nos fragua la imaginación esperanzas. Y es la humanidad como una moza henchida de anhelos, hambrienta de vida y sedienta de amor, que teje sus días con ensueños, y espera, espera siempre, espera sin cesar al amador eterno, que por estarle destinado desde antes de antes, desde mucho más atrás de sus remotos recuerdos, desde allende la cuna hacia el pasado, ha de vivir con ella y para ella, después de después, hasta mucho más allá de sus remotas esperanzas, hasta allende la tumba, hacia el porvenir. Y el deseo más caritativo para con esta pobre enamorada es, como para con la moza que espera siempre a su amado, que las dulces esperanzas de la primavera de su vida se le conviertan, en el invierno de ella, en recuerdos más dulces todavía y recuerdos engendradores de esperanzas nuevas. ¡Qué jugo de apacible felicidad, de resignación al destino debe dar en los días de nuestro sol más breve el recordar esperanzas que no se han realizado aún, y que por no haberse realizado conservan su pureza!

El amor espera, espera siempre sin cansarse nunca de esperar, y el amor a Dios, nuestra fe en Dios, es ante todo esperanza en Él. Porque Dios no muere, y quien espera en Dios, vivirá siempre. Y es nuestra esperanza fundamental, la raíz y tronco de nuestras esperanzas todas, la esperanza de la vida eterna.

Y si es la fe la sustancia de la esperanza, ésta es a su vez la forma de la fe. La fe antes de darnos esperanza es una fe informe, vaga, caótica, potencial, no es sino la posibilidad de creer, anhelo de creer. Mas hay que creer en algo, y se cree en lo que se espera, se cree en la esperanza. Se recuerda el pasado, se conoce el presente, sólo se cree en el porvenir. Creer lo que no vimos es creer lo que veremos. La fe es, pues, lo repito, fe en la esperanza; creemos lo que esperamos.

El amor nos hace creer en Dios, en quien esperamos, y de quien esperamos la vida futura; el amor nos hace creer en lo que el ensueño de la esperanza nos crea.

La fe es nuestro anhelo a lo eterno, a Dios, y la esperanza es el anhelo de Dios, de lo eterno, de nuestra divinidad, que viene al encuentro de aquélla y nos eleva. El hombre aspira a Dios por la fe, y le dice: «Creo, ¡dame, Señor, en qué creer!» Y Dios, su divinidad, le manda la esperanza en otra vida para que crea en ella. La esperanza es el premio a la fe. Sólo el que cree espera de verdad, y sólo el que de verdad espera, cree. No creemos sino lo que esperamos, ni esperamos sino lo que creemos.

Fue la esperanza la que llamó a Dios Padre, y es ella la que sigue dándole ese nombre preñado de consuelo y de misterio. El padre nos dió la vida y nos da el pan para mantenerla, y al padre pedimos que nos la conserve. Y si el Cristo fue el que a corazón más lleno y a boca más pura llamó Padre a su padre y nuestro, si el sentimiento cristiano se encumbra en el sentimiento de la paternidad de Dios, es porque en el Cristo sublimó el linaje humano su hambre de eternidad.

Se dirá tal vez que este anhelo de la fe, que esta esperanza es, más que otra cosa, un sentimiento estético. Lo informa también acaso, pero sin satisfacerle del todo.

En el arte, en efecto, buscamos un remedo de eternización. Si en lo bello se aquieta un momento el espíritu, y descansa y se alivia, ya que no se le cure la congoja, es por ser lo bello revelación de lo eterno, de lo divino de las cosas, y la belleza no sino la perpetuación de la momentaneidad. Que así como la verdad es el fin del conocimiento racional, así la belleza es el fin de la esperanza, acaso irracional en su fondo.

Nada se pierde, nada pasa del todo, pues que todo se perpetúa de una manera o de otra, y todo, luego de pasar por el tiempo vuelve, a la eternidad. Tiene el mundo temporal raíces en la eternidad, y allí está junto el ayer con el hoy y el mañana. Ante nosotros pasan las escenas como en un cinematógrafo, pero la cinta permanece una y entera más allá del tiempo.

Dicen los físicos que no se pierde un solo pedacito de materia ni un solo golpecito de fuerza, sino que uno y otro se

trasforman y trasmiten persistiendo. ¿Y es que se pierde acaso forma alguna, por huidera que sea? Hay que creer—creerlo y esperarlo!—que tampoco, que en alguna parte quede archivada y perpetuada, que hay un espejo de eternidad en que se suman, sin perderse unas en otras, las imágenes todas que desfilan por el tiempo. Toda impresión que me llegue queda en mi cerebro almacenada, aunque sea tan hondo o con tan poca fuerza que se hunda en lo profundo de mi subconciencia; pero desde allí anima mi vida, y si mi espíritu todo, si el contenido total de mi alma se me hiciera conciente, resurgirían todas las fugitivas impresiones olvidadas no bien percibidas, y aun las que se me pasaron inadvertidas. Llevo dentro de mí todo cuanto ante mí desfiló y conmigo lo perpetúo, y acaso va todo ello en mis gérmenes, y viven en mí mis antepasados todos por entero, y vivirán, juntamente conmigo, en mis descendientes. Y voy yo tal vez, todo yo, con todo este mi universo, en cada una de mis obras, o por lo menos va en ellas lo esencial de mí, lo que me hace ser yo, mi esencia individual.

Y esta esencia individual de cada cosa, esto que la hace ser ella y no otra, ¿cómo se nos revela sino como belleza? ¿Qué es la belleza de algo si no es su fondo eterno, lo que une su pasado con su porvenir, lo que de ello reposa y queda en las entrañas de la eternidad? ¿O qué es más bien sino la revelación de su divinidad?

Y esta belleza, que es la raíz de eternidad, se nos revela por el amor, y es la más grande revelación del amor de Dios y la señal de que hemos de vencer al tiempo. El amor es quien nos revela lo eterno nuestro y de nuestros prójimos.

¿Es lo bello, lo eterno de las cosas, lo que despierta y enciende nuestro amor a ella, o es nuestro amor a las cosas lo que nos revela lo bello, lo eterno de ellas? ¿No es acaso la belleza una creación del amor, lo mismo que el mundo sensible lo es del instinto de conservación y el supresensible del de perpetuación y en el mismo sentido? ¿No es la belleza y la eternidad con ella una creación del amor? «Nuestro hombre exterior—

escribe el Apóstol, II Cor. IV, 16—se va desgastando, pero el interior se renueva de día en día.» El hombre de las apariencias que pasan se desgasta, y con ellas pasa; pero el hombre de la realidad queda y crece. «Porque lo que al presente es momentáneo y leve en nuestra tribulación, nos da un peso de gloria sobremanera alto y eterno» (vers. 17). Nuestro dolor nos da congoja, y la congoja, al estallar de la plenitud de sí misma, nos parece consuelo. «No mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas» (vers. 18).

Este dolor da esperanza, que es lo bello de la vida, la suprema belleza, o sea el supremo consuelo. Y como el amor es doloroso, es compasión, es piedad, la belleza surge de la compasión, y no es sino el consuelo temporal que ésta se busca. Trágico consuelo. Y la suprema belleza es la de la tragedia. Acongojados al sentir que todo pasa, que pasamos nosotros, que pasa lo nuestro, que pasa cuanto nos rodea, la congoja misma nos revela el consuelo de lo que no pasa, de lo eterno, de lo hermoso.

Y esta hermosura así revelada, esta perpetuación de la momentaneidad, sólo se realiza prácticamente, sólo vive por obra de la caridad. La esperanza en la acción es la caridad, así como la belleza en acción es el bien.

***

La raíz de la caridad que eterniza cuanto ama y nos saca la belleza en ello oculta, dándonos el bien, es el amor a Dios, o si se quiere, la caridad hacia Dios, la compasión a Dios. El amor, la compasión, lo personaliza todo, dijimos; al descubrir el sufrimiento en todo y personalizándolo todo, personaliza también al Universo mismo, que también sufre, y nos descubre a Dios. Porque Dios se nos revela porque sufre y porque sufrimos; porque sufre exige nuestro amor, y porque sufrimos nos da el suyo y cubre nuestra congoja con la congoja eterna e infinita.

Este fue el escándalo del cristianismo entre judíos y helenos, entre fariseos y estoicos, y éste, que fue su escándalo, el escándalo de la cruz, sigue siéndolo y lo seguirá aún entre cristianos; el de un Dios que se hace hombre para padecer y morir y resucitar por haber padecido y muerto, el de un Dios que sufre y muere. Y esta verdad de que Dios padece, ante la que se sienten aterrados los hombres, es la revelación de las entrañas mismas del Universo y de su misterio, la que nos reveló al enviar a su Hijo a que nos redimiese sufriendo y muriendo. Fue la revelación de lo divino del dolor, pues sólo es divino lo que sufre.

Y los hombres hicieron dios al Cristo, que padeció, y descubrieron por él la eterna esencia de un Dios vivo, humano, esto es, que sufre—sólo no sufre lo muerto, lo inhumano,—que ama, que tiene sed de amor, de compasión, que es persona. Quien no conozca al Hijo jamás conocerá al Padre, y al Padre sólo por el Hijo se le conoce; quien no conozca al Hijo del hombre, que sufre congojas de sangre y desgarramientos del corazón, que vive con el alma triste hasta la muerte, que sufre dolor que mata y resucita, no conocerá al Padre ni sabrá del Dios paciente.

El que no sufre, y no sufre porque no vive, es ese lógico y congelado *ens realissimum,* es el *primum movens*, es esa entidad impasible y por impasible no más que pura idea. La categoría no sufre, pero tampoco vive ni existe como persona. Y ¿cómo va a fluir y vivir el mundo desde una idea impasible? No sería sino idea del mundo mismo. Pero el mundo sufre y el sufrimiento es sentir la carne de la realidad, es sentirse de bulto y de tomo el espíritu, es tocarse a sí mismo, es la realidad inmediata.

El dolor es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues sólo sufriendo se es persona. Y es universal, y lo que a los seres todos nos une es el dolor, la sangre universal o divina que por todos circula. Eso que llamamos voluntad, ¿qué es sino dolor?

Y tiene el dolor sus grados, según se adentra; desde aquel dolor que flota en el mar de las apariencias, hasta la eterna congoja, la fuente del sentimiento trágico de la vida, que va a posarse en lo hondo de lo eterno, y allí despierta el consuelo; desde aquel dolor físico que nos hace retorcer el cuerpo, hasta la congoja religiosa, que nos hace acostarnos en el seno de Dios y recibir allí el riego de sus lágrimas divinas.

La congoja es algo mucho más hondo, más íntimo y más espiritual que el dolor. Suele uno sentirse acongojado hasta en medio de eso que llamamos felicidad y por la felicidad misma, a la que no se resigna y ante la cual tiembla. Los hombres felices que se resignan a su aparente dicha, a una dicha pasajera, creeríase que son hombres sin sustancia, o, por lo menos, que no la han descubierto en sí, que no se la han tocado. Tales hombres suelen ser impotentes para amar y para ser amados, y viven, en su fondo, sin pena ni gloria.

No hay verdadero amor sino en el dolor, y en este mundo hay que escojer o el amor, que es el dolor, o la dicha. Y el amor no nos lleva a otra dicha que a la del amor mismo, y su trágico consuelo de esperanza incierta. Desde el momento en que el amor se hace dichoso, se satisface, ya no desea y ya no es amor. Los satisfechos, los felices, no aman; aduérmense en la costumbre, rayana en el anonadamiento. Acostumbrarse es ya empezar a no ser. El hombre es tanto más hombre, esto es, tanto más divino, cuanta más capacidad para el sufrimiento, o mejor dicho, para la congoja, tiene.

Al venir al mundo, dásenos a escojer entre el amor y la dicha, y queremos—¡pobrecillos!—uno y otra: la dicha de amar y el amor de la dicha. Pero debemos pedir que se nos dé amor y no dicha, que no se nos deje adormecernos en la costumbre, pues podríamos dormirnos del todo, y, sin despertar, perder conciencia para no recobrarla. Hay que pedir a Dios que se sienta uno en sí mismo, en su dolor.

¿Qué es el Hado, qué la Fatalidad, sino la hermandad del amor y el dolor, y ese terrible misterio de que, tendiendo el

amor a la dicha, así que la toca se muere, y se muere la verdadera dicha con él? El amor y el dolor se engendran mutuamente, y el amor es caridad y compasión, y amor que no es caritativo y compadeciente no es tal amor. Es el amor, en fin, la desesperación resignada.

Eso que llaman los matemáticos un problema de máximos y mínimos, lo que también se llama ley de economía, es la fórmula de todo movimiento existencial, esto es, pasional. En mecánica material y en la social, en industria y economía política, todo el problema se reduce a lograr el mayor resultado útil posible con el menor posible esfuerzo, lo más de ingresos con lo menos de gastos, lo más de placeres con lo menos de dolores. Y la fórmula terrible, trágica, de la vida íntima espiritual es, o lograr lo más de dicha con lo menos de amor, o lo más de amor con lo menos de dicha. Y hay que escojer entre una y otra cosa. Y estar seguro de que quien se acerque al infinito del amor, al amor infinito, se acerca al cero de la dicha, a la suprema congoja. Y en tocando a este cero, se está fuera de la miseria que mata. «No seas y podrás más que todo lo que es» —dice el maestro Fr. Juan de los Angeles en uno de sus *Diálogos de la conquista del reino de Dios.* (Dral. III, 8.)

Y hay algo más congojoso que el sufrir.

Esperaba aquel hombre, al recibir el tan temido golpe, haber de sufrir tan reciamente como hasta sucumbir al sufrimiento, y el golpe le vino encima y apenas si sintió dolor; pero luego, vuelto en sí, al sentirse insensible, se sobrecojió de espanto, de un trágico espanto, del más espantoso, y gritó, ahogándose en angustia: «¡Es que no existo!» ¿Qué te aterraría más: sentir un dolor que te privase de sentido al atravesarte las entrañas con un hierro candente, o ver que te las atravesaban así, sin sentir dolor alguno? ¿No has sentido nunca el espanto, el horrendo espanto, de sentirte sin lágrimas y sin dolor? El dolor nos dice que existimos, el dolor nos dice que existen aquellos que amamos; el dolor nos dice que existe el mundo en que vivimos, y el dolor nos dice que existe y que sufre Dios;

pero es el dolor de la congoja, de la congoja de sobrevivir y ser eternos. La congoja nos descubre a Dios y nos hace quererle.

Creer en Dios es amarle, y amarle es sentirle sufriente, compadecerle.

Acaso parezca blasfemia esto de que Dios sufre, pues el sufrimiento implica limitación. Y, sin embargo, Dios, la Conciencia del Universo, está limitado por la materia bruta en que vive, por lo inconciente, de que trata de libertarse y de libertarnos. Y nosotros, a nuestra vez, debemos tratar de libertarle de ella. Dios sufre en todos y en cada uno de nosotros; en todas y en cada una de las conciencias, presas de la materia pasajera, y todos sufrimos en El. La congoja religiosa no es sino el divino sufrimiento, sentir que Dios sufre en mí, y que yo sufro en El.

El dolor universal es la congoja de todo por ser todo lo demás sin poder conseguirlo, de ser cada uno el que es, siendo a la vez todo lo que no es, y siéndolo por siempre. La esencia de un sér no es sólo el empeño en persistir por siempre, como nos enseñó Spinoza, sino, además, el empeño por universalizarse, es el hambre y sed de eternidad y de infinitud. Todo sér creado tiende no sólo a conservarse en sí, sino a perpetuarse, y además a invadir a todos los otros, a ser los otros sin dejar de ser él, a ensanchar sus linderos al infinito, pero sin romperlos. No quiere romper sus muros y dejarlo todo en tierra llana, comunal, indefensa, confundiéndose y perdiendo su individualidad, sino que quiere llevar sus muros a los extremos de lo creado y abarcarlo todo dentro de ellos. Quiere el máximo de individualidad con el máximo también de personalidad, aspira a que el Universo sea él, a Dios.

Y ese vasto yo, dentro del cual quiere cada yo meter al Universo, ¿qué es sino Dios? Y por aspirar a El le amo, y esa mi aspiración a Dios es mi amor a El, y como yo sufro por ser El, también El sufre por ser yo y cada uno de nosotros.

Bien sé que a pesar de mi advertencia, de que se trata

aquí de dar forma lógica a un sistema de sentimientos alógicos, seguirá más de un lector escandalizándose de que le hable de un Dios paciente, que sufre, y de que aplique a Dios mismo, en cuanto Dios, la pasión del Cristo. El Dios de la teología llamada racional excluye, en efecto, todo sufrimiento. Y el lector pensará que esto del sufrimiento no puede tener sino un valor metafórico aplicado a Dios, como le tiene, dicen, cuando el Antiguo Testamento nos habla de pasiones humanas, del Dios de Israel. Pues no caben cólera, ira y venganza sin sufrimiento. Y por lo que hace a que sufra atado a la materia, se me dirá, con Plotino (Eneada segunda, IX, 7), que el alma del todo no puede estar atada, por aquello mismo—que son los cuerpos o la materia—que está por ella atado.

En esto va incluso el problema todo del origen del mal, tanto del mal de culpa como del mal de pena, pues si Dios no sufre, hace sufrir, y si no es su vida, pues que Dios vive, un ir haciéndose conciencia total cada vez más llena, es decir, cada vez más Dios, es un ir llevando las cosas todas hacia sí, un ir dándose a todo, un hacer que la conciencia de cada parte éntre en la conciencia del todo, que es El mismo, hasta llegar a ser El todo en todos, παντα εν πασι, según la expresión de San Pablo, el primer místico cristiano. Mas de esto, en el próximo ensayo sobre la apocatastasis o unión beatífica.

Por ahora, digamos que una formidable corriente de dolor empuja a unos seres hacia otros, y les hace amarse y buscarse, y tratar de completarse, y de ser cada uno él mismo y los otros a la vez. En Dios vive todo, y en su padecimiento padece todo, y al amar a Dios amamos en El a las criaturas, así como al amar a las criaturas y compadecerles, amamos en ellas y compadecemos a Dios. El alma de cada uno de nosotros no será libre mientras haya algo esclavo en este mundo de Dios, ni Dios tampoco, que vive en el alma de cada uno de nosotros, será libre mientras no sea libre nuestra alma.

Y lo más inmediato es sentir y amar mi propia miseria, mi congoja, compadecerme de mí mismo, tenerme a mí mismo

amor. Y esta compasión, cuando es viva y superabundante, se vierte de mí a los demás, y del exceso de mi compasión propia, compadezco a mis prójimos. La miseria propia es tanta, que la compasión que hacia mí mismo me despierta se me desborda pronto, revelándome la miseria universal.

Y la caridad, ¿qué es sino un desbordamiento de compasión? ¿Qué es sino dolor reflejado, que sobrepasa y se vierte a compadecer los males ajenos y ejercer caridad?

Cuando el colmo de nuestro compadecimiento nos trae a la conciencia de Dios en nosotros, nos llena una tan grande congoja por la miseria divina derramada en todo, que tenemos que verterla fuera, y lo hacemos en forma de caridad. Y al así verterla, sentimos alivio y la dulzura dolorosa del bien. Es lo que llamó «dolor sabroso» la mística doctora Teresa de Jesús, que de amorosos dolores sabía. Es como el que contempla algo hermoso y siente la necesidad de hacer partícipes de ello a los demás. Porque el impulso a la producción, en que consiste la caridad, es obra de amor doloroso.

Sentimos, en efecto, una satisfacción en hacer el bien cuando el bien nos sobra, cuando estamos henchidos de compasión, y estamos henchidos de ella cuando Dios, llenándonos el alma, nos da la dolorosa sensación de la vida universal, del universal anhelo a la divinización eterna. Y es que no estamos en el mundo puestos nada más junto a los otros, sin raíz común con ellos, ni nos es su suerte indiferente, sino que nos duele su dolor, nos acongojamos con su congoja, y sentimos nuestra comunidad de origen y de dolor aun sin conocerla. Son el dolor y la compasión que de él nace los que nos revelan la hermandad de cuanto de vivo y más o menos conciente existe. «Hermano lobo» llamaba San Francisco de Asís al pobre lobo que siente dolorosa hambre de ovejas, y acaso el dolor de tener que devorarlas, y esa hermandad nos revela la paternidad de Dios, que Dios es Padre y existe. Y como Padre ampara nuestra común miseria.

Es, pues, la caridad el impulso a libertarme y a libertar a

todos mis prójimos del dolor y a libertad de él a Dios que nos abarca a todos.

Es el dolor algo espiritual y la revelación más inmediata de la conciencia, que acaso no se nos dió el cuerpo si no para dar ocasión a que el dolor se manifestase. Quien no hubiese nunca sufrido, poco o mucho, no tendría conciencia de sí. El primer llanto del hombre al nacer es cuando, entrándole el aire en el pecho y limitándole parece como que le dice: tienes que respirarme para poder vivir!

El mundo material o sensible, el que nos crean los sentidos, hemos de creer con la fe, enseñe lo que nos enseñare la razón, que no existe sino para encarnar y sustentar al otro mundo, al mundo espiritual o imaginable, al que la imaginación nos crea. La conciencia tiende a ser más conciencia cada vez, a concientizarse, a tener conciencia plena de toda ella misma, de su contenido todo. En las profundidades de nuestro propio cuerpo, en los animales, en las plantas, en las rocas, en todo lo vivo, en el Universo todo, hemos de creer con la fe, enseñe lo que nos enseñare la razón, que hay un espíritu que lucha por conocerse, por cobrar conciencia de sí, por serse—pues serse es conocerse—por ser espíritu puro, como sólo puede lograrlo mediante el cuerpo, mediante la materia; la crea y de ella se sirve a la vez que de ella quede preso. Sólo puede verse uno la cara retratada en un espejo, pero del espejo en que se ve queda preso para verse, y se ve en él tal y como el espejo le deforma, y si el espejo se le rompe, rómpesele su imagen, y si se le empaña, empáñasele.

Hállase el espíritu límitado por la materia en que tiene que vivir y cobrar conciencia de sí, de la misma manera que está el pensamiento límitado por la palabra, que es su cuerpo social. Sin materia no hay espíritu, pero la materia hace sufrir al espíritu limitándolo. Y no es el dolor, sino el obstáculo que la materia pone al espíritu, es el choque de la conciencia con lo inconciente.

Es el dolor, en efecto, la barrera que la inconciencia o sea

la materia, pone a la conciencia, al espíritu; es la resistencia a la voluntad, el límite que el universo visible pone a Dios, es el muro con que topa la conciencia al querer ensancharse a costa de la inconciencia, es la resistencia que esta última pone a concientizarse.

Aunque lo creamos por autoridad, no sabemos tener corazón, estómago o pulmones mientras, no nos duelen, oprimen o angustian. Es el dolor físico, o siquiera la molestia, lo que nos revela la existencia de nuestras propias entrañas. Y así ocurre también con el dolor espíritual, con la angustia, pues no nos damos cuenta de tener alma hasta que ésta nos duele.

Es la congoja lo que hace que la conciencia vuelva sobre sí. El no acongojado conoce lo que hace y lo que piensa, pero no conoce de veras que lo hace y lo piensa. Piensa, pero no piensa que piensa, y sus pensamientos son como si no fuesen suyos. Ni él es tampoco de sí mismo. Y es que sólo por la congoja, por la pasión de no morir nunca, se adueña de sí mismo un espíritu humano.

El dolor, que es un deshacimiento, nos hace descubrir nuestras entrañas, y en el deshacimiento supremo, el de la muerte, llegaremos por el dolor del anonadamiento a las entrañas de nuestras entrañas temporales, a Dios, a quien en la congoja espiritual respiramos y aprendemos a amar.

Es así como hay que creer con la fe, enséñenos lo que nos enseñare la razón.

El origen del mal no es, como ya de antiguo lo han visto muchos, sino eso que por otro nombre se llama inercia de la materia, y en el espíritu pereza. Y por algo se dijo que la pereza es la madre de todos los vicios. Sin olvidar que la suprema pereza es la de no anhelar locamente la inmortalidad.

La conciencia, el ansia de más y más, cada vez más, el hambre de eternidad y sed de infinitud, las ganas de Dios, jamás se satisfacen; cada conciencia quiere ser ella y ser todas las demás sin dejar de ser ella, quiere ser Dios. Y la materia, la conciencia, tiende a ser menos, cada vez menos, a no ser

nada, siendo la suya una sed de reposo. El espíritu dice: ¡quiero ser!, y la materia le responde: ¡no lo quiero!

Y en el orden de la vida humana el individuo, movido por el mero instinto de conservación, creador del mundo material, tendería a la destrucción, a la nada, si no fuese por la sociedad que dándole el instinto de perpetuación, creador del mundo espiritual, le lleva y empapa al todo, a inmortalizarse. Y todo lo que el hombre hace como mero individuo, frente a la sociedad, por conservarse aunque sea a costa de ella, es malo, y es bueno cuanto hace como persona social, por la sociedad en que él se incluye, por perpetuarse en ella y perpetuarla. Y muchos que parecen grandes egoístas y que todo lo atropellan por llevar a cabo su obra, no son sino almas encendidas en caridad y rebosantes de ella porque su yo mezquino, lo someten y soyugan al yo social que tiene una misión que cumplir.

El que ata la obra del amor de la espiritualización, de la liberación, a formas transitorias e individuales, crucifica a Dios en la materia; crucifica a Dios en la materia todo el que hace servir el ideal a sus intereses temporales o a su gloria mundana. Y el tal es un deicida.

La obra de la caridad, del amor a Dios, es tratar de libertarle de la materia bruta, tratar de espiritualizarlo, concientizarlo o universalizarlo todo; es soñar en que lleguen a hablar las rocas y obrar conforme a ese ensueño, que se haga todo lo existente conciente, que resucite el Verbo.

No hay sino verlo en el símbolo eucarístico. Han apresado al Verbo en un pedazo de pan material, y lo han apresado en él para que nos lo comamos, y al comérnoslo nos lo hagamos nuestro, de este nuestro cuerpo en que el espíritu habita, y que se agite en nuestro corazón y piense en nuestro cerebro y sea conciencia. Lo han apresado en ese pan para que enterrándolo en nuestro cuerpo resucite en nuestro espíritu.

Y es que hay que espiritualizarlo todo. Y esto se consigue dando a todos y a todo mi espíritu que más se acrecienta

cuanto más lo reparto. Y dar mi espíritu es invadir el de los otros y adueñarme de ellos.

En todo esto hay que creer con la fe, enséñenos lo que nos enseñare la razón.

*
* *

Y ahora vamos a ver las consecuencias prácticas de todas estas más o menos fantásticas doctrinas, a la lógica, a la estética, a la ética sobre todo, su concreción religiosa. Y acaso entonces podrá hallarlas más justificadas quien quiera que a pesar de mis advertencias, haya buscado aquí el desarrollo científico o siquiera filosófico, de un sistema irracional.

No creo excusado remitir al lector una vez más a cuanto dije al final del sexto de estos ensayos, aquel titulado «En el fondo del abismo»; pero ahora nos acercamos a la parte práctica o pragmática de todo este tratado. Mas antes nos falta ver cómo puede concretarse el sentimiento religioso en la visión esperanzosa de otra vida.

MIGUEL DE UNAMUNO

LA EMIGRACIÓN DE ESPRONCEDA

DESCRITA POR ÉL MISMO

CON NOTAS DE SU PADRE Y DE LA POLICÍA DE SU TIEMPO, Y ALGUNOS COMENTARIOS DEL RECOPILADOR

A La España Moderna deberán los amantes de nuestras glorias literarias un curioso libro que estoy escribiendo, acerca de *Espronceda, su época, su vida y sus obras*, cuyo valor, más que a mi pluma, se deberá a los documentos que he tenido la suerte de encontrar, y que no habría buscado sin haber dado el primer paso a que me impulsó D. José de Lázaro Galdiano, encargándome los apuntes biográficos del gran vate extremeño, que, con motivo del centenario de su nacimiento, vieron la luz en los números de esta Revista correspondientes a los meses de Mayo y Junio de 1908.

Y a La España Moderna dedico, por tales razones, las primicias de mi obra, haciendo para ella un estudio original.

Reproducir aquí un capítulo del libro en cuestión sería de un interés muy limitado; pero utilizar algunos de los materiales que van desperdigados por sus varios capítulos, para que resulte un *trabajo escrito por el mismo protagonista*, es labor más seria y ha de agradar más a mis lectores.

No soy yo, por lo tanto, es el propio D. José de Espronceda el autor de esta monografía que, como indica el epígrafe, se refiere nada menos que a su famosa emigración.

No se trata de ningún libro o folleto que dejase inédito el poeta, sino de algo más curioso aún: de una colección de cartas

íntimas dirigidas a sus padres desde Lisboa, desde Londres, desde Bruselas y desde París, las que, precedidas de un artículo muy poco conocido, publicado el año 41 en el periódico *El Pensamiento*, y con las aclaraciones que facilitan unas notas del Brigadier Espronceda y unos partes, relativos a su hijo, de la policía de Fernando VII y de la de Portugal, dan una idea completa de la vida del cantor del *Dos de Mayo* durante su nada miserable ostracismo.

A los que deseen saber dónde he tropezado con tan valiosos documentos, les diré que los relativos al revolucionario Espronceda están en el Archivo de la Torre do Tombo de Lisboa, en el del Ministerio de la Guerra, de España, y en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, y las cartas familiares, con otros importantísimos papeles, en el Archivo general de Segovia, en el expediente de su padre, al que fueron unidas por las razones que explica este oficio, referente a *Espronceda y Delgado, D. José, revolucionario liberal emigrado en Londres:*

«Por Real orden, el Ministro de Estado, en 17 de Marzo de 1829, traslada otra del Cónsul de España en Lisboa, de 11 del propio mes, en la que manifiesta que, según noticias confidenciales que tiene recibidas, el General Mina envía emisarios a revolucionar Navarra, entre ellos Espronceda, que se dispone a marchar a Burdeos, hijo del Brigadier que se supone en correspondencia con aquél.

»A consecuencia de este aviso, se dispuso en Real orden de 25 de Marzo de 1829, que en la noche de este día se pasara a la habitación del Brigadier D. Juan Espronceda y Pimentel, y se le sorprendieran cuantos papeles tuviera en su poder y se examinaran detenidamente a su presencia, disponiendo su arresto si resultara ser el mismo.

»Del examen de los papeles nada resultó en contra del Brigadier, por ser cartas particulares del hijo al padre y recibos de cantidades recibidas por aquél de éste, por lo que se dispuso en Real orden de 9 de Abril de 1829, que se sobreyera en el particular, devolviendo los papeles originales al expresado

Brigadier, dejando en su expediente copia de los mismos.»

Lejos de excederme, seré breve hasta la exageración en los comentarios de los documentos que transcribo, para que cada cual los comente a su manera.

DOCUMENTOS AUTOBIOGRAFICOS

DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

Cuando arreciaba en Madrid la persecución de los liberales, allá por los años de 1827, figuraba Espronceda entre los más sospechosos; y fuese porque temiera seguir la suerte de otros amigos suyos, o porque deseara ver tierras y correr aventuras, se marchó de Madrid a Gibraltar, en donde se embarcó para Lisboa.

A partir de este momento, se encarga él de referirnos sus impresiones sucesivas, consignando las de la navegación en el artículo que publicó, catorce años después, con el título *De Gibraltar a Lisboa: viaje histórico.*

Helo aquí:

«Ibamos (dice) en una balandra sarda cargada excesivamente de trigo y sumergida en la mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán, componían su tripulación; pero, en cambio, encajados y embutidos como guisantes en nuez, tropezábamos unos en otros hasta 29 pasajeros, entre ellos 21 catalanes de lo más rustico y montaraz del Principado, tres mujeres, un comisario de guerra atrabiliario y colérico como un puercoespín y más puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber elegido peor compañía para su genio; mi compañero, hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo, que, llevado de mis instintos de ver mundo, había dejado mi casa sin dar cuenta a nadie, y contaba apenas diez y siete años (1). Una de aquellas mujeres no he podido averiguar

(1) Habiendo nacido el 1808, no eran diez y siete años, sino diez y nueve los años que contaba en 1827; pero en todas las ocasiones de su vida procuró aparecer con dos años menos de los que realmente tenía.

nunca de qué país era; sólo sé que juraba y maldecía con unción satánica y maestría inimitable en todas las lenguas del mundo. Era una torre de Babel cuando se entretenía en blasfemar, que fue toda la navegación hasta que murió, y llevaba en esto ventaja a los catalanes. Venía enferma y parecía el espíritu maligno. Estaba casada con uno que había hecho la campaña de Rusia con Napoleón, y parecía hombre cachazudo y de empeño. Pocos hombres ha criado Dios con menos entendimiento. Sin duda en sus viajes encontró en ella la mujer de sus ilusiones, y contrajo aquel enlace para sosegar su corazón enamorado. La verdad es que había encontrado su media naranja, como suele decirse. Las otras dos mujeres, si pertenecían al bello sexo, era más por el sexo que por lo bello. No he sabido nunca quién ajustó el pasaje, ni cómo nos encontramos reunidos, en tan corto espacio de tablas, tantos hermanos y tan benditos de Dios. Dijéronme que uno se había encargado de la provisión de víveres para nuestro sustento durante la travesía, porque el patrón sólo se encargó de transportarnos como a maletas. Nada hay más santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos de todo teníamos menos dinero. Yo creo que era el más rico, y bien sabe Dios que no me sobraba nada. Pero siempre me he picado de tesón; había emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar a nadie, y las ilusiones suplían por las cantidades. ¡Loado sea Dios, que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho como para diversión suya, que se ha entretenido en irmelas quitando una por una!

»El hombre es animal sociable, y nada hay más grato ni gustoso que una sociedad escogida. De esto sí que no podíamos quejarnos; buscados uno a uno los que allí íbamos, con una cerillita, no se podía haber compuesto sociedad más amable. Verdad es que casi ninguno nos conocíamos antes; pero, ¿qué importa eso para amarse cuando hay simpatías? Lo mismo fue vernos allí, puesto ya el buque en franquía, empujándonos (tan anchamente íbamos) sobre cubierta, cuando se apoderó de todos nosotros la más encantadora desesperación, y desplegamos el genio más indulgente y suave que pueda imaginarse el de más imaginación. No parecía sino que el mismo demonio nos había engendrado en uno de sus más infernales arrebatos. Mirábamonos todos como si nos fuéramos a devorar, y hasta los viajeros pacíficos parecía que les picaban con alfileres de a ochavo. El primero que armó pendencia fue el colérico comisario, sobre si había lugar o no bastante para estar de pie, y habiéndole respondido uno de los catalanes que podía haber tomado un navío de tres puentes

para él solo, fue tanta la cólera que le dió, que tiró, sin más ni más, de un espadín de ceremonia, que por decoro ceñía, y se arrojó sobre él a atravesarle de parte a parte. Desenvainó el otro una navaja de a cuarta, alborotámonos todos, izó el patrón bandera de socorro, pidiendo favor a los buques que había en el puerto. Sujetamos como pudimos al catalán y al comisario, que ni aun reñir podían por falta de espacio, y esta fue la primera jarana, apenas habíamos puesto pie en el buque. Yo, como tenía pocos años y ninguna experiencia, no cesaba de bendecir a Dios, que en tan buen camino de aprender me había puesto. Seguimos con el mismo amor, y aquella noche la pasamos como pudimos, unos sobre otros, hasta el siguiente día que la balandra se dió a la vela. Allí fue ella; todos nos mareamos, y, como había tantas comodidades, era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al patrón de que hacía vela con rumbo a España para que nos fusilara Fernando VII, y querían matarle; el comisario no podía sufrir que en lo más mínimo se le faltara al decoro, y mascaba cólera y reñía a cada paso. Pero lo bueno fue cuando llegó la hora de comer.

»Consistían las provisiones que aquel hombre providencial había comprado para la travesía, en un bacalao que, como suela de zapato, se resistía al diente, y sabroso como una salmuera; en unos sacos de unas guindillas para avivar el apetito, que parecían carbones hechos ascuas en el color y el sabor, y en unas largas ristras de ajos, que así alegraban la vista como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arroz, que, mezclado y compuesto con todo lo dicho, componía un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo más santo y honrado de toda la corte celestial. Figúrese el lector comida semejante cómo pondría a unos hombres que, al entrar en aquel malhadado barco, habían quedado sólo con el bastante amor para no despedazarse unos a otros. Sobre todo, considere la ira que se apoderaría del comisario que, aun antes de probar bocado, no podía aguantarse a sí mismo. Dividímonos todos en diferentes rancherías, y, con cucharas de palo, dimos principio, puestos en torno de las cazuelas, a abrasarnos vivos. A cada bocado era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponían rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecían, sudábamos copiosamente y abríamos carleando las bocas, buscando aire que refrescase el paladar. Pues interiormente... cada uno de nosotros llevaba un volcán en el estómago. Comer lava del Vesubio hubiera sido más fresco. Los nervios, rígidos y tirantes, crujían como cuerdas de guitarra; tal nos apretaba todas las clavijas de nuestra

máquina la mistura de picante y salmuera con que nos regalábamos. Llegó la hora de beber, y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Destapáronse unos frascos de Ginebra, la más torcida, áspera y endiablada que había podido hallar nuestro bendito y paternal abastecedor. Dios no le dé á él jamás otra bebida. Yo estaba aguardando a ver cuándo empezaba a arrojar llamas, y más de una vez temí la combustión espontánea. En esto, uno de los catalanes dijo que no había comido ni bebido mejor en toda su vida. Respondió el comisario, con la lengua trabada y jadeando de calor, la boca hecha ascua y los ojos fuera de sus órbitas, que era menester ser un bestia para decir aquello. Contestóle el otro, diciéndole que él le parecía muy delicadito. Repuso el comisario, y todo esto con mucha furia, que no era nadie capaz de resistir más que él, y que en caso necesario, comería pedernales. Respondió el otro, mezclámonos todos en la conversación, y concluímos por tirarnos las cazuelas y aborrecernos más, si era posible. Yo me fuí luego a una cuba y me harté de agua, y ni aun así podía respirar sin quemarme las encías. La mujer cosmopolita, dulce mitad del veterano de Rusia, ya estaba enferma; la comida le produjo una inflamación de vientre. Dijeron todos qne aquello no sería nada. A mi compañero se le ocurrió que algunas cataplasmas de harina de linaza la convendrían; pero como no se las hubiese aplicado de ajos molidos y guindillas picadas, no había otra cosa en el barco de que componerlas. Bajáronla al camarote, donde se tendió sobre unos baúles. La infeliz juraba, que no parecía sino que se las quería apostar con Satán en persona. Yo, que tenía entonces muchas más ilusiones por las mujeres que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello sexo. Así pasamos aquel día y el estrecho de Gibraltar. Al anochecer, vuelta al rancho y vuelta a convertirnos en fraguas. Teníamos hambre y temíamos la hora de comer. No sabíamos cómo hacer para distraernos. Al día siguiente, vientos contrarios y caminábamos bordeando. Pero al tercero fue lo bueno.

»Había entrado la noche dos horas antes a lo menos de lo que debiera, tan cubierto y asombrado de nubes estaba el cielo, y no se veían los dedos de la mano. Las olas de la mar rugían calenturientas, como si hubiesen probado de lo que comíamos. De cuando en cuando nos deslumbraba un relámpago semejante a los ojos de Lucifer que se asomaba a las nubes. El barco iba tan cargado, que navegaba casi debajo del agua. El patrón parecía cuidadoso, y yo casi deseaba que nos anegásemos, por no volver á comer más picante. Temblaban los palos de la balandra, temerosos de la tempestad.

Mandó el patrón recoger rizos, y oíase un ruido lejano, como el de una populosa ciudad amotinada. Cualquiera otro que no hubiéramos sido nosotros, habría sentido temor; solos, en una avellana en medio del Océano, próximos a estrellarnos contra las rocas de San Vicente, y amenazando un temporal espantoso. El comisario y yo, aquella noche, no sabíamos dónde hacer la rueda, como dicen vulgarmente. Parecióle al buen hombre, y me lo comunicó con efecto, porque, a pesar de sus iras, tenía buen fondo, que no había mejor sitio ni más a propósito para descansar que la popa, mientras los otros se habían recogido en la cámara unos sobre otros, como podían, porque en la bodega no cabía más que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque, además de ser hombre de más experiencia que yo, no me atreví a contestarle de miedo de que se irritara.

»Poco tiempo permanecimos allí; no manifestó mucho tino en la elección de sitio. Un maldito palo cruzaba por cima de nuestras cabezas aforrado con lona, con tanto ímpetu, que, recogidos y en cuclillas como estábamos, teníamos que bajar las cabezas cada vez que, bramando, pasaba sobre nosotros. A cada paso teníamos que agacharnos para que no nos desbaratara los cráneos con su empuje. Nos entró tal sofocación y angustia, con el continuo movimiento, que ni respirar podíamos. Por último, tuvimos que irnos de allí y no sabíamos adónde. Propúsele bajar a la cámara aunque allí nos ahogáramos de calor, tanto más, cuanto que la tempestad empezaba ya, y comenzó a diluviar con tal furia, que estábamos ya hechos una sopa y allí estorbábamos para la maniobra. Si permanecemos más tiempo, vamos al mar sin remedio. Las olas se llevaron la obra muerta, y el viento quebró el maldito palo, causa de nuestra agonía. Recogímonos a la cámara, donde estábamos como almas en pena. Había en ella una estampita de San Jenaro, y un farolito a sus pies daba una luz moribunda. La enferma, tirada sobre un baúl, divertía sus dolores con sus blasfemias; a su lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no había más que pedir. Los demás, revueltos y enredados unos en otros como los ajos de las ristras. Quedámonos el comisario y yo en la escalerilla, hechos un ovillo. Uno de los viajeros pacíficos, que había entrado gordo y estaba ya acartonado, no hacía sino vomitar. Las otras dos mujeres seguían su ejemplo. No sé qué se me ocurrió, que se lo comuniqué a mi compañero, y respondióme él algo que me hizo reir. Parecióle esto mal al esposo de la moribunda, y me preguntó si yo creía que aquella era hora de reirse. Contestéle, con insolencia, me dijese

á qué hora le parecía a él que yo me había de reir, con lo que, sin más ni más, se dirigió a pegarme con el puño cerrado. Los vaivenes del barco, que parecía un zarandillo arrebatado por las olas, la estrechez del sitio y la mucha gente que estaba apiñada, le hicieron perder el equilibrio y sacudir el golpe a uno de los catalanes. Encolerizóse éste, y sacudió al otro, y enredámonos todos a golpes. Rompióse el farol y se apagó la luz. No se oían sino maldiciones y los bramidos del mar. Parecía aquello el castillo encantado de la zarabanda, con lo de ande la zambra y repiquen las campanas. En fin, sosegámonos porque no había otro remedio, y fuimos saliendo unos tras otros a la cubierta. Amanecía ya, y había amainado la tempestad, que no fue poca fortuna que durase tan pocas horas. Sacábamos unas caras que nos mirábamos con horror. En esto, el sol salía de las olas brillante de esplendor y belleza; la brisa, fresca y apacible, rizaba las olas mansamente, aunque algo alteradas de la pasada borrasca, y las nubes que quedaban acá y allá se teñían de color de grana. La balandra bogaba lentamente como una boya en medio de aquella sábana inmensa de agua. Respirábamos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mí me pareció que habíamos salido del caos. Los sucesos de la noche pasaban por mi cabeza como desvaríos de una fiebre. Yo no cesaba de contemplar el sol, que poco a poco salía sobre un trono de nubes de fuego, esparciendo luz y alegría al mundo. Las olas, reflejando sus rayos, parecían de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana más hermosa. Si no hubiera temido la mofa, en mi arrebato, hubiera corrido a abrazar a mis compañeros. Fue el único momento del viaje en que no los odié. Hacía rato ya que estábamos sobre cubierta, cuando vimos salir de la cámara, con el cadáver de su mujer al hombro, al esposo que atrapó aquella ganga en Rusia y había hecho la felicidad de su vida. La pobre mujer, sin duda, había expirado entre los apretujones y puñetazos de la quimera de la noche pasada. Quizá habría alguno descargado a bulto sobre ella, precipitando su muerte. Venía tan estirada y tiesa sobre su marido, y tenía tan contraída la boca, que se conocía había muerto profiriendo alguna de aquellas lindezas que tanto la habían agraciado en su vida. La cara del marido parecía de acero, con cierta mezcla de cólera y resignación. La traía a cuestas, y no nos miró a ninguno, y llegando al borde del buque la cogió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecía no mojaba, y la tiró al agua diciendo: *al avío*, y arrojóle redondo y seco. Las olas escondieron el cuerpo; volvió el marido tranquilamente la espalda al mar, y segui-

mos nuestra navegación con la misma indiferencia que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la suerte de aquella mujer cuando de allí a poco nos pusimos a comer. En fin, llegamos a Lisboa, que yo creí que no llegábamos nunca. Hicimos cuarentena, que fue también divertida; visitónos la Sanidad, y nos pidieron no sé qué dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, que arrojé al río Tajo, porque no quería entrar en tan gran capital con tan poco dinero.»

No hay para que decir que, aunque haya algo de real, hay bastante de fantástico en el artículo transcrito; pero es notoria su importancia como nota personal y autobiográfica al fin.

Cualquiera, al leer las últimas líneas, creería firmemente que Espronceda era un pobre bohemio. Sin embargo, tales manifestaciones sólo pueden considerarse como una humorada, sino fue una imitación más del gran poeta inglés (a quien tanto admiraba, y en ocasiones superó), como indica Fitzmaurice-Kelly (1), al decir: «Algo de la pose de Byron se descubre en la anécdota que se refiere de Espronceda, según la cual, al arribar al puerto de la capital portuguesa, arrojó al agua las dos pesetas que constituían todo su caudal.»

Quizás no tuviese en el bolsillo más que un duro, de esta clase de moneda; pero si el lector tiene en cuenta la posición de los padres del poeta español, conoce los recibos de algunas de las cantidades que éstos le giraron, y observa su género de vida anterior y posterior a este viaje, comprenderá que no le faltarían algunas onzas o algunos billetes de que disponer para sus gastos.

No he tenido la suerte de hallar los comprobantes de todas las sumas que sus padres le enviaban, pero por los siguientes documentos, que copió el gobernador interino de Madrid, don Francisco Mallet, de los papeles del brigadier Espronceda,

(1) En su *Historia de la Literatura Española*, que editó, traducida, La España Moderna.

cuando éstos fueron registrados, en la madrugada del 26 de Marzo de 1829, pueden ser apreciadas las estrecheces que pasaría el joven emigrante.

«*Copia literal de los recibos conservados por D. Juan de Espronceda, relativos á su hijo D. José.*

NÚM. 1.º

He recibido de D. Mauuel Orense del Comercio de esta capital 32 libras esterlinas, por cuenta de D. Joaquín Alcalde, vecino de Madrid. Con dicha cantidad tengo completas todas las mesadas hasta el mes de Septiembre pasado inclusive.

Y firmo el presente por duplicado, para su solo efecto en Londres á 31 de Agosto de 1828.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Son 32 libras.

NÚM. 2.º

Recibí de los Sres. Orense y C.ª desde 1 de Septiembre último la cantidad de 31 libras esterlinas, en los dias y cantidades que al respaldo se expresan, cuya suma ha sido abonada á dichos señores por el Sr. D. Joaquin Alcalde, vecino de Madrid.

He recibido además, hoy dia de la fecha, 15 libras esterlinas, para gastos de mi viaje á Francia.

Y para que los mencionados Sres. Orense y C.ª puedan cargarlos en cuenta al Sr. Alcalde doy este que firmo por duplicado en Londres á 27 de Febrero de 1829.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

En 29 de Octubre de 1828 al mismo Sr. Espronceda...	2. libras.
En 18 de Noviembre de id.....	4. id.
En 18 de Diciembre de id.....	4. id.
En 19 de id. de id. Pagado al patron segun recibo.....	11. id.
En 22 de id. de id. al Sr. Espronceda.....	10. id.
	31. id.

De este sujeto se cobró 6 libras que aplico á sus gastos, además de lo recibido.

NÚM. 3.º

He recibido de D. Juan de Espronceda y Pimentel la cantidad de dos mil reales vellon efectivos que su hijo D. José ha recibido en Londres de D. Manuel Orense.

Y para que conste firmo el presente.

Madrid 9 de Julio de 1828.

P. P. de D. J. Alcalde
Antonio Fernandez de la Hoz.

Son 2000 rs.

NÚM. 4.º

He recibido de D. Juan de Espronceda la cantidad de ochocientos reales vellon efectivos que su hijo D. José ha percibido en Londres, por su cuenta, de D. Manuel de Orense de aquella ciudad.

Madrid 9 de Agosto de 1828.

P. P. de D. J. Alcalde
Antonio Fernandez de la Hoz.

Son 800 rs.

NÚM. 5.º

He recibido de D. Juan Espronceda y Pimentel la cantidad de cuatro mil reales de vellon para que tome de los Sres. Orense y C.ª de Londres su hijo D. José.

Y para su resguardo interin viene el recibo del mismo firmo el presente.

Madrid 4 de Diciembre de 1828.

Joaquín Alcalde.

Son 4000 rs.

Es de lamentar que juntamente con estos recibos no se hallasen los demás; pero por las cantidades giradas a Londres, puede formarse idea de las que recibiría el autor del *Diablo Mundo* en Portugal, en Bélgica y en Francia.

La carta más antigua de las que he encontrado, de Espronceda a sus padres, no debe de ser la primera que les escribió durante el ostracismo, puesto que se refiere a otra que ya había recibido de ellos, y a esto obedece el que no se entienda bien el primer párrafo.

Está fechada en Lisboa el 24 de Agosto de 1827, y dice así:

«Amados padres mios: La carta de VV. del 14 me llenó de dolor

considerando el sentimiento que han tenido variando de intencion en cuanto á hacerlo, pero no en cuanto á separarme de la casa del tio, pues no sucedia en ella otra cosa que disgustos, y particularmente en la de Lisboa, por lo que pasaré á Santaren á vivir con Prady.

Sosiéguense VV. y haga V. que Papá se mejore, cuidándolo mucho, y V. déjese de pensar tan tristemente que ya no me marcho de Portugal.

Desde este correo en adelante me escribirán VV. á Santaren, á donde me voy mañana regularmente.

Adios, padres mios, cuídense VV. mucho para que los abrace buenos su

PEPE.»

Se explica que en esta carta no diera cuenta a los autores de sus días de los amores de Teresa, que ya habían empezado; pero parecía lo natural que, por lo menos, a su padre le hablase de su prisión, de las verdaderas causas de su traslado desde Lisboa al depósito de emigrados de Santaren, y de las disposiciones que se estaban tomando por el Gobierno de Portugal para su expulsión de este reino.

Pero lo que él se calló en esta carta se encarga de revelarlo la siguiente nota que, por mediación del Secretario de Embajada de nuestro Ministerio de Estado D. Fernando de Antón del Olmet, me ha facilitado el Cónsul de España en Lisboa, Sr. Conde de Torrijos:

«Durante la regencia de la Infanta D.ª Isabel María, y en 1827, el Gobierno de Portugal estableció depósitos de emigrados españoles en Santarén, en Cascaes y en el cuartel de San Juan de Dios en Janellas-Verdes.

De los emigrados de Santarén, fueron transferidos cuatro para el castillo de San Jorge, pero se ignoran sus nombres.

Respecto de D. José Espronceda, hay el adjunto documento en el Real Archivo de Torre do Tombo:

Intendencia General de Policía

Maço n.º 57 dos Avisos es Portarias

MINISTERIO DA GUERRA

2.ª direcção 3.ª repartiçao. R.

Sua Alteza a Senhora Infanta Regente, á quien foi presente á conta que V. S. den por este Ministerio na data de 8 do corriente mez, pediendo se lhe designe á estaçao por onde deve ser feite á despeza da passagem dos Espanhoes D. Cazimiro Canhedo é D. José Espronceda, que se achan presos, vista a necessidade de os fazer sahir d'estos Reinos: Manda em nome de El Rey declarar a V. S. que esta despeza deve ser feita pela Policia. O que communico á V. S. para sua intelligencia é execução

Deus guarde á V. S.

Paço em 16 de Agosto de 1827.

CONDE DE PONTE.

Sr. D. José Joaquin Rodriguez del Busto.

Al pie del oficio hay estas notas escritas con lápiz:

«Cumprase.—Registrada na 1.ª direcção» y «A Belem em 18 A commissão des depositos no mesmo día Novamente á Belem em 25.»

No dicen más los documentos de la Torre do Tombo; pero lo transcrito basta, como prueba oficial, de que Espronceda fue preso y expulsado de Portugal, *de donde no pensaba marcharse*. A pesar de sus buenos deseos (manifestados en Agosto) de no ausentarse del vecino reino, a fines de aquel mismo año, 1827, estaba ya en Londres, desde donde escribió a sus padres esta otra carta, con fecha 22 de Diciembre, en la que al fin les habla de su expulsión, aunque sin darles detalles de ella:

«Amados padres mios: Sin carta de VV. estaba, y con el mayor cuidado, cuando vino á redoblarlo la del 22 de Noviembre, por la triste situacion en que se encontraba mi idolatrada mamá Lo mismo fué leer su principio, cuando sentí oprimírseme el corazon de tal manera, que ni apenas respirar podia; por fin la del 10 de Diciembre, recibida á la misma hora, me consoló bastante, viendo, por su contenido, la mejoría de mamá, y me sacó de tanto cuidado.

Mi expulsion de Portugal fué motivada no por ninguna necia calaverada, sino por el honor y amor á la patria, como ha sucedido á casi todos los españoles que detestaban las intrigas y picardías.

Llegué á Londres en la situacion más crítica por falta de metálico y de conocimientos; pero el amigo que pone la postdata, que tambien habia estado en Santaren y sufrido la misma persecucion, me valió tanto, que nada me hizo falta durante los dias que me hallaba sin recurso alguno.

Ahora vivo con él, y, con la poca paga que aquí nos dan y lo que VV. me envian, lo pasamos perfectamente, á lo menos en comparacion con los demás compatriotas.

Mi viaje á Holanda no fué pensado por otra razon que por lo barato de aquel país, pero en el día ya no pienso en semejante cosa, pues mi único deseo es, cuando salga de aquí, viajar para abrazarlos.

Cuidado no deben VV. tener ninguno, pues aquí el que no roba ó asesina no puede ser nunca perseguido. Yo estoy perfectamente con este clima, aunque bastante triste, pues los frios saben VV. que siempre me han sentado muy bien; y el único favor que les pido es que se cuiden mucho, porque si no ya pueden VV. figurarse cuánto seria el sentimiento que tendria si no los volviese á abrazar (1) su hijo,

Pepe.

El sobre á mi nombre Bridge Water Street Somerstown 23, London, copiando exactamente estas letras para que no se extravíe la carta.

A D. Alvaro no le visito por que es un tunante y al otro Lino ni le conozco ni le he oido nombrar tampoco.»

Véase cómo el propio emigrante se encarga de desmentir la leyenda que corre sobre su pobreza en Inglaterra, donde, para aumentar sus ingresos o para ostentar alguna profesión, se dedicó a *Maestro de esgrima*, como demostraré documentalmente, más adelante.

La postdata del amigo (en unión del cual trató más tarde de volver a España), dice así:

---

(1) Desgraciadamente no pudo volver a abrazar a su padre, fallecido en el 1 de Enero del año 33, al fin del cual regresó él.

«Aunque no tengo el gusto de conocer á VV., es muy grande mi satisfacción al leer las cartas que ha recibido de VV. mi amigo y compañero Pepe. Sí, ellas manifiestan hasta qué grado les es á VV. querido. En mi destierro, ¡si yo pudiera contar con iguales consuelos paternales, me consideraría feliz! La suerte me tiene privado de ellos.

Pepito y yo estamos unidos con los lazos de una amistad indisoluble, aprendiendo en la adversidad lecciones que algún dia pueden ser útiles á nuestra patria.

Interin VV. me pueden considerar como uno de sus más afectísimo s. s. q. s. m. b.,

Antonio Hernaiz.

Si á VV. no les sirve de incomodidad les suplico dirijan una carta en mi nombre á D. Enrique Ramirez Martin, de la ciudad de Burgos, manifestándole los deseos que tengo de saber si ha recibido mi última carta, de 1 de Septiembre del presente año, y reiterada el 30 de Octubre. Este caballero es cuñado mio.»

A la epístola del 27 de Diciembre siguió esta otra que no tiene fecha:

«Amados padres mios: no sé cuál sea el motivo por que mamá no me escribe nada de su letra, en la carta que me causó tanto placer por saber de VV., único cuidado mio. Tambien he extrañado me digan que haga una visita al Embajador, cuando deben VV. saber que no quiero tratarme con esa gente tan opuesta á mis ideas, y, además, deben conocer tambien que el hacerlo les favorece á VV. poco y á mí menos.

Tendrán VV. la bondad, Papás mios, de enviarme el dinero por otro comerciante que el que me lo entrega; pues es tan grosero é indecente, que el otro dia, habiendo ido á pedirle me fiase para con un sastre, que me habia de hacer alguna ropa, pagándole un tanto cada mes, tuvo la desvergüenza de insultarme.

Ustedes saben que no estoy hecho á sufrir tales bochornos: y así al comerciante que me dé el mensual me recomendarán de manera que, en cualquier asunto de esta naturaleza, no dude en estar más fino.

Adios, padres mios; cuídense VV. mucho y reciban el corazon de su

Pepe.

La postdata de la anterior era de un desgraciado amigo mio, que desea saber de su familia; así, harán VV. el favor de remitirla á donde él dice. La contestación dirigirmela á mí. Expresiones y gracias de mi compañero. Cuando ponga VV. el sobre, copien las letras exactamente, pues si no está á pique de perderse la carta.

Señas: Bridge Water Street, n.° 23, Somerstown.»

La independencia de su carácter, al no querer visitar al Embajador; su exquisita delicadeza al protestar de la conducta de su primer apoderado, que en el acto fue sustituído por D. Manuel Orense (muy fino y complaciente con el joven poeta), y la nobleza de su corazón al interesarse por los asuntos de su desgraciado amigo, están bien de manifiesto en la copiada epístola, a la que siguió ésta, escrita también en Londres y con fecha del 8 de Marzo de 1828:

«Recibí, amados padres mios, la carta de VV. por la cual tengo el gusto de saber que están buenos, que es mi único cuidado; pero la que VV. dicen haber escrito á mi compañero se debe de haber perdido, puesto que ni aquí ha venido ni en el Correo se encuentra.

Voy ahora mismo á cobrar la letra.

Adios, amados padres mios, cuídense tanto como los quiere su

Pepe.»

Como se ve, aparte de las cantidades que percibía mensualmente en Londres, debía recibir de sus padres algunas letras con cantidades extrarreglamentarias; a no ser que se las girasen mientras le nombraban nuevo apoderado, del que da cuenta D. José de Espronceda en carta del mismo mes, por la que se ve: que no era muy puntual en escribir a sus padres; que estaba muy satisfecho del nuevo comerciante encargado de entregarle las mensualidades; que no debía de andar muy apurado cuando se hacía trajes de 17 libras, y que tampoco le faltaba el tiempo cuando creía tener bastante para concluir su poema *Pelayo*.

Véase cómo trata él de todas estas cosas en la citada misiva:

«*Londres, 28 de Marzo de 1828.*

23, Bridge Water Sommerstown.

Amados padres mios: todos los meses les he escrito á VV. una vez, como me dicen en su última que haga; y bien quisiera estarles escribiendo continuamente, pues nunca tengo más gusto que cuando lo estoy haciendo ó cuando recibo las cartas de VV. que me sacan de mi mayor cuidado.

He visto al comerciante á quien me recomienda Alcalde; es un joven muy fino y me ha hecho muchos ofrecimientos y entregado las libras que mensualmente cobro.

Me he hecho alguna ropa y para que VV. vean la carestía de este pais, por un frac, un chaleco y dos pares de pantalones, me llevan 17 libras, contratadas á pagar en plazos, pero si pudiera pagar de un golpe me harian rebaja de 3 y cesarian las cuentas. Desearia me enviasen VV. el *Pelayo*, sin que se quedara ahí ningún papel trasconejado, pues algunos amigos desean leerlo, y aquí hay mucha proporcion de concluirlo. Para con más seguridad remitírmelo, pueden VV. valerse del conducto de la Embajada y con direccion, para que no se pierda si nos mudamos de casa, á D. Ezequiel Zamora de Alba, Orange, Street n. 5. Senerte Square. Cuidado con copiar muy bien las letras.

Adios, amados padres mios, cuídense VV. tanto como les ama su

Pepe.

Permanezco siempre á la disposicion de VV.; su más afmo. seguro s. q. s. m. b.,

A. Herndiz.»

En la carta del 17 de Julio vuelve a disculparse de su falta de puntualidad en escribir a sus padres, haciéndolo en esta forma:

«Amados padres mios: Hoy despues de mucho tiempo sin saber nada de VV., he tenido noticias por Orense del estado de salud y cuidado en que se encuentran.

Yo estoy bueno enteramente y si en dos meses no he escrito más que una vez, ha consistido en que he estado fuera de Londres, en el campo, y no he tenido proporcion para escribir.

Desde aquí en adelante, no se pasarán quince dias sin que yo escriba, y de ese modo cesará su cuidado.

Estoy en casa de Orense escribiendo y se va á marchar el correo. Adios, padres mios, cuídense VV. mucho para que les abrace buenos su cariñoso

Pepe.»

No debía mentir, al asegurar que había estado en el campo, cuando, aludiendo a esta época, dice en el artículo titulado *Un Recuerdo* (que reprodujo el coleccionador de *Páginas olvidadas de Espronceda*, en la pág. 83 de la edición de 1882 y que tiene la fecha del 1841):

«Era uno de aquellas hermosas noches de Inglaterra, cuando, en el mes de Agosto, nace el crepúsculo de la mañana casi envuelto entre los tibios colores de la tarde. Tenía lord Ruthwen su quinta á algunas millas de Londres, había conocido íntimamente á mi padre en la guerra de la Península, yo estaba emigrado, y en la estación del campo había dejado la capital para acompañarle en su elegante retiro campestre. Paseábame, pues, al margen de un río, que, rodeado acá de frondosas islas, y acuyá despeñándose en vistosas cascadas, ora mansa, ora precipitadamente, corría por el magnífico parque que fecundaban sus aguas. Estaba yo melancólico, como se exige de un héroe de novela, joven de veinte años y enamorado romántico...»

El *enamorado romántico* continuaba no siendo muy exacto en la correspondencia con sus padres, y éstos habían resuelto que se trasladase de Inglaterra á Francia, según se desprende de estas otras cartas, la una de los Sres. Orense y la otra del ilustre desterrado:

«Sr. D. Juan Espronceda y Pimentel.

Madrid.

Londres 18 de Noviembre de 1828.

Muy Sr. nuestro: Casualmente en el dia de ayer, cuando acabábamos de abrir su carta, se presentó en esta casa su hijo D. José, á quien tuvimos el gusto de dársela á leer y, en su vista, nos aseguró haber escrito á V. con bastante frecuencia, y que ignoraba cuál puede ser el motivo que impide el que sus cartas lleguen á las manos de VV.

Hoy volverá á vernos y probablemente escribirá á V. Si lo hace á tiempo irá adjunta.

Deseo tenga efecto su orden de V. de pasar á Francia; pero no lo puede ejecutar con la prontitud que es de desear, porque para efectuar su viaje necesita como unas cuarenta libras esterlinas, ó lo que es lo mismo, 4.000 rs., para que pueda pagar algunas pequeñas deudas que ha contraido de resultas de una indisposicion que ha padecido hace poco.

En este supuesto, si nuestro amigo D. Juan Alcalde nos faculta, le franquearemos dicha suma, con lo que creemos podrá tener efecto su traslacion á Francia.

Con este motivo tenemos el gusto de ofrecernos de V. seguro servidor, q. b. s. m.,

Manuel de Orense.

P. D. Habiéndose presentado D. José, tenemos la satisfaccion de incluirle la que escribe á VV.»

«Amados padres mios: He recibido dos cartas de VV., y en ninguna lo que yo esperaba.

En la última que les escribí les decía que para pasar á Francia necesitaba 40 libras, por lo menos, para pagar mis deudas, contraidas en mi enfermedad, y vestirme.

D. Manuel Orense, en cuya casa escribo esta carta, ha tenido la bondad de entregarme 18 libras, las que, sin duda, cargará ya en cuenta por mi recibo.

Espero, mamá mia, que V. y papá asimismo se acuerden ahora de mí y me saquen de compromisos. Aquí no me han traído gastos frívolos ni calaveradas. Envíenme, si es posible, lo que pido fijamente, para no verme en la cárcel.

Adios, padres mios, cuídense VV. tanto como les ama su hijo,

Pepe.»

Sus padres no quisieron consentir que él llegara *a verse en la cárcel,* y autorizaron la entrega de los 4.000 rs. que pedía, y que constan consignados en los transcritos recibos.

Tan pronto como D. José recibió esta cantidad, dejó de escribir a su casa; no cuidándose de hacerlo durante algunos meses, hasta que llegó a Bruselas y volvió a notar la falta de recursos, los que deseaba tener a prevención en todas partes, en el mismo Bruselas y en París.

Dicha carta, en la que explica las causas de su silencio, y el cómo regresó al continente, no por el puerto francés de Cherburgo sino por Flandes, dice así:

«*Bruselas 6 de Marzo de 1829.*

Amados padres mios: Enojados sin duda y con razon estarán VV. conmigo, al ver que ha tanto tiempo no les escribo, pero no consiste en pereza, que bien lejos estoy de tenerla, sino en otra porcion de causas que voy á explicarles y que son muy distintas.

Despues de recibir la orden de VV. de marchar á Francia, si no he escrito á VV. como su cariño y los sacrificios que hacen por mi merecen, fué porque creí colocarme en Londres con una bonita pension y dejar de serles gravoso; el deseo de sorprenderles me hizo retardar el contestarles y, luego, cuando vi que nada podia alcanzar de lo que deseaba y determiné marchar, fueron tantas y tan grandes las dificultades que hallé para sacar un pasaporte, que más de dos meses se me pasaron en diligencias, sin que pudiese alcanzar otra cosa que uno del Embajador flamenco, para venirme por este pais. Aquí me hallo con nuevas dificultades, pero deseoso de agradar á VV., y conociendo son estas invencibles, me arrojo á entrar en Francia sin pasaporte. Los gastos que origina un viaje de esta naturaleza me harán arribar á Paris sin un ochavo y, aun si no puedo vencer los obstáculos que se me ofrecerán, quizá tendré precision de volverme á esta, y entonces aguardar la determinacion de VV. Desearia, por esta razon, me pusiesen VV. el dinero que les parezca aquí y en París á la vez, para si llego allá pasar al momento á Burdeos, y si me hacen volver encontrarme aquí con qué subsistir.

Yo, mamá mia, no soy un hijo degenerado; si he tenido un momento de error, les pido mil perdones, y no creo que será V. tan cruel que me los niegue. Besar el polvo que VV. pisan me parece poco cuando pienso en el cariño extraordinario que les merezco.

No soy ya aquel calavera de antes; he cambiado y no deseo otra cosa que abrazarles y mezclar mis lágrimas de ternura y reconocimiento á las de placer que VV. derramarán cuando mutuamente nos estrechemos á nuestros corazones.

Adios, padres mios, quizá no esté lejos el momento en que, con alegría, nos veamos y en que nunca nos separemos.

Cuídense VV. tanto como les ama su

Pepe.

Yo esta noche salgo en la diligencia: escríbame V. á esta capital, con el sobre para mí, Hotel de la Paix.—Bruselles.»

No pudo, entonces, regresar a España ni lo consiguió hasta la segunda amnistía de María Cristina, permaneciendo, entretanto, en París, de donde mandó a su padre la siguiente orden (único documento, escrito por él, que he podido encontrar, posterior á la carta de Bruselas), que se conserva en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

«Al Sr. D. José (1) de Espronceda, Brigadier de los Rs. Extos., calle de San Miguel, 3. Madrid.

París 15 de Febrero de 1830.

Sírvase V. entregar á D.ª María Calderon la cantidad de veinte duros que he recibido de D. José Amorós, según aviso de este dia.

José de Espronceda.»

Para confirmar las afirmaciones anteriores de que el amigo y compañero de Santarén y Londres, Sr. Hernáiz, acompañó en la repatriación a Espronceda, y de que éste debió ejercer en Inglaterra la profesión de *Maestro de Esgrima,* así como para demostrar lo excelentes que eran los policías de Fernando VII, voy a terminar mi tarea reproduciendo uno de los partes que se conservan en el citado archivo del Ministerio de la Guerra, dentro de una carpeta en cuya portada se lee: «*Espronceda y Delgado (D. José).—Célebre poeta.*»

El parte dice: «El Excmo. Sr. Conde de Ofalia me avisa la llegada á París de los llamados Hernaiz y Espronceda, cuyos verdaderos nombres, según la comunicación que he recibido de aquel Ministerio de Negocios Extranjeros, son Juan Antonio Hernaiz y José de Espronceda, procedentes de Inglaterra.

El primero sirvió de voluntario en el Regimiento núm. 10 de Caballería ligera que formaba parte del Ejército Constitucional, y el segundo es Maestro de Esgrima, y se han dado órdenes para no concederles pasaportes sino para Inglaterra.

El Sr. Embajador en París dice que puede contarse con que no se les darán pasaportes para el Mediodía de Francia, y que, de to-

(1) Siendo el nombre de su padre, Juan, debió de estar muy distraído el hijo, al escribir, cuando le puso José en la dirección.

dos modos, será muy conveniente tenerse en España conocimiento de sus señas, que no será difícil en el Ministerio de la Guerra, á fin de poder arrestarlos en cualquier parte donde se presenten.

Con esta fecha prevengo de Real orden el Sr. Conde de Ofalia que exija de aquel Gobierno no se den pasaportes a estos individuos para las provincias meridionales de Francia, ni menos para entrar en España; mandándome al propio tiempo S. M. que lo comunique á V. como lo ejecuto de su Real orden para los efectos convenientes en este Ministerio.

Dios guarde á V. E muchos años.—Palacio 17 de Abril de 1827. *Manuel González Salmón.* — Sr. Secretario del Depósito de la Guerra.»

Lamento no haber podido encontrar más papeles autógrafos de este período de la vida de Espronceda; pero los copiados bastan para desvanecer algunos errores que han circulado hasta el día sobre su curiosa emigración.

Si les agradara a los lectores de La España Moderna, para los que expresamente he escrito este artículo, se dará por satisfecho

José Cascales y Muñoz,

Cronista de Extremadura.

CURIOSIDADES TOLEDANAS

LA CUEVA DE HÉRCULES

A espaldas de la *calle de la Plata,* y casi perpendicular a ella, hay en Toledo una vía, estrecha como lo son todas las de aquella ciudad insigne, corta, y además sin salida, la cual lleva el de *callejón de San Ginés* por nombre.

Los edificios de la acera de la derecha, escasos en número, son vetustos, de poca altura y de vulgar aspecto, aunque alguno de ellos, donde estuvieron instaladas las oficinas del teléfono, conserva restos de yesería mudejar en sus estancias; el del fondo, es, si no estoy trascordado, parte de la casa del señor Alvarez Ancil, mi buen amigo, en la cual perduran curiosas yeserías mudejares, que dí a conocer con aquéllas, y sus aposentos fueron parte en los siglos XIV y XV de alguna casa señorial importante. La acera de la izquierda del citado *callejón* está formada por los tapiales de un solar, propiedad de mi amigo el Sr. D. José de los Infantes, en los cuales aparecen incrustados sin orden ni concierto, cierto número de marmóreas placas decorativas, de estilo que llamó mi Padre *latino-bizantino* clasificándole, y que siendo al período visigodo correspondientes, han sido publicadas en las hermosas láminas de los antiguos *Monumentos Arquitectónicos de España*, me pa-

rece que dibujadas por Ricardo Arredondo, poco ha fallecido, y en el tomo primero, después, de mi libro *Toledo*.

Del solar que cierran los tapiales dichos, proceden todas ellas; y como están a la mano, la gente menuda es siempre irrespetuosa, y el callejón, por carecer de salida, carece también de tránsito, han experimentado en sus labores las indicadas placas muy sensibles deterioros, los cuales continuarán, si Dios no lo remedia, hasta borrar en ellas toda huella artística, y destruirlas por completo, pues evidentemente merecen poca estima por parte del propietario y de la misma *Comisión Provincial de Monumentos*, a quien parece debían interesar estas reliquias, ya que no por su antigüedad y por su mérito, por lo que significan y por lo que valen en el concepto arqueológico.

Bien es verdad, que igual estima obtienen así el fragmento de pilastra, visigodo también, que hay empotrado y a medio destruir en los muros de la iglesia de *Santa Justa*, en la próxima *calle*, no más ancha, que a causa de tal reliquia, es denominada *de la Lechuga*, como los fragmentos, bien interesantes con verdad, que hay en uno de los torreones de la plaza de armas del romano *Puente de Alcántara*, con vuelta a la pendiente *calle de la Alhóndiga*, y otro que en el citado *Puente* figura, y que son asimismo visigodos.

El solar, a que especialmente aludo, lo es de un templo cristiano. Quedan aún de éste en pie, algún que otro trozo de muro, cuyas apariencias proclaman la mano de los adulteradores del siglo XVII o del XVIII, e impresión honda y melancólica produce el espectáculo de aquella que fue casa de Dios, en la cual tantas generaciones de fieles han elevado su espíritu y sus súplicas al Eterno.

Porque la tal iglesia, con dimensiones menores, seguramente, que las del solar, fue erigida en el siglo VII por lo menos, y consagrada a *San Ginés*, cuya advocación llevaba, conforme declaran de consuno, respecto de la fecha, las placas marmóreas empotradas en el exterior de los tapiales, y respecto de

la advocación, el ajiméz, que logré del Sr. Infantes depositara en el *Museo Arqueológico Nacional*, y en cuyo partelúz se lee grabado el nombre de aquel santo.

Dicen los escritores locales, que al tiempo de la invasión musulmana fue convertido en mezquita el templo; y aunque ésto, por ser lo acostumbrado entre los conquistadores, resulte verosímil, no ha aparecido, ni se conoce, que yo sepa, reliquia alguna que lo corrobore, afirmando Parro, no sé con qué fundamento, que el centro de la iglesia conservaba la forma de *mezquita árabe*, redundancia de expresión inútil. El edificio primitivo, modificado o no, pues ya no puede comprobarse, subsistió en pie durante todo el período mahometano, para llegar a los días del rescate de Toledo en 1085; y consta documentalmente y por modo indudable, porque los documentos a que me refiero son por completo desinteresados, que, a lo menos, en la iglesia de *Sant Ginés (Sant Agnis* y *Sant Yinés)*, se celebraba el culto en la era 1159, año 1121, en contra de lo que aseguran el citado Parro y los que, sin recelo alguno, le siguen. Suprimido el templo y suprimida con él la Parroquia, pues tuvo tal carácter, fue adquirido el edificio por el padre del Sr. Infante, y demolido el año 1840, quedando en la forma que hoy ofrece.

Dentro de aquel recinto, sagrado un tiempo, que limitan los tapiales mencionados del callejón sin salida, y que en el estado lastimoso en que es llegado a los presentes días, conserva algo aún de su carácter religioso, existe la llamada *Cueva de Hércules:* una de las antiguallas más sugestivas y más maravillosas de cuantas hay memoria en el complicado laberinto de la imperial y legendaria Toledo.

Porque, ¿quién no ha oído hablar medrosamente de ella, como de lugar misterioso, impenetrable y arcano, donde las más estupendas y espantables cosas al propio tiempo anidan? ¿Quién no ha leído algo, de lo mucho que respecto de ella han escrito de bonísima fe los autores antiguos y aun modernos?... ¿Quién no tiene, por lo menos, idea de lo que ha dicho, y aún

continúa diciendo, en tono más o menos bajo, con relación a tan singular reliquia, la parlanchina tradición, que viene a ser el «amarillo jaramago» de las cosas viejas?

Cuevas y covachas, existen muchas en Toledo. ¡Cuántas veces, recorriendo la ciudad, se tropieza en el caserío de las pendientes calles, con huecos sombríos y misteriosos, que se abren casi informes a flor de tierra, excitando invencible curiosidad, y que modestas industrias aprovechan y en ocasiones acicalan para mejorar su aspecto! Pero ninguna de ellas tiene el interés tradicional que la famosa *Cueva de Hércules,* y yo no sé si algunas de ellas habrán sido o no exploradas, ni si hay en su recinto nada que merezca ser notado.

Fabulosa leyenda, recogida por los escritores musulmanes y reproducida una y cien veces, con aditamentos nuevos, por los cristianos, venía desde el mismo siglo IX afirmando con el cronista Aben-Habib la existencia en Toledo de dos casas con riquísimos tesoros, cerrada la una no menos que por medio de veinticuatro candados. Estas casas—cuya situación topográfica en la ciudad no señalaron,—era ya tradición en el siglo XV, según el autor a quien sigue Gutierre Díaz Games en su *Victorial,* como una sola, edificada por Hércules, quien había allí dejado muy grandes riquezas enterradas, con puertas muy fuertes y muy fuertes cerraduras, mas los candados que de su orden habían ido colocando en ellas los reyes, y la amenaza de que el día que las puertas fuesen abiertas, «pasarían muchas naçiones de gentes de Africa», y «destruirían toda la tierra despaña y la ganarían».

Pocos años después, en el mismo siglo XV, el Arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo, en su *Atalaya de las Corónicas,* convirtió en *Cueva* la casa o palacio de referencia, añadiendo que en una de sus estancias (palacio) había «una Estatua de piedra, grande, echada en una Cama», la cual efigie »tenía un rótulo en la mano, que decía que en el tiempo de aquel Rey que abriese aquella Cueva, sería perdida Castilla»; que en

el otro palacio había «un Pilar de estatura de un hombre alto, e sobre él una arca de Cristal non mucho grande, cerrada con un Calnado chico de aljófar», y dentro de la que se contenía el celebre «paño pintado como de Moros a cavallo e a pie, con vallestas, pendones e Lanzas, e desía al pie de esta guisa: destos será la gente que ganaran a España»; y por último, que cuando el pobre rey don Rodrigo hubo visto esto al violentar la entrada de la *Cueva*, y se apartó de allí pesaroso, cerrando todo como antes estaba, «descendió luego un Aguila del cielo con un tizón de fuego en el pico, y púsole sobre aquella cueba, e con las alas encendió el lugar con el fuego del tizón, e quemóse toda la cueba e fízose ceniza; e luego vinieron ynfinidas aves del cielo e rebolaron tanto sobre aquellas cenizas, que las derramaron en alto», y que «vientos se movieron entonces a quatro partes que las lanzaron por toda España, e a la persona que tocaban tornábanla bermeja como de sangre, e todos los del Rey e los de la Cibdad, e del Reyno que esto vieron, supieron e oyeron, fueron maravillados e espantados».

Y no era para menos, ciertamente, si ocurrió lo que el bueno del Arcipreste dice, según lo cual no debió quedar rastro ni soñación de la *Cueva*, pues sus cenizas fueron por el viento esparcidas a las cuatro partes del mundo; mas esto no debió ser verdad, aunque el Arcipreste lo apadrine, porque la *Cueva* existe, y tanto, que si Gutierre Díaz Games parece indicar la de *San Ginés*, expresamente la identifica con ella el canónigo Blas Ortiz en el siglo XVI, al escribir su *Descriptio Templi toletani*.

El hecho es que, con efecto, en la parroquia de aquel título era antes de la demolición del edificio conocida y señalada una *cueva* cuyo «arco o puerta» de ingreso—decía no con gran claridad de expresión, en Marzo de 1840, un escritor local, poco antes, seguramente, de que la piqueta destruyese el templo,—«*está en una bóveda de la misma iglesia*», la cual *cueva* se hallaba a la sazón «llena de escombros y cadáveres», hasta el punto de encubrir «casi todo, advirtiéndose tan sólo la extre-

midad de la clave, y un poco del muro o tabique que cierra la entrada» (1).

Para dicho escritor, «el origen y principio de esta famosa *Cueva* es tan oscuro como la misma fundación de Toledo, que se pierde en la inmensidad de los siglos»; y localizada ya en aquella por Blas Ortiz la fabulosa tradición, dióse la imaginación de eruditos y de vulgares a buscar explicación sobrenatural y maravillosa a tal prodigio, a lo que no ayudó poco el famoso jesuíta P. Román de la Higuera, sagaz forjador de cronistas y cronicones, todavía alegados como si hubieran existido los unos y fueran auténticos los otros, por inadvertidos y crédulos autores.

Quién, atribuyó «la obra de esta *cueva* a Hércules el Griego»; quién, «al Egipcio, muy sabio en la magia, cuya facultad aseguran se explicó en su recinto»; «no faltan también historiador crédulo y vieja setentona que refieran, el primero en sus escritos y la segunda en sus veladas, que existe en la dicha *cueva* un gran tesoro escondido bajo de tierra, ocultado allí por los romanos»; es decir, las riquezas o «grandes algos» que, según el autor a quien sigue en el siglo xv Gutierre Díaz Games, dejó allí Hércules, las cuales «guarda día y noche un vigilante y fiero perro, que conserva las llaves *de estas grutas*, y tiene por oficio devorar a los que se acerquen con miras hostiles a tan ocultos lugares, no atreviéndose nadie a pelear con esa espantable alimaña, perpetuo centinela de las codiciadas riquezas» (2).

Tanto se dijo y se propaló por Toledo en orden a la misteriosa *Cueva de San Ginés* y sus prodigios, que a la postre movió todo aquello, en 1546, al Cardenal Síliceo a depurar la verdad de lo que hubiere. De lo que Salazar y Mendoza cuenta, se infiere

(1) D. Nicolás Vicente Magán, *Cueva de Hércules y Palacio encantado de Toledo*, artículo que publicó en su número del 29 de Marzo de 1840 el *Semanario Pintoresco Español*, pág. 100, y que debió ser escrito, naturalmente, antes de esta fecha.

(2) Magán, ibidem.

que mandó «limpiar y prevenir» al propósito la entrada de la dicha *cueva*; y hecho esto, «entraron—dice—por ella algunos hombres con lanternas y cuerdas, que yuan dexando para la buelta, y con prouision de comida y beuida». «Halláronla muy fresca, y húmida, por ser verano; y auiendo entrado por la mañana, salieron al anochecer.» «Declararon con juramento, que auiendo caminado como media legua entre Leuante y Setentrion, aunque a ellos les pareció que quatro leguas, por el trabajo con que yuan, *toparon vnas estatuas*, a su parecer *de bronce, sobre vna ara, y que cayó vna de ellas con ruydo que les espantó.*» «Passando adelante, toparon con un golpe de agua, que no pudieron atrauesar, por no tener recado para ello, y causóles mucho miedo por la fuerça con que corría.» «Desde allí, —concluye—se boluieron, penetrados de el frío, y de la humidad, *y enfermaron, y murieron quasi todos*» (1).

¿Quién había de dudar de las declaraciones prestadas bajo juramento por aquellos hombres? ¿Quién había de poner en duda ni las maravillosas estatuas de bronce, que algo debían significar en tal y tan temeroso sitio colocadas? Allí se ocultaba algo que de lo natural excedía; y así, desatada la fantasía con tales y otras estupendas novedades, que publica el Conde de Mora, fue como la espuma creciendo y aumentando la fábula de manera que el visionario D. Cristóbal Lozano describía luego aquel lugar en sus sabrosos *Reyes Nuevos de Toledo*, como si lo hubiere visto, diciendo: «Va la *Cueva* por debajo de tierra, tan dilatada y larga, que *no sólo coge el espacio que hay hasta el cabo de la ciudad, sino que sale de ella por término de tres leguas.*» «Su fábrica es *magnífica, notable y primorosa*, compuesta de *muchos arcos, pilares y columnas*, y adornada toda de labradas y menudas piedras» (los «cantos labrados» que decía Gutierre Díaz Games). Allí había «otras cosas de grandeza y de primor», «quizá tesoros... pues en partes menos guardadas y secretas, donde vivieron los moros, sabemos y lo vemos cada

(1) *Crónica de el Gran Cardenal de España*, págs. 2 á 4.

día, que se han hallado y descubierto joyas y riquezas de sumo valor».

Aquella «Estatua de piedra, grande, echada en una Cama», que, según la expresión del Arcipreste de Talavera, se encontraba en el antro misterioso de *San Ginés,* habíanla convertido en «vnas estatuas» de bronce, colocándolas «sobre vna ara», los exploradores de 1546; y Lozano, después de asegurar como de ciencia cierta que «a una manga o cabo de esta *cueva* hizo labrar Hércules un *palacio encantado*», reduce las estatuas a una sola, de bronce, pero de *figura espantable y formidable estatura,* plantada sobre un pilar de tres codos de alto, y con una *maza de armas* en la mano, con la cual daba golpes tremendos y continuos, sin duda para asustar las gentes.

Y todo ésto, se afirmaba después de la exploración mandada hacer por el Cardenal Silíceo, y que aumentó con el relato de los prodigios soñados sin duda entre reiteradas libaciones por los hombres que allí entraron, el prestigio sobrenatural de la *Cueva.* Treinta años más tarde de tal visita, manifestaba respecto de aquélla el párroco de *San Vicente,* Luis Hurtado Mendoza de Toledo, en la *Relación topográfica* de esta ciudad, año 1576, que era «tan estupenda, que por no poder sus çiudadanos dar de su viaje notiçia, le echaron una pared é muro que *á cinquenta pasos la cerrase*, la qual— agrega—mandó rromper, abrir y limpiar en parte el Cardenal Silíçeo, e con hachas entró en ella; mas dexó el començado deseo, á causa que halló mucho ympedimento de tierra y vasura e bajas argamasas para poder pasar adelante; créese *según opinión del vulgo*—expresa, —*que pasa debajo del rrio Tajo hasta Sevilla,* de lo qual— concluye,—no hay otro testimonio *sino el ynçierto é ynfinito camino que tiene, e no auer paresçido más algunas personas que temerariamente han entrado*» (1).

(1) Publicóse parte de esta *Relación* en el tomo VII de *El Arte en España*, págs. 259 y 260. Una de las consejas que corrían entre el vulgo, respecto de la longitud de la *cueva*, es la de que «un muchacho despavorido, huyendo del justo castigo que le iba a imponer su amo, se entró sin

Puede, pues, juzgarse lo que habría de interesar el reconocimiento de la *Cueva*, aun después de haberla mandado «cerrar y lodar... para evitar de ese modo que nadie entrase», el referido Cardenal Silíceo, cuyos propósitos de erradicar la leyenda resultaron vanos, a consecuencia de las singularísimas declaraciones de la gente que de su orden penetró en el espantable antro, del cual se decía también, por quienes se creían saberlo, que sirvió para recogerse en él «los nigrománticos a enseñar sus malas artes Mágicas, y a sacrificios de carne humana,» o «a los Chistianos de escondrijo en tiempo de las persecuciones, para dezir Missa, confesarse, predicar y enterrarse, y para otros ministerios,» ni más ni menos que otras catacumbas, o que fue simplemente una *cloaca* labrada en la ciudad por los romanos, indicaciones que, sin decidirse por ninguna, hacía Salazar y Mendoza en su *Crónica* citada, y de la última de las cuales se erigía en defensor el académico D. Ignacio de Santiago Palomares en el siglo XVIII.

Mas si tal y tan terrorífica reputación obtenía con tamaño cúmulo de supuestos la dichosa *cueva,* entre no pocos eruditos y la totalidad del vulgo—crédulo y novelero siempre,—de otro modo, al parecer, debía pensar calladamente el clero de *San Ginés*, y con especialidad los dependientes del templo, conforme se verá más adelante; y como la época de los trasgos, de los duendes, de las fantasías y de las quimeras, si tuvo algún despeluznante recrudecimiento, más aparente que real, durante el período álgido del romanticismo, en el pasado siglo XIX, era ya pasado de moda, y el espíritu de la gente moderna, volteriana, descreída, y burlona de suyo, se avenía muy mal con semejantes historias, que parecían patrañas y consejas para amedrentar y dormir las criaturas,—unos cuantos oficiales del Batallón de Cazadores de *San Marcial,* que estaba a la sazón

---

reparar por ella adentro, y anduvo tanto espacio, *que vino á salir á tres leguas de la ciudad, camino de Añover de Tajo*» (Magán, art. cit., del *Semanario Pint. Español*, t. de 1840, pág. 100).

de guarnición en Toledo, y eran jóvenes de buen humor y nada timoratos; varios empleados civiles, con quienes ocurría lo mismo, y muchos jóvenes de la población, que alardeaban de *esprits forts*, concertaron, a principios del año de 1851, penetrar por sí y ante sí en la temerosa *cueva*, «resueltos a no abandonar su propósito hasta que descubrieran lo que había de cierto en el asunto» (1).

Un poco tarde era ya para la empresa. Habían transcurrido más de trescientos años desde que la intentó el Cardenal Silíceo (1546-1851); era de todo punto desconocido lo que en este lapso de tiempo había podido acontecer con la iglesia y con la *Cueva*, y a mayor abundamiento, la Parroquia había sido totalmente demolida en 1840, y aparecía como muy natural que los obreros demoledores hubiesen tropezado, naturalmente, con ella, y quién sabe en qué estado se hallaría, y cuál habría venido a ser la suerte de las estatuas espantables que allí dijeron existían desde el Arcipreste de Talavera, en el siglo XV, hasta el Canónigo D. Cristóbal Lozano, en sus regocijados *Reyes Nuevos de Toledo*.

No se cuidaron, sin duda, los animosos exploradores, de averiguar, por medio de alguno de los que fueron acólitos en el antiguo templo, cuál era el sitio donde la *Cueva* tenía su entrada por la iglesia; y como el área de ésta se hallaba cubierta aún por gran cantidad de escombros, hacinados y revueltos, preciso fue verificar excavaciones en distintos puntos, hasta que la casualidad premió sus afanes complaciente, consintiéndoles dar con la deseada entrada de aquel lugar, poblado de maravillas y de encantos, según la fábula había venido propalando largos siglos.

Aunque no estéril ni infructuosa la tarea acometida por los exploradores, no hubo de satisfacer a éstos, sin embargo, por lo cual desistieron de ella, seguros de que, cual dijo ya Palomares en el siglo XVIII, la pretendida *Cueva de Hércules* nunca

(1) Martín Gamero, *Hist. de Toledo*.

había existido, sino en la fantasía de las gentes (1); pero uno de los jóvenes exploradores, D. Angel Magán—que no sé qué parentesco tendría con D. Nicolás Vicente Magán, autor del artículo publicado el año de 1840 en las páginas del *Semanario Pintoresco Español*,—indignado por el calificativo *ignominioso* de *cloaca* aplicado a la *Cueva* por Palomares, y aceptado en 1845 por mi Padre en la *Toledo Pintoresca*, publicaba en *El Heraldo*, periódico de Madrid, sendos artículos, zahiriendo de tal suerte a este último escritor, aunque sin citarle, que, promovida cierta controversia, dió ésta motivo «a un negocio de honor privado» entre ambos contendientes (2), del cual nunca oí hablar a mi Padre, ni tuve jamás noticia.

Del examen hecho personalmente por el autor de la *Toledo Pintoresca* citada, venía a resultar que las exploraciones de 1851 habían acreditado la existencia de un templo gentílico, en cuyo solar erigieron la iglesia de *San Ginés* los visigodos, y que la *Cueva*, la famosa *cueva*, podía «ser, sin dificultad alguna, la *cripta* o cuerpo subterráneo del templo que Toledo consagró a Júpiter o a otra deidad *majorum gentium*» (3), para lo cual había sido utilizada evidentemente antes y después del siglo XVI, a juzgar no sólo por el número de restos humanos que de allí recogieron o separaron los citados exploradores, sino los que el mismo propietario del solar, D. José de los Infantes, recuerda haber oído decir a su señor Padre encontró en el pavoroso antro, al verificarse la demolición de la iglesia,

(1) El docto Martín Gamero afirma con error en las páginas 194 y 195 de su *Historia de Toledo*, dada a luz el año 1862, que la suspensión absoluta de las obras fue consecuencia de cierto artículo publicado por mi Padre en el *Semanario Pintoresco Español*, y del cual hablaré luego. El error se desvanece al reparar en que el citado artículo lleva por título el de *La Cueva de Hércules en Toledo.—Las últimas excavaciones de la misma*, y que en él se da cuenta de las exploraciones hechas. El citado artículo aparece inserto en el número 48 del referido *Semanario*, correspondiente al 30 de Noviembre de 1851.

(2) Martín Gamero, nota de la pág. 194 de la *Historia*.

(3) *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1851, pág. 383.

con lo que es fácil comprender cómo para el clero de *San Ginés* no había sido ni mucho menos desconocida la *Cueva*, cuando la tenía de luengos tiempos a enterramiento de los fieles dedicada.

Cerca del ángulo que al interior se forma al SO., en el solar de la antigua parroquia de los alfahareros toledanos, y no a largo trecho de la tapia de cerramiento, en la cual se hallan incrustados los fragmentos visigodos de que hablé arriba, aparece la boca o entrada de la *Cueva*, que no es un «boquete de ladrillo», como ha dicho cierto autor, amigo mío, y que está habitualmente cerrada por una plancha o cubierta de hierro. Levantada ésta, aparece a la vista lóbrega cavidad subterránea de escasas dimensiones, húmeda, medrosa, que sirvió de bóveda de enterramiento visiblemente en la iglesia, con los muros denegridos y viscosos, y pendientes del techo, como tupido cortinaje, los movibles y finos filamentos grisáceos y polvorientos de multitud de repugnantes telarañas, que se adhieren a cuanto en sus oscilaciones tocan.

A merced de una escalera, que me fue facilitada al propósito, y procurando huir de las referidas telarañas, bajé al fondo del subterráneo; y en medio de la oscuridad que no lograban disipar las luces de que tuve que servirme forzosamente, a mis ojos se presentó el espectáculo desagradable de los escombros y restos de toda especie, amontonados sobre un suelo, que no es desde luego el primitivo. A mi derecha, es decir, en dirección a Levante, se dibujaban en la sombra dos robustos arcos de sillares de granito, denegridos y viscosos, de medio punto, pero completamente desornados, sin moldura alguna, abiertos en el muro longitudinal, de N. a S., que parece de mampostería, casi cegados por los escombros, pero el más septentrional practicable, aunque no libre de todo aquel detrito que el lóbrego recinto contenía en abundancia. Sobre ellos, voltea una bóveda de ladrillo, revestida al parecer de argamasa, y de la cual pendían, como he dicho, los hilos de las telarañas, siendo el muro de Poniente compacto y sin abertu-

ra alguna que parece de roca viva y formando de esta suerte el todo un recinto, casi rectangular, de 12 a 13 metros de longitud por 7 a 8 de latitud máxima, aproximadamente.

Por medio del uno de los dos arcos referidos, pasé a otro recinto, poco más o menos, de las mismas dimensiones que el anterior, también de planta rectangular, tendido en la propia dirección, si no estoy trascordado, y una bóveda de ladrillo, en las propias condiciones señaladas. Lleno de escombros asimismo, fueme dado advertir que tanto en el uno como en el otro extremo de este segundo y más interior recinto aparecían señales de comunicación, no del todo regular, cerrada, y que debió dar paso a otras galerías, cegadas quizás, y sobre las cuales se alza el caserío circundante.

Para mí, como para los exploradores de 1851, fue, pues, forzosamente necesario el detenerme, ante la imposibilidad de continuar más adelante, primero, porque carecía de autorización para intentarlo, y después, porque era desconocido en absoluto el estado en que podrían hallarse las indicadas galerías, tan abundantes en el subsuelo de la celebrada ciudad de los Concilios.

Lo que sí parecía resultar de cierto, es que aquellos arcos no son de fábrica moderna; que no son tampoco de la era medioeval cristiana, y mucho menos muslímica; que no son referibles a ninguna construcción visigoda, y que su aspecto y forma los llevan sin vacilación al período romano, con lo que se confirmaba el supuesto de mi Padre, enunciado en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851, ya que aquello no presentaba ni reunía condiciones para estimarlo cual *cloaca*, según lo había formalmente pretendido el docto Palomares.

Como con la lobreguez de ambos recintos, debieron uno y otro adquirir disformes proporciones en la excitada fantasía de los últimos exploradores, a quienes he venido refiriéndome, aquel que parecía el portavoz de todo, el citado D. Angel Magán, no vacilaba en proclamar desde las columnas de *El Heraldo*, que la argamasa era «antiquísima», que los arcos eran

«magníficos» y de «colosales dimensiones», y que habían sido descubiertos «en una serie de cuevas enlazadas entre sí». Mi buen amigo y antiguo discípulo de *Historia de España,* el ilustre académico de la Historia y Conde de Cedillo, tan apasionado y tan conocedor de las cosas de Toledo, su patria, visitó antes que yo la *Cueva*, y en su *Guía Práctica de Toledo*, publicada en 1890, descríbela en estos términos: es un «recinto casi repleto actualmente de escombros, que no impiden, sin embargo, la entrada, ni hacerse cargo de lo que queda al descubierto». «Fórmanla (la *Cueva)* dos bóvedas de piedra (de rosca de ladrillo), paralelas y semicirculares, de indudable fábrica romana, unidas por *dos arcos* casi completamente cegados; en los extremos de la estancia hay ciertos boquetes o puertas tapiadas que sin duda comunican con alguna bóveda inmediata.» «Un estrecho recinto, en suma, rodeado en todas direcciones por roca viva» (1).

Lo que vimos el Conde de Cedillo en 1890 y yo en 1900, está de acuerdo en lo que de la *cueva* decía Gutierre Díaz Games en el *Vitorial*, hace más de 400 años, pues declaraba que era «de dos nabes», y dos naves resultan con efecto los dos recintos, haciendo practicable los dos arcos que les ponen en comunicación directa, y que D. Angel Magán aumentó en número, no sé con qué fundamento.

(1) *Guía Práctica de Toledo* (Toledo, 1890), pág. 890.—Otro querido amigo el ilustre D. Juan Menéndez y Pidal, que ha debido también visitar la *Cueva* antes de 1906, dice de ella: «Es un recinto estrecho de unos 10 ½ metros de longitud por 8 ½ de latitud, cercado en todas direcciones por la peña en que se abre.» «Allí se ven dos galerías paralelas, formadas por macizos muros de sillería, que reciben sendas bóvedas de ladrillo, revestidas de muy dura argamasa cuyas bóvedas voltean sobre tres robustos arcos de piedra.» «Por dos, cegados hoy casi totalmente, se comunican esas naves, y en sus extremos hay puertas tapiadas que probablemente dieron paso a alguna inmediata bóveda.» (*Leyenda del último rey godo*, Madrid, 1906, pág. 40, nota.) A pesar de que el Sr. Menéndez y Pidal dice que son tres los arcos, yo no he visto sino dos, como el Conde de Cedillo.

A esto es a lo que han quedado reducidas tantas fantasías, tantas y tantas quimeras, tantas y tantas medrosas supersticiones y tantas maravillas como soñaron las gentes y acogieran cual artículo de fe no pocos escritores... Y aunque yo no podía suponer que iba a encontrar nada de aquello, me había hecho la ilusión de que la *Cueva* sería algo grande, algo que por sus condiciones hubiera sido merecedor y digno de engendrar la leyenda, de perpetuarla de generación en generación y de siglo en siglo, hasta llegar casi hasta nosotros sugestiva, aunque mi Padre, que era hombre serio y concienzudo, aseguraba en 1851 que la *Cueva de Hércules* había muerto!

Aquello, por muy *cripta* de un templo gentílico que se estime, por muy romana que su fábrica resulte, era, ciertamente, y al fin y al cabo, el *ridículus mus* del parto de los montes! A mí, como con gráfica expresión pintoresca dicen los andaluces, ante el espectáculo que allí presencié, *se me cayeron los palos del sombrajo*...

Y, a la verdad, que, por muchas y muy grandes que mis suspicacias sean, y por poco propenso, que se halle mi espíritu a dar crédito a cosas tan estupendas cual las propaladas con relación a la famosa *Cueva*, sentí muy de veras que de tal suerte vinieran al suelo de golpe y para siempre cuantos prodigios habían forjado sin tasa las generaciones, a propósito de cosa que no lo merecía...

Sic transit gloria.

Rodrigo Amador de los Ríos

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

En el libro recientemente publicado *L'Arte contemporanea alla Exposizione di Roma del 1911,* el ilustre crítico Leandro Ozzola dice respecto de nuestra patria lo siguiente:

Pintura española.

En las salas de esta sección se goza como un valiente y jocundo desquite del sentimiento colorista meridional contra la ausencia de las medias tintas septentrionales. Es la expresión alegre del alma y de los ojos que tienen una historia pictórica y un sol, que brota bajo la anodina compostura del mutismo septentrional, nacido a la forma del arte en el siglo de los sanatorios.

Y esta primera sensación de vida, de sangre todavía roja, de ojos todavía brillantes, mantiénese en todas las salas, en las que sonríen los colores, como en las hermosas campiñas que conocen el fuego de los rayos solares, y de estos rayos dimanan la irrupción luminosa y el sonoro y dramático lenguaje. Es la plena satisfacción de encontrar todavía un país del mundo pictórico que no se mortifique y no nos mortifique, en donde el sol resplandezca aún como en nuestra casa.

España puede sentirse orgullosa de la segura conciencia de su arte, y de estar representada oficialmente por un artista

más completo y más vario que sus grandes hijos disidentes, Zuloaga y Anglada. Sorolla, el triunfador del pabellón, se presenta con tal diversidad y complejidad de carácter, con tan seguro y fácil dominio de la propia expresión, que denuncia todo el esfuerzo y la fatiga de sus dos compatriotas, los cuales, para llamar la atención en la vida parisiense, acuden a recargar su vestuario pictórico, dedicándose, con propósito ostensiblemente sistemático, a exagerar el carácter de la propia fisonomía hasta en la simplificación decorativa.

En la sala de este pintor, quizá demasiado llena de lienzos, asombra, desde luego, la facilidad con que el artista puede pasar de una visión a otra sin preferencias, sin hábitos de temas escogidos, sin convencionalismos de estilo, con la facilidad misma con que en la vida se pasa del campo a la casa, del monte al mar, del sol a la sombra, de la plena luz del aire libre a los reflejos de una iluminación artificial. Artistas que tengan esta riqueza de visión son tan raros en nuestras Exposiciones, que hacen el efecto de millonarios pródigos, frente a la cauta parsimonia de los que apenas pueden variar los cuatro o cinco tonos, que se han habituado a poner juntos desde el día que con ellos hicieron fortuna.

La riqueza de los medios de Sorolla en su visión es muy evidente también en la desenvoltura con que afronta ese elemento de la verdad, que en la pintura contemporánea ha llegado a ser un lujo poco frecuente, el relieve. Mientras que los cuerpos posean tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad, cualquier arte, que reproduzca superficies y quiera dar la ilusión de un volumen, será siempre un arte con una dimensión menos, y no habrá modo que le pueda absolver de la falta de deficiencia en que ha incurrido, y le pueda abrir las puertas que la encierran en el campo de la simplificación decorativa, por florido y espléndido que tal campo pueda parecer o ser.

Cuando Sorolla pone la figura al aire libre, como en la «Hija enferma», como en el «Muchacho al sol», como en los

otros numerosísimos lienzos, o bajo el velo de la sombra, como en el «Gobierno de la barca», no olvida que aun al aire libre, si la dimensión de la profundidad se atenúa, no se destruye, y la reproduce todo lo más intensamente posible. Todas estas visiones suyas al aire libre tienen además una espontaneidad, una facilidad de ejecución, una inmediata impresión y una eficacia de expresión que le ponen al nivel de Zorn, y a menudo le superan. Sorolla es de pincelada tan fácil como la de Zorn; así, a veces llega a desenvolturas que el noruego no ha alcanzado quizá, como en ese «Muchacho al sol», que parece casi hecho de una pincelada sola.

Por añadidura, el pintor español tiene sobre Zorn la ventaja de una luz de más colores, mientras que el noruego, a pesar de todos sus esfuerzos en contrario en la elección de los modelos, se ve obligado a manejar siempre el gris por la naturaleza misma del cielo bajo el que pinta y el hábito visual que de esto procede.

La complejidad de la naturaleza de Sorolla se aprecia más especialmente cuando se concentra en la figura de retrato, género en el que teme a pocos rivales en Europa. Sabe ver el modelo en su ambiente sin descomponer la síntesis en minucias analíticas, sin suprimir el espejismo del medio atmosférico que se obtiene con la visión a distancia y da la ilusión de la imagen real. No llega nunca a la expresión escultórica y completa de nuestro Mancini, pero iguala la de Zorn y la de Sergent, mientras que posee también el sentido de elegancia decorativa de estos dos. Con Sergent y con Laszlo puede competir victoriosamente en la espontaneidad de los movimientos, en la viveza fisionómica y en el carácter del tipo.

Mientras que el retrato del Sr. Beruete, en negro, con el rostro todo concentrado en la mirada, llega a la máxima solidez plástica y profundidad de carácter de la pintura impresionista contemporánea, el del Duque de Alba es de una claridad de interpretación, de una vitalidad de expresión en el movimiento facial, que hace pensar en las audacias de Zuloaga, sin

caer, sin embargo, como éste, en la simplificación de la figura.

Este es el artista que, en nuestra opinión, representa la serenidad y la complejidad latina de los buenos tiempos antiguos y de alguna excepción moderna. Sin embargo, pocos compatriotas suyos le siguen, tal vez mejor que todos, Rusiñol, con su poética y triste interpretación del paisaje, como es notorio, o sea, con la mínima estilización y la máxima intensidad posible. Son, casi todos, interiores de jardín, vistas de «arquitectura verde», planos amplios, quizá demasiado, con cabrilleos de sol radiante o tenues, frescas y suaves sombras que se extienden a lo largo de un camino o sobre el límpido follaje.

Los otros pintores españoles, salvo Benlliure, tan conocido aquí en Roma, gustan casi siempre de *estilizar*, ya en la amplitud de los planos que ven con geométrica claridad, ya en los tipos y en la expresión (harto a menudo de viejos y feos personajes toscos con ojos bizcos), ya en los colores violentos con cierto dejo de prerrafaelismo alemán, del género de Zwintscher, y de característico al estilo de Zuloaga. De todos modos, casi todos presentan una seriedad de intentos, una seguridad de visión sintética, un vigor de composición, un sentido viril del color, que la muestra sea por extremo simpática, noble y vivaz. Noto, entre otros, a Zubiaurre, que tiene casi una sala; a Benedito con tres bellas cabezas de viejos, a Moreno Carbonero con dos fuertes retratos, a Hermoso con una porción de muchachos y otros muchos más. Uno de éstos, Sotomayor, requiere mayor atención, con un profundo retrato de hombre, de medio busto, sobre un fondo de paisaje. Es la bella tradición del realismo, tal como la inició Velázquez, y que responde ahora noblemente.

Zuloaga

Zuloaga y Anglada son dos nombres ya indisolublemente asociados en la mente de los visitantes del Valle Julia, y no seremos nosotros quienes nos atrevamos a destruir la tradición

y a separar lo que la voz del pueblo ha unido tan inexorablemente.

A propósito de Zuloaga, se suelen siempre evocar los nombres de Velázquez, Greco y Goya, como los de sus directos antepasados en el arte pictórico. Esto puede ser verdad si se entiende que él continúa el realismo un poco caricaturesco de aquellos tres maestros, pero no como expresión pictórica. El nombre de Velázquez, citado más que nada por la semejanza del *Enano Gregorio* con los *Enanos* famosos de D. Diego, está, a mi entender, fuera de lugar. Poner juntos a Velázquez y Zuloaga es absurdo, además de irreverente, para el primero.

Basta observar que éste introduce en su definición gráfica la línea y el contorno, que constituyen la expresión de la imagen mental formada por nuestra memoria, que Velázquez tiene la eterna gloria de haber abolido definitivamente el camino progresivo de la pintura.

Para explicar mejor la diferencia entre las dos pinturas, hagamos una comparación cualquiera entre un Enano de Velázquez y el Gregorio de Zuloaga.

D. Diego empieza un lienzo por el fondo, porque de él necesitaba tomar el motivo fundamental de luminosidad que le permitiera modular en torno de la figura la profunda y compleja sinfonía del claroscuro, con que obtiene la definición del volumen, el relieve y el destacamiento de un cuerpo en el ambiente, y la vida de un organismo en una atmósfera real. El proceso de Velázquez, es el de expresar en el espacio una forma verdadera, llenándole por completo de claroscuro, tal como hace la luz en la realidad, al posarse y deslizarse sobre los infinitos planos de un cuerpo sólido.

Todos pueden, en cambio, comprobar que los fondos de Zuloaga son accesorios decorativos, de naturaleza neutra, puestos allí para llenar los retazos de lienzo, que aparecen entre el contorno de una figura y la forma del marco. Son armas mudas, que no tienen otro oficio que el de hacer que se oiga más la voz de la figura, a la que, contra la voluntad del pintor, da-

ñan. Por ejemplo: el Enano Gregorio es una imagen del más crudo realismo; ¿bajo qué cielo se encuentra? No lo sabéis, por que aquella superficie oscura, tachonada de manchas claras, no tiene ninguna relación con la realidad. Por esto se ve uno obligado a llevar al mundo fantástico una pesada imagen de nuestra tierra, obligando a nuestra mente a recorrer un camino bastante peligroso de integración, lo que no puede ser ventajoso para la expresión estética que siempre quiere ser inmediata y completa. Estos fondos, Zuloaga los ha tomado, en parte, del Greco, y en parte, de Goya. De Goya ha tomado el corte de la composición. Esa soberbia majestad de una figura que campea sobre el cielo a la vista de amplias calles con fondo de ciudad, es uno de los motivos fundamentales de Goya, de los que la pradera de San Isidro, en forma un poco diversa, ofrece el ejemplo más acabado. Goya, sin embargo, concluía meticulosamente cielo y ciudad; en cambio Zuloaga, por lo que respecta a la ciudad, se ha inspirado en la expresión sintética de Cottet, y en cuanto al cielo en las fantasías de ciertos cuadros del Greco. Pero el artista no ha pensado que las visiones del Greco, si estaban bien en su puesto para representar el cielo ideal de los santos en los cuadros religiosos, no podían, con igual acierto, representar la prosaica atmósfera de nuestra morada.

Zuloaga, una vez entregado a sus procedimientos para lo que quiere representar, los extiende muy a menudo a la figura humana de la que cuida las partes que más interesan a la expresión, la cara y las manos, dejando todo lo demás en una tal amplitud de planos y tal parquedad de artista, que falta a menudo el necesario relieve para dar el aspecto de cuerpo, y la necesaria complejidad característica para dar la ilusión de la carne.

También estas son insuficiencias de expresión, porque, ver formas que carecen de verdad en cuadros que acusan la intención declarada de expresar la más cruda realidad, es dejar una vez más a la fantasía la misión de suplir y proporcionar a la

mente la fatiga de integrar, o sea el no decir toda la visión propia y dejar una parte en la sombra.

Está absolutamente fuera de lugar un parangón psicológico entre las figuras de Velázquez y las de Zuloaga; porque éste entiende representar tipos, mientras que D. Diego afrontaba la individualización de caracteres completos y complejos. El Enano Gregorio, en efecto, no es sino un ejemplar de deformidad física, mientras qne los de Velázquez encierran la tragedia de la luz espiritual encarcelada en las tinieblas de la deformidad corpórea.

El simplicismo psicológico de Zuloaga está evidentísimo en la figura del filósofo Melquiades, a cuya grosera fisonomía en vano se preguntaría la naturaleza de las teorías que se albergan en el cráneo abombado, el cual, sin embargo, se alza sobre unos ojos pensativos. Ciertamente, la respuesta a estas preguntas es sólo de los grandes maestros, de Rafael, por ejemplo, que podía en la escuela de Atenas, adivinar la máscara de Voltaire para la representación del escepticismo.

Pero si la comparación del arte de Zuloaga con la de sus predecesores, comprendido el genio desordenado de Goya, da un resultado completamente desfavorable para el artista moderno, éste puede hallar todo su valor en una comparación con los representantes del arte contemporáneo. Entre éstos, el pintor español puede aparecer como uno de los más brillantes y fáciles ilustradores de los tipos y los sentimientos característicos de su país.

Zuloaga sabe, como pocos modernos, percibir e imprimir al lienzo una impresión, ya de contorno lineal, ya de color. Su dibujo es nervioso, extraña y original su gama, hecha de gris negruzco, de verdes esmeraldas, de rosa y de rojos grana y de otros pocos tonos. Un poco monótonas son sus carnes rosadas o empastadas de carne, pero siempre llenas de vida las caras, contorsionadas en un gesto de sonrisa, o sombríamente recogidas en la expresión de la mirada; y siempre ágiles y en mo-

vimiento como instantáneas las actitudes características de sus figuras.

De la realidad externa gusta recoger, no la belleza plástica o la nobleza moral de la gloriosa tradición italiana, sino las formas de las neurosis femeninas más vulgares y las de la más rara tipología popular. La elección de los asuntos demuestra en el artista el predominio del sentido característico, que el ejercicio continuo y el deseo de definir cada vez mejor la propia personalidad en un ambiente nivelador como el de París, en donde vive, le ha hecho más tiránico y exclusivo, con daño de las otras facultades pictóricas. De todos modos, aunque las obras de Zuloaga puedan parecer ilustraciones en lienzo, como lo es la mayor parte de la facilísima y mercantil pintura moderna, son, sin embargo, endiabladas ilustraciones, llenas de tan fácil «verbo», de tan rico sentido de la vida, que constituirán en lo futuro uno de los libros más agradables de recorrer entre cuantos documentos pictóricos de la hora presente puedan sobrevivir. Representarán, por decirlo así, en la historia de la pintura nuestro artículo de periódico frente a los tratados del pasado.

Anglada.

Más audaz todavía que Zuloaga es su compatriota Anglada y Camarasa. La *estilización* de la forma y del color a que este pintor ha llegado, rivaliza con las más desenfrenadas expresiones de la pintura moderna; sin temor a exagerar, puede considerársele como el Klimt de la pintura latina.

Cuando el público entra por primera vez en la vasta sala que ocupa este pintor, no puede evitar un movimiento de estupor, y a menudo se oye exclamar en alta voz: ¿Qué efectos son estos? Es la expresión de quien se encuentra metido de improviso entre una multitud de figuras presas de las más extrañas contorsiones, en medio de la zarabanda de una estupenda gama colorística de azules, rojos, amarillos, entre los que hay mucho azul cobalto, rojo sanguíneo y amarillo de oro.

Y el público, avezado a la calma de las actitudes estatuarias, a la melancolía de las medias tintas, mira en rededor, asustado, en busca de un rincón donde reposar la mirada; pero no lo encuentra, porque si se pone a observar, ve caballos violados y de azul turquí, caras negras de africanos, cuerpos sin bustos, rostros de perfil con ojos de frente, y entonces sale descontento; pero al salir, si tiene algunas condiciones para comprender un tanto el lenguaje del arte, se da cuenta de que en los lienzos de las otras salas hay algo triste, pálido, frío, y concluye por convencerse de que en aquellas raras figuras se oculta un fuerte acento de vida, vida de gestos, de fisonomías y, sobre todo, de luz.

Puede decirse que Anglada percibe la realidad externa a través de manchas de color; y como su sensibilidad es intensa, gusta de los colores más fuertes, más ricos, más capaces de sonido y de variedad. Y estos colores los busca, naturalmente, en los asuntos que mejor se prestan, como fantasías nocturnas y esplendores de costumbres, tales como su España puede ofrecerle con lujo sin igual.

Su expresión pictórica a primera vista, en la paradójica concitación, recuerda la obra del Greco, de cuya fortuna ha tomado ciertamente el autor la incitación a las audacias; pero aquélla es más bien un derivado de la técnica de Monticelli, en unión con la de los más recientes sintéticos, secuaces de Cezanne.

Monticelli, en sus reducidos cuadros, había hecho como un compendio de las más ricas y brillantes coloraciones hasta entonces conocidas, usándolas con tintas vírgenes y pinceladas pequeñas, violentamente aproximadas y superpuestas. En estas fantasías se inspiraron los primeros cuadritos de Anglada, el cual, para dar una razón más concreta de sus tintas, ideó representar escenas nocturnas o bajo reflejos de luz artificial. Sólo que a las pinceladas cortas de Monticelli ha unido también las zonas monocromas de los sintetistas, los cuales, con este medio, quieren volver a los acentos sencillos del colorido antiguo.

Es sustituir la complicadísima y profunda sinfonía de la realidad por cualquier motivo característico de ella, alargándolo con la fácil melodía decorativa. Sin embargo, semejante procedimiento lo usa solamente Anglada para los fondos o alguna otra parte pequeña, y aun en las zonas monocromas varía con mucha riqueza los tonos de una misma tinta, para no incurrir en monotonía.

Para idear sus visiones coloristas, toma apuntes de la realidad, a menudo de memoria, de cualquier motivo de luz nocturna o de cualquier modo extraño, y luego, con reflejos coloreados, los proyecta en sus modelos, alargando, sin embargo, y modificando los motivos que le ofrece la realidad, según su visión de recuerdo y según su preordenada intención decorativa.

Para hacer todo esto se necesita, naturalmente, ser poeta, o sea sentir en el alma una profunda resonancia de armonía colorista, y tener en la memoria y en la mente una tenaz facultad de recuerdo, y una agilísima habilidad de combinación y de síntesis. Y así es, en efecto; y hace tiempo que Anglada figura entre los más originales y exquisitos coloristas de la pintura contemporánea. Y su saber colorístico no es solamente una cualidad extrínseca de su arte; sino que el soberbio ropaje cromático de sus cuadros tiene para él el mismo valor de interpretación psicológica, que para sus gitanas el fastuoso esplendor de los atavíos con que se engalanan y se pavonean con rítmica solemnidad. Estas tintas deslumbradoras y sabrosas, como dicen los franceses, representan el «color moral» de la escena.

En el *Paso gitano*, por ejemplo, el oro resonante de la figura en plena luz, en contraste con las tintas fuertes, verde, turquí y rojo, en penumbra, de las otras dos, es el más eficaz orquestral cromático que se pueda idear para acompañar el misterioso sentido de coquetería y de cautela que hay en los gestos de las figuras, de lujo y de miseria, de esplendor y de abnegación que hay en su vida. Así, en el otro cuadro, *Mercado*

de granadas, la lujuriante madurez de un montón de granadas, amarillas y rojas como oro y sangre, se confunden con el brillo argentado del ropaje de una muchacha tumbada al lado.

Y sobre tanta belleza, en la penumbra del puesto entoldado, está encorvada y recogida la anciana madre, vestida de oscuro, con la mirada fija en el lugar en que se encuentra su doble tesoro. En esa penumbra, que llena la mitad del cuadro; en ese esplendor chispeante de rojo y oro, estriba todo el encanto de esta escena, que aparece como un ensueño, como una fantástica riqueza de luz, entrevista, pero inapoderable.

La concepción colorista que Anglada tiene de la realidad externa, induce al artista a mayor eficacia en los lienzos pequeños, porque los motivos cromáticos, o, en lenguaje pobre las manchas de color, en su cualidad específica, cuanto más extensas menos susceptibles son de variedad, y por esto resultan uniformes, monótonas. Un ejemplo. El vasto lienzo de los *Enamorados* representa un grupo de tocadores, casi de tamaño natural, que rasguean sus guitarras bajo el cielo estrellado, ante el fondo de las blancas paredes de unas casas. El juego del color se mueve entre estos términos, el azul del cielo, el blanco de las casas y el castaño oscuro de las figuras, los cuales términos (que por la brevedad hemos simplificado) ocupan vastas superficies, diluyendo una sensación, que podía ser mucho más intensa en menores proporciones, puesto que es ley suprema de arte que el éxtasis de la sensación es lo absolutamente contrario del sentimiento estético.

No es esta la sola razón de inferioridad de expresión de los cuadros grandes respecto de los pequeños. Como el artista atiende preferentemente a la sensación colorista, cuida poco y reproduce mal la plástica de las figuras humanas, las cuales están a menudo desdibujadas, y carecen más a menudo todavía de relieve, como si los cuerpos tuvieran zonas neutras, sin volumen, o apenas esbozado por una superficie plana. Tal deficiencia de interpretación tiene que traducirse en falta de expresión, viéndose el ánimo del espectador obligado a suplir con

la propia fantasía y a acomodar, digámoslo así, con la propia vista interna lo que está incorrecto o falta.

Ahora bien, tales incorrecciones de forma y faltas de plástica son tanto más ostensibles cuanto mayor es la figura.

En la transcripción en grande de las visiones de Anglada son más visibles también otras diferencias, como la repetición de los tipos y de las actitudes, y su aspecto, más que caracteterístico, caricaturesco.

Los asuntos del artista se pueden, en efecto, dividir en dos categorías: o una visión escénica de trajes, o una acción agitada de movimientos. Pertenecen a la primera los cortejos de mujeres y muchachas, que bajo diversos títulos ocupan varios lienzos, y se resumen, por decirlo así, en el gran panel, no terminado, titulado *Fiestas de Valencia*. En la segunda serie se pueden incluir todas las escenas de café concierto, de gitanas y guitarristas, que tienen tal vez la más intensa expresión en el cuadro *Las danzas de Córdoba*, no expuesto aquí, y que están como agrupadas en el grandioso panel que lleva el título de *Danza gitana*. En las composiciones de aquellos lienzos, la variedad consiste solamente en las diversas coloraciones, porque el tipo femenino y el de los caballos es siempre, o casi siempre, el mismo. El tipo femenino está expresado con gusto arcaico, con grandes ojos muy distantes y vistos muy de manifiesto aun en los perfiles.

En las composiciones dramáticas es uniforme el tipo masculino y femenino, largo, huesudo, de mandíbulas pronunciadas, nariz aguileña sin concavidad y con remango en la raíz: los ojos, siempre distantes, tienen en su colocación algo de los de la gallina y algo de los chinos. Las actitudes son de las más violentas, con tendencia a la caricatura.

Leandro Ozzola

BEATRIZ DE ARAGÓN, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

LIBRO PRIMERO

Infancia y juventud.

I

La princesa italiana que estaba destinada a ser la mujer del rey más glorioso de Hungría, Beatriz de Aragón, nació en Nápoles el 14 de Noviembre de 1457 (1). Era la hija legítima de Fernando—en italiano Ferrante,—entonces príncipe de Calabria y heredero del trono de Nápoles, y de su mujer, Isabel di Chiaromonte. Las fuerzas del destino parecieron decidir su porvenir desde la cuna, puesto que su nacimiento no precedió más que dos meses al día de invierno en que la nobleza media, reunida sobre el hielo del Danubio, y los Magnates deliberando en la fortaleza de Buda, proclamaron por unanimidad a Matías Hunyadi rey de Hungría (2).

Aunque la casa de Aragón estuviera muy orgullosa de ser

(1) *Cronica di Napoli di Notar Giacomo*, Napoli 1849, pág. 99. *Le Cronache degli antichi Ri del Regno di Napoli, di D. Gaspare Fuscolille*, Archivio Storico per la Province Napoletane, I. pág. 49. Guilliano Passero (*Storia in forma di Giornali*, Napoli 1785, pág. 26), pone el nacimiento de Beatriz en 11 de Noviembre, pero también en un lunes, como Notar Giacomo y Fuscolillo, en 1457; el lunes cayó en 14 de Noviembre. Véase también Nicolo Caputo: *Desdenza della real Casa d'Aragona nel Regno di Napoli*, pág. 47.

(2) El 24 de Enero de 1458.

desde tiempo inmemorial una casa soberana, su reinado, en Nápoles, no databa, sin embargo, de muy larga fecha cuando el nacimiento de Beatriz. Sentaba también sus pretensiones al trono de Nápoles en la persona de la hija de Manfredo, Constancia, mujer de Pedro III de Aragón; las hizo valer sobre la isla, libertada del odioso reinado de los Anjou por las Vísperas Sicilianas. Pero Alfonso I fue el primer miembro de la casa de Aragón que reinó en el Estado napolitano; pidióle ayuda, en 1420, la reina Juana II de Anjou, que se encontraba en las más graves circunstancias. El carácter vacilante de la reina cambió bien pronto de disposiciones respecto de Alfonso, y, por una decisión que debía ser el germen de innumerables discordias, nombró heredero a su pariente, Renato de Lorrena. Alfonso I no logró apoderarse de Nápoles sino mediante un sitio, después de la muerte de Juana y de Luis, en 1442, y no pudo asegurar a su dinastía ese trono de Nápoles, con los de Aragón, Valencia, Sicilia y Cerdeña, sino poniendo fin a la larga y en general nefasta dominación de la Casa de Anjou (1).

Beatriz pudo tener siempre ante sus ojos, en sus años de infancia y juventud, los bajorrelieves colocados a la entrada de Castello Nuovo, que proclamaban las glorias de su abuelo Alfonso. Aquella entrada fue transformada en arco de triunfo por el conquistador de Nápoles, con arreglo a los planos de Francisco Laurana, de Isaías de Pisa, de Andrés de Aguila y de sus compañeros, y, según algunos, de León Bautista Alberti. Las placas de mármol del pórtico representan a Alfonso yendo a la guerra y viniendo de ella, rodeado de sus capitanes, de los grandes del Estado y de sus cortesanos. La inscripción del frontón le llama «regum princeps», «devoto, creyente e invencible»; unas figuras de mujeres simbolizan sus virtudes; un dibujo, que representa un cortejo, inmortaliza sus victorias, según el modelo del cortejo de los triunfadores romanos.

(1) Gio. Antonio Summonte: *Historia della Città e Regno di Napoli*. Napoli, 1675, III, pág. 2 y siguiente.

Por lo demás, el carro de triunfo de Alfonso, representado en este relieve, pudo ser parecido al que montaba cuando entró en Nápoles por la brecha abierta en el muro de la ciudad. Beatriz pudo verlo todavía encima de la puerta principal de la iglesia de San Lorenzo, en donde estaba puesto, en conmemoración de este acontecimiento (1).

Alfonso I es «uno de los hombres más brillantes y más románticos del siglo XV» (2); sus contemporáneos no le admiraban solamente a causa de las victorias que obtuvo por las armas, su habilidad diplomática y su elocuencia; se le quería también por sus cualidades caballerescas, verdaderamente principescas, merced a las cuales pudo vivir en medio de sus súbditos, sin guardias y sin armas, cosa rara en aquella época (3); Beccadelli, el poeta de la corte de los Aragón, y otros más, han hecho relatos casi fabulosos de la afición apasionada de Alfonso por los clásicos latinos y de su generosidad con los sabios y los escritores.

Pero «como fundador de una casa soberana y como organizador, no conquistó méritos» (4); sus guerras hicieron que recayeran pesados impuestos sobre el pueblo de aquel país, por cuya felicidad no hizo nada, propiamente hablando; su prodigalidad vació el tesoro y enriqueció a algunos ingratos, de tal suerte, que dejó a su sucesor una situación difícil y turbada.

Los años que precedieron y siguieron inmediatamente al nacimiento de Beatriz fueron muy penosos para el reino de Nápoles. En Diciembre de 1456, un espantoso terremoto asoló el país; derrumbáronse muchos edificios en la capital y hubo

(1) Allí estuvo hasta 1850, C. de Fabriczy, *Der Triumphbogen Alfonsos zu Neapel.* (Jahrbuch di preuss. Kunstsanunlungen, 1877, pág. 7.)

(2) Jhon Addington Symonds: *Renaissance in Italy*, London, 1882, I. (The age of the despots), pág. 518.

(3) Pasquale Villari: *Nic. Machiavelli e i suoi tempi*, Firenze, 1877, I. Introduzione, pág. 79.

(4) Lodov. Antonio Muratori: *Annali d'Italia*, Venecia, 1833, XLVI, página 31.

numerosas víctimas en Brindisi (1); la opinión pública consideró esta calamidad, así como la aparición de los cometas y una peste que estalló poco después, como presagios de la muerte del rey, que ocurrió al poco tiempo, el 27 de Junio de 1458; en efecto, Alfonso el Magnánimo murió en Castello dell'Ovo, o Castillo del Huevo, que estaba en aquella época fuera de murallas. El rey se había hecho transportar allí poco antes de su muerte, para evitarse del contagio que cundía por la ciudad, según él dijo, pero probablemente por medida de precaución, para que su sucesor pudiera entrar en posesión del castillo real y hacer frente a las revueltas que podían esperarse.

Alfonso, que no tenía hijos legítimos, legó los países hereditarios de la corona de España, así como Sicilia y Cerdeña, a su hermano Juan, pero eligió a su hijo natural, Fernando, príncipe de Calabria, y padre de nuestra Beatriz, para sucederle en el trono de Nápoles. El origen del príncipe heredero agravaba más la situación: no que en Italia se considerase entonces el nacimiento ilegítimo como un obstáculo serio para la sucesión; al contrario, aunque hubiera un hijo legítimo, el hijo natural heredaba, lo mismo que aquél, los bienes y las dignidades, y la primogenitura y la distinción personal daban incluso a menudo más derechos que la legitimidad del nacimiento. Pero el nacimiento de Fernando estaba envuelto en el misterio, el mismo origen de su madre no estaba claro, y algunos han buscado al padre de ésta no en el trono, sino entre las clases más bajas, entre los españoles, los turcos, hasta en los negros (2). Sin embargo, combinando las fechas, podemos tener por verosímil que era hijo natural de Alfonso y de Gilardona Carlino, noble dama de Valencia, que fue después casada por

(1) A. di Constanzo: *Storia Napoletana*, Aquila, 1582, pág. 427.

(2) Emilio Nunziate: *I priuri anni di Ferdinando d'Aragona e l'invasione di Jiovanni Angio.* (Arch. Stor. Napol. XVII, págs. 311 y 739). Según otros varios autores, el padre de Fernando era un «marrano» español, es decir, un judío convertido.

el rey, con Gaspar Revertit, de Barcelona (1); fue siempre ella considerada por Fernando como su madre, respetada como tal, y habitaba con su hijo en Castel Capuano, en Nápoles, cuando el cambio de reinado. Es probable que Beatriz naciese también en esa fortaleza.

Además de Fernando, que fue educado por Alfonso, teniendo en cuenta su vocación regia, por decirlo así, por los barones del país y por los Papas Eugenio IV y Nicolás V. Alfonso tenía también dos hijas naturales: María, que fue mujer de Leonello de Este, marqués de Ferrara, y Leonor, que estaba destinada a un hijo del príncipe de Milán; pero que se casó con Marino Marzano, príncipe de Sessa y Rossano. Cuando llegó el tiempo de casar a Fernando, se rechazó la idea de casarle con una hija de Carlos VII, rey de Francia (2), y se decidió su matrimonio con Isabel de Chiaromonte, hija de Tristán, conde de Copertino, de origen francés, y de Catalina de Orsini del Balzo, sobrina del príncipe de Tarento, el señor más poderoso del reino (3). De este matrimonio nacieron cuatro hijos antes de Beatriz (4): Alfonso, príncipe de Capua y de Calabria, sucesor de Fernando en el trono, y que tenía nueve años cuando nació Beatriz. Leonor, que fue princesa de Ferrara, que tenía siete años más que aquélla; Federico, que fue también rey, que la llevaba cinco años, y Juan, que fue cardenal y arzobispo de Esztergom, un año mayor que ella (5).

Además de éstos, Fernando tenía otros muchos hijos natu-

(1) Caputo (o. c.), pág. 42.

(2) Nunziate o. c. (Arch. Stor. Napol. XVII), pág. 315.

(3) Notar Giacomo (o. c.), pág. 90 Mich. Vecchioni *Notizie di Eleonora e di Beatrice di Aragona.* Napoli, 1790, pág. 14.

(4) Notar Giacomo (o. c.) pone en 1448 el nacimiento del príncipe Alfonso y Summonte (o. c.), y dice que murió a los cuarenta y siete años,

(5) Respecto a Juan, se pueden aceptar los datos de Giacomo (o. c., página 96), de quien en general puede uno fiarse y rechazar los de Caputo (o. c., pág. 47), que fija el nacimiento de aquél en el año 1493. No es verosímil que el Papa enviase a Juan a la edad de diez y ocho años (1497), como legado a Hungría.

rales (1), de los que varios vivían cuando nació Beatriz y eran educados en la corte del rey.

La reina Isabel, mujer de Fernando y madre de Beatriz, era una mujer dotada de extraordinarias prendas morales; sin su ayuda, su marido no hubiera podido salir victorioso de las dificultades de los primeros años de su reinado, y no nos equivocamos quizá al considerar su muerte prematura como muy funesta para desarrollo del país y la suerte de la dinastía de Aragón, así como para la de Beatriz.

Es probable que mereciese los elogios que los poetas y escritores de la corte, muy habituados a los panegíricos, le tributaran (2).

Sus contemporáneos dicen que tiene a la verdad aire de reina; que es alta y esbelta, que su pelo es rubio y largo, sus manos de un noble dibujo y de una sorprendente blancura. Alaban su elocuencia, su voz melodiosa, su castidad, su caridad y el encanto de su afabilidad; oía con agrado las palabras de las personas discretas e instruídas; pero despreciaba a los hombres frívolos; exigía de la corte una moral severa y un modo de ser correcto, no toleraba siquiera en las costumbres la ligereza, el lujo y las modas extranjeras, y con sus damas de honor se vestía a la moda sencilla de Nápoles (3). Descendía gustosamente al pueblo, llevando con ella a sus hijos a la calle, a las iglesias que frecuentaba mucho y a las que colmaba de preciosos dones, porque su piedad era casi exagerada y tenía a veces carácter de ostentación.

Preciso es, pues, considerarla, según el testimonio de los

(1) Erasmo Percopo dice que eran ocho. (*La morte di don Enrico d'Aragona*, Arch. Stor. Nap. XIII, pág. 132), Caputo (o. c.) menciona tres hijas y cuatro hijos.

(2) *Le Reine di Benedetto Gareth, detto il Chariteo* (con introduc. e note di Erasmo Percopo, Napoli, 1892).

(3) Joanne Sabadino de li Arionti: *Gynevera de le clare Donne.* (Scelta di curiositá litterarie, etc.). Bolonia, 1888, págs. 245 y 59.—Philippus Bergomentis: *De claris et selectis mulieribus,* 1497, págs. 154, 1 y 59.

contemporáneos, y por el papel que ha desempeñado en la Historia, como una mujer seria, capaz de grandes resoluciones, dotada, por decirlo así, de un carácter viril (1).

El reino de Nápoles, «la Sicilia del lado de acá del Faro», que comprendía todo el país italiano al Sur del Estado pontificio, era considerado desde el tiempo de los normandos, como un feudo de la Iglesia, por lo que, a su advenimiento, el rey debía empezar por recibir la investidura del soberano. Ya hemos dicho que Fernando, aunque bastardo, había sido reconocido como heredero del trono de Nápoles, en vida misma de su padre, por dos papas. Pero este reconocimiento no implicaba la investidura pontificia, tanto menos cuanto que el papa Nicolás V había también muerto. Su sucesor, Calixto III—su nombre de familia era Alfonso Borgia,—era de origen español; favorito e incluso hechura de la casa de Aragón, fue, en otro tiempo, secretario de Alfonso y preceptor de Fernando; sin embargo, apenas cerró los ojos Alfonso, se negó rotundamente a reconocer al nuevo rey; desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad que ya habían prestado, y pronto se hizo evidente que quería poner a uno de sus parientes en el trono de Nápoles (2).

Esta actitud de Calixto III causó pronto desórdenes interiores.

Era una tradición fatal, que databa del reinado de los Anjou, este crecimiento continuo del poder de los grandes vasallos, de los «barones» del país. Este poder había sido reforzado por los reyes que esperaban apoyarse en él contra sus súbditos rebelados o en sus guerras exteriores; pero era muy propio para

(1) Jo. Joviani Pontani: *Historiae Napolitanae.* De bello Neopolitano libri sex. (Raccolta di tutti é più rinomati scritore dell'istoria generale del Regno di Napoli. Napoli, Gravier, 1769, V.), págs. 16, 46 y 52.—Giuseppe Cosenza: *La chiessa e il convento di S. Pietro Martire.* (Napoli Nobilissima IX), págs. 90 y 5.

(2) Nunziate, (o. c.) *Arch. Stor. Nap.* XVII, págs. 314-565, 734-748. Ludevig Pastor, *Geschinchte der Päpste*, etc. Freiburgo, 1889, I, pág. 600.

quebrantar la situación del verdadero soberano cuando se alzaba un nuevo pretendiente al trono o cuando el Papa intervenía en los asuntos del país, en virtud de su derecho de soberanía; los «barones», además, aprovechaban gustosos estas ocasiones para arrancar concesiones o ventajas de un lado o de otro. Hemos visto que Alfonso quiso ligar a la casa soberana con lazos de parentesco, a los «barones» más poderosos y más peligrosos; después de haber rechazado otras proposiciones de matrimonio, casó a una de sus hijas con el príncipe de Sessa y a su hijo con la sobrina del príncipe de Tarento. Fernando hubo bien pronto de convencerse de que estas alianzas no eran bastante sólidas para prevalecer contra los intereses de los que querían el poder.

Afortunadamente para el nuevo rey, el Papa, que era ya un anciano cuando su advenimiento, murió poco después del cambio de reinado. Su sucesor fue el cardenal Piccolomini, muy conocido como humanista bajo el nombre de Æneas Sylvius; fue coronado Papa en el mes de Agosto de 1458, con el nombre de Pío II, y decidió emprender una cruzada contra los turcos que, desde la caída de Bizancio, en 1453, amenazaban a todo el mundo cristiano. Esta expedición debía ser el ideal y el objetivo de su pontificado. Aunque la renovación de la idea de las cruzadas, en la segunda mitad del siglo xv y bajo la dirección personal del Papa, nos parezca un anacronismo, el entusiasmo con que el Papa, ya doliente y fatigado, abrazó este proyecto, hasta consagrarse a él en cuerpo y alma, merece, sin embargo, nuestra estimación y nuestra admiración.

El audaz proyecto de Pío II tuvo la indiscutible ventaja de que, para unir a todas las potencias contra el turco, el Papa hubo de esforzarse en hacer que cesaran las disensiones intestinas y en fortificar el poder de los príncipes. Por esta razón fue, a lo que parece, por lo que Pío II se apresuró a dar la investidura a Fernando con su bula de 1.° de Noviembre de 1458, después de haber aceptado el rey ciertas condiciones; declaró, sin embargo, que este acto no prejuzgaba los de-

rechos que pudiera alegar otro al mismo trono. Esta cláusula era exigida por los embajadores del rey de Francia, a favor de los pretendientes angevinos.

La mayor parte del país estaba ya amotinada, aunque Fernando se hubiera hecho coronar con gran pompa en Barletta, el 4 de Febrero de 1459. La sedición había enarbolado la bandera de Renato d'Anjou; el hijo de éste, Juan, joven de un natural caballeresco, a la sazón capitán de Génova, al servicio del rey de Francia, navegaba ya con rumbo a Nápoles con una flota reunida bajo pretexto de cruzada. Varios barones del país se declararon por el pretendiente, con especialidad Gian Antonio Orsini; el mismo príncipe de Tarento, tío de la reina; Antonio Centiglia, marqués de Cotrona, que no tardó en caer prisionero; Antonio Caldora y Giosia Acquaviva en los Abruzzos; Pedro Juan Cantaleno, príncipe de Sora; Nicolás, el conde de Campobasso, y luego, Marino Marzano, príncipe de Sessa y de Rossano, que fue colmado de bienes por el rey difunto, su suegro, «el querido pariente», como la reina Isabel le llama irónicamente en una carta dirigida a Francisco Sforza (1).

Mientras que el rey, con un escaso ejército y recursos económicos más reducidos todavía, trataba de ahogar la revuelta y de aprovechar las discordias de sus señores sublevados, confió la defensa de la capital y el gobierno efectivo del país a la reina, asistida de un consejo, su hijo mayor, todavía demasiado joven, no ejercía el poder sino de nombre, aunque hubiera sido hecho príncipe de Capua y de Calabria. Esta animosa mujer se mostró a la altura de su papel, pero tuvo verdaderamente mucho que hacer (2).

Habiendo juzgado útil arrebatar por la astucia a Sorrento de manos de su señor, Marino Correale, con ayuda de los descontentos vasallos de éste, el rey ordenó a su mujer, en la primavera de 1459, que trasladara su residencia de Pouzolles, en

(1) Nunziate (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XIX, pág. 337.
(2) Ibidem (o. c.), pág. 320.

donde habitaba, a Sorrento; pretextaría la necesidad de cambiar de aire y alejarse de la ciudad, en donde reinaba una enfermedad contagiosa, y llevaría con ella a sus hijos, incluso a la pequeñuela Beatriz. La corte y el consejo de gobierno habían de albergarse en casa del virrey, y la reina debía apoderarse de Sorrento en el momento favorable, así como de Vico y Massa sus vecinos. No sabemos hasta qué fecha permaneció la familia real en los acantilados de Sorrento, adornados de floridos jardines; pero es evidente que la reina llevó pronto su atención a otros proyectos, más serios que el de domar a los tiranuelos de la Campania. Francisco Sforza, duque de Milán, que seguía demostrando amistad por Fernando, le aconsejó que fortificase los puertos de Nápoles y Gaeta y se aprestase a una guerra naval. El almirante Villamarina reunió una flota de quince navíos contra los franceses; Terracina, Gaeta, Ischía, Capri, se pusieron en estado de defensa; la reina, activa noche y día, hizo una leva de 6.000 soldados en el mismo Nápoles; miraba al porvenir con perfecta confianza, estimulaba a los que vacilaban, daba órdenes a sus hombres, y mantenía una correspondencia muy seguida con su marido y con Sforza; los animaba escribiendo que no tenía miedo de Juan d'Anjou, y que esperaba «darles buenas noticias» (1).

El 25 de Octubre (2) la flota francesa se presentaba ante Nápoles, y la familia real hubo de ver, con cierta angustia de corazón, aparecer en el horizonte las velas del que se disponía a echarla del trono y del país. Juan d'Anjou de Lorrena venía de la Riviera de Levante, con diez y nueve navíos y cuatro barcos corsarios; pero se retiró a Bayes después de tres horas de estar al pairo, sin franquear el límite de tiro. Al día siguiente, Juan desembarcaba una tropa de hombres armados en Pouzolla, convencido de que los habitantes de esta ciudad estaban de su parte; pero los soldados de la reina echaron a

(1) Pontano: *De bello Neapolitano*, pág. 16.

(2) Fuscolillo (l. c.); Nunziate (o. c.), pág. 328.

aquellos hombres. El mismo hecho se reprodujo en la isla de Ischía.

Al ver esta resistencia de Nápoles y de sus alrededores, y al saber la sumisión de Calabria, el pretendiente iba ya a volverse a Génova con sus barcos mal equipados y sus soldados mal disciplinados, cuando la traición de Marzano, príncipe de Sessa, le permitió abordar en la desembocadura del Volturno, frente a Castellamenare di Volturno (cerca de Sessa), y sembrar la rebelión con su presencia y su manifiesto, cuando se veía abandonado por su flota y sin dinero.

Fernando, llamado diferentes veces por la reina, entra en Nápoles, que le permanecía fiel; se le recibe con entusiasmo desbordante, y puede descansar unas semanas y abrazar a sus hijos, que no podían por entonces ver a su padre sino raras veces.

El año 1460 empezó bajo auspicios muy desfavorables para la familia reinante. El pretendiente, a quien Marzano organizaba una recepción brillante en Sessa (1), recorría como triunfador casi todo el país; los Abruzos parecieron perdidos, la rebelión estalló en Capua, el enemigo penetró en la ciudad; Hércules de Este, príncipe reinante de Módena-Ferrara, que cuando se educaba en la corte del rey Alfonso tuvo relaciones casi fraternales con Fernando, y que había sido enviado por éste a Apulia para atraer a su partido al príncipe de Tarento, se alió con Juan d'Anjou y se volvió contra el rey. En fin, para asestar un golpe más terrible que todos los otros a la casa de Aragón, el conde Jacobo Piccinino, el famoso condotiero, que estuvo al servicio de Alfonso, invadió los Abruzos; trataba de entenderse con los barones sublevados, para vengarse de Fernando, que había prometido, en su tratado con el Papa, devolverle las plazas del Estado pontificio ocupadas por el conde.

El rey no perdía la confianza en el porvenir, aun en medio

(1) Filiberto Campanile: *L'armi overo insegne de nobili*, Napoli, 1610, pág. 285.

de una situación tan grave y tan peligrosa; fuera de sus propias fuerzas, no tenía más que dos apoyos: el amigo de su padre, Francisco Sforza (1), y el Papa. El duque de Milán le permanecía fiel, a pesar de todas las tentativas y amenazas del rey de Francia y del Papa precedente, por amistad, sin duda, pero también por un sabio cálculo político: sabía muy bien que una inmixción de los franceses en los asuntos de Italia ponía en peligro no solamente el trono de Nápoles, sino también la independencia de toda la península Apenina. Por haber perdido de vista este principio, se arruinaron todos sus desdichados sucesores y, con ellos, toda Italia. Pío II observaba la misma actitud que el duque, que estimaba que «el rey Renato sería un amigo lejano, mientras que Fernando sería un enemigo próximo (2), y publicó una bula en la que censuraba la conducta de Juan d'Anjou; declaraba nulos los juramentos de fidelidad prestados por los barones a Juan d'Anjou, a consecuencia de lo cual, Florencia y Venecia, que se inclinaban hacia los franceses, adoptaron neutralidad en la cuestión napolitana.

Provisto del pequeño ejército que había recibido de sus dos aliados y del dinero que obtenía, de una parte, de un empréstito sobre prendas; de otra, de la reina, que percibía rentas de Nápoles, se preparó al combate, sin interrumpir, sin embargo, ni por un momento, las negociaciones para llegar a una inteligencia con sus rivales. Quería tratar directamente con Marzano, su cuñado, duque de Sessa y de Rossano, y mientras tanto estuvo a punto de caer en el lazo que este enemigo, viejo astuto, le tendiera. La entrevista se celebró en Torricella, entre Teato y Calvi, el 30 de Mayo, después de haberse fijado por acuerdo de ambas partes. Los dos ejércitos se mante-

(1) Fernando le llama en sus cartas: «Pater noster colendiscime»; véase la carta núm. 219, en el legajo núm. 1.590 del Archivio Visconteo Sforaescho de la Biblioteca Nacional de París.

(2) Nunziate (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XX, pág. 218.

nían a la distancia de un tercio de legua; el rey y el duque se adelantaron a encontrarse, acompañados de dos hombres cada uno; el rey llevaba a Juan Ventimiglia, marqués de Geracia, y al caballero Coreglia; Diofebo dell'Anguillara y Santiago de Monteagono escoltaban al duque. El rey saludó al duque abrazándole; los acompañantes del segundo besaron la mano del rey; luego los dos personajes principales hablaron, alejándose de los otros y cabalgando estribo con estribo durante cosa de una hora. Iban a separarse con muestras de satisfacción y de amistad, cuando Diofebo, acercándose al rey, con pretexto de despedirse, empuñó un puñal; el rey desenvainó para defenderse; Diofebo hizo lo mismo, y el otro acompañante del duque tomó también la ofensiva. El asunto quedó prontamente terminado con la llegada de unos jinetes del ejército del rey. Fernando, con gran sangre fría y habilísimo cálculo, fingió creer que Diofebo había querido atacarle por odio personal, sin connivencia del duque; pero decidió, sin duda, suprimir a su cuñado en cuanto cayera en sus manos (1).

Beatriz debió de oir hablar mucho de este episodio que pudo costar la vida a su padre; y hasta pudo tenerlo ante su vista, en sus años juveniles, porque después de haber echado al pretendiente, Fernando inmortalizó las escenas más interesantes de su guerra victoriosa, ya en su posesión de Poggoreale, ya con bajorrelieves, con placas de metal puestas en las puertas interiores de Castel-Nuovo; entre estas escenas se veía la entrevista de Torricella.

La batalla entre los adversarios era inminente; el Papa envió una nueva tropa de auxiliares a las órdenes de Simonetto; llegó también una nueva flota para reforzar el partido angevino; fue recibida con numerosos cañonazos tirados de las fortalezas de la ciudad, y tuvo que alejarse hacia la desembocadura

(1) Nunziate (o. c.), pág. 245-251; v. Summonte (o. c.), III, pág. 279-281. Tristano Caracciolo cuenta esta escena de manera algo diferente en su obra *De varietate fortuna* (Muratori: *Rerum Italicarum Scriptores Mediol*, 1734. XXII, pág. 69-70).

del Sarno. La guerra se acercaba cada vez más a la capital, último refugio de los de Aragón. Fernando juzgó el momento favorable y, sin esperar a que el gran senescal Alfonso Dávalos volviese con sus tropas, condujo en silencio, durante la noche del 6 al 7 de Julio, a su ejército a través de las montañas, y atacó por sorpresa la ciudad de Sarno, que estaba ocupada por los partidarios de Anjou: esperaba asestar un golpe decisivo a los rebeldes. Pero la precipitación perjudicó a la empresa; el ataque nocturno concluyó con la derrota total de los partidarios del rey; uno de sus jefes sucumbió, otro cayó herido; todas sus municiones quedaron en poder del enemigo; varios jefes fueron hechos prisioneros, y Fernando no pudo llegar a Nápoles sino con veinte jinetes. En fin, para colmo de desgracia, no tardó en saber que Piccinino habíase batido con las tropas reales mandadas por Alejandro Sforza y Federico duque de Urbino, cerca de San Flaviano, en los Abruzos; aunque las tropas del rey quedaron dueñas del campo de batalla durante algunos días, sufrieron grandes pérdidas y concluyeron por tener que retirarse.

Tras estos acontecimientos, el Papa creyó perdida la causa de Fernando; sin embargo, los consejos de Sforza le hicieron perseverar en sus resoluciones. Afortunadamente para Fernando, el partido angevino, débil y desgarrado por discordias intestinas, no supo aprovechar sus victorias, y el rey tuvo todavía tiempo de reorganizar la defensa con su maravillosa energía y su admirable perseverancia. Su mujer le fue muy útil. He aquí un rasgo que muestra bien su grandeza de alma. Como el rey tenía necesidad de dinero ante todo, porque la pérdida de la Apulia tuvo por consecuencia el secar uno de los principales manantiales del fisco (a saber, los impuestos que se pagaban por los rebaños que llevaban a pacer a Apulia) (1),

(1) Sigismondo del conti da Foligno: *Le Storie de'suoi tempi*, del 1475 al 1510. Roma, 1883, II, pág. 299.

la reina hacía por sí misma la colecta: pasaba días enteros en la iglesia de San Pedro Mártir—que fue más adelante su sepultura y la de su hija Beatriz,—y exhortaba a las gentes a contribuir a los gastos de la guerra, en una época en que los géneros estaban caros, con palabras persuasivas y amenazas si era preciso; aceptaba, no solamente dones en dinero, sino en especie, el trabajo de las industrias, el trigo, el ganado; les mostraba a sus niños, los nietos de Alfonso el Magnánimo. «Son, decía ella, italianos, ciudadanos napolitanos; han vivido siempre entre vosotros; ¡los napolitanos no pueden dejarlos desterrar para caer después bajo la dominación de los franceses arrogantes!» (1). Los cronistas contemporáneos anotaron escenas conservadoras, casi increíbles, sobre el celo que desplegaba para llenar el tesoro de su marido y reorganizar el ejército, lo que consiguió (2). Se apreciará su espíritu práctico cuando se sepa que, cuando hubo que castigar al capitán de la fortaleza Castel-Nuovo por haber favorecido la evasión de un rebelde, la reina perdonó la vida al miserable; pero le hizo pagar un rescate formidable (3), con arreglo al principio jurídico de aquel tiempo: «Que el criminal viva con tal de que pague» (4).

Así fue como el rey y la reina lograron aumentar los recursos militares de su partido, de suerte que tuvieron bastantes soldados para defender por lo menos la Terra di Lavoro, y pudieron oponer una flota suficiente a la flota francesa, que corría bordadas sin objetivo por la bahía de Nápoles. En el mes de Setiembre llegaron de Milán nuevas tropas auxiliares; en

---

(1) Pontano (o. c.), págs. 46-47.

(2) Tristano Caracciolo: *De variatate fortuna*, pág. 70. Passero (o. c.), página 27. Muratori, *Annali* XLVI, pág. 46. Di Costanzo (o. c.), pág. 444. Vecchioni (o. c.), pág. 19.

(3) Nunziato vol. citado, pág. 506.

(4) Stefano Infessura: *Diario della città di Roma* (Muratori, Scriptores II, par. II, pág. 1.226.

Octubre, Jorge Castriota, llamado Skanderberg, príncipe de Albania, el que había ganado tantas victorias sobre los turcos, llegó en socorro de Fernando con 800 soldados albaneses, para demostrar su agradecimiento a la memoria del difunto rey de Nápoles. El rey, recobrando ánimo, empezó a reconquistar los territorios perdidos: en siete días, de Nápoles a Benavente, todo estaba en su poder.

A principios del año siguiente, Fernando logró pactar una inteligencia con uno de los señores rebelados, el conde de Sanseverino, con el que hizo su entrada solemne en Nápoles. Durante este tiempo, Piccinino franqueó la frontera de Apulia, y pudo continuar su marcha adelante, porque Alejandro Sforza, que mandaba el ejército real, no le opuso sino una débil resistencia. En estas circunstancias, Fernando se vió obligado a aceptar todas las condiciones que el Papa le imponía para proporcionarle nuevas tropas: hubo de prometer el matrimonio de su hija natural Doña María de Aragón—que era admirada por su belleza — con Antonio Piccolomini, sobrino del Papa; además, tuvo que dar a éste el principado de Amalfi y el título de gran justiciero, con la promesa de un feudo, que debía ser disponible más adelante. Después de este acuerdo, celebróse con gran pompa en Nápoles, el 23 de Mayo de 1461, la boda de los príncipes. El resto del año transcurrió sin batalla decisiva; pero los hechos de armas fueron en su conjunto favorables al rey; al efecto moral de los mismos se añadía el desencanto que los vasallos de los barones sublevados experimentaban al ver que sus señores les imponían mayores tributos que el rey.

Así Fernando pudo enviar sus tropas a los cuarteles de invierno, con la satisfacción de haber recuperado casi enteramente los Abruzos y la Calabria, y ser el dueño absoluto de la Terra di Lavoro. Había la esperanza de que el resultado de la batalla decisiva que se esperaba para primavera lo fuese favorable.

El invierno trajo un acontecimiento alegre a la familia real: la reina dió a luz, el 16 de Diciembre de 1461, a su sexto

y último hijo Francisco de Aragón (1), que fue más adelante marqués de Bisceglia y príncipe de Sant' Angelo, acompañó a Beatriz durante su viaje de boda, y murió a la edad de unos veinticuatro años.

Pero a la alegría sucedió una grave inquietud; Francisco Sforza cayó tan enfermo a principios del año 1462, que en Nápoles y en toda Italia se le dió por muerto. Fernando hubiéra perdido su más firme apoyo precisamente en el momento decisivo, si tal cosa hubiera ocurrido. La curación del duque causó una alegría tanto mayor; organizáronse funciones religiosas y procesiones para festejar este acontecimiento, y toda la corte, todos los hijos del rey tomaron parte, a pesar de la lluvia (2). Después de largos retrasos que iban a alentar a los sublevados, el rey se puso por fin en marcha en el mes de Junio con su ejército, en dirección de la Apulia, para juntarse con las tropas del duque de Milán que estaban a las órdenes de su hermano, Alejandro Sforza. La batalla decisiva se dió el 18 de Agosto, en la vertiente Nordeste de los Apeninos, no lejos de Foggio, ante la plaza fuerte de Troia (situada cerca del río Cervaro), y la ardorosa lucha, que duró seis horas, terminó con una completa y brillante victoria de las tropas reales. El enemigo pudo a duras penas refugiarse en la ciudad, abandonando su campo a los vencedores; sus capitanes aprovecharon la noche para escaparse; Juan d'Anjou y Piccinino se embarcaron en Manfredonia (3), mientras que la ciudad se apresuraba á rendirse, y los barones, que no se habían unido con Juan de Anjou por un pensamiento político, sino solamente por un instinto de desobediencia a todo poder establecido, se rindieron al rey; de suerte que solamente permanecieron hostiles el conde de Campobasso y el duque de Sessa. La jornada de Troia «aniquiló las espe-

(1) Así dice Notar Giacomo (pág. 104), que indica el día (16 Dic.) y la hora del nacimiento; Fuscolilio, (o. c.) pág. 50, pone también en 1461 el nacimiento de Francisco.

(2) Nunciato (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XXII, págs. 49-64 y 204.

(3) Notar Giacomo (o. c.), pág. 104.

ranzas de Juan de Anjou y afianzó la corona en las sienes de Fernando» (1), por lo que éste no dejó de inmortalizar tres escenas de la jornada de los bajorrelieves de las puertas de bronce de la nueva fortaleza de Nápoles (2).

Antes de terminar por este año sus operacíones militares, concertó un tratado separado con su más furibundo enemigo, el duque de Tarento, tío de la reina, por mediación de su antiguo e íntimo amigo Diómedes Carafa y del legado pontificio; pero es probable que el duque continuase en secreto sus manejos contra el rey, y que solamente la enfermedad le impidiese luchar con más energía. La sublevación estalló de nuevo, aunque restringida a un territorio más limitado, cuando Juan de Anjou y Piccinino, que habían vuelto secretamente al país, alzaron la bandera de la rebelión; el pretendiente trató entonces de anudar relaciones con el duque de Sessa. Esta vez el rey fué con su ejército contra su cuñado; éste, en la batalla del 5 de Julio de 1463, sufrió pérdidas tan graves que no pudo volver a su capital sino con riesgo de su vida. Mientras tanto, Alejandro Sforza, que luchaba en los Abruzos contra Piccinino, pudo hacer un trato con el condotiero; le costó un poco caro, es verdad, porque, en virtud del convenio, Fernando tuvo que tomar al condotiero a sueldo por la suma de 90.000 monedas de oro al año.

Esta paz hizo reflexionar a los señores que continuaban siendo enemigos del rey; el mismo duque de Sessa, que todavía daba asilo a Juan de Anjou, consintió en tratar con el rey.

El cardenal Bartolommeo Roverella, arzobispo de Rávena, fue encargado, en calidad de legado pontificio, de negociar la paz entre los dos cuñados. Oriundo de una pobre familia de Ferrara, había recibido una excelente cultura y presta-

(1) Nunziate vol. cit., pág. 227.

(2) El relieve de la victoria de Troia fue atravesado por una bala de cañón, durante un sitio sostenido contra los franceses en 1496.

do ya servicios como legado muy a satisfacción del gran rey de Hungría Matías I. Según testimonio de sus contemporáneos, era uno de los miembros más meritorios y más respetables del colegio de cardenales. Desde el mes de Agosto, en el transcurso de estas negociaciones, se pensó, para llevar a los dos cuñados a un acuerdo definitivo, y para dar a la paz bases más sólidas, sellar con una boda el convenio diplomático. El tratado que aseguraba la libre retirada de Juan de Anjou, comprendió, pues, también la promesa del matrimonio. Eligióse como novio al hijo único del duque Juan Bautista, Marzano (1), de edad de cuatro años, de quien el pretendiente Juan de Anjou había sido padrino al llegar a Sessa y al que había dado su nombre; el rey designó como novia a la princesa Beatriz, de seis años de edad. En vista de los estrechos lazos de parentesco que existían entre los dos prometidos, el legado pontificio solicitó de la Santa Sede la oportuna dispensa, y se decidió al mismo tiempo—cosa que en aquella época no era raro—que la joven prometida fuese a vivir, por cierto tiempo, a la casa del que un día había de ser su suegro, a fin de habituarse a su futura residencia, en la que, de otra parte, se encontraría en familia. Inútil es añadir que la verdadera causa del traslado de la niña Beatriz fue la desconfianza recíproca de las dos partes contratantes, deseoso el duque de tener un rehén en espera de la ejecución de las estipulaciones del tratado.

El 7 de Setiembre se celebró el matrimonio «per verba», en el campo establecido cerca de Torre di Francolisi, a mitad de camino, aproximadamente, de Capua y de Sessa; Beatriz fue llevada allí con numeroso acompañamiento, y conducida el mismo día a Sessa. «Juan de Anjou estaba todavía en la ciudad, y hubo de oir las aclamaciones con que era acogida

(1) El único documento relativo a este asunto es el relato de los embajadores de Milán al duque Francisco Sforza, con fecha del 28 de Agosto. «Exfelicibus castris», etc. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, Archivio Visconteo Sforzesco (cod. 1589, fol. 1.98).

la niña, prenda de la paz; eran las mismas bocas que aclamaran en él, algunos años antes, al libertador del país» (1).

La prometida, niña aún, hizo su entrada en casa de la princesa Leonor, su tía, con un aparato digno de las excepcionales circunstancias; la familia principesca habitaba la fortaleza de Sessa, que estaba situada en las colinas cubiertas de viñas que dominan la bahía de Gaeta.

El libro de cuentas de la casa real (2) contiene interesantes detalles sobre los objetos de vestuario que se fabricaron para esta ocasión. Se pagó en un mes 324 ducados (3) por los trajes y diversos objetos que habían de servir para la princesita, para su fiel nodriza, Nardella, y para una esclava; el inventario comprendía vestidos de cola y mantos de brocado, de damasco carmesí, trajes de terciopelo rojo, de paño violeta, de damasco blanco y verde; cinturones de oro y plata, telas de algodón impregnadas de perfumes, sombreros de fieltro, guantes largos y de diferentes colores, zapatos de terciopelo; espejos, rosarios, escudos de armas hechos de ambar amarillo (4). A poco

---

(1) Nunziate (o. c. *Arch. Stor.* Napol. XVII, vol. III, pág. 272.)

(2) *Cedola della Tesoreria aragonesa,* manuscritos de varios cientos de volúmenes en los grandes Archivos de Nápoles; Nicolás Barone ha publicado una parte en los tomos de 1884 y 1885 del Archivio Storico.

(3) El ducado napolitano se dividía en 5 taris y 100 granos, y correspondía en dinero a 12 carlinos; en la época de Carlos V, seis ducados hacían una *uncia.* Estímase este ducado por su valor intrínseco en 4,25 francos; pero este cálculo se halla lejos de dar una idea exacta de su valor en el mercado, que corresponde a unos 19 o 20 francos. (V. Antonio Vergara: *Monete del Regno di Napoli,* Roma. 1715, págs. 71, 122, 123, 131.)

(4) *Cedola della Tesoreria aragonesa,* vol. 41, año 1464, folios 162, 163, 184, 187, 188, 189, 216, 248, 277, 490. La nodriza es llamada Nardella di Nola, pero casi estamos seguros de habérnoslas con la misma Nardella Parmesana, que, como veremos, acompañó a Beatriz a Hungría, y recibió bienes del rey Matías, en recompensa de los servicios que prestó, con su marido Sabatino Viola, en la educación de la princesita. Todavía era moda, á mediados del siglo XV, tener esclavos orientales.

de llegar Beatriz a Sessa, embarcaba el infortunado Juan de Anjou. No pensaba todavía dar un adiós definitivo al territorio napolitano; se retiró a la isla de Tochia, cuya fortaleza, declarada inexpugnable, había sido construída por el rey Alfonso, y puesta por él a disposición de Giovanni Torella. Aunque buen catalán, había tomado con su hermano el partido de los Anjou, y enarbolado el estandarte de las flores de lis, tanto en el fuerte de Ischia, como en el Castello dell'Ovo, próximo a Nápoles.

Sin embargo, Juan de Anjou no tardó en juzgar preferible el alejarse definitivamente del país, y Fernando juzgó llegado el momento de exigir de los «barones» rebelados que acudiesen a prestarle homenaje; para esto, como la peste hacía a la sazón estragos en Nápoles, los convocó en el Campo de Capua, en la primavera de 1464. Marzano, duque de Sessa, acudió también; el rey le recibió como a un pariente muy querido, le invitó a su mesa y entabló con él una larga conversación que no condujo a nada. El duque se volvió a Sessa, en donde recibió una nueva invitación del rey que le llamaba a Carinola, situada no lejos de allí, dándole a entender, según parece, que una negativa de su parte equivaldría a un acto de infidelidad. Su mujer, atormentada por malos presentimientos, quiso retenerle; pero el embajador milanés, Antonio de Trezzo, creyó poderle asegurar, en nombre de su amo, el duque de Sforza, que no le ocurriría ningún daño. Acudió, pues, al campo real, y asistió, al lado del soberano, a la revista militar que se celebró cerca de Torre di Francolisi, el 8 de Junio. Durante la revista, llegó un correo con una misiva para Fernando, que la leyó frunciendo el ceño. «Mala noticia—dijo;—los navíos de Juan han llegado; su ejército está acampado en Ischia.» Después, volviéndose hacia el duque, le preguntó si conocía el hecho. A pesar de las negativas del duque, le declaró que iba a verse obligado a llevarle a Nápoles por algunos días; aquella misma noche, Marzano fue cargado de cadenas y pasó la noche en la propia tienda del rey; trasladado al día siguiente a Castel

Nuovo, fue encarcelado. No debía salir vivo de la prisión (1).

El rey se apresuró a confiscar los castillos y los bienes de su cuñado, limitándose a dejar intacta la fortuna de la duquesa—hermana del rey,—a la que concedió una renta anual de tres mil ducados, y la cual, por orden de su hermano, fué a habitar en compañía de Beatriz el castillo de Aversa (2).

Sería difícil dar de este acto una explicación que le pudiera servir de excusa. El rey debía de tener motivos para dudar de la buena fe de su cuñado, aun después del matrimonio concertado; pero las circunstancias que precedieron y acompañaron a la prisión, sobre todo la falsa noticia de una vuelta ofensiva de Juan, dan la impresión clarísima de un plan premeditado, y nos dejan sospechar que la misma concesión de la mano de Beatriz no fue más que un medio de que el rey se sirvió para desvanecer la desconfianza de Marzano.

Cuando fue preso, el duque estalló en improperios contra Sforza, del que se juzgó engañado; pero el duque de Milán se apresuró a declarar que ignoraba los designios del rey, y los despachos de sus embajadores (3) están ahí para testimoniar la

---

(1) Felipe de Courières (*Les Memoires de Meseire P. de C.*, por Dionisio Godefray. París, 1649, VII, pág. 303) pretende que a su advenimiento al trono, Alfonso II hizo llevar a la isla de Isdria a los «barones» que fueron hechos prisioneros por su padre, y entre los que se encontraban los duques de Sessa y de Rossano (hay evidentemente aquí dos personas que son una sola), a los que hizo sufrir una muerte cruel. Esta versión se halla de acuerdo con la opinión de Paolo Reggio, cuando dice (*Della felicita, e della miseria*, Dialoghi sette, vico Equense, 1597, págs. 88-89) que Marino Marzano pereció en Castel Nuovo «con violenta morte.»

(2) Despachos de los embajadores de Milán. Biblioteca Nacional de París, sección citada antes, Cód. 1589, fol. 198; véase igualmente Notar Giacomo (o. c.), pág. 109. Pantano (o. c.), pág. 129. Angelo de Tummulillio, *Notabilia temporum* (Corvisieri: *Fontiper la Storia d'Italia*. Roma, 1890), págs. 118, 119.

(3) Despachos de Antonio da Trezzo y de Otto de Carreto, de fecha 14, 16 y 29 de Junio de 1464. (Archivos del Estado, Milán. *Sezione Storica, Potenze Estere*, Napolis).

energía con que dió a entender a Fernando que su conducta exigía una justificación a los ojos del mundo; el Papa le dirigió censuras en el mismo sentido. Para disculparse a sus ojos, a los ojos de los «barones», aterrorizados con el ejemplo de Marzano, y sobre todo a los ojos de Piccinino, el rey no cesó de acumular pruebas sobre pruebas, a fin de demostrar la obligación en que se encontraba de castigar a su cuñado, culpable de traición después de la firma del tratado de paz (1).

Ciertas notas históricas, que son debidas tal vez a la inspiración de Fernando, dan cuenta de la conducta sospechosa del duque durante su estancia en el campo real; trató a lo que parece, de huir, y las cartas cambiadas entre él y Juan de Anjou, y que fueron cogidas, prueban su doblez. Fernando gustaba también de recordar, para excusar su conducta, que la toma de posesión de los feudos de su cuñado se hizo con asentimiento de la duquesa, que los siervos oprimidos esperaban con impaciencia cambiar de amo, y que al fallecimiento de la mujer de Marzano, recogió él a sus sobrinas en su propia familia y las casó. Fernando se alababa de haber sabido resistir a la idea de dar muerte a su adversario encarcelado; se llega hasta decir que en memoria de esta laudable resolución, fundó la orden del Armiño, con esta divisa: *Malo mori, quam fœdori* (2).

Parece, sin embargo, que este castigo no satisfizo aún el rencor de Fernando. Hizo encarcelar, poco después que a su padre, al hijo de Marino Marzano, Juan Bautista, prometido de Beatriz, sin duda para sustraerse a las reivindicaciones a las que hubiera podido dar lugar el matrimonio hecho *per verba*. Las notas de la época no ponen bastante en claro las circunstancias que acompañaron a este hecho; pero el hecho está fuera de duda, y cuesta trabajo imaginar una razón suficiente

(1) Carta de Sforza a Fernando y despacho del embajador Antonio da Trezzo. (París, Biblioteca Nacional. *Arch. Visc. Sforz.* Cód. 1.590, folio 217, 221.)

(2) Nunziate (*Arch. Stor. Nap.* XXIII), pág. 195, 201.—G. A. Summonte (o. c.), págs. 449 y 450.

para justificar la encarcelación de un niño de cinco años. Sábese también que Juan Bautista Marzano no recobró la libertad, precozmente envejecido por el calabozo, sino después de la toma de Nápoles por el rey de Francia, Carlos VII, en 1495 (1).

Imagínase fácilmente la impresión que hubo de producir en el alma de Beatriz niña, después joven, la idea de que allí mismo, en donde su existencia transcurría entre el bienestar, el lujo y los placeres, sufría, a pesar de su inocencia, un cautiverio sin esperanza, en los sombríos calabozos subterráneos del palacio real, el que fue considerado por ella como el futuro compañero de su vida.

Ischia y el Castello dell'Ovo, los últimos refugios de los Anjou, se habían rendido por la misma época; Nápoles se iluminó en señal de alegría, y por las calles de la ciudad repercutieron gritos de victoria, mientras que, por su parte, la reina iba a todas las iglesias a orar en acción de gracias.

La reina Isabel—como si hubiera comprendido que había terminado su misión—murió poco después de concluída la rebelión contra su márido. Había caído gravemente enferma en el mes de Setiembre del año 1464, y su estado no dejaba muchas esperanzas (2); su enfermedad, que le hacía enflaquecer

(1) V. *Diario Napolitano* (Muratori, Scriptores, XXI), pág. 1.134. Tristano Caracciolo: *De variet. fort* (Muratori, Scriptores, XXII), pág. 72. Paolo Regio, loc. cit., Summonte III, pág. 349. La prueba de que el hijo de Marzano no fue encarcelado sino después de su padre, resulta del despacho de la embajada de Milán de 14 de Junio, así como de dos cartas manuscritas, conservadas en la Biblioteca Nacional de París (Cód. 1.590, folios 219 y 270), en las que el rey mismo, después de la prisión del duque, habla del hijo de éste como de su yerno, a quien desea dejar los bienes del rebelde vencido, mientras que los despachos posteriores del embajador (con fecha del 7 de Julio) muestran que el rey había ya dispuesto de los bienes ducales. Es poco probable, en cambio, que el joven Marzano no fuera encarcelado hasta los quince o veinte años de edad, como pretende F. de Comines (loc. cit.).

(2) Despacho del embajador Ant. da Trezzo, en el Arch. de Milán, Pot. Est. Nap.

extremadamente, empeoró, porque, por pudor, no quiso descubrir su mal delante de los médicos (1). Expiró el 30 de Marzo de 1765, en Nápoles, en los momentos en que su hijo mayor iba a casarse y cuando su hijo segundo, Federico, había ido a Roma y a Milán para traer la prometida de su hermano; murió a la edad de cuarenta y un años, tan religiosamente como había vivido, llorada por todo el mundo, porque—como dice Pontano—«todos, pero sobre todo los buenos, le deseaban una larga vida». Dícese que a su muerte se descubrieron un cilicio y unas disciplinas con que se mortificaba, en una cajita, en la que se creía encontrar alhajas. La enterraron con gran pompa en la iglesia napolitana de San Pedro Mártir, que ella había hecho restaurar durante sus últimos años por la suma de 8.000 piezas de oro, y en la que un pintor holandés ha inmortalizado a la piadosa reina, en un cuadro del altar de San Vicente Ferrer. La ha representado en oración en su capilla privada con sus hijas, Leonor y Beatriz (2). Cuando el desmoronamiento de la iglesia, las cenizas de la reina fueron trasladadas, en 1561, a una tumba que comparte con su tío, hermano de Alfonso I, Pedro de Aragón, muerto en el campo del honor (3).

Beatriz conservó piadosamente, durante toda su vida, la memoria de su madre, harto prematuramente desaparecida; la prueba de esto la tenemos en el hecho de que cuando quedó viuda, en Hungría, mandaba todavía decir misas semanales por el alma de su madre (4).

---

(1) Philippus Bergom (o. c.), pág. 156.—Tumemilillis (o. c.), páginas 127 y 128.

(2) Notar Giacomo (o. c.), págs. 110 y 111, y Guis. Cosenza (o. c.), Nap. Nob. IX, pág. 118.

(3) Summonte (o. c.), III, pág. 475. Fabriczy (o. c.), pág. 28 y Cosenza (o. c.), pág. 93.

(4) Archivos nacionales húngaros D. 19.999.—Orden de la reina viuda Beatriz, fechada en 13 de Abril de 1493; en Esztergom, por la que obliga a los Paulinos de Mármaros a decir misas expiatorias que los eximirán de su censo de sal.

La influencia de la reina sobre el desenvolvimiento del alma de la joven parece haberse manifestado en dos sentidos: una devoción muy grande, y una perseverancia apasionada y enérgica que Beatriz mostró siempre (como vamos a verlo), en la ejecución de sus buenas o malas acciones.

II

Tras unos años de infancia tan accidentados, Beatriz tenía apenas ocho cuando le faltó su madre. Solamente las circunstancias exteriores pueden permitirnos conjeturar cuáles son las personas que han ejercido una influencia sobre su desarrollo físico y moral. No ha tenido madrastra, porque el rey Fernando, que tenía cuarenta y dos años a la muerte de su primera mujer, no se volvió a casar hasta que sus dos hijas estuvieron casadas. Como el libro de cuentas de la casa real de esta época menciona siempre a Beatriz con sus otras hermanas, no tenemos motivo alguno para creer que permaneciese mucho tiempo en Aversa, en casa de su tía, que era la mujer del encarcelado duque de Sessa; por el contrario, todo parece probar que su padre consideraba nula, en virtud de los hechos, la promesa de matrimonio con el hijo del duque rebelado, y que tenía y educaba a su hija en la corte.

De esta educación y, en general, de los años de soltera de Beatriz, Bonfin (1) hace una pintura tan atractiva, que debemos considerarla, por lo menos, como una obra que caracteriza la vida cortesana y—aunque no esté fundada en datos di-

(1) Ant. Bonfin: *Symposion Trimeran*, de Pudicitia conyugali et Virginitate (Joan. Sambueno, Bacilo, 1572), páginas 394-397. Bonfin escribió este libro—como el mismo asunto lo indica—después de la reocupación de Otranto (1480) y en vida de Juan de Aragón (antes de 1485, por consiguiente), y así está fuera de duda que la obra se escribió en Italia, y que el ejemplar manuscrito—que se encuentra actualmente en la Biblioteca de la corte de Viena—lo ofreció a Beatriz, a la llegada de ésta.

rectos—como una pintura idealizada de la educación de las princesitas de entonces. «En aquel tiempo la vida parecía deliciosa—dice Beatriz en el diálogo que se le atribuye,—porque, fuera de los cuidados que daba a mi cuerpo, consagraba todo el tiempo a los estudios útiles. Me levantaba con la aurora, y consagraba la primera parte del día al servicio de Dios; durante mis frecuentes devociones no dejaba nunca que mi espíritu se distrajese, porque mi deseo no me llevaba nunca a otra parte. Sin perjuicio del cumplimiento de mis deberes para con Dios, recibía las lecciones de los maestros de varias ciencias en compañía de mis hermanos; la discusión que teníamos juntos después de la lección, desarrollaba también nuestra inteligencia. Después nos apresurábamos a saludar a nuestro buen padre, que se distraía con nuestra presencia y nuestra charla. Luego visitaba los talleres de tejidos y de tinte, bajo la seria y competente dirección de mi aya; pero a las nueve volvía con ardor al estudio, o bien me recreaba el cuerpo y el alma escuchando discursos sabios y religiosos. Esta ocupación era seguida de nuevos ejercicios de devoción y de la lectura de los libros sagrados, que me ocupaban la mayor parte del día; después de esto, un corto paseo bajo el pórtico o por el delicioso jardín, fresco y grato, en el que nuestro padre ha hecho poner en varios sitios imágenes de santidad, para que dirigiésemos en todas partes nuestro espíritu hacia Dios. Llegada la noche, el deber sagrado e incesante de la devoción nos llamaba de nuevo. Después de la cena, teníamos siempre una lectura moral y una conversación instructiva, y yo no necesitaba llamar al sueño: descendía él sobre mí sin que tuviese que esperarle, y así terminaba un día agradable con una noche apacible.»

Es verosímil que ni el mismo rey ejerciese en realidad una influencia personal y directa sobre la educación de sus hijos, y sobre todo, de sus hijas; aunque los años siguientes fueron más tranquilos, o por lo menos más pacíficos y menos críticos que los anteriores, las ocupaciones políticas de Fernando, su pasión por la vida militar, por la cría de caballos, por la caza,

le impedían consagrar mucho tiempo y atención a sus hijas muy jóvenes, verlas a menudo y ocuparse de ellas (1). Lo que queda de su correspondencia, prueba la frecuencia de sus viajes y cuánto tiempo pasaba en lugares a los que su familia no podía acompañarle (2); la vigilancia asidua de sus yeguadas y sus picaderos, que se encontraban en trece puntos diferentes (3), exigía ella sola frecuentes viajes. Pero está fuera de duda que la personalidad enérgica de este rey, muy distinguido por varios conceptos, ejerció una influencia moral sobre todos los que le trataban, y particularmente sobre los miembros de su familia.

El exterior de Fernando, sobre todo en los años que siguieron, se parece poco al de Alfonso, que fue siempre muy noble; con el tiempo se hizo rechoncho; sus biógrafos dicen que era de estatura media, con gruesa cabeza, de una gran fuerza corporal, y especialmente hábil y experto en el manejo de las armas y en domar caballos (4). Los primeros años de su reinado prueban ya que reunía cualidades preciosas en un principio (5): su energía infatigable, su prontitud de decisión, su valor, su tenaz perseverancia y su perspicacia política le sacaron de las situaciones más desesperadas: Maquiavelo dice de él—y no sin razón—que se le tenía por el príncipe más sabio de su tiempo (6).

(1) «Ad pena ve have prallcha», dice de Beatriz Diómedes Carafa, respecto al padre de ésta, en una Memoria de la que más adelante daremos cuenta. (*Ben. Croce. Memoriale a Beatr. d'Aragonia*, Napoli, 1895, página 40.)

(2) Francesco Trinchera: *Codice Aragonese* (Napoli, 1866). Según testimonio del primer volumen, varias cartas de Fernando de los años 1467-68, están fechadas, incluso en los meses de invierno, en cinco o seis lugares por mes.

(3) Tommaso Percico: *Diómedes Carafa*, Napoli, 1899, pág. 230.

(4) Tristano Caracciolo: *De varfort*, pág. 75. Bastian Biancardi: *Levite de' Re di Napoli*, Venecia, 1737, pág. 365.

(5) Camillo Porzio: *La Canginera de' Baroni*, (Racalla di più rino-mati scrittari, etc. V. Napoli, Fravier, 1769 , pág. 2.

(6) Niccolo Machiavelli: *Discossi sopra Tito Livio*. Lib. II. Cap. XII.—Alf. v. Reneusent: *Lorenzo dei Medici, il Magnifico*, Leipzig, 1874. II. Página 293.

Supo rodearse de hombres eminentes y aprovechar sus consejos; Giovano Pontano, que fue su historiógrafo y, durante mucho tiempo, su primer ministro, era uno de los mejores escritores latinos y de los mayores sabios de su época; se comprenderá, pues, fácilmente por qué ciertas notas diplomáticas del rey de Nápoles sobresalían por la solidez del razonamiento tanto como por su estilo, en una época que perseguía en todo la perfección de la forma. Algunos historiadores alaban la generosidad, la beneficencia del rey, el interés que tomaba por los males del pueblo (1), y sabido es que el rey gastaba gustosamente para su biblioteca, para escritores, para obras de arte y hasta para empresas de comercio marítimo.

Pero todas sus buenas cualidades tenían una tendencia a degenerar en defectos: su gusto por la representación y sus liberalidades le llevaron a un despilfarro insensato; su talento de persuasión, sus maneras cautivantes, no sirvieron sino para engañar a los hombres (2). No enriqueció a sus partidarios sino para esquilmarles so color de préstamos o regalos, o bien para apoderarse de sus bienes, privándoles de su libertad, y hasta quitándoles la vida con cualquier pretexto (3).

Las guerras que sus enemigos o su fuerza de acción le obligaron a emprender, le acostumbraron a no conocer ni prudencia, ni miramientos, si siquiera honradez, cuando se trataba de procurarse *dinero*. Practicaba diariamente la venta de los empleos y de los beneficios eclesiásticos, y ponía a contribución a los particulares y a las comunidades religiosas con diferentes pretextos; centralizaba todo el comercio, como un monopolio, en manos de uno solo de sus ministros, Francesco

(1) Blancardi (o. cit.), pág. 357. Tom. Persico: *Diomede Carafa*, página 161.

(2) Pontanus: *De Sermone*, edición de Basilea del año 1538. II vol. Libro II, cap. 9, 234.

(3) Trist. Caracciolo (o. c.), págs. 87 y 89. Camillo Porzio (o. c.), páginas 108 y siguientes. Jacob Burckhardt: *Die Cultur der Renaissance in Italien*, Leipzig, 1896, primer vol., pág. 37, *Chronicon Venetum*. (Muratori Scriptores, XXIV), pág. 15, y *Diario Terrarese* (ibid.), páginas 294 y 295.

Coppola, conde de Sarno; aprovechaba el alza de los precios de los cereales, produciendo una penuria artificial y, más adelante, prendió e hizo ejecutar a Coppola, que llevaba su parte en estos beneficios, con pretexto de que había estado comprendido en la conjuración de los «barones». Cierto es que no cometió el perjurio sino como represalias con varias de sus víctimas, pero en el perjurio se mostró superior a todos sus rivales; es casi inconcebible que después de tantos ejemplos espantosos cayeran todas sus víctimas en el lazo que les tendiera. Así, pues, con razón acusan de crueldad a Fernando (1) los historiadores más serios y más conscientes de Italia, y nosotros no podemos disculparle con pretexto de que las víctimas de su crueldad eran a veces mayores tiranos que él. Pero, de otra parte, no debemos dar entera fe a los relatos de algunos contemporáneos, según los cuales, hallaba él un placer perverso en la crueldad; según ellos, gozaba con el espanto que la muerte producía a sus prisioneros (2), los disecaba después de muertos, como animales, y los ponía en los salones de palacio (3); es muy difícil conciliar perversidades tan insanas con el carácter enérgico, el sentido práctico y el espíritu utilitario de Fernando.

El que tenga a caracteres como el del padre de Beatriz por incapaces del sentimiento de amistad y de la vida de familia, no conoce la rara atmósfera moral de Italia en la época del Renacimiento. La florescencia extraordinaria del arte, en el transcurso del Renacimiento italiano, se explica precisamente

---

(1) Summonte, ob. cit., III volumen, pág. 471. Franc. Jericciardini: *Istorie d' Italia.* (Firenze, Conti, 1818.) Primer vol. páginas 53, 54, 128 y 129. Pasqui Villari. *La vita di Gir. Savonarola* (I vol. 27 y 28). Igualmente: *Machiavelli e i suoi tempi,* I volumen. Introducción, páginas 82 y 83.

(2) Pontanus: *De Immanitate* (edición de Basilea de 1538, primer volumen), cap. IX, pág. 599.

(3) Jac. Burckhardt, (o. c.), primer vol., pág. 37, *Diarium Terrarienſe,* ab 1409-1502, anon uno auctore synchrono (Muratori, *Scriptores*, volumen XXIV), pág. 294.

por el hecho de que en todos los terrenos de la actividad y de la vida humanas, y sobre todo en la política, dominaba un espíritu, una tendencia verderamente artística (1). Alcanzar un fin político cualquiera hacía tanto más honor a su arte, a los ojos de los hombres de Estado del Renacimiento italiano, cuanto más difíciles de vencer eran los obstáculos, más aventurados los medios elegidos, y cuanta mayor superioridad pedia el resultado, no solamente en el hecho de prever y en la decisión, sino también en la astucia y en la inflexibilidad. De aquí procede que todas las otras consideraciones estén subordinadas al punto de vista, sólo valedero, del triunfo político: de aquí procede la falta absoluta del sentido moral, en lo referente a la política. Los políticos del Renacimiento italiano elegían medios nobles e innobles—según lo que la oportunidad los aconsejaba—con la misma tranquilidad de alma que el pintor elige colores oscuros o claros en su paleta, guiado únicamente por las exigencias del asunto y por el efecto artístico buscado. Manifestábase en los actos de aquéllos una especie de inconsciencia, y esa deplorable escisión entre la política y la moral no se les presentó a la vista, hasta que Maquiavelo resumió en forma de principios lo que sus modelos venían cometiendo desde hacía años y años con inaudita sangre fría.

Los lados malos del carácter de Fernando se hicieron más salientes cuando, en una edad avanzada, compartió el poder con su hijo Alfonso, duque de Calabria, y se sometió a su influencia; en los primeros años de su reinado sufrió un tanto la influencia benéfica de su mujer, y luego, durante algún tiempo, en razón de la juventud de Alfonso, no le dejó todavía gran autoridad. El duque de Calabria—hermano mayor de Beatriz—no parecía haber heredado sino lo malo de su padre, no sus capacidades políticas, su valor y su perseverancia. El

(1) Jac. Burckhardt (o. c.), vol. I, pág. 3 y 7. Symonds, (o. c.), (I., página 521.) Nic. Machiavelli llama a la estratagema, por la que César Borgia se apoderó de los capitanes mercenarios y los mató, un «bellisimo inganno».

pueblo le llamaba el «guercio», el bizco, a causa de un defecto de la vista; ese pueblo no le quiso nunca, ni aun cuando los poetas de la corte le pusieron por las nubes en sus elogios. Cometía sus maldades con cínica franqueza—al revés de su padre—y era mucho más libertino que Fernando. Más adelante, cuando hubo perturbado toda Italia, a causa de su pasión desenfrenada por la guerra, y suscitado la adversión de todos sus contemporáneos con sus perjurios y sus atrocidades (1), aparece verdaderamente como «el precursor de César Borgia (2)».

Más adelante notaremos en el carácter de Beatriz un rasgo que muestra seguramente su parentesco de alma con Alfonso, pero que no es un rasgo antipático. Los cronistas han notado que, durante sus enfermedades, Alfonso buscaba alivio en la recitación de los poetas, en las representaciones de los comediantes y en la farsa de los arlequines (3). Ahora bien; más adelante veremos que Beatriz, una vez reina, gustaba también de este género de distracciones, cuando se encontraba indispuesta. Probablemente, Federico, uno de sus hermanos, fue el que estimuló la afición de Alfonso por la poesía; sabemos que ese hermano trabó relaciones con el joven Lorenzo de Médicis a la edad de doce años, y que hizo copiar para él un volumen de versos, al que puso él mismo un prólogo; más adelante, Federico se mostró, incluso cuando fue rey, un amigo entusiasta de los poetas.

---

(1) Felipe de Commines (o. c.), págs. 303-305. Camilo Perzio le llama (*Congeima de' Baroni*, ed. cit.) «peron feroe», y le tiene por el causante de constantes guerras, fomentadas por su desenfrenada ambición. En cuanto a su vida, véase: *Effemeridi delle dosa fatte per il Duca di Calalabria*, 1484-1491, di Joampiero Leostello (Gaetano Filangieri). *Documenti per la Storia, la arti e la industria della provincie napoletane*, Napoli, 1883, I vol.

(2) Jac. Buckhardt (o. c.), vol. I, pág. 92.

(3) Percopo (o. c.), pág. 43. Leostello: *Effemeridi* (vol. cit.), LXXXII y pág. 251.

Alfonso, el príncipe heredero, gustaba de darse aires de protector de las artes, y se decía alumno de Florencia (1). Guido Mazzoni, que se hizo escultor después de haber sido fabricante de caretas, y a quien Alfonso, cuando era todavía príncipe heredero, daba ya trabajo, ejecutó un grupo de estatuas, que—lloran a Cristo muerto—en la iglesia Monteliveto de Nápoles. Todavía se puede ver esta obra, cuyas figuras son probablemente retratos. Los dos hombres de edad, arrodillados en primer término—de los que uno es Nicodemos y el otro José de Arimatea,—son considerados generalmente como las estatuas de Giovanni Pontano, hombre de Estado y sabio escritor, y del poeta Sannazar, autor de elegías bucólicas y de sátiras. Vemos a un hermoso joven con largos cabellos, inclinado y rezando, al lado de Pontano; por el parecido pudiera ser Alfonso, que encargó esta obra, y que está representado más joven de lo que era cuando fue hecha. Si se hizo representar así en un grupo de estatuas de asunto religioso, fue más bien a causa de su predilección por los hermanos olivatanos—benedictinos blancos—y por su claustro, que en razón de un profundo sentimiento religioso que no demostró por completo sino al final de su vida (2).

No creemos engañarnos al atribuir, entre los miembros de la familia real, la mayor parte de influencia sobre el desarrollo del alma de Beatriz a su hermana mayor, Leonor. Cierto es que ésta no tenía a la sazón sino quince años, pero la llevaba siete a Beatriz, con la que pasaba todo el tiempo, y aunque sea casi imposible averiguar los rasgos individuales de Leonor, entre los elogios convencionales de los cronistas contemporáneos, sabemos que se mostró más adelante—cuando fue duquesa de Ferrara—una mujer muy inteligente, discreta y

(1) Giul. Grimaldi: *Bernardo alla Corte d'Alphonso II d'Aragona* (Arch. Stor. Nap. XXV), pág. 220.

(2) Según F. de Commines (o. c.), Alfonso estuvo años sin confesar ni comulgar.

excelente madre; sabemos también, por la correspondencia muy seguida de las dos hermanas, que Beatriz demostraba a Leonor, no solamente una confianza y una afección sin límimites, sino esa especie de respeto y de abnegación que sentimos por las personas cuya autoridad hemos ya reconocido desde niños. Cuando llegó a ser la poderosa reina de Hungría, puso en gran parte su influencia al servicio de los intereses de la familia de su hermana, y cuando, a la muerte de su marido, tuvo que sufrir la penosa situación a que la redujo su viudez, dirige a su hermana mayor, «como una hija a su madre», sus quejas y sus demandas (1).

La muerte de la reina de Nápoles, que fue una pérdida tan grande para su familia, no impidió al duque Federico, que tenía entonces trece años, continuar su viaje a Milán con un acompañamiento que no contaba menos de 600 jinetes. Entró en Florencia vestido de luto, así como sus acompañantes, a causa de aquella desgracia (2). Pero el luto no hubo de durar mucho tiempo; según testimonio del libro de cuentas de la casa real, se arregló un collar de oro de la reina, a los dos meses de su muerte, para uso de su hija Beatriz (3), y durante el verano y el otoño del mismo año se hacen diferentes vestidos, no solamente de color violado, sino verde, y otros colores; se hacen también trajes de brocado de oro y diademas de oro para las princesas Leonor y Beatriz (4).

No se aplazaron las bodas del príncipe heredero. La novia llegó el 14 de Setiembre en compañía de su futuro cuñado, Federico, de sus hermanos Felipe y Mario Sforza; acompañábale un brillante cortejo. El rey, rodeado de los principales señores de la corte, salió en persona al encuentro de ella, hasta

(1) Véanse las cartas dirigidas por Beatriz a la duquesa Leonor durante los años 1492-93 y conservadas en los Archivos del Estado de Módena.

(2) Renemort: *Sor, de Medici*, I, pág. 212.

(3) *Cedola della Tesorería Aragonesa*, vol. XLI, fol. 264.

(4) Ibidem: Vol. XLIII, fol. 146, 204, 330.

una milla en dirección de Aversa, y la princesa entró en medio del sonido de las trompetas, del ruido de los petardos, de la música y de las aclamaciones populares. En el transcurso de las solemnidades nupciales, que duraron quince días enteros, organizáronse torneos en que las damas compitieron con los caballeros, y en los que la victoria se atribuyó exclusivamente a las damas, por decisión personal del rey.

Entre la casa de Aragón y su fiel amigo Francisco Sforza se había ya formado el proyecto de una unión matrimonial en tiempos de Alfonso I: Alfonso, hijo mayor de Fernando, duque y más adelante rey de Calabria, había de casarse con Hipólita, hija de Sforza; y Leonor, la hija mayor de Fernando, con el hijo del duque de Milán, Mario Sforza. Las dos bodas se celebraron, pero solamente fue definitiva la que unió a Alonso con Hipólita; el matrimonio entre Mario Sforza y Leonor no se hizo sino de fórmula, probablemente a causa de su juventud; el matrimonio efectivo se aplazó y no se realizó nunca. Casi todas las ceremonias se celebraron en el salón del Castello Nuovo, transformado para esta ocasión en capilla. Los dos jóvenes Sforza dan cuenta detallada en una carta dirigida a su madre (1); mencionan la presencia de la princesa Beatriz —de edad de ocho años—que estaba arrodillada con su tía y con Hipólita, su futura cuñada, al lado derecho del altar, y que besó la mano del rey su padre.

La unión de la princesa milanesa con el heredero presunto del trono pareció a los napolitanos un suceso tanto más importante, cuanto que el rey de Francia se había esforzado en disuadir al duque de sus propósitos, y en obtener la mano de su hija para Juan, hijo del pretendiente Renato de Anjou. Poco antes, otro príncipe había igualmente pretendido la mano de Hipólita; era Matías, rey de Hungría. Habiendo enviudado, e inspirado sin duda por la analogía entre la elevación a los honores de las dos poderosas dinastías militares, los Sforza y los

(1) En los Archivos de Milán, Sez. Pot. Sovrane Sforza Fil. María.

Hunyadi, pensó buscar su nueva mujer en la corte de Milán. Llevadas con el mayor secreto, las negociaciones fracasaron por las intrigas venecianas, y así, la que quiso por mujer, entró en la familia real, en la que, diez años después, iba a tomar esposa (1).

Hipólita hubo de desempeñar un gran papel en Nápoles, porque era la sola mujer en la familia real y procedente de una casa soberana, conocida por su distinción, su lujo y su gusto por las artes; Milán mantenía además relaciones muy seguidas—en el Norte de Italia—con los franceses y los alemanes, y la princesa aportaba sin duda nuevos elementos a la vida y las costumbres de la corte napolitana.

Se explicará fácilmente que el terremoto del siguiente año, que causó más terror que destrozos en los alrededores de Nápoles, fuera considerado como presagio de funestos acontecimientos, porque poco después, en Marzo de 1466, Francisco Sforza murió, a los sesenta y cuatro años; su muerte no era solamente un duelo para la futura reina de Nápoles, sino que fue también, por culpas de los sucesores del duque, el germen de las complicaciones que habían de acarrear la crisis de toda Italia, y, sobre todo, la del reino de Nápoles.

En el mes de Setiembre del mismo año, la corte de Nápoles tuvo un huésped ilustre. Pedro de Médicis, déspota de Florencia, envió allí a su hijo Lorenzo, de diez y ocho años, que se hizo tan célebre por fortificar las buenas disposiciones del rey de Nápoles para con los Médicis y robustecer la amistad que se había establecido el año anterior entre él y el príncipe Federico. El joven, inteligente y de maneras simpáticas, produjo excelente impresión en toda la corte, en donde sin duda conoció a Beatriz, que tenía nueve años, y a la que sirvió, algunos años después, de mediador en unas importantes circunstancias.

---

(1) Guillermo Frankuoi: *Le roi Mathias de Humgad* (en húngaro), paginas 156 y 157.

Según el libro de cuentas de la casa real, Beatriz empezó en 1465 sus estudios de gramática (1), cuando tenía ocho años; pero hasta dos años después, en la primavera de 1467, no encontramos el nombre de su preceptor, que permaneció con la joven hasta que tuvo diez y siete años; llamábase el abate Antonio de Sarcellis (2); se le nombra al principio «maestro di rettorica», y luego sencillamente «maestro della illustrissima donna Beatrice», y recibe un sueldo de 6 ducados mensuales. No tenemos detalles más circunstanciados respecto a la personalidad del abate Antonio; tenemos solamente por probable que era el provincial de la Orden de Carmelitas, a que pertenecía el convento de Carmina Maggiore de Nápoles (3).

Sobre la enseñanza que recibió Beatriz, aparte el carácter general de la educación de las mujeres del Renacimiento italiano, nos dan suficiente luz los títulos de los libros comprados para ella. Vemos que le dan desde la edad de diez años el *De Senectute* de Cicerón, escrito en pergamino (4). Por aquella época, el libro impreso era todavía una cosa rara; Beatriz no recibió el primero hasta la edad de diez y seis años; los manuscritos están hechos, en su mayor parte, por los copistas

---

(1) V. la nota de *Cedola d. Tes. Arag.*, fecha 30 de Marzo de 1465 sobre la compra de una gramática, de un escritorio y un cuaderno de estudio para Beatriz.

(2) En otras partes, «de Sarcello» ó «de Cercello», «de Cercellis» y «de Xerxellis.» (*Cedola d. Tes. Arag.*, vol. 45, fol. 464, vol. 46, fol. 174, 236, 243, vol. 47, fol. 278, 350, vol. 50, fol. 333, vol. 56, fol. 246, 340, vol. 63, fol. 198, vol. 66, fol. 158, 335, etc.) Es cierto que no es el mismo que Antonaccio da Sessa, a quien las *Cedole* mencionan siempre así — sin darle nunca el título de abate,— como preceptor del príncipe Francicco.

(3) Leemos en la pág. 326 del III volumen (*Estratti di Scheda Notarili*) de la obra de Filangieri, titulada *Monumenti para la Storia*, etc., que el provincial de la dicha Orden, en 1471, fue «P. M. Nicola de Arcellis»; teniendo en cuenta las variaciones continuas de la ortografía de los nombres propios en los documentos del siglo XV, pensamos que se trata aquí de Antonio de Sarcellis, es decir, del preceptor de Beatriz.

(4) *Cedola d. Tes. Arag.*, vol. 45, fol. 390.

del rey empleados en este trabajo (1), y si se considera que servían de manuales, se encontrará que son bastante caros (2), así como los cuadernos de estudios en pergamino de la princesita (3). Cicerón tuvo una parte muy amplia en los estudios de Beatriz; al lado del *De Senectute,* vemos *De Offiiciis* y *Epistolarum liber* entre los libros comprados por ella; hallamos naturalmente a Virgilio que tuvo importantísimo papel en todo el Renacimiento italiano en general, y en Nápoles en particular. La enseñanza comprendía, pues, especialmente las humanidades y se basaba sobre todo en las obras de los clásicos latinos; estaba, pues, conforme con los principios sobre la educación de las mujeres que el Renacimiento italiano aplicaba a la educación de las jóvenes de familias distinguidas; con arreglo a estos principios, había que elevar a las mujeres—por lo que concierne a la cultura intelectual—al nivel de sus maridos; de suerte, que no nos debe chocar que estuvieran algunas veces más adelantadas en el conocimiento de los clásicos antiguos y en el estilo latino, que los hombres de su tiempo, porque éstos se alejaban más pronto de los libros, por las necesidades de la educación militar (4).

Hablar con ingenio y mostrar un conocimiento todo lo completo posible de los autores clásicos, era lo que se consideraba como el ideal de la cultura femenina; ideal al que respondía Beatriz—como ya veremos,—según el testimonio de sus contemporáneos. Citábanse, sobre todo, con encomio las mujeres que eran capaces de pronunciar, llegado el caso, un dis-

(1) Vemos varias veces el nombre de Joan Marcho Lombardo, así como el de Sabatino de Nola; éste era, sin duda alguna, el marido de la nodriza de Beatriz, que fué más adelante a Hungría. (*Cedola,* vol. 50, fol. 231, y vol. 56, fol. 95.)

(2) Su precio varía entre 3 y 20 ducados. (*Cedola,* loc. cit.)

(3) Su precio es de un ducado diez granos. (*Cedola,* vol. 53, fol. 186, y vol. 55, fol. 138.)

(4) Baldassare Castiglione: *Il libro del Cortegiano.* Milán, 1803, II, página 17.—J. Burckhardt (o. c.), II vol., págs. 122-127.

curso en latín clásico; así se nota que Hipólita Sforza, cuñada de Beatriz, en ocasión del Congreso de Mantua, dirigió—a los catorce años de edad—un hermoso discurso latino al Papa Pío II; un Cardenal presente dijo, a propósito de este discurso, que «ni una diosa hubiera podido hablar mejor» (1). En Florencia, en tiempo de Lorenzo, muchas mujeres eran conocidas como autoras de buenos poemas latinos y griegos. Sabemos que Beatriz brilló más adelante en Hungría, porque hablaba corrientemente el latín y hacía citas latinas (2); para ello, el conocimiento de la lengua latina, que debía a sus estudios de muchacha, adquirió una importancia práctica de primer orden, porque fue como reina a un país en donde, mientras que no hubiese aprendido el húngaro, no podía hablar sino en latín, incluso con su marido.

Beatriz pudo, pues, leer a Virgilio, cuya tumba legendaria guardaba Nápoles, y, al leerle, su imaginación juvenil pobló con las figuras más maravillosas y más simpáticas de la mitología, *dulcissima Partenope,* aquel mundo que se extendía ante sus ojos, engalanado con todos los encantos de la Naturaleza. En Castel Nuovo aunque este castillo se halle desprovisto de ornato y se parezca a un cuartel, encontramos todavía—del lado del mar—los huecos de los balcones, desde donde se

(1) Pastor (o. c.), II vol., pág. 43.

(2) Galeotti Martii, naresiensis: *De egregie sapienter jocose dictis ac factis S. Regis Mathiae*, ad ind. Ducem Joanem ej. filinem (J. G. Schwandtuer: *Scriptores Rerum hungaricarum*, Vindob, 1766, par. II, y varias ediciones húngaras). Cap. XXV. Bonfin (*Symposion Trimeron*, pág. 11), dice de Beatriz: «Danubinen bárbara verba redolentem latine loqui coegisti.» *Peter Eschenloer's Geschichten ser Stadt Breslau ced Denkwiirdigkeiten seiner Zeit*, Breslau, 1828, II vol., pág. 342; Sie ist wol gelärt und in Latein sehr gespräche und behande.» Dubravius (*Historia Bohémica*, Frankfurt, 1687, pág. 805), pone de relieve «sermonis latini elegantia», de Beatriz. Jacob Fugger: *Spiegel der Ehren des Erzhauses Osterreich*, Nuremberg, 1668, pág. 831. Gerardus de Roo: *Annales Rerum belli domique ab Austriacis Habspurgicae gentis Primi, gestorum*, Veniponti, 1592, pág. 310.

goza de una vista encantadora sobre el Vesubio que se alza enfrente, sobre los contornos esfumados de la Península de Sorrento, del Pansílipo, de Capri, y sobre la mar azulada, por la que corren blancas velas; aquí tuvo Beatriz sus sueños de juventud. El bello Vesubio era entonces una montaña muy tranquila, porque aquellos años forman parte del período de cinco siglos durante el que el volcán estuvo en reposo; los napolitanos no conocían los estragos que causara antaño sino por los relatos de Séneca y Plinio, puesto que aún no se habían descubierto las ruinas de Pompeya y Herculano; sin embargo, frecuentes temblores de tierra turbaron en aquel tiempo ese paraíso terrestre.

Una de las novedades intelectuales del Renacimiento italiano es el sentido de la Naturaleza, el despertar del sentimiento de las bellezas naturales, que observamos ya en Petrarca y en Eneas Silvio, hasta en San Francisco de Asís. La literatura antigua ha influído también en esta renovación; lo demuestran los escritos de Pontano que, al describir Nápoles y sus alrededores, insiste sobre los lugares que los antiguos prefirieron y nombraron en sus mitos, como si el encanto aumentara por el hecho de que Lúculo, Cicerón, Plinio y Virgilio se hubiesen recreado en ellos (1). Pontano, como Sannazar, no puede cantar las bellezas de Nápoles, de Sorrento, de Bayes, de Camas, de Salerno, sino en la lengua y con el tono de las bucólicas y las églogas romanas. Y este sentido no se manifestaba solamente en la literatura, sino en la vida. La casa de Aragón es particularmente entendida en hacer agradables la habitación y la vida por el goce de la Naturaleza. Fernando sostiene magníficos jardines próximos a Castel Nuovo, y en la parte de la costa ocupada hoy por el palacio y los jardines reales; mora bastante a menudo en Puzzoles, toma baños en Bagnolo; de los lugares que frecuenta, Casale di Principe, Casale di Arnone, Nola, Calvi, Teano, Averea, se encuentran en

(1) Pontanus: *Historice Neapolitance*, etc., págs. 147 y 148.

los lujuriantes bosques de los alrededores de Nápoles, de la «Campagna felice»; Astroni, y probablemente Tripergole—desaparecido luego,—estaban situados en los Campos Flegreos de la fábula (1), en un cráter apagado en medio de las frondosas montañas que dominan Puzzoles; Castel di Sangro está situado en el corazón de los Abruzos; Venafro, en el romántico valle del Valturno. El joven Alfonso es aún más refinado en el arte de gozar de la Naturaleza y de lo que la rodea; cuando todavía es duque de Calabria, construye palacios uno tras otro, y los engrandece, dibuja y planta jardines de mirtos y limoneros, con fuentes y baños, pistas reservadas a los jinetes y los coches; cambia, según su humor, el lugar de las comidas; come a menudo al aire libre con su familia y su corte, sobre la hierba, junto al agua murmuradora, mientras que una conversación alegre anima y prolonga esta comida campestre (2). Todas estas circunstancias hubieron de desarrollar en Beatriz gustos que coincidieron felizmente con los de Matías, y que nos explican también las numerosas creaciones monumentales admiradas por todo el mundo que la pareja real hizo en Hungría.

Beatriz pudo ver frecuentemente en sus años de juventud, desde lo alto de amplias graderías, o desde el balcón de la sala de fiestas, a su padre o a su hermano pasar revista a las tropas; vió el centelleo de las corazas y de las alabardas; oyó el rumor del desfile y de la formación de las filas, y el toque de los clarines. Porque no pasó año sin ruido de armas. Ya, a causa de la vecina isla de Ischia, hay escaramuzas en el mar, contra los Torella (3), ya había que ayudar al Papa a aniquilar el poder de los Aguillars, que eran también enemigos de

(1) Nicola del Pezzo: *Siti reali é campi flegrei e gli Astrani*, Nap., Nobil. VI, págs. 119 y 149.

(2) Leostello: *Effemaridi*, etc.; páginas 173, 241, 259, 289, 323, 326, 343, 347. Sammonte (o. c.), III vol., pág. 502. Alfredo, v. Reumont. *Die Carafa von Maddaloni*, II, pág. 33.

(3) Passero (o. c.), pág. 28. Natar Giacomo (o. c.), pág. 112.

Nápoles; otras veces había que reivindicar del Papa la posesión del ducado de Sora (1); sostener a los Malatesta contra el poder pontificio, con ayuda de Venecia, de Milán y de Florencia, hasta que al fin, luchas más serias que éstas necesitaron la cooperación armada del reino de Nápoles, al que amenazaba cada vez más la extensión del poder de la media luna.

Las relaciones del rey Fernando con el Papa Pablo II—sucesor de Pío II—seguían siendo hostiles; aunque no se hubiesen declarado nunca una guerra abierta, el Papa veía, sin embargo, la mano del rey de Nápoles en todos los ataques dirigidos contra él, y daba libre curso a su exasperación (2). No se produjo un cambio sino por la necesidad urgente de defenderse contra el turco, y también a consecuencia del cambio ocurrido en el solio pontificio.

Durante el verano del año 1470, corrió la noticia de que las tropas de Mahomet II habían ocupado, por traición, Negroponto, la isla mayor del archipiélago griego, la antigua Eubea, defendida a la sazón por los venecianos. Era un triunfo ruidoso para la expansión del imperio otomano y un peligro muy serio para la Europa cristiana.

Desde la ocupación de Bizancio, el temor de los turcos era la pesadilla de la Europa central y meridional, y sobre todo, de Italia. Como la península apenina estaba expuesta a todas las agresiones del lado del mar, sentíase allí el peligro más amenazador e inminente que en otras partes, tanto más cuanto que los venecianos y los genoveses—que frecuentaban el Levante—tenían allí intereses más considerables que cualquiera otra ciudad, y eran los mejor informados sobre los acontecimientos de ese país; los refugiados de Bizancio que invadieron la Península, referían detalles tanto más espantosos cuanto que querían inspirar compasión sobre el horrible trato

(1) Pastor (o. c.), págs. 366 y 372. Muratori: *Annali*, págs. 72, 73 y 87.
(2) Notar Giacomo (o. c.), págs. 115-117 y 122. Passero (o. c.), páginas 297, 303, 380 y 381.

que los cristianos podrían esperar por parte de los turcos, gentes salvajes, fanáticas e implacables. Es, por lo tanto, muy comprensible que, bajo la influencia de estas alarmantes noticias, las potencias italianas se apresuraran a olvidar sus querellas, y se mostraran dispuestas a aliarse para la defensa común.

Pero el Papa Pío II no pudo ver traducirse en hechos este acuerdo; murió repentinamente durante el verano de 1471, en plena fuerza, y el cardenal Francisco della Rovere ocupó el trono pontificio, con el nombre de Sixto IV. Era general de la Orden de San Francisco, y nadie hubiera pensado que su pontificado sería para Italia una época de guerras incesantes. Lo experimentado por su antecesor y las necesidades de la guerra contra los turcos le hicieron más blando con el rey de Nápoles. Este, al verse libre de otro de sus enemigos con la prematura muerte de Juan de Anjou, prometió complacientemente cuanto se exigía de él en nombre de la defensa de la cristiandad, y permitió además a una de sus hijas naturales casarse con el sobrino del Papa, Leonardo della Rovere, prefecto de Roma. A cambio de esto, el Papa renunció hasta el fin de la vida de Fernando a la suma que éste debía pagar en señal de vasallaje, y se contentó con un caballo blanco, ofrecido para simbolizar el reconocimiento del derecho (1). Para obligar aún más al rey, dió al hijo de Fernando, que tenía quince años, Juan de Aragón, que fue más adelante arzobispo de Esztergon (Hungría), y que era ya protonotario pontificio, la abadía de Monte Casiano y, un año después, el arzobispado de Salerno (2).

Así, pues, todo arreglado, los aliados marcharon a combatir contra los turcos. Nápoles había equipado 24 navíos, y Venecia y el Papa los restantes. La flota italiana salió para

(1) Muratori *Annali* (o. c.), pág. 107. Gregorovius: *Geschuichte der St. Rom.* t. VII, pág. 232.

(2) Pastor. Vol. cit., pág. 412. Caputo (o. c.), págs. 66-67.

Rodas y ocupó el puerto de Satália; pero las disensiones sin cesar renacientes entre Venecia y Nápoles paralizaron su acción.

El fecundo tronco de la casa real dió nuevas ramas durante estos años; el heredero presunto tuvo una hija en 1470 y un hijo en 1472; la hija recibió en el bautismo el nombre de Isabel, que fue con el tiempo la infortunada esposa de Juan Galeas, duque legítimo de Milán.

Pero al mismo tiempo habían empezado los preparativos de un acontecimiento que interesa más de cerca a Beatriz: el matrimonio de su única hermana Leonor con el duque de Ferrara, estaba en camino de realizarse.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

LAS FLOTAS DE GUERRA EN 1912

Cada día se muestran las naciones civilizadas y ricas más ansiosas de acrecer su poder naval. Las leyes de Escuadra se suceden unas a otras sin interrupción, y siempre consignando en la última la construcción de mayor número de barcos por año que las anteriores. El Gobierno inglés, sobre todo, como interesadísimo, y más que ningun otro, en conservar intangible la supremacía naval del País, ha llegado a lo que ha dado en llamarse el «two fwo power standard», es decir, a ser más fuerte en el mar que las dos naciones que le siguen en orden de importancia naval, reunidas. La Gran Bretaña, sobre todo en los actuales tiempos de aguda crisis internacional, no necesita del acicate de la Liga Marítima, ni aun de la opinión pública, ni de la prensa marcadamente imperialista, para desarrollar programa tras programa naval que asegure la supremacía naval inglesa y, por ende, la paz. El pueblo y el Gobierno inglés abrigan algunas dudas sobre un extremo muy importante, que atañe a la integridad de su territorio nacional. Mientras hay hombres de Estado, entre ellos Balfour, que sostienen la imposibilidad de un desembarco efectuado por sorpresa, y en un plazo de tiempo cortísimo, Generales de la reputación de Lord Roberts, no creen imposible aquella operación militar y abogan por que el Ejército se organice, en forma tal, que, aun enviando fuera de la metrópoli las tropas

en la actualidad destinadas a las expediciones fuera de ella, quedaran en Inglaterra las de carácter regular suficientes para la defensa del suelo patrio. Lord Roberts defiende, aboga, en una palabra, por el servicio militar obligatorio, al que los ingleses son tan refractarios. Y de esta misma discordancia, respecto de la posibilidad de un desembarco, nace la creación del Ejército territorial, tan laboriosa, y de cuya eficacia hay tantas dudas. No ha faltado un político inglés de la altura de Lord Rosebery, que ha llamado la atención de sus compatriotas sobre los peligros a que se expone por sus inteligencias con Francia: si persiste en ella, habrá de prepararse a realizar todos los sacrificios precisos a fin de asegurar la integridad del territorio, aludiendo, sin duda, aunque sin nombrarlo explícitamente, al servicio militar obligatorio.

Alemania, sin descuidar las necesidades de su Ejército, antes bien, procurando siempre reforzarle en paz y en guerra, no descuida su marina militar, tratando de igualarla a la inglesa, aspiración difícil de realizar, mientras conserve su actual situación como una de las primeras potencias militares del continente (1). Este afán de las grandes, medianas y pequeñas potencias en aumentar su poder naval, parece como un reconocimiento expreso de la importancia del dominio del mar. Y, claro es, que en manera alguna cabe negarlo, y menos aún en la época actual, en la que los pueblos se hallan tan estrechamente unidos por los vínculos comerciales. Ahora puede ocurrir, y ocurrirá seguramente, que las naciones, con grande supremacía naval y vencedoras de otras en el mar, no consigan la victoria decisiva por el solo hecho de su fomento marítimo. Inglaterra, después de haber vencido a Francia y España en las aguas de Trafalgar, ¿logró, por ventura, alguna

(1) Alemania ha sido, desde hace algunos años, el acicate poderoso del extraordinario crecimiento de la marina inglesa. Sin las leyes de Escuadra de Alemania, es seguro que las de Inglaterra hubieran sido más modestas, a pesar de que hasta hace diez o doce años sus probables enemigos eran Francia y Rusia.

ventaja decisiva sobre los aliados, fuera de haber asegurado la inmunidad de su territorio? Ninguna otra consiguió: los ejércitos franceses siguieron imperturbables su marcha por el Imperio austriaco y, pocos días después de Trafalgar, vencia Napoleón en Austerlitz a las tropas reunidas de Austria y Rusia.

Según el autor de un estudio de las guerras navales de la época napoleónica, inserto en el tomo IX de la *Cambridge Modern History*, titulado «Napoleón», la batalla de Trafalgar no despertó en Inglaterra el entusiasmo con que más adelante, y hasta ahora, ha sido celebrada: el pueblo inglés encontraba entonces que aquella victoria se pagaba demasiado cara con la muerte de su héroe favorito, Nelson. Esto no implica para que el mismo autor, al terminar su estudio, afirme enfáticamente que Napoleón fue vencido, de manera definitiva, en Trafalgar. ¡Buena manera de vencerle definitivamente entonces, cuando no había llegado aún a la cima de su poderío, alcanzada en 1807, con la paz de Tilsit! Y aún había de dar mucha guerra y causar grandes daños al comercio inglés con su famoso decreto del Bloqueo Continental, lanzado desde Berlín, a fines de 1806, luego de la humillación de la Monarquía prusiana. No, si Napoleón no hubiera tenido otro contratiempo en su historia militar que la derrota de Trafalgar, se hubiera conservado en el trono hasta su muerte, sin más contrariedad que la de no haber realizado su pensamiento de invadir y atacar a Inglaterra en su propio suelo. Y como esto constituía su preocupación constante en los últimos años de su reinado, había comenzado la reconstitución de su flota de guerra en los puertos militares franceses y en el de Amberes.

De dos potencias continentales, con marinas de guerra casi iguales, o aun cuando una de ellas sea excesivamente superior a la otra, siempre las acciones de guerra decisivas, las que determinen la victoria final, serán las libradas en tierra, las que pongan a merced del vencedor todos los recursos políticos y financieros del adversario. ¿De qué utilidad fue a la

Francia, su marina de guerra, durante la campaña de 1870? Sin poder atacar los puertos militares donde se habían refugiado los barcos de guerra alemanes, los marinos franceses fueron desembarcados para contribuir, de la manera tan gloriosa que lo hicieron, a la defensa del territorio nacional. Ahora bien; las grandes potencias de Europa, los Estados Unidos y el Japón y, en escala mucho menor, las de segundo y tercer orden, desarrollan sus marinas de guerra de manera tan extraordinaria, que parece comprometer los recursos financieros de los respectivos países. En estos momentos de tan honda inquietud, el mismo ministro de Hacienda de Inglaterra, Mr. Lloyd George, que hace unos meses, desde la Casa Municipal de Londres, durante el período álgido de la crísis franco-alemana, lanzó aquellas amenazadoras palabras contra la corte de Berlín, se lamenta, ante los hombres de negocios de la misma City, de los inmensos gastos ocasionados por los armamentos militares, que impiden realizar las grandes reformas de carácter social por el partido liberal meditados. Y no faltan tampoco voces en Alemania que se alzan en defensa de una política moderada en los armamentos navales, comprendiendo que mientras se mantenga un poder militar terrestre, como el sostenido por Alemania, será imposible conseguir la supremacía naval sobre Inglaterra.

Las potencias de primer orden son poseedoras de grandes colonias, muy alejadas de las metrópolis, y la defensa eficaz de estas colonias no se logra de manera efectiva sino con una marina de guerra poderosa. Toca actualmente Turquía las consecuencias de su imprevisión en este punto. Italia, prevalida de su indiscutible superioridad marítima, desembarcó sus fuerzas en Trípoli, protegidas por los buques de la escuadra. Turquía, que, de haber tenido un campo donde combatir en el continente, se hubiera medido de igual a igual con Italia, ve con dolor cómo, más o menos tarde, sus posesiones del Norte de Africa pasarán al dominio de Italia, y con el remordimiento aún de no haber enviado a Trípoli antes de la invasión las

fuerzas militares y las reservas de armas y municiones necesarias para su defensa.

No es posible negar la importancia del poder naval: en las naciones insulares, con grandes colonias, y en las que, como Inglaterra, dependen de los productos extranjeros para el sustento de sus habitantes, es de primordial importancia para impedir la invasión del territorio, para asegurar la vida, para proteger el comercio. Pero en las naciones continentales, con todos los medios de existencia dentro del suelo patrio, el poder naval no reviste tan excepcional importancia, y las cuestiones que a estas últimas naciones afecten, en sus diferencias con otra nación continental, se resolverán siempre por combates terrestres.

Extremando estos conceptos, el ministro de la Marina inglesa, Mr. Winston Churchill, en su famoso discurso de Glasgow, que coincidió precisamente con el viaje de Lord Haldan, su compañero de la Guerra, a Berlín, decía: que así como la flota militar era para Inglaterra la condición esencialísima de su existencia, como nación independiente, era, por el contrario, un lujo para Alemania. Opinión, sin duda, interesada, y que, en el fondo, manifiesta la obsesión inglesa por el creciente aumento del poder naval de Alemania.

No es difícil demostrar que a nuestro país conviene mantener una Escuadra en armonía con sus recursos financieros y sus necesidades marítimas. Ya, ciertamente, la Escuadra no tiene para España aquella capital importancia que tuviera desde principio del siglo XVI hasta el primer tercio del XIX, y aun durante todo este último, mientras se conservaron Cuba y Filipinas; mas, a pesar de la pérdida de estas colonias, la configuración especial de nuestro país de tan dilatadas costas sobre dos mares importantísimos; la situación de las Islas Baleares y Canarias, los nuevos dominios adquiridos en la costa Norte de Marruecos, y, sobre todo, las contingencias de nuestras alianzas con determinadas potencias, aconsejan que España consagre su atención a crear un poder naval, modesto, sí, pero orga-

nizado con todos aquellos elementos que completen la eficiencia de una Escuadra. Importa continuar por el camino emprendido en 1908, rectificando los errores anteriormente cometidos y construyendo barcos que, en el momento de ser lanzados al agua, no resulten inferiores a los que construyan las demás potencias de Europa. Debiera cumplimentarse lo que previno la Real orden de adjudicación de los tres acorazados de la Constructora naval, implantando en el país la fabricación de todo el armamento ofensivo y defensivo, cañones y corazas, de la totalidad de las máquinas propulsoras, de cuantos elementos, en fin, componen un acorazado. Por esta falta de cumplimiento de lo prevenido en aquella Real orden, va a llegar quizá el caso de emprenderse la construcción de una nueva serie de acorazados, y las cosas seguirán como en la primera, y todo el importe de cañones, corazas y maquinaria irá a enriquecer a industriales y obreros extranjeros, contribuyendo al empobrecimiento del país, no sólo en su parte material, sino también por lo que afecta a la educación técnica de los ingenieros y operarios españoles. Estimamos que nuestra Escuadra de combate debe componerse, por lo menos, de dos divisiones homogéneas de buques de línea; una de ellas la que ahora se construya, y otra de *Super-Dreadnought*, formada por cuatro o cinco buques de línea, con la dotación de cruceros, torpederos y submarinos, que se estime adecuada.

La característica esencial de las flotas de guerra en 1912, es la continuación del plan iniciado por Inglaterra en 1905 y en 1906, de adoptar un nuevo orden de ideas en el armamento de los buques de combate. Antes de la aparición del «Dreadnought», los acorazados de línea tenían como armamento: 4 cañones de 30,5 cm. y longitud de 40 calibres, 12 de 15 centímetros, con longitud de 45 calibres, y 18 de 7,6 cm. Tal, el *Príncipe de Gales*, de la Marina inglesa, que fue botado al agua en 1902. Se inició un cambio en el sentido de aumentar la artillería gruesa con el tipo del acorazado *Rey Eduardo VII*, botado al agua en 1903; el armamento de este acorazado, lo

mismo que el de sus iguales *Dominion*, *Commonwenlth*, *Hindostan*, *Zealandia*, *Britania*, *Hibernia y Africa*, se compone de 4 cañones de 30,5 de longitud de 40 calibres; 4 de 23,4, longitud de 47; 10 de 15, longitud 45; 14 de 7,6 y 16 de 4,7. Se da otro paso más adelante en este sentido, y los acorazados *Lord Nelson* y *Agamenon*, botados al agua en 1906, llevan un armamento de 4 cañones de 30,5 cm.; 10 de 23,4, con longitud de ánima, respectivamente, de 45 y 50 calibres, y, por último, 24 cañones de 7,6, con longitud de 50 calibres. Eran estos dos buques verdaderamente poderosos, pero se acentuó más la tendencia a la uniformidad del armamento en los acorazados, y, tras del tipo *Lord Nelson* vino el *Dreadnought*, con supresión del calibre de 23,4 cm. y sustitución por el de 30,5. Este último buque, que ha señalado una nueva era en la construcción naval, tiene como armamento 10 cañones de 30,5 cm., como única arma de combate contra los buques de línea, y 24 piezas de 7,6, con longitud de 50 calibres, para defenderse de los torpederos y destroyers.

Su desplazamiento sube, como es natural, para soportar esta artillería, lo mismo que su máquina de 24.700 caballos, que le imprime un andar de 21,5 millas, con un radio de acción de 5.800 a 11 de velocidad. La disposición de las torres es tal, que permite al buque disparar andanadas, a babor y estribor, de 8 cañones de 30,5 cm. Todas las potencias se apresuraron a copiar este buque de combate, y no se habló, durante un cierto tiempo, sino de Dreadnoughts. Pero ya los mismos ingleses no se satisficieron con este tipo, que parecía el summum de la potencia en un buque de línea, y concibieron el tipo del Super-Dreadnought, extremando la nota en el aumento del calibre. Por de pronto, aun conservando los mismos 10 cañones de 30,5 cm. en los tipos de buques *Vanguard* y *Neptune*, se aumenta el calibre de la artillería destinada a batir los torpederos, pasando a ser de 10,2, en vez de 7,6, y también el desplazamiento, la potencia de la máquina y la velocidad, que llega a 21,8 millas. La disposición de las torres,

en el tipo Neptune, es tal que, además de permitir andanadas a babor y estribor, de la totalidad de las 10 piezas de 30,5 cm., se puede hacer un fuego, en retirada, con 8 piezas de este calibre, y en caza con 6. Entretanto que se lanzaban estos nuevos tipos, se llevaban, con el mayor sigilo, pruebas encaminadas a asegurarse de la posibilidad de construir, en excelentes condiciones, piezas de 34 cm. de calibre y, logrado felizmente el ensayo, se lanzó al mar el *Super-Dreadnought «Orion»*, con un armamento de 10 cañones de 34,3 cm., y longitud de 45 calibres de ánima, desplazamiento de 23.000 toneladas y energía de la máquina de 27.000 caballos, que le habían de permitir una velocidad de 21 millas; la artillería para batir los torpederos es de 16 piezas de 10,2 cm. y longitud de 50 calibres, agrupados los cañones de grueso calibre en cinco torres colocadas todas ellas en la parte media del buque.

Alemania, como ya hemos dicho antes, generalizándolo a todas las potencias marítimas, siguió los pasos de Inglaterra, por lo que respecta al aumento de las piezas de grueso calibre, pero sin abandonar por entero las de mediano. También es de observar que Alemania, en el armamento de sus acorazados, no había llegado al calibre de 30,5 cm., contentándose con el de 28; y así, en los primeros buques del tipo *Dreadnought* que construyó en sus astilleros, los llamados *Posen, Nassan, Rheinland, Westfalen,* que son del 1908, están armados con 12 cañones de 28 cm. y longitud de 45 calibres, 12 de 15 cm. e igual longitud de ánima y 16 de 8,8 cm. La disposición de las torres es tal, que no se puede hacer fuego, a babor y estribor, con más de 8 piezas de 28 cm. y 6 de 15. Siguiendo este camino, Alemania bota al agua, en 1909, el acorazado *Helgoland,* con 12 de 30,5 cm., 14 de 15 cm. y 14 de 8,8, y longitud de ánima, respectivamente, de 50, 45 y 50 calibres. Hace fuego a babor y estribor con 8 piezas de 30,5 cm. y 7 de 15 cm.; en caza dispone de 6 cañones de 30,5 y 4 de 15, y en retirada, de igual número de piezas. Su desplazamiento es de 22.800 toneladas; la energía de sus máquinas, 28.000 caballos,

y la velocidad, de 20,5 a 22,8 millas. Es natural que el Almirantazgo alemán tuviese noticias de que los futuros acorazados de línea ingleses habían de montar cañones de 34 cm.; mas a pesar de esto, los buques alemanes no pasan del de 30,5, si bien con 50 calibres de logitud de ánima. A pesar de todo, la energía, en la boca, de ambos cañones, difiere; siendo la del de Krupp, de 30,5 cm. y 50 calibres, 17.510 tonelámetros; y la del de 34 cm. y 45 calibres, inglés, de 19.568. En este punto de la Artillería, la Marina norteamericana ha dado un paso más adelante que la inglesa, armando sus nuevos acorazados con 10 cañones de 35,6 cm. y 10 de 12,7, con longitudes de ánima, respectivamente, de 45 y 50 calibres. Para tener semejante artillería y poder imprimir al barco una velocidad de 21 millas, ha sido preciso acudir a un desplazamiento de 27.400 toneladas, y una energía, en la máquina, de 32.000 caballos.

Otra disposición que merece consignarse es la distribución de la artillería en las torres; hasta ahora se colocaban en una dos cañones gemelos; en los tipos modernísimos se ponen dos o tres piezas en cada torre; hay acorazados con dos o tres cañones por torre, como sucede con el *Conde de Cavour,* que tiene su artillería de 30,5 cm. distribuída en cinco torres; tres de tres cañones y dos de dos. El *Dante Alighieri*, de la misma nación, lleva sus doce piezas de 30,5 cm., distribuídas en cuatro torres de a tres. Otro tanto sucede al *Viribus Unitis* austriaco, y al *Petropawlowsk*, ruso. No terminaremos cuanto venimos diciendo sobre los acorazados, sin apuntar algo sobre los nuevos que se construyen en el Arsenal de El Ferrol. Los barcos *España, Alfonso XIII* y *Jaime I* estarán armados con 8 cañones de 30,5 cm., 20 de 10,2, con longitud unos y otros, de 50 calibres. Pueden hacer fuego a babor y estribor los 8 cañones de 30,5 cm. y la mitad de los de 10,2. En caza y en retirada tienen la misma intensidad de fuegos: la que le proporcionen 6 cañones de 30,5 y 4 de 10,2 y, al efecto de poder lograr este resultado, no van los 8 cañones de 30,5 cm. distri-

buídos de dos en dos en cuatro torres, con éstas colocadas en la línea media del buque. El desplazamiento de estos acorazados es de 15.700 toneladas; la energía de sus máquinas, no de esfuerzos alternativos, sino turbinas Parssons, es de 15.500 caballos, que le imprimen una velocidad de 19,5 millas. La capacidad de sus carboneras les permite llevar unna cantidad de 2.000 toneladas, con un radio de acción de 7.500 millas.

Y, para acabar su descripción, diremos que sus dimensiones son 132 metros de eslora, 24 de manga y 7,8 de puntal. Su coraza, de acero cementado y templado por el método Krupp, tiene de espesor 254 mm. en la torre del Comandante; en la línea de flotaciones variable de 230 a 75; en la protección de la artillería pesada de 250 a 200; en la de la artillería media de 75 mm. La numerosa artillería media de este tipo de acorazado, que alcanza la cifra de 20 cañones de 10,2 cm. está dispuesta en una casamata central con 4 ms. de altura de fuego sobre la línea de flotación, y para-cascos y traveses de 15 milímetros de espesor. El blindaje horizontal que cubre la casamata tiene un espesor de 15 mm., y otra cubierta interior de 25 mm.

La construcción de los buques comenzó en las fechas que a continuación se indican: el *España* en Diciembre de 1909; el *Alfonso XIII* en Febrero de 1910, y el *Jaime I* en 1912. Las de conclusión de los tres serán como sigue: el *España* en 1913; el *Alfonso XIII* en 1914, y la de *Jaime I* no es aún conocida.

Como se vé, por esta ligerísima descripción de los futuros acorazados españoles, se observa que pertenecen al tipo «Dreadnought», por la uniformidad de su armamento de combate contra acorazados, pero que son inferiores a este «Dreadnought» en el número de cañones de 30,5 y en la velocidad. No se comprende cómo al contratarse con la casa Vickers, mejor dícho, con la Sociedad Constructora Naval Española en 1908, no se precisó otro tipo más poderoso de barco, con los 10 cañones de 30,5 y longitud de 50 calibres, y con mayor velo-

cidad de marcha: un tipo, por ejemplo, como el *Neptuno*, inglés, que con 20.200 toneladas de desplazamiento, está armado con 10 piezas de 30,5 y 50 calibres, y tiene un andar de 21,8 millas. De esta clase de barco se debía tener ya idea por la casa contratante, y quizá por el ministro de Marina español.

Sin tomar en cuenta el conjunto de las dos armas de combate de los buques de guerra, el cañón y el torpedo, podría aparecer caprichoso el aumento de calibre en las piezas de combate de los acorazados, sobre todo después del fracaso de los cañones de 80 toneladas que un día llevaron los acorazados ingleses, y los de 100 que montaron el *Duilio* y el *Dandolo* de la marina italiana. Pero no sin razón se ha acudido a esta medida. Los progresos realizados en el lanzamiento de torpedos, y en su organización y en el aumento de carga explosiva, de que más adelante nos ocuparemos, han hecho esta arma temible a distancias de 5.000 y 6.000, y, si se realizan las esperanzas de los modernos inventores, hasta 7.000, 8.000 y 9.000 metros. De aquí la necesidad de comenzar los combates navales a largas distancias. Y al iniciarlos, si se quiere que los proyectiles perforen las corazas de las torres de los acorazados, o sus blindajes en la línea de flotación, precisa que las granadas de ruptura conserven a esas distancias la suficiente energía para verificar la perforación. La potencia de una pieza adquiere su máximo valor a igualdad de condiciones de carga, cuando la longitud de su ánima llega a 50 calibres. Esto no es realmente exacto; claro es que con semejante longitud no se ha obtenido el máximo rendimiento de la carga; pero las ventajas que se derivan de un mayor alargamiento son tan pequeñas, que no merecen la pena de traspasar este límite, considerado hoy por hoy como superior. De otra parte, ofrecen también las largas cañas de las piezas campo abonado para que se desarrollen vibraciones que, si no ponen en peligro el cañón, por lo menos perjudican a su puntería. Al armar las marinas extranjeras sus novísimos *Super-Dreadnoughts* con cañones de 34, y la de los Estados Unidos con el calibre de 35,6

centímetros, se ha querido tener, a las distancias lejanas de combate, energía suficiente para perforar placas Krupp de 30 centímetros. Y si a esto se une que la capacidad interior de los proyectiles perforantes y semiperforantes de los calibres 34 y 35 cm. permiten llevar una cantidad de poderosísimo explosivo, muy superior a la de los 30,5 cm., se concibe desde luego todo el daño que estas nuevas piezas son susceptibles de causar. En la última gran batalla naval de Tsu-shima, la escuadra rusa quedó vencida, y algunos barcos se fueron a pique, sin que una sola coraza fuera atravesada: a pesar de esto, las tendencias de las marinas militares van por el camino que dejamos indicado, sin tomar en cuenta las lecciones de la guerra ruso-japonesa.

La cuestión importantísima de la artillería de grueso calibre, aparte lo que se refiere a la construcción, como es la fusión, forja y tratamiento calorífico de las grandes masas de acero que forman los tubos interiores y manguitos de los gruesos cañones, es la vida de éstos. Se considera en la actualidad, que las piezas de 30,5 cm. y 50 calibres de longitud de ánima, tienen una vida de 150 disparos, en condiciones excelentes de precisión. La presión máxima se supone de 3.100 kilogramos por centímetro cuadrado. Mas, al pasar del calibre de 30,5 al de 34,3, la longitud del ánima se ha quedado en 45 calibres, y la presión máxima se ha reducido a 2.950 kilogramos. En estas condiciones se asigna a estas piezas una vida también de 150 disparos. Es preocupación constante de los constructores de artillería la cuestión de las erosiones en el ánima de las piezas, que no hay modo eficaz de combatir, toda vez que no se conoce ningún metal, ni aleación metálica con punto de fusión muy elevado sobre el del acero al carbono, tal como hoy se usa, o de una aleación ternaria o cuaternaria con los metales conocidos: cromo, níquel o vanadio. De no haber sido por el fenómeno de las erosiones, ya se hubieran proyectado piezas más poderosas, en un 30 o 40 por 100, que las actuales; mas, como es natural, este poder sólo había de lograrse a expensas de un

aumento de presión, y el aumento de presión lleva, como consecuencia, una elevación de la temperatura en el ánima, con destrucción más rápida del rayado.

La distribución de la artillería gruesa a bordo de los acorazados tiene una importancia grandísima. Desde luego que, tomando como idea fundamental la de que esta artillería había de estar protegida con el *summum* de protección; que había de ocupar una posición dominante y capaz de disponer de un sector de fuegos de la mayor amplitud posible, se colocó la artillería gruesa en torres blindadas, a barbeta, en algún tiempo y acasamatadas, más tarde, y aparejadas de dos en dos, como el único medio de realizar las condiciones exigidas. De la colocación de estas torres depende que se obtenga el máximo rendimiento de la artillería; es decir, que se pueda utilizar el mayor número posible de piezas a babor y estribor, a proa y a popa, o, lo que es lo mismo, en caza o en retirada. Cuando los acorazados llevaban como armamento único de grueso calibre las cuatro piezas de 30,5 cm., la distribución estaba indicada: una torre a proa y otra a popa, disponiéndose del fuego de las cuatro piezas, a babor o a estribor, según se llevase el combate. Mas cuando se trata de ocho piezas de 30,5 cm. de calibre, por lo menos, la cuestión varía mucho. Desde luego, sea cualquiera la disposición general que se adopte, se conservan siempre las torres de proa y popa. En cuanto a las demás, pueden colocarse de varias maneras. A los costados, simétricamente, sin que las torres tiren por encima las unas de las otras. A este tipo de distribución pertenecen los acorazados españoles en construcción, que llevan las cuatro torres dispuestas de la manera siguiente: una a proa, otra a popa, la tercera a babor, la cuarta a estribor, de manera que hagan fuego, sin perturbar en lo más mínimo, las de proa y popa. Llevan también esta clase de distribución los acorazados japoneses modernos con doce cañones de 30,5 cm. La colocación de las seis torres es como sigue: una a proa, otra a popa, dos a babor y dos a estribor. Los acorazados ingleses, con torres laterales, de los

tipos *Dreandnoughts* y *St. Vincent,* llevan las cinco en la siguiente disposición: una a proa, dos a popa, con fuegos al mismo nivel, una a babor y otra a estribor. Con la distribución de una parte de la artillería gruesa en torres laterales, se utilizan mejor: en primer término, un determinado desplazamiento, y, además, se obtiene mayor ventaja de los fuegos de la artillería a babor y estribor, lo cual puede ser de importancia cuando se trate de combatir a un adversario superior. Así, los nuevos acorazados españoles podrán hacer fuego a babor y estribor con la totalidad de sus ocho cañones de 30,5 cm., mientras que los japoneses, con 12 piezas, sólo podrán hacer fuego con 8 a babor y estribor, y los ingleses, con 10, sólo podrán hacer fuego también con 8. El tiro, en caza y en retirada, podrá efectuarse, en los acorazados españoles, con seis cañones de 30,5 centímetros y en los japoneses e ingleses con otros seis.

Claro es que en los buques donde no se puede emplear toda la artillería a babor o a estribor a la vez, se dispone de una cierta reserva de fuego; mas esto, en determinadas ocasiones, más bien tiene los caracteres de inconveniente que de ventaja. Las torres laterales tienen en su contra la de llevar los pañoles de municiones inmediatos a los costados de los barcos. Otra disposición de las torres es la de colocarlas todas sobre la línea media del barco, y alguna de ellas tirando por sobre la anterior. A este tipo de distribución pertenecen algunos buques de los Estados Unidos y los ingleses de la clase *Orión.* Este acorazado, botado al agua en 1910, y el más formidable de los *Super-Dreadnoughts*, por su armamento de diez cañones de 34,3 cm. y tres tubos lanza-torpedos de 53 cm. de diámetro, lleva sus cinco torres con corazas de 30,5 cm., dispuestos dos a proa, dos a popa y una en la parte central; las segundas de proa y popa están más elevadas que las primeras. Con esta disposición, los diez cañones pueden hacer fuego todos a la vez, a babor o a estribor, según se requiera; en cambio, sólo pueden hacer fuego, en caza o en retirada, cuatro cañones. Exige más grande desplazamiento, derivado de la mayor longitud,

para colocar las cinco torres en la línea media. Las elevadas presentan mayor blanco a los fuegos enemigos. Hay otra disposición por la que la artillería se sitúa de tal modo, que a proa o popa vayan dos torres dominando la una a la otra: en la parte opuesta una sola o dos, según el número de cañones, y una, además, en cada costado. Obedecen a esta disposición los buques ingleses de la clase *Neptuno*, y los argentinos del tipo *Rivadavia* o *Moreno*. El *Neptuno*, que monta diez cañones de 30,5 cm., los lleva distribuídos en cinco torres, en la forma siguiente: dos a popa, una a proa y una a cada costado. De este modo, el buque hace fuego a babor o a estribor con las diez piezas, en caza con seis y en retirada con ocho. El *Rivadavia* tiene sus 12 cañones de 30,5 cm. colocados como sigue: cuatro en dos torres a popa, otros cuatro en dos a proa, y los restantes cuatro en dos, una a babor y otra a estribor. De esta suerte hace fuego a babor y a estribor con la totalidad de sus doce piezas de 30,5 cm., en caza con ocho y en retirada con otras ocho. Este tipo de barco es realmente poderoso: su armamento de artillería gruesa tan numeroso, el intermedio consistente en doce piezas de 15 cm., el ligero con 16 de 10 cm., la energía de su máquina de 39.590 caballos; la capacidad de sus carboneras, susceptibles de llevar 4.000 toneladas de combustible, han necesitado un desplazamiento de 30.200 toneladas. En esta forma de distribuir la artillería acabada de indicar, el desplazamiento de los buques no requiere ser tan elevado como lo sería si la totalidad se situara sobre línea media del buque; pero sí es mayor que cuando se distribuyan con igualdad entre los costados, o se colocan más en éstos que a proa y popa. Por último, hay una modernísima disposición de colocar la artillería en torres de tres piezas cada una: colocación semejante ha sido adoptada por los novísimos barcos de la marina italiana, austriaca y rusa. Comenzó la primera con el *Dante Alighieri*, botado al agua en 1910: lleva doce cañones de 30,5 cm., en cuatro torres de tres piezas cada una, y situadas en la parte central y al mismo nivel; hace fuego, por lo tanto, con los doce

cañones a babor o a estribor, con toda su artillería; en cambio, cuando sea preciso batirse en caza o en retirada, la deficiencia salta a la vista: solo con tres piezas es susceptible de hacer fuego en una o en otra dirección. Sin duda, por esta circunstancia, en el nuevo tipo *Conde de Cavour* y sus congéneres el *Giulio Cesare* y el *Leonardo da Vinci*, están armados con 13 cañones de 30,5 cm., colocados en cinco torres, todas en la línea media del buque y en la forma siguiente: a proa y a popa dos torres, una con tres cañones, la más a proa y la más a popa, y la segunda con dos, de fuegos elevados sobre los de la primera; en la parte central una de tres. De manera que, pudiendo hacer fuego a babor o estribor con las 13 piezas, dispone de cinco en caza y en retirada, un aumento de dos en estas direcciones sobre el tipo *Dante Alighieri*. En la marina austriaca, el *Viribus Unitis* lleva 12 cañones de 30,5 cm. en cuatro torres, dos a proa y dos a popa; la más al centro situada con fuegos dominantes. Las andanadas a babor y estribor son, por lo tanto, con doce piezas, y en caza y en retirada se puede disponer de la mitad de los cañones. Los acorazados rusos del tipo *Poltawa*, armados con 12 cañones de 30,5 cm., reciben esta artillería en cuatro torres de a tres piezas, colocadas en la línea media y con fuegos al mismo nivel. Hará, pues, fuego a babor y estribor con las doce piezas; pero en caza y en retirada sólo puede servirse de tres. No se puede negar que, con la disposición de la artillería pesada en torres de tres piezas, hay importante economía de espacio y quizá, también, de algún peso del buque.

La consideración de la incomodidad del humo pesa mucho más que en las torres de dobles piezas. Un inconveniente de la colocación de tres cañones en cada torre es el cúmulo de los juegos de armas o servicios de combate y el aumento de blanco de cada torre, y particularmente de dos grupos de torres con disposición de fuegos superiores. La introducción definitiva de las torres de tres piezas dependerá de vencer las dificultades del fuego.

Si ahora queremos estudiar los efectos, progresos e influencia de la artillería pesada y del torpedo en la manera de llevar el combate en los últimos once años, podemos valernos de los datos reunidos por *Nauticus* en el tomo de 1911. Partamos de 1900, y supongamos el combate de uno de los más poderosos acorazados de la flota inglesa contra otro barco enteramente igual. En esta época, la zona del mayor alejamiento del combate estaba a la distancia de 6.500 metros, y se podía considerar terminada a unos 5.250, a la que las granadas perforantes de 30,5 cm. atravesaban una placa de acero de 152 mm., que protegía la artillería media. La segunda zona de combate comprendía desde los 5.250 metros a los 2.700, a cuya distancia las placas de acero de 318 mm., protección principal de la máquina, eran atravesadas; a 3.000 metros lo eran igualmente las planchas de 305 mm. de la torre del comandante. En la tercera zona, a la distancia de 1.700 metros, las granadas perforantes de 15 cm. atravesaban 152 mm. de acero, protección de la artillería media de los buques. La acción del torpedo no excedía de unos 800 metros. En 1905, el límite de la primera zona de combate se extiende hasta los 7.500 metros y termina a 5.200, en que los grandes perforantes de 30,5 cm. atraviesan las placas de 178 mm., protección de la artillería media. En la segunda zona, comprendida entre 5.200 y 4.000 metros, a 4.400 los proyectiles de 30,5 cm. atraviesan 305 mm., espesor de las torres de mando, y a 4.000 la misma granada perfora las placas protectoras de las máquinas, y a esta misma distancia los proyectiles de 23,4 cm. atraviesan 230 mm. de acero. En la tercera zona, y a 3.000 metros, estos mismos proyectiles atraviesan 254 mm. de acero, protección de la artillería gruesa. A 1.500 metros, las granadas de 24 perforan 318 milímetros, o sea la protección de la máquina, y a esta misma distancia las de 15 cm. atraviesan 178 mm. de acero, protección de la artillería media. El alcance del torpedo llega hasta 1.000 metros. Si se da un paso más hasta 1908, se observa que en una lucha de dos barcos iguales, del tipo de *Lord*

Nèlson, la primera zona de combate empieza a 9.000 metros y termina a 7.500, a cuya distancia las granadas de 30,5 cm. perforan 178 mm. de acero, protección de la artillería media. De 3.000 a 7.500 metros se extiende la segunda zona de combate; dentro de ella, a 5.500 metros, los proyectiles de 30,5 cm. perforan 305 mm., protección de la artillería pesada y torre del comandante; a 4.000 metros, las granadas de 23,4 cm. atraviesan 178 mm., protección de la artillería media; a 3.000 metros, las de 30,5 cm. perforan 391 mm., protección de la máquina principal. Dentro de la tercera zona de combate, que comienza a esta distancia, a 2.000 metros el proyectil de 23,4 centímetros atraviesa 305 mm. de acero, protección de la artillería pesada y torre del comandante. La acción del torpedo se extiende hasta 2.000 metros. En 1909, si los dos barcos que se toman como adversarios son del tipo *Dreadnought*, se ve que el límite superior de la primera zona de combate sigue siendo el de 9.000 metros, y el inferior el de 6.000, distancia a que las granadas de 30,5 cm. atraviesan 279 mm., proteción de la artillería pesada y de la torre del comandante. Claro es que, como el tipo *Dreadnought* no lleva artillería media, no hay para qué hablar de este dato. En la segunda zona, de 6.000 a 3.500 metros, este límite inferior está determinado por la acción del torpedo, que en un año sube de 2.000 a 3.500 metros. En la tercera zona, y a 2.000 metros de distancia, los proyectiles de 30,5 cm. atraviesan 412 mm., protección principal de la máquina. En 1912, tratándose de un combate entre el barco americano *Wyoming* contra el inglés *Neptuno*, el primero armado con 12 cañones de 30,5 cm. como artillería pesada, y el segundo con 10 del mismo calibre y la misma longitud de ánima, se ve que el límite de la primera zona de combate se ha alejado ya hasta hasta los 10.000 metros, y su límite inferior está en los 7.000 metros, distancia a la cual los cañones de 30,5 cm. atraviesan 305 mm. de acero Krupp, protección de la artillería pesada y de la torre del comandante. La segunda zona, que abraza sólo una extensión de unos 500 metros,

está limitada en su parte inferior 6.500 metros, por el alcance del torpedo, que da un paso gigantesco, en tres años, de 3.000 metros en su radio de acción. En la tercera zona de combate, y a 4.000 metros, las granadas perforantes de 30,5 cm. atraviesan 387 mm., protección de las máquinas principales. Si se desea adelantar un paso más y saber lo que sera el combate entre buques armados con los nuevos cañones de 35,6 y de 34,3 cm., el americano *Texas*, con los primeros, y el inglés *Orion,* con los segundos, veremos que el límite superior de la primera zona de combate sigue en los 10.000 metros, y el inferior en 8.000, a cuya distancia la granada del cañón de 35,6 perfora 305 mm. de coraza, protección de la artillería pesada y torre del comandante. En el límite inferior de la segunda zona, a 6.500 metros, sigue sin traspasar la acción del torpedo. En la tercera, a 2.500 metros, el proyectil de 35,6 cm. perfora 4,38 mm. de acero, protección de las máquinas principales.

Ahora, después de conocidos los límites de las tres zonas de combate y los efectos de la artillería pesada y media dentro de estas zonas, lo mismo que la acción del torpedo, expondremos a continuación también, según el mismo *Náuticus*, el número de blancos que se pueden obtener en cada zona y en la batalla de una división de ocho acorazados contra otros ocho iguales o muy semejantes.

Año de 1900. Los buques combatientes son del tipo inglés *Formidable*. Cada división de ocho acorazados puede hacer fuego a babor o estribor, según sea preciso, con 32 cañones de 30,5 cm. y 48 de 15,2, con velocidades de fuego, para cada calibre, de 1 y 6 disparos por minuto, respectivamente. Eficacia en la primera zona de combate, comprendida entre 5.250 y 6.500 metros. La división podrá efectuar 32 disparos por 1′ con los cañones de 30,5, y dada la práctica adquirida por tripulaciones instruídas, se puede suponer un número de blancos de 10 por 100, o 3,2 por 1′. Y teniendo en cuenta que la superficie vulnerable, en la totalidad de la lateral que presenta el barco, como blanco, para los cañones de 30,5, es de 0,8, la efi-

cacia de estas piezas por 1′ será 0,8 × 3,2 = 2,56. Los 48 cañones de 15 harán 240 disparos y un 5 por 100 de blancos, o sean 12 por 1′. Y como la superficie vulnerable es de 0,6, su eficacia será 0,6 × 12 = 7,2. En la segunda zona de combate, comprendida entre 2.700 y 5.250 metros, el tanto por 100 de blancos de los cañones de 30,5 cm. sube a 15, y por 1′ a 48. La eficacia la obtendremos, como antes, multiplicando 0,8 × 4,8 = 3,84. En las piezas de 15 cm. el número de blancos es de 10 por 100; de consiguiente, en cada minuto harán 24, y su eficacia será 0,7 × 24 = 16,8. En la tercera zona, el por 100 de blancos para las de 30,5 cm. es de 20; de manera que en 1, los ocho buques harán 0,20 × 32 = 6,4, y la eficacia será 1′ × 6,4 = 6,4. En los de 15 cm. el por 100 es de 15: los ocho buques harán 240 × 0,15 = 36, y la eficacia será de 0,8 × 36 = 28,8.

Si de 1900 pasamos a 1905, y se supone el combate de ocho buques de tipo inglés *Eduardo VII*, contra otros tantos de su misma clase, se llevaría el fuego de la artillería en la forma siguiente: los ocho barcos dispondríau de 32 cañones de 30,5 cm., 16 de 23,4 y 40 de 15, con velocidades de fuego, respectivamente, de 1,5, 3 y 5 disparos por 1′. En la primera zona de combate de este tipo de buques, entre 7.500 y 5.200 ms., el tanto por ciento de blancos con los de 30,5 cm. es de 10; de manera que de los 48 disparos por 1′, serán blancos 4,8, y como en estos barcos la superficie vulnerable es de 0,5, la eficacia de este fuego será 0,5 × 4,8 = 2,4. Los cañones de 23,4 cm. harán en 1′ 48 disparos, y como el por 100 de blancos es de 8, los 48 darán 0,08 × 48 = 3,84. La eficacia, con la misma superficie vulnerable de 0,5, será de 0,5 × 3,84 = 1,92. Los de 15 cm. efectuarán 200 disparos por 1′ y como el por 100 de blancos es de 5, el número de ellos será de 10. La superficie vulnerable es de 0,36, y su eficacia, por lo tanto, de 0,36 × 10 = 3,6. En la segundo zona, entre 4.000 y 5.200 ms, el por 100 de blancos con los cañones de 30,5 es de 15; el total por 1′ es de 7,2, y la eficacia de 0,58 × 7,2 = 4,2. En los de 23,4, los

mismos datos, respectivamente, son de 13, 6, 24 y 4,2. Y en los de 15 cm. el por 100 de blancos 10, el número por 1,20, y la eficacia $0,5 \times 20 = 10$. En la tercera zona, el por 100 de blancos de los cañones de 30,5 cm. es de 20; de consiguiente, por 1′ harán 9,6, y la eficacia será de $1 \times 9,6 = 9,6$. Los de 23,4 harán 8,64 blancos por 1′ supuesto un por 100 de 18. Su eficacia resultará de $0,71 \times 8,64 = 6,13$. En los de 15 cm., el por 100 de blancos será de 15 y, por tanto, en 1′ se obtendrán 30, y la eficacia $0,58 \times 30 = 17,4$.

Pasando a 1908 y considerando los acorazados del tipo *Lord Nelson*, contra los de su misma clase, ocho buques montarán 32 piezas de 30,5 cm. y 40 de 23,4. La primera zona de combate está comprendida entre las distancias de 9.000 y 7.500 ms. La velocidad del fuego de los cañones de 30,5 ha subido ya, y es de dos disparos por minuto. La de los de 23,4 es de tres disparos. De manera que las piezas de 30,5 cm. harán 64 disparos por 1′, y las 40 de 23,4, 120. En la primera zona, el por 100 de blancos de los de 30,5 cm. es de 10; por 1′, harán, pues, $0,10 \times 64 = 6,4$; la eficacia será de $0,58 \times 6,4 = 3,7$. En los de 23,4, las cifras respectivas serán 8, 9,6 y $0,44 \times 9,6, = 4,2$. La segunda zona abarca la distancia de 3.000 a 7.500 metros. En los cañones de 30,5 cm., el por 100 de blancos es de 15; de consiguiente, por 1′, se efectuarán 9,6, y la eficacia $0,8 \times 9,6 = 7,7$. Para los de 23,4, las cifras respetivas serán 13, 15,6 y $0,8 \times 15,6 = 12,5$. En la tercera zona, que llega hasta los 3.500 ms., el por 100 de blancos de las piezas de 30,5 cm. es de 20, y por un minuto, 12,8. Su eficacia alcanzará la cifra de $1 \times 12,8 = 12,8$. Para las de 23,4, las cifras correspondientes serán 18, 21,6 y $21,6 \times 0,9 = 19,4$.

En 1909, una división de ocho *Dreadnoughts*, combatiéndo con igual número de enemigos, dispondrá de 64 cañones de 30,5 cm. La velocidad de fuego sigue siendo de dos disparos por 1′, de manera que los 64 cañones efectuarán 128 disparos por 1′. La primera zona de combate abraza desde 9.000 a 6.000 ms. El tanto por 100 de blancos, a esta distancia, es de 10;

de manera que de los 128 disparos por 1′, serán blancos $0{,}10 \times 128 = 12{,}8$. La eficacia $0{,}67 \times 12{,}8 = 8{,}6$. En la segunda zona, entre las distancias de 3.500 a 6.000 ms., el por 100 de blancos es de 15, y el número por 1′ resultará de $128 \times 0{,}15 = 19{,}2$. La eficacia alcanzará la cifra de $0{,}9 \times 19{,}2 = 17{,}3$. En la tercera zona, hasta los 3.500 ms., el por 100 de blancos es de 20; el número total por 1′ será $128 \times 0{,}20 = 25{,}6$, y la eficacia $1 \times 25{,}6 = 25{,}6$.

En 1912, en el combate de ocho acorazados del tipo *Wyoming*, contra otros ocho del tipo *Neptuno*, cada división dispone de 96 cañones de 30,5 cm. y 80 de 12,7, para disparar por andanadas. La velocidad de fuego de los primeros ha crecido, y es de 2,4 tiros por 1′; de manera que los 96 cañones harán $96 \times 2{,}4 = 230$ disparos por 1′. La de los de 12,7 es de cinco tiros por 1′; los 80 harán, pues, 400 por 1′. Realmente, esta última velocidad de fuego parece escasísima; pero no debe ser equivocación del *Náuticus*, porque insiste en ella muchas veces. En la primera zona de combate, que comprende desde 10.000 a 7.000 ms., el número de blancos por 100 de los cañones de 30,5 cm. es de 10; de modo que por 1′ sumarán $230 \times 0{,}10 = 23$; la eficacia de $0{,}68 \times 23 = 15{,}6$. Como la acción de las piezas de 12,7 cm. no es sensible en esta zona, no hay para qué tomarla en cuenta. En la segunda zona que va de 7.000 a 6.500 ms., el por 100 de blancos de los cañones de 30,5 cm. es de 15, y por 1′ $230 \times 15 = 34{,}5$; la eficacia $0{,}9 \times 34{,}5 = 31{,}1$. Para los de 12,7 cm., en esta zona, las cifras respectivas serán 8, $0{,}8 \times 400 = 32$, y la eficacia $0{,}6 \times 32 = 19{,}2$. En la tercera zona, el por 100 de blancos de los de 30,5 es de 20, y el total por 1′, $0{,}20 \times 230 = 46$; su eficacia $1 \times 46 = 46$. Para los de 12,7, las cifras respectivas serán 13, $0{,}13 \times 400 = 52$, y la eficacia $0{,}68 \times 52 = 30{,}2$.

Si, por último, se estudia el combate del tipo inglés *Orión* contra el americano *Texas*, el primero armado con 10 cañones de 34,3 cm. y el segundo con otros 10 de 35,6, se pueden considerar estas piezas como iguales en sus efectos balísticos. Una

división de acorazados de éstos tipos dispone de 80 piezas de 35,6 y de otras tantas de 12,7 cm. en sus andanadas. Los cañones de 35,6 hacen 1,5 disparos por minuto, y los de 12,7 cinco. En la primera zona, comprendida entre 10.000 y 8.000 ms., el por 100 de blancos en los cañones de 35,6 es de 10; de manera que los 120 disparos por 1′, harán $0{,}10 \times 120 = 12$. La eficacia será $0{,}64 \times 12 = 7{,}68$. En la segunda zona, entre 6.500 y 8.000 ms., el por 100 de blancos es de 15; el número por 1′, de 18, y la eficacia de $0{,}81 \times 18 = 14{,}58$. Para los cañones de 12,7, el por 100 de blanco es de 8; el total, por 1′, $0{,}8 \times 480 = 32$; la eficacia $0{,}5 \times 32 = 16$. En la tercera zona, el por 100 de blancos de los cañones de 35,6 es de 20: el total por 1′, $0{,}20 \times 120 = 24$, y la eficacia $1 \times 24 = 24$. Para los de 12,7 cm., el por 100 de blancos es de 13 y, de consiguiente, por $1{,}13 \times 400 = 52$; la eficacia $0{,}58 \times 52 = 30{,}2$.

Si queremos ver cómo en este período de trece años ha crecido la eficacia de la artillería pesada en las diversas zonas de combate, podemos formarnos una rápida idea tomando como unidad la que os ofrece en el año 1900 el tipo *Formidable,* y, considerando las zonas 2.ª y 3.ª. En la zona 2.ª, tomando como unidad la del tipo *Formidable*, en 1900; la del acorazado *Rey Eduardo VII,* en 1905, estará representada por 1 también; la del *Lord Nelson*, en 1908, por 1,9; la del *Dreadnought*, en 1909, por 4,3; la del *Wyoming* contra *Neptuno* en 1912, por 7,8, y, finalmente, la del *Texas* contra *Orión* en el 1913, por 3,6. En esta 2.ª zona se supone la acción de la artillería dirigida contra la torre de mando y la protección de la artillería pesada. La variación de la eficacia, en la zona 3.ª, es como sigue: Siendo 1 la del tipo *Formidable*, en 1900, es 1,5 la del *Rey Eduardo VII*, en 1905; 2, la del *Lord Nelson*, en 1908; 4 la del *Dreadnought*, en 1909; 7,2 la del *Wyoming* contra *Neptuno*, en 1912, y, finalmente, 3,8 la del *Texas* contra el *Orión*, en 1913. En esta zona la acción de la artillería es efectiva contra las protecciones de la torre de mando, de la artillería pesada y la de las máquinas principales. Desde luego observamos cuán rá-

pido ha sido el aumento de la eficacia, que sólo tiene una caída brusca en el último tipo de los barcos, y que reconoce como causa la disminución de disparos de los cañones de 35,6 cm. por 1′, que es sólo de 1,5, mientras que es de 2,4 la velocidad de fuego de los últimos cañones de 30,5 cm.

Bien sencillo es de calcular el peso de los proyectiles que hacen blanco en cada zona, y para cada uno de los diversos tipos de buques elegidos, así como el de las granadas eficaces; pero nos parece más interesante señalar el de los explosivos que llevan en su interior estos mismos proyectiles. Consideraremos cada zona de combate separadamente. En la primera zona los de eficacia del tipo *Formidable,* en el año 1900, llevan 116 kilogramos; los del *Rey Eduardo VII,* en 1905, 124; los del *Lord Nelson,* en 1908, 191; los del *Dreadnoguht,* en 1909, 318; los del *Wyoming* contra el *Neptuno,* en 1912, 280, y, finalmente, los del *Texas* contra el *Orión,* en 1913, 222. En la zona segunda, los proyectiles de eficacia del *Formidable* contienen 192 kilogramos; los del *Rey Eduardo VII,* 240; los del *Lord Nelson,* 447; los del *Dreadnought,* 328; los del *Wyoming* contra el *Neptuno,* 559, y, por último, los del *Texas,* contra el *Orión,* 422. En la tercera zona, las cifras son como sigue: para el tipo *Formidable,* 208; para el *Rey Eduardo VII,* 314; para el *Lord Nelson,* 495; para el *Dreadnought,* 486; para el *Wyoming* contra el *Neptuno,* 828, y, finalmente, para el *Texas* contra el *Orión,* 696. La razón de este crecimiento es la ya anteriormente dada, así como el decrecimiento en el caso del *Texas* contra el *Orión,* a pesar del mayor número de kilogramos de explosivos que llevan los proyectiles perforantes de 35,6 cm. comparado con el de los de 30,5 cm.

Fueron los ingleses los primeros en suprimir la artillería media de los acorazados: el *Dreadnought* pasa de los cañones de *30,5* a los de 7,6, y este movimiento fue seguido por otras naciones, aunque no de una manera tan completa. Lo cierto es que esta artillería media había contribuído, en gran manera, al triunfo de los japoneses en Tsu-shima, y no había razón

seria para suprimirla radicalmente. Cierto que en la primera zona de combate, en las luchas a grandes distancias, hoy más necesarias que nunca, por motivo de los progresos enormes en la eficacia del torpedo, los efectos de esta artillería media son casi nulos; mas en la segunda y tercera zonas puede jugar un excelente papel. Tiene en los buques de combate su empleo natural en el tiro contra los pequeños cruceros y fuertes de costa, en cuyo ataque, si no se emplease la artillería media, habría de utilizarse la gruesa. Se puede asegurar que una artillería media es hoy tan necesaria como antes, y lo será, quizá, mañana más que hoy, para combatir a los torpederos de día y a grandes distancias, porque se asegura que esto será posible. Japoneses y alemanes arman sus buques con una importante artillería media, y Francia los acorazados del tipo *Juan Bart* con una numerosa batería de piezas de 14 cm., y Rusia artilla los suyos de último tipo con 12 cañones de 15 cm.; pero los ingleses no parecen aún muy decididos a volver a las ideas reinantes antes de la aparición del *Dreadnought*. Hay rumores, sin embargo, de que en los nuevos acorazados, cuya construcción se inicie en este año, al lado de 10 cañones de 34,3 cm. irán 10 de 15 cm. Era ya evidente que la decisión en favor de una artillería media había aumentado últimamente en los círculos marítimos ingleses. Sobre todo, se estimaba en esos círculos que en las operaciones navales del mar del Norte, a causa de la frecuencia de los tiempos brumosos, no se podría utilizar debidamente la artillería pesada. También conviene apuntar que los acorazados argentinos, chilenos y brasileños, que se construyen en los astilleros privados ingleses, llevan numeroso armamento secundario de 15 cm.

La artillería ligera pierde mucho de su importancia si no está colocada de manera que tenga un campo visual extenso. No ha sido siempre posible realizar esto en los modernos acorazados: unas veces, por necesidades ineludibles de las superestructuras; otras, por las perturbaciones recíprocas de los calibres, no se ha logrado esta cualidad primordial, y en Ingla-

terra y en Italia se trató de vencer la dificultad, colocando la artillería ligera sobre las torres. Pero no se ha tardado en abandonar esta forzada solución, y nuevamente se emplaza la artillería ligera en las superestructuras de los puentes, delante. Los 24 cañones de 7,6 cm. del *Dreadnought* van distribuídos: dos sobre cada una de las cubiertas de las cinco torres, otros 10 repartidos simétricamente a babor y a estribor, en posición dominante en el espacio situado entre la torre retrasada de popa, las de babor y estribor y la de proa, y finalmente otros cuatro a popa. Después se pensó que la colocación de la artillería ligera obtendría mejores efectos si se la distribuía simétricamente sobre toda la longitud del buque, de manera que se puedan conservar algunos en el combate de día. De otra parte, la experiencia de la guerra ruso-japonesa ha hecho ver que no conviene situar esta artillería cerca de la torre del comandante, por lo que incomoda a éste el humo de los disparos.

En el segundo artículo nos ocuparemos de las restantes armas ofensivas y defensivas de los acorazados, así como de otros elementos de las flotas de guerra.

Leandro Cubillo

LA AMÉRICA MODERNA

El intercambio cultural de los Estados Unidos con la América latina. La diversidad de idioma en el intercambio. Dificultades relativas. Los medios prácticos para fomentar el intercambio entre España y la América española. La iniciativa privada y la Liga Cervantina. El salvador del idioma español en Puerto Rico. Cultura norteamericana y cultura europea. La cultura moderna en España.—La verdadera patria de Cristobal Colón. Polémica de eruditos. ¿Gallego ó genovés?

La influencia de los Estados Unidos en la América latina había sido hasta ahora predominantemente económica y política; sus artículos de comercio y sus notas diplomáticas, sobre todo estas últimas, habían penetrado hasta las entrañas de la antigua América española, y en la actualidad ha acentuado esta penetración de tal manera, que intenta el monopolio político y económico de la América Central, mediante la apertura del canal de Panamá. Pero los americanos del Norte saben bien que por esta clase de presiones no se llega a ejercer una influencia decisiva o que pueda penetrar en el mundo moral de los países latino-americanos. Faltaba este complemento, y a conseguirlo se han lanzado los norteamericanos.

La fundación Carnegie para la paz internacional, acaba de anunciar que se activan fructuosamente las gestiones encaminadas a establecer un canje de intelectuales y hombres de ciencia entre los Estados Unidos y los países latino-americanos.

El doctor Nicolás Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, de Nueva York, ha escrito últimamente una carta relativa a este intercambio de hombres eminentes.

Me es grato poder anunciar, dice el doctor Murray Butler, que los depositarios de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional, en su reunión anual celebrada el 14 de Diciembre de 1911, votaron la asignación de 20.000 pesos con el fin de efectuar un canje de intelectuales y hombres de ciencia latinoamericanos con eruditos y hombres de ciencia norteamericanos,durante el año académico 1912-13.

Se proyecta elegir dos intelectuales de las principales Universidades latinoamericanas, y traerlos a los Estados Unidos durante el próximo año académico, debiendo cada uno compartir su tiempo entre las Universidades americanas. Se ha indicado que uno de ellos podría dividir su tiempo entre la Universidad de Texas, establecida en la ciudad de San Agustín en el Estado de Texas, y la Universidad de Chicago, establecida en la ciudad de este nombre en el Estado de Illinois; y el otro dividiría su año entre la Universidad de Nebraska en Lincoln, y la Universidad de Georgia en Athens.

Se proyecta, además, que los universitarios norteamericanos visiten a los establecimientos docentes latinoamericanos. Teniendo en cuenta la extensión y clase de viaje, cada uno de los intelectuales y hombres de ciencia percibirá un sueldo de 5.000 pesos oro.

Los Estados Unidos, pues, no se limitan a fomentar el intercambio de hombres de carrera, sino también el de los universitarios, comenzando por organizar espléndidamente el intercambio de norteamericanos y de latinoamericanos.

La trascendencia de tal empresa para los países que han de realizar el intercambio, no puede desconocerse; España no se librará de las consecuencias que tal labor cultural acarreará.

Ciertamente que la diversidad de idioma entre los norteamericanos y los latinoamericanos es, en cierto modo, un obs-

táculo, pero muy relativo. La frontera filológica, tratándose de intelectuales, constituye una limitación de escaso valor; no puede llamarse intelectual nadie con un cierto fundamento, si no conoce el francés, inglés, alemán e italiano. Los importadores, los difundidores de la cultura, salvan fácilmente la muralla del idioma. No hay que hacerse ilusiones respecto de las dificultades de este orden y la defensa que ellas significan para la influencia latinoeuropea; los Estados Unidos podrán dejar sentir su influencia en la América latina, a despecho de la diversidad de idioma. Los intelectuales serán los encargados de transmitir a los planos inferiores de la cultura de su país lo que de los Estados Unidos importen, o lo que los representantes de Norte América les lleven. Claro está que tratándose de una masa emigratoria, por ejemplo, la unidad o afinidad de idioma es una gran ventaja; los emigrantes españoles que van a la Argentina, por ejemplo, estarán en mejor situación que los alemanes—siendo emigrantes de la misma calidad,—pues las condiciones de adaptación en aquéllos están más favorecidas, por la igualdad de idioma, que en éstos. Pero en el caso que estudiamos no se trata de un fenómeno de masa, sino de grupo y de calidad. Notoria es la influencia de la cultura francesa en España, y la reducción del conocimiento de la lengua francesa entre la masa popular.

En España se han dado los primeros pasos para el intercambio cultural con los países iberoamericanos. El profesor Altamira, que inició seriamente el intercambio, ha dicho en su libro *Mi viaje a América*, algo que merece ser recordado, con referencia al valor de los primeros esfuerzos llevados a cabo: «Todo lo que en el presente libro se dice y se muestra, no es más que iniciativa y síntoma. Proseguido, significará algo; abandonado, quedará infructuoso... Si todos los que se hallan en condiciones de colaborar en esta obra—Estado, profesores, juventud, «indianos», prensa, etc., etc.—cumplen la parte de deber que en esto les corresponde, y lo cumplen con entusiasmo, con pureza de intención, con voluntad

persistente, España podrá hacer en América lo que de consuno le dictan y le imponen su historia, su sangre y su civilización troncal. En otro caso, perdida la ocasión presente, despidámonos de América; y, sobre todo, no disfracemos nuestra apatía y nuestra frialdad ante el problema, con retóricas de banquete que nadie tiene en cuenta y nada edifican.» Se trata, pues, de un doble aspecto, actualmente, de la relación iberoamericana: la prosecución, por una parte, de la labor ya efectuada, y la realización de una mayor intensidad ante la concurrencia que plantea el intercambio cultural, próximo a desenvolverse con fuerza inusitada, entre los Estados Unidos y la América latina. Altamira indica los medios prácticos para establecer y mantener las relaciones espirituales con los pueblos hispanoamericanos, recordando las disposiciones ministeriales que ofrecen puestos (pensionados o no) a los estudiantes y a los investigadores hispanoamericanos; expone la necesidad de que se hagan los mismos ofrecimientos en los centros docentes a que se refieren el Real decreto de 27 de Mayo de 1910 (Instituto Nacional de Ciencias Físicas y Naturales) y la Real orden de 8 de Junio del mismo año (Asociación de Laboratorios), dándoles ventajas especiales a las personas referidas, sino en la absoluta gratuidad, en la rebaja de los derechos de inscripción o en preferencias singulares que en otros órdenes se han establecido, como, por ejemplo, en los Esdos Unidos e Inglaterra, por la sola razón de la «unidad de idioma».

La difusión de la literatura española en todas sus manifestaciones, es otro de los medios indicados para esta empresa. Los eruditos pueden conocer bien las fuentes; pero el gran público no tiene la formación científica de estos rebuscadores. Precisa, pues, informar al gran público, por medio de bien formados catálogos de libros nacionales y de las versiones castellanas de libros extranjeros; catálogos que, bien confeccionados y distribuídos gratuitamente, presentados con *arte,* como lo hacen, por ejemplo, los editores alemanes, que en las

artes del libro son insuperables, llevarían las noticias precisas a todos los que, hablando y pensando la lengua española en América, pueden formar parte de esa gran esfera de conciencia colectiva animada por el alma de la raza. Todo esto, unido a reformas en las comunicaciones para favorecer el correo entre España y la América ibera, podrían constituir la base de un gran desenvolvimiento.

Los emigrantes españoles, que aumentan en proporción no escasa la población de algunos países americanos, constituyen un excelente medio de comunicación y de actuación. El profesor Altamira, testigo presencial de la vida de tales emigrantes, afirma que su buena disposición y el afán de coadyuvar a las relaciones hispano-americanas no necesita sino ser dirigidos, alentados y excitados con sugestión de ideas prácticas.

Producirá sus efectos una gestión sostenida (apoyada o iniciada por una circular oficial de nuestro Gobierno) con los centros españoles de la Argentina, Uruguay, Chile, Perú, etc., etc., y con las personalidades más salientes de aquellas colonias, para que aumenten el número de las Escuelas de emigrantes o perfeccionen las ya existentes, así como para que den en América preferencia, en las colocaciones de la industria y el comercio, a los emigrantes que presenten certificado de estudios en las escuelas citadas; como ya se hace dentro del ámbito nacional, en no pocos países, con los graduados de algunas Escuelas de Artes y Oficios...

El profesor Altamira hacía bien en recordar la necesidad de tener siempre las manos puestas sobre la obra que él inició. A pesar del tiempo transcurrido desde la publicación de su libro, yo quiero demostrar que no he olvidado, como buen español, su patriótico apercibimiento.

Como todo no hay que pedirlo al esfuerzo oficial, porque fuera de su esfera hay una región en donde energías libres se forman y se desenvuelven, precisa que los españoles, en el orden privado, den el ejemplo y se esfuercen por cumplir la misión de retener y ganar por completo la América española para

la cultura española. La reciente creación de la Liga Cervantina, debida principalmente a los esfuerzos de Baldomero Vila, constituye un hecho promisorio de grandes esperanzas y no lejanas realidades. Con el nombre de Cervantes por enseña, se dispone esta asociación a desenvolver una labor de difusión cultural hispano-americana, por medio del intercambio en sus distintas manifestaciones, que redundará en gran provecho de los hispano-americanos y de los españoles.

Claro está que esta Liga Cervantina se ha constituído sobre una base emocional, como todos los primeros intentos de esta clase. Yo confío, y me propongo desenvolver en esta asociación, iniciativas que tengan efectos más inmediatos que las explosiones de sentimentalismo. Creo fundadamente que los productores argentinos, por ejemplo, recibirían con gran entusiasmo a los representantes de la Liga, que a la vez que les hablasen de Cervantes y de todo lo cultural que bajo ese nombre late, les expusiesen el plan de un intercambio económico, de un tratado de comercio, hablando propiamente que se tradujese en mayores ventas de productos de ganadería argentina en España. Por este estilo se podría trazar el cuadro completo de más relaciones, que no solamente consistieran en alardes literarios, sino también en mutuos beneficios materiales. No excluye el idealismo de las relaciones hispano-americanas el cuidado de los intereses materiales, ni éstos son incompatibles con aquél; antes al contrario, deben constituir su complemento,

En la Liga Cervantina dedicó un merecido recuerdo el profesor Altamira a un grande, grandísimo patriota español, llamado D. Manuel Fernández Junco. Su obra cae de lleno en el asunto que tratamos en estas notas. Fue la siguiente:

Cuando los norteamericanos se apoderaron de Puerto Rico, fijaron el plazo perentorio de tres meses para que se presentase un plan completo de primera enseñanza con los correspondientes libros españoles, so pena de sustituir en las escuelas la enseñanza española por la enseñanza exclusivamente inglesa. En

ese plazo angustioso, ese gran español llamado Fernández Junco, solo, él solo, redactó los libros, los imprimió y salvó el idioma español en la fiel Borinquen. El norteamericano no pudo jamás desterrar el idioma español de Puerto Rico. Un escritor joven, reciamente español, Luis Antón, describe así el momento emocional más intenso que se puede imaginar durante el plazo fatídico:

«Después, conquistada la tierra, fue preciso conquistar el corazón y el cerebro. En Puerto Rico, España era tan sólo el pasado. Mas forzaba que ni el pasado fuera. Urgía desarraigar la semilla española, remover las entrañas del terruño, extirpar esto que para el triunfador significaba planta venenosa y proterva. Urgía, urgía que no se hablase más el castellano en aquel palpitante cacho de la leyenda nacional.

Y vino la orden, recta, fulminante. La enseñanza del idioma español era deficiente. Los arrapiezos crecían en la incultura. Faltaban libros, maestros. El inglés sustituiría al viejo idioma esclarecido que supervive a la hecatombe ibera, como aún existen los mantos prestigiosos, divinas obras de arte que nos hablan de antiguas dinastías acabadas, y que son, al través de los tiempos idos, la ejecutoria de arruinadas grandezas.

Sin embargo, la orden no tuvo un clamor despótico y marcial. No fue un reto cesáreo. Tuvo, ya que nuestro siglo es civilizado al parecer, una hipocresía muy civilizada. El idioma español sería sustituído por el inglés si en el plazo de tres meses no se presentaba ante las autoridades vencedoras un completo y definitivo plan de enseñanza, libros, cuanto significa y sintetiza la palabra maestro.

¡Oh, la garra del éxito había sido piadosa! El triunfador no clamaba. El triunfador conquistaba razonablemente, de una manera suave, lógica, espiritual. El vencedor quería instruir bien á la niñez portorriqueña. Si España se daba por vencida, los Estados Unidos, providentes, ofrecerían su amparo.

¿Habéis columbrado ya la estratagema? ¿Es posible pensar, ejecutar, presentar en tres meses una obra definitiva de ense-

ñanza? ¿Y es posible hacerlo cuando el juzgador es una de las partes en litigio?

Durante aquellos tres meses, el idioma español estuvo agonizando. El plazo breve, cicatero, huía, se acababa. En las escuelas acaso ya decoaban los niños en inglés...

¡No! De improviso, un hombre se había llegado ante la fuerza, y le había dicho:

—Traigo lo que pides, vencedor. Traigo la cultura española.

Leyó después... El dictador se había quedado atónito. Luego, vencido, dejó caer sus manos:

—Sea—dijo.—Puedes enseñar tu idioma, puedes continuar la obra de tus mayores. Renuncio a poseer el corazón y el cerebro de estas viejas tierras castellanas.

Y aquel hombre, lleno de alegría, irrumpió en las escuelas, abrazó a la niñez, mojó las cabecitas inocentes con el patricio llanto de sus ojos, impregnó en sentido ibero su amor a lo ibero, el cándido corazón de los niños... Y aun hoy, y también mañana, gracias a ese maestro, héroe ignorado y augusto, las pobres lengüecitas infantiles hablan español, cantan y exaltan lo español en aquella vieja isla que fue nuestra.»

¡Padre Cervantes! Manuel Fernández Junco ha sido tu mejor hijo. Tus voces castizas vivirán eternamente bajo el cielo de los trópicos en la infeliz Puerto Rico, en la inolvidable Borinquen.

La cultura norteamericana no tiene la penetración avasalladora de la cultura europea; aquélla es un reflejo de ésta; no son todavía los Estados Unidos laboratorio de cultura nacional, característica, como lo es Alemania, por ejemplo. Los Estados hispano-americanos han tomado de la rama inglesa de Norte América muchas leyes políticas y administrativas; los grandes capitales les tomaron de Inglaterra, principalmente, y la cultura, en su sentido general, de España y de Francia. El tipo de las Universidades norteamericanas, no es el tipo napoleónico ni el alemán; la formación del carácter y la prepa-

ración social, constituyen la finalidad docente norteamericana; no la formación científica, como en Centro Europa se persigue. Por esta razón, la concurrencia cultural de los Estados Unidos en la América latina, no es tan temible como en otro caso resultaría si las condiciones científicas de los concurrentes estuviesen a la altura de las condiciones económicas.

Un *gentleman* no es concurrente tan temible como un investigador, un *Forscher*, como dicen los alemanes; el tipo inglés del *tutor* y del *fellow* difiere bastante de aquel en valor científico. Yo creo que la influencia germánica actual en los estudiosos españoles, en Filosofía y Ciencias del Estado, sobre todo, superior a la que se ejerce sobre franceses y alemanes, se irá acentuando cada vez más y determinará la formación de un núcleo de cultura moderna en España, capacitada ventajosamente—además de la facilidad de comunicaciones por el idioma igual—para realizar una gran labor de difusión cultural en la América latina.

Nunca se acentuará bastante la trascendencia de lo que queda dicho; la necesidad de que los intelectuales españoles despleguen sus esfuerzos en el intercambio cultural con la Hispano-América.

Si el torrente de fuerzas norteamericanas invade la América latina, y ésta, sin refuerzos de la savia originaria, se deja transformar, ¿qué quedará a los latino-europeos de América? ¿Qué a los españoles? Sólo un vago sentimiento de ruborosas añoranzas, un recuerdo en el que se mezclan nostalgias y acusaciones de la propia conciencia, ante la contemplación de una inmensidad perdida.

Cuando por primera vez pisé el suelo de Flandes y fuí recorriendo sus industriosas ciudades, encontré en aquellos lugares que tenían un halos de poesía, de misterio y de tragedia, la huella firme, el vestigio de la mano española. Rubor y nostálgicos sentimientos se despertaban en mí cada vez que mi guía, señalando un lugar, decía: «Del tiempo de los españoles.» Todos aquellos vestigios eran los restos de cauces por

donde había discurrido, pródiga, la savia española, estérilmente derramada como miriadas de esporos que arrebató el viento de lo eterno, y no llegaron a besar la tierra con sus raíces. Quedó la página histórica, la creación legendaria, todo lo que puede ser recuento del pasado, pero que no añade ni un solo átomo a la realidad presente.

Después de todo, el vestigio español en Flandes significaba un contacto que no podía menos de ser pasajero, una desviación histórica de España; pero en América hay una piedra angular, tallada en el bloque español, cuya pérdida completa equivaldría a la destrucción del templo simbólico de las creaciones de la raza.

***

Nuestros lectores habrán tenido noticia de las investigaciones de algunos eruditos, que sostienen una nueva versión sobre la nacionalidad de Cristóbal Colón. Según estos eruditos, Cristóbal Colón fue gallego, no genovés. El Dr. Celso García de la Riega, Profesor de Historia en el Instituto de Pontevedra, ha difundido esta nueva versión con gran calor, y de él se ha contaminado el Dr. Constantino de Horta y Pardo, el cual ha publicado recientemente en New-York un folleto, muy sugestivo, con afirmaciones hechas en varios idiomas, para llevar a conocimiento del gran público la sorprendente noticia del origen gallego del descubridor de América.

A todo esto contesta el Sr. Montemar en una Revista dominicana *(Ateneo)*, con esta serie de razonamientos, que transcribo por constituir un material estimable, una contribución admisible para el estudio de la cuestión relativa al origen de Cristóbal Colón.

¿Cuál es en definitiva (ateniéndose uno a lo publicado) el fundamento de las afirmaciones del señor la Riega?—Que ha descubierto en los archivos gallegos la existencia de 1428 a 1528, de 13 Colones, 2 Colombos y 5 Fontanarosas, que vivieron en

Pontevedra y sus inmediaciones. ¿Y eso qué prueba?—Que en Galicia, como en algunos puntos de Francia, como en muchos de Italia, habitaban familias que tenían el apellido Colombo o Columbo; pero de ningún modo que Colón descienda de una de esas familias. Si eso fuera aceptable, habría que convenir en el absurdo de que Colón había nacido en diez o más ciudades, de diez o más familias diferentes.—Mr. Henry Harrisse, en su obra *Cristophe Colomb.*, etc., tomo II, páginas 541-556, enumera 87 Colombos en Génova, 7 en Quarto y Quinto, 10 en Moconesi, 8 en San Martin de Ircis, 14 en San Perdarena, 14 en Rapallo; 16 en Cogoleto, 6 en Segno y 36 en varias otras localidades de Italia (Barbaglio, Pareto, Saona, etc.), sin contar un gran número de Colombos ligures, que ha omitido expresamente. ¿Y probaría eso que en cada una de esas ciudades había nacido Colón? Lo estrictamente indispensable, lo obligatorio, es probar con documentos convincentes que Cristóbal Colón y sus hermanos descienden de tal o cual Columbo de una localidad cualquiera. La simple enunciación de que en algún punto había Colones y Fontanarosas, sólo prueba que en ese lugar habia Colones y Fontanarosas.

Que la carabela en que iba Colón cuando descubrió la América se llamaba la *Gallega*. De los cronistas antiguos, sólo Oviedo dice eso, y a Oviedo no se le puede tener mucha confianza en ninguna de las cosas que dice de los primeros tiempos de la conquista: comete infinidad de errores. Colón no dice el nombre del buque en que iba. Las Casas lo llama simplemente la *Capitana*, y después los historiadores han seguido a Fernando Colón, que lo llamó *Santa María*. Pero, aun aceptando que la carabela capitana se llamase la *Gallega*, ¿qué probaría eso?—O que fue construída en Galicia, o que a su dueño le dió la gana de nombrarla la *Gallega*. ¿Pero cómo de eso va a deducirse que Colón fuese de Galicia?

«Que Colón le puso *Gallega* a una isla que descubrió en el segundo viaje» (de Horta, página 23). Ni el Dr. Chanca, que describió ese viaje; ni las Casas, que al hablar de él en su *His-*

toria de las Indias, se guió por los papeles de Colón; ni nadie de ese tiempo, hablan de esa isla antillana.

Que a otra isla le puso *San Salvador*, «por la parroquia de *San Salvador del Poyo*, donde probablemente fue desprendido del claustro materno y recibió las aguas del bautismo» (de Horta, página 23). Es cierto que Colón, a la primera isla que descubrió, y sólo a esa, le dió el nombre de «San Salvador»; pero fue, como dice él a Luis de Santángel, en carta de 15 de Febrero de 1493, en conmemoración a su Alta Majestad: «A la primera (tierra) que yo fallé puse por nombre *San Salvador*, á conmemoración de su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado: los indios la llaman Guanahaní.» (Navarrete: *Colección de viajes*, etc., tomo I, página 314). Por lo visto, Colón, que descubrió la isla y le puso por nombre, no supo por qué lo hizo.

Que «en el tercer viaje, al primer promontorio de tierra que divisa le da el raro nombre de *La Galea*, y el nombre de Galea se da en Pontevedra a una plaza o espacio comprendido entre varios edificios cerca del muelle o del fondeadero llamado de *la Fuente*» (de Horta, página 24). ¿Y no será más bien porque el tal promontorio *de la Trinidad* se le pareció a una *galera*, que en ese tiempo y mucho antes se llamaba *galea*? (Navarrete: *Colección de viajes*, etc., tomo I, página 554 y siguientes.) Por una causa igual llamó Colón a un islote de la costa de Santo Domingo *Alto Velo*, porque se le pareció a una vela hinchada por el viento.

Es exacto que Colón era inclinado a poner a los lugares que descubría nombres religiosos o de la familia reinante, aunque en ocasiones puso nombres que no tienen explicación razonable. No obstante, puede sospecharse que el nombre de *Puerto de Santo*, dado a un puerto de la isla de Cuba (el de Baracoa), y el de *San Miguel*, dado al cabo que después se llamó Cabo Tiburón, en Santo Domingo, son recuerdos de las islas portuguesas de *Puerto Santo* y de *San Miguel*, en la primera de las cuales se dice que vivió un tiempo Colón, y a la

segunda la visitaría quizás infinidad de veces. Don Bartolomé no era así. El puso a la ciudad que debía llamarse «Nueva Isabela», en la orilla izquierda del río Ozama, el nombre de Santo Domingo, por su padre *Dominico,* y a la isla Adanamai, de los indígenas, la dominó Saona, en recuerdo de Saona de Italia, en donde había vivido mucho tiempo su familia y él mismo. Y hasta parece que la Providencia, o como quiera llamársele, quiso también unir íntimamente la personalidad de Colón con la tierra americana que más amó y pondero. República *Dominicana,* derivación de *Dominico,* nombre de su padre, se llama la nación que surgió en la tierra de su amor, y hasta la bandera que cubre su tumba lleva la cruz redentora, que tan inclinado era él a plantar en todas las regiones que descubría.

Que es frase galiciana empleada por Colón: «*el sol tenía espeto*», al describir el desembarco en un día ardiente o caluroso de los trópicos, en que el sol penetra en el cuerpo, como si fuera un hierro enrojecido» (de Horta, página 26). Pero *espeto*, en castellano antiguo, es *asador*, y la frase de Colón es perfectamente castellana, significando que los rayos del sol penetraban en el cuerpo como si fueran asadores enrojecidos.

Pero sería cosa larga seguir aclarando las *pretendidas* coincidencias de hechos de Colón con cosas de Galicia. Me limito solamente a decir que *Maicí*, palabra indígena cubana, derivada tal vez de *maís*, y que quieren hacer gallega, la trae las Casas como cubana (*Historia de las Indias*, tomo V, página 244), cuando dice: «Y el otro ramo, que es el que hace el cabo que nombró el Almirante cabo de San Nicolás, se mira con la punta o cabo oriental de la isla de Cuba, la cual creo que se llamaba, en tiempo, la punta de *Maycí* o de Bayatiquirí, *en lenguaje de los indios.*» Pero olvidábame que el señor la Riega sabe más de las cosas antiguas de estas islas que Colón, y que las Casas, Oviedo y demás cronistas de Indias.

En la página 26 de su folleto dice el señor de Horta: «*Según Colón*, su hermana Blanca había muerto; Juan desapareció,

quedando solos Cristóbal y D. Bartolomé, pues Diego se unió a ellos después que tuvo noticias del descubrimiento.» Por mucho tiempo no supieron los historiadores que Colón tenía una hermana que se llamaba Blanchineta y un hermano que se llamaba Giovanni Pellegrino.

Cristóbal Colón, en la «Institución del Mayorazgo», hecha el 22 de Febrero de 1498 ante Martín Rodríguez, aprobada por los Reyes Católicos en 28 de Setiembre de 1501 (Navarrete: *Colección de viajes*, tomo I, Introducción, página 145), y que fue aceptada como auténtica y válida por el Consejo de Indias, dice en una parte (tomo XI, página 254): «*Siendo yo nacido en Génova*, y más después: *que de ella* (Génova) *salí y en ella nací* (página 258), Navarrete, obra citada, tomo II, páginas 251 y 258). Para negar la verdad de esas afirmaciones hechas en un documento tan importante, se necesitan pruebas contundentes, que no se han presentado. Para Colón le era igual decir que había nacido en Quinto, en Saona, en Sori, en Pontevedra... como dijo, expresando la verdad, que había nacido en Génova. Al contrario, mientras más obscuro fuera el sitio en que vino a la vida, más gloria le daban sus grandes obras, pues había partido de más bajo. Y no se diga, como han afirmado los rieguistas, con poco sentido común, que «*sí Colón se atribuyó la nacionalidad genovesa o italiana, fue también para beneficiarse,* AL COMIENZO DE SU CARRERA, *del prestigio que tenían los navegantes genoveses y* PORTUGUESES. Colón dijo que era genovés, en 1498, cuando ya hacía seis años que había descubierto la América, y era almirante, virrey de las Indias y su gobernador. ¿Qué beneficios le iba a producir esa afirmación? En realidad, estaba él entonces, no en el *comienzo de su carrera,* sino en el comienzo de sus desgracias.

Colón, en la Institucion del Mayorazgo, entre otras cosas beneficiosas que se refieren a Génova, dispone y manda (página 260): «Que al dicho D. Diego o a quien poseyere el dicho mayorazgo, que procure y trabaje siempre por la *honra y bien, y acrecentamiento de la ciudad de Génova, y ponga todas sus*

fuerzas e bienes en defender y aumentar el bien e honra de la República della, no yendo contra el servicio de la Iglesia de Dios, y alto Estado del Rey o de la Reina, nuestros Señores, e de sus sucesores.»

Bartolomé Colón, hermano del Descubridor, expresó también que era genovés. En un mapamundi que presentó al rey de Inglaterra, Enrique VII, iban unos versos suyos, en latín, en que decía: «Pro authore seu pictore | Gennua cui patria est, nomen cui Bartholomeus | Columbus, de terra rubea: opus edidit istud | Londonüs: anno domini millesimo quatercentessimo octiesque uno | Atque insuper anno octavo: decimaque die, mensis Februari», que las Casas, de quien tomó esto, traduce así: (*Historia de las Indias,* tomo I, páginas 225 226.) «El autor de aquella pintura dice ser de *patria genovés*, y que tiene por nombre *Bartolomé Colón*, de Tierra rubia; hizo la obra en Londres, año de 1488, a 10 del mes de Febrero.»—Bartolomé, pues, como Cristóbal, afirma que es genovés, no gallego.

Vicente Gay,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Cuestiones político-sociales: La patria y la moral nueva.= Literatura: La enfermedad en la inspiración literaria.=Crítica religiosa: El Indice.=Filosofía de la Historia: Las teorías del conde de Gobineau.=Costumbres: Las transformaciones de la publicidad.=Impresiones y Notas: El matrimonio en la India.—La originalidad de Carlos Peguy. —La *Gioconda* y el *San Juan* de Vinci.

CUESTIONES POLITICO-SOCIALES

La patria y la moral nueva.—Según José Wilbois, en *La Revue Hebdomadaire,* los esfuerzos de nuestros contemporáneos para renovar la moral no han sido vanos, y a despecho de la oposición de los tradicionalistas y de los revolucionarios, varias escuelas están a punto de concertarse para esa gran renovación. Los evolucionistas, por una parte, que de la dirección de Herbert Spencer han pasado a la de Bergson, para afirmar que hay en la humanidad un impulso creador, y los sociólogos, por otra, adeptos unos de Durkheim y de Bruhl, y continuadores otros de Tourville y de Demolins, que no quieren aceptar regla ninguna de conducta que no tenga por base la observación científica, coinciden en no pocos puntos y vienen a fundir sus tendencias en una moral nueva que podría llamarse de la adaptación y del progreso, en la que podrá reconocerse una moral del superhombre, sin el individualismo nietzscheano y una moral de la solidaridad sin la superstición

del hecho ni la divinización de la sociedad presente. Como ejemplo de esta nueva moral, Wilbois nos enseña cómo entiende los deberes para con la patria.

La palabra *patria* tiene dos sentidos: económicamente, las agrupaciones sociales se bastan a sí mismas o no se bastan. Así, Francia o Rusia, la India o la China, forman, o podrían formar por lo menos, mundos casi cerrados; pero una provincia especializada en el cultivo de la viña o en la industria del lino, necesita recibir de otras cereales, por lo menos. Claro es que las regiones autónomas tienen el derecho de ser egoístas, es decir, de desarrollarse sin cuidarse de sus vecinas; mientras que los países que necesitan para vivir del concurso de otros, tienen para con ellos deberes permanentes; los sistemas cerrados coinciden generalmente con nuestros grandes Estados, y el país así definido constituye una patria económica. Pero hay otro punto de vista psicológico o evolucionista: la patria es también la corriente que, gracias a sus instituciones, nos transmite todo lo que forma la riqueza de nuestra alma: nuestra literatura, nuestras doctrinas morales, nuestras ilusiones sociales, la conversación, el dibujo de nuestros jardines, la silueta de nuestras colinas, el modo de estar, de vestir, la sopa, el vino, los calendarios, muebles, telas, porcelanas; según la frase de un dramaturgo, la patria son platos pintados; esa patria es la que se detiene cuando cesa la misma lengua, porque la lengua es la que comunica esta herencia sutil; esa es la patria histórica.

Las patrias económicas y las patrias históricas no han sido siempre tan vastas como hoy, pero siempre han coincidido, *grosso modo*, las fronteras de una con las de la otra. En la Edad Media, se sabía que uno era normando; pero no se hubiera comprendido lo que quería decir francés; y es porque la Normandía era a la vez una unidad material y moral; la división del trabajo no había especializado todavía las regiones, y cada una podía prescindir de sus vecinos, teniendo cada cual su derecho, sus medidas, sus costumbres, sus trajes, sus canciones

y sus *patois*. Más tarde, las provincias fueron saliendo de su aislamiento, las pequeñas patrias históricas fueron fundiéndose en la gran unidad de la patria económica, y así surgieron las actuales nacionalidades: Francia, España, Italia, etc. Así, «los deberes que la patria económica reclamaba han sido sostenidos por los sentimientos que la patria histórica sugería».

La patria económica quiere vivir, tiene las exigencias de una empresa industrial, e impone a sus hijos una abnegación de empleados; les reclama el impuesto de dinero y de sangre, porque tiene que sostener los caminos que utilizan y el ejército que los defiende; les pide que respeten su constitución, sus leyes y hasta su gobierno, aunque no compartan sus opiniones, porque los ministros son gerentes, y en todo negocio hace falta la disciplina; les piden que sostengan en asociaciones privadas todas las iniciativas médicas, caritativas, militares, educativas, que pueden contribuir a la prosperidad nacional, y se lo piden con mayor empeño cuando se trata de funcionarios directos, porque, a despecho de las críticas más fundadas, se necesita un funcionarismo, y el funcionarismo será bueno si hubiera buenos funcionarios. Tales son, para con la patria económica, los deberes más esenciales. Sólo insistiremos algo sobre el más discutible de todos: el deber militar.

Se ha pretendido que el Ejército es un mueble viejo, y es verdad que hay en él mucho de anticuado. El Ejército moderno, sin embargo, deriva principalmente del maquinismo y de la división del trabajo. Todos los países tienen que proteger sus productos rodeándose de aduanas, y como la tasa aduanera es un golpe de fuerza, sólo puede mantenerse por la fuerza; aduana o vida económica, es sinónimo de Ejército; por eso el desarme, por deseable que sea, es incompatible con el industrialismo, siendo un crimen el predicarlo, por lo menos en su país.

Todos los deberes descritos para con la patria económica, los dos impuestos, el respeto a las leyes, la adhesión al Gobierno, etc., suelen ser duros y se cumplen, por lo mismo, sin en-

tusiasmo; y es que a la patria económica sólo nos liga la reciprocidad de servicios materiales; y es también, como consecuencia de este enlace, que nuestras relaciones con la patria económica, dependen de nuestro papel social. Entonces interviene la patria histórica, verdadera persona cuya alma está hecha de la de Sagunto y Numancia, Viriato y el Cid, San Fernando y los Reyes Católicos, Cortés y Pizarro, Bailén y Zaragoza, Prim y Menéndez Pelayo, todos los grandes y todos los humildes, todas las grandezas y todas las glorias de la Historia y de la leyenda que se adoran y se veneran en todos los corazones, y a cuyo recuerdo el aire natal hace revivir los más generosos impulsos. La patria aduanera nos exigirá una convergencia de movimientos que la patria moral nos da haciéndonos vibrar al unísono; aquélla busca las jerarquías modernas, ésta explota los instintos de la horda, y la unión de estas dos fuerzas sociales es la que en otro tiempo hacía tan terribles y tan dulces los deberes de cada cual para con su país.

La revolución de los transportes lo ha cambiado todo desde hace medio siglo. Los límites de las patrias aduaneras se han ensanchado extraordinariamente. Por autónoma que Francia sea en su economía esencial, es tributaria, y lo será cada vez más de otros países, para objetos estrictamente necesarios a la vida. El extranjero, cuyos productos consume Francia, es algo francés en el momento y en la medida en que consume productos franceses y expide los suyos. Las fronteras psicológicas, en cambio, apenas varían; «las patrias aduaneras y las patrias históricas no crecen con la misma velocidad». Y esa es la crisis: puesto que tenemos dos patrias, ¿cuál se debe preferir cuando hay desacuerdo entre nuestros deberes para con ellas? Y he ahí planteada la cuestión del internacionalismo.

Esta cuestión tiene dos aspectos diferentes, según que se trate de clases directoras o de clases obreras, y no hablemos de los aldeanos que, retenidos junto a sus campanarios por la atracción de los campos, apenas conocen estos problemas. En cuanto al internacionalismo de las clases directoras, es expli-

cable por tratarse de hombres de negocios que tienen clientes y proveedores en otras partes del mundo, o de intelectuales que conocen varias lenguas y literaturas y que forman lo que pudiera llamarse la aristocracia europea; para los unos, donde está la ganancia está la patria; para los otros, los prejuicios y los odios a los enemigos hereditarios, los ha hecho desaparecer la educación y el trato. Aparte de esto, la vida moderna nos impone deberes para con la patria económica que a veces se enlazan con el internacionalismo mismo. No hay nacionalismo que mande no comprar nada a los ingleses. Las clases directoras, económicamente, están sometidas a dos preceptos: practicar un internacionalismo que va más allá de las fronteras políticas actuales, y un nacionalismo que se encierra en las fronteras comerciales próximas; su deber se encierra en esta fórmula: «Servir a la patria económica de hoy, preparando la patria económica de mañana». Para con la patria histórica, los deberes no son menos imperiosos, sin hablar de sentimientos espontáneos, porque esos no bastan. En el conocimiento de los demás pueblos se debe encontrar la fuerza para querer más al prójimo; por comparación se conocerán sus recursos, sus ilusiones, sus flaquezas, y, por consiguiente, su porvenir; vuelve uno del extranjero más patriota, no porque el extranjero nos parezca inferior, sino porque nuestra visión ensanchada nos permite exámenes de conciencia más equitativos; en lugar de tener por su nación un entusiasmo verbal, se tiene «un amor científico que completa el amor instintivo».

En cuanto al internacionalismo de los obreros, es muy conocido: desean a todo trance la supresión del ejército, no tanto por su función de defensor de las fronteras, como por la de policía, que les combate o les reemplaza en tiempos de huelga; este internacionalismo es sólo un episodio de la lucha de clases. Veamos cuáles son sus deberes para con la patria. El deber militar no sólo no les es difícil, sino que el taller y el sindicato les prepara para ello, enseñándole tres grandes cualidades del soldado: la disciplina, el sacrificio por un sér colec-

tivo y el amor al riesgo. El antimilitarismo del obrero no se parece en nada al de ciertos burgueses, que aclaman la bandera y se hacen redimir del servicio. El obrero posee la preparación moral que da el regimiento, y le basta acabarla en el cuartel para ser un servidor completo de su patria aduanera; pero es preciso que tampoco la ataque fuera del cuartel, y la huelga es, con frecuencia, un ataque inconsciente a la patria. Si todos los mineros de un país se declaran en huelga, los metalúrgicos tienen que comprar su carbón al extranjero, y los huelguistas son culpables de traición económica en provecho de los países vecinos. ¿Cómo eludir esta traición sin renunciar al derecho de huelga? Acudiendo a la unión internacional de los trabajadores y repartiendo las pérdidas resultantes de la huelga entre las regiones rivales; las luchas de clases no deben nunca comprometer al país; y el mejor modo de poner la patria por encima de ellas, es llevarlas fuera de la patria; «el verdadero nacionalismo económico coincide aquí con el internacionalismo sindicalista». Hasta económicamente, pues, el obrero debe ser patriota; y debe serlo, mucho más todavía, psicológicamente. El hombre, como sér social, no es verdaderamente hombre sino en su cuadro, es decir, arraigado en su país; cuanto más profundamente se viva el regionalismo, más profundamente se sentirá el humanitarismo.

En resumen, añade José Vilbois: en las clases obreras, como en las directoras, el internacionalismo debe ceder al nacionalismo; porque el internacionalismo es una actitud simplemente económica, que no deriva sino de relaciones sociales estáticas, y el nacionalismo es una marcha evolucionista que deriva del dinamismo de la vida completa.

LITERATURA

La enfermedad en la inspiración literaria.—El doctor Pablo Voivenel ha estudiado concienzudamente el papel que en la inspiración literaria desempeñan las enfermedades, con-

densando el fruto de sus observaciones en un artículo que publica el *Mercure de France*, y que no tiene desperdicio.

El poeta posee una disposición de espíritu característica, que depende de un funcionamiento particular de su cerebro. Para hablar o escribir, con la prosa de Jourdain o con los versos de Corneille, hay que hacer funcionar ciertas partes de la corteza cerebral que se llaman los centros del lenguaje. Las leyes fisiológicas, idénticas para todos nuestros órganos, lo mismo rigen los músculos que el cerebro. Ahora bien; la fuerza producida por un músculo está en relación directa con el desarrollo de ese músculo, y con su excitación; del mismo modo, el rendimiento de los centros cerebrales del lenguaje es proporcional al desarrollo y a la excitación de esos centros. Gracias a esa excitación, un sujeto normal y hasta hiponormal muscular, puede igualar, en un momento dado, la fuerza de un atleta cuando una crisis de violencia epiléptica hace pasar a los músculos de un enfermo una cantidad anormal de influjo nervioso que le da pasajeramente un vigor hercúleo. Así mismo, la excitación anormal de un centro de lenguaje normal o hiponormal puede hacer que se dispare una serie de ritmos y asonancias que formen rimas; el epiléptico se hace Hércules y el loco se hace poeta.

Voivenel los clasifica en tres grupos: 1.° El atleta excepcional, el que desde su nacimiento posee músculos notables; es el poeta nato con centros de lenguaje poderosos. El rendimiento es fácil y continuo; el cerebro funciona poéticamente sin sacudidas y sin desgaste; la obra es grande y el obrero robusto: es un Víctor Hugo, un Gœthe, un Carducci, un Zorrilla, un Molière, un Racine, un Ruskin, un Calderón, hombres que viven largo tiempo y cuya corteza cerebral les permite coger sin molestia ideas y palabras, lo que no impide que la cosecha sea desigual, según la excitación cerebral, que se llama inspiración, sea más o menos fuerte. 2.° El hombre bien dotado, el buen mozo, que sin ser un atleta, es capaz, con educación lógica y excitaciones físicas o psíquicas, de ejecutar proezas atlé-

ticas; es el poeta que no llega al genio sino por instantes, bajo la influencia de sentimientos extremos o de excitantes adecuados. La labor es importante, pero irregular, y el obrero, agotado por los accesos del lirismo, muere relativamente joven: son Musset, Maupassant, Edgar Poe, Hoffmann, Baudelaire, Verlaine, Gerardo de Nerval, el maravilloso Alberto Samain, Espronceda, Larra, los prodigiosos Gonzalo de Castro y Gabriel y Galán. 3.° El epiléptico hecho atleta por accidente, bajo la influencia de una crisis; el loco cuyo cerebro modificado bruscamente por la enfermedad, puede cubrirse de claridad como un tizón se cubre de chispas al desmoronarse.

En las tres clases se necesita, para que se disparen los centros del lenguaje, una excitación que se llama inspiración. Los hombres de genio la necesitan como los demás, y a veces la buscan por medios extraños: Schiller, antes de componer sus poesías, metía sus pies en hielo y respiraba el olor de manzanas podridas que tenía en un cajón; Bossuet se encerraba en una habitación fría y se envolvía la cabeza en lienzos calientes; Montesquieu golpeaba convulsivamente el suelo con los pies; Ampère se paseaba agitándose violentamente; Bourdaloue no escribía sus más hermosos sermones sino después de haber tocado algunos instantes el violín; y Buffón no acertaba a redactar una página de su famosa *Historia Natural*, sin estar vestido de punta en blanco. Todo esto es evidentemente original; pero no puede estimarse como signo de neurosis. El orgullo enfermizo de Hugo, la depresión melancólica de Gœthe adolescente, el misticismo doloroso de Racine envejecido, la desarmonía sensitiva de Pascal, no bastan para rebajar esos escritores, ni menos para elevarnos hasta ellos. Si presentan en su espíritu a veces una grieta, Gœthe sobre todo, la presentan como una granada entreabierta, porque bajo la abundancia de sus pensamientos, su cerebro se raja ligeramente.

En el segundo grupo, la grieta no es ya la consecuencia de la extrema riqueza; es como una causa de claridad, porque por ella penetra el sol. La neurosis, es decir, la exquisita sen-

sibilidad del sistema nervioso en el poeta, hace que las excitaciones sean más marcadas; parece que ese soberbio joyel del hombre, formado por el lenguaje poético, no puede adquirirse sino a costa de crueles sacrificios. Esta sensibilidad dolorosa es aquí la razón del genio literario, y los más grandes poetas son frecuentemente los más desgraciados o los más enfermos:

> Los más desesperados son los cantos más bellos
> y algunos sé inmortales, que son puros sollozos.

Esta excitación nerviosa, que se llama inspiración y que los antiguos atribuían a una divinidad—*est Deus in nobis, agitante calescimus illo*,—puede desarrollarse en los poetas del segundo grupo: 1.°, por excitantes psíquicos, como el dolor, la rebelión, el entusiasmo; 2.°, por excitantes artificiales, como el alcohol, el haschisch, el opio y el éter; 3.°, por enfermedades, como las neurosis y las psicosis, la parálisis general y la tuberculosis.

El entusiasmo ha elevado a Barbier por encima de su mentalidad ordinaria, y ha permitido a ese burgués lanzar al mundo sus *Yambos* inmortales; al entusiasmo debe su gloria Rouget de Lisle que, fuera de su *Marsellesa*, no ha escrito más que versos tan sosos que dan compasión; la rebelión ha inspirado obras de hermoso arranque a los desclasificados de la política, del periodismo y de las letras, como Delescluze, Pyat, Vermorel, y sobre todo Vallés, cuyas páginas pasan sobre nosotros como un huracán; el dolor ha permitido a Pascal llegar a lo sublime, y ha esculpido para la posteridad los más hermosos versos de Leopardi; la depresión moral, la melancolía, han hecho brotar una serie de flores lánguidas, atractivas por su misma morbidez, con el encanto del recuerdo que tienen las flores marchitas olvidadas en un libro de enamorados; tal es la causa de la celebridad de Arvers con su famoso soneto; el disgusto de vivir, el desencanto que se apodera de nosotros sin razón visible, en realidad, porque nuestro orga-

nismo está agotado, es la musa inspiradora de Verlaine, de Verhaeren y de Mallarmé, el autor de ese magnífico verso que *para Voivenel* es el más hermoso de la lengua francesa, por su fuerza de evocación de desaliento físico e intelectual:

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres! (1).

En cuanto a los excitantes artificiales, han sido ampliamente empleados por los escritores: «El hombre ha querido crear el Paraíso por la Farmacia»—decía Baudelaire.—El alcohol fue buscado o sufrido por Hoffmann, Edgar Poe y Alfredo de Musset; el opio, por Coleridge y Tomás de Quincey; el haschisch, por Teófilo Gautier y Baudelaire; el éter por Maupassant y Juan Larrain. Todos estos venenos crean en torno del poeta una vida extraña en que reinan las ilusiones y las alucinaciones; así es como Musset presenta el fenómeno de la autoscopia externa, que consiste en ver ante sí su propia imagen, siendo la expresión de su visión *La Noche de Diciembre*.

Los dos tipos más caracterizados de alcohólicos, o más bien de dipsómanos, son Edgar Poe y Hoffman; han descrito sus estados morbosos, y la belleza acongojante de sus libros resulta de sus neurosis; los cuentos de Hoffmann no son tan impresionantes sino porque los ha vivido en sus accesos de alcoholismo. La señora de Stael, Wilberforce, Coleridge, Baudelaire y, sobre todo, Tomás de Quincey, reemplazaron el alcohol por el opio, y debieron a este veneno horas paradisíacas, que pagaron muy caras. Al fin de su vida, Quincey veía «las flores de los bosques y de los campos con rostros humanos», y oía «los gritos de los huracanes y de sus víctimas llevadas furiosamente a través de sus sueños». Toda la existencia de Coleridge ha sido una larga derrota de la voluntad, en lucha con las circunstancias, y Baudelaire, hecho trizas por las pasiones, fue desdeñado por una horrible negra, Juana Duval, a la que dedicó, sin embargo, sus versos más trágicos de odio y amor.

(1) «¡La carne ¡ay! está triste, y he leído todos los libros!»

Los escritores pueden, pues, sacar lo que se llama inspiración de excitantes psíquicos y de excitantes artificiales. Gracias a la ley que mezcla la alegría con el dolor, la enfermedad misma puede modificar o aumentar la inspiración poética, lo que constituye una última lección de filosofía: de nuestra debilidad brota nuestra gloria, como del hierro enrojecido bajo el martillo del forjador saltan estrellas. Así la epilepsia de Dostoyewsky y de Flaubert puso sus nervios en desnudo, aumentando los sufrimientos y ennobleciendo la obra de aquél, y exagerando de tal modo las sensaciones de éste, que al describir el envenenamiento de la señora Bovary, tuvo el gusto del veneno en la boca y estuvo a punto de vomitar; así el ligero delirio de persecución de que fue atacado Juan Jacobo Rousseau, y las numerosas anomalías de su sistema nervioso, dan a sus ideas esa ardiente convicción que las hace resplandecer sobre toda una literatura; por eso Glatigny, Verlaine, y hoy Gorki, fueron impulsivos sacudidos por sus impresiones como un trapo por el viento.

La vida de Augusto Comte, de Schumann, de Hugo Wolff, de Gerardo de Nerval—que murieron locos los cuatro—fue entrecortada por períodos de agitación febril, durante los cuales sus producciones artísticas tuvieron particular esplendor. Gœthe, a quien se considera como el genio sano por excelencia, fue de extremada nerviosidad; estudios recientes, hechos por Mœbius, Hahn y Seiling, sobre su psicopatología, muestran con sorpresa que Gœthe nació asfíxico por la torpeza de una partera; que manifestó signos de melancolía, injertos en un estado de instabilidad de humor provocado por excesos intelectuales complicados con abusos de Baco y de Venus; que mostró en su familia un carácter cambiante y exaltado; que fue supersticioso y místico, tuvo visiones, y presentó, como Musset y Maupassant, el fenómeno de la autoscopia.

Las obsesiones, las fobias y el misticismo de Tolstoi nos explican su extraña grandeza; presa de la locura de la duda, se pregunta constantemente por qué vive y de qué sirve la exis-

tencia; su misticismo le hace encontrar una solución en el Evangelio que comenta y transforma. Si se empeña en pasar por original, es en realidad porque le es imposible ser de otro modo. Su instabilidad mental es inaudita: en presencia de las tres hijas del doctor Berce, se enamora de la mayor; pasa en seguida a enamorarse de la segunda, y acaba por chiflarse por la tercera. A los ocho años tuvo empeño en flotar en el aire; no vaciló: abrió la ventana y cayó de una altura de cinco metros; por fortuna, el dios de los aviadores tuvo compasión de él.

Otro gran escritor contemporáneo, Gabriel d'Anunzio, es un desequilibrado de la sensación, y a este desequilibrio debe su estilo fulgurante. Es un sensual de extraordinaria perversidad; uno de esos hombres que aman, por ejemplo, la voz de contralto, porque esa voz está como invertida, y en ese amor existe una especie del sadismo inconsciente que posee Teófilo Gautier. Una palabra, una mirada, le hacen estremecer; la voz insinuante de la duquesa Elena le da «casi la sensación de una caricia carnal», y sus miradas tienen, para él un encanto demasiado afrodisíaco. En su quinta de recreo tiene un gabinete de trabajo espacioso, cuyas puertas, ventanas y paredes están guarnecidas de espesas colgaduras de damasco rojo, y en el centro un brasero despide bocanadas de incienso. En el admirable (¡!) soneto que compuso sobre una erótica de Grieg, se encuentra bien retratado este enamorado místico: «Quiero un amor doloroso, lento, tan lento como una lenta muerte, y sin fin, y quiero que sin tregua nuestras almas se emparejen en un tormento secreto; y que un mar esté cerca de nuestras puertas solitario, y llorando en su silencio profundo. Quiero que la torre sea tan alta, que en la noche serena parezca tocar la gran estrella del Polo. Quiero un lecho de púrpura, y encontrar en aquella sombra y yaciendo sobre el seno, como en el fondo de un sepulcro, el infinito.»

Estos hombres, «forzados de sus sensaciones», como lo fueron también Byron y Carlyle, son egoístas inauditos: para Annunzio, la mujer no vale sino en cuanto sirve para su glo-

ria; sus amores, elegidos entre sus admiradoras aristócratas y las actrices de fama, han sido amores de arribista sin más culto que el de sí mismo, el del superhombre en el mal sentido de Nietzsche.

Maupassant es también deudor a su enfermedad mental de ciertas bellezas de sus obras. Según sus amigos, fue desde joven un toro triste, invadido por la desesperación, de la que no logró librarse con la cocaína, la morfina, el haschisch y hasta el éter. En cuentos y novelas se halla la descripción de sus penosas alucinaciones, por estar escritas, como dice Lemaitre, con la sangre de su alma.

Hasta la tuberculosis misma ha sido causa de belleza intelectual, tentando no pocas veces a los escritores: la Margarita Gautier, de Alejandro Dumas; la Mimí, de Mürger; la señora Beaumont, de las *Memorias de ultratumba*, son hermanas de *La joven tísica*, de Millevoie; Balzac ha puesto tuberculosos en *El médico de aldea* y en *La mujer de treinta años;* y también encontramos tísicos en *Las Vírgenes fuertes,* de Marcelo Prévost; en *Crimen y castigo* y *El idiota*, de Dostoyewsky; en *El aguilucho*, de Rostand; en *La grana* y *La llama*, de Couvreur; y en *La llama*, de Pablo Margueritte. El tuberculoso es frecuentemente muy inteligente, soñador, voluptuoso e inclinado a ciertos excesos; luego se hace sentimental, y en sus cartas habla frecuentemente de «primavera radiante», de «rosas de Mayo», de «margaritas deshojadas». Poco antes de su muerte, Próspero Merimée, escribiendo desde Cannes a Lenormant, se enternecía con el azul del Mediterráneo, las fresas de los bosques y los jardines floridos. En el sanatorio, las intrigas amorosas son inevitables, como puede verse en *Los abrasados*, de Miguel Corday. Todos los tuberculosos célebres, Mozart, Millevoie, Schiller, Mauricio de Guerin, Schubert, Chopin, Laforgue, Novalis, Glatigny, Merimée, Rachel, María Baschkirtseff, Lepage, Tchekow, Hugo Rebell, Alberto Samain, han presentado en cierto grado lo que Camilo Mauclair ha llamado «la enfermedad del infinito», cuya decoración ha pintado el tísico Wateau,

una vez por todas, en el *Embarque a Citerea*. «La ingenuidad metafísica de Novalis, la ternura calenturienta de Chopin, la sonrisa a veces trágica de Laforgue, la belleza idealista de Mozart, la pasión pastoral de Schubert, todo eso está situado, dice Mauclair, en el país que Wateau ha extraído de la Naturaleza, y en el fondo del cual, con emoción indecible, se oye el murmullo de la invitación al viaje. La enfermedad pulmonar que poetiza al hombre del pueblo y le modela el rostro, poniendo en sus mejillas delicada y frágil mezcla de rosa y de blancura lilial, sublimiza en cierto modo al poeta.

En cuanto a la tercera clase de escritores, a esos que no son poetas sino por accidente, semejantes al epiléptico cuya crisis multiplica las fuerzas en un momento dado, el dón poético aparece aquí como sobre un cerebro que se va a hundir. La última miseria va precedida de la suprema belleza que el Dios compasivo otorga a las cosas que acaban. Antes de ser destruída, la célula nerviosa es excitada, y el individuo cuyo espíritu va a desmoronarse, brilla cierto tiempo. El cerebro quema en algunas semanas el combustible que debía quemar en muchos años. Boivenel ha observado en la clínica de enfermedades mentales con el profesor Remond, a un empleado vulgar, de la sociedad de tranvías, sin instrucción, y que apenas sabía leer y escribir; durante su estancia en la clínica, se ha pasado todo el tiempo escribiendo prosa, verso, cartas, cifras, asuntos imaginarios; todo le venía bien para emborronar cuartillas; en medio de sus divagaciones incoherentes, resplandecían a veces versos tan armoniosos como los cuatro siguientes:

Dans le vieux pays d'Amérique
Je sais un calvaire tragique
Au pied duquel inconsolée
Ma pauvre femme désolée...

Las producciones artísticas nacidas en los manicomios, no son raras, y hay asilos que tienen periódicos redactados por dementes.

De todo lo expuesto resulta que del gran poeta al loco, pasando por el escritor de talento, todas las transiciones existen, y ya lo dice el refrán: «De músicos, poetas y locos,—todos tenemos un poco».

CRITICA RELIGIOSA

El índice.—En los tiempos en que funcionaba la Inquisición, era fácil suprimir por medios coercitivos las críticas y hasta los críticos; hoy no es tan fácil suprimir un libro desagradable como lo suprimió Bossuet al conseguir del Consejo del rey la quema de los 1.300 ejemplares de la *Historia crítica del Antiguo Testamento*. Cuando se trata de un eclesiástico, la Iglesia todavía puede aplastarlo con sus censuras e indirectamente sitiarlo por hambre; pero tratándose de un laico, la cosa varía; en todo caso, el libro queda y hay que contar con él. Como última *ratio*, la Iglesia ha recurrido al medio del Índice. La autoridad, como dice *** en la *Revue Bleue*, se dirige a sus subordinados y les habla como cierto personaje de Molière: «Yo no puedo hacerle mudo, y todo lo que puedo hacer en vuestro servicio es poneros sordos si queréis.» Claro es que no quieren, y como ya no estamos en los tiempos en que Paulo IV revocaba todos los permisos relativos al Índice, mientras Felipe II decretaba la pena de muerte contra todo vendedor, comprador o simplemente lector de una obra condenada, no hay que asustarse demasiado.

Se dirá, quizá, que la vigilancia es necesaria y que no se puede abandonar la fe de los simples a todas las empresas, siendo el derecho de toda sociedad intelectual o religiosa el señalar las obras que no responden a sus doctrinas o a su espíritu. Es verdad, y en teoría hay que reconocer que tienen razón los que así piensan. La desgracia es que en la práctica tal teoría es casi inaplicable, dada la multitud de obras malas o peligrosas que se publican diariamente. Por otra parte, si la

autoridad religiosa tiene el derecho, y a veces el deber de advertirnos contra los libros peligrosos, no hay razón para ejercitar ese derecho por medios que descalifican y desalientan a los trabajadores sin dejarles posibilidad de explicación ni de defensa.

El Indice no distingue entre obras y obras; lo mismo pega contra los ateos y paganos, heresiarcas y cismáticos, que contra los que suscitan dudas sobre tal o cual punto de nuestras creencias, o aquellos a quienes sólo se les ha escapado un error o un lapsus. El Indice es como un Infierno en que no hay más que un solo círculo, en el que entra todo el Purgatorio y hasta una parte del Paraíso; lo mismo aplasta a Calvino que a Galileo, a Lutero que a Lasserre, al barón Holbach que a Pablo Viollet, a Renán que a Loisy, al marqués de Sade que a Fogazzaro, a Spinoza que a Laberthonnière; y como está expuesto uno en el Indice, no sólo por un libro, sino por un capítulo, por una página, por una frase y hasta por una palabra, es estupendo que pueda haber en el mundo una sola obra no incluída en el Indice.

Supongamos un autor, caso que se ha presentado frecuentemente, que consagra toda su vida a este pensamiento: «La fe desaparece, la religión pierde su popularidad; se miran las creencias católicas como pueriles fantasías de falsos místicos, sueños inefables o devotas explotaciones; voy a tratar de remontar esta corriente, mostrando que entre la Iglesia y la sociedad moderna es fácil la armonía.» Nuestro autor acomete y acaba tan magno trabajo, mucho más útil que el de compilar exclamaciones piadosas o coleccionar vidas de santos inverosímiles, y se pasa diez años recogiendo materiales, estudiando documentos y confrontando textos; se gasta 12.000 francos, todo lo que tiene, para publicar su obra en tres volúmenes, obteniendo el *imprimatur* del obispo competente; pero entre aquella enorme cantidad de afirmaciones y argumentos se le escapa un error involuntario que el teólogo examinador no ha notado (una falta de imprenta basta). ¿Qué ha ocurrido mu-

chas veces? Sin ninguna advertencia, aquel escritor católico, sumiso, entusiasta, que no desea más que el bien y la salvación de las almas, sacrificando su labor, su vida y su fortuna, es condenado sin apelación, sin ser oído, sin que le digan siquiera las expresiones, o las lagunas o el error en que haya incurrido; y a causa de una línea tendrán que desaparecer páginas admirables y excelentes demostraciones, perseguidas como blasfemias a los ojos de los fieles; y el pobre autor, ignorante del motivo de su condena, tendrá que retirar su obra del comercio y de toda biblioteca, alejándola de la vista de toda clase de lectores. Jesús, sin embargo, se ha dignado enseñar a sus discípulos cómo deben reprimirse los escándalos (Mateo XVIII, 15; Luc. XVII, 3): «Si tu hermano pecare contra ti, vé y redargúyele entre ti y él solo; si te oyere, has ganado a tu hermano; mas si no oyere, toma contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Y si no les oyere, dilo a la Iglesia; y si no oyere a la Iglesia, tenle por étnico y por publicano.» Así obra la gran caridad del Salvador, la que busca la oveja extraviada, para que no se pierda definitivamente.

Por falta de estas precauciones vemos frecuentemente condenadas obras vigorosas y originales, mientras que folletitos insignificantes, bañados en agua de rosa, oliendo a beatería de mala ley, ostentan en sus cubiertas laudatorios *imprimatur*. Y no contentos con condenar las obras peligrosas o que quieren señalarse como tales, se condenan también en bloque todas las obras de un autor, se las condena aun antes de que hayan aparecido. ¿No es odioso condenar así a los hombres al suicidio intelectual y descalificar escritos que ni siquiera han aparecido? Añádase a eso que el tribunal condenador no ofrece, por sí mismo, ninguna garantía: en la fecha en que *** escribió el artículo que extractamos (10 de Enero de 1909) no había, para juzgar los miles de libros, heterodoxos o no, publicados en Francia, más que dos consultores franceses, religiosos, naturalmente. ¿Qué competencia pueden ofrecer esos dos hombres, llama-

dos a juzgarlo todo, desde la filosofía hasta la filología, ciencias, artes y literatura, y que, además, son personajes ocupadísimos en otras cosas, puesto que uno, el P. Pío de Langogne, capuchino, es dignidad de su Orden, y el otro, el P. Dehon, es superior general de la suya?

La comparación de los libros condenados y los indemnes produce justificadísima impresión de asombro y estupefacción. Muchos consideran el catálogo del Índice como colección de los peores libros; es un error profundo, pues hay libros que figuran en el Indice simplemente como inoportunos. Así la Congregación ha prohibido rigurosamente las obras que sostienen la igualdad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, las que tratan de la verdadera forma del capuchón de San Francisco, y hasta el libro de un sabio religioso en favor del culto del Sagrado Corazón. La condenación del libro de M. P. Bureau, el eminente profesor del Instituto católico de París, *La Crisis moral de los tiempos nuevos,* es uno de los hechos más lamentables de este modo de hablar. El libro estaba ya en su séptima edición, cuando notaron que contenía numerosas y demasiado duras verdades. El Consejo de obispos, protectores del Instituto, decidió que se examinara la obra; Bureau se declaró dispuesto a hacer en ella todas las correcciones que la autoridad religiosa creyera necesarias; designados dos censores, se pusieron a estudiarla, cuando un día, sin aviso previo, con sorpresa del autor y del episcopado, la Congregación romana del Índice inscribió el libro en el catálogo de los prohibidos.

Este caso recuerda el de Saint-Georges Mivart, condenado por el Índice, con promesa formal de que, pasados cinco años, le harían saber los motivos de su condena; pasado este plazo, no le dieron a conocer nada; ante semejante deslealtad, Saint-Georges Mivart dejó la Iglesia y murió poco después sin volver a ella. La condena de Andisio, a quien se hacía responsable de los errores que había expuesto para refutarlos, y la de Rosmini, son también dignas de ser recordadas.

Desde la reciente reorganización de las congregaciones romanas, el Indice tiene, sobre sus atribuciones para condenar los libros denunciados, la misión de buscar los escritos que deben proscribirse sin esperar la denuncia. Ahora bien; las estadísticas de la librería estiman en varios cientos de millar el número de volúmenes que se publican anualmente en el mundo. Si la Congregación cumpliera este deber, su tarea sería inmensa, y el Santo Oficio requeriría un ejército, un verdadero ejército de lectores; sus oficinas serían el mayor ministerio del mundo, y el palacio del Vaticano no bastaría para alojar la producción libresca de una década.

El Indice no puede, pues, tener sino una eficacia relativa. Las pocas obras denunciadas a la Congregación no son nada al lado de los cientos de miles que circulan sin conmoverla, y menos aún al lado de la prodigiosa publicidad de la prensa periódica. ¿No es pueril estigmatizar media docena de libros que se presumen peligrosos, cuando puede verse su análisis y su doctrina en toda clase de revistas y periódicos? Estamos en un tiempo en que el diluvio de papel impreso sumerge al mundo. Querer captar y clasificar al azar de indicaciones suspicaces algunas gotas de este océano, es tan vano como ridículo, cuando no es absolutamente peligroso, pues el éxito trae la denuncia, y ésta, casi fatalmente, la condena. ¿Quién puede jactarse de escribir un libro sin una frase errónea, aventurada o inoportuna? El mejor medio de tener paz para un católico, sería no escribir nada, achicar su alma, suspender su pensamiento, como arpa inútil, de los sauces del camino; pero esa paz es el *in pace*, la muerte de toda franqueza, de toda inteligencia, de toda cultura, de todo progreso.

En una sociedad en que los fieles, sometidos a la autoridad de la Iglesia, formaran la inmensa mayoría, y donde sólo aparecieran, a raros intervalos, las obras peligrosas para la fe y las costumbres, una sentencia que cogiera el mal en sus comienzos, quizá pudiera contener su desarrollo; pero ni estamos, desgraciadamente, en esta sociedad, ni el procedimiento está

acreditado como seguro. La literatura impía o licenciosa en el siglo XVIII, la de Voltaire, Rousseau o Diderot, acabó, a pesar de todas las censuras, por hacer estallar la Revolución; la *Vida de Jesús*, de Renán, agobiada desde su aparición por toda clase de condenas, ha visto crecer su éxito hasta el punto de que no se cuentan ya sus ediciones. Hoy se lee todo, se discute todo y se critica todo; los decretos prohibitivos irritan porque condenan sin aclarar nada. ¿Quién se atrevería a decir que las condenas del abate Loisy, de Fogazzaro, del P. Laberthonnière o de Leroy han engendrado la paz? Lo que han hecho es trastornar muchas almas y aumentar la turbación y el desaliento.

Para probar que el dogmatismo católico es hostil a la libre investigación, basta abrir el catálogo del Indice y ver en él, no sólo las condenas contra Copérnico, Kepler, Foscarini, Galileo, etc., sino las de los más ilustres representantes del genio moderno: Montaigne, Descartes, Pascal, Montesquieu, Malebranche, etc., de modo que ha podido decirse que la ciencia y la filosofía son para el católico lo que la belleza de una mujer para los frailes de la Edad Media: el Índice los espera en el camino que conduce a esa belleza peligrosa y los impide acercarse a ella.

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Las teorías del conde de Gobineau.—Durante su vida, Arturo de Gobineau fue el más desconocido de los filósofos, el más ignorado de los historiadores: era un literato de afición, maniático tranquilo, a quien su fortuna y los ocios de una carrera poco absorbente permiten hacer imprimir, de cuando en cuando, volúmenes amazacotados, que hasta sus mejores amigos no se atreven a hojear. Apenas muerto, se hizo célebre, y hoy el gobinismo hace furor. Ya en vida, los pocos hombres eminentes que se habían interesado por sus ideas, sin haber

leído sus libros, se llamaban el conde Prokesch, el príncipe de Bismarck y Ricardo Wagner, tres alemanes. No tardó en fundarse una Sociedad consagrada al estudio y a la difusión de sus obras, la *Gobineau-Verein,* presidida por el profesor Schemann; Kretze escribió su biografía, y Nietzsche sufrió bastante su influencia; más tarde, Francia lo descubrió a su vez, y Ernesto Seillère, en su *Filosofía del imperialismo,* no vacila en afirmar que el conjunto de doctrinas que llevan ese nombre tiene a Gobineau por inventor; Boisjolin y Vacher de Lapouge, demócrata y humanitario uno, y aryanista y antisemita otro, se declaran sus discípulos; el antropólogo Ammon amplía, con nuevos descubrimientos, la tesis de la desigualdad de las razas humanas; Monod, escribe su biografía; Roberto Dreyfus, en su *Vida y profecías del conde de Gobineau,* le consagra un estudio imparcial y penetrante, y todas las Revistas le dedican artículos más o menos profundos: su fama, consagrada así en Alemania y Francia, pasa a las demás naciones, y en la *Nuova Antología* y en la *Nineteenth Century,* Decio Cortesi y Arturo S. Herbert resumen sus doctrinas que O. de B. resume a su vez en la *Revue Hebdomadaire.*

¿Cómo explicar que tantas naciones, después de haber llegado al apogeo de su prosperidad y de su gloria, se hayan debilitado y disuelto, sin casi dejar huellas? Aquí es la civilización pelásgica, que floreció en Micenas y en Creta, mil quinientos años antes de Jesucristo, siglos antes de la invasión de los helenos; allá la civilización sumeria que se desarrolló en Mesopotamia hace miles de años, antes de la llegada de los asirios y de la fundación de Nínive y de Babilonia; y tantas y tantas otras. Muchos historiadores filósofos han querido darse cuenta de estos florecimientos y estos hundimientos, ya por el excesivo desarrollo del lujo y de los vicios, ya por la decadencia de las creencias religiosas o su exacerbación hasta el fanatismo, ya por desastres militares, malos gobiernos o rivalidades de naciones más enérgicas. Gobineau demuestra que ninguna de esas explicaciones vale nada; que muchas nacio-

nes, víctimas de uno o varios de esos males, no han sufrido apenas por ellos, y que otras, en cambio, se han desmoronado bruscamente, sin haber presentado ninguno de los síntomas de degeneración cuya lista han formado los sociólogos y los historiadores. Cien años antes de la Era cristiana, Roma conocía ya el exceso del lujo y todos los vicios de las civilizaciones decadentes, y, sin embargo, ha proseguido la conquista del mundo, conservando, durante cinco siglos, su hegemonía; el Imperio bizantino se ha sostenido, durante más de mil años, a despecho de las más terribles invasiones de los godos, de los eslavos, de los persas, de los árabes, de los mongoles y de los turcos; ha conocido períodos gloriosos en tiempo de Justiniano, en tiempo de Mauricio y de Heraclio, de Nicéforo Focas y del gran Basilio II; y, sin embargo, desde su nacimiento, parecía amenazado a la vez por todas las causas de ruina antes enumeradas; si el escepticismo religioso bastara para explicar la decadencia de los pueblos, ¿cómo comprender que la incrédula Roma haya conquistado y conservado tan largo tiempo el imperio del mundo, y lo haya perdido precisamente cuando el Cristianismo acababa de regenerarla, en la edad de oro de los PP. de la Iglesia y de los oradores sagrados? ¿Cómo explicar que Inglaterra haya pasado al primer rango de las naciones, precisamente en el siglo XVIII, cuando atravesaba un período de escepticismo y de indiferentismo, del que John Wesley, primero, y luego Usey y Neuman iban a hacerla salir? Y si es la intolerancia y el fanatismo los que empujan al abismo a los imperios, ¿hay razón para citar a España, en ese caso, como lo hacen Taine y Pablo de Saint-Víctor? El período de la historia española en que la intolerancia llega a su apogeo; el período que ha visto la proscripción de los judíos, el destierro de los moriscos y el suplicio de las nueve décimas partes de las víctimas de la Inquisición, es precisamente la época en que España ha conquistado la mitad de Europa y América, ha ejercido indiscutible hegemonía y ha visto florecer sus mayores poetas y sus más grandes artistas: Hurtado de Mendoza,

Garcilaso, Ercilla, Tirso de Molina, Cervantes, Lope, Calderón, Alarcón, Zurbarán, Ribera, Velázquez, Murillo, etc. ¿No sería también temerario afirmar que Francia, en tiempo de la revocación del edicto de Nantes y de la dispersión de los solitarios de Port Royal, había llegado al último grado de la decadencia y de la decrepitud? El siglo de Luis XIV, a pesar de lo que hoy enseñan muchos manualetes, es una de las más altas cimas de la historia de Francia.

Según Gobineau, la etnografía es la única que puede enseñarnos la verdadera filosofía de la historia. Un gran pueblo es un pueblo que pertenece por completo a una raza superior, y que se preserva celosamente de toda mezcla, un pueblo de sangre pura, en una palabra. La mutización; ese es el enemigo. Gobineau divide la humanidad en tres razas primordiales: blanca, amarilla y negra. Para él la raza blanca habría habitado originariamente el Asia Central; la negra, el Africa y el Asia Meridional, y la amarilla, América, opinión que le es completamente particular. Luego vino el período de las grandes migraciones: los amarillos, atravesando a pie enjuto los témpanos del golfo de Behring, se derramaron por Asia, y algunos pasaron al Sur de Europa. Los blancos invadieron Europa y el Asia Meridional, chocando en estas regiones con pueblos de raza negra que vencieron, y con los que se condujeron de diversos modos: en la India, los aryas conquistadores supieron preservar la pureza de su sangre, constituyendo una casta cerrada que reinó sobre las poblaciones negras y mestizas; los antiguos persas, al rechazar las tribus indígenas, se mantuvieron también mucho tiempo como nación blanca de sangre casi pura; pero al S. O. otros blancos, menos rigoristas que los aryas y los iranios, se cruzaron algo con los negros aborígenes, y de estos cruzamientos nació la raza semita, en que domina el elemento blanco.

La raza blanca es infinitamente superior a las otras dos: sólo ella posee el genio creador, el espíritu de invención; sólo ella puede desarrollarse y progresar indefinidamente; sólo ella tiene

el espíritu metafísico, el sentimiento del honor, el entusiasmo por las nobles causas. Los amarillos son prudentes, tenaces, previsores y no faltos de sentido práctico; pero su alma es vulgar y baja, y su espíritu es incapaz de elevarse más allá de la observación inmediata y del más grosero empirismo; entregados a sí mismos, serían incapaces de alzarse a la altura de una civilización; todo lo que han podido hacer de grande y hermoso los chinos y los japoneses lo deben a cruzamientos de sus antepasados con pueblos de raza blanca. El negro, en fin, estúpido, grosero, inconstante y violento, pertenece a una raza completamente inferior; tiene pasiones más vivas y apetitos más imperiosos que el amarillo; su imaginación es mucho más viva, y junta con su extrema impresionabilidad, le da instintos artísticos más acentuados que los de la raza mongólica.

Por superiores que sean los blancos, sus cruzamientos con estas razas inferiores (con tal que el elemento blanco continúe predominando en alto grado), pueden crear o desarrollar en ellos ciertas cualidades: la sangre negra exalta su imaginación, desarrolla sus gustos artísticos y perfecciona algunos de sus sentidos; la sangre amarilla les da más paciencia, más tenacidad y el sentimiento de la disciplina, de que suelen carecer los blancos de raza pura.

Siendo la raza blanca superior a las demás, y la raza negra inferior, las naciones formadas por pueblos de raza puramente blanca serán evidentemente más enérgicas, más inteligentes y más nobles que aquellas en que la sangre blanca ha sido fuertemente adulterada; éstas serán superiores a su vez, a las naciones constituídas únicamente por la raza amarilla o por mezclas de amarillos y negros; y las naciones de raza puramente negra seguirán siempre en el grado ínfimo de la escala.

Pero una vez que las naciones se han constituído y han empezado a representar su papel en el escenario del mundo, su existencia se encuentra regulada por una ley nueva que se puede llamar la ley de constancia o de fidelidad a los orígenes:

blanca, amarilla, negra o mestiza, el punto esencial para una nación debidamente constituida es permanecer conforme a su tipo original y no cruzarse a ningún precio con pueblos de raza diferente. Las leyes y la constitución que se ha dado, la actitud que ha adoptado frente a los demás pueblos, el género de civilización que se desarrolla y florece en su seno, los fines a que tiende, el sentido general de su evolución histórica, todo es forzosamente conforme a su origen étnico, a sus herencias, todo está condicionado por ellas. Una nación no puede conservar su equilibrio y su buena salud, sino cuando la misma sangre continúa corriendo por sus venas; en cuanto recibe un aflujo de sangre extranjera que modifique sus proporciones étnicas, fatalmente cae en la anarquía; sus leyes, sus costumbres no la convienen ya, sus aspiraciones son las mismas y reniega de sus tradiciones nacionales; el armazón que la había hasta entonces mantenido, cruge por todas partes y se descompone; necesita buscar a tientas en medio de disturbios y peligros, un nuevo estado social y político que corresponda a su nuevo temperamento.

Roma atravesó esta crisis terrible durante el último siglo de la República. Era una nación de raza blanca algo matizada de amarillo; a consecuencia de sus grandes conquistas recibió enorme aflujo de sangre negra o semita: esclavos, libertos, soldados, artesanos venidos de Asia y Africa afluyeron a aquella Italia que al mismo tiempo se veía abandonada por gran número de sus hijos, desparramados por todo el mundo conocido; la vieja raza italiota, blanca o poco mongolizada, enérgica, tenaz, sobria, disciplinada, práctica y poco amiga de las artes, desapareció y fue reemplazada por una nación mestiza en que el elemento negro se afirmaba fuertemente; nación ardiente, inconstante, impresionable, sensual, incapaz de gobernar a los otros ni de gobernarse a sí misma. Las naciones escogidas son, en general, poco numerosas: como los helenos y los romanos, son pequeñas tribus belicosas que conquistan vastos países y esclavizan a sus habitantes, felices cuando tie-

nen el valor de prohibirse todo cruce con las razas vencidas, como lo hicieron los aryas y los persas, después los espartanos en Laconia y hoy los ingleses en sus numerosas colonias. Las familias conquistadoras que se han preservado de toda alianza, forman naturalmente una oligarquía que gobierna la masa de los indígenas y de los mestizos, como ha sucedido en Méjico hasta estos últimos tiempos bajo la dictadura de Porfirio Díaz, y esto, según Gobineau, constituye un estado social excelente; pues la caída de las aristocracias y la instauración del gobierno democrático es sencillamente la ruina de las pequeñas naciones superiores y el desquite de las razas vencidas. Hoy todas las razas se mezclan, todas las aristocracias se hunden, el nivel igualitario aplasta a los escogidos, la humanidad se vulgariza y todo va de mal en peor. Gobineau es un pesimista decidido, disgustado del presente y espantado del porvenir.

Otra teoría de Gobineau es la división de las naciones en *masculinas* (formadas por una mezcla de blancos y amarillos) y *femeninas* (mezcla de blancos y negros o de amarillos y negros). Entre las naciones masculinas, cita a los romanos, los chinos y los germanos; entre las femeninas, los indios, los asirios, los egipcios, los romanos del Imperio y las naciones latinas de hoy. No criticamos; nos hemos querido limitar a ser meros expositores de las doctrinas de Gobineau, y sólo añadiremos que organismos tan complejos como los que constituyen una nación no pueden explicarse por una sola causa, sea ésta la que quiera; pues siempre son muchas las que determinan su grandeza y su decadencia.

COSTUMBRES

Las transformaciones de la publicidad.—Aunque se dice que «no hay nada nuevo bajo el sol», hay que convenir en que con el tiempo muchas cosas han cambiado extraordinariamente, y una de ellas es la publicidad, como dice Max Tur-

man en la *Revue Hebdomadaire*, de París. El reclamo es viejo sin duda, sobre todo en los periódicos. Hojeando la colección de la *Gazette de France*, tropezamos, por ejemplo, con la siguiente cartita que no es más que un anuncio hábilmente hecho de las aguas minerales de Forges:

«De Saint-Germain en Laye, 2 de Julio de 1631.

»La sequedad de la estación ha aumentado mucho la virtud de las aguas minerales, entre las cuales, las más generalmente usadas aquí son las de Forges. Hace treinta años que el gran médico Martín las puso en boga; el rumor del vulgo las aprobó. Bonnard, primer médico del rey, las ha llevado al más alto punto de reputación que su gran experiencia, capacidad y fidelidad puede dar a lo que lo merece para con S. M., que las bebe aquí por precaución, y casi toda la corte, siguiendo su ejemplo.» ¿Eran ya maestros de bombo los gacetilleros de 1631?

Desde hace medio siglo, sin embargo, la publicidad ha adquirido tales vuelos, que el anuncio de hoy difiere del antiguo tanto como nuestros rotativos de doce páginas de los modestos diarios de la época revolucionaria. El tipo moderno de la publicidad ha nacido, como era natural, en América, dando lugar a una verdadera industria, antes desconocida, y llegando a tal desarrollo que realmente asombra. Un especialista muy documentado, Arren, evalúa en unos *cinco mil millones* de francos la suma gastada anualmente en publicidad por los yanquis, sin que se haya, ni mucho menos, llegado al límite, pues de año en año la cifra aumenta en progresión tan constante como enorme. Fairbank y Compañía, fabricantes de balanzas, gastaban en publicidad, antes de la guerra de Secesión, 3.000 dolars al año; hoy gastan 750.000, más de dos mil duros diarios. El creador del jabón Sapolio, que hace sólo unos años consumía anualmente en gastos de reclamo 30.000 duros, gasta hoy mil duros diarios. Recientemente, un «gran almacén» envió a su clientela catálogos que pesaban cuatro libras, con más de mil páginas de grabados. Sólo de portes costó el envío de este

catálogo 640.000 duros. Las principales casas de novedades americanas tienen presupuestos de publicidad formidables: la casa Marshall Field, de Chicago, ocupa el primer puesto, con 3.500.000 francos anuales; los establecimientos Wanamaker la siguen con una cifra de dos millones y medio. Los Grandes Almacenes de Nueva York gastan juntos al año diez millones en el servicio de anuncios y reclamos, que representan el 4 por 100 de sus ventas, doble de lo que pagan por el alquiler de sus Almacenes y no mucho menos de lo que invierten en personal de empleados. Una fábrica de «navajas de afeitar de seguridad» ha llegado a vender seis millones de navajas, gastando en publicidad 750.000 francos; y para extender su venta por el extranjero, ha elevado su presupuesto de anuncios a un millón. Tomás Beekans ha invertido en los anuncios de sus píldoras un millón de libras esterlinas, 25 millones de pesetas. Y así podría hacerse una lista interminable.

Y, sin embargo, lo mismo Arren que Turmann creen que la publicidad está todavía en la infancia. Y no se equivocan, si piensan que los anuncios de todas clases, abundantes en cierta clase de artículos, apenas son utilizados por otras muchas industrias todavía. Lo que demuestra el poder del reclamo es que en cuanto un individuo, más atrevido o más ingenioso, lanza su artículo en determinada rama de la industria, sus competidores tienen que apelar al mismo recurso, quieran o no quieran, para no verse arruinados, y así, poco a poco, todos van entrando en la corriente. Esta invasión de la publicidad no respeta nada, ni las paredes de las ciudades, ni los sitios más pintorescos de nuestras montañas. Los Gobiernos, al acecho de rendimientos para el fisco, sacan partido de la situación, cobrando derechos por los anuncios, y los grandes órganos de la publicidad, revistas y periódicos, obtienen su ingreso más saneado de la distribución de la fama a golpes de bombo. El reclamo es hoy una ciencia con su técnica propia, y un arte que utiliza todos los recursos del grabado y de la litografía.

La especie de publicidad que llega más directamente, si no más eficazmente, al público, es indudablemente el cartel, que realiza el objetivo de Emilio Girardín: «La publicidad debe ser vista sin ser mirada.» Nada más cierto, con esos inmensos carteles multicolores, a veces hasta artísticos, en que nos vemos obligados a leer, queramos o no, el nombre de tal almacén o de tal producto. No es cosa fácil componer un cartel que influya prácticamente en la venta de un objeto. Antes, dibujos y textos solían estar recargados; mucho que ver y mucho que leer, a veces bien hechas ambas cosas; pero «no resultaba» el negocio. Hoy se tiende cada vez más a la simplicidad: dos o tres palabras sugestivas, y una ilustración sobria del artículo que se quiere despachar: ese es el ideal.

En esta materia, Sabatier, que dirige hace muchos años el servicio de publicidad del «Chocolate Menier», ha confiado interesantes observaciones a Arren. Las cualidades que exige en su anuncio son: 1.ª Extremada sencillez de líneas en el dibujo, y, por consiguiente, reducción del número de personajes a la unidad, si es posible. 2.ª Reducción del texto a una corta fórmula, lapidaria y enérgica, y, si el nombre es suficientemente conocido, simplificación todavía más radical, con el solo enunciado de ese nombre. Así se llega á grabar el anuncio en la memoria de todo el mundo, que es lo que se busca.

El anuncio debe obrar por obsesión. No se trata de persuadir al lector, sino de ponerle a la vista con la mayor frecuencia y lo más visiblemente posible, los mismos nombres propios, siempre acompañados de la misma fórmula laudatoria o explicativa. El procedimiento es de éxito infalible. Véase un caso: un amigo de Turmann llega á París el verano pasado; corre de aquí para allá, como todo el mundo, por el Metropolitano, y lee y relee, como todo el mundo, los carteles de las estaciones y vías subterráneas; un nombre de licor se le ofrece constantemente a la vista; y de tal modo le obsesiona, que en el primer café en que entra para refrescar, pide maquinalmente el licor anunciado, sin ocurrírsele pedir ningún otro.

Esta influencia de la misma palabra vista incesantemente, es conocida de cuantos se ocupan de publicidad, y Veber la ha anotado ingeniosamente en su pieza *Quien pierde, gana:* «FARJOLLE (tendiendo un periódico a Emma):—Mira. ¿Qué lees ahí en letras gordas?—EMMA: Pastillas Bolard. Las conozco. Las tomo cuando estoy acatarrada.—¿Y cura eso?—Nunca.—¿Por qué entonces las sigues tomando?—¡Qué sé yo!—Las sigues tomando porque ves en letras gordas, cada vez que abres el periódico, «Pastillas Bolard».—Es verdad».—Ese fenómeno es lo que se llama publicidad. Los que compran pastillas, creyendo que con ellas van a curar sus catarros, constituyen el público. Farjolle exagera, sin duda, pues el producto anunciado, por el hecho solo de los gastos de anuncio, tiene que ser cosa buena, en general, porque de otro modo, podrá motivar una venta, pero no la persistencia de ventas necesaria para cubrir gastos.

No basta que un cartel esté bien hecho, si no se busca además el sitio a propósito para exponerlo a la atención de los transeúntes. Nada mejor al efecto que los telones de los teatros y las vallas de las calles frecuentadas, ante los derribos o reconstrucciones. Arren cuenta a este propósito una aventura, que demuestra hasta dónde llega el atrevimiento de las empresas anunciadoras: un anticuario del barrio Drouot que, como sus compañeros, suele cerrar su tienda en Julio y Agosto, al regresar a París inesperadamente por la Asunción, se encontró con que su casa estaba tapada por una gran empalizada cubierta de anuncios; era que a los dos días de su marcha unos carpinteros se presentaron, y diciendo que tenían órdenes, levantaron sus andamiajes, que no tardaron en verse cubiertos de anuncios; como no tocaban a la casa, y la entrada quedaba libre, el buen portero les dejó hacer sin preocuparse de la cosa; denunciado el hecho, el empresario, que había explotado aquel sitio sin autorización, fue condenado por estafa.

Otro medio, también muy utilizado, es el de los hombres-sandwichs, que se pasean con sus carteles a la espalda o con sus estandartes o armatostes de todo género al viento; estos anun-

cios semovientes son muy eficaces, pues son muy visibles y llaman la atención, por su desplazamiento, del mayor número de transeuntes. Por eso se ha recurrido también a los anuncios luminosos, cuyas letras flameantes se destacan en plena noche sobre las fachadas o los tejados de los edificios. Si además se refuerza el estímulo del transeúnte, ofreciéndole vistas o escenas animadas que le retengan mientras se intercalan los anuncios, la eficacia es mayor, aunque este medio, que hace años estuvo muy en boga, parece abandonado, quizá por lo costoso o porque se iba gastando.

Al lado del cartel, en sus múltiples formas, está el anuncio de los periódicos. La composición y la redacción son de importancia capital. En este punto, los países latinos distan mucho de igualar a los germánicos, y sobre todo a los anglosajones. Nuestro público no lee los anuncios con el cuidado que el inglés o el americano. En nuestros periódicos hay que ganar la atención por sorpresa y a pesar del lector. De ahí los tres procedimientos corrientes: el eco de primera plana, disimulado entre varias noticias; el artículo que se lee sin sentir hasta que uno se entera de que es un reclamo, y el anuncio que se impone por su masa o por la originalidad de su ilustración.

Este último procedimiento, que constituye el anuncio propiamente dicho, se presta a todo género de empresas. Su principal inconveniente es que sólo dura un día, salvo los contenidos en Revistas que se conservan y coleccionan, en las que el anuncio es de efecto permanente. Para que se lea, es indispensable que el anuncio sea corto y claro; hay que tratar de transformar el deseo o necesidad latente de un consumidor en acto efectivo de compra; para ello hay que indicar las ventajas del artículo y sus aplicaciones. Pero no basta que el anuncio esté redactado con habilidad, si no se ve bien. «Ser notado, dice con razón Pigier en su *Curso práctico de publicidad,* es ya un principio de éxito.» Para que este principio persista, es preciso mantener la atención hasta el fin. Hay, pues, que procurar que el anuncio sobresalga entre los demás, atrayendo al

paso la atención, y una vez atraída, la fije, obligando al lector a enterarse.

Frecuentemente, el reclamo se esconde en primera o segunda página, para coger de improviso al lector. Por otra parte, en los Ecos de sociedad se suele hacer intervenir a tal o cual personaje, que declara se sirve del producto recomendado, y claro es que el anunciante cuenta de antemano con que no han de desmentirle. Este silencio no es gratuito, y hasta se dice que hay individos de familias reinantes que se prestan a este juego de anuncios; en *Roi* sale a escena el hecho, y el portavoz de Caillavet, Flers y Arene, cuenta que fue encargado por una casa de la calle de la Paix, de ofrecer 25.000 francos a una reina si consentía en no lavarse los dientes sino con los «Polvos de las Musmeas;» la reina rehusó pidiendo 50.000, que la casa tuvo que entregar, no sin producir desavenencias en la familia real, que quería disfrutar de los beneficios obtenidos por el obsequio de la casa anunciadora. Esto podrá ser un cuento; pero lo indiscutible es que los personajes de todo género, políticos, artistas y literatos, se prestan complacientemente a estos anuncios en que sirven de cimbel mediante especies contantes y sonantes, aplicando a veces la suma percibida a obras de beneficencia, como lo hizo Coquelin con los 300 francos que le dieron por servirse de *Onoto* para un autógrafo de anuncio. Según Arren, nada da mejor resultado para lanzar un negocio de sitio de baños o de aguas minerales, que atraer a personas célebres y hacer el reclamo luego con sus listas. Hace unos diez años lanzó así una empresa el negocio de La Ciotat, junto a Tolón; durante varias estaciones ofreció gratuitamente magníficas *villas* amuebladas con lujo a las notoriedades del arte y de la literatura, y así ha logrado fijar la atención y asegurar el éxito.

Otra forma de publicidad, practicada en América, y que empieza a introducirse en Europa, es lo que llaman los yanquis el *mail schopping*, la venta por correo. Las casas que se dedican a este negocio no tienen almacenes para la venta al publi-

co directamente; reciben los encargos por correo, y los sirven lo mismo. Claro es que todo el negocio estriba en la publicidad: anuncios, carteles, catálogos, circulares, todos los medios necesarios para que el público se entere de los artículos en venta y de sus condiciones. En los Estados Unidos, donde viven muchas familias lejos de los grandes centros, tienen estas casas inmensa clientela; sólo en Chicago se hace un negocio anual de dos mil quinientos millones, según Arren, por este procedimiento. La organización de estas casas es curiosa: diariamente se reciben millares de cartas, que se abren por paquetes de cincuenta a sesenta, cuyos bordes se apoyan en una rueda de esmeril que en un momento los roza; de allí pasan a una sala donde cien obreras sacan las cartas de los sobres y las clasifican con alfileres por paquetes según los pedidos; de allí pasan a otra habitación, donde quinientas mecanógrafas inscriben a máquina los pedidos en facturas, remitiendo cada factura a la sección correspondiente, y enviando la carta original a los archivos, donde otras doscientas obreras las colocan en las carpetas correspondientes; todo esto se hace con el mayor silencio, por medio de tubos pneumáticos y con perfecto automatismo. Parece aquello una escuela de sordomudos. El catálogo de una de estas casas (Sears Roebuck and C° de Chicago) pesa cerca de dos kilos, con 1.200 páginas a tres columnas, y contiene la descripción de casi todos los objetos de que puede servirse la humanidad; el envío por correo importa 3.200.000 francos de sellos. Esto sólo puede hacerse en un país donde hay 55 millones de personas que viven lejos de las ciudades, y que necesitan surtirse de todo para vivir cómodamente.

Este catálogo no suele enviarse más que a los clientes, y para aumentar el número de compradores, estas casas se sirven de anuncios que tienden, no a propagar una marca, sino un encargo inmediato o por lo menos una carta que permita entrar en relaciones con el firmante o con otro cliente nuevo. Y aquí entramos en el *follow up system* o método de la acción directa y seguida, por la obtención de nombres y señas de nue-

vos clientes posibles. Obtenidas las señas, el industrial comienza el asalto del nuevo cliente, enviando circular tras circular y catálogo sobre catálogo. El ingenio que los especialistas derrochan en estos ataques es asombroso.

Desde luego, el organizador de la publicidad necesita formarse un plan y proceder con arreglo a él como un general en una campaña: un producto de lujo requiere ser anunciado en publicaciones que reciban las clases ricas; un artículo de consumo general debe utilizar los carteles y la prensa diaria. El modo de publicidad debe adaptarse así a la naturaleza del producto y al espíritu de la clientela, buscando sus flacos para triunfar de sus resistencias. Sabido es, por ejemplo, que los hijos en la sociedad moderna son los tiranos de las familias; pues si se quiere lanzar una marca de chocolate, se meten en cada paquete dos o tres sellos extranjeros, y en seguida los filatelistas de la casa, que nunca faltan, se hacen propagandistas de aquella marca. ¿Se quiere llevar a las madres a tal o cual almacén? Pues se obsequia a los niños con globos o cromos o juguetitos anunciadores que van pregonando por la ciudad el nombre del almacén, y aseguran la atracción de la clientela. Si se trata de hacer adoptar por las pupileras y cocineras un caldo preparado, se organiza una «degustación» gratuita, bien preparada, y se hace la propaganda del caldo. El sindicato de iniciativa de una región utiliza, para atraer visitantes, los anuncios ilustrados, la distribución de guías y los embuchados en las revistas y periódicos. Los fabricantes de específicos envían frascos, cajas, almanaques, prensapapeles, memoranda y lapiceros a los médicos para que los recomienden a su clientela. Y así sucesivamente.

Los profesionales dicen que, una vez adoptado un tipo de anuncio, no se debe modificar. Puede, sin embargo, adoptarse otras formas para no fatigar al público, y Sabatier estima que debe buscarse siempre la novedad en la forma, manteniendo el fondo siempre; la casa Menier fue la primera en utilizar los anuncios a lo largo de las vías férreas, y luego en pleno cam-

po y los kioscos luminosos después; a medida que una forma se gasta, se busca otra forma nueva. Para eso se necesita imaginación; así han nacido el *Album Mariani, Las figuras contemporáneas* y el *Salón fantástico* del *Figaro*, con bellezas conocidas en supuestas reproducciones de cuadros para hacer el reclamo de perfumerías y modistos. Los escaparates y salones son también excelentes medios de publicidad, y reciente es el caso del sastre de Londres que ha transformado la fachada de su casa en tres vitrinas vivas: una alcoba, un comedor y una sala de recepción; en la alcoba, *modern style,* entra un joven, vestido con un simple rincón-de-chimenea, se sienta en un sillón y se hace afeitar; luego un criado le quita su piyama, y nuestro snob aparece con calzoncillos de seda, exhibiendo calcetines de dibujos nuevos y ligas de colores de moda; después hace, con su ayuda de cámara, el tocado que corresponde a un joven elegante; así el público ve ensayar todas las novedades en corbatas, cuellos, mangas, tirantes, botinas, chalecos de fantasía, botonaduras, guantes, sombreros, etc. En el comedor y en la sala se exhiben escenas semejantes, y así se tiene ocasión de apreciar todas las novedades y artículos de la casa.

Todos los interesados están contextes en afirmar que los provechos de un negocio están en relación directa con los gastos de publicidad. El Sr. Coubaud, director de la explotación de Vichy-Etat, envía a Arren una estadística por años, de 1895 a 1908, de los gastos de publicidad y del número de botellas vendidas, y la progresión es constante; en 1895 se gastaron 360.000 francos, y se vendieron 9.716.118 botellas; en 1908 los gastos subieron a 1.180.000 francos, y las botellas vendidas a 23.453.880. Esta progresión no es un hecho extraordinario; es constante y normal en todos los negocios en que la publicidad ha sido bien organizada. No debe olvidarse, sin embargo—como lo hace con frecuencia el pequeño comercio,—el axioma mercantil de Barnum: «Hazlo todo por llevar al cliente a tu tienda; pero una vez dentro, sírvele bien.»

IMPRESIONES Y NOTAS

El matrimonio en la India.—En la India, el matrimonio sigue siendo todavía casi como en la antigüedad, una necesidad social que incumbe exclusivamente al jefe de la familia. En realidad, puede estimarse como un negocio del que los padres procuran sacar el mayor provecho posible. Según el último censo de población, hay 250.000 niñas de menos de cinco años que ya están casadas; 2.000.000 son esposas antes de los diez años; 6.000.000 entre diez y quince, y 9.000.000 entre quince y veinte. Hay, sin embargo, que hacer notar, que aunque el contrato es perfecto para los efectos legales, una vez cumplidas las ceremonias religiosas y civiles, las casadas no se entregan por los padres a sus esposos, sino entre diez y doce años; así es, que no es raro encontrar en la India madrecitas de trece años y abuelas de veinticinco, que lo son realmente, pues la mujer en la India, como en todos los países precoces, se gasto en poco tiempo.

***

La originalidad de Carlos Peguy.—Carlos Pegny es un autor modernista, cuya originalidad consiste en el pleonasmo; pero un pleonasmo superabundante, que se repite, salta, brinca, hace carambolas de bola a bola, por banda, de retroceso, produciendo efectos extraños y chocantes, que a veces irritan, a veces hacen sonreir y siempre resultan fatigosos. Peguy, como dice Pierrefeu, es un místico ávido del cielo y de los espacios interplanetarios, pronto a escaparse a cada instante de este mundo, pero retenido por la tierra, por el terrón que tiene bajo las suelas con clavos de sus zapatos de aldeano. Es una especie de cura de aldea, que predica, no en una catedral, sino en una capilla de pueblo; y por eso habla familiarmente, buscando en voz alta la palabra precisa hasta que tropieza con ella o con una circunlocución que le sirva para su objeto. Para

expresar su inspiración, él mismo escribe: «Siento ya la incurvación, la incurvazón general, lateral, transversal, horizontal, en las espaldas, vertical en los riñones; hay que añadir que es el encorve, la curvura, la curvatura, la inclinación del escritor sobre la mesa de trabajo.»

Para dar una idea del estilo de Peguy, véase uno de sus parrafitos: «Mi vestido y mi cuerpo (este primer vestido, este ya vestido) (y me choca, porque tengo los mismos proveedores que todo el mundo) (no hablo del cuerpo, hablo del otro, del segundo vestido, no hablo del vestido orgánico, hablo del vestido industrial, antiguo orgánico en tejido industrial, antiguo orgánico, no ya en tejido celular viviente actualmente orgánico, por decirlo así, histológico), mi vestido y también mi vestido de debajo, mi vestido de cuerpo, mis zapatos, la suela de mis zapatos, la tierra que está bajo la suela de mis zapatos, los dos pies que están en mis zapatos, las piernas que están al extremo de los pies, y por ende, el hombre que está al extremo de las dos piernas, toda mi facha, toda mi actitud, el encorvamiento comenzante de mis hombros, esa bóveda comenzante, la inclinación de la cabeza sobre la nuca, los días de fatiga y ya los otros días (pues todos los días son ya días de fatiga); pero lo bueno y consolador que hay en ello, lo que hay de maravilloso, es cómo se pasan á pesar de todo los días de fatiga... etc.

Se ha admirado mucho la *Juana de Arco* de Peguy; es una Juana de Arco que habla en la lengua de Peguy en lugar del lenguaje preciso que los documentos históricos la prestan. Así, al presentarla como visionaria reviviendo la pasión de Jesucristo, la hace decir: «Dichosa aquella que, con un pañuelo, con un verdadero pañuelo, con un pañuelo para sonarse, con un pañuelo imperecedero, enjugó aquella faz augusta, su verdadera faz, su faz real, su faz de hombre, con un blanco pañuelo blanco, aquella faz perecedera; su faz lamentable... aquella faz de sudor, toda sudorosa, toda sucia, toda polvorienta, toda llena del polvo de los caminos, toda llena del polvo de la

tierra; el polvo de su cara, el común polvo, el polvo de todo el mundo, el polvo sobre su cara, pegado por el sudor.»

¡Basta! ¿Verdad? ¿Quién puede disputar a Peguy el título de «gran latoso»?

***

La «Gioconda» y el «San Juan» de Vinci.—Hablando de la robada *Gioconda* y del *San Juan* que se ha puesto en su lugar en el Louvre, dice Peladan en uno de sus hermosos artículos de la *Revue Hebdomadaire*: «¿Dónde irá ahora el joven a aprender que la doncella no es la mujer, que el amor es santo y sublime, y que es preciso para un sér verdaderamente noble amar un alma, y que el vicio es lo contrario de la pasión? ¡La Gioconda enseñaba eso! ¡Cuánto cuesta escribir ese tiempo de verbo! Enseñaba al que salía de la cervecería el desprecio de las promiscuidades, el desdén de las bajas camaraderías: ella hablaba de pureza, de orgullo, de labor y de gloria. Después del primer momento de vértigo para el provinciano, la palabra moral era ella quien la pronunciaba. ¡Santa mujer! ¡Qué de conciencias ha removido con su mirada que ve, cuántos pecadores ha confesado y purificado, obligándoles a avergonzarse de sus faltas vulgares, comunes, canallas!»

«La sonrisa de la Gioconda es una expresión inexacta y consagrada. Yo tengo ante mí la gran fotografía de Braun, y la Gioconda no sonríe, con los labios al menos; la boca es la más cerrada que jamás se ha pintado. Ved, por lo contrario, cómo la sonrisa del *San Juan* se encuentra caracterizada, cómo levánta los pómulos y ensancha la nariz. Monna Lisa tiene una boca graciosa, pero inmóvil; tapadla los ojos, y aquella impresión de sonrisa desaparecerá radicalmente; la mirada sonríe, sí, como la de los gatos; pero en un sentido completamente diferente del ordinario; sonríe a un pensamiento y no al espectador, a quien opone ese pensamiento como un enigma. En otra parte he dicho mi asombro en Gizeh, por haber encontrado en el rostro colosal de la esfinge esa misma sonrisa de la

mirada de la Gioconda, asombro algo superficial, pues el genio humano en la misma investigación hallará siempre el mismo efecto, y la Gioconda es la esfinge moderna.»

«Si la Gioconda es la madona laica, el San Juan es el ángel diabólico, y perdónense estos contrastes que revelan un pensamiento demasiado complejo. El mismo misterio que atraía las multitudes hacia ella, atrae a los iniciados hacia él. Si Leonardo hubiese podido prever que un día su Lisa sería arrebatada del palacio de nuestros reyes, no hubiera hecho otra cosa para consolarnos y perpetuar su influencia, que este prestigioso Precursor. No olvidéis que fue su última obra, el total de su investigación, la extremidad de su pensamiento sutil, y que su mano se paralizó cuando acababa aquel brazo luminoso. Este supremo cuadro ha sido pintado en Francia, en Clos-Lucé, y para Francia. Hace veinticinco años que quemo todo el incienso de mis palabras ante esta otra esfinge. ¿No es hora de convidar a esta admiración a todos los que se sienten más solos porque esa divina mujer ha sido robada? Deploremos la pérdida de la hermana ante el hermano; hablemos de la Lisa al Precursor, a fin de que el espíritu de Leonardo no cese de inspirarnos y de bendecirnos.»

Peladan trata, de paso, de lo que son y de lo que deben ser los conservadores de museos, y dice: «En el Louvre no se trabaja; no niego que se hagan expedientes como en un ministerio, ni que haya hombres instruídos que escriban según su especialidad; digo que no conservan. Conservar es calcular la temperatura que conviene, en lugar de dejar a los celadores que caldeen a su gusto, lo que produce diferencias extremas entre las horas de guardia y las de la noche; conservar es conocer la restauración, sus recetas, es vigilar este trabajo. ¿A quién se hará creer que no se limpia sino con aceite de lino blanqueado? Y, sin embargo, cualquier otro procedimiento es funesto a los *glacis*. Un conservador no debe ser un hombre de letras, sino un médico de obras de arte. Nos burlamos mucho de los comentarios y la documentación, que, por lo demás, son

poco extraordinarios; lo que queremos es la salud y la longevidad de las obras maestras. Tomad el programa de la escuela del Louvre, y no encontraréis en él ni un solo curso práctico que trate verdaderamente de la materia.

»¿Las responsabilidades? Incompetencia práctica, indiferencia virtual; no hay exámenes, ni cursos, ni tratado sobre el oficio de conservador. La parte importante, la salvación de las obras de arte, se halla en manos de subalternos sin nombre, sin títulos. En cuanto a los dignatarios, a juzgar por sus palabras a propósito del rapto inaudito, carecen de amor. No digo que sean desdeñosos ni inconscientes de su mandato, sino que no son apasionados. Ninguno ha tenido un grito de desesperación, ninguno ha gritado de dolor ante la espantosa nueva. Ciertamente, estaban «fastidiados». Deploraban, no lloraban. No ofenderé a nadie diciendo, para concluir, que no hay en nuestro gran Museo ni químico ni místico; y, sin embargo, estos son los únicos individuos que serían útiles para él.»

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Esiste l'idea di patria e di patriottismo? Saggi di politica internazionale, per Eduardo Cimbali.—Roma, Bernardo Lux, 1912.—Precio: 4 liras.

Cada loco, con su tema. El loco de ahora es el profesor Eduardo Cimbali, a quien llamaríamos en España un *Quijote*, y la locura o quijotismo que le tiene sorbido el seso desde hace un cuarto de siglo, y sobre la cual está volviendo e insistiendo a todas horas, con predicaciones y publicaciones que se suceden tras breves intervalos de tiempo, no es otra sino la de pedir la libertad de todos los pueblos y todos los Estados, y protestar, en cambio, contra los crímenes internacionales que los más fuertes de esos Estados cometen de continuo sobre los más débiles, disfrazándolos con los nombres de *conquista*, *intervención*, *protectorado*, *política colonial*, etc., etc.

Yo he dado cuenta en España de la mayoría de las publicaciones de este autor a medida que han ido apareciendo. Pocos números atrás de La España Moderna hablé de una reciente. Los lectores conocen ya, por lo tanto, en sustancia, las aspiraciones de este escritor, cuya contextura mental es bastante distinta de la que habitualmente acompaña a otros internacionalistas, y a los juristas y filósofos en general. Las doctrinas que el nuevo libro sostiene son las mismas de siempre, aunque por otro aspecto: el del patriotismo. Lo mejor de todo me parece copiar algunos párrafos; por cierto que su reproducción no deja de ser cosa oportuna entre nosotros, y tanto

por lo menos como en Italia, pues ambos países atraviesan hoy por circunstancias análogas en punto a achaques patriotas y patrioteriles:

«Preguntar, en nuestros días, si existe la idea de patria y de patriotismo, es lo mismo que preguntar si existe la idea de libertad y de liberalismo en tiempos en que el despotismo triunfa, o preguntar si existe la idea de propiedad y de incolumidad humana en épocas y en lugares donde el hurto y el homicidio, lejos de ser delitos, sean derechos de todos contra todos.»

«No habrá jamás patria, ni en Europa ni fuera de ella, mientras el Estado no sea, dondequiera y para siempre, obra libre y espontánea de todos indistintamente los seres humanos llamados a constituirlo.»

«No hay problemas e ideales de todos los imperialistas y nacionalistas pasados y presentes que no sean también problemas e ideales de la verdadera y propia idea de patria y de patriotismo. La diferencia está sólo en la solución. La solución y la realización de todos los problemas e ideales del imperialismo y del nacionalismo son sistemáticamente el permanente y universal delito de la conquista y de los guerras de conquista contra las otras patrias y el patriotismo ajeno; es decir, el *antipatriotismo*. La solución y la realización de los civiles y humanitarios problemas e ideales de la verdadera patria y del verdadero patriotismo son, al contrario, el absoluto y universal respeto de las otras patrias y del patriotismo ajeno.»

El libro entero está sembrado de párrafos y frases como los transcritos. Y el autor, en nombre del patriotismo, censura acremente la conducta, según él antipatriótica, de su patria. Véase:

«La Tercera Italia será perenne y perfectamente inútil para sí y para el mundo mientras su política internacional siga siendo la política bárbara y medioeval de las grandes potencias modernas.»

«Es doloroso tenerlo que decir; pero la verdad irrefutable

y amarga es que la Tercera Italia, en medio siglo de independencia y de unidad nacional..., no ha contraído méritos ante el mundo, porque, lejos de haber pretendido nunca convertirse en honrada y constante defensora de los derechos de existencia y de independencia de los pueblos, sean éstos los que sean, ha sido siempre, o vil cómplice de delitos ajenos contra los derechos de existencia y de independencia de los pueblos, o directa e injusta perpetradora de delitos internacionales. Cómplice de delitos internacionales ajenos lo fue en el Congreso de Berlín y en la conferencia de Algeciras. Perpetradora directa de delito contra los derechos ajenos de existencia e independencia lo ha sido en la Colonia Eritrea y en Benadir. Perpetradora de delitos contra el derecho de gentes intentó hacerse en San Mun. Y perpetradora de iguales delitos ha querido constantemente hacerse en Abisinia, en Tripolitania y en Albania.»

«No me cansaré nunca de afirmarlo y de repetirlo: *Todo pueblo que se redime es una fuente de guerras y de revoluciones que se elimina.* No de *statu quo*, o de paz basada sobre las más flagrantes violaciones de los derechos de existencia y de independencia de los pueblos, debe, pues, la Tercera Italia continuar siendo patrocinadora en los congresos y en las conferencias diplomáticas, o en los campos de batalla, sino de condiciones políticas internacionales que sean, *o consagración o preparación a la consagración de los derechos de existencia y de independencia de los pueblos.*»

Y ahora—concluyo yo,—que los españoles se apliquen el cuento, pues, *mutato nomine...*

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: Fe, esperanza y caridad, por Miguel de Unamuno..... 5

La emigración de Espronceda, por José Cascales y Muñoz..... 31

Curiosidades toledanas, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 53

España fuera de España, por Leandro Ozzola..... 68

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 80

Las flotas de guerra en 1912, por Leandro Cubillo..... 125

La América Moderna, por Vicente Gay..... 150

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 165

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 205

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 285.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

SETIEMBRE 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

LAS SESIONES SECRETAS DE LAS CORTES DE CADIZ

Las Cortes generales extraordinarias de la Nación Española, instaladas en la isla de León el día 24 de Setiembre de 1810, y cuyas sesiones se cerraron en Cádiz el 14 de igual mes de 1813, así como la Diputación permanente de las mismas que funcionó desde su clausura, y las ordinarias vueltas a reunir el 25 del propio mes y año, y, trasladadas a Madrid, fueron disueltas en su segunda legislatura el 10 de Mayo de 1814, celebraron en todo este lapso de tiempo *ochocientas noventa y una sesiones secretas*, en las cuales se determinaron y resolvieron muchos asuntos de la índole más compleja, y que por su naturaleza no podían ser tratados ante los espectadores que concurrían a las públicas. Auuque las actas que en estas sesiones se levantaron fueron redactadas con tal sobriedad y laconismo de palabras y de juicios, que no informan bien de la profundidad de sus discusiones, como todos los asuntos que en ellas se trataron, unos concernientes a reglamentación interior y exterior de las mismas Cortes, otros a actos y materias exclusivamente personales de los diputados, no dejan de ofrecer bastante interés, porque descubren rasgos importantes de la fisonomía moral, ya de aquellas asambleas en sus nutridas colectividades, ya de algunos de los individuos que de ellas formaban parte, son de gran interés para la historia.

La primera de estas sesiones secretas tuvo lugar el día 25

de Setiembre de 1810 en la noche, es decir, al siguiente de la apertura. Dió ocasión a ella la conocida *Memoria* que el Obispo de Orense, Presidente del Consejo de Regencia, había remitido a las Cortes, lo uno, para esquivar el juramento que se le había exigido, reconociendo la Soberanía de la Nación sobre la del Poder Real, lo otro para justificar la renuncia que a la vez formulaba, tanto del alto cargo gubernativo que se le había otorgado, como de la de la investidura de diputado por la provincia de Extremadura, para cuya representación se le designó. Si bien esta noble renuncia se apoyaba en los achaques de su avanzada edad y en el deseo de restituirse a su Iglesia, ciertas expresiones y juicios en que la *Memoria* abundaba, hicieron acordar que se tratasen en sesión secreta, que, como se ha dicho, se verificó aquella misma noche. Un solo acuerdo importante se tomó en ella: el de que todos los diputados jurasen guardar el secreto en los casos que las Cortes mandaran observarlo. Este juramento se prestó inmediatamente por todos los asistentes, jurando de dos en dos, junto a la mesa presidencial que ocupaba el Presidente, D. Ramón Lázaro de Dou, con los Secretarios, D. Evaristo Pérez de Castro y D. Manuel Luján, poniendo la mano en el libro de los Santos Evangelios.

Uno de los incidentes más conocidos entre los de las Cortes generales extraordinarias, tanto por haber sido el inicial, cuanto por su importancia intrínseca, y por la del personaje que lo promovía, fue el del Obispo de Orense, el cual, en todas sus fases, fue tratado siempre en las sesiones secretas, antes que se acordara darle publicidad. La renuncia se presentó y leyó en las sesiones de los días 25 y 26 de Setiembre; en las del 30 y 4 de Octubre se puso a discusión si se le permitiría embarcar para Galicia, acordándose que permaneciera en Cádiz y se nombrase una comisión que en el menor plazo posible informara sobre el acto que había cometido. En la del 17, el diputado Leiva, a nombre de la comisión de Justicia, de que formaba parte, dió lectura del informe, y después de un debate sostenido por Villa Gómez, Argüelles y García Herrero, se

dispuso que se previniera al Obispo el disgusto con que las Cortes habían visto su papel, mandándose que en lo sucesivo se abstuviera de expresar de palabra o por escrito especies *que ofendieran a la Nación*, y, por último, que prestase el juramento, contra que se rebelaba, en manos del Cardenal de Borbón. En la sesión del 31 se acordó aplazar para la del 2 de Noviembre en la noche todos los resultados de los mandatos anteriores. Hubo en ella discusión viva y prolongada, proposiciones varias de los diputados Villanueva y Pérez de Castro, el último de los cuales opinó que se formase al Obispo proceso criminal por un tribunal compuesto de nueve individuos que hubieran de ser de los ministros de mayor experiencia, escogidos de cada uno de los Consejos Supremos, y habiéndose llegado a términos de votación, fue aprobada esta proposición por 61 votos contra 35 que había tenido la que defendió Villanueva, limitada a que el Obispo jurase en manos del Cardenal, y se evitase todo otro procedimiento contra él. A este mismo acuerdo fue adherida la causa formada contra el general Marqués del Palacio, que, como el prelado de Orense, se había negado a reconocer ninguna otra soberanía más que la del Rey. En la sesión del 5 de Noviembre se dió cuenta del nombramiento de los individuos que habían de formar el tribunal relatado: éstos eran el arzobispo de Toledo, D. Bernardo Riega, D. Andrés Lazama, don Vicente Duque de Estrada, D. Antonio López Quintana, don Ciriaco González Carvajal, D. Mariano Martín Esperanza, D. Antonio Cabrera y D. Martín de Navas, y secretario el escribano de Cámara del Consejo Real, D. Jacinto Velandia. El fiscal de S. M. era D. Antonio Cano Manuel. Todavía volvió a tratarse de estos asuntos en las sesiones secretas de los días 7 de Noviembre, 2, 5 y 7 de Diciembre de 1810 y 29 de Enero de 1811, conforme el Presidente del tribunal formado iba dando cuenta de los accidentes del proceso, hasta que en la de la noche del 31 de Enero, después de una discusión muy acalorada entre los diputados García Herrero, Aner, Morales Gallego, Argüelles, Cañedo, García de la Huerta y otros, se acordó y

votó que el Obispo viniese a las Cortes a prestar el juramento a que había sido conminado. En la del 4 de Febrero se dispuso que se sebreseyera el expediente, se archivase en las Cortes, que se permitiese al obispo trasladarse a su diócesis y se le proporcionara, buque seguro para ello; y en la del 5 se nombró una nueva comisión, compuesta de Muñoz Torrero, Gutiérrez de la Huerta y D. Juan Nicasio Gallego, para que propusieran el modo con que se habían de anunciar al público las ocurrencias y resultado de la causa contra el Obispo, cuya proposición escrita, presentada en la sesión del día 8, fue aprobada sin debate y mandada pasar al Consejo de Regencia para su impresión y publicación en la *Gaceta*.

No fue menos interesante el incidente relativo al Duque de Orleans, tratado del mismo modo en estas sesiones secretas. Al Duque de Orleans se le había llamado impolíticamente por la Regencia a España, para darle el mando de uno de nuestros ejércitos contra los de Napoleón. La inspiración de tal medida no había podido ser más desdichada; pero el pretendiente a la Corona de Luis XVI, y aun a la de España, que no aspiraba con mayor vehemencia a otra cosa, se había apresurado a embarcarse para Cádiz, en cuya ciudad se encontraba, causando los embarazos propios de su presencia en ella, y sin hallar camino con que resolver el conflicto que producía. Apenas se abrieron las Cortes, se apresuró a presentarse en la isla de León, con la pretensión de ser recibido por las Cortes, ofreciendo prestar en ellas el juramento reconociendo la Soberanía de la Nación. En la sesión secreta de la mañana del día 28 de Setiembre, sesiones que ordinariamente precedían a las públicas, el diputado Capmany y Montpalau, no sólo denunció a la Asamblea la audacia de aquel acto, sino que propuso que las Cortes mandasen a la Regencia hiciese salir inmediatamente de Cádiz a aquel príncipe. El debate a que aquella proposición dió lugar fue muy vivo, y por consecuencia de él, se acordó pasar un oficio al Consejo de Regencia, para que «con la posible brevedad, y con toda urbanidad y decoro, hiciera salir

de los dominios de España al Duque de Orleans. residente en Cádiz, y que a mayor abundamiento, y para la más pronta y mejor ejecución de esta orden, que los dos Secretarios en las Cortes, fuesen confidencialmente a prevenir de palabra a la Regencia los vivos deseos de las Cortes en el particular». En la mañana del 30, hallándose las Cortes en sesión secreta, dando cuenta los diputados Morales de los Ríos y Valcárcel de la comisión que habían desempeñado para averiguar la certeza que tuvo la denuncia que en otra sesión anterior había hecho el Sr. Hermida, de cierta conspiración que parecía estaba tramada contra las mismas Cortes, entró un portero a anunciar que el Duque de Orleans acababa de llegar a las puertas del edificio en que la Asamblea se reunía, solicitando presentarse a ella. El portero añadió que a sus ruegos había logrado que se quedase esperando a la puerta. La noticia produjo entre los diputados un casi tumulto.

Con voces descompuestas protestaban todos contra la entrada del Duque. Cuando los ánimos se aplacaron, el Presidente, Lázaro de Dou, dijo: que en las Cortes no podía entrar un príncipe extranjero, y que ni aun había medios de recibirle en ningún departamento del edificio, no existiendo ni fórmulas establecidas sobre el ceremonial, ni disposición en sus escasas oficinas para atenderle convenientemente. Además, Pérez de Castro significó que como la comisión de los dos Secretarios había cumplido con la Regencia el encargo que se la dió, y ésta había ofrecido poner por obra la resolución de las Cortes, la llegada del Duque no podía ser consecuencia de que ya se le hubiese dado la orden de salir inmediatamente de los dominios de España. Volvió a preguntarse al Congreso si se recibiría o no al Duque, y el voto unánime fue de que no se le recibiera, y entonces se nombró una nueva Comisión, compuesta del Marqués de Villafranca y de los Secretarios Castro y Luján, para que, yendo al encuentro del Duque e introduciéndole en la sala de las visitas particulares, le manifestasen que las Cortes no podían recibirle, y que lo que el Consejo de Regencia le habría

comunicado era la expresión de la voluntad de las Cortes. Instó el Duque con varias razones de bien público y de su decoro particular; pero afirmándose los otros en su resolución, entrególes unos papeles, y visiblemente muy contrariado, se retiró. Los papeles que, después de su retirada, fueron leídos en la Asamblea, eran una representación suya en que manifestaba que no se le había cumplido la oferta que para que viniera a España la Regencia le había hecho, y solicitando una vez más que se le admitiera a prestar el juramento prescrito en manos del Presidente; además, acompañaba varias comunicaciones, con fecha del 4 Marzo y posteriores, que justificaban el paso en falso que había dado. También aquella lectura dió lugar a contradictorias discusiones; pero, en último término, a la Regencia se le advirtió que cumpliese las órdenes que se le habían transmitido, y la Regencia, en efecto, lo puso en ejecución, guardando, sin embargo, todas las atenciones debidas al rango y a los parentescos del de Orleans.

En este primer período de las Cortes no fue extraño que muchas de las proposiciones que se presentaban y discutían de las sesiones secretas se redujeran a mandatos de reglamentación. En la sesión secreta de la mañana del 26 de Setiembre de 1810, mediante este procedimiento, se acordó: primero, que se negase a las mujeres la entrada en el salón de sesiones; segundo, que al público no se le admitiera más que en las galerías; tercero, que el uso de la primera división de la galería baja, a la derecha del dosel, quedase a disposición del Cuerpo diplomático extranjero con las personas de distinción que éste trajere. En la de la mañana del día 28, el diputado Capmany y Montpalau propuso que se expidiese un decreto para que ningún diputado presente, o que llegare pudiera admitir empleo, decoración ni gracia ninguna del Gobierno por un cierto espacio de tiempo. El Sr. Oliveros, en la de la mañana del 6 de Octubre, fue el primero que trató de la conveniencia de trasladar las Cortes de la isla de León a Cádiz, y en las del 7 y del 8, habiendo recurrido en queja a las Cortes los genera-

les Conde de Noroña, Villalba y Cuesta, de que la Regencia hubiese ordenado que los generales sin destino fijo local, que se hallaban en Cádiz o salieran inmediatamente para incorporarse a los que tuvieran fuera, si los tenían, o que eligieren punto en que residir fuera de aquella ciudad en las provincias que quisieran, a propuesta del Sr. Morales Gallego, se dispuso que a dichos generales y cuantos recurriesen con la misma solicitud, se les enviase a entenderse con el Consejo de Regencia.

Aunque de otra manera se haya bordado la actitud que desde el primer momento adoptaron en las Cortes los diputados americanos, las actas de las sesiones secretas ponen desde luego en relieve sus verdaderas intenciones separatistas, veladas entonces, como después, hasta la pérdida de nuestra última colonia del Nuevo Mundo, con disfraces de ideas liberales y de progreso moral y político. El primer filibustero que se señaló en las Cortes fue Mejía, y en Mejía se estudia el retrato fiel de todos los laborantes americanos que han tenido derecho a decorarse con una representación política y legal en nuestras Cortes, desde 1810 hasta 1898. La sesión secreta de la noche del 10 de Octubre de 1810 estuvo destinada exclusivamente a tratar de los asuntos relativos a la solicitud de los diputados de América en favor de aquellos dominios. La primera embestida para plantear después en el palenque de los hechos el problema de la rebelión y la separación, afectó, como después tantas veces se ha efectuado, formas hasta de patriotismo. La discusión de la sesión secreta de la noche del 10 de Octubre fue muy larga y empeñada. Opinaban los más de los diputados americanos que los derechos que solicitaban eran de justicia, de política y de conveniencia, apoyándose particularmente en las declaraciones impremeditadas que ya habían hecho la Junta Central y la Regencia en su favor. Reclamaban, como de imperiosa necesidad, que las Cortes ratificasen aquellas declaraciones, y éstas se reducían a establecer el principio de que los dominios de Ultramar hacían parte integrante de la Monar-

quía española, y que, por lo tanto, eran iguales en derechos a la madre patria. Muchos diputados europeos, aunque conviniendo en la hermandad perfecta de aquellos y estos dominios, insistían con tesón en que no se hiciesen por ahora declaraciones que no eran del día, y resueltamente se opusieron a que, como los americanos pretendían, tuviesen representación en las Cortes hasta las diferentes castas y gentes de color que en América existen. Este punto dió lugar a vivos debates en pro y en contra, al mismo tiempo que se discutían otros puntos propuestos y de no menor gravedad. Para poner término a aquella lucha tan porfiada de opiniones radicales, Pérez de Castro presentó una minuta de decreto ambiguo, en que nada se decía de la cuestión del comercio ni de la representación nacional, y en términos que se creyó podrían conciliar todas las opiniones; pero Mejía, en la sesión de la noche del 11, insistió en que las pretensiones de los diputados de América debían ser atendidas, y pidió con insistencia que se sancionara el decreto propuesto por los diputados americanos el 29 de Setiembre, si bien D. Vicente Morales, diputado del Perú, atenuó su contenido, diciendo que podían suprimirse de él «todas aquellas palabras que se dirigían a igualar las razas pardas con los demás súbditos de América, reconociendo los graves inconvenientes que una igualdad de esta naturaleza produciría, principalmente en su país». Aquellas cuestiones, sin resolver nada después de tan acalorado discutir, se aplazaron, por iniciativa de Argüelles, hasta otro día; pero entretanto llegaron las noticias de las conmociones que en Caracas, Buenos Aires y otros puntos de América comenzaron a surgir, y en la sesión del 13 de Noviembre ya se mostraron alarmadas las Cortes del giro adverso que pudieran tener aquellos sucesos, como, en efecto, lo tuvieron.

Todas las cuestiones referentes al Rey Fernando VII, cautivo de Napoleón; a la Infanta Carlota Joaquina, princesa del Brasil, y a su pretensión de que le fueran reconocidos sus derechos hereditarios al trono, en virtud de haberse abolido la

ley sálica en las Cortes de 1789; a la exclusión del Infante don Francisco de Paula Antonio, y de la Infanta María Luisa, Reina de Etruria, para estos mismos derechos, promovieron discusiones curiosas e importantes en las sesiones secretas de las Cortes generales y extraordinarias, sobre todo cuando se creyó que Fernando VII, sin contar con la voluntad de España, se hubiese podido entender con Napoleón para contraer un matrimonio a gusto de éste, y más aún cuando, en 1814, libertado de las cadenas de Valençay y vuelto a su patria, se pretendió que lo primero que hiciera fuese jurar la Constitución hecha por las Cortes, y abjurar de su propia secular soberanía. Mas, sobre todos estos hechos se ha escrito demasiado, y aunque la pasión sectaria hasta aquí sigue triunfando en las narraciones de nuestra historia moderna, dando en ella más fe al libelo y a las noticias del arroyo que a la documentación escrita y a las nobles inspiraciones de una crítica serena, lo que de ellos se encuentra en las actas de las sesiones secretas de las Cortes no siempre y en todos los casos da una misma luz para la explicación de tales sucesos.

Como las desgraciadas Cortes de Cádiz, enteramente exentas de las altas miras políticas que deben acompañar siempre a los que toman sobre sí el empeño y la responsabilidad de dirigir los destinos de una nación, cometieron tantos errores en cuanto se relaciona con la política de nuestros dominios en todas las partes del mundo donde todavía España los poseía, forma un episodio de gran interés, y en estos momentos hasta de cierta oportunidad, todo cuanto en aquella Asamblea y en sus sesiones secretas se trató respecto a las posesiones españolas de la costa occidental de Africa. Como aquí nos circunscribimos exclusivamente a la acción de las Cortes sobre los asuntos que conmemoramos, sin dilatarnos en otros esclarecimientos de mayor latitud, solamente se referirán las discusiones a que dió margen cuestión tan importante, desde la sesión secreta del día 14 de Febrero de 1811 hasta la del 17 de Agosto del mismo año. En la sesión del 14 de Febrero se dió cuenta de

un oficio del Ministro de Estado, fechado dos días antes, en el que manifestaba los motivos que inclinaban a la Regencia del Reino a proponer a las Cortes que le autorizasen para negociar la cesión de los presidios menores, el Peñón, Melilla y Alhucemas, en el rey de Marruecos, bajo ciertas condiciones relativas a asegurar una crecida porción de granos y de otra clase de víveres para atender de esta manera al mantenimiento de los ejércitos. La comunicación, aunque no produjo sorpresa, pues eran muchos los diputados que estaban iniciados en aquellas pretensiones, fue, sin embargo, recibida generalmente con repulsión y desconfianza. Desde luego se declaró que el asunto obligaba a todos al más inviolable secreto, y los diputados, en su inmensa mayoría, opinaron que debía darse un plazo para prepararse con previo estudio al debate de negocio tan grave, por lo que se acordó que hasta la noche del 16 no se volviese sobre el particular. No obstante, en la noche del 16 tuvieron las Cortes que ocuparse de un asunto personal, y sabido es que en la política española de todos los tiempos pasados, presentes y futuros, cuando se atraviesa una cuestión de índole personal, no hay interés público, de cualquier género que sea, que se le sobreponga. El general Blake había hecho renuncia de la Presidencia del Consejo de Regencia, y sobre si se le admitía o no, se fué la noche en entretenimientos retóricos, con que no hubo tiempo de volver sobre lo propuesto por el Ministerio de Estado respecto a nuestras posesiones militares, de defensa de fronteras en la corte de Marruecos. En la sesión del 17, el general de Ingenieros D. Antonio Samper, que había sido uno de los jefes de E. M. del Príncipe de la Paz, cuando, en 1802, éste reorganizó los Cuerpos de Artillería y de Ingenieros, en su condición de diputado y de técnico, leyó el dictamen que ya anteriormente había dado, oponiéndose a la cesión propuesta; y como la lectura fue larga, aunque Aner, Alcover, Villanueva y otros diputados habían pedido la palabra, el Presidente, D. Antonio Joaquín Pérez, hizo reservar la discusión hasta el día siguiente. Toda la sesión del 18 la ocupa-

ron los discursos de Giraldo, Oliveros, Rojas, Argüelles, Mejía y el Barón de Antella, y a pesar de tantos discursos, nada se resolvió. Todavía el 1.° de Marzo hicieron gala de su elocuencia, más que de sus alcances políticos, en la discusión, Creus, Aguirre, Salas y Espiga, y en la del 2, Morales Duarez, Leiva y Cañedo; pero a tal punto, García Quintana y D. Francisco María Riesco presentaron un dictamen escrito, y de nuevo hubo que aplazar la discusión. Sostuviéronla sobre este dictamen, el día 3, Polo, Villagómez, D. José Martínez, Morales Gallego, Laserna, Inca Jupangui y Estella, y este último dió lectura a otro documento de la mayor importancia: a la representación que dirigía a las Cortes D. Rosendo José Gutiérrez, Cónsul general y Encargado de Negocios cerca del Bey de Argel, en la cual manifestaba que podían extraerse con abundancia, y a precios equitativos, toda especie de granos y ganados de los puertos de aquella Regencia, según los informes que había tomado de personas de confianza, y que para esto bastaba sólo tener al Bey propicio, por medio de regalos, que era lo que se acostumbraba en tales ocasiones. Con esta representación se dió un golpe mortal a los que sostenían la cesión a todo trance; terciaron por última vez en el debate, en la noche del día 4, Castelló, que llevó escrito su voto para que se agregase al acta; Toledo, Pérez de Castro, del Monte, Herreros, Leiva, Salas y Huerta, y leída una proposición que decía: «Se autoriza, en el estado actual de instrucción del expediente, al Consejo de Regencia para que pueda proceder a la cesión de los tres presidios menores, Peñón, Melilla y Alhucemas, siempre que consiga las ventajas que el Consejo indica»; se procedió a votación nominal, resultando desechada por 84 votos por 49. Parece mentira que entre los partidarios de la cesión se contasen Argüelles, Capmany, Muñoz Torrero, Oliveros, García Herreros, Aner, Espiga, Calatrava, Pérez de Castro, Zorraquin y otros hombres, cuyas ideas avanzadas en todo fueron el fundamento de su popularidad.

Un nuevo incidente volvió á poner sobre el tapete la cues-

tión de los presidios menores: en la sesión de 18 de Marzo, cuando más enfrascadas se hallaban las Cortes en sus sesiones secretas, en los conflictos que promovió la rivalidad de ingleses y españoles, después de la batalla de Chiclana, don Silvestre Velenzuela, intérprete árabe de la plaza de Melilla, había remitido a las Cortes una respetuosa representación, en la que, después de manifestar el resultado de la comisión que propuso, en Mayo del año anterior de 1810, á la Junta de Cádiz para traer a la Península granos de las costas de Africa, solicitaba se le mandase comparecer a la mayor brevedad ante las Cortes, a fin de poder demostrar de este modo los conocimientos que reservaba sobre la utilidad de dicha comisión. Se acordó que este documento pasase a la regencia para que lo tuviese presente al redactar el nuevo informe que sobre la cesión de los presidios se le había pedido, con fecha del día 5, después de la votación anterior; pero ya la Regencia tenía en curso hacia las Cortes este mismo informe, con los que sobre el mismo particular se había pedido a la vez a los Ministros de Estado, Guerra, Marina, Hacienda, Indias y Gracia Justicia. Dióse lectura de estos documentos en la sesión de la noche del día 26. Volvió a renovarse la discusión, ahora sostenida por Pascual, Borrull, Aguirre y otros diputados. Mejía, como buen americano, siempre con doble intención, propuso que antes de que nada se votase, se declarara por el Congreso si los tres presidios menores de Africa eran o no parte integrante de la nación española»; y habiéndose decidido, a pluralidad de votos, «que no eran parte integrante», se leyó y puso a votación otra nueva proposición, que decía, poco más o menos, que la del día 3: «Se autoriza al Consejo de Regencia para proceder a la cesión de los tres presidios menores en los términos y por las causas que propone el mismo Consejo de Regencia.»— Nueva derrota sufrieron los partidarios de la cesión en votación nominal, pero votación alarmante; porque así como la del día 3 fue de 84 votos contra 49, en ésta la proposición se desechó por 64 votos contra 60. En la sesión del día 3 presidía

el Barón de Antella, D. Vicente Joaquín Noguera, hombre de gran patriotismo, y el la del 26 de Mayo, D. Diego Muñoz Torrero, el verdadero corifeo del pueblo por la exageración de sus ideas y la facilidad de su palabra.

Ni aun con este segundo fracaso se dió la cuestión por terminada. En la sesión de la mañana del 14 de Abril, el Secretario, D. Miguel Antonio de Zumalacárregui, bajo la presidencia de Muñoz Torrero también, leyó otra representación del Gobernador de la plaza de Melilla, en que se insertaban otras dos que había dirigido al Ministerio de la Guerra, exponiendo la falta de víveres y la escasez de la guarnición, lo que era causa de que desertase la tropa, poniendo en los mayores apuros la conservación de la plaza. Esto sirvió para que algunos diputados propusieran que convendría abrir de nuevo la discusión sobre la cesión de los tres presidios menores; el *divino* Argüelles, con este motivo, habló con extensión sobre la necesidad de proceder con urgencia y actividad a tomar *las grandes medidas que exigía la salvación de la patria*, que era tanto como votar esa cesión a toda prisa; y en la sesión de la noche del mismo día, el Sr. Aner volvió a la carga para que, haciéndose las Cortes cargo de las necesidades en que la Nación se hallaba, y de lo que se deducía de la representación del Gobernador de Melilla, se acordase abrir otra vez la discusión sobre la cesión de los presidios menores. El Congreso, preguntado si admitía o no la discusión, resolvió que sí. Por fortuna, caían sobre las Cortes demasiados asuntos de resolución grave y perentoria sobre qué ocuparse, deliberar y resolver: de modo que hasta después de mediado Julio no se oyó, en sesiones públicas ni secretas, hablar más de la cesión de los presidios. Con todo, esta idea no se le caía de la mente a aquellos buenos y más ardorosos innovadores. El 21 de Julio, el Presidente, D. Jaime Creus, resolvió que, habiendo algunos nuevos diputados que no estaban instruídos en la materia de la cesión de los presidios, se les dieran dos días consecutivos para que estudiasen el expediente, y entonces el Sr. Oliveros, aprove-

chando la coyuntura y haciendo presentes las necesidades de las provincias y ejércitos, propuso que se pidiese informe al Consejo de Regencia sobre *absoluta necesidad* de la cesión de los presidios *para remediarlas;* pero esta proposición no fue admitida a discusión en dicho día, y lo fue al siguiente, aunque con alguna variación en sus términos. La discusión, apesar de todo, no fue tan viva como lo había sido antes. En la sesión del 16 de Agosto, aún la cuestión se debatía; pero había crecido el número de los que de todo punto se oponían a que la enajenación se realizase, y el Sr. Castelló alcanzó un gran triunfo, después de demostrar que, abiertas para España las costas de la Argelia al tráfico de grano, esa necesidad estaba superada. En la del día 17, el general de Ingenieros D. Antonio Samper presentó la cuestión en el terreno puramente militar y político, considerando los presidios menores, como todas nuestras posesiones en Africa como guardas de nuestras fronteras, y la persuación que logró llevar a la comisión de las Cortes fue tan poderosa, que nunca más volvió en ellas a tratarse del asunto.

Son más curiosos que interesantes muchos de los acuerdos y disposiciones de las Cortes en materia de su régimen interior, así para la seguridad e inviolabilidad de sus miembros, como para prevenir alborotos y manifestaciones contra ella. En la sesión secreta del 2 de Marzo de 1811, el Presidente, Barón de Antella, propuso y fueron aprobadas las tres resoluciones siguientes: 1.ª, cuando se levante la sesión pública, quedarán los señores diputados formados, manteniéndose en sus respectivos asientos hasta que avisen los comandantes de la guardia haber quedado despejadas las galerías y cerradas las puertas; 2.ª, los comandantes de la guardia estarán entre las dos columnas de la entrada del salón de Cortes al finalizar las sesiones públicas, para recibir las ordenes del Presidente; 3.ª, durante las sesiones secretas se pondrán centinelas en todos los parajes por donde puedan oirse las discusiones. En la sesión del 27 de Mayo, el Presidente, Muñoz Torrero, manifes-

tó que la guardia de las Cortes padecía escaseces de ciertas cosas necesarias y mucha incomodidad en el sitio que ocupaba. Entonces, el Sr. Mejía, que era vocal de la Comisión de Salud pública, propuso que, conforme con acuerdos que ya de antes existían, todos los gastos de las obras de la casa de Cortes, corriesen por el portero mayor, el cual daría las cuentas al aposentador de la Casa Real; que la dirección de dichas obras y vigilancia sobre el aseo y policía de la misma casa fuera de la incumbencia del inspector de ella, y que cuando éste y el inspector de Salud pública, D. Antonio Llorente, estimase necesaria alguna obra o refacción, se entendiese con la comisión correspondiente. Después de esto, el día 9 de Junio, la Comisión de Salud pública elevó una exposición pidiendo 10.000 reales para ciertas obras que había que hacer, en relación con lo expresado en la sesión del 27 de Mayo; pero las Cortes denegaron el suministro de esta cantidad, por no considerarla justificada. Entonces, Argüelles propuso que cada diputado, a su voluntad, diese la cantidad que le pareciese para cubrir aquellos 10.000 reales; mas su proposición quedó en el vacío; nadie la contestó aprobándola, ni impugnándola; no se resolvió nada, y las cosas siguieron en el estado en que se hallaban cuando Muñoz Torrero quiso mejorar las comodidades de la guardia y del servicio bajo de las Cortes. Otra vez, en la sesión del 27 de Agosto de 1811, presidiendo D. Ramón Giraldo, expuso éste el *estado de pobreza* en que se hallaban los criados de la Casa Real que cuidaban de la limpieza del salón y de la casa de Cortes, obligándoles su indigencia a buscar el sustento en otras ocupaciones; entonces se acordó simplemente que sus salarios se incorporaran a los gastos de la Secretaría.

Sobre los desórdenes del público de las galerías, en la sesión del 26 de Octubre, presidiendo D. Antonio Larrazábal, se dió cuenta de que el oficial de la guardia había avisado que se observaba algún bullicio en la calle, dimanado de haberse levantado la sesión pública, porque el Presidente notó el murmu-

llo que en la galería se hacía contra algunos oradores. El artículo 10 del capítulo primero del Reglamento, preceptuaba lo que en tales casos había que hacer, y a esta regla se ajustó la resolución tomada; pero como se promoviese discusión sobre el asunto, pues había diputados defensores del derecho del pueblo hasta al tumulto, se acordó fijar en las esquinas una especie de justificación y de conminación juntamente, concebida en estos términos:

AL PUEBLO

«*Su Majestad ha visto con sentimiento que en la sesión de hoy no haya guardado el público su acostumbrada y justa moderación; pero espera que no faltará a ella en las demás sesiones, en la inteligencia de que en la pública de mañana se continuará la discusión pendiente.*»

La publicación de este papel, lejos de calmar el alboroto, lo excitó más, dándose vivas y mueras, y estos últimos contra el diputado Sr. Valiente. La mayoría de la Cámara clamaba porque se tomasen las determinaciones oportunas para garantir la independencia, la seguridad y el honor de cada uno de sus individuos. En vista de esto, las Cortes acordaron quedar constituídas en sesión secreta permanente, mientras delegaba en el Obispo de Mallorca, el cura de Algeciras y el Marqués de Villafranca el salir a la calle a persuadir a las gentes que se hallaban reunidas y alborotando a que se retirasen a sus casas, «valiéndose de la austeridad de sus personas y del talento y energía que los caracterizaba». En efecto, sus discretas amonestaciones bastaron para apaciguar el motín, y al entrar de nuevo en la Cámara a dar noticia de su cometido, hallaron al Gobernador militar da la plaza, que, previa la venia de las Cortes, desde una tribuna explicaba las voces que había oído. A pesar de la protesta de todos de que el sosiego público esta-

ba restablecido, los diputados se negaron a salir del salón hasta que estuviese completamente asegurada la inmunidad del señor Valiente, y el Gobernador tomó sobre sí el garantirla de una manera inviolable.

La rivalidad siempre latente entre las Cortes y la Regencia, porque con frecuencia aquéllas invadían sus funciones ejecutivas, con el desprestigio con que esto hería su autoridad, y con el embrollo que causaban mandatos contradictorios, produjo las escenas del 7 de Abril de 1812 con motivo del relevo de la guardia que se daba a las Cortes por las Walonas y Españolas contra las que la Regencia dió orden de sustituirlas por *los voluntarios distinguidos*. Mediaron oficios y contestaciones desabridas entre la Regencia y el Vicepresidente D. José María Gutiérrez de Terán, que presidió las Cortes por enfermedad del Presidente D. Vicente Pascual. Estuvieron encargados de intervenir para arreglar el asunto de una manera conciliadora los diputados Marqués de Villafranca, Golfín, Polo, Llano y Mejía, los cuales, al informar acerca de la mediación que desempeñaron, presentaron un proyecto de decreto, por el que, entre otras cláusulas, se disponía: 1.° que en el interior del edificio en que las Cortes celebraban sus sesiones hicieran la guardia los Reales Cuerpos de Guardias de Corps y Alabarderos, y en el exterior y galerías, las Reales Guardias Españolas y Walonas, en los propios términos que unos y otros lo hacían en el Palacio del Rey; y 2.°, que la Guardia de las Cortes estaría sólo a disposición de las mismas, bajo las inmediatas órdenes de su Presidente o del que lo sustituyera. Sobre la forma en que las guardias destinadas al servicio de las Cortes habían de desempeñar los que las correspondían, se presentó un proyecto por la Comisión nombrada para este fin en la sesión del 11 de Agosto del año referido, y en la misma fue aprobado.

Sería cándido creer que con todas estas medidas y otras que no se citan, para evitar una extremada prolijidad, la inviolabilidad de los diputados quedó asegurada de las agresiones

de la plebe. En la sesión sècreta del 13 de Agosto de 1813, el diputado D. Celestino Sánchez, por consecuencia del insulto sufrido en las calles de Cádiz por cinco diputados, presentó una proposición que decía:—«El jueves, 5 del presente, fueron insultados a la salida del Congreso cinco Diputados de él por una multitud extraordinaria del pueblo, que les improperaba con expresiones soeces que les exponían a un próximo y evidente peligro de perder la vida, pues alarmaban acometerles, usando de las voces de *indignos, traidores, agentes de Napoleón, a ellos; duro con ellos*, etc. En atención a estos insultos y otros que les han precedido, pido y espero de V. M. que, sin disolverse la sesión, se sirva dar las providencias eficaces que juzgue oportunas para la seguridad personal de los diputados, pues de otro modo, cerecen de la libertad precisa para el desempeño de sus funciones.» Los diputados insultados habían sido los de Sevilla, y el Sr. Jiménez Zuazo, en vista de que la denuncia de aquel hecho escandaloso argüía un principio de sedición, unió su voto al del Sr. D. Celestino Sánchez para que se propusieran resoluciones de rigor que no dejaran en la impunidad tales afrentas y delitos. El Presidente, D. Andrés Morales de los Ríos, se limitó a nombrar una comisión compuesta de los diputados Creus, Muñoz Torrero, Nogués, Porcel y Mejía (¡Mejía en todo!) para que *informasen* sobre el asunto; la cual, en la sesión del día siguiente, 8 de Agosto, propuso: 1.° Que el Presidente pidiese a la Regencia se completara la guardia que debía tener el Congreso; 2.° que se diese orden al oficial de ella para que doblara los centinelas en la tribuna alta, con expreso encargo de hacer salir de ella a cualquier persona que se excediese y faltase al orden previsto; 3.° que al tiempo de disolverse el Congreso y salir la gente, se repartieran más centinelas en las esquinas e inmediaciones de las puertas, con orden de que no se permitiese a persona alguna detenerse juntó a las salidas, ni formar grupos ni corrillos en sus plazuelas y cercanías del edificio; y 4.° que la Comisión de arreglo de tribunales presentase a la mayor brevedad un pro-

yecto de ley que tratase de las penas que debían imponerse a los que perturbasen el buen orden del Congreso y a los que insultaren dentro o fuera de él a las personas de los diputados en calidad de tales.» Esto fué lo que se dispuso... trasladado a la Regencia. Respecto al Juez de primera instancia a quien se encargó la investigación, procesamiento y castigo del delito cometido el 4 de Setiembre, ofició a los Secretarios de las Cortes, D. Juan Manuel Subrié y D. Manuel Riesco y Puente, que no habiendo podido descubrir los autores de los insultos, lo comunicaba a las Cortes para cubrir su responsabilidad. En efecto, nada más se hizo, aunque los diputados insultados Rech, Moreno, Bárcena y Bravo Ibáñez se quejaron de que a ellos no se les hubiese pedido por el mencionado Juez la menor declaración.

¿Qué extraño, después de esto, había de ser que el Conde de Vigo, representante de Galicia, escribiese y enviase a las Cortes aquella exposición leída en la sesión secreta del 12 de Febrero de 1814, funcionando ya las Cortes en Madrid, en que, ante la conveniencia de la misma Asamblea que había sido testigo presencial de los hechos que denunciaba, relatase cómo en la sesión pública del día 6 había sido «escandalosamente interrumpido e insultado en las galerías, dentro del Congreso y fuera, por hacer uso de las facultades que la Constitución y la Nación le habían concedido, y que, refugiado en su casa, en la plazuela de Santo Domingo, apenas comenzaba a comer, volviera a agredirle la misma pasión de las tribunas, pronunciando desde la calle oprobios y amenazas contra su vida, e intentando allanar su habitación, llegando a subir una porción de gente la escalera y golpeando su puerta hasta el punto de haber tenido que pedir desde su balcón auxilio al piquete de guardia que estaba entonces en aquel sitio, debiendo al socorro de los soldados que no prendieran fuego a su morada? El Conde de Vigo no recibió ningún desagravio de las Cortes, ni aun cuando, en la sesión secreta del 31 de Mayo, el Sr. Capaz suplicó que las Cortes *se dignasen desagraviarle.*

Tal fué la fisonomía moral de aquellas Cortes, cuyo concepto crítico y póstumo no puede formarse bien sin tener en cuenta todos estos y otros muchos más antecedentes que el espacio no permite recordar.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
de la Real Academia de la Historia.

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

III

Las relaciones entre la casa de Aragón y los Este, que reinaban en Módena y Ferrara, se remontan a los tiempos de Alfonso IV, que casó a una de sus hijas naturales, María, con Leonello de Este, hijo natural de Nicolás III; este matrimonio fue estéril. Leonello y su hermano Bosso—también hijo natural,—que era su sucesor al trono, con arreglo al deseo de su padre, pero también por el derecho del más fuerte, precedieron en la herencia paterna a Hércules, hijo mayor y legítimo de su padre común. Hércules no pudo subir al trono hasta que murió Bosso, en 1471, a los cuarenta años de edad (1).

Hércules era un personaje conocidísimo en Nápoles. Estuvo allí en 1444 para educarse, por decirlo así, en la espléndida corte de Alfonso I. Crióse, pues, casi con Fernando, aunque este último le llevase algunos años, y tuvo así la ocasión de conocer a su futura esposa. En Nápoles querían a Hércules y le estimaban por el valor caballeresco que mostró en un duelo—originado por un asunto de amor—con Galeas Pandone,

(1) Vecchioni: *Noticia*, etc., págs. 24-27. Muratori: *Annali*, vol. cit., pág. 102. Foucard: *Fonti di Storia Napolitana nell'Archivio di Stato di Modena* (Arch. Stor., p. I, Prov. Napol., II), págs. 5-6.

conde de Venafro; su actitud caballeresca le valió el honrosísimo título de «caballero sin miedo», y fue cantado por Bojardo como un héroe (2). Ya hemos visto que, a pesar de estos antecedentes, Fernando hizo mal en depositar una gran confianza en Hércules; éste, por despecho tal vez, o por creer perdida la causa del Rey, se puso de parte de Juan d'Anjou, y en poco estuvo que en la batalla de Sarno no hiciese él mismo prisionero al Rey, acosado por el enemigo. Pero Fernando perdonaba gustoso cuando le convenía. Hércules fué a batirse a otra parte después de reprimida la rebelión napolitana, y cuando llegó a ser, en 1471, príncipe reinante, Fernando buscó, probablemente por sí mismo, la ocasión de reconciliarse con él, ofreciendo la mano de su hija mayor a su antiguo compañero de armas, y después su enemigo, que ocupaba uno de los tronos mas poderosos de Italia.

Leonor, cuyo matrimonio con Mario Sforza (1) fue anulado —probablemente con el permiso del Papa,— había estado mucho tiempo soltera, dadas las costumbres de entonces, y sobre todo las de Italia; tenía veintitrés años cuando se celebraron, en 1473, con extraordinaria pompa—que hasta podríamos calificar de excesiva,—sus bodas, que pudieron ofrecer a Beatriz un anticipo de su futuro matrimonio.

El 16 de Mayo, Segismundo de Este, sobrino y representante del príncipe Hércules, llegó a Nápoles, con numeroso y brillante acompañamiento, en el que figuraban Alberto de Este, hermano natural del príncipe, el embajador Ugoletto Facino, Ludovico Castro, Tito di Strozza, escribanos; y Matteo María, caballero Bojardo, poeta del *Orlando Innamoroto,* precursor del Ariosto, así como varios célebres músicos italianos

(2) Luigi Olivi: *Delle Nozze di Ercole I d'Este con Eleonora d'Aragona* (Módena, 1887), págs. 22-23.

(1) Mario Sforza vivía aún cuando la boda de Leonor, y poseía el ducado de Bari; murió en 1479 (Arch. Stor. Nap., XXVI, pág. 103, en las actas del libro de Lod. Pepe). Litta, ob. cit., cuaderno XV, tabla V.

y alemanes. Tras la recepción en el castillo real, toda aquella espléndida compañía montó a caballo, incluso las damas, cuyo número pasaba de cincuenta, y salieron a la Piazza dell' Incoronata, que se extendía ante el castillo (1); dícese que en la Piazza había sitio para 20.000 espectadores; de suerte que podía recrearse una enorme multitud en las solemnidades públicas de las bodas. Aquí, las notas contemporáneas hablan también de Beatriz: estaba sentada a la derecha del Rey, con Leonor e Hipólita, duquesa de Calabria, en una tribuna adornada con un Hércules, para recordar el nombre del novio; Beatriz tomó, probablemente, también parte en la danza, con acompañamiento de flautas, y que fue como la obertura de la fiesta. Vino en seguida la bendición eclesiástica de la desposada, luego la publicación de los capítulos matrimoniales y la entrega de los regalos de boda por el representante del novio y la diputación de Ferrara. Al día siguiente hubo un torneo, después un festín en casa del duque de Calabria, en honor de los huéspedes. Las fiestas duraron diez días, y concluyeron con la conmovedora despedida de la princesa, que iba a separarse de su familia (2).

Lo que contribuyó a la felicidad de este matrimonio fueron las recepciones solemnes que encontró el cortejo nupcial en su paso por Roma, Siena y Florencia, para ir a Ferrara. Sin duda, tuvo en ello parte la política, puesto que el papa Sixto IV quiso aprovechar la ocasión para manifestar sus buenas relaciones con el rey de Nápoles, su aliado y amigo; pero las fiestas de que fueron testigos los habitantes de la Ciudad Eterna y todo el mundo civilizado, son bien características de quien las organizó, el cardenal Prieto Riario, sobrino del Pontífice, célebre por sus prodigalidades y su libertinaje, y que fue en el

(1) Debía de corresponder aproximadamente á la «Piazza del Municipio» actual, pero debía de tener mayor superficie; podía extenderse en dirección Nordeste hasta la capilla de María Coronata, que todavía existe.

(2) Olivi, ob. cit., 13, 17-22; véase Tumulillis, loc. cit.

transcurso de su breve existencia, el consejero político omnipotente de la corte romana. Corio e Infessera, y la misma Leonor, en una de sus cartas, nos han dejado descripciones del fausto con que el favorito del Papa acogió a sus invitados, y especialmente a la hija del rey de Nápoles; nos hablan del palacio de madera dorada con el que agrandó para esta ocasión su morada de la Piazza dei Santi Apostoli, y el que adornó con los más ricos tapices del tesoro pontificio, con cortinones de seda y terciopelo, con figuras doradas, con fuentes y surtidores, muebles raros y vajillas de oro y plata. Nos han descrito el festín que duró seis horas; los criados vestían librea de seda, y los asados, hasta el jabalí, se sirvieron enteros en la mesa; de una pirámide, traída sobre una fuente, salió un hombre que saludó a los invitados; desde lo alto de torres y navíos hechos de azúcar, distribuíanse a manos llenas los manjares más finos al pueblo que lanzaba gritos de alegría, mientras que, para distraer a los invitados, los actores más famosos de toda Italia desempeñaban alternativamente escenas mitológicas y misterios tomados de las Sagradas Escrituras.

Podemos creer que esta hospitalidad excesiva, que asombró a los más serios contemporáneos, hizo en la corte de Nápoles, y sobre todo en Beatriz, una impresión vivísima, tanto más cuanto que Bonfín, en su *Historia de Hungría,* menciona la estancia en Roma de la duquesa de Ferrara (1).

Leonor envió a sus padres noticias detalladas de su viaje de Nápoles a Ferrara, que duró un mes y nueve días (2), y sobre todo, de las fiestas organizadas en su honor en Florencia (3); mencionaba también el nombre de Beatriz, y no tardó en informarlos sobre el entusiasta recibimiento que le tributa-

(1) Antonii Bonfinii: *Historia Pannonica,* sive Hungaricarum rerum *Decades* (Joann Sambucus, Colonlae Agrippinae, 1690.) Dec. IV, lib. III, página 419.

(2) Olivi, ob. cit., pág. 31.

(3) V. su carta en Covisieri.—Tummulillis, pág. 203. Renmont: *Lor d'Medici,* I, págs. 344 y 345.

ron en el país y en la capital de su marido; en todas las poblaciones se festejaron con bailes las bodas reales, y en Ferrara sucediéronse los cortejos, las diversiones, los torneos, los asaltos y los festines (1).

Beatriz tenía a la sazón diez y seis años, y probablemente esta circunstancia le valió recibir, por la época del matrimonio de su hermana, una corte completamente independiente. Desde los meses de Abril y Junio señaláronse del arca real sumas destinadas a la compra del equipo para las princesas Leonor y Beatriz; es un indicio evidente de que ambas recibieron, por lo menos un guardarropa completo al mismo tiempo, lo que justificaban las serias gestiones que se habían entablado por diversos lados para el matrimonio de Beatriz.

Uno de los pretendientes era el joven Filiberto, soberano de Saboya, principado montañoso que se extendía desde el lago de Ginebra hasta el curso superior del Po. Filiberto acababa precisamente de ser coronado—a los siete años de edad,—por muerte de su padre Amadeo VIII. La dirección efectiva de los asuntos de esta provincia, que había sido agrandada poco antes, y elevada al rango de ducado por Amadeo VII, fue confiada a la reina madre, Yolanda, hija de Carlos VII, rey de Francia y hermano de Luis XI, que reinaba entonces. A pesar de la diferencia de edad, bastante considerable, entre los dos presuntos, las negociaciones habían llegado, en 1473, al punto de que ya se trataba de la suma que se daría en dote a Beatriz, tanto en la corte del rey de Francia, como en la del duque de Ferrara, si bien las opiniones estaban divididas en este punto (2).

---

(1) *Diarium Ferrariense* (Muratori: *Scriptores,* vol. XXIV), págs. 248 y 249. Muratori: *Antichità Estensi*, pág. 233.

(2) No conocemos más que dos pruebas escritas de este proyecto de boda: una es la carta de Luis XI, de la que vamos a hablar detalladamente, y la respuesta obtenida, publicada por Abel Desjardins, entre los documentos reunidos por Giuseppe Canastrini (*Negociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, París, 1859, vol. I, págs. 161 y siguientes);

De repente, y sin que se esperase, el rey de Francia, tío del joven duque de Saboya, se opuso a este proyecto, deseando obtener para su propio hijo, que acababa de nacer, la mano de Beatriz. Luis escribía, el 19 de Junio de 1473, desde el castillo de Amboise, a su aliado Lorenzo de Médicis, señor de Florencia, una carta en la que, después de reiterarle su entera amistad, le anunciaba con toda confianza que había tenido noticias referentes al proyecto de unión entre la hija (1) del rey de Nápoles y el duque de Saboya, sin que, no obstante, hubiese nada acordado en definitiva. Había llegado, tras maduras reflexiones, a la convicción de que una unión matrimonial entre las dos familias serviría mucho mejor a sus propios intereses, no menos que a los del rey de Nápoles, y que sería de desear que el delfín, su hijo, se casara con la princesa. Desearía que Lorenzo comunicase este proyecto a Fernando, sondando su opinión y sus designios, e informándose, en lo posible, sobre la importancia de dote que destinaba a su hija, aunque personalmente tenía en más asegurarse la amistad y la alianza duradera del rey de Nápoles, que obtener una dote cuantiosa. Esta amistad y esta alianza, al mismo tiempo que asegurarían una protección a Fernando contra los Anjou, cuya perfidia conocía bien el mismo Luis, haría al rey de Francia más fuerte frente a sus adversarios, y particularmente respecto al rey de Aragón; los amigos y enemigos del uno pasarían a ser igualmente los del otro. Rogaba a Lorenzo que interviniese en este asunto y le comunicara el resultado de sus gestiones, a fin de poder

---

la otra se encuentra en la obra citada de Luigi Olivi (*Delle Nozze di Ercole I, d'Este con Eleonore d'Aragona*, págs. 11, 12 y 13).

(1) La carta citada antes habla de la «filia primogénita» del rey de Nápoles; es un error en el que los editores han caído, al añadir en una nota: «La hija mayor de Fernando, Beatriz, casada con Matías Corvino.» La prueba mejor de que Luis XI no pensaba sino en Beatriz, es que la verdadera «filia primogénita», Leonor, era desde hacía un mes la mujer de Hércules de Este y que en la carta se trata de romper el matrimonio proyectado con la casa ducal de Saboya.

por su parte, según el giro que tomaran las cosas, enviar embajadores con la misión de proseguir las negociaciones; pedía mientras tanto, que se ordenase a los delegados florentinos que no hablasen del asunto a nadie más que a él y que no lo dejaran traslucir a nadie, ni siquiera a los parientes más próximos del Rey.

El primogénito del rey de Francia, al que quería casar con Beatriz, era, como se sabe, Carlos, príncipe heredero, de tres años de edad solamente, trece menos, por consiguiente, que Beatriz. Es el mismo príncipe que, llegado a rey con el nombre de Carlos VIII, había de asestar, cuando su campaña de Italia, un golpe mortal a la dinastía de los de Aragón. Luis XI demostró bien, al hacer esta proposición, que conocía los puntos vulnerables del rey de Nápoles; no ignoraba que los Anjou, apoyados, llegado el caso, por Francia, no dejaban de inspirarle temores, y sabía también que Fernando guardaba rencor a su tío, el rey de Aragón, por no haberle reconocido la legitimidad de sus derechos al trono de Nápoles.

La diferencia de edad, mayor todavía que en el matrimonio proyectado con el príncipe de Saboya, no fue el motivo determinante de la conducta de Fernando; más aún, este hecho no tuvo ninguna influencia señalada en la respuesta que sabemos que dirigió, el 9 de Agosto, a Lorenzo de Médicis (1). Importaba a este rey, cuya política tiene un carácter tan profundamente cínico, representar esta vez la comedia del honor y los sentimientos caballerescos. Su contestación a la oferta que se le hizo es cortés, aunque expresa una rotunda negativa: aprecia, dice, el mérito de los argumentos aducidos por Lorenzo en favor de una unión con la casa del poderoso rey de Francia; pero las condiciones puestas al ofrecimiento le afectarían en su honor; necesitaría, para contraer los ventajosos lazos de parentesco que le ofrecen, romper alianzas, cosa que su honor le vedaba. Moriría antes que faltar a la fidelidad debida a su tío,

(1) V. Desjardins-Canestrini, ob. cit., págs. 163-165.

el rey de Aragón: sería preferible que Luis se amistase con este soberano. El Rey puede obrar con los Anjou como se merecen; pero Carlos el Temerario, duque de Borgoña—con quien Luis está en lucha encarnizada,—es el aliado, el amigo de Fernando, y le es imposible romper estos lazos; el rey de Francia haría bien en reconciliarse con él, si desea la alianza de Nápoles. Fidelidad y honor, he aquí lo que ante todo le guía en su conducta; estas virtudes son a sus ojos más que todas las otras ventajas, y está, dispuesto a sacrificar a aquéllas, sus Estados y su existencia. Que Luis cese las hostilidades contra el rey de España y el duque de Borgoña, que vuelva sus armas contra los turcos infieles, y no solamente Fernando solicitará su parentesco y su alianza, sino que se pondrá por completo a su servicio. Después de añadir que aceptaría muy de corazón la petición de mano en condiciones más dignas, termina agradeciendo a Lorenzo sus buenos oficios y reiterándole su afecto y abnegación.

¿No se debe buscar, entre las razones ocultas de esta negativa, una prueba de consideración hacia otro pretendiente, el rey de Hungría, con quien ya se habían entablado negociaciones matrimoniales, como más adelante veremos? La cuestión es difícil de resolver. Hay, además, pruebas de que, a pesar de la negativa, continuaron secretamente entre Luis y Fernando las negociaciones indicadas (1); el asunto no tuvo, sin embargo, consecuencias, como es sabido, y puede creerse que estos dos grandes maestros en fingimiento se burlaron de lo lindo el uno del otro, poniéndose mutuamente a prueba la credulidad, y que Beatriz hizo el gasto de este juego.

Al poco tiempo quedó roto igualmente el proyecto de matrimonio con la casa de Saboya; en virtud de los acontecimientos ocurridos entre tanto, ya no le convenía a Fernando

(1) Francisco Delaborde: *L'expedition de Charles VIII en Italie*. París, 1888, pág. 97.

esperar, para establecer a su hija segunda, a que el duque de Saboya estuviera en edad de casarse (1).

Después de la marcha de Leonor, la corte de Beatriz se organizó provisionalmente en Nápoles, durante el verano de 1473, como la de una joven princesa. A partir de este momento, los gastos de esta casa figuran como un capítulo constante en las Cedole di Tesorería: «La spesa della casa della ill, Donna Beatrice (2).» Se ven todavía órdenes de pago continuas para el suministro de la casa: para comprar un aparador, jofainas, candeleros de brazos, servicios de mesa, baúles, ropa blanca, ornamentos para las capillas, arreos y sillas para los caballos, utensilios de cocina, y además encontramos a menudo donaciones especiales de vestidos y galas. Los gastos anuales de la casa de Beatriz se fijaron en 1.000 ducados (3); esta suma no parece considerable, pero las cantidades gastadas, especialmente para los objetos de vestir y de tocador, pasaban siempre de este crédito; y los salarios de su enorme personal figuran también aparte. Sabemos, por detalles de cuentas del año 1474, el considerable personal que tenía a su disposición: su intendente era Lucido di Sangro; su preceptor, Antonio de Sarcellis; su médico, messer Christófano Dartaldo, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nápoles; su secretario-tesorero, Bartolommeo Loret (4); tiene un cocinero en jefe, un hombre para las compras, un sumiller de cocina, un jefe de comedor, un maestresala, un maestro panadero, un portero, un cocinero, un jefe de cuadra, un pinche de cocina, un copero, dos lavanderas, un muletero y otra porción

(1) El príncipe murió en 1482, a los diez y siete años de edad.

(2) La primera vez el 6 de Junio de 1473. (*Cedole*, volumen LXIII, folio 148.)

(3) *Cedole d.* T. Ar., vol. LXIII, fol. 329.

(4) La familia Loret figura ya entre los cortesanos de Alfonso. I Véase Filangieri, o. c., VI, pág. 72.

de criados cuyos servicios no se designan (1). Ignoramos el número de sus damas de honor; sabemos solamente que se encargaron para ellas sillas de montar (2); que los caballos de la princesa consumieron, en el transcurso del año 1474, 573 tómolas de avena (3).

Aunque sin carecer de nada, Beatriz tiene deudas a la edad de diez y siete años; el tesoro de la corte tiene que pagar, en varias ocasiones, cantidades bastante considerables para amortizar las deudas; véase las «deudas antiguas» de la princesa; la suma que se emplea a este efecto asciende a 2.128 ducados al año; es, pues, el doble de su pensión anual (4). Es, pues, evidente que Beatriz no sabía manejar el dinero, y que se había acostumbrado, demasiado pronto, a gastar a la ligera, y hasta a contraer deudas, como más adelante veremos; se puede suponer, además, que al hacerla tan pronto independiente, se proporcionó a muchos la ocasión de abusar de su inexperiencia, y tal vez hasta de su buen corazón.

La prodigalidad era, por lo demás, en ella un defecto hereditario: su abuelo, Alfonso, necesitaba, a lo que se dice, 1.000 ducados diarios en Nápoles y 1.500 fuera de Nápoles; su padre, Fernando, era pródigo, sobre todo en sus cuadras y gustaba hacer regalos de caballos; dícese que dió 300 de una vez a uno de sus amigos (5) y que gastaba en el sostenimiento de sus ca-

---

(1) Todos mencionados por sus nombres en el vol. LXVI de *Cedole*, folio 165.

(2) *Cedole*, vol. LXIII, fol. 321.

(3) Una tómola contiene algo más de 50 litros. V. *Cedole*, vol. LXV, en donde se trata de los suministros de cereales y de otros productos de la tierra, números 266 y 306.

(4) *Cedole*, vol. LXVI, folios 239, 322, 392, 431, 515, 537 y 550.

(5) Nunziate, ob. cit. *Arch. Stor.* XVII, pág. 300. Bast. Biancardi, ob. cit., pág. 358. Los frecuentes regalos de caballos de Fernando se relatan en las cartas del *Codice Aragonese*. Lorenzo de Médicis se presentó, montando un caballo, regalo de Fernando, en una fiesta florentina, en 1467. Paul Müller Walde: *Leonardo da Vinci*, pág. 67.

ballos 7.500 monedas de oro al año (1). Su hermano Alfonso gustaba también mucho del lujo y tenía grandes deudas (2). El ejemplo de la princesa Hipólita, mujer del príncipe heredero, demuestra que el contraer deudas no era raro entre las mujeres de la corte napolitana; en 1474, pidió a Lorenzo de Médicis 2.000 ducados bajo «su palabra de honor de mujer», prometiendo reembolsárselos puntualmente y ofreciendo unas joyas en garantía (3).

Por lo demás, el lujo de que Beatriz fue esclava desde su juventud, obedecía en gran parte a los usos y costumbres de la corte real de Nápoles, conocida por ser la más fastuosa de toda Europa; esta corte manifestaba así su gusto por la vanagloria y la alegría de vivir, que caracterizan tan bien al Renacimiento italiano; su afición a las formas bellas y a los colores bellos en los objetos que la rodeaban, y sus aspiraciones a que en todo hubiera algo artístico y refinado. En Nápoles, la nobleza tenía marcada predilección por la suntuosidad del traje y del mobiliario; exigía, pues, el mismo lujo en la clase más alta; la industria de la seda, por ejemplo—muy desarrollada,—permitía a casi todo el mundo vestirse de seda (4); no se podía, pues, sobresalir sino con telas preciosas de terciopelo o de brocado, con galas costosísimas. En Nápoles, sobre todo, se quejaban los contemporáneos de los frecuentes cambios de la moda y de las infiltraciones de las modas extranjeras, especialmente de las modas francesas y españolas, venidas estas últimas con los Aragón (5). Si consideramos que en el siglo xv y hasta después, era costumbre general el legar de

(1) Passero, ob. cit., suplemento, pág. 340.

(2) Tom. Persico: *Diom. Carafa*, págs. 92-94.

(3) «A fede de la leale Madama», Reumont, *Lor. d. Med.* I, pág. 310.

(4) G. Weber: *Allgemeine Weltgeschichte*, vol. IX, pág. 710. Reumont, *Carafa v. Mad.* II, pág. 45. El nombre italiano «veste d'oro secondo él costume napoletano» de un traje de mujer de tejido de oro, muestra también el lujo del vestido napolitano.

(5) J. Burckhardt: ob. cit. pág. 98.

generación en generación vestidos hechos de telas preciosas o ricamente adornados, como se hace con las joyas (1), nos sorprende la frecuentísima mención de nuevos trajes —en su mayoría riquísimamente adornados—en el libro de cuentas de la casa real de Nápoles, en el capítulo de gastos para Leonor o Beatriz.

Aquí también vemos infiltrarse las modas extranjeras, especialmente la francesa; encontramos a menudo, cuando se trata del paño o del corte de los vestidos, envíos de origen o de procedimiento francés (2). En fin, una de las causas del lujo del traje residía entonces en las numerosas especies de lutos—especialmente en las cortes,—que se extendían a todo el personal, y al arreo, siempre rico, de los caballos; además del luto negro—riguroso,—se llevaba en algunos casos un luto pardo o azul oscuro, y la clase del luto influía también en parte en el corte del traje (3); se puede fácilmente imaginar lo que costaba a un gran personaje vestir de luto con toda su «familia», es decir, con toda su familia y toda su servidumbre reunidas, que contaba varios cientos de personas, lo que costaba el cambio de los arreos de los caballos, según las exigencias del luto.

En general, para poner el traje con arreglo a las circuns-

---

(1) Ben. Croce: *Isab. del Balzo,* pág. 17.

(2) *Cedole*, vol. LI, fol. 346, y vol. XLVII, fol. 434. Véase también la obra citada de Ben. Croce, la colección de datos de Ricardo Bevere. (*Vestimonti e gioielli in uso nelle province Napoletane dal XII al XVI secolos*), en la pág. 317, vol. XXII del Arch. Stor. Napol., y el artículo de Giulio de Montemayor. (*Nap. Nobil*, vol. V, págs. 21 y 19). El corte francés se manifestaba, sobre todo, en lo largo de las mangas colgantes, y en vestidos tan largos, que se desviaban debajo de la cintura, y dejaban ver el guardapiés.

(3) Para el luto pardo, véase Pas. Villari: *Storia di Savonarola*, I, página 382. Para el azul oscuro: *Cedole,* vol. XLIV, fol. 179, paño oscuro como luto, ibid. vol. XLVII, fol. 445. Para los diversos lutos de la corte real de Francia, v. Pablo Lacroix: *Vie militaire et religieuse au moyen—âge et à l'époque de la Renaissance.* París, 1877, págs. 548 y 554.

tancias, había que hacer enormes sacrificios de dinero; hacíanse a menudo trajes especiales para una cacería; porque las cacerías desempeñaron un papel importante en la vida de los napolitanos, y sobre todo en la de la corte de Nápoles; sabemos que Beatriz tomó parte, desde la edad de once años, en cacerías de la corte, organizadas en Astroni, con amazona de color de flor de almendro.

Summonte traza un cuadro muy expresivo de las cacerías reales de Astroni, que se repitieron a menudo; describe una que fue organizada por Alfonso I, en honor del emperador de Alemania, Federico III, en ese lugar «único por su belleza en toda Italia».

Astroni ha seguido siendo hasta nuestros días un castillo de cacerías regias; está situado sobre Bagnoli y la Solfatara, en las cercanías de los Campos Flegreos y del antiguo lago de Agnano, en un cráter apagado cuyas pendientes estaban cubiertas de bosques ricos en frescos y abundosos manantiales; los bosques fueron completamente transformados en un coto de caza y cuidados celosamente. En las cacerías, varios miles de ojeadores cercaban la parte superior del bosque, que tiene la forma de un caldero, y acosaban a toda clase de caza hacia el llano (que fue en sus tiempos el fondo del cráter); allí, los cazadores del rey la esperaban con sus jaurías, sus lanzas y sus cuchillos de caza, y mataban las reses ante los cortesanos que habían tomado puesto en las tiendas dispuestas como palcos alrededor del bosque, y ante una multitud de curiosos.

En cacerías de este género, las mujeres se contentaban de ordinario con ser espectadoras; sin embargo, no solamente gustaban del sangriento espectáculo de la escena final, sino de todo lo que formaba parte de la caza; ir a caballo, pasar veladas en compañía de los hombres dejándose hacer la corte; gustaban de los días de descanso de las grandes partidas de caza, de la vida libre del campo; complacíanse en gozar de las frescas horas de la mañana al aire libre, lejos de la vida de las ciudades, y en dispensarse de los abrumadores deberes de represen-

tación que impone la vida cortesana (1). Por esto, las mujeres del Renacimiento fueron en todas partes imitadoras de Diana, sobre todo, en Italia; Hércules Strozzi dedicó su poema *Sobre la caza*, a Lucrecia Borgia; educábanse en la afición a la caza, y esto es, sobre todo verdad, tratándose de esta princesa napolitana, cuyo abuelo hizo acuñar una medalla en recuerdo de sus aventuras cinegéticas (2), y cuyo padre era conocido como uno de los más intrépidos cazadores de su tiempo.

Fernando hacía de la caza, que el Renacimiento italiano consideraba como el más elegante de los pasatiempos (3), un asunto de Estado de primer orden. En las misivas más importantes que envía a su embajador en Milán, aborda también la cuestión de sus cacerías y le cuenta su brillante resultado; le pide noticias de las cacerías de aquel país, y le ruega que refiera cuanto le dice sobre caza a Galeazzo María, duque de Milán (Fernando estaba muy unido con el duque, entre otras razones, porque éste se ocupaba de la cría de perros de caza, y tenía como tal, gran fama de cazador (4). Su correspondencia con el duque de Módena trata de una manera más detallada todavía, de la cuestión de los perros de caza y de los concursos de perros que organiza de vez en cuándo; estas notas diplomáticas, redactadas en latín clásico e irreprochable, tratan en un tono tan elevado de las cualidades de los perros de caza, que se creería que los dos soberanos se alaban mutuamente el heroísmo de sus ejércitos (5).

El deporte favorito de Beatriz—como el de las otras mujeres de la Edad Media y del Renacimiento, que gustan de la

(1) R. de Maulde la Claviere: *Les femmes de la Renaissance*. (París, 1904, págs. 345-346.)

(2) Véase el facsímil y la descripción de la medalla (que presenta a un cazador matando un jabalí con una inscripción que se refiere a Alfonso I como «venator intrepidus»), en la obra de Alois Heys: *Las Medallas del Renacimiento*, parte Nic. Pisano.)

(3) Castiglione: *Libro del Cortegiano*. (I, pág. 37.)

(4) *Códice Arag.* I, págs. 6-7.

(5) *Códice Arag.*, págs. 85-86.

caza—no podía ser, naturalmente, sino la caza de volátiles por medio de halcones. Cuando fue reina de Hungría, pidió halcones bien enseñados a su cuñado, el príncipe Hércules, porque quería cazar a la italiana (1). Este género de caza, uno de los más antiguos, puesto que se practicaba, ya como lo demuestran los bajorrelieves de Khorsabad, en Nínive y en Babilonia—se encuentra todavía en uso, no solamente entre los árabes sino en ciertas partes de Inglaterra y de Alemania,—era considerado en aquella época como la diversión por excelencia, de la sociedad elegante de Nápoles. Varias tumbas de los siglos XIV y XV, representan a los muertos y a sus parientes—hombres y mujeres—con halcones empuñados, y el biógrafo de Hipólita Sforza, heredera del trono de Nápoles, creyó necesario mencionar que la primera demostraba mucho saber al hablar de halcones (2). Desde este punto de vista, Nápoles tenía la ventaja de estar cerca de Sicilia cuyas montañas proporcionan los mejores halcones; de allí hacía venir los suyos Fernando, y el duque de Milán y Lorenzo de Médicis, pidiéronle frecuentemente sus halcones (3). Fernando, en ocasión de su visita a Roma, llevó tantos halcones que, a lo que se dice, quedaron destruídas por algún tiempo en la ciudad todas las especies de buhos (4). La caza con halcón—cuya enseñanza se puede considerar como el más bárbaro de los tormentos aplicados a los animales—es una de las diversiones más gratas a la vista y más pintorescas. Pone a prueba la firmeza y la gracia de un buen jinete; era tan apreciada por los contemporáneos y com-

---

(1) *Magyar diplomaciai emlekek Matyas kiraly korábal.* Momumenta Hungárica Histórica. Edición de la Acad. Hung. 1877, III, pág. 378.

(2) Sabadino, o. c. pág. 345.

(3) *Codice Aragonese* I, págs. 373, 406 y 413, v. Reumont, *Lor. de Medici*, I, pág. 346.

(4) Infesura, ob. cit. (Muratori, *Scriptores*, III, 2,) pág. 1.144.—Notar Giacomo (ob. cit., pág. 129), menciona *circha tricento falconeri.*

patriotas de Beatriz, que Lorenzo de Médicis ha descrito en un poema sus aventuras de halconero (1).

Es probable que los juegos de azar desempeñaran un gran papel en una corte residente en Nápoles, en donde los impuestos, o más bien, las multas sobre los juegos de azar, eran una fuente de ingresos importantísimos para el Tesoro real, desde Alfonso I, que hacía dinero de todo (2). Las mujeres de la casa de Anjou eran ya conocidas como jugadoras apasionadas; no se puede, sin embargo, saber hasta dónde llegó la afición de Beatriz al juego, y si esta pasión fue una de las causas de sus deudas; no conocemos más que un hecho, cuya índole puede dar alguna luz sobre este asunto; se trata de la compra de ciertas cartas, cuyo uso no estaba prohibido por la policía (3).

Pero las diversiones más nobles encontraron también celosos partidarios entre las mujeres de la casa de Aragón, por ejemplo, las representaciones cómicas y trágicas y la música. Al hablar de las representaciones teatrales no hay que olvidar que tenían en su mayor parte un fin edificante; varios *ludi sacri*, o *sacre representazioni*, eran frecuentes durante los años de la juventud de Beatriz, sobre todo el Viernes Santo, y con su aparato escénico, sus decoraciones, sus personajes con careta o sin ella, ocupaban no solamente a un gran número de actores, sino a muchos artistas, pintores y artesanos (4). Además de estas representaciones había otras, llamadas *farse alle-*

---

(1) *La caccia col falcome.* (Poesía di Lorenzo d' Medici, Firenze, 1859, pág. 278.)

(2) Giuseppe Ceci: *Il giuco a Napoli durante il medio evo.* (Arch. Stor. Napol, XXI, págs. 290-310.) Vesp. Bisticci (ob. cit., 58), dice que Alfonso I fue muy jugador en su juventud, y que más adelante dejó de jugar por un voto formal:

(3) En la página 208, vol. LXVI, de *Cedola d. T. Ar.*, leemos un pedido de cartas de jugar para Beatriz: «Hun joch de cartes dit trihunfes»; en cuanto a este juego «Triunfi», véase el estudio de Ceci citado antes.

(4) Benedetto Croce: *I Teatri di Napoli*, Secolo XV-XVIII. (Arch. Stor. Napol., XVI, pág. 556.)

goriche, consistentes en recitados, diálogos, o hasta escenas enteras y que se daban en ciertas ocasiones para festejar a un gran personaje. Los «Spettacoli drammatici» son completamente del dominio del arte teatral, cuyo desarrollo, tan variado en Nápoles, es debido a los Aragón solos, porque Fernando, en Castelnuovo, como Alfonso, el príncipe heredero, en Castel Capuano, dieron a menudo estas divertidas y cultas representaciones, por lo general, con el concurso del autor. Tenían lugar con ocasión de las fiestas solemnes, o bien para diversión del mismo príncipe, de Alfonso en particular. La música intervenía sin duda en estas representaciones: esto era natural, porque la afición de la casa real de Nápoles a este arte era universalmente conocida, y sus músicos tenían gran fama. El hecho de que el director de la orquesta real—compuesta de flamencos—el famoso Giovanni Tinctor que, según toda verosimilitud, perteneció más adelante a la corte de Beatriz (1), dedicase su obra titulada: *Diffiniterium musicae*, impresa en Nápoles, en 1474, a la princesa Beatriz, prueba que ya de joven gustaba de la música (2).

Estas representaciones contribuyeron con la mayor eficacia a propagar la afición a las letras en las esferas más elevadas de la sociedad napolitana. Desde la época de Alfonso I—gracias a la protección de la corte real,— Nápoles era uno de los centros literarios del Renacimiento italiano. Beatriz no pudo conocer en su juventud a los escritores, que fueron particularmente dignos del nombre de poeta en la época de Fernando y de sus sucesores, Jacobo Sannazar y Chariteo. Pero el anciano Antonio Beccadelli—más conocido con el seudónimo de Pomermita,—es el autor del famoso *Hermaphroditus*, que fue quemado por decisión sinodal, y es el representante más impúdico del libertinaje literario del Renacimiento, lo cual no le impidió llegar a ser—tras una conversión ruidosa—el primer organizador de

(1) Desarrollaremos esta hipótesis en su lugar, libro III, cap. 4.

(2) Benedetto Croce: obra que acabamos de citar, pág. 577.

la Academia Napolitana, llamada más adelante «Academia Pontano», y de terminar su vida en medio de la estimación general, en su lujoso palacio de la costa de Nápoles (1).

Pontano—del que hemos hablado como hombre de Estado, y al que algunos historiadores tienen por el preceptor de Alfonso, el príncipe heredero (2)—no hubo de recibir una acogida muy favorable en la corte y entre las damas de Nápoles por su *Urania*, que no era más que un tratado de la Astronomía de la Edad Media puesto en hexámetros, ni por sus discursos morales; obtuvieron mejor acogida sus canciones líricas escritas en latín, llenas de color y de una sensualidad vibrante, que personificaban todos los encantos de los alrededores de la finca Partenope en imágenes bellísimas; y sus diálogos, que caracterizaban la vida napolitana con pasmosa vivacidad y mucha ironía, gozaban también del favor del público (3).

Al mismo tiempo que Pontano, Nápoles tenía además, por aquella época, un autor de novelas breves, cuyos trabajos revelan un conocimiento muy exacto del ambiente de la corte, y el cual, imitador confeso de Juvenal y de Bocaccio, tanto por el tono como por el asunto de sus escritos, satisfacía sin duda los gustos de aquel ambiente. Para formarse un juicio, no solamente sobre las costumbres, sino también sobre la sinceridad de las creencias religiosas de aquella sociedad, es interesante notar que Masuccio de Salerno dedicó su obra (4), que contiene historias muy libres y siempre mezcladas de la manera más cínica con asuntos religiosos, a la princesa Hipólita, mujer del príncipe heredero, y que cada una de las novelitas está dedi-

(1) Sysmonds: ob. cit., II, págs. 254-258; *Storia della Letteratura Italiana*. Milano, 1834, XVI, págs. 170-178.

(2) Gericciadini: ob. cit., págs. 182 y 183.

(3) Sysmonds: ob. cit., II, págs. 465-468. Tiraboschi: ob. cit., IX, 1427 y siguientes. Además de las obras de Pontano ya citadas, v. Joviani Pontani, *Casusina*, Firenze, 1902, dos volúmenes.

(4) Editada en lengua toscana, con el título *Il Novellino di Masuccio Salernitano*. Génova, 1765.

cada a un miembro de la casa soberana. Las dedicadas al rey y al príncipe heredero refieren aventuras galantes de frailes; la dedicada al príncipe Federico, todavía adolescente, y a Francisco, no es menos obscena. En atención al estado eclesiástico del príncipe Juan, y a la juventud de Leonor y Beatriz, moderó su inclinación a lo escabroso en los cuentos que les dedicó, y les escribió unas historietas, más bien sentimentales y tristes (1). Es poco probable que estuviera en relaciones con la corte otro novelista de la época; aludimos a Giovanni Sabadino de los Arionti, de Bolonia (2), que escribió también las biografías de las mujeres de la casa de Aragón, en su obra titulada *Ginevera della clara donna* (3).

Muy diferente fue la influencia que otro personaje, grave e importante, de la casa real y de Nápoles, ejerció sobre Leonor y Beatriz hasta que se casaron. Se trata de Diómedes Carafa, conde de Maddaloni (4).

El papel que este hombre conocidísimo desempeñó cerca de los reyes Alfonso I y Fernando I es completamente especial. Oriundo de una de las familias más antiguas y más consideradas de Nápoles (su padre, Antonio Malizia Carafa, había desempeñado un papel importante al advenimiento de Alfonso al trono de Nápoles) (5), Diómedes se había dado a conocer por hechos de armas.

Fue siempre soldado, y a él se debió la instrucción militar del príncipe de Calabria; estuvo mucho tiempo al frente del

---

(1) El prólogo del cuento dedicado a Beatriz está escrito en un tono humilde y elogioso; es la historia de dos amantes, separados por el destino; el hombre cae prisionero, la mujer quiere salvarle disfrazada de hombre, y lo consigue, pero ambos llegan a ser apresados; matan al amante, ella se suicida.

(2) Tiraboschi, o. c., IX, págs. 1293-1294.

(3) La hemos ya citado varias veces.

(4) V. Tommaso Persico *(Diom. Carafa,* hombre de Estado y escritor del siglo xv). Nápoles, 1899, pág. 2.

(5) A. Reumont: *Die Carafa v. Madaloni,* I, págs. 194 y sig.

castello dell' Ovo. Pero el rey Fernando le confió también desde el primer momento importantes servicios civiles; fue su secretario-tesorero, luego su consejero más íntimo, ministro de su casa, su enviado en misiones delicadas; estaba con él «noche y día», tenía la llave del corazón del rey (1) y le ayudaba de vez en cuando con préstamos de dinero o con la compra de bienes de la corona puestos a la venta, porque su soberano carecía frecuentemente de dinero. Fernando le colmó de distinciones y le dió el condado de Maddaloni y otros feudos. Algunos historiadores dicen que fue preceptor de las hijas del rey (2); pero no tienen razón: Diómedes no era un pedagogo ni un escritor profesional, aunque su afición a las artes contemporáneas y a las de la antigüedad acusa una refinada cultura. Ejerció, no obstante, una influencia en la educación de los príncipes y princesas, y tuvo sobre ellos una autoridad casi paternal; la prueba está en que Carafa escribió para varios hijos de Fernando, cuando entraron en la vida o con motivo de una misión importante, manuales o memorias conteniendo las reglas de la filosofía práctica, del arte de vivir y de la discreción en política. Escribió una obra de este género para Leonor con motivo de su matrimonio, tratando de todos los deberes del soberano; otras memorias que compuso para Alfonso, duque de Calabria, cuando la marcha de Ancona, y en otras ocasiones, son obras estratégicas. Redactó una memoria para el príncipe Francisco cuando marchó a Hungría, y otra para el príncipe Federico cuando le enviaron a Francia; otra — como veremos más adelante — para Beatriz, pedida por ésta, con motivo de su boda, y dedicó también a la reina de Hungría uno de sus mejores libros. Los originales de todas estas obras estaban escritos en la lengua italiana de Nápoles, muy poco desarrollada

(1) T. Persico, o. c.. pág. 74.

(3) En la carta de donación del rey se enumeran todos los méritos de Diómedes, pero Fernando no le nombra en parte alguna preceptor de sus hijas; el mismo Carafa no se da este título en el prefacio que dirige a Leonor y a Beatriz.

aún en aquella época; pero se tradujeron varias al latín en el transcurso del siglo XV y de los siglos siguientes, y se adaptaron algunas al italiano literario.

Todas estas obras nos dan a conocer a Diómedes Carafa como un hombre de espíritu práctico, que no está guiado por la ambición literaria, que no se atiene, al escribir, a los modelos de la antigüedad clásica, como los autores de profesión contemporáneos suyos; si necesita citas, las toma más bien de la Biblia; condena el lujo y el sibaritismo, tan esparcidos en su época, y exhorta a las buenas costumbres y a una vida racional con sinceridad y no en tono de pedagogo.

Beatriz se ocupó, desde sus años de muchacha, no solamente en la literatura de su época y de su nación, sino también en las bellas artes.

En la colección artística de su Gustavo Dreyfus, en París, hay un busto que lleva el sello indiscutible del *quattrocento* italiano, y que, según la inscripción contemporánea, *Diva Beatrix Aragona*, es el retrato de nuestra Beatriz; la representa a la edad de diez y seis o diez y siete años; sus facciones son agradables, sin ser particularmente bellas; el rostro de esta mujer, en su formación, tiene una expresión de preciosismo que estaba probablemente de moda en la época, pero anuncia que las facciones mejorarán con el tiempo, y nos deja adivinar el desarrollo futuro de la doble barbilla que nos llama la atención en los retratos y en las estatuas de Beatriz, ya mujer. En cuanto al autor de este busto, no se sabe nada de él hasta ahora.

El Museo de la corte de Viena posee un busto de mármol coloreado que representa también—podemos afirmarlo casi seguramente—a Beatriz de Aragón, de alguna más edad, plenamente desarrollada y con una expresión en el rostro más viva, más atractiva; el autor es igualmente desconocido hasta aquí.

En fin, en el Museo del emperador Federico, en Berlín, se ve un busto de un trabajo más cuidado, y muy adornado que, al decir del director, representa a una princesa de Nápoles, y

está hecho por Francesco Laurana (1). Sábese que este Laurana trabajó, de 1472 a 1474, en Nápoles para la corte, y que ejecutó en mármol un grupo en el que se encuentra una virgen, en el arco del pórtico de la capilla de Santa Bárbara, en Castel Nuevo; allí está todavía el grupo. Más adelante, Cornelino de Fabriezy ha demostrado que Laurana es el mismo Francesco Azzara, cuya colaboración en los ornamentos escultóricos del pórtico de Castel Nuevo está probado por los libros de cuentas de la corte; así, pues, en la persona de este excelente escultor tenemos que ver a un dálmata, oriundo de Aurana (Laurana, Urana, Zara Vecchia), cerca de Zara, o tal vez Zara misma (2).

Nuestros conocimientos sobre el estado de las artes en esa época se han visto notablemente enriquecidos con una obra reciente de M. Wilhelm Rolfs (3), en la que, tras investigaciones muy extensas y muy profundas, llega a la conclusión de que no solamente estos tres bustos son obras de Laurana, y que los tres representan a Beatriz, sino también que la famosa *Desconocida* del Louvre, atribuída por varios sabios a Desiderio da Settignano (4), representa también a Beatriz, y es obra del mismo Laurana. Ha demostrado también que además de las estatuas aquí citadas, encontramos bustos o mascarillas de mármol en el Museo Nacional de Palermo, en la colección de Mme. Eduoard André, de París; en la de Stefano Bardini, en Florencia; en fin, en los Museos de Berlín, de Aix, de Chamberg, de Bourges, del Puy-an-Velay y de Villeneuve; todos estos bustos y mascarillas representan a nuestra Beatriz que, por consiguiente, sirvió trece veces de asunto al arte de Laurana.

---

(1) V. Wilhem Bade: *Die italienische Blastik*. Berlín, 1893, pág. 142.
(2) Cornelius de Fabriczy, o. c., págs. 39 y 40.
(3) *Franz Laurana*. Berlín, 1907.
(4) Marcel Reymond: *La escultura florentina*, Florencia, 1899, II, 72-77.

La hipótesis de Rolfs se ve confirmada, no solamente por el parecido notable de casi todas las estatuas entre sí, sino por el hecho de que en tiempos de la estancia de Laurana en Nápoles, Leonor no estaba probablemente allí; además, sus retratos con medallón no tienen ningún parecido con estas estatuas de Laurana. Es posible, sin embargo, que algunos de estos retratos daten solamente de la época en que Beatriz estaba soltera, y que algunas de las estátuas que muestran un rostro más desarrollado, más lleno—como las dos estatuas de Berlín, las de Florencia, de Aix y de Chamberg,—fueran hechas en suelo húngaro, en los primeros tiempos del matrimonio de la princesa; en este caso, habría que contar a Laurana entre los artistas extranjeros llamados por Matías I a Hungría.

Así, pues, podemos representarnos el exterior de Beatriz, soltera, con suficiente seguridad, mientras que entre los pocos datos que tenemos sobre esa época de su vida, no hallamos sino poquísimos rasgos psicológicos que puedan motivar o explicar los innumerables elogios tributados por los poetas y los historiadores cortesanos a la poderosa reina, al hablar a menudo de sus años de juventud, que les eran casi totalmente desconocidos.

Aunque el Renacimiento italiano diese a las muchachas una educación semejante a la de los muchachos, no había, a imitación de la Edad Media, sino un campo restringido al libre desarrollo de su individualidad mientras que permanecían solteras. Conocemos, por ejemplo, una carta de Beatriz, escrita cuando era ya novia de Matías, y se juzgaba autorizada por ello a añadir a su nombre el título de reina de Hungría (1). Esta carta, que fue escrita tal vez bajo la influencia eclesiástica, estaba inspirada por la idea de que quien la escribía tenía el derecho de hacer valer su nuevo título en un asunto de im-

(1) El original de esta carta, fechada en Nápoles el 30 de Julio de 1475, y escrita en latín, está en la Biblioteca San Marcos, de Venecia (clase X, Cód. CLXXV, fol. 91).

portancia; está dirigida al Papa, y nos muestra a Beatriz como una ardorosa solicitante, animada de ferviente piedad y fe mística. Apoya una proposición de su padre, y pide que un religioso de la orden de Menores, llamado Bonaventura, conocido por su piadosa vida y por su ciencia, y fallecido hacía ya mucho tiempo, sea canonizado; para robustecer su petición dice que se ha producido un milagro en el cadáver, que se conservaba probablemente en Nápoles o en los alrededores; mientras que todas las partes del cuerpo se han convertido en polvo, la lengua, que predicó con tanto vigor y buen resultado la verdad divina, ha permanecido intacta. No sabemos si esta primera intervención de Beatriz tuvo éxito; pero la carta caracteriza perfectamente su mentalidad de soltera.

Si, para conocer la personalidad de la joven Beatriz, no podemos aceptar como documentos de gran valor los elogios de los aduladores, escritos después, tampoco podemos aceptar como datos históricos las afirmaciones aventuradas de algunos historiadores desconocidos y de dudoso valor; estas afirmaciones están tomadas de la crónica escandalosa de Nápoles en aquel tiempo (1). Prueban, a lo sumo, que la joven no pudo

(1) Las crónicas manuscritas que se encuentran en varias bibliotecas, y que datan del siglo XVII, tienen por títulos: *La verità svelata*, *Fatti tragici*, *Amorosi sucesi in Napoli e altrove a Napoletani*, y están catalogadas con el nombre de los autores: Silvio y Ascanio Corona, o bien Francesco Confuorto. Tenemos conocimiento de cuatro ejemplares en el mismo Nápoles que difieren poco, en la Biblioteca Nacional y en otras bibliotecas; nos han dicho que se podía encontrarla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Paris. Una de estas notas habla de Beatriz; después de haber hecho el elogio de su inteligencia, de su vasta cultura y de otras eminentes cualidades, cuenta—entremezclándolo con datos bibliográficos exactos—que se enamoró apasionadamente, siendo aún una muchacha, de uno de sus pajes nobles, D. Ramiro Villaracuta; según la nota, la sospecha que despertara la conducta extraña de la princesa está plenamente confirmada por el hecho de que se encontró un día a D. Ramiro en el cuarto de la princesa («e nel suo letto medesimo»), estrangulado con una cuerda. Este trágico episodio hubo de ocurrir en 1475, cuando Beatriz era ya la prometida de Matías I.—Dom Morellini demuestra

preservar su virtud de las sospechas de sus contemporáneos; Beatriz careció de dirección maternal desde su infancia, y se vió privada más adelante incluso de los consejos de su hermana de más experiencia; de otra parte, vivía en una ciudad y en una época licenciosas, en medio de una corte que, bajo un barniz brillante, ocultaba grandes vicios; así fue que usó de su independencia, demasiado pronto adquirida para llevar una vida dispendiosa y llena de placeres.

Durante los tres años que transcurrieron entre la boda de Leonor y la de Beatriz, hubo pocos acontecimientos que tuviesen una influencia notable sobre la vida de la princesa que se había quedado sola. Su hermana Leonor daba todos los años a su padre y a su hermanos y hermanas la noticia del nacimiento de un hijo; al primer año de su matrimonio nació la niña Isabel, que fue con el tiempo la mujer de Gonzaga, marqués de Mantua; al año siguiente otra hija, que recibió en el bautismo, sin duda en recuerdo de su tía, el nombre de Beatriz, y la cual llegó a casar con el duque de Milán (1); poco antes de la boda de Beatriz nació el hijo tan esperado, Alfonso, príncipe heredero, cuyo nacimiento se celebró con grandes fiestas en Ferrara.

En aquel tiempo, dos viajes ocuparon mucho la atención de los napolitanos. En el mes de Octubre, D. Federico, el hermano mayor de Beatriz, salía de Nápoles para ir a Borgoña en busca de mujer; pero no lo consigió, aunque, desde aquella época, el rey Matías I de Hungría favoreciese las miras de los napolitanos. El otro viaje es el que hizo el mismo rey Fernan-

también la poca autenticidad de los manuscritos de este género en su artículo *La fonta di alcuni succesi de' mss. Corona*, publicada en Nap. Nobil, vol, XIV, pág. 77.

(1) Litta (*Famiglie celebri*, cuad. 15, tabla 5) dice que Beatriz de Este nació en *Nápoles*, el 29 de Junio de 1475; parece esto un error, porque ni en las crónicas contemporáneas de Nápoles ni en las de Ferrara hay ningún indicio de que Leonor, después de casada, y durante la estancia de Beatriz en Nápoles, estuviera allí y diese a luz.

do, a principios del año 1475; iba a ofrecer sus homenajes al Papa, con motivo del año jubilar, que se celebraba entonces cada veinticinco años. Entre atenciones y cambio de regalos, el rey y el Papa celebraron conferencias para fijar su línea de conducta respecto a la alianza con Venecia y Milán y a la guerra contra los turcos.

En el otoño del mismo año, el duque de Calabria y el rey cayeron gravemente enfermos; el último hubo de ser llevado de Carsinla a Nápoles, y su estado fue, durante mucho tiempo, tan desesperado, que se celebraron rogativas públicas en las iglesias por el restablecimiento de su salud; se atribuyó su curación a la intervención del piadoso fraile Fra Giacomo della Marca (1).

El príncipe Alfonso informó de estas enfermedades al embajador del rey de Nápoles en Hungría (2), porque en aquella época Matías era ya el prometido de Beatriz, puesto que las gestiones de boda empezaron en 1474; aun antes de esta fecha encontramos hechos que se refieren a estas gestiones; el matrimonio se aplazó, sin embargo, hasta el otoño de 1476.

La idea de una unión matrimonial entre la casa de Aragón y el rey de Hungría debía, en efecto, remontarse a una época anterior. Al poco tiempo de quedar viudo Matías I, en la primavera de 1464, por la muerte prematura de su primera mujer, Catalina Rodjebrad, Fernando, al ver cómo crecía la fuerza y la fama de aquél, le ofreció, en 1465, por mediación de Venecia, la mano de su hija (3). No podía tratarse sino de Leonor, de quince años de edad, mientras que Beatriz, que no tenía más que ocho, era la prometida del hijo del duque de Ses-

(1) Passero: o. c., págs. 30-31.—Tummulillis: o. c., pág. 218.—Summonte: o. c., vol. III.

(2) *Monum. Hung. Hist.* (Maty. k. k. Dip. Eml.) II, págs. 292-293.

(3) V. Misiva enviada a Joanero Arino, embajador en Hungría, por las autoridades venecianas, el 17 de Febrero de 1465. (1464 según el calendario veneciano). Archivos del Estado de Venecia; Senato, Secreta Deliberazioni.

sa, reconciliado con el rey; es, además, poco probable, en razón de la juventud de Beatriz, que Matías, viudo, consintiese en esperar a que aquélla estuviera en edad de casarse. A pesar del celo de Venecia, y que manifestó en varias ocasiones (1), las negociaciones se prolongaron y no se llegó a ningún acuerdo.

Matías era entonces, en cierto modo, el punto al que convergían las combinaciones matrimoniales de casi todas las cortes de la Europa central; y, a raíz del fracaso de los dos proyectos relativos a la hija del marqués de Brandenburgo y a Hipólita Sforza, las negociaciones entabladas para su matrimonio con la nieta del emperador de Alemania, Federico III, e hija del príncipe elector de Sajonia, parecían tener grandes probabilidades de lograrse. Sin embargo, Matías estaba al mismo tiempo en tratos con el rey de Nápoles; los embajadores de ambos se habían encontrado en Roma, pero las negociaciones sufrieron una interrupción, porque, según se asegura, se habló de la princesa como desprovista de toda belleza. Ahora bien; Matías I tenía en mucho la belleza (2). Este rumor, si se puede darle crédito, sería una prueba más de que se trataba entonces de Leonor, a la que sus retratos muestran, en efecto, menos agraciada que Beatriz.

Si las negociaciones matrimoniales se reanudan más adelante entre las dos cortes, no se puede explicar este hecho sino por un cambio de persona, y es evidente que Beatriz había reemplazado a Leonor. Cierto es que por aquella época no tenía más que once años; pero, afortunadamente, habían fracasado, uno tras otro, todos los proyectos de Matías I, ya a consecuencia de influencias interiores y exteriores, ya por la voluntad personal de Matías; así fue, aparte de los que hemos ci-

(1) V. Decisión del Consejo de Venecia, de fecha del 25 de Mayo de 1465.

(2) V. Informe del embajador Gerardo Colli. De Venecia a Milán, con fecha 21 de Noviembre de 1465. (Archivos de Milán: Post. Est. Ven.)

tado, por lo que se refiere al proyecto relativo a la hija del emperador de Alemania, y a otro, en el que Matías parecía tener más empeño, y en el que se trataba de la hija del rey de Polonia. De esta suerte transcurrieron varios años, durante los cuales Beatriz había dejado de ser una niña.

Hay motivo para suponer que las negociaciones se reanudaron en el mes de Septiembre de 1468, cuando la llegada del embajador de Fernando a la corte de Matías, y que prosiguieron en la primavera de 1469, cuando el rey de Hungría mandó a Nápoles a Jorge Handó, prior de Pecs, y a Nicolás Banfi de Lindra, gran copero y conde supremo (gobernador) de Pozsony (Presburgo.) Por la misma época, el Consejo de Venecia se enteró de ciertos tratados hechos entre Matías y el rey de Nápoles. El matrimonio de Beatriz con el hijo encarcelado del rebelde Marzano había sido anulado por el Papa. Que, de otra parte, se entablaran negociaciones uno o dos años después, con miras de una unión con el heredero del trono de Francia, es un hecho que no debe asombrarnos, porque se explica por un uso, común en aquella época, con arreglo al cual los soberanos, por razones políticas, ofrecían a sus hijos en matrimonio a varias cortes a la vez (1).

Aunque las negociaciones con el emperador de Alemania y el rey de Bohemia estaban ya muy adelantadas, Matías I había vuelto en 1474 al proyecto de boda con la casa de Nápoles, por intervención de Lorenzo Roverella, obispo de Ferrara y legado pontificio, hermano menor del cardenal de que antes he hablado, enviado en 1469 para reconciliar al emperador con el rey de Hungría y para arreglar la cuestión de los Calixtinos de Bohemia. El otro personaje, que debía representar un papel importante en este asunto, fue Antonio d'Ayello, obispo de Tarento. Fernando le había confiado frecuentes misiones en las que había ido igualmente a Hungría, y acom-

(1) V. Delaborde, o. c., pág. 98.—B. Buser: *Die Beziechungen zar Frankreich.* Leipzig, 1879, págs. 162, 171.

pañado a Matías en su campaña de Siberia; era, pues, de los más autorizados para dar informes exactos, a la corte de Nápoles, sobre la persona y la situación del rey de Hungría.

Sin duda, a la intervención de estos dos personajes hay que atribuir la decisión tomada, en la primavera de 1474, por Matías, de enviar a Nápoles a sus embajadores, Nicolás Banfi y Jorge Handó con la misión de pedir solemnemente la mano de Beatriz. El rey Fernando, por su parte, en su carta del 5 de Setiembre, enviaba su consentimiento, y le concedía la mano pedida. Siempre avizor, el Consejo de Venecia sabía la noticia el 17 del mismo mes; de esta fecha es, en efecto, la carta con la que, después de recordar el afecto mutuo que le liga al rey de Nápoles—con quien Venecia estaba, sin embargo, a la sazón en grave desacuerdo,—el Consejo le ofrece sus saludos con motivo de los desposorios de su hija; alude a los *lazos antiguos y constantes de amistad* que unen a la República con el rey de Hungría; asegura su especial simpatía por la princesa Beatriz, a la que sus perfecciones y sus virtudes bien conocidas han hecho digna, al dejar un palacio real por otro palacio real, de cambiar su dignidad de princesa real por la de reina augusta» (1).

El 30 de Octubre del mismo año, sitiado en Breslau por las tropas reunidas de los reyes de Polonia y de Bohemia, Matías mandaba iluminar y repicar para celebrar la respuesta favorable del rey, y el consentimiento de Beatriz que acababan de traer los mensajeros napolitanos. Matías se apresuró a hacer que supiera la noticia el orgulloso rey de Polonia que le había negado diferentes veces la mano de su hija. A los pocos días de estos acontecimientos, los triunfos alcanzados por el rey de Hungría y por sus tropas, a pesar de la gran ventaja numérica de los enemigos, obligaron a éstos a entablar preliminares de paz, que condujeron a la firma de una tregua de tres años y medio.

(1) *Monum. Hung. Hist.* (Mateg. K. Dipl. Enlekek.) T. II, pág. 305.

A principios del año siguiente, en 1475, el domingo de Purificación, Matías recibió en Breslau a los embajadores del rey de Nápoles y de la República de Venecia que, presididos por el arzobispo de Bari, le entregaban de parte de su prometida ricos presentes, entre ellos, trajes regiamente adornados, que el rey se puso por primera vez en la iglesia de San Esteban; después de lo cual organizó, en honor de sus huéspedes, fiestas acompañadas de carreras y bailes.

En Junio, los embajadores del rey Matías se presentaban de nuevo en Nápoles; eran esta vez Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, Juan Laki Thuz y Francisco Fontana, diplomático italiano al servicio de Hungría; los tres habían sido enviados anteriormente a Venecia y encargados de misiones diplomáticas importantes cerca de la Santa Sede; su tarea consistía ahora en celebrar el matrimonio «per verba de futuro» (1) el contrato hecho un año después nos informa sobre las negociaciones entabladas respecto al importe de la dote y la manera de su entrega. Las cuentas de la corte de Nápoles nombran a Beatriz como reina de Hungría desde el verano de 1475, y ella misma usa este título en su correspondencia. El duque de Calabria, por su parte, en sus cartas al arzobispo de Bari, embajador de Nápoles en Hungría, fechadas a fines del mismo año y en las que expresa la alegría que le causa esta boda, no se contenta con hablar de su hermana como de la reina de Hungría, sino que trata a Matías de «cuñado», y le asegura al mismo tiempo su «respeto filial».

Parece que en esta ocasión la alegría fue sincera por ambas partes.

Matías que, durante los doce años de su viudez, había en varias ocasiones pensado en consolidar su poder con una unión

(1) Informe del embajador Florio Roverella, de Buda a Ferrara, con fecha de 19 de Mayo; Archivos de Milán, Pot. Extr. Ungheria; mandato de embajada de la república de Venecia remitido a Sebastián Baduario (Archivos de Venecia).

con una de las casas reinantes próximas—esfuerzo en el que no había hecho más que sufrir fracasos mortificantes,—había logrado, tras un reinado de diez y ocho años, afianzar su poderío y su trono hasta el punto de poder apoyarse en su prestigio y en sus propias fuerzas; creyó, pues, llegado el tiempo de realizar el deseo, largamente acariciado, de crear en sus Estados, en calidad de soberano llamado a desempeñar un papel eminente en la cristiandad de la Europa occidental, una brillante corte que llegara a ser un centro de la nueva civilización, de las ciencias y las artes, admirado de todos y buscado por los mayores talentos de la época. Ahora bien, ¿dónde hubiera podido tomar, para realizar esta tarea, auxiliares más preciosos que en las cortes de la Italia, de entonces y particularmente en aquella cuyo fundador, Alfonso I, perecía a Matías digno, por más de un título, de servir de modelo?

Como buen político que era, no olvidaba tampoco que su futuro suegro era uno de los príncipes más respetados y más poderosos de Italia, teniendo no solamente lazos de parentesco muy valiosos, sino que gozaba de la amistad y de la confianza del Papa. A pesar del desmembramiento que sufría Italia, aquel rey podía llegar a ser el punto de apoyo más seguro para su política contra el Emperador de Alemania, política que perseguía precisamente entonces esforzándose en crear, bajo la dirección del Papa, una coalición destinada a contrarrestar la alianza proyectada entre el emperador, el rey de Francia y el duque de Borgoña.

En el capítulo siguiente veremos qué sentimientos y cuales esperanzas suscitó, en la corte de Nápoles, y en el alma de la misma Beatriz, la unión que iba a realizarse.

LIBRO SEGUNDO

Las bodas.

I.

La suerte de las desposadas, en los matrimonios regios de la Edad Media, era muy curiosa. De ordinario, eran prometidas desde su infancia a un príncipe—niño también él—heredero del trono de un país lejano, y a cuyos padres les guiaba un interés político. Varios años después, se presentaba una embajada en el país de los padres de la regia prometida: eran gentes a las que nunca habían visto, con trajes desconocidos, extraños por sus maneras, extraños por su lengua. Esta embajada aportaba ricos regalos, como muestra de la riqueza de su país, y después se llevaban a su futura soberana, con un reducido cortejo de compatriotas de ella, a un país extranjero, por caminos peligrosos, para que fuese la compañera de un hombre al que nunca había visto, del que ni siquiera conocía sino vagamente la figura, por cuadros o medallas poco fieles, y con el que, muy a menudo, no debía hablar la misma lengua.

La suerte y la situación de Beatriz fueron más favorables por varios conceptos. Tenía diez y siete años cuando se comprometió con Matías, y diez y nueve cuando se celebró su boda—aplazada a causa de la guerra contra los turcos;—tenía, pues, la posibilidad de reflexionar sobre si aceptaría aquel enlace. Aunque no había visto a su marido antes de su matrimonio, había oído contar muchas cosas sobre su personalidad, sus acciones y sus cualidades extraordinarias. Tuvo, sin duda, cierta inquietud respecto a la manera que su marido tendría de satisfacer sus necesidades intelectuales, puesto que la elevada cultura de Matías era muy conocida, y Beatriz, como ya

hemos visto, sabía el latín y conocía la literatura clásica, que dominaba toda la vida intelectual del mundo civilizado. El país al que iba a marchar no le era completamente desconocido, como tampoco a sus compatriotas, país que, durante el siglo anterior, había tenido tan frecuentes relaciones con Italia y, sobre todo, con Nápoles; país del que las numerosas huellas dejadas en su ciudad natal evocaban el recuerdo en ella...

En la iglesia de Santa María di Donna Regina, «Reina del cielo», pudo ver el sepulcro—existente hoy—adornado con ricas pinturas y esculturas de aquella reina de Nápoles que fue tan amada y estimada por su pueblo, y que era hija del rey de Hungría, Esteban V, de la sangre, por consiguiente, de los Arpad. Pudo ver también la tumba de Carlos Martel, hijo de María y amigo del Dante, en el Duomo San Jannario. Martel y Ladislao, sepultado este último en la espléndida tumba de San Giovanni Carbonara, fueron ambos pretendientes al trono húngaro, y hasta se hacían llamar en sus tumbas reyes de Hungría. Que la casa de Anjou, cuya fuente fue también húngara, y de la que dos miembros habían ocupado el trono de Hungría, mantuviese siempre sus pretensiones sobre el trono húngaro, es cosa muy comprensible; pero el título de rey de Hungría le era tanto más conocido a Beatriz cuanto que los reyes de la casa de Aragón—por un razonamiento de derecho público algo chocante—le habían tomado y llevado ellos también; Alfonso I, Fernando, padre de Beatriz, lo llevaron, así como sus sucesores, explicando las bandas horizontales de su blasón por los cuatro ríos de las armas de Hungría (1). Fernando hasta hacía grabar estas armas en sus monedas (2), de suerte, que Beatriz había podido considerarse como una princesa húngara aun antes de ser reina de Hungría.

(1) Summonte, ob. cit., vol. III, pág. 5. Biancardi, ob. cit, páginas 371 y 385. Antonio Vergara: *Monete del Regno di Napoli*, pág. 66.

(2) *Monnaies en or*, Viena, Frattner, 1759, pág. 113; la inscripción es la siguiente: Ferdinandus, D. G. R. Si. je. U. (Dei Gratia Rey Sicilæ, Jerosdinæ, Ungariæ.)

Beatriz permaneció algún tiempo en la fortaleza de Aversa, en casa de su tía, la duquesa de Sessa, cuando fue encarcelado el duque, y con él, su hijo, que fue prometido de Beatriz. Las bóvedas de aquella fortaleza pudieron hablarle largamente de un príncipe húngaro, llamado Andrés, que fué allí con la esperanza de obtener la corona, y que fue vilmente asesinado con la complicidad de su propia mujer, como lo refiere la inscripción del sepulcro en el Duomo de Nápoles. Al enterarse de esto un rey de Hungría, oriundo de la misma cepa angevina de la que proceden los antecesores de los Aragón, llegó de su país lejano, situado al otro lado de los mares y de las montañas, a la cabeza de un poderoso ejército, para constituir un tribunal de sangre en el reino de Nápoles. Vengóse de los asesinos de su hermano menor y suscitó sangrientas guerras en el Sur de Italia. Estos acontecimientos hallaron eco en los poemas de Petrarca y Bocaccio.

Poco después del asesinato de Andrés y de las dos guerras de Luis I, rey de Hungría, los napolitanos tuvieron nuevas razones para recordar con espanto el nombre de los húngaros. Se supo que Carlos Durazzo, llamado el Pequeño—que había ido a Hungría para defender sus pretendidos derechos al trono, y cuya coronación como rey de Hungría se había celebrado por Nápoles de manera ruidosa,—acababa de sufrir la suerte que perseguía a la dinastía aquella, y había sido víctima de un asesinato, perpetrado por su propia familia: la viuda de Luis I, llamado el Grande, y su hija, le hicieron matar por sus partidarios. A la familia napolitana de Carlos no le quedaba más que la esperanza de la venganza; y no fue fallida. Cuando la revolución hubo aniquilado el partido de las reinas y sus jefes hubieron muerto en Croacia, las cabezas de los dos Garai y de Blas Forgad fueron llevadas a Nápoles y expuestas al público en un carro tirado por un asno (1).

(1) G. de Blasüs: *Le Case dei Principi Angioini nella Piazza di Castelnuovo* (Arch. Ster. Nap. XII). Págs. 410-412.

Estos acontecimientos, ocurridos en el siglo XIV, habían creado en Nápoles al nombre húngaro una reputación siniestra, que permaneció largo tiempo unida en la memoria del pueblo al recuerdo de los crímenes inexorablemente castigados y de pretensiones al trono ahogadas en sangre.

Pero, precisamente lo que habría valido a Hungría una fama espantosa, la hizo admirar y amar más adelante. Estas nuevas simpatías tenían su origen en una esperanza naciente. El heroísmo guerrero y hasta una ferocidad imaginaria, eran considerados por la opinión pública de Occidente como cualidades inseparables de los húngaros; unidas a su fidelidad inquebrantable a la fe cristiana, parecían mostrar que el pueblo de Arpad era plenamente digno y capaz de ser el baluarte de Europa—sobre todo desde la toma de Constantinopla—contra el turco cada vez más poderoso.

En Italia, en el siglo XV, considerábase a los húngaros como bárbaros; pero, en ese país, se tenía la misma opinión sobre los alemanes, franceses, españoles, y, en el siglo XVI, un Papa belicoso quiso echarlos de Italia sirviéndose de aquella consigna. Tal concepción, que es de origen griego, era lo único que los italianos habían heredado del imperio romano; pero en los italianos no significaba ya el orgullo de los que se creían nacidos para reinar frente a los que estaban condenados a esclavitud. Aunque los italianos sintiesen e hicieran sentir su superioridad sobre las otras naciones, apreciaban con laudable imparcialidad las cualidades de los demás e incluso su superioridad para la realización de ciertas empresas. Reconocieron plenamente, por ejemplo, que los húngaros eran más aptos que ninguna otra nación para rechazar a los turcos; por lo demás, las batallas que los húngaros se habían visto obligados a dar—por su situación geográfica, entre otras razones,—contra el poder otomano (un cardenal italiano cayó también en una de ellas, en Varma), fueron mucho más serias que las expediciones y las escaramuzas, frecuentemente teatrales, en las que los condottieri italianos, aquellos capitanes que cuidaron siempre de

ahorrar hombres y municiones, empleaban el tiempo y gastaban el dinero de sus amos.

En el siglo XIV, Mateo Villani describe la organización militar de los húngaros, y más adelante, los embajadores de los príncipes italianos alaban con admiración a los húngaros: «Esos soldados—dicen—que parecen haber nacido sobre las armas, y que están impulsados por natural inclinación a la guerra contra los turcos» (1). En el mismo Nápoles los hombres más respetables estimaban mucho en los húngaros su fidelidad a la fe, a la cristiandad y al Papa (2). El Papa Pío II no regateaba encomios a la abnegación con que los húngaros sirven de «baluarte y de escudo» a la cristiandad en la guerra contra los paganos, y dan a otras naciones un ejemplo digno de ser seguido (3); en medio del siglo XV, en la Europa Occidental, se consideraba a Hungría—y no ya al imperio bizantino—como el baluarte de Europa contra la pujanza turca.

En fin, el entusiasmo excitado en los italianos por las virtudes guerreras de los húngaros y su amor a la fe cristiana, llegó a su colmo cuando se supieron las victorias de Juan Hunyadi, luego de su hijo, Matías, y el interés general se concentró en ellos.

Hunyadi, que estuvo en Italia en su juventud con el emperador Segismundo, fue llamado el Macabeo de su siglo por el cardenal Carvajal, y «caballero poderoso, noble y muy virtuo-

---

(1) V. Misiva de Florio Roverella, embajador de Ferrara, fechada en 1475: *Mon. Hung. Hist.* (Matyas, k. k. D. E.) II, pág. 273. El florentino Pandulphus expresa la misma opinión sobre los húngaros en 1481: «Io ho gran speranza a loro (Hungari) per la ferocità naturale et per la experienza che hanno con Turchi.» (Johannis Albini: *Lettere istruzioni ed altre memorie dei Re Aragonesi*, pág. 23.

(2) Diomedes Carafa dice de los húngaros, en su memoria dedicada a Beatriz: «In Ungaria, che fanno più extima de la sede apostolica, che altri chistiani.»

(3) Nic. Reusnerus: *Selectissienarum orationum et consultationum de bello turcico*, etc. 1569, I, pág. 9. Voigt: ob. cit., III, págs. 62 y 963.

so,» por Felipe de Comines (1); una leyenda le hace descender de los tiranos italianos por vía de nacimiento ilegítimo. Por su íntima amistad con Juan Chioli de Capistrano, fue un héroe muy simpático en el seno de Italia y estuvo en relaciones con Alfonso, rey de Nápoles, abuelo de Beatriz; quiso confiar a éste la educación de su hijo mayor, Ladislao, más adelante decapitado (2).

Cuando, gracias al apoyo del nuncio, el hijo de Hunyadi, Matías, llegó a ser rey y se mostró digno de su padre por su talento, así como por la continuación victoriosa de la guerra contra los turcos, sus victorias encontraron en Italia simpático y vivísimo eco.

Con motivo de las victorias de Sabac, y luego de Kenyermezo, como anteriormente después de la de Belgrado, organizáronse fiestas en Roma y en otras varias ciudades de Italia, y Calixto III saludó a Matías con el nombre de «presente del Cielo»; el Papa Pío II envía en 1159 una bandera bendita al defensor de la cristiandad, y uno de sus sobrinos irá al país de Matías para hacer allí su educación militar. Pablo II veía en Matías a su más fiel representante y a su mejor campeón; por esto «no daba nunca su consentimiento a los proyectos a los que se opusiera Matías», y le envió una vez una cruz de oro adornada de perlas (3). Su autoridad a los ojos de los representantes de las ciencias y de la literatura italiana no era menor. Pomponio Laeto le dedica un libro. Lorenzo de Médicis le envía leones como un homenaje simbólico. La opinión de la corte de Nápoles se revela por la división que había ya tomado an-

(1) Ob. cit. VI, pág. 268. Los franceses, pero sobre todo los italianos, le llaman de una manera constante «Huniade», y los escritores contemporáneos hacen generalmente lo mismo.

(2) V, Luis de Talloczy: *Bosnyak és szerb élet—es csemzedekrajzi tanulmanyok.* (Estudios biográficos y genealógicos, bosnianos y servios.) Budapest, 1909, págs. 260 y 429.

(3) Pastor: o. c., II, pág. 376; conde J. Teleki: *Hunhadiak Lortenete.* (Historia de los Hungadi), XI, pág. 122.

teriormente de aliarse con Matías mediante un enlace matrimonial; sus embajadores hablan siempre con admiración de lo que han visto en el campo de Matías. Diomedes Carafa pone a Matías como ejemplo para el príncipe real de Nápoles (1), y los cronistas napolitanos le llaman «un hombre eminente, valerosísimo, que ha defendido contra los turcos no solamente a Hungría, sino Alemania e Italia (2)». Beatriz pudo, pues, imaginarse a su futuro marido como un héroe universalmente conocido, poderoso defensor de la cristiandad, rival potente del emperador germano romano, Mecenas generoso de las ciencias y de las artes que propagaba en la Panonia, considerado como «bárbaro» y «enamorado» de la nueva civilización de Italia, que favorecía y difundía en Hungría (3).

Conociendo las ideas de la corte de Nápoles, no ponemos en duda que cuando se trató de un matrimonio con el rey de Hungría, aparte del valor moral, de la fama y de las grandes cualidades de Matías, túvose también en cuenta sus recursos materiales, tanto económicos como gubernamentales: se procuró tal vez por mediación del arzobispo de Bari, enviado como embajador, obtener a este respecto los informes más precisos (4).

Sábese que el ejército de Matías había tenido a raya hasta entonces a todos los enemigos, y que era muy superior, tanto por el número como por la disciplina, no solamente a ejércitos de condottieri—en los que no se podía fiar—sino a los de los

(1) Cuando Francisco de Aragón fué a Hungría; v. Ben. Croce: *Memoriale*, etc., págs. 9-10.

(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 106.

(3) Droysen, o. c. II, pág. 319.

(4) En un códice manuscrito de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, se puede leer una *Relation del Regno d' Ungaria al tempo di Re Mattia*, que fue escrita, sin duda, antes del matrimonio de Beatriz, y que, aun cuando bastante superficial, trata de dar un cuadro, pasablemente detallado, de las rentas de Matías. Es posible que se redactara por orden de la corte de Nápoles.

Estados italianos. Una obra que caracteriza la opinión de los italianos sobre Hungría, es el cuadro del estado de Europa en 1450, por Marino Sanuto, el cual afirma que la caballería del rey de Hungría es la más numerosa de toda la cristiandad (1). El tesoro de Matías no era menos considerable. Su riqueza era conocida; había heredado de su padre bienes inmensos; poseía en todo el país propiedades que contenían minas de oro y otros metales. Los historiadores húngaros calculan en 700 u 800.000 florines de oro húngaro (2) su renta anual media, que se elevó a veces a sumas considerables.

Todas estas circunstancias pudieron hacer más halagüeña la idea de tener a Matías por yerno; pero sobre la decisión de Beatriz, acostumbrada a los goces, al lujo y a gastos muy profusos, tuvieron seguramente gran peso.

Hemos dicho que una embajada húngara había ido a Nápoles en Junio de 1475, para los preliminares de la boda. Los miembros tuvieron también, sin duda, por misión fijar la dote de la princesa; aunque la entrega no hubo de efectuarse sino durante la estancia en Nápoles de la gran embajada de bodas, en Setiembre de 1476, el importe de la dote (200.000 piezas de oro, de las que 170.000 debían entregarse en dinero contante, y 30.000 en joyas, según el testimonio de una misiva milanesa), se conoció desde principios de este año (3).

Para apreciar la importancia del dote de Beatriz, hay que considerar que el rey Fernando no dió a su hija mayor—que

(1) V. César Cantú: *Storia degli Italiani*, edic. de 1858, II, Apéndice IX, págs. 1.136 y sig.

(2) El florín de oro húngaro, o ducado, se dividía en la época del rey Alberto, en 100 denarios, y correspondía a un cuarto de marco; en tiempo de Matías, dividíase en 300 denarios y se necesitaba, poco más o menos, 7 para hacer un marco; hoy se le calcula en 21 francos o 20 coronas austro-húngaras.

(3) La misiva lleva la fecha de 19 de Mayo de 1476; v. *Matyas Korabeli diplomaciai emlekek.* (Notas diplomáticas de la época de Matías.) II, págs. 307-310.

se casó con un simple príncipe, cierto es—sino 80.000 ducados nominalmente, y de hecho 60.000, y que su nieta, Isabel de Aragón, hija del príncipe heredero, Alfonso, no recibió más que 100.000 ducados cuando se casó con Juan Galeas Sforza, duque de Milán; que Leonor, infanta de Portugal, prometida al emperador Federico III, no recibió más que 60.000 ducados (1); que Lucrecia Borgia, cuando se casó con un príncipe napolitano, no recibió más que 40.000 piezas de oro (2); en fin, que Blanca María Sforza, que estuvo para casarse con Juan de Corvino, con un dote de 150.000 piezas de oro, llevó más tarde al emperador Maximiliano por valor de 500.000 ducados, en dinero y alhajas (3).

Para el rey de Nápoles era una gran preocupación reunir una suma tan considerable. Desde el otoño de 1475 empezó a poner tributos a sus vasallos, a las poblaciones, a las corporaciones, a los bienes eclesiásticos, para los gastos de la boda de Beatriz. En Nápoles, como en otras partes, la contribución de los súbditos al dote de las princesas reales figuraba entre los deberes de vasallaje (4). Los libros de contabilidad de la corte nos dan detalles muy interesantes y nos enteran de cómo se reunió el importe del dote y de los gastos de la boda de Beatriz; entre las contribuciones figuran sumas entregadas más o menos espontáneamente, que pasan ciertamente de las sumas fijadas; pero se ve que algunos hubieron de defenderse contra un doble impuesto (5), y que el pueblo se manifestó muy descontento y se quejó de estos pesados impuestos (6).

---

(1) Summonte: o. c., III, pág. 499. Volgt: *Enea Silv. Piccolomini*, II, pág. 17.

(2) V. Gregorovius: *Lucrecia Borgia*, III, pág. 210.

(3) Julio Schönhern: *Hunyadi Corvin Janos*. (Biografías históricas, 1894., pág. 49.

(4) De Maulde la Clavière: o. c., pág. 166.

(5) V. el edicto del Tesoro referente a las contribuciones de los judíos de Jandi, en los Grandes Archivos de Nápoles: *Partium Summarie*, v. II, fol. 175.

(6) «Pro cuius (Beatricis) dote imposuit (rex) subditis et vassallis suis

El dinero así arrancado por el rey alcanzó la suma de 13.000 ducados, y apenas nos sorprende encontrar entre los donantes el nombre de Antonio Petrucci, secretario particular del rey, que fue encarcelado y ejecutado más adelante por participación en la conspiración de los grandes (1).

Mientras tanto, Matías hacía también sus preparativos para la recepción de su prometida y las fiestas nupciales; quería que su brillantez deslumbrara y asombrase al mundo entero, pero tal vez, sobre todo, a la novia misma. Le acusaban incluso de dejarse distraer de sus preparativos de guerra contra los turcos, a causa de la proximidad de la boda.

Desde el mes de Mayo empezaron a reunirse en Buda los grandes del reino que habían de ir a Nápoles o que estaban encargados de llevar invitaciones para la boda a cortes regias, como enviados del rey.

Puede calcularse en un millar el número de obispos y arzobispos, señores, nobles y acompañantes que movilizó Matías en esta ocasión, y los gastos necesitados para esta embajada en más de 20.000 florines (2).

Como jefe y orador de la embajada, y para acompañar a la regia novia, Matías nombró a Rodolfo de Rutesheim, obispo de Breslau, cuya diócesis pertenecía a la sazón a su reino. Este obispo figuraba también entre sus más altos dignatarios eclesiásticos; ejercía funciones de legado pontificio en Bohemia, en 1465, y él fue quien pronunció contra Jorge Padjebrad la excumunión eclesiástica y relevó a sus súbditos del juramento de fidelidad (3).

---

regni unum tertium extraordinarium ultra aliud tertium solitum, utrumque persolvendem per totum mensem Augusti subsequentem, et sic secutum extitit cum maxima difficultate et exasperatione ac penuria subditorum murmurantium, ululantium et se reclamantium ad Deum.» Tummulillis, o. cit., pág. 218.

(1) V. diferentes páginas de los volúmenes LXVIII y LXIX de las *Cedole*.

(2) Eschenloer, o. c., II, pág. 340.

(3) Pastor, o. c., II, págs. 356, 358.

Al lado del obispo de Breslau figuraba, como segundo jefe de la diputación, Juan Filipec, anteriormente llamado Pruisz, obispo de Nagyvarad, de origen moravio, asistido de varios sabios eclesiásticos; el padre de este obispo fue un herrero husita, y el obispo era completamente hechura de Matías que, conocedor de su inteligencia y sus capacidades para la diplomacia, le encomendaba importantes misiones diplomáticas; hízole más adelante su canciller (1). Como señores laicos figuraban los siguientes: Juan Pongracz de Dengeleg, voïvado de Transilvania, primo del rey, y su representante en la ceremonia nupcial en Nápoles, Juan de Szentgyörgyi, conde de Bazin, general de Matías, y su hermano Pedro de Szentgyörgyi; luego Pedro de Gereb, teniente general de la Alta Silesia, primo también de Matías; Bernardino Frangepan, conde de Madrus, el más poderoso y el más rico de los señores de Croacia, que era pariente de los Este por su madre, y de la casa real de Nápoles por su mujer, Luisa de Aragón; Ladislao de Rozgangi, Jorge de Dragfy y otros varios nobles húngaros. De los señores de Bohemia uniéronse a la diputación: Juan, duque de Rativor, Nicolás, duque de Oppela, Enrique, duque de Munsterberg, hijo del antiguo rey Jorge Podjebrad, y cuñado de Matías (2).

Los envíados húngaros salieron de Buda a mediados de Junio y, juntándose en la frontera italiana con los delegados de Moravia, Bohemia y Silesia, llegaron todos a Venecia a principios de Agosto; allí los miembros de la embajada y su séquito formaban un total de 756 personas (3). Teniendo en

(1) V. Petri Ranzani: *Epitome Rerum Hungaricarum* (Schwandtner, *Scrip* 1), pág. 420.

(2) La lista más completa de los miembros de la embajada se encuentra—con indicación del número de jinetes—en los Archivos de Estado en Módena, con el título «Oratores», y lleva la fecha de la época en que la embajada, al volver de Nápoles, hizo un alto en Ferrara con Beatriz y su acompañamiento.

(3) V. Carta del embajador milanés, Leonardo Botta, fechada el 16 de

cuenta que Federico, emperador de Alemania, llevaba un séquito de 700 personas en 1468, en el viaje que hizo a Roma para cumplir un voto (1), hay que reconocer que la misión húngara de Nápoles era de las más respetables por lo que concierne al número de individuos.

Tuvo un éxito prodigioso por la variedad y el esplendor de la pompa que desplegó.

El mismo traje húngaro hubo de ser un espectáculo insólito para los italianos. Este traje difería sin duda de lo que los italianos acostumbraban a considerar como elegante, sobre todo las pieles, los bordados, los broches con incrustaciones de piedras preciosas y los mantos que caían algunos hasta el tobillo. Los señores laícos y eclesiásticos, que componían la misión, desplegaron sin duda toda la brillantez y pompa posibles con la ayuda generosa del rey.

La misión se componía no solamente de húngaros, sino también de morabios, teheques, alemanes y dálmatas, a los cuales iban afectos numerosos escuderos con vestimentas rojas, servidores, enanos, y un gran número de músicos cuya música—completamente desconocida en aquel país extranjero—acompañaba en su marcha al brillante cortejo y divertía a los señores en los altos (2).

Los veinte prisioneros turcos—que habían caído en poder de Matías, en la toma de Sabac probablemente (3), y que agre-

---

Agosto, Venecia (Archivos de Estado en Milán, Sezione Storica, Potenze Estere, Ungheria.

(1) Pastor, o. c., II, pág. 373.

(2) Bonffín (o. c.) dice de la misión: «Omnia nostri tempores spectacula superarunt», León Botta dice en su escrito ya citado: «tutti ben fornilin de arzenteri et assay ben vestili.» En un manuscrito contemporáneo de los archivos de Dresde que describe las bodas (Langenn. *Herzog Albrecht d. Beherzte*, pág. 518). «all obgenannt gereisige pfärd wol gerüsst und den hern von gulden Rittern und Samet Knechten von Tamascat und Atlas Iren dienern alten Rott pernischen stukhen», etc.

(3) Archivos de Estado en Módena, Bibl. Manoscritti. (*Cronaca Estense di Fr. Paolo d. L.* a Ce. 135 vol.) «Et venti Turchi vestiti alla Turches-

gó al cortejo de su misión.—vestidos con trajes magníficos, hubieron de realzar el aparato. Semejante espectáculo no era solamente raro en aquella época, sino que, antes de la toma de Otranto, era enteramente nuevo en Italia, y hácíalo más interesante aún el miedo que las noticias de la expansión y la pujanza otomanas causaban a los italianos.

Según la crónica contemporánea de Nápoles, «los envíados de Su Majestad Matías, rey de Hungría, entraron en la ciudad el sábado 7 de Setiembre, a las diez y siete (once y media de la mañana)» (2). Los libros de cuentas del tesoro real consignan los gastos que originó la estancia de los húngaros, desde el 13 de Agosto (3).

Así, pues, desde la semana segunda de Setiembre, Nápoles pareció una colmena, en la que no solamente la comitiva húngara, sino los embajadores, los huéspedes de los diferentes países y el pueblo curioso y turbulento, esperaban con impaciencia el amanecer de las dobles fiestas de la coronación y de las bodas.

II

El nuevo castillo—Castello Nuovo—de Nápoles, cuyas murallas habían resistido tantos y tan furiosos asaltos, y cuyos profundos calabozos oyeron los gemidos de tantos desdichados, vió días llenos de animación y de alegría en el mes de Setiembre de 1476. Discurrían por las salas gentes que estaban de fiesta. Los enviados del rey de Hungría fueron allí recibidos espléndidamente e invitados a las comidas, mientras que unos eran alojados en casa de los nobles y de burgueses ricos, y

ca.» La misiva del embajador sajón (en Langen, loc. cit.) habla de diez y seis turcos.

(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 130.

(3) *Cedole*, vol. LXV, fol. 458, etc.

otros en hospederías; Calabria, Sicilia, España y Grecia enviaron sus vinos para las mesas ricamente servidas (1).

Todos los miembros de la familia real se reunieron para la fiesta de Beatriz; solamente faltaron Leonor y el príncipe Federico, el cual no pudo volver de su viaje a Borgoña hasta el mes siguiente (2). Las hijas del duque de Sessa y Rossano—que acababan de perder a su madre—se encontraban también entre los invitados (3); cierto es que el rey era su tío, pero no debían ignorar que su padre y su hermano languidecían en los calabozos del Castello, en el que resonaba la alegre algarabía (4).

Los escritos contemporáneos citan, entre las fiestas, unas «farse allegoriche», es decir, obras de circunstancias representadas en el Castello Nuovo. Conocemos el texto de una de estas obras. Sale en ella un envíado de Dios, que llega a anunciar que el poder divino, conocedor de las virtudes de Beatriz, le ha dado tres compañeros para facilitarla su paso por la tierra: la Belleza, la Honradez y Apolo; estos personajes entran uno tras otro para hacer el elogio de los encantos y de los talentos de la princesa. La Belleza le alaba sus cabellos rubios, su frente despejada, su mirada que refleja el Paraíso y resplandece con amoroso brillo, su nariz regia, sus cejas, sus mejillas, rosadas como la aurora, su boca que deja ver sus dientes blancos como la nieve, y cuya voz es una música; su cuello y su blanco seno, todo su sér, que junta tan felizmente los encantos del cuerpo con los del espíritu, que cuantos pueden servirla son dichosos (5). Su nacimiento—continúa diciendo, ha llenado

(1) *Cedole*, LXV, págs. 391 y siguientes, 461, 552.
(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 132.
(3) *Cedole*, vol. LXV, pág. 465.
(4) Tummulillis, o. c., pág. 183.
(5) «Mira le trezze bionde el quello ameno
Fronte bello et sereno che dimonstra
Tanta bellezza vostra, mira il viso
Specchio del paradiso, che riluce

de satisfacción al sol, a la luna, a las estrellas y a los elementos; de ella se habla entre las bellas; no hay nadie en la tierra que se le pueda parecer, y es una dicha suprema para la Belleza besarle la mano.

Después de este elogio hiperbólico, la Honradez habla a su vez; pone las virtudes de Beatriz por encima de las de Lucrecia, Judith y Virginia. Diana no puede ya cazar, porque la montaña, el valle, la selva, la fuente, todo está lleno de la gloria de Beatriz. Ella misma—la Honradez—no es digna de llevar su corona virginal en presencia de Beatriz, y se la ofrece a la que festejan en aquel momento (1).

Apolo baja del cielo luego; tenía curiosidad por ver si la princesa era verdaderamente tan gloriosa, y la encontraba más gloriosa todavía. El Cielo, la Tierra y el Mar propagan los ecos del elogio, y proclaman el esplendor de su corona; Apo-

---

De una amerosa luce, et mira quello
Naso regale et bello, et quelle ciglie
Con le guantie vermiglie, et amerose
Ad guisa de doe rose ne l'aurora,
Mira la boccha ancora e i bianchi denti
Che fan si dolci accenti, che par sia
Soave melodia in ogni suo decto,
Mira la gola el pecto bianchegiante,
Il comparer constante in ogni cosa
Prudente et gratiosa, che beato
Qualuncha é destinato al tuo servitio.»

Véase Franc. Torraca: *Studi di Storia letteraria Napoletana, Livorno*, 1884, págs. 292 y 298. La «farsa aquí analizada se conserva en un manuscrito de la primera mitad del siglo XVI, que se encuentra actualmente en la Biblioteca de Munich. Ben. Croce, en su estudio ya citado (*I Teatri di Napoli*, etc., págs. 566, 580 y siguientes), opina que esta obra no se representó hasta la vuelta de Beatriz, en 1501; pero la enumeración de los encantos de la joven, la alusión al «esplendor de la corona», hacen ciertamente más verosímil la hipótesis de Tarraca, que pretende que esta «farsa» procede de las fiestas nupciales de la reina.

(1) La «ghirlanda» en manos de «Onestá» significaba, sin duda, la corona virginal, y no sencillamente una guirnalda de flores.

lo, en señal de homenaje, le da su lira, y le predice una vida y un reinado felices—cosa que ya presagia su nombre,—mientras que sus celestes compañeras deleitan con sus cantos los oidos de la novia, y le dan un anticipo de los goces armónicos que la esperan un día en el cielo.

En medio de estas fiestas continuas, llegó por fin el gran día; fijose para el 15 de Setiembre, que era un domingo, la bendición religiosa del matrimonio, que debía contraerse por poderes, y la coronación de Beatriz como reina de Hungría. Elevóse un estrado de dimensiones gigantescas delante del Castello Nuovo, en la Piazza dell' Incoronata, situada ante la iglesia que lleva el nombre de la Santísima Virgen coronada. Mientras que la regocijada multitud se agolpaba en las plazas y las calles de Nápoles, que la música tocaba y los torneos y otras diversiones para el pueblo comenzaban, el rey salía del Castello, a caballo, con todas las insignias reales, la corona en la frente, seguido de los grandes del país y de otros personajes, que arrojaban durante el trayecto a la multitud monedas de oro, especialmente acuñadas para esta ocasión (1). Tras él, apareció no tardando la princesa Beatriz, llevada de la mano por el cardenal Oliviero Carafa, nombrado legado pontificio expresamente para esta ocasión, escoltado por los obispos del reino.

El brillante cortejo subió al estrado, ricamente adornado, en medio de las aclamaciones de la innumerable multitud; después se celebró la misa y las ceremonias religiosas de la boda, en la que Matías estuvo representado por su primo Juan Pangracz de Dengeleg; por último, el cardenal Carafa realizó las ceremonias de la coronación. Los señores húngaros que asistían a este acto debieron de hacer curiosas reflexiones al ver a la esposa de su rey coronada reina de Hungría en la plaza Mayor de Nápoles, por el arzobispo de Nápoles, con una coro-

(1) C. A. Vergara: *Moneta del Regno di Napoli*, pág. 80.

na que era, a lo que se decía, regalo del Papa (1). La coronación ulterior de Beatriz en Szekesfejervar, con sujeción a las reglas del derecho público húngaro, muestra cual era a los ojos de Matías el valor de aquella ceremonia que explica probablemente el hecho de que los reyes de Nápoles llevaban arbitrariamente el título de rey de Hungría (2).

Pero las fiestas públicas no concluyeron con la coronación. Fueron seguidas del festín de boda y de un gran banquete popular, después de torneos y cortejos alegóricos; en la serie de estos cortejos, los florentinos—conocidos por su habilidad en este género de espectáculos en toda Italia—representaron los «siete triunfos», de Petrarca; luego hubo fuegos artificiales.

Los torneos eran en tiempos de Beatriz, tanto en Nápoles como fuera, los espectáculos más populares; porque satisfacían no solamente la vanidad de la corte y de los señores, sino también la curiosidad y el deseo que el pueblo tenía de divertirse. En Nápoles no se usaban más que los torneos individuales; tomaban parte en ellos tres o cuatro caballeros con armaduras y vestimentas resplandecientes; su habilidad y destreza excluían todo peligro; además, sus armas no eran de las que se emplean en una lucha seria; no corría la sangre, y el espectáculo era más bien divertido que terrible. Nápoles era autoridad en esta materia, y se le tomaba por modelo, tanto para los torneos como para el amaestramiento de caballos. Proclamábanse los premios al són de tambores y de música; se otorgaban no solamente al primero en el combate, sino al de más elegante apostura; al vencedor le daban un puesto de honor en el festín, y el derecho de besar a las mujeres más bonitas.

Los hermanos de Beatriz, Alfonso, el príncipe heredero y Federico, tomaban algunas veces parte en semejantes justas, y el esplendor de sus trajes de capricho, de su armadura, de las armas de los caballos y de su acompañamiento eclipsaba todo

(1) Manuscrito de Dresde en Langenn, pág. 523.

(2) Sobre las ceremonias de la coronación, v. Notar Giacomo, o. c., páginas 130 y 131; Passero, o. c., pág. 31; Summonte, o. c., III, pág. 491.

lo demás; iban resplandecientes de oro, y rompían una tras otra las lanzas de sus adversarios. Estos torneos—que los italianos llamaban *giosta*—se celebraban en la Piazza dell' Incoronata, en la que se colocaba para estas ocasiones una tienda flotante de tela azul, sembrada de estrellas de oro; luego había un festín en el terrado mientras que se echaba pasteles a la muchedumbre (1).

El día que siguió a la coronación, Diómedes Carafa entregó a Beatriz, de la que seguía siendo un viejo amigo, la Memoria que la escribiera a petición suya. Un ejemplar manuscrito contemporáneo de esta Memoria, que está actualmente en la Biblioteca de Parma, y contiene una traducción latina, hecha por Colantonio Léntulo, perteneció probablemente a Beatriz. Joannes Marens Cyniens ha hecho en el frontispicio del manuscrito un dibujo primitivo en miniatura, que representa cómo fue entregado a Beatriz. Se ve a la joven reina sentada en una especie de trono, y al autor respetuosamente arrodillado ante ella; las armas del autor, al lado de las armas de la casa de Aragón y de las de Matías y Beatriz reunidas, ornan el frontispicio, mientras que en la primera página se ve el retrato de la reina en medallón.

El contenido de la Memoria no es solamente característico de la filosofía práctica que el autor había adquirido por su mucha experiencia, así como de las circunstancias de la época; nos informa también sobre las ideas que se tenía en la corte de Nápoles respecto a la persona de Beatriz, su matrimonio y el papel que estaba llamada a representar en Hungría. Si la reina hubiera puesto en práctica los consejos de Carafa, su suerte habría sido tal vez otra en muchos conceptos.

La primera cosa que el autor de la Memoria aconseja muy seriamente a la reina de Hungría, es el temor de Dios: no debe nunca olvidar que toda esta vida terrestre no es más que «va-

(1) V. F., de Montemayor: «Una fiestra a Napoli ai tempi di Alfonso d'Aragona, Napoli Nobilissima.» Año V, págs. 17 y siguientes, y pág. 57 y siguientes.

nidad de vanidades»; por esto debemos trabajar por nuestra salud espiritual mediante el temor del Señor que se manifiesta en la práctica ferviente de los mandamientos de la religión; esta piedad se impone, sobre todo, a los reyes y a las reinas, porque muchas gentes siguen su ejemplo, bueno o malo, y mientras que la vida de aquéllos, si es piadosa, contribuye con la fuerza del ejemplo al bien del prójimo, su negligencia en el cumplimiento de sus deberes perjudica a otras almas; de suerte que los príncipes tienen una grandísima responsabilidad.

Recomienda a Beatriz que hable a su padre antes de marchar, que le dé las gracias por todas sus bondades y conserve su recuerdo cuando esté lejos; le exhorta a que le pida perdón y solicite de rodillas su bendición, recomendándole a los que la han servido. La invita todavía a que trate de besar las manos y los pies de su padre en la despedida última.

A su hermano, el príncipe, no le pedirá solamente que se acuerde de ella, sino que sea su protector, su abogado cerca de su padre, y exhortará a sus otros hermanos y hermanas a la obediencia, tanto respecto de su padre como de su hermano mayor.

Que dé gracias a los señores del país, a los cortesanos y damas de la corte por los honores que la han tributado; que les ruegue que le escriban de tiempo en tiempo; que reciba los regalos que le harán, sin duda, con la misma amabilidad, sin atender a su valor, y que no sea avara de buenas palabras, porque no se puede dar oro o plata a todo el mundo, mientras que las buenas palabras agradan siempre.

Que no olvide visitar las iglesias principales durante el viaje, lo que hará una excelente impresión en los húngaros de su séquito. Que se esfuerce en hacer amplio conocimiento con los que le acompañan; tendrá ocasión para hablar con unos y otros y podrá tener atenciones para todo el mundo sin disminuir su autoridad; pero debe, sobre todo, tener miramientos con los que el rey le ha dado como familiares, haciéndoles comprender que no quiere hacer nada sin oir su parecer. Deberá mos-

trarse de buen humor con los que la rodean; el deber de los superiores es ser verdaderamente superiores a los que los rodean y refrenar sus caprichos.

Tendrá atenciones, según su mérito, para quienes la saluden en las diferentes etapas de su viaje; no olvidará que los honores que recibe los debe, en su mayor parte, a su padre y a su marido, y que debemos pecar más bien de exceso que de falta en cuanto a ser corteses. Mantendrá el orden en su acompañamiento; no tolerará que se importune con exigencias inútiles a los que le den hospitalidad en el viaje, ni que su séquito deje en parte alguna la menor deuda. Impondrá una disciplina a sus damas de honor: que sean reservadas y prudentes en sus relaciones con los hombres, puesto que los «húngaros son, por naturaleza, muy celosos».

Al llegar a Ferrara, no debe mostrar en su conversación con su hermana Leonor que, como reina, es superior a la duquesa; estimará a su hermana mayor al igual de su madre, y lo hará comprender así a sus acompañantes húngaros.

Fijará la salida de las etapas de manera que esté efectivamente dispuesta para este momento, y más bien será ella la que espere que hacer esperar a los demás, porque la espera forzosa causa descontentos y murmuraciones; debe siempre repartir con sus húngaros los regalos que reciba en el camino, y si le ocurre un accidente a alguno de ellos, que le socorra, o, si no puede hacer nada, que le demuestre por lo menos compasión; si alguno de su acompañamiento cae enfermo, le visitará, o por lo menos se informará de su estado. Debe encargar a su secretario que escriba a menudo al rey Matías y al rey Fernando, para informarles del viaje.

Al salir de Italia, llegará a territorio del imperio de Alemania, en donde debe recordar que el emperador es pariente suyo (1), y expresar su satisfacción sobre todo lo que tenga ocasión de ver y conocer al paso.

(1) Federico III se había casado con Leonor de Portugal, prima del padre de Beatriz.

Puede ocurrir que su marido salga a su encuentro, sin darse a conocer, disfrazado; que se fije, pues, en todos los encuentros y se muestre discreta; y si reconoce al rey, que disimule en tanto que él no quiera descubrirse; entonces ella se apeará en seguida del caballo, y le tributará los honores que le están debidos; pero no le permitirá que le toque la mano.

Beatriz escribirá a menudo a su suegra sobre su viaje, expresando el deseo de verla, y si aquélla sale a su encuentro—lo que es posible,—le mostrará muchas atenciones, porque necesitará de su suegra como de mediadora entre ella y su marido; hay varias cosas que no podrá contar al rey, y la confianza que demuestre a su madre agradará también al rey, sobre todo si pide a su suegra que sea su verdadera madre y su consejera en todo lo que pueda gustar a su marido. Porque lo principal es grangearse la simpatía de su esposo, y no siempre es tan fácil cumplir los deberes con un marido como con los padres.

En el primer encuentro con el rey estará, sin duda, algo cohibida, cosa que no debe ocultar; deberá estar más bien callada, y no contestará sino cuando su marido le dirija la palabra, «porque en todas partes gustamos de la mujer parlanchina, menos en nuestra casa». Demostrará el mayor respeto al rey; aun cuando proteste él, le agradará semejante actitud; no estará nunca sentada en su presencia, salvo cuando él esté sentado o le ofrezca una silla; no hablará mucho en su presencia y no se mostrará familiar con él delante de gente.

Rogará a su marido que elija él mismo los señores y las damas que han de estar afectos a su persona, y no seguirá el mal ejemplo de las mujeres que muestran desagrado por aquellos que tienen la confianza y las simpatías de sus maridos; al contrario, será amable con tales personas, para agradar a su esposo, porque la mujer debe adaptar su modo de ser al de su marido. Pedirá consejos a su suegra para saber cómo debe comportarse con los grandes y los súbditos que hagan peticiones en ausencia del rey; rogará al rey que le perdone las

faltas que pueda cometer por inexperiencia en los primeros tiempos, y le agradecerá mucho que le haya permitido conservar a su servicio a las personas que ha traído de su país; necesitará de ellas, porque así como las relaciones entre padre e hija y entre marido y mujer son diferentes, así lo son la fidelidad de los que se consideren como servidores de su padre y de los que se consideren como servidores de su marido.

Será muy económica con la cantidad que su marido le asigne para sus gastos, a fin de no carecer de nada nunca y de no tener apuros de dinero; proporcionará sus gastos a sus ingresos y se acordará de que «debemos mejor dejar nuestros bienes, al morir, a nuestros enemigos, que pedirles algo en nuestra vida», y que «el rey que se viste de paño es más estimado que el que se engalana con vestimentas doradas, pero que no puede pagar sus deudas».

«Además—continúa el bueno Diómedes,—aseguro a Vuestra Majestad que, hasta que no haya aprendido la lengua de los húngaros, tendrá muchas contrariedades; por esto, en atención a vuestro marido, pero tambien a fin de poder hablar con el pueblo, y sobre todo, con las damas que vayan a presentaros sus homenajes, deberéis esforzaros en aprenderla lo más pronto; podéis empezar el estudio del húngaro durante el viaje mismo, pero lo aprenderéis mejor de las damas que el rey ponga a vuestro servicio.»

Más adelante, la Memoria exhorta a Beatriz a ofrecer siempre al rey los regalos que reciba; él los aceptará o se los devolverá; en el último caso, tendrá el regalo y la satisfacción de haber agradado a su marido; en el primero, se privará de algo cuya posesión excitaría la codicia de su esposo. Pero puesto que ella debe vivir y morir con él, la base sólida de la felicidad de ambos no puede ser otra que el amor de su marido a su alma, porque sin duda amará a su cuerpo. Debe, pues, mostrarse satisfecha de su boda y no olvidarse de que, así como ella hubiera podido encontrar, tal vez, otro rey por esposo, su marido hubiera podido encontrar también otra reina. Debe es-

cuchar todo lo bueno que se diga de su marido, y nada de lo que los malévolos murmuren, y acordarse de que al hombre, como al animal, se le conquista más fácilmente con la astucia que con la fuerza. El veterano no quiere adularla, pero debe, sin embargo, decir a la reina que la divina Providencia la ha colmado de los tesoros de la inteligencia y del corazón, que no se agotan; empleándolos bien, y viviendo con piedad, amor y obediencia a su marido, será todo lo feliz que se puede ser en este mundo. Que no vaya a creer que hay en el mundo un hombre que posea todo lo que anhelara; pero la realización de todos nuestros deseos no es tampoco el fin de nuestra vida terrestre; aquí, con nuestras buenas acciones, debemos adquirir méritos para la salvación de nuestra alma.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(*Continuará.*)

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Religión, mitología de ultratumba y apocatastasis.

καὶ γαρ ισως και μαλιστα πρεπει μελλοντα εκεισε αποδημειν διασκοπειν τε και μυθολογειν περι της αποδημιας της εκει, ποιαν τινα αυτην οεομεθα ειναι.

PLATÓN. FEDÓN

El sentimiento de divinidad y de Dios, y la fe, la esperanza y la caridad en él fundadas, fundan a su vez la religión. De la fe en Dios nace la fe en los hombres, de la esperanza en Él la esperanza en éstos y de la caridad o piedad hacia Dios—pues como Cicerón, *De natura deorum*, lib. I, cap. 41, dijo *est enim pietas iustitia adversum deos*—la caridad para con los hombres. En Dios se cifra no ya sólo la Humanidad, sino el Universo todo, y éste espiritualizado e intimado, ya que la fe cristiana dice que Dios acabará siendo todo en todos. Santa Teresa dijo, y con más áspero y desesperado sentido lo repitió Miguel de Molinos, que el alma debe hacerse cuenta de que no hay sino ella y Dios.

Y a la relación con Dios, a la unión más o menos íntima con Él, es a lo que llamamos religión.

¿Qué es la religión? ¿En qué se diferencia de la religiosi-

dad y qué relaciones medían entre ambas? Cada cual define la religión según la sienta en sí más aún que según en los demás la observe, ni cabe definirla sin de un modo o de otro sentirla. Decía Tácito (*Hist.* V. 4), hablando de los judíos, que era para éstos profano todo lo que para ellos, para los romanos, era sagrado, y a la contraria entre los judíos lo que para los romanos impuro: *profana illic omnia quae apud nos sacra, rursum conversa apud illos quae nobis incesta.* Y de aquí que llame él, el romano, a los judíos (V. 13) gente sometida a la superstición y contraria a la religión: *gens superstitioni obnoxia, religionibus adversa*, y que al fijarse en el cristianismo, que conocía muy mal y apenas si distinguía del judaísmo, lo repute una perniciosa superstición, *exitialis superstitio*, debida a odio al género humano, *odium generis humani (Ab. excessu Aug.* XV. 44). Así Tácito y así muchos con él. Pero ¿dónde acaba la religión y empieza la superstición, o tal vez dónde acaba ésta para empezar aquélla? ¿cuál es el criterio para discernirlas?

A poco nos conduciría recorrer aquí, siquiera someramente, las principales definiciones que de la religión, según el sentimiento de cada definidor, han sido dadas. La religión, más que se define se describe, y más que se describe se siente. Pero si alguna de esas definiciones alcanzó recientemente boga, ha sido la de Schleiermacher, de que es el sencillo sentimiento de una relación de dependencia con algo superior a nosotros y el deseo de entablar relaciones con esa misteriosa potencia. Ni está mal aquello de W. Hermann (en la obra ya citada), de que el anhelo religioso del hombre es el deseo de la verdad de su existencia humana. Y para acabar con testimonios ajenos, citaré el del ponderado y clarividente Cournot, al decir que «las manifestaciones religiosas son la consecuencia necesaria de la inclinación del hombre a creer en la existencia de un mundo invisible, sobrenatural y maravilloso; inclinación que ha podido mirarse, ya como reminiscencia de un estado anterior, ya como el presentimiento de un destino futuro». (*Traité de l'enchainement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire*,

§ 396.) Y estamos ya en lo del destino futuro, la vida eterna, o sea la finalidad humana del Universo, o bien de Dios. A ello se llega por todos los caminos religiosos, pues que es la esencia misma de toda religión.

La religión, desde la del salvaje que personaliza en el fetiche al Universo todo, arranca, en efecto, de la necesidad vital de dar finalidad humana al Universo, a Dios, para lo cual hay que atribuirle conciencia de sí y de su fin, por lo tanto. Y cabe decir que no es la religión, sino la unión con Dios, sintiendo a éste como cada cual le sienta. Dios da sentido y finalidad trascendentes a la vida; pero se la da en relación con cada uno de nosotros que en Él creemos. Y así Dios es para el hombre tanto como el hombre es para Dios, ya que se dió al hombre haciéndose hombre, humanándose, por amor a él.

Y este religioso anhelo de unirnos con Dios no es ni por ciencia ni por arte; es por vida. «Quien posee ciencia y arte, tiene religión; quien no posee ni una ni otra, tenga religión», decía en uno de sus muy frecuentes accesos de paganismo Gœthe. Y sin embargo de lo que decía él, Gœthe...?

Y desear unirnos con Dios no es perdernos y anegarnos en El; que perderse y anegarse es siempre ir a deshacerse en el sueño sin ensueños del nirvana; es poseerlo, más bien que ser por El poseídos. Cuando, en vista de la imposibilidad humana de entrar un rico en el reino de los cielos, le preguntaban á Jesús sus discípulos quién podrá salvarse, respondiéndoles el Maestro que para con los hombres era ello imposible, mas no para con Dios, Pedro le dijo: «He aquí que nosotros lo hemos dejado todo siguiéndote, ¿qué, pues, tendremos?» Y Jesús les contestó, no que se anegarían en el Padre sino que se sentarían en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 23-26.)

Fue un español, y muy español, Miguel de Molinos, el que en su *Guía espiritual que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la paz interior*, dijo (§ 175): «que se ha de

despegar y negar de cinco cosas el que ha de llegar a la ciencia mística: la primera, de las criaturas; la segunda, de las cosas temporales; la tercera, de los mismos dones del Espíritu Santo; la cuarta, de sí misma, y la quinta se ha de despegar del mismo Dios». Y añade que «esta última es la más perfecta, porque el alma que assí se sabe solamente despegar, es la que se llega a perder en Dios, y sólo la que assí se llega a perder es la que se acierta a hallar.» Muy español Molinos, sí, y no menos española esta paradójica expresión de quietismo o más bien de nihilismo—ya que él mismo habla de aniquilación en otra parte,—pero no menos, sino acaso más españoles los jesuítas que le combatieron volviendo por los fueros de todo contra la nada. Porque la religión no es anhelo de aniquilarse, sino de totalizarse; es anhelo de vida y no de muerte. La «eterna religión de las entrañas del hombre... el ensueño individual del corazón, es el culto de su sér, es la adoración de la vida», como sentía el atormentado Flaubert. (*Par les champs et par les grèves. VII.*)

Cuando a los comienzos de la llamada edad moderna, con el Renacimiento, resucita el sentimiento religioso pagano, toma éste forma concreta en el ideal caballeresco con sus códigos del amor y del honor. Pero es un paganismo cristianizado, bautizado. «La mujer, la dama,—la *donna*—era la divinidad de aquellos rudos pechos. Quien busque en las memorias de la primera edad, ha de hallar este ideal de la mujer en su pureza y en su omnipotencia: el Universo es la mujer. Y tal fue en los comienzos de la edad moderna en Alemania, en Francia, en Provenza, en España, en Italia. Hízose la historia a esta imagen; figurábanse a troyanos y romanos como caballeros andantes, y así los árabes, sarracenos, turcos, el soldán y Saladino... En esta fraternidad universal se hallan los ángeles, los santos, los milagros, el paraíso, en extraña mezcolanza con lo fantástico y lo voluptuoso del mundo oriental, bautizado todo bajo el nombre de *caballería.*» Así, Francesco de Sanctis (*Storia della letteratura italiana* II), quien poco antes nos dice que para

aquellos hombres «en el mismo paraíso el goce del amante es contemplar a su dama—*Madonna*—y sin su dama *ni querría ir allá.*» ¿Qué era, en efecto, la caballería, que luego depuró y cristianizó Cervantes en Don Quijote, al querer acabar con ella por la risa, sino una verdadera monstruosa religión híbrida de paganismo y cristianismo, cuyo Evangelio fue acaso la leyenda de Tristán e Iseo? ¿Y la misma religión cristiana de los místicos—estos caballeros andantes a lo divino, no culminó acaso en el culto a la mujer divinizada, a la Virgen Madre? ¿Qué es la mariolatría de un San Buenaventura, el trovador de María? Y ello era el amor a la fuente de la vida, a la que nos salva de la muerte.

Mas avanzando el Renacimiento, de esta religión de la mujer se pasó a la religión de la ciencia; la concupiscencia terminó en lo que era ya en su fondo, en curiosidad, en ansia de probar del fruto del árbol del bien y del mal. Europa corría a aprender a la Universidad de Bolonia. A la caballería sucedió el platonismo. Queríase descubrir el misterio del mundo y de la vida. Pero era en el fondo para salvar la vida, que con el culto a la mujer quiso salvarse. Quería la conciencia humana penetrar en la Conciencia Universal, pero era, supiéralo o no, para salvarse.

Y es que no sentimos e imaginamos la Conciencia Universal—y este sentimiento e imaginación son la religiosidad—sino para salvar nuestras sendas conciencias. ¿Y cómo?

Tengo que repetir una vez más que el anhelo de la inmortalidad del alma, de la permanencia, en una u otra forma, de nuestra conciencia personal e individual es tan de la esencia de la religión como el anhelo de que haya Dios. No se da el uno sin el otro, y es porque en el fondo los dos son una sola y misma cosa. Mas desde el momento en que tratamos de concretar y racionalizar aquel primer anhelo, de definírnoslo a nosotros mismos, surgen más dificultades aún que surgieron al tratar de racionalizar a Dios.

Para justificar ante nuestra propia pobre razón el inmortal anhelo de inmortalidad, hase apelado también a lo del consen-

so humano: *Permanere animos arbitratur consensu nationum omnium*, decía, con los antiguos, Cicerón (*Tuscul. Juaest.* XVI, 36); pero este mismo compilador de sus sentimientos confesaba que mientras leía en el *Fedón* platónico los razonamientos en pro de la inmortalidad del alma, asentía a ellos, mas, así que dejaba el libro y empezaba a revolver en su mente el problema, todo aquel asentimiento se le escapaba, *assentio omnis illa elabitur* (cap. XI, 25). Y lo que a Cicerón, nos ocurre a los demás, y le ocurría a Swedenborg, el más intrépido visionario de otro mundo, al confesar que quien habla de la vida ultramundana sin doctas cavilaciones respecto al alma o a su modo de unión con el cuerpo, cree que, después de muerto, vivirá en goce y en visión espléndidas, como un hombre entre ángeles; mas en cuanto se pone a pensar en la doctrina de la unión del alma con el cuerpo, o en hipótesis respecto a aquélla, súrgenle dudas de si es el alma así o asá, y en cuanto esto surge, la idea anterior desaparece (*De coelo et inferno*, § 183.) Y, sin embargo, «lo que me toca, lo que me inquieta, lo que me consuela, lo que me lleva a la abnegación y al sacrificio, es el destino que me aguarda a *mí* o a *mi persona*, sean cuales fueren el origen, la naturaleza, la esencia del lazo inasequible, sin el cual place a los filósofos decidir que mi persona se desvanecería», como dice Cournot (*Traité...* § 297).

¿Hemos de aceptar la pura y desnuda fe en una vida eterna sin tratar de representárnosla? Esto es imposible; no nos es hacedero hacernos a ello. Y hay, sin embargo, quienes se dicen cristianos y tienen poco menos que dejada de lado esa representación. Tomad un libro cualquiera del protestantismo más ilustrado, es decir, del más racionalista, del más cultural, la *Dogmatik*, del Dr. Jullo Kaftan, v. gr., y de las 668 páginas de que consta su sexta edición, la de 1909, sólo una, la última, dedica a este problema. Y en esa página, después de asentar que Cristo es así como principio y medio, así también fin de la Historia, y que quienes en Cristo son alcanzarán la vida de plenitud, la eterna vida de los que son en Cristo, ni una sola pala-

bra siquiera sobre lo que esa vida pueda ser. A lo más, cuatro palabras sobre la muerte eterna, esto es, el infierno, «porque lo exige el carácter moral de la fe y de la esperanza cristianas». Su carácter moral, ¿eh?, no su carácter religioso, pues éste no sé que exija tal cosa. Y todo ello de una prudente parsimonia agnóstica.

Sí, lo prudente, lo racional, y alguien dirá que lo piadoso, es no querer penetrar en misterios que están a nuestro conocimiento vedados, no empeñarnos en lograr una representación plástica de la gloria eterna como la de una *Divina Comedia*. La verdadera fe, la verdadera piedad cristiana, se nos dirá, consiste en reposar en la confianza de que Dios, por la gracia de Cristo, nos hará, de una o de otra manera, vivir en Este, su Hijo; que, como está en sus todopoderosas manos nuestro destino, nos abandonemos a ellas seguros de que El hará de nosotros lo que mejor sea, para el fin último de la vida, del espíritu y del universo. Tal es la lección que ha atravesado muchos siglos, y, sobre todo, lo que va de Lutero hasta Kant.

Y sin embargo, los hombres no han dejado de tratar de representarse el cómo puede ser esa vida eterna, ni dejarán nunca, mientras sean hombres y no máquinas de pensar, de intentarlo. Hay libros de teología—o de lo que ello fuere—llenos de disquisiciones sobre la condición en que vivan los bienaventurados, sobre la manera de su goce, sobre las propiedades del cuerpo glorioso, ya que sin algún cuerpo no se concibe al alma.

Y a esta misma necesidad, verdadera necesidad de formarnos una representación concreta de lo que pueda esa otra vida ser, responde en gran parte la indestructible vitalidad de doctrinas como las del espiritismo, la metempsíquosis, la trasmigración de las almas a través de los astros, y otras análogas; doctrinas que cuantas veces se las declara vencidas ya y muertas, otras tantas renacen en una u otra forma más o menos nueva. Y es insigne torpeza querer en absoluto prescindir de ellas y no buscar su meollo permanente. Jamás se avendrá el hombre al renunciamiento de concretar en representación esa otra vida.

¿Pero es acaso pensable una vida eterna y sin fin después de la muerte? ¿Qué puede ser la vida de un espíritu desencarnado? ¿Qué puede ser un espíritu así? ¿Qué puede ser una conciencia pura, sin organismo corporal? Descartes dividió el mundo entre el pensamiento y la extensión, dualismo que le impuso el dogma cristiano de la inmortalidad del alma. ¿Pero es la extensión, la materia, la que piensa o se espiritualiza, o es el pensamiento el que se extiende y materializa? Las más graves cuestiones metafísicas surgen prácticamente—y por ello adquieren su valor dejando de ser ociosas discusiones de curiosidad inútil—al querer darnos cuenta de la posibilidad de nuestra inmortalidad. Y es que la metafísica no tiene valor sino en cuanto trate de explicar cómo puede o no puede realizarse ese nuestro anhelo vital. Y así es que hay y habrá siempre una metafísica racional y otra vital, en conflicto perenne una con otra, partiendo la una de la noción de causa, de la de sustancia la otra.

Y aun imaginada una inmortalidad personal, ¿no cabe que la sintamos como algo tan terrible como su negación? «Calipso no podía consolarse de la marcha de Ulises; en su dolor, hallábase desolada de ser inmortal», nos dice el dulce Fenelón, el místico, al comienzo de su *Telémaco*. ¿No llegó a ser la condena de los antiguos dioses, como la de los demonios, el que no les era dado suicidarse?

Cuando Jesús, habiendo llevado a Pedro, Jacobo y Juan, a un alto monte, se trasfiguró ante ellos volviéndosele como la nieve de blanco resplandeciente los vestidos, y se le aparecieron Moisés y Elías que con él hablaban, le dijo Pedro al Maestro: «Maestro, estaría bien que nos quedásemos aquí haciendo tres pabellones, para ti uno y otros dos para Moisés y Elías», porque quería eternizar aquel momento. Y al bajar del monte les mandó Jesús que a nadie dijesen lo que habían visto sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos. Y ellos, reteniendo este dicho, altercaban sobre qué sería aquello de resucitar de los muertos, como quienes no lo

entendían. Y fue despues de esto cuando encontró Jesús al padre del chico presa de espíritu mudo, al que le dijo: «Creo, ayuda mi incredulidad!» (Marcos, IX).

Aquellos tres apóstoles no entendían qué sea eso de resucitar de los muertos. Ni tampoco aquellos saduceos que le preguntaron al Maestro de quién será mujer en la resurrección la que en esta vida hubiese tenido varios maridos (Mat., XXII), que es cuando él dijo que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Y no nos es, en efecto, pensable otra vida sino en las formas mismas de esta terrena y pasajera. Ni aclara nada el misterio todo aquello del grano y el trigo que de él sale con que el apóstol Pablo se contesta a la pregunta de: «¿cómo resucitarán los muertos? ¿con qué cuerpo vendrán?» (I. Cor., XV, 35).

¿Cómo puede vivir y gozar de Dios eternamente un alma humana sin perder su personalidad individual, es decir, sin perderse? ¿Qué es gozar de Dios? ¿Qué es la eternidad por oposición al tiempo? ¿Cambia el alma o no cambia en la otra vida? Si no cambia, ¿cómo vive? Y si cambia, ¿cómo conserva su individualidad en tan largo tiempo? Y la otra vida puede excluir el espacio, pero no puede excluir el tiempo, como hace notar Cournot ya citado.

Si hay vida en el cielo hay cambio, y Swedenborg hacía notar que los ángeles cambian porque el deleite de la vida celestial perdería poco a poco su valor si gozaran siempre de él en plenitud, y porque los ángeles, lo mismo que los hombres, se aman a sí mismos, y el que a sí mismo se ama, experimenta alteraciones de estado, y añade que a las veces los ángeles se entristecen, y que él, Swedenborg, habló con algunos de ellos cuando estaban tristes *(De coelo et inferno,* § 158, 160). En todo caso, nos es imposible concebir vida sin cambio, cambio de crecimiento o de mengua, de tristeza o de alegría, de amor o de odio.

Es que una vida eterna es impensable y más impensable aún una vida eterna de absoluta felicidad, de visión beatífica.

¿Y qué es esto de la visión beatífica? Vemos en primer lugar que se le llama visión y no acción, suponiendo algo pasivo. Y esta visión beatífica, ¿no supone pérdida de la propia conciencia? Un santo en el cielo es, dice Bossuet, un sér que apenas se siente a sí mismo, tan poseído está de Dios y tan abismado en su gloria... No puede uno detenerse en él, porque se le encuentra fuera de sí mismo, y sujeto por un amor inmutable a la fuente de su ser, y de su dicha» *(Du culte qui est du a Dieu)*. Y esto lo dice Bossuet el anti-quietista. Esa visión amorosa de Dios supone una absorción en Él. Un bienaventurado que goza plenamente de Dios no debe pensar en sí mismo, ni acordarse de sí, ni tener de sí conciencia, sino que ha de estar en perpetuo éxtasis —εκστασις— fuera de sí, en enajenamiento. Y un preludio de esa visión nos describen los místicos en el éxtasis.

El que ve a Dios se muere, dice la Escritura (Jueces, XIII, 22), y la visión eterna de Dios, ¿no es acaso una eterna muerte, un desfallecimiento de la personalidad? Pero Santa Teresa, en el capítulo XX de su *Vida,* al describirnos el último grado de oración, el arrobamiento, arrebatamiento, vuelo o éxtasis del alma nos dice que es ésta levantada como por una nube o aguila caudalosa, pero «veisos llevar y no sabéis dónde», y es «con deleite», y «si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos estaba de manera en mí que podía entender era llevada», es decir, sin pérdida de conciencia. Y Dios «no parece se contenta con llevar tan de veras el alma a sí, sino que quiere el cuerpo aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia». «Muchas veces se engolfa el alma, o la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola en sí un poco, quédase con sola la voluntad,» no con sola la inteligencia. No es, pues, como se ve, visión, sino unión volitiva, y entretanto, «el entendimiento y memoria divertidos... como una persona que ha mucho dormido y soñado y aún no acaba de despertar.» Es «vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido». Y es vuelo deleitoso, es con conciencia de sí, sabiéndose distinto de Dios con quien se

une uno. Y a este arrobamiento se sube, según la mística doctora española, por la contemplación de la Humanidad de Cristo, es decir, de algo concreto y humano; es la visión del Dios vivo, no de la idea de Dios. Y en el capítulo XXVIII nos dice que «cuando otra cosa no hubiere para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor nuestro...» «Esta visión—añade,—aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma.» Y resulta que en el cielo no se ve sólo a Dios, sino todo en Dios; mejor dicho, se ve todo Dios, pues que Él lo abarca todo. Y esta idea la recalca más Jacobo Boehme. La santa por su parte nos dice en las *Moradas sétimas*, capítulo II, que «pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mismo Dios.» Y luego que «queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios...»; y es «como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una o que el pábilo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedar en dos velas o el pábilo de la cera.» Pero hay otra más íntima unión, que es «como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río o la que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar, que no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz.» ¿Y qué diferencia va de esto a aquel silencio interno y místico de Miguel de Molinos, cuyo tercer grado y perfectísimo es el silencio de pensamiento? (*Guía*, cap. XVII, § 129). ¿No estamos cerca de aquello de que es la nada el camino para llegar a aquel alto estado del ánimo reformado? (cap. XX, § 186). Y qué extraño es que Amiel usara hasta por dos veces de la palabra española *nada* en su «Diario íntimo», sin duda por no encontrar en otra lengua alguna otra más expresiva? Y, sin embargo,

si se lee con cuidado a nuestra mística doctora, se verá que nunca queda fuera el elemento sensitivo, el del deleite, es decir, el de la propia conciencia. Se deja el alma absorber de Dios para absorberlo, para cobrar conciencia de su propia divinidad.

Una visión beatífica, una contemplación amorosa en que esté el alma absorta en Dios y como perdida en El aparece, o como un aniquilamiento propio o como un tedio prolongado a nuestro modo natural de sentir. Y de aquí ese sentimiento que observamos con frecuencia y que se ha expresado más de una vez en expresiones satíricas no exentas de irreverencia y acaso de impiedad, de que el cielo de la gloria eterna es una morada de eterno aburrimiento. Sin que sirva querer desdeñar estos sentimientos así, tan espontáneos y naturales, o pretender denigrarlos.

Claro está que sienten así los que no aciertan a darse cuenta de que el supremo placer del hombre es adquirir y acrecentar conciencia. No precisamente el de conocer, sino el de aprender. En conociendo una cosa, se tiende a olvidarla, a hacer su conocimiento inconciente, si cabe decir así. El placer, el deleite más puro del hombre, va unido al acto de aprender, de enterarse, de adquirir conocimiento, esto es, o una diferenciación. Y de aquí, el dicho famoso de Lessing, ya citado. Conocido es el caso de aquel anciano español que acompañaba a Vasco Núñez de Balboa, cuando, al llegar a la cumbre del Darien, dieron vista a los dos Océanos, y es que cayendo de rodillas, exclamó: «Gracias, Dios mío, porque no me has dejado morir sin haber visto tal maravilla.» Pero si este hombre se hubiese quedado allí, pronto la maravilla habría dejado de serlo, y con ella, el placer. Su goce fue el del descubrimiento. Y acaso el goce de la visión beatífica sea, no precisamente el de la contemplación de la Verdad suma, entera y toda, que a esto no resistiría el alma, sino el de un contínuo descubrimiento de ella, el de un incesante aprender mediante un esfuerzo que mantenga siempre el sentimiento de la propia conciencia activa.

Una visión beatífica de quietud mental, de conocimiento pleno y no de aprensión gradual, nos es difícil concebir como otra cosa que como un nirvana, una difusión espiritual, una disipación de la energía en el seno de Dios, una vuelta a la inconciencia por falta de choque, de diferencia, o sea de actividad.

¿No es acaso que la condición misma que hace pensable nuestra eterna unión con Dios, destruye nuestro anhelo? ¿Qué diferencia va de ser absorbido por Dios a absorberle uno en sí? ¿Es el arroyico el que se pierde en el mar o el mar en el arroyico? Lo mismo da.

El fondo sentimental es nuestro anhelo de no perder el sentido de la continuidad de nuestra conciencia, de no romper el encadenamiento de nuestros recuerdos, el sentimiento de nuestra propia identidad personal concreta, aunque acaso vayamos poco a poco absorbiéndonos en El, enriqueciéndole. ¿Quién a los ochenta años se acuerda del que a los ocho fue, aunque sienta el encadenamiento entre ambos? Y podría decirse que el problema sentimental se reduce a si hay un Dios, una finalidad humana al Universo. Pero, ¿qué es finalidad? Porque así como siempre cabe preguntar por un porqué de todo porqué, así cabe preguntar también siempre por un para qué de todo para qué. Supuesto que haya un Dios, ¿para qué Dios? Para sí mismo, se dirá. Y no faltará quien replique: ¿y qué más da esta conciencia que la no conciencia? Mas siempre resultará lo que ya dijo Plotino (*Enn.* II, IX, 8), que el por qué hizo el mundo, es lo mismo que el por qué hay alma. O mejor aún, que el por qué διὰ τι, el para qué.

Para el que se coloca fuera de sí mismo, en una hipotética posición objetiva—lo que vale decir inhumana,—el último para qué es tan inasequible y en rigor, tan absurdo, como el último porqué. ¿Qué más da, en efecto, que no haya finalidad alguna? ¿Qué contradicción lógica hay en que el Universo no esté destinado a finalidad alguna, ni humana ni sobrehumana? ¿En qué se opone a la razón que todo esto no tenga más objeto que

existir, pasando como existe y pasa? Esto, para el que se coloca fuera de sí, pero para el que vive y sufre y anhela dentro de sí... para éste es ello cuestión de vida o muerte.

¡Búscate, pues, a ti mismo! Pero al encontrarse, ¿no es que se encuentra uno con su propia nada? «Habiéndose hecho el hombre pecador buscándose a sí mismo, se ha hecho desgraciado al encontrarse»—dijo Bossuet—(*Traité de la concupiscence*, cap. XI). «¡Búscate a ti mismo!», empieza por «¡conócete a ti mismo!» A lo que replica Carlyle *(Past and present,* book III, chap. XI): «El último evangelio de este mundo, es: ¡conócete tu obra y cúmplela! ¡Conócete a ti mismo...! Largo tiempo ha que este mismo tuyo te ha atormentado; jamás llegarás a conocerlo, me parece. No creas que es tu taréa la de conocerte, eres un individuo inconocible; conoce lo que puedes hacer y hazlo como un Hércules. Esto será lo mejor.» Sí; pero eso que yo haga, ¿no se perderá también al cabo? Y si se pierde, ¿para qué hacerlo? Sí, sí; el llevar a cabo mi obra—¿y cuál es mi obra?—sin pensar en mí, sea acaso amar a Dios. ¿Y qué es amar a Dios?

Y por otra parte, al amar a Dios en mí, ¿no es que me amo más que a Dios, que me amo en Dios a mí mismo?

Lo que en rigor anhelamos para después de la muerte es seguir viviendo esta vida, esta misma vida mortal, pero sin sus males, sin el tedio y sin la muerte. Es lo que expresó Séneca, el español, en su *Consolación a Marcia* (XXVI); es lo que quería, volver a vivir esta vida: *ista moliri.* Y es lo que pedía Job (XIX, 25 27), ver a Dios en carne, no en espíritu. ¿Y qué otra cosa significa aquella cómica ocurrencia de la *vuelta eterna* que brotó de las trágicas entrañas del pobre Nietzsche, hambriento de inmortalidad concreta y temporal?

Esa visión beatífica que se nos presenta como primera solución católica, ¿cómo puede cumplirse, repito, sin anegar la conciencia de sí? ¿No será como en el sueño en que soñamos sin saber lo que soñamos? ¿Quién apetecería una vida eterna así? Pensar sin saber que se piensa, no es sentirse a sí mismo,

no es serse. Y la vida eterna, ¿no es acaso conciencia eterna, no sólo ver a Dios, sino ver que se le ve, viéndose uno a sí mismo a la vez y como distinto de El? El que duerme, vive, pero no tiene conciencia de sí; ¿y apetecerá nadie un sueño así eterno? Cuando Circe recomienda a Ulises que baje a la morada de los muertos a consultar al adivino Tiresias, dícele que éste es allí, entre las sombras de los muertos, el único que tiene sentido, pues los demás se agitan como sombras (Odisea X, 487-495). Y es que los otros, aparte de Tiresias, ¿vencieron a la muerte? ¿Es vencerla acaso errar así como sombras sin sentido?

Por otra parte, ¿no cabe acaso imaginar que sea esta nuestra vida terrena respecto a la otra como es aquí el sueño para con la vigilia? ¿No será ensueño nuestra vida toda, y la muerte un despertar? ¿Pero despertar a qué? ¿Y si todo esto no fuese sino un ensueño de Dios, y Dios despertara un día? ¿Recordará su ensueño?

Aristóteles, el racionalista, nos habla en su *Ética* de la superior felicidad de la vida contemplativa—βιος θεωρητικος,—y es corriente en los racionalistas todos poner la dicha en el conocimiento. Y la concepción de la felicidad eterna, del goce de Dios, como visión beatífica, como conocimiento y comprensión de Dios, es algo de origen racionalista, es la clase de felicidad que corresponde al Dios idea del aristotelismo. Pero es que para la felicidad se requiere, además de la visión, la delectación, y ésta es muy poco racional y sólo conseguidera sintiéndose uno distinto de Dios.

Nuestro teólogo católico aristotélico, el que trató de racionalizar el sentimiento católico, Santo Tomás de Aquino, dícenos en su *Summa (primae secundae partis quaestio* IV, art. 1.°) que «la delectación se requiere para la felicidad, que la delectación se origina de que el apetito descansa en el bien conseguido, y que como la felicidad no es otra cosa que la consecución del sumo bien, no puede haber felicidad sin delectación concomitante. Pero, ¿qué delectación es la del que descansa?

Descansar, *requiescere*, ¿no es dormir y no tener siquiera conciencia de que se descansa? «De la misma visión de Dios, se origina la delectación»—añade el teólogo.—Pero el alma, ¿se siente a sí misma como distinta de Dios? «La delectación que acompaña a la operación del intelecto no impide ésta, sino más bien la conforta»—dice luego.—¡Claro está! Si no, ¿qué dicha es ésa? Y para salvar la delectación, el deleite, el placer que tiene siempre, como el dolor, algo de material, y que no concebimos sino en un alma encarnada en cuerpo, hubo que imaginar que el alma bienaventurada esté unida a su cuerpo. Sin alguna especie de cuerpo, ¿cómo el deleite? La inmortalidad del alma pura, sin alguna especie de cuerpo o periespíritu, no es inmortalidad verdadera. Y en el fondo, el anhelo de prolongar esta vida, ésta y no otra, ésta de carne y de dolor, ésta de que maldecimos a las veces tan sólo porque se acaba. Los más de los suicidas no se quitarían la vida si tuviesen la seguridad de no morirse nunca sobre la tierra. El que se mata, se mata por no esperar a morirse.

Cuando el Dante llega a contarnos en el canto XXXIII del *Paradiso* cómo llegó a la visión de Dios, nos dice que como a aquél que ve soñando y después del sueño le queda la pasión impresa, y no otra cosa, en la mente; así a él, que casi cesa toda su visión y aun le destila en el corazón lo dulce que nació de ella,

Cotal son io, che quasi tutta cessa
mía visione ed ancor mi distilla
nel cuor lo dolce che nacque da essa,

no de otro modo que la nieve se descuaja al sol

cosi la neve al Sol si disigilla.

Esto es, que se le va la visión, lo intelectual, y le queda el deleite, la *passione impressa*, lo emotivo, lo irracional, lo corporal, en fin.

Una felicidad corporal, de deleite, no sólo espiritual, no sólo

de visión, es lo que apetecemos. Esa otra felicidad, esa *beatitud* racionalista, la de anegarse en la comprensión, sólo puede... no digo satisfacer ni engañar, porque creo que ni le satisfizo ni le engañó a un Spinoza. El cual, al fin de su *Ética*, en las proposiciones XXXV y XXXVI de la parte quinta, establece que Dios se ama a sí mismo con infinito amor intelectual; que el amor intelectual de la mente a Dios es el mismo amor de Dios con que Dios se ama a sí mismo; no en cuanto es infinito, sino encuanto puede explicarse por la esencia de la mente humana considerada en respecto de eternidad, esto es, que el amor intelectual de la mente hacia Dios es parte del infinito amor con que Dios a sí mismo se ama. Y después de estas trágicas, de estas desoladoras proposiciones, la última del libro todo, la que cierra y corona esa tremenda tragedia de la *Ética,* nos dice que la felicidad no es premio de la virtud, sino la virtud misma, y que no nos gozamos en ella por comprimir los apetitos, sino que por gozar de ella podemos comprimirlos. ¡Amor intelectual! ¡amor intelectual! ¿Qué es eso de amor intelectual? Algo así como un sabor rojo, o un sonido amargo, o un color aromático, o más bien, algo así como un triángulo enamorado o una elipse encolerizada, una pura metáfora, pero una metáfora trágica. Y una metáfora que corresponde trágicamente a aquello de que también el corazón tiene sus razones. ¡Razones de corazón! ¡amores de cabeza! ¡deleite intelectivo! ¡intelección deleitosa! ¡tragedia, tragedia y tragedia!

Y, sin embargo, hay algo que se puede llamar amor intelectual y que es el amor de entender, la vida misma contemplativa de Aristóteles, porque el comprender es algo activo y amoroso, y la visión beatífica es la visión de la verdad total. ¿No hay acaso en el fondo de toda pasión la curiosidad? ¿No cayeron, según el relato bíblico, nuestros primeros padres por el ansia de probar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y ser como dioses, conocedores de esa ciencia? La visión de Dios, es decir, del Universo mismo en su alma, en su íntima esencia, ¿no apagaría todo nuestro anhelo? Y esta

perspectiva sólo no puede satisfacer a los hombres groseros que no penetran el que el mayor goce de un hombre es ser más hombre, esto es, más dios, y que es más dios cuanta más conciencia tiene.

Y ese amor intelectual, que no es sino el llamado amor platónico, es un medio de dominar y de poseer. No hay, en efecto, más perfecto dominio que el conocimiento; el que conoce algo, lo posee. El conocimiento une al que conoce con lo conocido. «Yo te contemplo y te hago mía al contemplarte»; tal es la fórmula. Y conocer a Dios, ¿qué ha de ser sino poseerlo? El que a Dios conoce, es ya Dios él.

Cuenta B. Brunhes (*La Degradation de l'Energie*, IV^e^ partie, chap. XVIII, E. 2) haberle contado M. Sarrau, que lo tenía del P. Gratry, que éste se paseaba por los jardines del Luxemburgo departiendo con el gran matemático y católico Cauchy, respecto a la dicha que tendrían los elegidos en conocer, al fin, sin restricción ni velo las verdades largo tiempo perseguidas trabajosamente en este mundo. Y aludiendo el P. Gratry a los estudios de Cauchy sobre la teoría mecánica de la reflexión de la luz, emitió la idea de que uno de los más grandes goces intelectuales del ilustre geómetra sería penetrar en el secreto de la luz, a lo que replicó Cauchy que no le parecía posible saber en esto más que ya sabía, ni concebía que la inteligencia más perfecta pudiese comprender el misterio de la reflexión mejor que él lo había expuesto, ya que había dado una teoría mecánica del fenómeno. «Su piedad—añade Brunhes,—no llegaba hasta creer que fuese posible hacer otra cosa ni hacerla mejor.»

Hay en este relato dos partes que nos interesan. La primera es la expresión de lo que sea la contemplación, el amor intelectual o la visión beatífica para hombres superiores, que hacen del conocimiento su pasión central, y otra la fe en la explicación mecanicista del mundo.

A esta disposición mecanicista del intelecto va unida la ya célebre fórmula de «nada se crea, nada se pierde, todo se

trasforma», con que se ha querido interpretar el ambiguo principio de la conservación de la energía, olvidando que para nosotros, para los hombres, prácticamente, energía es la energía utilizable, y que ésta se pierde de continuo, se disipa por la difusión del calor, se degrada, tendiendo a la nivelación y a lo homogéneo. Lo valedero para nosotros, más aún, lo real para nosotros, es lo diferencial, que es lo cualitativo; la cantidad pura, sin diferencias, es como si para nosotros no existiese, pues que no obra. Y el Universo material, el cuerpo del Universo, parece camina poco a poco, y sin que sirva la acción retardadora de los organismos vivos y más aún la acción conciente del hombre, a un estado de perfecta estabilidad, de homogeneidad (v. Brunhes, obra citada). Que si el espíritu tiende a concentrarse, la energía material tiende a difundirse.

¿Y no tiene esto acaso una íntima relación con nuestro problema? ¿No habrá una relación entre esta conclusión de la filosofía científica respecto a un estado final de estabilidad y homogeneidad y el ensueño místico de la apocatastasis? ¿Esa muerte del cuerpo del Universo no será el triunfo final de su espíritu, de Dios?

Es evidente la relación íntima que media entre la exigencia religiosa de una vida eterna después de la muerte, y las conclusiones—siempre provisorias—a que la filosofía científica llega respecto al probable porvenir del Universo material o sensitivo. Y el hecho es que así como hay teólogos de Dios y de la inmortalidad del alma, hay también los que Brunhes (obra citada, cap. XXVI, § 2) llama teólogos del monismo, a los que estaría mejor llamar ateólogos, gentes que persisten en el espíritu de afirmación *a priori*, y que se hace insoportable—añadé—cuando abrigan la pretensión de desdeñar la teología. Un ejemplar de estos señores es Haeckel, ¡que ha logrado disipar los enigmas de la Naturaleza!

Estos ateólogos se han apoderado de la conservación de la energía, del «nada se crea y nada se pierde, todo se trasforma», que es de origen teológico ya en Descartes, y se han ser-

vido de él para dispensarnos de Dios. «El mundo construído para durar—escribe Brunhes,—que no se gasta, o más bien repara por sí mismo las grietas que aparecen en él; ¡qué hermoso tema de ampliaciones oratorias!; pero estas mismas ampliaciones, después de haber servido en el siglo XVII para probar la sabiduría del Creador, han servido en nuestros días de argumentos para los que pretenden pasarse sin él.» Es lo de siempre: la llamada filosofía científica, de origen y de inspiración teológica o religiosa en su fondo, yendo a dar en una ateología o irreligión, que no es otra cosa que teológica y religiosa. Recordemos aquello de Ritschl, ya citado en estos ensayos.

Ahora, la última palabra de la ciencia, más bien aún que de la filosofía científica, parece ser que el mundo material, sensible, camina por la degradación de la energía, por la predominancia de los fenómenos irrevertibles, a una nivelación última, a una especie de homogéneo final. Y éste nos recuerda aquél hipotético homogéneo primitivo de que tanto usó y abusó Spencer, y aquella fantástica inestabilidad de lo homogéneo. Inestabilidad de que necesitaba el agnosticismo ateológico de Spencer para explicar el inexplicable paso de lo homogéneo a lo heterogéneo. Porque, ¿cómo puede surgir heterogeneidad alguna, sin acción externa, del perfecto y absoluto homogéneo? Mas había que descartar todo género de creación, y para ello el ingeniero desocupado, metido a metafísico, como lo llamó Papini, inventó lo de la inestabilidad de lo homogéneo, que es más... ¿cómo lo diré?, más místico y hasta más mitológico, si se quiere, que la acción creadora de Dios.

Acertado anduvo aquel positivista italiano, Roberto Ardigó, que, objetando a Spencer, le decía que lo más natural era suponer que siempre fue como hoy, que siempre hubo mundos en formación, en nebulosa, mundos formados y mundos que se deshacían; que la heterogeneidad es eterna. Otro modo, como se ve, de no resolver.

¿Será esta la solución? Mas en tal caso, el Universo sería infinito, y en realidad no cabe concebir un Universo eterno y

limitado como el que sirvió de base a Nietzsche para lo de la vuelta eterna. Si el Universo ha de ser eterno, si han de seguirse en él, para cada uno de sus mundos, períodos de homogeneización, de degradación de energía, y otras de heterogeneización, es menester que sea infinito, que haya lugar siempre y en cada mundo para una acción de fuera. Y de hecho, el cuerpo de Dios no puede ser sino eterno e infinito.

Mas para nuestro mundo parece probada su gradual nivelación, o si queremos, su muerte. ¿Y cuál ha de ser la suerte de nuestro espíritu en este proceso? ¿Menguará con la degradación de la energía de nuestro mundo y volverá a la inconciencia, o crecerá más bien a medida que la energía utilizable mengua y por los esfuerzos mismos para retardarlo y dominar a la Naturaleza, que es lo que constituye la vida del espíritu? ¿Serán la conciencia y su soporte extenso dos poderes en contraposición tal que el uno crezca a expensas del otro?

El hecho es que lo mejor de nuestra labor científica, que lo mejor de nuestra industria, es decir, lo que en ella no conspira a destrucción—que es mucho,—se endereza a retardar ese fatal proceso de degradación de la energía. Ya la vida misma orgánica, sostén de la conciencia, es un esfuerzo por evitar en lo posible ese término fatídico, por irlo alargando.

De nada sirve querernos engañar con himnos paganos a la Naturaleza, a aquella a que con más profundo sentido llamó Leopardi, este ateo cristiano, «madre en el parto, en el querer madrastra», en aquel su estupendo canto a la retama (*La Ginestra*). Contra ella se ordenó en un principio la humana compañía; fue horror contra la impía Naturaleza lo que anudó primero a los hombres en cadena social. Es la sociedad humana, en efecto, madre de la conciencia refleja y del ansia de inmortalidad la que inaugura el estado de gracia sobre el de Naturaleza, y es el hombre el que, humanizando, espiritualizando a la Naturaleza con su industria, la sobrenaturaliza.

El trágico poeta portugués, Antero de Quental, soñó en dos estupendos sonetos a que tituló *Redención*, que hay un espíritu

preso, no ya en los átomos o en los iones o en los cristales, sino —como a un poeta corresponde—en el mar, en los árboles, en la selva, en la montaña, en el viento, en las individualidades y formas todas materiales, y que un día, todas esas almas, en el limbo aún de la existencia, despertarán en la conciencia, y cerniéndose como puro pensamiento, verán a las formas, hijas de la ilusión, caer deshechas como un sueño vano. Es el ensueño grandioso de la concientización de todo.

¿No es acaso que empezó el Universo, este nuestro Universo—¿quién sabe si hay otros?,—con un cero de espíritu—y cero no es lo mismo que nada—y un infinito de materia, y marcha a acabar en un infinito de espíritu con un cero de materia? ¡Ensueños!

¿No es acaso que todo tiene un alma, y que esa alma pide liberación? «¡Oh tierras de Alvargonzález—en el corazón de España,—tierras pobres, tierras tristes,—tan tristes que tienen alma!»—canta nuestro poeta Antonio Machado (*Campos de Castilla*).—La tristeza de los campos, ¿está en ellos o en nosotros que los contemplamos? ¿No es que sufren? Pero, ¿qué puede ser un alma individual en el mundo de la materia? ¿Es individuo una roca o una montaña? ¿Lo es un arbol?

Y siempre resulta, sin embargo, que luchan el espíritu y la materia. Ya lo dijo Esprouceda al decir que:

> aquí, para vivir en santa calma,
> o sobra la materia o sobra el alma.

¿Y no hay en la historia del pensamiento, o si queréis, de la imaginación humana, algo que corresponda a ese proceso de reducción de lo material, en el sentido de una reducción de todo a conciencia?

Sí, la hay, y es del primer místico cristiano, de San Pablo de Efeso, del apóstol de los gentiles, de aquel que por no haber visto con los ojos carnales de la cara al Cristo carnal y mortal, al ético, le creó en sí inmortal y religioso, de aquél que fue arrebatado al tercer cielo, donde vió secretos inefables (II Co-

rintios, XIII). Y este primer místico cristiano soñó también en un triunfo final del espíritu, de la conciencia, y es lo que se llama técnicamente en teología la apocatastasis o reconstitución.

Es en los versículos 26 al 28 del capítulo XV de su primera epístola a los Corintios donde nos dice que el último enemigo que ha de ser dominado será la muerte, pues Dios puso todo bajo sus pies; pero cuando diga que todo le está sometido, es claro que excluyendo al que hizo que todo se le sometiese, y cuando le haya sometido todo, entonces también El, el Hijo, se someterá al que le sometió todo para que Dios sea todo en todos: ἵνα ᾖ ὁ θεος παντα εν πασιν. Es decir, que el fin es que Dios, la Conciencia, acabe siéndolo todo en todo.

Doctrina que se completa con cuanto el mismo Apóstol expone respecto al fin de la historia toda del mundo en su Epístola a los Efesios. Preséntanos en ella, como es sabido, a Cristo—que es por quien fueron hechas las cosas todas del cielo y de la tierra, visibles e invisibles (Col. I, 16),—como cabeza de todo (I, 22), y en él, en esta cabeza, hemos de resucitar todos para vivir en comunión de santos, y comprender con todos los santos cual sea la anchura, la largura, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (III, 18, 19). Y a este recojernos en Cristo, cabeza de la Humanidad, y como resumen de ella, es a lo que el Apóstol llama recaudarse, recapitularse o recojerse todo en Cristo, ανακεφαλαιωσασθαι τα παντα εν Χριστῳ. Y esta recapitulación—ανακεφαλαιωσις, *anacefaleosis*,—fin de la historia del mundo y del linaje humano, no es sino otro aspecto de la apocatastasis. Esta, la apocatastasis, el que llegue a ser Dios todo en todos, redúcese, pues, a la anacefaleosis, a que todo se recoja en Cristo, en la Humanidad, siendo por lo tanto la Humanidad el fin de la creación.

Y esta apocatastasis, esta humanación o divinización de todo, ¿no suprime la materia? ¿Pero es que suprimida la materia, que es el principio de individuación—*principium individua-*

tionis, según la Escuela,—no vuelve todo a una conciencia pura, que en puro pureza, ni se conoce a sí, ni es cosa alguna concebible y sentible? Y suprimida toda materia, ¿en qué se apoya el espíritu?

Las mismas dificultades, las mismas impensabilidades, nos vienen por otro camino.

Alguien podría decir, por otra parte, que la apocatastasis, el que Dios llegue a ser todo en todos, supone que no lo era antes. El que los seres todos lleguen a gozar de Dios, supone que Dios llega a gozar de los seres todos, pues la visión beatífica es mutua, y Dios se perfecciona con ser mejor conocido, y de almas se alimenta y con ellas se enriquece.

Podría en este camino de locos ensueños imaginarse un Dios inconciente, dormitando en la materia, y que va a un Dios conciente del todo, conciente de su divinidad; que el Universo todo se haga conciente de sí como todo y de cada una de las conciencias que le integran, que se haga Dios. Mas, en tal caso, ¿cómo empezó ese Dios inconciente? ¿No es la materia misma? Dios no sería así el principio, sino el fin del Universo; pero, ¿puede ser fin lo que no fue principio? ¿O es que hay fuera del tiempo, en la eternidad, diferencia entre principio y fin? «El alma del todo no estaría atada por aquello mismo (esto es: la materia) que está por ella atado», dice Plotino. (*Enn.* II. IX, 7.) ¿O no es más bien la Conciencia del Todo que se esfuerza por hacerse de cada parte, y en que cada conciencia parcial tenga de ella, de la total, conciencia? ¿No es un Dios monoteista o solitario que camina a hacerse panteísta? Y si no es así, si la materia y el dolor son extraños a Dios, se preguntará uno: ¿para qué creó Dios el mundo? ¿Para qué hizo la materia e introdujo el dolor? ¿No era mejor que no hubiese hecho nada? ¿Qué gloria le añade el crear ángeles u hombres que caigan y a los que tenga que condenar a tormento eterno? ¿Hizo acaso el mal para curarlo? ¿O fue la redención, y la redención total y absoluta, de todo y de todos, su designio? Porque no es esta hipótesis ni más racional ni más piadosa que la otra.

En cuanto tratamos de representarnos la felicidad eterna, presentásenos una serie de preguntas sin respuesta alguna satisfactoria, esto es, racional, sea que partamos de una suposición monoteista o de una panteísta o siquiera panenteísta.

Volvamos a la apocatastasis pauliniana.

Al hacerse Dios todo en todos, ¿no es acaso que se completa, que acaba de ser Dios, conciencia infinita que abarca las conciencias todas? ¿Y qué es una conciencia infinita? Suponiendo, como supone, la conciencia, límite, o siendo más bien la conciencia conciencia de límite, de distinción, ¿no excluye por lo mismo la infinitud? ¿Qué valor tiene la noción de infinitud aplicada a la conciencia? ¿Qué es una conciencia toda ella conciencia, sin nada fuera de ella que no lo sea? ¿De qué es conciencia la conciencia en tal caso? ¿De su contenido? ¿O no será más bien que nos acercamos a la apocatastasis o apoteosis final sin llegar nunca a ella a partir de un caos, de una absoluta inconciencia, en lo eterno del pasado?

¿No será más bien eso de la apocatastasis, de la vuelta de todo a Dios, un término ideal a que sin cesar nos acercamos sin haber nunca de llegar a él, y unos a más lijera marcha que otros? ¿No será la absoluta y perfecta felicidad eterna una eterna esperanza que de realizarse moriría? ¿Se puede ser feliz sin esperanza? Y no cabe esperar ya una vez realizada la posesión porque ésta mata la esperanza, el ansia. ¿No será, digo, que todas las almas crezcan sin cesar, unas en mayor proporción que otras, pero habiendo todas de pasar alguna vez por un mismo grado cualquiera de crecimiento, y sin llegar nunca al infinito, a Dios, a quien de continuo se acercan? ¿No es la eterna felicidad una eterna esperanza, con su nucleo eterno de pesar para que la dicha no se suma en la nada?

Siguen las preguntas sin respuesta.

«Será todo en todos», dice el Apóstol. ¿Pero lo será de distinta manera en cada uno o de la misma en todos? ¿No será Dios todo en un condenado? ¿No está en su alma? ¿No está en el llamado infierno? ¿Y cómo está en él?

De donde surgen nuevos problemas, y son los referentes a la oposición entre cielo e infierno, entre felicidad e infelicidad eternas.

¿No es que al cabo se salvan todos, inclusos Caín y Judas, y Satanás mismo, como desarrollando la apocatastasis pauliniana quería Orígenes?

Cuando nuestros teólogos católicos quieren justificar racionalmente—o sea éticamente—el dogma de la eternidad de las penas del infierno, dan unas razones tan especiosas, ridículas e infantiles que parece mentira hayan logrado curso. Porque decir que siendo Dios infinito la ofensa a El inferida es infinita también, y exige, por lo tanto, un castigo eterno, es, aparte de lo inconcebible de una ofensa infinita, desconocer que en moral y no en policía humanas, la gravedad de la ofensa se mide, más que por la dignidad del ofendido, por la intención del ofensor, y que una intención culpable infinita es un desatino, y nada más. Lo que aquí cabría aplicar son aquellas palabras del Cristo, dirigiéndose a su Padre: «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!», y no hay hombre que al ofender a Dios o a su prójimo sepa lo que se hace. En ética humana, o si se quiere en policía—eso que llaman derecho penal, y que es todo menos derecho—humana una pena eterna es un desatino.

«Dios es justo, y se nos castiga; he aquí cuanto es indispensable sepamos; lo demás no es para nosotros sino pura curiosidad.» Así, Lamennais *(Essai*, part. IV, cap. VII), y así otros con él. Y así también Calvino. ¿Pero hay quien se contente con eso? ¡Pura curiosidad! ¡Llamar pura curiosidad a lo que más estruja el corazón!

¿No será acaso que el malo se aniquila porque deseó aniquilarse, o que no deseó lo bastante eternizarse por ser malo? ¿No podremos decir que no es el creer en otra vida lo que le hace a uno bueno, sino que por ser bueno cree en ella? ¿Y qué es ser bueno y ser malo? Esto es ya del dominio de la ética, no de la religión. O más bien, ¿no es de la ética el hacer el bien, aun

siendo malo, y de la religión el ser bueno, aun haciendo mal?

¿No se nos podrá acaso decir, por otra parte, que si el pecador sufre un castigo eterno es porque sin pecar cesa, porque los condenados no cesan de pecar? Lo cual no resuelve el problema, cuyo absurdo todo proviene de haber concebido el castigo como vindicta o venganza, no como corrección; de haberlo concebido a la manera de los pueblos bárbaros. Y así un infierno policíaco, para meter miedo en este mundo. Siendo lo peor que ya no amedrenta, por lo cual habrá que cerrarlo.

Mas, por otra parte, en concepción religiosa y dentro del misterio, por qué no una eternidad de dolor, aunque esto subleve nuestros sentimientos? ¿por qué no un Dios que se alimenta de nuestro dolor? ¿Es acaso nuestra dicha el fin del Universo? ¿o no alimentamos con nuestro dolor alguna dicha ajena? Volvamos a leer en las *Euménides* del formidable trágico Esquilo aquellos coros de las Furias, porque los dioses nuevos, destruyendo las antiguas leyes, les arrebataban a Orestes de las manos; aquellas encendidas invectivas contra la redención apolinea. No es que la redención arranca de las manos de los dioses a los hombres, su presa y su juguete, con cuyos dolores juegan y se gozan como los chiquillos atormentando a un escarabajo, según la sentencia del Trágico? Y recordemos aquello de: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?

Sí, por qué no una eternidad de dolor? El Infierno es una eternización del alma, aunque sea en pena. No es la pena esencial a la vida?

Los hombres andan inventando teorías para explicarse eso que llaman el origen del mal ¿Y por qué no el origen del bien? ¿por qué suponer que es el bien lo positivo y originario, y el mal lo negativo y derivado? «Todo lo que es en cuanto es, es bueno», sentenció San Agustín; pero, ¿por qué? ¿qué quiere decir ser bueno? Lo bueno es bueno para algo, conducente a un fin, y decir que todo es bueno, vale decir que todo va a su fin. Pero ¿cuál es su fin? Nuestro apetito es eternizarnos, persistir, y llamamos bueno a cuanto conspira a ese fin, y malo a

cuanto tiende a menguarnos o destruirnos la conciencia. Suponemos que la conciencia humana es fin y no medio para otra cosa que no sea conciencia, ya humana, ya sobrehumana.

Todo optimismo metafísico, como el de Leibnitz, o pesimismo de igual orden, como el de Schopenhauer, no tienen otro fundamento. Para Leibnitz, este mundo es el mejor, porque conspira a perpetuar la conciencia y con ella la voluntad, porque la inteligencia acrecienta la voluntad y la perfecciona, porque el fin del hombre es la contemplación de Dios, y para Schopenhauer es este mundo el peor de los posibles, porque conspira a destruir la voluntad, porque la inteligencia, la representación, anula a la voluntad, su madre. Y así Franklin, que creía en otra vida, aseguraba que volvería a vivir ésta, la vida que vivió, de cabo a rabo, *from its beginning to the end*; y Leopardi, que no creía en otra, aseguraba que nadie aceptaría volver a vivir la vida que vivió. Ambas doctrinas, no ya éticas, sino religiosas, y el sentimiento del bien moral, en cuanto valor teleológico, de origen religioso también.

Y vuelve uno a preguntarse: ¿no se salvan, no se eternizan, y no ya en dolor, sino en dicha, todos, lo mismo los que llamamos buenos que los llamados malos?

¿En esto de bueno y de malo no entra la malicia del que juzga? ¿La maldad está en la intención del que ejecuta el acto o no está más bien en la del que lo juzga malo? ¡Pero es lo terrible que el hombre se juzga a sí mismo, se hace juez de sí propio!

¿Quiénes se salvan? Ahora otra imaginación—ni más ni menos racional que cuantas van interrogativamente expuestas,—y es que sólo se salven los que anhelaron salvarse, que sólo se eternicen los que vivieron aquejados de terrible hambre de eternidad y de eternización. El que anhela no morir nunca, y cree no haberse nunca de morir en espíritu, es porque lo merece, o más bien, sólo anhela la eternidad personal el que la lleva ya dentro. No deja de anhelar con pasión su propia inmortalidad, y con pasión avasalladora de toda razón, sino

aquel que no la merece, y porque no la merece no la anhela. Y no es injusticia no darle lo que no sabe desear, porque pedid y se os dará. Acaso se le dé a cada uno lo que deseó. Y acaso el pecado aquel contra el Espíritu Santo, para el que no hay, según el Evangelio, remisión, no sea otro que no desear a Dios, no anhelar eternizarse.

«Según es vuestro espíritu, así es vuestra rebusca; hallaréis lo que deséis, y esto es ser cristiano», *as is your sort of mind—so is your sort of search: you'll find—what you desire, and that's to be—a Christian*—decía R. Browning, (*Christmas-eve and Easter-day* VII).

El Dante condena en su Infierno a los epicúreos, a los que no creyeron en otra vida a algo más terrible que no tenerla y es a la conciencia de que no la tienen, y esto en forma plástica, haciendo que permanezcan durante la eternidad toda encerrados dentro de sus tumbas, sin luz, sin aire, sin fuego, sin movimiento, sin vida. (*Inferno* X, 10-15).

¿Qué crueldad hay en negar a uno lo que no deseó o no pudo desear? Virgilio el dulce en el canto VI de su *Eneida*, (426-429). nos hace oir las voces y vagidos quejumbrosos de los niños que lloran a la entrada del infierno

> continuo auditae voces, vagitus et ingens
> infantumque animae flentes in limine primo

desdichados que apenas entraron en la vida ni conocieron sus dulzuras, y a quienes un negro día les arrebató de los pechos maternos para sumegirlos en acerbo luto

> quos dulcis vitae exsortes et ab ubere raptos
> abstulit atra dies et funere mersit acerbo.

¿Pero qué vida perdieron, si no la conocían ni la anhelaban? ¿O es que en realidad no la anhelaron?

Aquí podrá decirse que la anhelaron otros por ellos, que sus padres les quisieron eternos, para con ellos recrearse luego

en la gloria. Y así entramos en un nuevo campo de imaginaciones, y es el de la solidaridad y representatividad de la salvación eterna.

Son muchos, en efecto, los que se imaginan al linaje humano como un sér, un individuo colectivo y solidario, y en que cada miembro representa o puede llegar a representar a la colectividad toda y se imaginan la salvación como algo colectivo también. Como algo colectivo el mérito, y como algo colectivo también la culpa; y la redención. O se salvan todos o no se salva nadie, según este modo de sentir y de imaginar; la redención es total y es mutua; cada hombre un Cristo de su prójimo.

¿Y no hay acaso como un vislumbre de esto en la creencia popular católica de las benditas ánimas del Purgatorio y de los sufragios que por ellas, por sus muertos, rinden los vivos y y los méritos que les aplican? Es corriente en la piedad popular católica este sentimiento de trasmisión de méritos, ya a vivos, ya a muertos.

No hay tampoco que olvidar el que muchas veces se ha presentado ya en la historia del pensamiento religioso humano la idea de la inmortalidad restringida a un número de elegidos, de espíritus representativos de los demás, y que en cierto modo los incluyen en sí, idea de abolengo pagano—pues tales eran los héroes y semi-dioses—que se abroquela a las veces en aquello de que son muchos los llamados y pocos los elegidos.

En estos días mismos en que me ocupaba en preparar este ensayo llegó á mis manos la tercera edición del *Dialogue sur la vie et sur la mort*, de Charles Bonnefon, libro en que imaginaciones análogas a las que vengo exponiendo hallan expresión concentrada y sugestiva. Ni el alma puede vivir sin el cuerpo, ni éste sin aquélla, nos dice Bonnefon, y así no existen en realidad ni la muerte ni el nacimiento, ni hay en rigor, ni cuerpo, ni alma, ni nacimiento, ni muerte, todo lo cual son abstracciones o apariencias, sino tan sólo una vida pensante,

de que formamos parte, y que no puede ni nacer ni morir. Lo que le lleva a negar la individualidad humana, afirmando que nadie puede decir «yo soy», sino más bien, «nosotros somos», o mejor aún: «es en nosotros». Es la humanidad, la especie, la que piensa y ama en nosotros. Y como se trasmiten los cuerpos, se trasmiten las almas. «El pensamiento vivo o la vida pensante que somos volverá a encontrarse inmediatamente bajo una forma análoga a la que fue nuestro origen y correspondiente a nuestro sér en el seno de una mujer fecundado.» Cada uno de nosotros, pues, ha vivido ya y volverá a vivir, aunque lo ignore. «Si la humanidad se eleva gradualmente por encima de sí misma, ¿quién nos dice que al momento de morir el último hombre, que contendrá en sí a todos los demás, no haya llegado a la humanidad superior tal como existe en cualquier otra parte, en el cielo?... Solidarios todos, recojeremos todos poco a poco los frutos de nuestros esfuerzos.» Según este modo de imaginar y de sentir, como nadie nace nadie muere, sino que cada alma no ha cesado de luchar y varias veces hase sumergido en medio de la pelea humana «desde que el tipo de embrión correspondiente a la misma conciencia se representaba en la sucesión de los fenómenos humanos». Claro es que como Bonnefon empieza por negar la individualidad personal, deja fuera nuestro verdadero anhelo, que es el de salvarla; mas como, por otra parte, él, Bonnefon, es individuo personal y siente ese anhelo, acude a la distinción entre llamados y elegidos, y a la noción de espíritus representativos, y concede a un número de hombres esa inmortalidad individual representativa. De estos elegidos dice que «serán un poco más necsarios a Dios que nosotros mismos». Y termina este grandioso ensueño en que «de ascensión en ascensión no es imposible que lleguemos a la dicha suprema, y que nuestra vida se funda en la Vida perfecta como la gota de agua en el mar. Comprenderemos entonces—prosigue diciendo—que todo era necesario, que cada filosofía o cada religión tuvo su hora de verdad, que a través de nuestros rodeos y errores y en los mo-

mentos más sombríos de nuestra historia, hemos columbrado el faro y que estábamos todos predestinados a participar de la Luz Eterna. Y si el Dios que volveremos a encontrar posee un cuerpo—y no podemos concebir Dios vivo que no le tenga,—seremos una de sus células concientes a la vez que las miríadas de razas brotadas en las miríadas de soles. Si este ensueño se cumpliera, un océano de amor batiría nuestras playas, y el fin de toda vida sería añadir una gota de agua a su infinito». ¿Y qué es este ensueño cósmico de Bonnefon sino la forma plástica de la apocatastasis pauliniana?

Sí, este tal ensueño, de viejo abolengo cristiano, no es otra cosa, en el fondo, que la anacefaleosis pauliniana, la fusión de los hombres todos en el Hombre, en la Humanidad toda hecha Persona, que es Cristo, y con los hombres todo, y la sujeción luego de todo ello a Dios, para que Dios, la Conciencia, lo sea todo en todos. Lo cual supone una redención colectiva y una sociedad de ultratumba.

A mediados del siglo XVIII dos pietistas de origen protestante, Juan Jacobo Moser y Federico Cristóbal Oetinger, volvieron a dar fuerza y valor a la anacefaleosis pauliniana. Moser declaraba que su religión no consistía en tener por verdaderas ciertas doctrinas y vivir virtuosamente conforme a ellas, si no en unirse de nuevo con Dios por Cristo; a lo que corresponde el conocimiento, creciente hasta el fin de la vida, de los propios pecados y de la misericordia y paciencia de Dios, la alteración del sentido natural todo, la adquisición de la reconciliación fundada en la muerte de Cristo, el goce de la paz con Dios en el testimonio permanente del Espíritu Santo, respecto a la remisión de los pecados; el conducirse según el modelo de Cristo, lo cual sólo brota de la fe, el acercarse a Dios y tratar con El, y la disposición de morir en gracia y la esperanza del juicio que otorga la bienaventuranza en el próximo goce de Dios y en el *trato con todos los santos*. (Ritschl: *Geschichte des Pietismus*, III, § 43.) El trato con todos los santos, es decir, la sociedad eterna humana. Y Oetinger, por su parte,

considera la felicidad eterna, no como la visión de Dios en su infinitud, sino basándose en la Epístola a los Efesios, como la contemplación de Dios en la armonía de la criatura con Cristo. El trato con todos los santos era, según él, esencial al contenido de la felicidad eterna. Era la realización del reino de Dios, que resulta así ser el reino del Hombre. Y al exponer estas doctrinas de los dos pietistas confiesa Ritschl (obra citada, III, § 46) que ambos testigos adquirieron para el protestantismo con ellas algo de tanto valor como el método teológico de Spener, otro pietista.

Vese, pues, cómo el íntimo anhelo místico cristiano, desde San Pablo ha sido dar finalidad humana, o sea divina, al universo, salvar la conciencia humana y salvarla haciendo una persona de la humanidad toda. A ello responde la anacefaleosis, la recapitulación de todo, todo lo de la tierra y el cielo, lo visible y lo invisible, en Cristo, y la apocatastasis, la vuelta de todo a Dios, a la conciencia, para que Dios sea todo en todo. Y ser Dios todo en todo no es acaso el que cobre todo conciencia y resucite en ésta todo lo que pasó, y se eternice todo cuanto en el tiempo fue? Y entre ello, todas las conciencias individuales, las que han sido, las que son y las que serán, y tal como se dieron, se dan y se darán, en sociedad y solidaridad.

Mas este resucitar a conciencia todo lo que alguna vez fue, ¿no trae necesariamente consigo una fusión de lo idéntico, una amalgama de lo semejante? Al hacerse el linaje humano verdadera sociedad en Cristo, comunión de santos, reino de Dios, no es que las engañosas y hasta pecaminosas diferencias individuales se borran, y queda sólo de cada hombre que fue lo esencial de él en la sociedad perfecta? No resultaría tal vez, según la suposición de Bonnefon, que esta conciencia que vivió en el siglo xx en este rincón de esta tierra se sintiese la misma que tales otras que vivieron en otros siglos y acaso en otras tierras?

¡Y que no puede ser una efectiva y real unión, una unión

sustancial e íntima, alma a alma, de todos los que han sido! «Si dos criaturas cualesquiera se hicieran una, harían más que ha hecho el mundo.»

If any two creatures grew into one
They would do more than the world has done

sentenció Browning (*The flight of tho Duchess*), y el Cristo nos dejó dicho que donde se reúnan dos en su nombre, allí está El.

La gloria es, pues, según muchos, sociedad, más perfecta sociedad que la de este mundo, es la sociedad humana hecha persona. Y no falta quien crea que el progreso humano todo conspira a hacer de nuestra especie un sér colectivo con verdadera conciencia—¿no es acaso un organismo humano individual, una especie de federación de células?—y que cuando la haya adquirido plena, resucitarán en ella cuantos fueron.

La gloria, piensan muchos, es sociedad. Como nadie vive aislado nadie puede sobrevivir aislado tampoco. No puede gozar de Dios en el cielo quien vea que su hermano sufre en el infierno, porque fueron comunes la culpa y el mérito. Pensamos con los pensamientos de los demás, y con sus sentimientos sentimos. Ver a Dios, cuando Dios sea todo en todos, es verlo todo en Dios y vivir en Dios con todo.

Este grandioso ensueño de la solidaridad final humana es la anacefaleosis y la apocatastasis paulinianas. Somos los cristianos, decía el Apóstol (1.ª Cor. XII, 27), el cuerpo de Cristo, miembros de él, carne de su carne y hueso de sus huesos (Efesios V, 30), sarmientos de la vid.

Pero en esta final solidarización, en ésta la verdadera y suprema *cristinación* de las criaturas todas, ¿qué es de cada conciencia individual? ¿qué es de mí, de este pobre yo frágil, de este yo esclavo del tiempo y del espacio, de este yo que la razón me dice ser un mero accidente pasajero; pero por salvar al cuál, vivo y sufro y espero y creo? Salvada la finalidad humana del Universo, si al fin se salva; salvada la conciencia, ¿me resignaría a hacer el sacrificio de este mi pobre yo, por el

cual y sólo por el cual conozco esa finalidad y esa conciencia?

Y henos aquí en lo más alto de la tragedia, en su nudo, en la perspectiva de este supremo sacrificio religioso: el de la propia conciencia individual en aras de la Conciencia Humana perfecta, de la Conciencia Divina.

Pero, ¿hay tal tragedia? Si llegáramos a ver claro esa anacefaleosis; si llegáramos a comprender y sentir que vamos a enriquecer a Cristo, ¿vacilaríamos un momento en entregarnos del todo a Él? El arroyico que entra en el mar y siente en la dulzura de sus aguas el amargor de la sal oceánica, ¿retrocedería hacia su fuente? ¿querría volver a la nube que nació de mar? ¿no es su gozo sentirse absorbido?

Y, sin embargo...

Sí, a pesar de todo, la tragedia culmina aquí.

Y el alma, mi alma al menos, anhela otra cosa, no absorción, no quietud; no paz, no apagamiento, sino eterno acercarse sin llegar nunca, inacabable anhelo, eterna esperanza que eternamente se renueva sin acabarse del todo nunca. Y con ello un eterno carecer de algo y un dolor eterno. Un dolor, una pena, gracias a la cual se crece sin cesar en conciencia y en anhelo. No pongáis a la puerta de la Gloria como a la del Infierno puso el Dante el: *¡Lasciate ogni speranza!* No matéis al tiempo! ¡Es nuestra vida una esperanza que se está convirtiendo sin cesar en recuerdo, que engendra a su vez a la esperanza. ¡Dejadnos vivir! La eternidad, como un eterno presente, sin recuerdo y sin esperanza, es la muerte. Así son las ideas, pero así no viven los hombres. Así son las ideas en el Dios-Idea; pero no pueden vivir así los hombres en el Dios vivo, en el Dios-Hombre.

Un eterno Purgatorio, pues, más que una Gloria; una ascensión eterna. Si desaparece todo dolor, por puro y espiritualizado que lo supongamos, toda ansia, ¿qué hace vivir a los bienaventurados? Si no sufren allí por Dios, ¿cómo le aman? Y si aun allí, en la Gloria, viendo a Dios poco a poco y cada vez de más cerca sin llegar a Él del todo nunca, no les queda

siempre algo por conocer y anhelar, no les queda siempre un poso de incertidumbre, ¿cómo no se aduermen?

O en resolución, si allí no queda algo de la tragedia íntima del alma, ¿qué vida es esa? ¿Hay acaso goce mayor que acordarse de la miseria—y acordarse de ella es sentirla—en el tiempo de la felicidad? ¿No añora la cárcel quien se libertó de ella? ¿No echa de menos aquellos sus anhelos de libertad?

*
* *

¡Ensueños mitológicos!, se dirá. Ni como otra cosa los hemos presentado. Pero, ¿es que el ensueño mitológico no contiene su verdad? ¿Es que el ensueño y el mito no son acaso revelaciones de una verdad inefable, de una verdad irracional, de una verdad que no puede probarse?

¡Mitología! Acaso; pero hay que mitologizar respecto a la otra vida como en tiempo de Platón. Acabamos de ver que cuando tratamos de dar forma concreta, concebible, es decir, racional, a nuestro anhelo primario, primordial y fundamental de vida eterna conciente de sí y de su individualidad personal, los absurdos estéticos, lógicos y éticos se multiplican y no hay modo de concebir sin contradicciones y despropósitos la visión beatífica y la apocatastasis.

¡Y sin embargo!...

Sin embargo, sí, hay que anhelarla, por absurda que nos parezca; es más, hay que creer en ella, de una manera o de otra, para vivir. Para vivir, ¿eh?, no para comprender el Universo. Hay que creer en ella, y creer en ella es ser religioso. El cristianismo, la única religión que nosotros, los europeos del siglo xx, podemos de veras sentir, es, como decía Kierkegaard, una salida desesperada *(Afsluttenda uvidenskabelig Efferskrift* II, I, cap. I), salida que sólo se logra mediante el martirio de la fe, que es la crucifixión de la razón, según el mismo trágico pensador.

No sin razón quedó dicho por quien pudo decirlo aquello de la locura de la cruz. Locura, sin duda, locura. Y no andaba del todo descaminado el humorista yanqui — Oliver Wendell Holmes — al hacer decir a uno de los personajes de sus ingeniosas conversaciones que se formaba mejor idea de los que estaban encerrados en un manicomio por monomanía religiosa que no de los que, profesando los mismos principios religiosos, andaban sueltos y sin enloquecer. Pero ¿es que realmente no viven éstos también, gracias a Dios, enloquecidos? ¿Es que no hay locuras mansas, que no sólo nos permiten convivir con nuestros prójimos sin detrimento de la sociedad, sino que más bien nos ayudan a ello, dándonos como nos dan sentido y finalidad a la vida y a la sociedad mismas?

Y después de todo, ¿qué es la locura y cómo distinguirla de la razón no poniéndose fuera de una y de otra, lo cual nos es imposible?

Locura tal vez, y locura grande, querer penetrar en el misterio de ultratumba; locura querer sobreponer nuestras imaginaciones, preñadas de contradicción íntima, por encima de lo que una sana razón nos dicta. Y una sana razón nos dice que no se debe fundar nada sin cimientos, y que es labor, más que ociosa, destructiva, la de llenar con fantasías el hueco de lo desconocido. Y sin embargo...

Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna de más allá de la tumba, y en una vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse, sin confundirse, con las demás conciencias todas en la Conciencia Suprema, en Dios; hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad. Y hay que creer acaso en esa otra vida para merecerla, para conseguirla, o tal vez ni la merece ni la consigue el que no la anhela sobre la razón y, si fuere menester, hasta contra ella.

Y hay, sobre todo, que sentir y conducirse como si nos estuviese reservada una continuación sin fin de nuestra vida te-

rrenal después de la muerte; y si es la nada lo que nos está reservado, no hacer que esto sea una justicia, según la frase de *Obermann*.

Lo que nos trae como de la mano a examinar el aspecto práctico o ético de nuestro único problema.

MIGUEL DE UNAMUNO

MÉTODOS EDUCATIVOS DE LAS CIVILIZACIONES

LATINA Y BRITÁNICA

Expongamos, siquiera sea brevemente, algunas nociones de psicología comparada, necesarias para desarrollar la tesis que sirve de epígrafe a este estudio. Compendiaremos sólo algunas *expresiones especiales* de las dos razas; aquellas que puedan más directamente ser reconocidas como características de los respectivos sistemas de educación.

Este paralelo será entre los países latinos y anglosajones; así, pues, no entre los pueblos, sino entre las razas. Distamos mucho de creer que todos los caracteres morales de que nos proponemos hablar se hallen vinculados de modo indisoluble a la raza. Empleamos tal locución, porque tales caracteres predominan, no exclusivamente en una nación, sino en casi todas las que integran, de una parte, el grupo titulado *neo-latino*; de otra el denominado *anglo-sajón*.

Observemos, entre paréntesis, que justamente se dice «raza *neo-latina*,» no «raza *latina*». De los pueblos que la constituyen—españoles, portugueses, franceses, italianos, rumanos, valones, suízos de algunos cantones, sur-americanos,—sólo los habitantes de alguna región de la Italia central descienden, aunque no en su totalidad, de los antiguos romanos. Evidentemente, de romano todos esos pueblos no tienen más que la lengua. Todos los idiomas, y casi todos los dialectos de los países que hemos nombrado, con muy raras excepciones,—por ejemplo, la lengua vasca,—derivan sin duda del latín.

¡Fenómeno verdaderamente maravilloso; testimonio estupendo de la intensa influencia que, en tan vasta parte de Europa, debió ejercer la civilización de aquellos señores del mundo!

No escudriñaremos en el problema de las razas europeas; ello no hace a nuestro propósito. Sean los que fueren sus orígenes, no cabe dudar que los pueblos que, a la hora de ahora, suelen denominarse «latinos», se asemejan en múltiples aptitudes, tendencias, prerrogativas y defectos: análogamente a los miembros de una amplia familia tienen un tipo común, que no excluye, sin embargo, marcadas diferencias individuales. No son idénticos, empero sí semejantes. Aunque no pueda aseverarse que tengan propiamente una psiquis común, ésta presenta en cada uno de ellos un conjunto de caracteres en cuya virtud se distingue con definitivos trazos el parentesco: a veces estos caracteres opónense a las notas que signan a los pueblos que integran las otras grandes razas europeas, por ejemplo, la eslava, la tudesca con sus diversas ramificaciones y la anglosajona.

Ahora bien; algunos de estos carácteres son de muy remota antigüedad, y parecen vinculados firmemente en una raza. Empero esto no puede afirmarse de todos. Existen otros signos que pueden ser considerados como de reciente adquisición. Verbigratia: quienes lean las semblanzas de los galos, elvecios, germanos e iberos en las crónicas de hace dos mil años, descubrirán en ellos a los modernos franceses, suízos, alemanes y españoles; mas *solo bajo algunos aspectos*. Esta impresión es paralela a la experimentada viendo los retratos de nuestros deudos, adolescentes, jóvenes y en la edad madura; reconocémosles únicamente por algunas facciones pronunciadas o por la expresión de la fisonomía: no les encontramos en otros carácteres. Así acaece también en los pueblos: la acción del tiempo en diversos órdenes de la vida—especialmente las condiciones económicas,—si el curso de los siglos no ha introducido esenciales cambios, incluye no escasas modificaciones

en su fisonomía moral, venciendo también parcialmente las influencias climatéricas, cuya importancia es asimismo muy notable.

Por ejemplo, en los pueblos germanos descúbrense todavía aquellas dotes de sinceridad, honradez y lealtad que, hace quince o veinte siglos, caracterizaron a sus antepasados; mas acaso no son tan generales como por aquel entonces: en cambio, hoy encuéntrase más extendido entre ellos el sentimiento del honor, la solicitud de la propia personalidad: cualidades de que carecían en los tiempos de Tácito. Han desaparecido la violencia y la crueldad; empero resta aun cierta rudeza, cierto espíritu de prepotencia. Persiste la antigua tenacidad de los propósitos, revelada en la injusta obstinación y en cosas sin ninguna importancia. De igual suerte, advertimos en los franceses contemporáneos análogos ejemplos de aquella versatilidad y súbita resolución que Julio César observó en los galos. Empero, ¡en cuántos otros detalles, los franceses no difieren de sus progenitores!

En el grupo neo-latino, los italianos son acaso más *representativos* que los franceses y los otros pueblos que integran tal grupo, ya que, en ellos, las buenas cualidades como los defectos exceden hasta el grado máximo. Los italianos representan, de modo exagerado, el tipo moral neo-latino: así también, entre los italianos, este tipo se radicaliza más en los meridionales (1). Mas, para no hacer un análisis harto minucioso, hablaremos sólo de los latinos en general, comparándoles con los anglo-sajones y no con los alemanes, a causa de ofrecérsenos más copiosas ocasiones de estudiar el carácter e instituciones de los primeros.

Tales estudios son interesantes y útiles, empero no ayunos de riesgos. Es difícil, trazando un paralelo entre dos razas o dos pueblos, no ofender la susceptibilidad de aquel que en conjunto se juzga desfavorablemente. Este peligro agrávase par-

(1) Cons., Turiello: *Governo e Governati*. Nápoles, 1892.

ticularmente en lo que nos respecta, porque la raza que hemos de cotejar con la nuestra, marcha, a no dudarlo, en la vanguardia de la civilización.

No seremos pesimistas, mas tampoco habremos de adularnos vanamente. Esto sería absurdo. Creemos, además, no merecer censura hablando libremente, crudamente, de nuestros defectos. Muy al contrario, solamente la sinceridad del juicio sobre nosotros mismos podrá inducirnos a estudiar el modo de tornarnos mejores.

Dos escritores franceses, Demoulins y Huret, han admitido, en sus libros acerca de la Gran Bretaña y Alemania, la superioridad—en muchos casos—de estas naciones sobre la francesa. No han incurrido, por ello, en el anatema de sus conciudadanos, ni nadie ha puesto en duda su patriotismo. Todos saben, sin embargo, cuán exagerado es en los franceses el amor propio nacional. Demoulins ha titulado su libro: *A quoi tient la supériorité de la race anglosaxonne.* Mas, no admitiremos aquí ese jalón de superioridad o inferioridad. Pensamos, antes bien, que entre las razas europeas, ninguna puede decirse absolutamente superior a otra por los dones de la Naturaleza. ¿Cómo se podrá sostener esto, ahora que se comienza a discutir hasta la inferioridad natural de las razas de *color*, o a lo menos de algunas de ellas: inferioridad que, no hace mucho, parecía indubitable?

Lo que importa reconocer, en fin, es la excelsitud, en proporción media, del actual nivel moral de los anglosajones, cuya superioridad deriva, en gran parte, de los métodos de educación y que, en el presente período histórico, les ha dado una indiscutible primacía.

Cabe admitirlo sin excesiva humillación ni desaliento.

Si fuésemos una raza atrasada, inculta, deforme, naturalmente infeliz, no habríamos otro recurso que extender, con resignación, un piadoso velo sobre nuestra desventura. Empero, nuestra raza es, en su mayoría, fuerte y bella, inteligente y justamente equilibrada. ¿Por qué, pues, no adquirir la vir-

tud que adorna a otros pueblos menos mimados por la Naturaledesza, y pojarnos de ciertos vicios que nos deshonran? ¿Por qué no ponernos en todo al nivel que la moderna civilización exige?

Es curioso observar que precisamente carecemos de aquella virtud que tanto enorgullecía a los antiguos romanos; los italianos, habitando la misma tierra, somos privados de la tenacidad en las resoluciones, de la firmeza en la adversidad, del espíritu de conservación de las instituciones patrias, del prudente cálculo de los esfuerzos precisos para lograr un objeto determinado, cualidades que facilitaron a los romanos la conquista y el dominio del mundo. Estas virtudes han desaparecido de nuestro suelo; al presente adornan a otro gran pueblo, justamente al pueblo inglés, cuyo carácter es, desde este punto de vista, la rotunda antítesis del nuestro.

Hace más de tres siglos, Tasso observó uno de nuestros principales defectos, diciendo, por lo demás, muy benévolamente, de sus compatriotas de aquel tiempo:

. . . . . «*Alla virtú latina*
O nulla manca, o sol la disciplina.»

Empero esta *sola cosa* que, en su sentir, faltábales, es algo importantísimo, e integra el secreto de la superioridad de otras naciones. Tal significa la *conciencia del límite* en el ejercicio de la propia facultad, y, por ende, el respeto de la ley que supónese haya trazado este límite; de aquí la obediencia a quienes compete impedir que éste sea transgredido; y, además, la cooperación voluntaria para el cumplimiento de aquellas normas que garantizan los intereses comunes.

Nuestra escasa disciplina deriva de cierto espíritu de falso individualismo que nos impide comprender que el orden es la garantía de la libertad de todos, y, por consiguiente, de la nuestra. Los ingleses, que saben esto, respetan la ley y la autoridad, siquiera sean el pueblo más individualista de Europa. !Mas nosotros llegamos hasta jactarnos de nuestra indisci-

plina! Nuestro espíritu rebelde propende a manifestarse siempre, en cualquiera ocasión, con cualquiera pretexto. ¡Es casi imposible a los agentes llevar a cabo una detención en la vía pública, sin sostener una lucha violenta con gente que surge dispuesta a estorbarles, aun tratándose de malhechores!

Muy cierto que en todas partes existen hombres violentos y malvados; empero se les aisla, huye y abandona. En nuestro pueblo, por el contrario, encuentran favor y apoyo. He aquí la desviación del sentimiento de solidaridad, que se entiende exclusivamente como solidaridad *entre compañeros*, y que conduce después a la vergonzosa solidaridad del delito. ¡A decir verdad, la Camorra y la Mafia no son las únicas asociaciones criminales de Italia! A menudo fórmase, en las asociaciones y compañías, entre sus miembros, como un nexo en cuya virtud se protegen recíprocamente, cuando se causa algún *mal* a uno de ellos. Ejemplo lamentable de ello son los hurtos ferroviarios, con tanta frecuencia perpetrados por los agentes inferiores de la Administración. Es imposible descubrir nunca a los autores de estos hurtos, a causa de la conjura de silencio establecida entre ellos, y por la que se creen obligados a ocultar siempre a los ladrones (1). ¡Nada impórtales que, por semejantes

(1) Hásenos asegurado que un grupo de bajos empleados de los caminos de hierro ha propuesto garantir la seguridad de las mercancías, mediante una cuota que los remitentes de éstas deberán abonar a la asociación. ¡Esto demuestra que los ferroviarios podrían impedir los robos, y que conocen a sus autores!

Transcribiremos, para mayor edificación de nuestros lectores, la siguiente discusión sostenida en el Consejo del Tráfico—según la refiere el *Giornale d'Italia*, 12 Noviembre 1910,—a propósito de numerosos hurtos ferroviarios que, según palabras del consejero Marchiori, representaban un grave daño material y moral para nuestro país.

«El consejero Ficarelli, representante del personal de ferrocarriles en dicho Consejo, intervino en el debate para defender a sus representados, sosteniendo que los hurtos en los trenes acaecen porque los ciudadanos italianos, no solamente los ferroviarios, tienen el hábito de robar: extraña tesis en verdad, que motivó la contraria réplica de que, aun siendo en Ita-

desmanes ferroviarios, se arrastre por el cieno, en el Extranjero, el nombre de su patria!

Nótese que no siempre son los proletarios quienes merecen tales inculpaciones. Todas las clases sociales nos ofrendan testimonios de esta falsa solidaridad: decimos falsa, porque la verdadera solidaridad exige que se mantenga a cubierto de toda mácula el honor de la clase a que se pertenece y que sean eliminados de su seno los indignos.

---

lia, como en todos los otros pueblos, ciudadanos honrados, en el nuestro concurre la rara singularidad de que muchos de tales sujetos figuran entre el personal de su hacienda ferroviaria.»

A partir de aquí, la discusión adquirió tonos tan acres y violentos, que el presidente hubo de suspenderla.

Al día siguiente, el Comm. Marchiori escribió a la dirección del diario una carta, de la que entresacamos estas palabras:

«El consejero Ficarelli piensa que, con esta frase sensacional, «no es delito ferroviario, sino delito italiano», ha solucionado la cuestión, interpretando quizá torcidamente mis frases, que yo habría explicado mejor si nuestro ilustre presidente no hubiese cortado el debate. Protestando, ante todo, como protesté, de que Italia tenga un contingente de ladrones más copioso que el de otros países, y aun de que entre los mismos ferroviarios, la inmensa mayoría son hombres honrados, constituyendo los ladrones una minoría reducidísima, empero muy audaz y briosa; protestando así, creo que cierta parte sana del personal, que ve y tiene noticia de tales desmanes, no quiere tomarse el cuidado y la incomodidad de denunciar a sus compañeros poco honrados; y, digámoslo francamente, la escasa autoridad y prestigio conferidos, en general, a los jefes de estación e inspectores, es lo que fomenta la indisciplina y, por ende, la falta de probidad de ciertos empleados.

»Sabiendo a diario que el personal se erige en juez de sus mismos superiores, es imposible aguardar un normal funcionamiento ferroviario. Bien halladas sean las reformas que mejoran la situación económica del personal; empero retórnese con ellas a la disciplina más rígida; aprendan primero los empleados a cumplir honradamente sus propios *deberes,* y se pondrán en condiciones de pretender la realización de todos sus *derechos.* Mas, no ejerciéndose la más absoluta disciplina, es imposible el funcionamiento normal de una institución de 15.000 kilómetros con 142.000 empleados.»

Ejemplo curioso de desviación, o si place, de inversión del sentimiento de solidaridad, es el caso del proceso Olivo, que asesinó y descuartizó a su propia mujer. Nuestros lectores recordarán que el criminal, absuelto por un inexplicable error de los jurados milaneses, fue juzgado después nuevamente por la Audiencia de Bérgamo, siendo anulado el primer juicio por el Tribunal Supremo. Parecía que los nuevos jurados debieran congratularse de tan oportuna ocasión para rehabilitar la justicia popular. Muy al contrario, ¡protestaron contra el fallo del más alto Tribunal de la nación! Preocupáronse de una cuestión que no era de su competencia—una cuestión de procedimiento—en vez de pensar en hacer justicia! Y declarándose solidarios con sus colegas, adoptaron un estupendo acuerdo: ¡ratificar la monstruosa absolución! ¡Nos costaría trabajo creerlo, si no lo hubiéramos presenciado!

La sistemática indulgencia por los malhechores de que los jueces y jurados dan prueba en Italia, es otro signo de la falta del sentimiento de solidaridad. ¡Perdónase los agravios inferidos a otros. Esto cuesta poco; es como el socorro dispensado con el dinero del prójimo. «El pueblo mejor—decía antiguamente un filósofo griego—es aquel donde todos los ciudadanos reputan personales las injurias hechas a cualquiera de ellos.»

El sentimiento de solidaridad no se extiende, en Italia, más allá de los límites de la secta o del partido, a causa de la visión miope del interés personal inmediato, que aguarda ayuda de la asociación, aunque sea en daño de los otros ciudadanos ajenos a ella. Aún no hemos abocado a ese grado de evolución intelectual que nos hace comprender que laborar por la grandeza y prosperidad del propio país y mantener su buen nombre, vale tanto, en el fondo, como trabajar en propio provecho.

***

La impulsividad es otro carácter nuestro, confundido a veces con un signo de energía, empero que, por el contrario,

sólo denota insuficiencia de equilibrio moral. Impelidos por las pasiones o el sentimentalismo, corremos a menudo a la acción sin reflexionar; o bien, en la alabanza, como en el vituperio, no sabemos guardar la justa medida... O el Campidoglio, o la Roca Tarpeya. Frecuentemente nos dan ejemplo de ello nuestros teatros, donde se silba villanamente o se incurre en excesivas manifestaciones—siempre estrepitosas—de un entusiasmo frenético que parece, y es en efecto, «delirio».

Innúmeras son las manifestaciones de este nuestro carácter en la vida pública y privada. Tales las apoteosis de ciertos grandes hombres a quienes ayer nadie conocía ni siquiera de nombre; políticos mediocres en cuyo honor se levantan sendas estatuas; tales los acuerdos de los Ayuntamientos que, bajo la impresión de una noticia transmitida telegráficamente, cambian el epígrafe de una plaza o de una calle de la urbe; tales también los acuerdos, *por unanimidad*, de nuestras asambleas políticas, con los que, por cortesía a los colegas proponentes, y por falta de valor y de energía para oponerse, se resuelven a veces problemas gravísimos que las otras naciones todavía no han osado afrontar; y así análogamente, en otro orden de hechos, la exaltación súbita de un filólogo a los más excelsos honores, sólo por haber anunciado poder demostrar la monogenesia de todas las lenguas del mundo, por cuyo descubrimiento cfrécesele al punto una cátedra universitaria, antes de publicarse y discutirse su libro. De igual suerte también, en otra esfera aun más diversa, los aplausos y ovaciones con que el público de las Audiencias saluda, en los procesos célebres seguidos de absolución, *no ya al inocente acusado injustamente,* sino, como en el caso de la señora Steinheil, a una mujer cuya participación en el crimen no pudo probarse, empero de indubitable inmoralidad, pésima conducta y doblez.

Algunas veces, el entusiasmo suscitado por la palabra vibrante y sugestiva de un buen abogado, hace que como premio se le conceda la absolución de su patrocinado. En Italia y en las naciones hermanas, se presta a la elocuencia un valor

realmente excesivo. No cabe dudar que la elocuencia es una forma del arte; si place, una forma superior. Empero no nos satisfacemos con admirar al afortunado orador y aplaudirle como artista. Creemos que, por su fácil verbosidad, se le debe todo, que cualquier premio es insignificante para él. Porque habla sin tropiezo—quizá sin gramática, aunque esto poco importa,—merece administrar, gobernar un pueblo. ¡Hagámosle diputado!... ¡Hagámosle ministro! He aquí un signo de mentalidad inferior o pueril.

Shakespeare, en *Julio César,* su obra maestra, nos da la justa expresión.

Bruto habla al pueblo agolpado en torno del féretro del dictador a quien diera muerte. Pronuncia un fogoso discurso, demostrando que su puñal había libertado de César a la patria. El pueblo no encuentra mejor testimonio de gratitud que rugir: «¡Viva Bruto! ¡Hagámosle César!»

La impulsividad es un carácter común a los niños y a los salvajes, que son los seres más afines al reino animal en que la impulsividad domina como reina soberana, porque la sensación que repercute en los nervios, determina inmediatamente la acción. En el hombre adulto, la reflexión impide este movimiento instantáneo; pero *reflexionar* vale tanto como *acordarse*, *razonar*, *pensar*, *prever:* y estas son cualidades del hombre civilizado. Observad cuán diversamente se verifican en los diferentes pueblos las manifestaciones populares. Imposible que sólo una de éstas tenga lugar en Italia sin violencia, coacción y vandalismos de todo género. No acaece así en las manifestaciones organizadas en Londres, donde se ve a cien mil personas desfilar tranquilamente por el itinerario acordado, dirigirse a *Hyde Park*, escuchar, divididas en varios grupos, a diez o doce oradores, cuyas arengas no duran más que diez minutos y, después de todo esto, retirarse en el mayor orden, sin que nadie haya agraviado a otro, no decimos ya lanzado una piedra, acto que allí sólo un loco puede realizar.

Otro tanto cabe aseverar de las huelgas, causa siempre de

innúmeros atropellos, como todos saben, en Italia, donde en tales sucesos no pueden faltar las granizadas de piedras contra los cristales de las tiendas y contra los agentes encargados de restablecer el orden. Veamos cómo se producen, fuera de nuestro país, esos movimientos. Se recordará la huelga general que estalló en Suecia durante el verano de 1909. No se trata aquí verdaderamente de anglosajones, sino de otro pueblo septentrional, muy análogo a aquéllos por su gravedad y su cultura. Esta huelga formidable, una huelga general suscitada, naturalmente, por motivos económicos, y *nada más que por motivos económicos*, fue una verdadera lucha entre obreros y patronos, y duró muchos meses. Los patronos, asociados estrechamente entre sí, resistieron; ellos mismos ejercieron algunas profesiones manuales, a lo menos, las precisas para las más apremiantes exigencias sociales (1). No obstante la defección de millares de proletarios, no se registró ningún hondo disturbio en la vida de Suecia. No hubo que lamentar un solo acto de violencia: habríanlo reprimido los mismos huelguistas. La tranquilidad fue absoluta mientras subsistió el paro. Comparóse la cordura de los contrincantes a la serenidad de los expertos jugadores de ajedrez. A ningún obrero ocurriósele impedir que los burgueses actuasen de tipógrafos, de conductores de *tram*, y en las fondas, de fámulos y recaderos. Todavía más: en nada se mermaron las formas de la cortesía. Patronos y obreros se saludaban amistosamente, discutiendo sin acritud la probabilidad de la victoria final (2).

Tratábase de probar la resistencia económica de ambas clases; no se quería medir la energía física de los beligerantes,

(1) De esta suerte se demostró cuán prudente era el consejo del voluntariado de los oficios en la burguesía, apuntado en 1905 por un escritor italiano, GINO BERTOLINI, en un discurso político, y más tarde en la monografía: «*Le volontariat des métiers au sein de la bourgeoisie contemporaine*».

(2) *Le Matin*, 21 Sept. 1909.

ni el vigor de sus músculos, ni su destreza en lanzar piedras. Muy cierto que aquella huelga implicó una crisis agudísima, empero no reportó a los vidrieros ningún lucro, ni produjo algún daño a las costillas de los agentes policíacos.

*
* *

Parece ocioso notar que la impulsividad italiana es una de las principales causas de la bárbara criminalidad que en tan grave proporción se lamenta en Italia. Los delitos de sangre suman entre nosotros cifras fabulosas; su cotejo con los pueblos de la Europa central y septentrional es estupendo.

En alguna de nuestras más populosas urbes, apenas transcurre día sin que se registren por docenas los atentados contra las personas con el puñal o el cuchillo—no raramente con mortal éxito,—armas casi desconocidas en los países norteños. Es suficiente abrir un diario cualquiera para tropezar con una larga reseña de semejantes bárbaros delitos... La crónica negra de la prensa inglesa es nula o breve en tal orden. En la inmensa metrópoli londinense, cuya población asciende a cerca de *siete millones* de habitantes, registráronse en 1907 sólo diez y nueve homicidios—excluyendo los infanticidios,—muchos de ellos perpetrados por locos, ya que como tales fueron reconocidos cuatro de los reos, mientras que otros cinco con su suicidio inmediato, autorizaron a sostener análoga suposición. Si fuésemos en las condiciones de Inglaterra, verificada la proporción de la población y solamente duplicando la cifra para incluir los infanticidios, deberíamos contar menos de doscientos homicidios anuales en toda Italia, en lugar de lamentar más de dos mil. Hasta hace breves años, excedían de tres mil; empero la emigración ha contribuído a decrecer el número.

Dícese, como excusa de nuestro pueblo, que muchos de estos hechos sangrientos se verifican en riña. Muy cierto; mas la pendencia, tal como se manifiesta entre nosotros, ignórase casi en absoluto en el pueblo inglés, donde, aun en las

contiendas, son harto raras las injurias. Aunque se venga algúna vez *a las manos*, no se hace uso de *armas*. Un inglés no esgrimirá armas contra quien le insulta; se limitará a darle una lección, a derribar en tierra a su adversario—*pull him down*.—¿Por qué no matarle? Tal idea, ni siquiera viene a su mente.

Es doloroso reconocer que, en el Extranjero, nuestros trabajadores no son acogidos, generalmente, con aquella simpatía a que son acreedores por la facilidad con que se someten a las faenas más duras y por la resistencia de que dan pruebas. La opinión poco favorable en que se les tiene, refléjase en los juicios populares, sobre la nación entera. Basta, para convencerse de ello, viajar no muy lejos, a Suíza. En los Estados Unidos de América, donde nuestros pobres emigrantes habitan en inmundos suburbios, siendo considerados no mejor que los chinos, fueron trasplantadas, para estigma del nombre italiano, las sectas criminales de nuestro país conocidas bajo el nombre de la *Mano Negra*. ¡Ellas usan frecuentemente ese cuchillo tan odiado por doquier, excepto en Italia! Un juez americano que debía condenar a cuatro italianos a quienes se recogieron los respectivos cuchillos, decíales con graves frases: «Habéis nacido en una nación que desacreditáis con vuestras perversidades, siquiera muchos compatriotas vuestros que viven entre nosotros, sean personas respetables y dignas de admiración. Hora es ya que los más significados conciudadanos vuestros y las instituciones más importantes de Italia adopten precauciones contra el uso de armas.»

En efecto, ¡ya es hora! Ya era tiempo, en nuestro sentir, hace ya más de veinte años, cuando, con la pluma y con la palabra, comenzamos a iniciar la urgencia de la unión de todos los ciudadanos sanos contra el uso de armas (1). Empero, ni en América, nuestras colonias han sabido implantar a este fin

(1) Véase nuestra primera conferencia en el Colegio Romano: *L'educazione popolare e la criminalitá in Italia*, 1896.

ninguna acción vigorosa, ni en la madre patria hemos sido todavía capaces de librarnos, por leyes rigurosas e inflexibles, de las asociaciones criminales, ni de los delincuentes que reinciden, ni de los *teppisti,* cuyo número asciende sólo en Milán a más de siete mil, y cuyos hijos, como pequeños salvajes, crecen en la ignorancia más absoluta y en el embrutecimiento, no conociendo otro vocabulario que el de la abyección, y sin que nunca roce sus almas un sentimiento noble, ni emerja de sus labios una palabra de cariño o bondad. ¡Ah, quizá hemos calumniado a los salvajes! Estos son mucho menos perversos que los pequeños teppistas: los padres de éstos asesinan por diversión: ellos, aguardando verificarlo a su tiempo, alecciónanse atormentando a las bestias, insultando y molestando a los viejos y débiles, y apedreándoles en la vía pública (1).

*
* *

Ciertos vicios nuestros son en absoluto independientes, así de la influencia étnica o de raza, como del temperamento, y también del grado medio de cultura intelectual de la población; vicios que, en cambio, se vinculan intensamente con los métodos de educación. Tal es, por ejemplo, la mentira habitual.

Este vicio, harto común en la infancia, debe extirparse durante esta temprana edad; de otra suerte, degenera en casi un instinto. En la juventud, y todavía más en la edad adulta, el hábito contraído de no expresar los propios verdaderos sentimientos, sino otros extraños afectados y rebuscados retóricamente, conduce a menudo al *histrionismo*, a la falsedad y a la supresión de todo escrúpulo. Permítasenos hacer alto aquí durante breve rato.

En muchas comarcas de Italia, las elecciones son obra de

(1) Véase *La Tribuna*, 5 Febrero 1910, *Mondo di piccoli teppisti*, por Lino Ferriani.

los caciques, que deberían velar por que los sufragios se emitiesen regularmente. Otras veces, a no ser por la asistencia de la fuerza pública, serían robados los votos del candidato que se reputa derrotado. Aunque estos actos de violencia proceden generalmente de hombres de la clase ínfima, es doloroso que, en los fraudes, intervengan también quienes no pertenecen a ella, entre ellos, en la mayoría de los casos, el presidente de un colegio electoral. También ocurre la anulación, *in blocco*, sin algún motivo, de las actas de un candidato; en ocasiones, el presidente de la Mesa, leyendo en alta voz los nombres, sustituye el consignado en la candidatura por aquel que le es afecto. ¿Cabe imaginar más vergonzosa traición del propio oficio?

Nada de esto acaece en Inglaterra. Durante las elecciones, que tanto apasionan al país entero y que tan encarnizadas son, no se comete una violencia, ni se tiene noticia de ninguna irregularidad. Un inglés quedaríase estupefacto, si otro supusiera solamente que podía alterar el resultado del sufragio. La sinceridad, la honradez del voto, es un dogma para todos los partidos. Hemos leído esto en un periódico francés, que después observaba embozadamente ¡que tal no sucede en Francia! Allí se estudian los medios para garantir la pureza del sufragio. También nosotros lo hacemos... Mas, ¿lograremos nunca este designio?

La mentira habitual revélase a veces en la primera juventud por los esfuerzos que efectúan los escolares, no para estudiar, sino para que sus profesores crean que han estudiado; y más tarde, en la propensión de gran parte de nuestra juventud a dedicarse a aquellas profesiones en que el histrionismo puede intervenir y acaso agradar. Cicerón dijo, quizá en chanza, aunque es muy cierto, que tal burla ha sido harto perniciosa: «*Licet orationi quaedam mendaciuncula inserere*»;—y nótese su vocablo *mendaciuncula* (pequeñas mentiras), tal vez para restar importancia a la cosa, o también porque los pequeños embustes pasan fácilmente inadvertidos, mientras que los gran-

des se descubren presto. Es inútil añadir que de todas las enseñanzas de Cicerón, ésta es la más generalmente observada. Ya un gran poeta satírico italiano ha definido el graduado en leyes como un individuo a quien

> ..... *é concessa facoltá*
> *di potere,* JURE UTROQUE,
> *gingillar l'umanitá.*

El peligro está en que de esos jóvenes, cuyo programa de vida consiste *en jugar con la humanidad*, derivan frecuentemente los hombres políticos, y de éstos, a veces, los hombres de Estado.

¿Y en Inglaterra? ¿No se miente allí? ¡Ah!, en Inglaterra es peligroso mentir, porque descubierto el embustero, merece universal desprecio. Desde la infancia, lejos de tolerarse la mentira, con indulgente sonrisa de los padres y educadores, que la reputan como signo de una inteligencia avisada, castígasela como una culpa grave. Y no son generalmente los maestros quienes hacen purgar al pequeño embustero su falta, sino los otros alumnos, los infantiles colegas del culpable, esos muchachitos de sonrosado rostro, dulces ojos, largos cabellos rubios, como aquellos otros niños que, vistos por vez primera en el siglo VII, en Roma, por un gran pontífice, e interrogados por éste acerca de su patria, contestaron que eran *Anglos*; a lo que el Papa hubo de replicar: *¡Non angli, sed angeli!* Estos niños alejan de sus juegos y de su compañía al mentirosillo: ni siquiera le dirigen una palabra, ni le responden, durante un plazo determinado, que acuerdan con la seriedad de un juez que inflige una pena, según la gravedad de la mentira. Esto es muy común entre los niños ingleses. Harto reducida es la misión del maestro.

Este, sin embargo, debe intervenir alguna vez. He aquí un caso ocurrido recientemente: cierta señora, matriculando a su hijo en una escuela, pretendía que el maestro la prometiese que no había de imponer al muchacho castigos corporales.

El profesor la advirtió que el reglamento del colegio impedíale tal promesa, añadiendo que semejantes correcciones eran muy raras, y sólo tratándose de culpas graves. Ahora bien; aquel niño fue sorprendido mientras leía a escondidas una novelita de dos sueldos, en vez de estudiar su libro de texto. El pecado, en verdad, era levísimo. No de otra suerte lo reputaba el profesor. Pero el muchacho lo negó e intentó esconder el *cuerpo del delito*. *Mintió*, y he aquí la grave culpa porque se le impuso el castigo. No quiso someterse a éste y abandonó el colegio. Cuando al día siguiente volvió a éste, no fue admitido, siendo expulsado definitivamente del centro docente. La madre entabló un proceso que, por la singularidad del caso, hubo de ventilarse nada menos que ante el *Lord Chief Justice*. Este dictó una sentencia ampliamente razonada, en la que asentía plenamente a la conducta del maestro.

En sentir del diario *The Times*, que narró este suceso, el fallo fue justísimo, censurando al propio tiempo vivamente a la madre, quien había perjudicado mucho más a su hijo, expulsado del colegio, que si le hubiese obligado a cumplir un castigo, que apenas produce un breve dolor, dejando, sin embargo, en el alma del culpable, también por la solemnidad de la ejecución, una huella evidentemente saludable (1).

Tal escribió un periódico tan sesudo como el *Times*: consideren los lectores cuál habría sido la actitud de nuestra prensa si el caso hubiera acontecido en Italia: imaginen las invectivas e insultos al maestro y al juez. ¿Habrían faltado interpelaciones violentas de diputados, respuestas tímidas y evasivas de los ministros, manifestaciones, pedradas, cristales rotos, y —por qué no?—¡quizá también alguna semana de huelga!

Nótese bien. No pretendemos, sin más reflexión, aprobar los castigos corporales. Empero nos ha sido grato citar esta anécdota característica, porque ella demuestra dos cosas: 1.ª, el gran respeto que se siente en Inglaterra hacia lo que constitu-

(1) *The Times*, 7 y 8 Febrero 1910.—*Caning in public schools*.

ye cualquiera ley, aún en vigor sólo en un instituto privado, y la imposibilidad de que sea trasgredida por aquel que ha ordenado su aplicación; y 2.ª, el carácter de gravedad que se asigna a la mentira, aun en los labios de un niño. Así germina y se vigoriza el instinto de la sinceridad en la infancia, que después lo conservará de por vida.

***

Habíamos comenzado a hablar del estudio de las leyes cursado por tan copiosa mayoría de nuestra juventud. No teniendo para nada en cuenta—tal consideración compete a la economía política—la absoluta nulidad, en orden a la riqueza nacional, de las profesiones jurisperitas, es también indubitable que los estudios jurídicos no son los más congruentes para inspirar el amor de la sinceridad y el odio del disimulo.

Haciendo caso omiso del espíritu de embrollo que súbitamente inoculan en las almas juveniles las cuestiones de procedimiento e interpretación, ocurrésenos preguntar: ¿qué efecto pueden causar sobre los escolares ciertos principios del Código Civil, donde se establece, por ejemplo, que será desheredado por indigno sólo quien haya intentado matar a la persona que debiera suceder, no quien la injurie o maltrate;—que la usura no es vitanda;—que el fraude no es siempre un delito, porque hay una especie de fraude que, por curiosa antinomia, se denomina *civil;*—que quien retiene, aunque sea de mala fe, un capital o un objeto, llega a ser tras de cierto número de años su propietario, siquiera se conozca su legítimo dueño;—y además algunos artículos del Código penal que, en vez de combatir ciertos bárbaros prejuicios, los patrocinan, como acaece en los homicidios e infanticidios perpetrados por el tan manido motivo de honor, cuyas penas redúcense inverosímilmente a un grado tan insignificante que pierden toda eficacia?

No cabe dudar que la moralidad intrínseca de todas estas

enseñanzas, que se encuentran en nuestras leyes, es harto discutible.

Evidentemente, muchos jóvenes honrados conservan sin mácula, en el ejercicio de las profesiones jurídicas, su lealtad y sinceridad, su amor por la verdad. Seános lícito denominar a esta experiencia *la prueba del fuego*, cuyos rigores no resisten las almas faltas del temple necesario. En resumen —acaso nos equivocamos,—los estudios legales no son, en nuestro sentir, los más idóneos para formar el carácter de la juventud. Entretanto, la mayor parte de los padres de familia bien acomodados dedican a sus hijos a esta carrera. Algo menos en la alta Italia, especialmente en Lombardía y Piamonte; mas en todo el resto de la nación, cualquiera industrial o empleado que ha conseguido ahorrar mil pesetas, desea que a lo menos uno de sus hijos curse leyes. Tan habitual es esto, que tales estudios son preferidos a los demás. Nosotros hemos oído decir a excelentes personas:—«Mi hijo *va* a la Universidad.» Y preguntándoles:—«¿Qué carrera cursan?, nos han respondido casi asombrados de la interrogación:—¡Qué carrera! ¡La de leyes, naturalmente!»

***

Ahora surgirá lógicamente en los labios de cada uno de nuestros lectores esta pregunta:

¿Cabe esperar que los italianos rectifiquen su conducta en tantos órdenes?: ¿que sean cegadas tamañas lagunas de su organismo moral?: ¿que desaparezcan tan formidables defectos de su carácter?

En nuestra opinión, así como un individuo puede con firme voluntad modificar el propio carácter, es posible que un pueblo verifique otro tanto. A no tener esta esperanza, no haríamos ciertas comparaciones, nada gratas, y a veces dolorosas para nosotros.

Por lo demás, algunos ejemplos lo demostrarán harto más rotundamente que los razonamientos.

En primer término, el mismo pueblo inglés era, hace no más que doscientos años, muy otro que es a la hora de ahora.

No hemos menester remontarnos a los antiguos sajones, de cuya barbarie son plenas las leyendas. Todavía antes que ellos, de Inglaterra procedió la palabra *briganti*, nombre de una tribu o clan del Norte de la isla *(Brigantes)*, que habían inquietado extraordinariamente a los romanos. En Escocia moraban los terribles *Highlanders*, que vivían de la rapiña, y que no fueron sometidos hasta el siglo XVIII. Hoy ningún pueblo—exceptuando la Escandinavia—es más culto y más tranquilo que el escocés. ¿Qué era Inglaterra en las centurias décimoquinta y sexta? Un país de tan groseras costumbres entre los bajos como en los altos. La criminalidad era espantosa... Londres era, de noche, feudo del poder sanguinario de verdaderos bandidos, cuya máscara ocultaba a veces un noble ocioso; los domésticos ladrones o vagos; la embriaguez común a todas las clases; los matrimonios frecuentemente simulados; los espectáculos inmorales y feroces; la literatura libertina (1).

Quien conoce a la Inglaterra actual, no puede descubrirla en la precedente descripción. Este pueblo ha sabido eliminar, a lo menos, sus vicios más graves, y adquirir las virtudes opuestas.

No todas, sin embargo; en ciertos extremos somos superiores a los anglo-sajones. Les excedemos en mucho, en eso que los franceses llaman *souplesse*, nota que hace más gratas las relaciones sociales. Somos más expansivos, procuramos evitar respuestas desagradables, sabemos huir las asperezas inútiles. Tales cualidades son, a no dudarlo, simpáticas en los individuos; empero no son de aquellas en cuya virtud una nación logra suprema grandeza. En un salón, en el café, en un viaje, es quizá más apetecible la compañía de nuestros conciudadanos o de nuestros hermanos latinos: singularmente los franceses, quienes, aunque no satisfechos por el modo con que los

(1) FOUILLÉE: *Revue des deux Mondes*, 1.° Octubre 1889, pág. 555.

italianos pronuncian su lengua, no se muestran enojados como los ingleses cuando hablamos la suya.

Los ingleses poseen en verdad ciertos defectos innatos en su carácter; su amor de la verdad muéveles a evitar hasta esas pequeñas mentiras convencionales cuyo único objeto es amenizar el trato social, esas frases lisonjeras, en las que levemente se exagera la simpatía o el aprecio que profesamos a otra persona, y que, como dice Confucio, *son el adorno de los sentimientos del corazón.*

¡Nunca esperéis—aunque la hayáis estudiado concienzudamente—que un inglés os dedique una sola palabra de loa por la manera con que habláis su lengua! ¡Tal caso jamás ocurrirá!

Empero, aunque los ingleses son tan refractarios a los cumplimientos, y a pesar de que responden con ese *No* tan seco, que los latinos evitan buscando términos medios y torciendo las frases para dorar mejor la píldora; no obstante ello, decimos, es muy difícil que causen a nadie ninguna molestia. No se reirán ni insultarán a una persona porque ésta no vista según la moda habitual en ellos. Demuestran menos su sensibilidad: y, sin embargo, nadie ignora su aversión hacia los tormentos infligidos a los animales, y su noble actitud contra la *indigna práctica de la vivisección,* siquiera ésta pueda proponerse un fin científico, o mejor, lo diremos, de curiosidad científica.

***

En Italia, hablando de educación popular, se piensa en la escuela; sólo se piensa en ella.

Sin embargo, la experiencia ha demostrado que esta no es la panacea universal.—Un ilustre sabio, el Dr. le Bon, nos escribió en cierta ocasión: *Nous bâtissons des palais pour les écoles, mais il faudra ensuite bâtir des prisons pour y enfermer les produits des palais scolaires.* No obstante el gran desarrollo de las escuelas elementales, en Italia y Francia, aumenta de día en día la suma total de delitos; y la delincuencia juve-

nil hoy alcanza, y acaso excede, *la quinta parte* del número total. En Inglaterra, por el contrario, la criminalidad de los jóvenes es la que decrece más rápidamente, hasta el extremo de que todos los quinquenios se cierra alguna prisión por falta de huéspedes. ¡En cambio, somos forzados a consiguar en nuestros presupuestos treinta y cuatro millones para mantener las cárceles, que resultan siempre insuficientes!

Por doquier encarécese en Italia y Francia una reforma de la escuela; pero cuando se inquiere *en qué* debe consistir tal reforma, apenas se propone más que una modificación de programas, un aumento o disminución de cursos, la supresión del griego y quizá del latín (1). Alguna vez, a decir verdad, hase hablado de la escuela educadora. Empero ello ha ocurri-

---

(1) ¡Suprímese en nuestras escuelas la enseñanza del griego, sustituyéndola por *la educación sexual!*

¡Cosa increíble, en verdad! En un país como el nuestro, donde tan intensas son, desde la adolescencia, las excitaciones sexuales; donde hasta los niños saben demasiado de estas cosas; donde tan fuerte es la propensión a la pornografía, se excogita como remedio, como sistema de moralizar la escuela, la enseñanza de aquello de que la buena costumbre veda hablar en casi todos los pueblos civilizados.

Observábase muy acertadamente a este propósito: Ciertas cosas son conocidas ya, en cuyo caso es inútil repetirlas de nuevo a oídos no más castos y limpios; o no son conocidas, y entonces, ¿por qué suscitar pecaminosos deseos de conocimientos fisiológicos, cuya oportunidad surgirá por sí misma, sin haber menester de anticipos peligrosísimos y nocivos?...

Se trata de nociones higiénicas fundamentales, en el sentido estricto de la palabra, y las nuevas disposiciones serán inútiles, como ya inclusas, si no en otra parte, en la historia natural; o se trata verdaderamente de lo que se ha dicho antes, y en tal caso, auguramos que serán tan en boga como hasta aquí... sintiéndose la urgencia de formar tratados especiales sobre argumentos tan escabrosos. (*La Gazzeta di Venezia*, 8 Agosto 1910.)

¡El menor mal de esta nueva tan extraña enseñanza será que la pornografía, a la que ya se abandona nuestra juventud, parezca cosa lícita, porque desde la misma cátedra se nos invita a ella!

do sin tener un concepto claro del problema. Hase discutido cómo explicar a los jóvenes un curso de lecciones de moral, y sobre qué bases debía fundamentarse.

Todo absolutamente inútil, porque la moral nunca podrá ser el efecto de enseñanzas abstractas. La formación y consolidación de los sentimientos de justicia, honradez, lealtad, es el natural influjo de los ejemplos de la vida que los jóvenes reciben y de las actividades en cuya virtud son impulsados, y que acaban por serles habituales.

Los educadores de los países septentrionales de Europa, y aún de Suíza, atienden principalmente a la formación del carácter, es decir, hacer del niño un hombre. La actividad, el valor, la fidelidad, la franqueza, son las dotes que se alaban más. Los maestros son los primeros en dar ejemplo. «En un colegio de Zurich—leemos en un periódico,—cierta mañana, antes de comenzar la clase, el maestro, puesto en pie, decía con voz sonora: —Ayer, amigos míos, reprendí al alumno N..., porque creía que me había quitado el texto de Aritmética; me equivoqué, yo mismo lo había extravíado. Mi reprimenda, pues, fue injusta; perdone el amiguito mi error. Y, hablando de esta suerte, se acercó al escolar, estrechándole cariñosamente la mano.»

En las escuelas inglesas, altas y bajas, hasta en la Universidad, tiénese más en cuenta el carácter del estudiante que su aplicación. El Príncipe Alberto, comisionado por la Reina Victoria para estatuir las condiciones en que había de otorgarse un premio anual fundado por la Soberana con destino al colegio de Wéllingston, resolvió que tal gracia fuese concedida, no al alumno más culto, sino al que hubiese testimoniado un carácter más noble (1). En Francia, por el contrario, observa Mr. Le Bon, se agasajaría indudablemente al escolar que supiera recitar mejor lo aprendido de memoria, aunque no comprendiese su significado...

(1) A. Fouillée: *Esquisse psychologique des peuples européens*, página 203. París, 1903.

Recordamos, a este propósito, haber leído que en un examen de Historia, celebrado en París, el profesor interrogó a un examinando acerca de la política del cardenal Richelieu para con la casa de Austria. «Su objeto, empezó a recitar el estudiante, era humillar la casa de Austria.» Mas, el profesor, que sabía su escasa inteligencia, le interrumpió:

—¿Era muy alta esa casa de Austria?

—Sí, señor profesor.

—¿Cuántos pisos tenía?

Y el alumno, sin descomponerse, replicó:

—Tres pisos, señor profesor (1).

Empero tornemos a los anglosajones. Acúsaseles de hipocresía. Inculpación injusta, en nuestro sentir. Conforme acabamos de decir, los ingleses tienen los defectos del propio carácter. Aborreciendo el cinismo, caen en el exceso contrario. No quieren que sus debilidades salgan a la luz. Y no pudiendo los hombres ser todos virtuosos, los ingleses, impugnando el cinismo, nunca reputarán éste más loable que disimular los propios vicios (2). Por otra parte, esto demuestra sinceramente el sentimiento del desprecio hacia quien conculca los principios de la vida moral. De aquí el ejemplo que nos dan, y que no descubrimos en otros pueblos, a menudo contra el propio interés inmediato. Recordamos que Inglaterra fue la única potencia de Europa que se negó a reanudar sus relaciones diplomáticas con un Estado cuya dinastía había cambiado por medio de un asesinato, hasta que no se castigó a los autores del crimen que había ceñido la corona a las sienes del nuevo príncipe y a sus cómplices. La historia es reciente; nadie la habrá olvidado.

Los ingleses, tan comerciantes, tan apegados al lucro, no hacen ciertas cosas porque son contrarias a su *respectability*. Todos saben las dificultades con que Oscar Wilde tropezó, des-

(1) J. Huret: *L'Allemagne*, pág. 312. París, 1908.

(2) Fouillée: *obr. cit.*, pág. 203. París, 1903.

pués de cumplida su condena, para encontrar un editor, mientras que en otros países la prisión sería, por el contrario, un excelente *reclamo*. ¡Bendita la dureza de los ingleses y su antipatía por los reos de delitos! (1). Sabemos que la señora Steinheil, absuelta por los jurados, aunque no rehabilitada, fue despedida de la fonda donde solicitaba alojamiento, apenas se supo su nombre. ¡Cuánto difiere esta conducta de las manifestaciones de simpatía realizadas, aun de parte de personas pertenecientes a las clases superiores, en Italia, en honor de algunos condenados por un asesinato premeditado, un verdadero asesinato del tipo *borgiano*, o, si place, bandidesco, y que no admitía la más leve atenuante, ya que fue imposible descubrir una sola mácula en la víctima, vilmente calumniada! Excitado a favor de ellos cierto morboso sentimentalismo, se produjo un movimiento vivo e insistente hasta lograr varios indultos (2).

Incúlcase desde la primera infancia a los ingleses sus prin-

(1) Una compañía dramática italiana contrató con Olivo, descuartizador de la mujer propia, la representación de un drama escrito por él. El autor reproducía en tal drama su historia, demostrando escénicamente cómo llegó hasta el vértice del abismo, del ciego destino. Habríase autorizado la representación de la obra, a no haber comparecido ante la prefectura de Milán la hermana de la infeliz asesinada, que logró la suspensión del espectáculo. (*Il Mattino*, de Nápoles, 18-19 Agosto 1910.)

También Linda Murrí continuó, durante el proceso y después de la condena, gozando la simpatía de muchos señores, sus amigos. El tutor de sus hijos se apresuró a retornarles a su madre, cuando ésta fue indultada; ella pudo fácilmente reconquistar la posición que ocupaba en la vida mundana.

Hemos hablado antes del marqués Bisogní, aplaudido y festejado por la gente y por sus amigos. El escultor Cifariello ha proseguido siendo muy solicitado; su carrera artística no ha sufrido más interrupción que un año, a causa de su detención preventiva durante el proceso.

(2) Conviene muy mucho a los italianos meditar sobre las siguientes palabras pronunciadas por Roosewelt en un discurso en Londres (31 Mayo 1910): «El sentimentalismo es el más endeble, entre los más frágiles fundamentos sobre que puede apoyarse la justicia.»

cipios; flotan en el aire que respiran. Empero no se piense que en sus escuelas se predica la moral. Propónense principalmente formar el carácter de los jóvenes desarrollando en su grado más excelso todas las facultades, todas las aptitudes, todas las energías y el valor de iniciativa. Así, en muchas de ellas, se concede breve tiempo a la literatura y a la ciencia, dedicándose mayor atención a las nociones de las diversas artes en que se ejercitan los mismos alumnos, que de tal suerte adquieren los medios precisos para abrirse paso en el mundo. Hay también escuelas superiores donde los escolares fabrican los muebles necesarios en el hogar, se adiestran en la albañilería, construyen puentes, cavan pozos, o bien se ocupan en laboratorios químicos o farmacéuticos, reciben en comisión valores y cuidan su depósito en los bancos, o se destinan a cobrarlos, o llevan la contabilidad y la correspondencia del establecimiento. De esta forma, son iniciados en los negocios de todo género, adquieren innúmeras nociones prácticas y se preparan para las profesiones industriales.

En ningún colegio inglés falta la oración, y, sin embargo, las prácticas religiosas generalmente no tienen carácter dogmático; son simples invocaciones, en cuya virtud se propende a facilitar la elevación del alma hacia algo que se halla fuera y por encima de los míseros intereses materiales; en una palabra, hacia el ideal. ¡Allí no sería posible, como se ha verificado en alguna de nuestras urbes, un Sindicato para la supresión de la plegaria en la escuela! No hay ejemplo de propaganda del ateísmo; este sistema no habría encontrado un solo secuaz. En la difusión del propio credo, todos guardarán muy mucho ridiculizar las otras creencias religiosas ni los ritos de otra confesión. La planta del jacobinismo franco-italiano nunca ha arraigado en la raza anglosajona (1).

(1) En los países latinos, los maestros elementales, en su mayoría ateos, favorecen la propaganda del materialismo, que desgraciadamente forma parte del credo socialista. En Inglaterra, por el contrario, el ateo es muy

He aquí un esbozo del tipo de escuela que se prefiere en aquellos países. Algunos Institutos lo han realizado más o menos perfectamente; mas todos propenden hacia él, sin excluir las Universidades, y entre éstas, las celebérrimas de Oxford y Cambridge.

Otro tanto cabe aseverar de los anglosajones de América.

Bourget dice (1) que en los Estados Unidos todo se comprende y explica como un inmenso acto de fe de aquella nación en el benéfico valor social de la energía individual abandonada libremente a sí misma. Vese a señoras sexagenarias que acuden a las escuelas superiores de niñas a *completar sus propios estudios*, sin que ninguna de las jóvenes alumnas se extrañe por ello; ni sonrisas burlonas, ni murmullos, lo que, a no dudarlo, ocurriría en Francia... y entre nosotros. En América, libertad completa para todas las edades, para ambos sexos.

El verdadero individualismo reconoce a la mujer todos los derechos sociales. Empero tal concesión no ha derivado en los Estados Unidos de ninguna exigencia del socialismo. Desde largo tiempo atrás, la mujer no es considerada allí desde el exclusivo punto de vista en que se la tiene en los países latinos.

Nadie ignora que no existen entre los anglosajones—y tam-

---

mal visto, y ningún ateo se permitirá burlarse del sentimiento religioso del pueblo; tampoco nadie osará declararse ateo en público. Los ingleses no discuten los principios religiosos; repútanlos buenos, sean los que fueren, porque comprenden cuán difícilmente puede la moral popular fundamentarse sobre otra base, y que cuando la vida animal es reputada como fin de sí misma, ningún freno puede domeñar el egoismo que acucia al hombre a procurarse, por cualquiera medio, el placer. Tal era la sabiduría de los pueblos antiguos, de los grandes legisladores, pensadores y sociólogos de todos los tiempos, desde Moisés a Budda y Mahoma, desde Platón y Cicerón a Voltaire, siquiera estos últimos filósofos no tuviesen fe en la mitología o en los dogmas religiosos.

(1) Bourget: *Outre mer*, pág. 122, v. 2.°

poco entre los pueblos germanos—esos celos continuos, suspicaces y feroces, tan comunes entre nosotros. Con harta razón observa Guillermo Ferrero, que esta falta de celos vincúlase con un idealismo más intenso, habiendo abocado a la abolición del derecho de vida y muerte que el cónyuge o el amante traicionado conservan bárbaramente, aún entre nosotros, sobre la culpable (1).

El uxoricidio es rarísimo; cuando acaece, todos execran al autor; los jurados ingleses apresúranse a alejarle de este mundo. Un inglés habría creído soñar escuchando los aplausos tributados—y muy cierto que no por la plebe más baja—en Nápoles, a un matador de la mujer propia (2). Cuando Shakes-

---

(1) FERRERO: *L'Europa giovane*, págs. 148 y 149. Milán, 1898.

(2) En Livorno, en 22 de Setiembre de 1910, un hombre mató a su mujer y al amante de ésta. He aquí cómo un periódico narraba el suceso, en un artículo epigrafiado: *La muchedumbre aplaude al matador.*

«Justino, armado de fusil y revólver, asía aquél estrechando entre los dientes la correa. Dirige terribles palabras a los dos culpables, que, aterrorizados, habíanse puesto en pie. Después dispara un tiro contra su rival, golpeándole el cráneo y matándole. La mujer había huído, pidiendo a gritos auxilio; el marido síguela a la habitación contigua, donde, mientras voceaba y manoteaba, la da muerte, de varios disparos.

Oyendo éstos, acudió gran muchedumbre, y entre ésta el Comisario de Seguridad pública y varios agentes, que detuvieron al Justino. Este exclamó en el instante de la detención: «Ahora estoy satisfecho», repitiendo acto seguido toda la escena de la sorpresa y de la catástrofe, que narró en los mismos términos que nosotros, con voz entera y frases plenas de colorido ante la muchedumbre que le escuchaba, y que, al ser conducido a la cárcel, le saludó con un caluroso aplauso. (*Il Corriere della Sera,* 23 Setiembre 1910.)

Empero hay algo peor.

En la Audiencia de Roma fue absuelta una mujer que había apuñalado a su marido, quien la maltrataba y, a lo que parece, incitaba a la prostitución. Cierto que aquel hombre era un bribón. La mujer podía merecer muchas atenuantes; mas entre nosotros repútase justo que los ciudadanos administren particularmente la pena de muerte que el Código ha abolido. Así, el ministerio público retiró la acusación, solicitando un veredic-

peare creó su Otelo, no lo hizo nacer en ninguna región de Europa, sino en Africa.

***

Pasemos a otro aspecto de la cuestión educativa.

En los países anglosajones, a diferencia de lo que ocurre entre nosotros, cada uno estudia para abrirse camino en el mundo, por sí, sin auxilio ajeno ni pedir nada al Gobierno. Innúmeras son las obras, debidas exclusivamente a la iniciativa privada, que se proponen el perfeccionamiento mental y moral de los jóvenes, adiestrándoles en trabajos de todo género. Por ejemplo, las muchachas comienzan en la escuela de cocina para concluir en la Universidad femenina de estudios superiores.

No se acucia por medio de la *emulación* a los jóvenes para que laboren. Quizá esto sorprenda a nuestros educadores; mas parécenos justo que no se fundamente el progreso de los alumnos sobre la envidia recíproca, sino mejor sobre el sentimiento del deber. Así, en algunas escuelas de los Estados Unidos no se establecen pugilatos entre sí, ni se publica el nombre del más distinguido. Hácese, en cambio, el cotejo de cada alumno con él mismo, comparando lo que es hoy con lo que era ayer, para que de esta suerte pueda apreciar sus propios adelantos, sin creerse superior a sus compañeros (1).

No se considera el trabajo como una urgencia de la vida a la que es menester doblegarse, ni como un castigo, sino como una fuente de felicidad. El turco dice: «Mejor se está sentado que en pie; mejor acostado que sentado»; el inglés cree que vale más estar en pie que sentado. Así, solamente para

---

to absolutorio, que los jurados se apresuraron a pronunciar. Todavía pareció esto poco para la heróica hazaña de aquella mujer. Se la besó ante el mismo Tribunal y, a su salida, el pueblo exteriorizó su simpatía por... ¡a pobre viuda! (*La Tribuna*, 23 Abril, 1910.)

(1) Demoulins: *A quoi tient la supériorité de la race anglosaxonne.*

obligarse a laborar, se entrega a ciertas formas fatigosas de *sport,* sólo por el placer de vencer una dificultad; así gusta del remo, de las ascensiones alpinas, del *foot-ball,* del *cricket.* Viendo estos juegos, un viajero oriental—narra sir J. Lubbock—se quedó estupefacto al saber que los jugadores eran ricos. Y preguntó por qué no retribuían a algún indigente para que los recrease con tales ejercicios... ¡He aquí la antitesis entre Oriente y Occidente; esta antítesis, siquiera en grado más leve, existe, por desgracia, entre nosotros y los anglosajones!

***

El problema pedagógico es un extremo de la cuestión, pero no el único. La escuela, aunque fuese entre nosotros lo que es en otras partes, no sería en todo caso más que *un solo* coeficiente de la educación popular. A ésta concurren otros varios factores: las costumbres, las leyes, los ejemplos, y especialmente los ejemplos que ofrecen al pueblo las clases media y alta.

No cabe, en verdad, decir que se educa al pueblo para que aborrezca el derramamiento de sangre, cuando se le invita a ello, por el ejemplo del duelo, costumbre derivada de los bárbaros, y que el mundo clásico ignoraba. Tampoco puede aseverarse que se enseña al pueblo el respeto recíproco de las opiniones y moderación en la controversia, cuando en nuestras asambleas políticas se cambian con harta frecuencia los insultos e injurias más del arroyo—que los *reporters* se apresuran a recoger, anotar y dar a conocer al público,—los agravios de todas clases inferidos entre salvajes aullidos, algunas veces agresiones, seguidas, según los casos, de duelos, o bien de un alegre almuerzo pacificador.

Ahora bien; en Inglaterra no existe el duelo. Hace casi doce lustros que desapareció en absoluto de allí. Aquí precisa notar una observación paralela. También ha desaparecido la práctica de las injurias. ¡Suprimidas éstas, abolido el duelo!

Recordamos haber asistido en Londres a una sesión de la Cámara de los Comunes. Tratábase de cuestiones personales que habrían podido suscitar escándalos; era una sesión agitadísima; sin embargo, parecíanos estar en una sala de conversación, entre hombres correctísimos, que tan apaciblemente discutíase, y tan exquisito era el mutuo respeto de los adversarios. El arma principalmente esgrimida por éstos era sólo un fino humorismo.

***

Deseamos ver desarrollado en las clases populares el sentimiento de la justicia y la confianza en el juez; empero entretanto la administración de la justicia penal—a la que el pueblo atiende más—corre a cargo de *jurados,* sorteados, a menudo ignorantes; y permitimos que ese pueblo cuyo nivel moral pretendemos realzar, asista a los debates de las Audiencias, donde los defensores no se limitan a demandar perdón para los delitos más graves, sino que frecuentemente hacen su apología. Y a este objeto se dedican jornadas enteras, empleando el arma eficaz de la repetición, mediante la que se puede inculcar en la mente del auditorio las más absurdas ideas. Harto diversamente de lo que sucede en todos los países germanos, escandinavos y anglosajones, donde nunca se consiente invocar a la clemencia, sino solamente a la justicia; por eso los abogados cumplen su cometido en menos de una hora, y toda vista acaba en un día, o cuando más en la noche subsiguiente. En cambio, nuestros periódicos son plenos de retratos de asesinos a quienes de tal suerte se glorifica como héroes; páginas enteras de la prensa dedícanse a la descripción de horribles crímenes, con todos los detalles más atroces y repugnantes, para concluir con la noticia, no de un castigo ejemplar, sino de la absolución e inmediata liberación de los culpables (1).

(1) Nuestras Audiencias se han transformado en congresos de psicólogos que se esfuerzan por demostrar que el acto del delincuente fue fatal, porque se hallaba sugestionado, obsesionado, etc. Inquiérese en la vida anterior del reo, a veces entre sus antepasados, las causas remotas que le

En nuestras Audiencias acaecen a menudo cosas que se dirían inverosímiles. Viene a nuestra memoria que, en una ciudad del Mediodía, se vió recientemente un célebre proceso donde el acusado era un señorito que, a las altas horas de la noche, había dado muerte, desde su balcón, disparándole un tiro de fusil, a un joven que pasaba por la calle... La víctima era reo... de un sentimiento puramente platónico, exteriorizado de modo imprudente, hacia la mujer del matador. Ahora bien; el defensor dijo, en un *sublime* párrafo oratorio, que el *honor* impone obrar como había obrado aquel señorito; ¡esto es, *asesinar* con premeditación! Y añadió que son villanos quienes de otra suérte piensen. He aquí la teoría educativa, acogida con aplauso por una parte de la prensa meridional, y de cuya bondad se persuadió el pueblo hasta el punto de tributar, luego de absuelto, una entusiasta ovación a aquel hombre *tan saturado del sentimiento del honor*. Empero no bastó esto. Un sindicato de aquellos países le dirigió *un telegrama de felicitación*. El asesino se había transformado en héroe.

En otra urbe meridional, donde se ventilaba el proceso de un artista que, en el propio lecho, había matado a su mujer, el Sindicato de aquella misma ciudad adonde la causa fue enviada de nuevo *per suspicione*, formaba parte del colegio de defensa, que, sin embargo, era ya suficientemente copioso para que su acción fuese necesaria. A no dudarlo, era manifiesto que, capitaneada la defensa por los primates de la admi-

---

movieron a delinquir. Alégase como motivo de irresponsabilidad lo que no es más que un caso del determinismo universal, confundiéndose lo que explica psicológicamente el delito según una teoría filosófica, con aquello que lo excusa o perdona según los principios de la justicia penal.

Citaremos, como ejemplo de los efectos que semejantes teorías producen sobre los espíritus juveniles, las amenazas seguidas de puñaladas o disparos de revólver, de ciertos estudiantes contra sus profesores que se negaron a aprobarles en los exámenes. Estos tristes sucesos son harto recientes y no ocurrieron en una sola región, sino que se repitieron, con mayor ó menor gravedad, en toda Italia.

nistración ciudadana, acrecía extraordinariamente el favor del acusado. Casi todos los periódicos dieron a entender que un hombre, especialmente si es artista, y además comendador, hace harto bien matando a la mujer, cuando somos cansados de ella. Esto evidencia que somos más bárbaros que los orientales que, en tal caso, facultan al marido para repudiarla, no para degollarla.

Podríamos citar otros casos, entre ellos el de un uxoricida que descuartizó a su esposa, y de quien los jurados declararon ser una excelente persona. Esta vez, solamente para cambiar, el suceso ocurrió en una localidad de la alta Italia. También podríamos mencionar el caso de un concejal de una urbe bastante notable, que siendo también profesor del Liceo, enseña a los jóvenes que la sociedad no tiene el derecho de castigar, votando, como jurado, para ser consecuente, siempre a favor del reo.

Tales son harto frecuentemente los directores de la opinión pública. Ahora bien; semejantes casos de asesinos confesos, y no solamente absueltos, sino llevados en triunfo, y además aclamados, no por el populacho, sino por hombres que debieran enseñar al vulgo la ecuanimidad moral; tamaños casos nunca han sucedido, ni sucederán jamás en aquellos países que forman nuestro término de comparación. No otorgándose allí a nadie, ni por alguna razón o por cualquiera pasión, el derecho de matar a su semejante, quien alabase el crimen sería tan execrado como el homicida. Acaece alguna vez que el reo es absuelto por irresponsable a causa de enfermedad mental. Empero en tal caso, ya que nadie—conforme piensan aquellas gentes tan diversas de nosotros,—*nadie*, sea o no en su sano juicio, debe tener la libertad de matar a otro hombre, se recluye sin otro formulismo al reo en un manicomio, donde permanece de por vida, o durante largo tiempo. O asesino, o loco; no hay término medio. Tal es el sistema de los jueces anglosajones, no sólo en Inglaterra, sino también en América, donde con tanta frecuencia hemos oído hablar de corrupción

de los funcionarios. En un manicomio criminal fue encerrado Thaw, aquel millonario que, en un arrebato de pasión, asesinó a otro millonario White; han transcurrido cinco o seis años, y a pesar de sus decenas de millones, él, a la hora presente, se encuentra todavía en el manicomio.

*
* *

No hablaremos del teatro, que podría ejercer cierta eficacia educativa, ni de las comedias más vulgares. Empero también ciertos trabajos de arte debidos a los hombres de gran ingenio, ¡cuán frecuentemente son ayunos de todo sentimiento delicado, de todo lo que invite a pensar, buscándose la emoción estética sólo por los contrastes violentos de las pasiones más desenfrenadas y anormales!

Parte de la prensa inglesa ha censurado justamente la predilección por semejantes representaciones. En Inglaterra se educa muy de otra manera al pueblo. También hay teatros para él. La gran Asociación *Primrose league*, que cuenta más de tres millones de socios efectivos, ofrece, entre otras muchas amenidades, diversiones populares y representaciones teatrales... aunque harto diversas de las nuestras (1).

*
* *

(1) Nada se hace en Italia para proporcionar al pueblo otras diversiones que la taberna, y corregirle de sus costumbres escandalosas y molestas. Es curioso notar que la alegría latina es en absoluto exterior: particularmente el italiano no descubre a menudo su buen humor en el rostro sonriente o en la broma inofensiva y bonachona. La alegría *específica* latina no tiene más expresión que gritar o cantar desaforadamente, casi por necesidad de aturdimiento. Para nada se tiene en cuenta la molestia que se causa al prójimo aun en las horas del descanso nocturno. Hay una ley que prohibe vocear, cantar o producir otros ruidos después de las once de la noche, pero no se cumple esta disposición. Intentar imponer su cumplimiento, puede costar muy caro a los agentes del orden; primero, burlas e insultos, y, en caso de insistir, golpes y también—como ha ocurrido más de una vez—puñaladas.

Finalmente, es desagradable decirlo, mas no debemos disimularlo: la legislación, en Italia, en vez de proponerse mejorar moralmente la población, obra en el sentido opuesto, absolutamente opuesto. No sólo nada hacemos para combatir la plaga del alcoholismo, sino que parece que hacemos todo lo posible por agravar sus desastrosos efectos. Pensamos que en ningún país gozan de tanta libertad las tabernas. Su número acrece de día en día: bajo la forma de lotería, *bar, buvette,* despacho de licores, trafican unas junto a otras. Y, sin embargo, todas son tan escuelas de la vagancia y de la degeneración como la taberna, que consume la mayor parte de los jornales, y cuyos continuos aumentos, logrados con tanto esfuerzo y tanta lucha, en casi nada benefician al trabajador. Ellas aléjanle de la familia, que permanece eternamente en la miseria; ellas son los medios que favorecen la propagación del alcoholismo, con todas las enfermedades que integran su siniestro cortejo; ellas

---

La blasfemia y las palabras sucias matizan indefectiblemente todos los discursos callejeros y aun los de los jóvenes estudiantes, especialmente en los momentos de excitación o de simple júbilo.

De igual suerte que el italiano casi nunca se halla en calma, porque en él se suceden el excesivo mal humor y la alegría desenfrenada, así en ambos estados del ánimo, la blasfemia y el lenguaje soez son sus manifestaciones predilectas.

Las dos ideas de «diversión» y «estrépito» vincúlanse tan íntimamente en el espíritu de los meridionales, de los latinos en general, que la palabra con que expresamos aquélla, nos sirve también para indicar este:—«*Hagamos ruido*»—«esto *se hace para alborotar*», valen tanto como decir: «Divirtámonos»—«esto se hace por diversión».

He aquí asimismo un carácter infantil, un signo de desarrollo incompleto. Entre nosotros, el canto de una alegre caravana, no es más que un aullar colectivo, un concierto infernal de disonancias, donde frecuentemente predominan las notas bufas y autocaricaturescas—harto diverso del canto a coro do los tudescos, que es siempre metódico y con él se procura producir una armonía deleitosa, expresión de un estado de ánimo, un sentimiento de leticia, de melancolía o de dolor.

El vandalismo es otra manifestación de la alegría latina; obsérvase

son, por último, los antros donde frecuentemente suscítanse las pendencias que, ventiladas en el arroyo, acaban en el homicidio.

Nadie lo ignoraba. Entretanto, se promulgó una nueva ley que debía ser beneficiosa, porque garantizaba a los obreros un día de descanso semanal. Empero, ¿quién lo creyera? ¡Esta ley, que impone la clausura de todas las oficinas y de todos los negocios, admite una excepción, *casi única,* a favor de la taberna! De esta suerte, *la misma ley* impulsa hacia el vicio al trabajador; porque, forzado éste a vacar durante un día entero, y no teniendo ocupaciones intelectuales, ni posibilidad de otros recreos, acude naturalmente a la taberna, que la amorosa solicitud de la autoridad le hace encontrar a dos pasos de su casa. Así, además del vicio obligatorio, siempre en nombre de la libertad, disfruta también de la taberna obligatoria. No obstan-

---

principalmente en los niños, y a menudo estimulase, o cuando menos, se tolera por sus padres o amigos adultos.

Citemos un suceso acaecido en Venecia. Una señora rusa, establecida desde hacía largo tiempo en esta ciudad, había instalado en el fondo del jardín de su propia casa un estudio de escultura. Una puerta de este estudio daba a una calle. Cierto día, abrióse violentamente, irrumpiendo en la estancia una turba de muchachuelos, que comenzaron a destrozar y derribar en tierra los modelos en yeso y barro cocido, rompiendo los cobertores de los cofres, en una palabra, devastando el estudio.

Acudiendo la señora, sorprendió todavía a los chiquillos en su bárbara hazaña, y delante de la puerta, muchos hombres y mujeres que, riendo, contemplaban la escena. A las quejas de la artista, que veía tan selváticamente destruídas sus obras, aquellas personas sólo respondieron disculpando a los niños que habían querido divertirse.

Muy cierto que tampoco faltarán en los países germanos y anglosajones, pequeños de instintos vandálicos, pero indudablemente no habráu de tolerárselos ni aprobárselos sus educadores.

En una nación como la nuestra, donde falta en la mayor parte de las familias del pueblo bajo todo principio de educación civil, el educador público debe inculcar incesantemente a sus alumnos el respeto de la propiedad y la aversión del hurto. ¿Cuántos maestros elementales lo verifican? ¿Qué ministro de Instrucción Pública ha pensado nunca en ello?

te, en otros países, no menos fervorosos de la libertad que nosotros, prohíbese en los días festivos la venta de todo género de licores: hosterías, tabernas, *buvettes,* cierran con todo rigor sus puertas; *esto debe ser así desde las doce de la noche del día anterior:* y nótese, *en los días de elecciones igualmente,* porque se pretende que los sufragios sean emitidos por personas conscientes, no embrutecidas por el vino o el alcohol.

En muchos Estados de la Unión americana, una legislación rigorosa veda *en absoluto* la venta de licores. Permítasenos exclamar aquí otra vez: ¡Bendita severidad! ¡Bendito rigor! De una parte estas leyes, y de otra la Asociación de Temperancia — de que tanto se han burlado en Francia... y por imitación en Italia; empero harto sabido es que la risa siempre se halla a flor de labios de...;—la Sociedad de Temperancia, pues, juntamente con las leyes prohibitivas y de castigo, han logrado el magnífico resultado de preservar aquellas poblaciones de la plaga del alcoholismo.

¿Deberemos recordar las recientes leyes inglesas que infligen severas penas a quien lleve a una taberna a un joven, así como al tabernero que no le haga salir inmediatamente a la calle?

*
* *

Afirmamos antes que, de igual suerte que los ingleses han sabido modificarse radicalmente, también los italianos podrían verificarlo. Ello radica principalmente en los métodos educativos, secundados por una buena legislación, aplicada con severidad. Esto es muy cierto, mas importa no olvidar que tales métodos sólo son una manifestación de los caracteres de la raza, porque éstos hacen posibles algunos métodos e imposibles otros. En este punto, fuerza es moverse en un círculo vicioso.

Mas, ya que no solucionemos rotundamente la cuestión, discutámosla a lo menos. Aunque ciertos métodos son espontáneos en una raza, esto no significa que sean *imposibles* en

otra parte. En otra raza, serán menos espontáneos: he aquí todo. Serán en principio descentrados, hasta se los impugnará; habrán menester largo plazo para la adaptación; pero, al fin y al cabo, ésta será un hecho, si los esfuerzos son constantes y bien encauzados.

Ya tenemos testimonio de ello; no cabe negar ciertos progresos realizados en alguna región de Italia. A la hora de ahora hase acortado en algo la distancia que nos separa de las naciones que marchan a la vanguardia de la civilización. No lo decimos por no cerrar este estudio con cierta impresión desagradable, sino porque esos progresos son indubitables. Precisa reconocer singularmente que han surgido de la nobilísima iniciativa privada copiosas instituciones para difundir la civilización entre aquellas capas sociales que todavía no la han saludado.

En días no muy lejanos de nosotros, apenas existían en Italia otros comités que los *electorales* y los organizadores de las fiestas *carnavalescas,* con los que imaginábase prestar al pueblo un gran bien físico, imponiéndole las jornadas de esta diversión. Por suerte nuestra, hoy tales corporaciones han desaparecido, o son en inminente ruina. Confiamos, pues, que en toda la nación italiana desaparecerá por siempre y se olvidará el injurioso epíteto de *nacion carnavalesca,* que no merecemos desde hace largo tiempo, porque nuestro pueblo trabaja tanto como el que más, y muchas artes é industrias progresan incesantemente, a la par que las geniales intuiciones de nuestros sabios, especialmente en las ciencias físicas, prosiguen abocando a maravillosos inventos.

De otra parte, hoy contamos con asociaciones para la represión de la mendicidad, con leyes contra el alcoholismo, contra el duelo; las tenemos para la educación moral de los niños, asistencia de las jóvenes en peligro, tutela de los pequeños delincuentes condenados con suspensión de la pena. Empero los medios de cada una de estas asociaciones son escasos, y poco de acuerdo con sus fines comunes. Nosotros abogaríamos por

la fusión de todas estas leyes y corporaciones *en una sola gran institución nacional,* que podría vivir exuberante vida económica y adquirir mucha importancia. Esta magna, única y opulenta asociación sería la más competente para iniciar la reforma de la escuela en el sentido que hemos indicado, y establecer la primera escuela modelo bajo el tipo expuesto;—para exigir la supresión de los espectáculos inmorales (incluyendo entre ellos las *vistas* de los Tribunales);—para sostener teatros populares, donde las masas fueran perdiendo la costumbre grosera de las manifestaciones estrepitosas de desagrado, y, en general, de todo acto de ostentación frenético y prolongado. La misma asociación podría tener periódicos propios, donde no se leyera la crónica de sucesos pornográficos, crímenes, suicidios y procesos célebres; podría abrir salas de lectura para los obreros, y centros de recreo que sustituyeran a las tabernas y expendedurías de licores, cuya reducción numérica, y clausura en los días festivos, conviene perseguir a todo trance.

Creemos, en verdad, que, a disponer en Italia de algo análogo a la institución inglesa *Primrose league,* sin tendencia política alguna, la obra educadora sería muy mucho más amplia y eficaz, pudiendo entonces confiarse en un más rápido progreso moral e intelectual de nuestro pueblo.

Rafael Garofalo

LA AMÉRICA MODERNA

La revisión histórica de la emancipación americana. Momentos determinantes de la emancipación colonial. Antecedentes coloniales de Norte América. La intransigencia y la sed de oro. De los cuáqueros a los alemanes de hoy, pasando por los boers. Rehabilitación de la colonización española por un uruguayo. Separación de Norte América a pesar del derecho liberal de Inglaterra. Tendencias de gravedad política como determinantes de la emancipación colonial. El conservatismo norteamericano y el liberalismo inglés.—Independencia de la América española. Sus causas. Los monárquicos y los caudillos de América.—Los valores en la Historia.

Hace un año, pude observar una vez más las exageraciones a que conducen los prejuicios históricos; pero de manera tan estridente se mostraban éstos, que conviene aducir el caso como ejemplo. Me encontraba en Bruselas. Ante un agregado de la Legación de Méjico, que había estudiado la carrera de Derecho en España, y acompañado de varios pensionados españoles, me esforzaba por hacer comprender a un Oficial del ejército belga, que en España no se fusilaba a los profesores racionalistas, y en prueba de ello, le enseñaba mi cabeza reciamente asentada en los hombros, en perfecto estado de salud y asegurada por muchos días, a pesar de haber cavilado no pocas veces, en la cátedra y fuera de ella, en la investigación libre. Y es que para aquel belga no conocía trecho histórico alguno entre el español de los Felipes y el del siglo XX. Como notábamos el apartamiento de un joven mejicano, hubimos de preguntar la causa a nuestro amigo el agregado. La causa era, sencillamente, que el joven mejicano no había conocido jamás a los españoles; para él no había más que los *gachupi-*

nes de la guerra de la Independencia. El prejuicio duró poco; bastaron cuatro días y unos cuantos diálogos para que el hosco mejicano fuese nuestro mejor camarada.

Todo esto se puede hacer individualmente, pero en contados y aislados casos. La rectificación de los prejuicios históricos que conducen hasta contener los nobles impulsos de la simpatía humana, ¿cómo realizarla cuando aquéllos se han extendido sobre millones de cabezas? ¿Cómo hacer pasar la visión de la España de hoy ante la Europa que apenas nos conoce y la América actual? ¿Cómo hacer llegar la revisión histórica de una época mal comprendida a los conscientes e inconscientes de la vida actual?

En la historia de la emancipación americana el prejuicio se ha extendido de Norte a Sur del continente colombino, con singular olvido de la inducción realista histórica. Se ha repetido una vez más el caso de la interpretación hecha por el vencedor. Si la historia de Roma la hubiesen hecho los cartagineses vencedores, la fe púnica no habría pasado a la Historia como marca infamante, sino como timbre de nobleza de un pueblo. Afortunadamente, la reacción contra los narradores que han sembrado de errores las páginas de emancipación americana, se acentúa cada vez más. Ahí está, como ejemplo de gran valía, el libro del gran escritor uruguayo Luis Alberto de Herrera, sobre *La Revolución francesa y la América del Sur*. El profesor de la Universidad de Montevideo, Sebastián G. Etchebarne, le ha vertido al francés, dado el valor que para la historia americana encierra, a pesar de ser una aguda crítica del pensamiento político francés (1).

Lo más notable de este trabajo es que, a medida que se avanza en su estudio, se va desvaneciendo el fantasma de la tiranía metropolítica de Europa, y se reduce a sus propias proporciones morales la vida colonial americana.

---

(1) *La Revolution française et l'Amerique du Sud*. Paris, 1912.—B. Grasset, Éditeur.

Yo he encontrado nuevamente en tal estudio la confirmación de algunas afirmaciones mías respecto de los momentos determinantes de la emancipación de las colonias.

Norte América gozaba de amplias libertades siendo colonia de Inglaterra, y sin embargo, se emancipó de la metrópoli; Sur América estaba sometida a un régimen de asimilación estricta siendo colonia de España, y se emancipó de la metrópoli también. ¿No induce esto a conjeturar que no es precisamente la posición de mayor o menor libertad de la colonia respecto de la metrópoli lo que determina el movimiento separatista colonial?

Norte América, una vez emancipada, se dió leyes menos liberales que las de su antigua metrópoli; Sur América cayó bajo la acción asoladora del caudillaje después de conquistar su independencia. ¿Puede afirmarse ante estos hechos que el espíritu liberal fuese más fuerte en las colonias que en las respectivas metrópolis?

He aquí un conjunto de hechos confirmatorios de las anteriores afirmaciones, que invitan a pensar detenidamente las cuestiones que suscitan e imponen, a su vez, la revisión crítica del período histórico de la emancipación americana.

El uruguayo Alberto de Herrera afirma terminantemente que es un error el contraponer diametralmente, como se ha hecho por los superficiales y apasionados, Norte América y Sur América, presentando como espejo de libertades al Norte durante la época colonial, y como negación de las mismas al Sur: es decir, el liberalismo anglo-sajón contra el conservatismo español. Las muestras objetivas de tal error son las siguientes, entre otras:

Por una ley de Massáchusets, «todo aquel que gozando de buena salud, y que sin razón suficiente omitiese, durante tres meses, rendir a Dios un culto público, será condenado a pagar una multa de 10 chelines». Esto, vale tanto como hacer obligatoria la oración. A un muezín no se le habría ocurrido cosa mejor ni más despótica.

Sigamos. «La Virginia—escribe Tocqueville—recibió la primera colonia inglesa. Los emigrantes llegaron en 1607. Durante esta época, *Europa* estaba aún dominada singularmente por la creencia de que las minas de oro y de plata fundan la riqueza de los pueblos; idea funesta que ha empobrecido más las naciones europeas que la aceptaron, y ha destruído más hombres en América que la guerra y todas las malas leyes juntas. Por esto se enviaron a Virginia buscadores de oro, gentes sin recursos y de mala conducta, cuyo espíritu turbulento e inquieto maleó la infancia de la colonia e hizo inciertos sus progresos. Después llegaron los industriales y los cultivadores, raza más moral y más tranquila, pero que no aventajaba por ningún lado el nivel de las clases inferiores de Inglaterra. *Ningún pensamiento noble, ningún cálculo inmaterial presidió la fundación de los nuevos establecimientos.* La colonia, apenas creada, implantó la esclavitud. Este fue el hecho capital en el Norte que había de ejercer una influencia inmensa sobre el carácter, las leyes y el porvenir total del Sur» (1).

Quedamos, pues, en que la sed de oro, de que tanto uso, como reproche, han hecho los escritores a lo Julio Huret, contra los españoles, era una sed general en Europa, que enviaba a sus hombres, no ciertamente escogidos, a que se aplacasen en América. Ciertamente que el sistema colonial, el monopolio del comercio de las colonias por la metrópoli y el distinto trato que aquéllas recibían por parte y a favor de ésta, tenía que ser bastante acentuado en metrópolis que, como la española, no poseían un poder naval grande. Inglaterra podía mostrarse más expansiva, pero sólo en apariencia, porque de hecho el monopolio de la navegación estaba en sus manos. Inglaterra, se ha dicho, no ha defendido nada que pudiese perjudicarle, a pesar de sus aparentes concesiones al librecambio. No obstante, no hay que olvidar el fiero proteccionismo de 1750, cuando los propietarios ingleses se unieron a los curtidores para impedir

(1) Tocqueville: *De la Démocratie en Amerique.*

la importación de hierro en barras de las colonias, favoreciendo así el consumo de maderas; amén de otras cosas.

Continuemos. «Los indios—escribe Allier—habían vivido en aquellas tierras durante largos siglos. Podían considerarse como propietarios del suelo. Los europeos se creyeron en el derecho de poderles despojar por la violencia. Los españoles no conocieron otro procedimiento. *Los puritanos ingleses le adoptaron, y al vivir continuamente en guerra con los indígenas comprometieron su religión con más de un acto de pérfida barbarie*» (1).

El lector no habrá olvidado que estos puritanos son los casi legendarios tripulantes de la *Flor de Mayo*, los de la Biblia bajo el brazo, los humanitarios, etc., etc., los que en varias ocasiones dejaron tamañitas las proezas del antiguo porquerizo Pizarro, no obstante la odisea cuáquera en holocausto de la libertad. Tal vez cogiendo cualquier periódico alemán de hoy, se encontrarían descripciones horripilantes de los administradores coloniales del Imperio. ¡Y esto en el siglo xx!

No digamos nada de los boers, los legendarios boers, que envenenaban las fuentes en Sur Africa para librarse de indígenas.

Una muestra más: «Jamás la intolerancia religiosa y las diferencias sociales—dice Van Dyke desde la Sorbona—han sido más exageradas que en Nueva Inglaterra y en Virginia. En las colonias del centro, como Nueva York, la Pensylvania y el Delaware, en donde la proporción de los colonos holandeses, franceses y alemanes era mayor, prevalecía un espíritu mucho más tolerante y más liberal. *A pesar de todo, hay que reconocer que, al principio, en ninguna parte de América, el espíritu de confianza en sí mismo fue realmente unido a este complemento necesario: el espíritu de equidad*» (2).

Alberto de Herrera hace una observación que no debe ol-

(1) Allier: *Morales et Religions.*
(2) Van Dyke: *Le Génie de l'Amerique.*

vidarse en la Historia colonial comparada. La formación política, viene a decir, de Inglaterra se reflejó lógicamente en sus colonias, como la de España en las suyas. No tenía España un criterio político fundamentalmente distinto para la Península del que aplicaba a las colonias; el mismo espíritu dominaba en las colonias que en la metrópoli; no había un régimen de excepción.

Alberto de Herrera justifica sus investigaciones, diciendo que no desea «aparecer como solidario de esos juicios radicales y de un simplismo muy cómodo, que nos presentan como opuestas las civilizaciones iniciales de las dos Américas: luminosa e impecable, la primera; la otra, vergonzosamente despótica».

Veamos ahora los antecedentes políticos coloniales de Norte América como colonia, para explicarnos bien las causas de la emancipación, en las cuales el espíritu liberal colonial no ha jugado un papel tan decisivo como se cree por parte de muchos.

Que no era la falta de libertades en las colonias americanas del Norte lo que empujaba al separatismo, lo dice el mismo Van Dyke:

«Nuestra revolución, para hablar filosóficamente y con exactitud, no fue en realidad lo que se llama una revolución. *Fue una resistencia.* No se trataba de conquistar derechos nuevos, sino de defender los antiguos. Las reivindicaciones de Wáshington, Adams, Franklin, Jefferson, Jay, Schuyler, Witherspoon y sus colaboradores, conducían a las libertades cuyo espíritu los reyes de Inglaterra habían establecido en las colonias, y que el parlamento se esforzaba en hacer desaparecer. Estas libertades, pensaban los americanos que les pertenecían, no solamente por derecho natural, sino también por derecho de tradición» (1). M. Ribot añade: «América ha tenido la suerte de no haber sufrido ninguna revolución, por-

(1) Van Dyke: *Le Génie de l'Amerique.*

que la Revolución de 1776, hecha a nombre de la independencia de las colonias, *no ha sido un rompimiento con el pasado.*»

«Resulta de todos estos documentos—dice Tocqueville—que los principios de gobierno representativo y las formas exteriores de la libertad política fueron introducidos en todas las colonias desde su nacimiento. Estos principios habían alcanzado más desarrollo en el Norte que en el Sur, pero existían por doquier.»

Entre lo más enraizado en Norte América, se encontraba la libertad de reunión, de asociación, de cultos, de prensa, el jurado, la inviolabilidad del domicilio y el derecho de propiedad privada. «Hoy mismo—escribe Alberto de Herrera—la América del Sur no goza aún de esos beneficios públicos. A cada instánte se ve poner en práctica las más arbitrarias medidas contra la prensa, el ejercicio del culto, la libertad de reunión y de asociación, desconocer la inviolabilidad del domicilio privado y violar el suelo del adversario por leyes de confiscación contrarias a todo principio honrado.» Todo esto confirma dos convicciones que se van formando rigurosamente cuando con serenidad de espíritu se investiga la historia de América: en primer lugar, que el separatismo americano fue un movimiento liberal en el Norte; en segundo, que en el Sur no hay un espíritu liberal superior al de la antigua metrópoli europea. Un siglo antes de la independencia de los hoy Estados Unidos, el Gobernador de Nueva York escribía a su jefe metropolítico: «Las leyes de Inglaterra no tienen efecto alguno en esta colonia; ella pretende ser un Estado libre.» «Las colonias—escribe Van Dyke—batían moneda, sancionaban leyes y constituciones, levantaban tropas, construían caminos, fundaban escuelas y universidades, decretaban impuestos, desenvolvían el comercio, y esto no sin violar o eludir en gran escala las leyes marítimas de Inglaterra» (1).

No fue, pues, la tiranía inglesa la causa de la emancipa-

(1) Van Dyke: *Le Génie de l'Amerique.*

ción de las colonias; fue más bien la fuerza propia de las colonias, que habiendo llegado a ese grado de madurez que se traduce en la plenitud de energías propias de toda personalidad bien constituída, gravitan en torno de un nuevo sistema de vida, cuyo centro es el propio cuerpo y el propio espíritu. Se trata de un fenómeno social, colectivo, de la misma índole que la emancipación individual con la plenitud de derechos correspondientes a la plenitud vital que trae también la capacidad moral. El abate Pradt lo expresó gráficamente, al envolver en una representación fisiológica la evolución colonial, en su obra sobre *Las tres edades de las colonias*. Alberto de Herrera coincide en estos juicios al examinar la independencia de Norte América: «Una vez que el nuevo organismo social del Norte fue constituído sobre el derecho, su advenimiento a la mayor edad no hubo de provocar grandes desgarrones. Era un estado de juventud que iba a su madurez a paso firme y natural, ensayándose por entero en el uso de sus facultades viriles.» «La declaración de la Independencia no creó—ni intentó crear—un nuevo estado de cosas. Reconoció simplemente un estado de cosas ya existente. La Independencia declaró que las colonias unidas son (y tienen el derecho de ser) Estados libres e independientes» (1). «Estas colonias tenían de la Corona—escribe Boutmy—*libertades tan amplias, que renunciaron a elaborar un nuevo texto y resolvieron continuar viviendo sobre sus antiguas Castas*» (2).

Después de la emancipación de Norte América, se realizó algo muy significativo, que equivalía a una rectificación del espíritu liberal inglés. Tratadistas de tanto prestigio como Sumner Maine y Boutmy, lo dicen claramente. Boutmy, al examinar la Constitución federal de los Estados Unidos (3), saca como impresión primera, que es la organización menos

(1) Van Dyke: *Le Génie de l'Amerique.*
(2) Boutmy: *Études de droit constitutionnel.*
(3) Ibid. op. cit.

democrática posible de una democracia. Ciertamente que las circunstancias por que se atravesaba a tiempo de su formación eran inquietantes, pues no todos se veían libres del pesimismo que siguió a la proclamación de la Independencia. Sumner Maine llega a elogiar el espíritu represivo de la Asamblea Constituyente, considerándole como «hábil aplicación de un freno a las impulsiones populares» (1).

Se trasluce el conservatismo norteamericano en la composición del Senado, en sus facultades y en el procedimiento de su elección de dos grados, en el número de sus senadores, igual para todos los Estados grandes o pequeños; en la elección del Presidente, representante de la mayoría de los Estados, medidos todos por el mismo rasero, que llega a equiparar el voto de los delegados de New-York con su capital y sus millones de habitantes, con el de cualquier Estado despoblado del Far-West; el sufragio en los Estados Unidos está además sujeto a severas limitaciones impuestas por el Gobierno de fracción territorial...

Después de este examen, ¿no es lícito dudar del espíritu de libertad como determinante de la emancipación de Norte América? De intento he prescindido del parecer de comentaristas españoles, y he buscado en las fuentes francesas, inglesas y suramericanas el material necesario para corroborar la afirmación que en varias ocasiones he hecho a propósito de las emancipaciones coloniales, a saber: son más bien efectos de gravedad política los que empujan a las colonias a separarse de la metrópoli, que reacciones contra la falta de facultades autonómicas y tendencias a introducir instituciones liberales en su vida política interior.

Respecto de Sur América, encontramos también la misma conclusión.

Se ha querido juzgar la separación de la América española como un efecto de la penetración de las ideas de la Revolución

(1) Sumner Maine: *Popular Government.*

francesa en las colonias. Ante tal afirmación, parece que se trata de una revolución realizada por un pueblo de sentimientos liberales y progresivos, imbuído en las ideas del derecho nuevo, que reacciona contra el dominador de la conquista y la colonización, atávico y fanático. Esto es un grave error. Las ideas revolucionarias llegaron a América como llegan las noticias de muchas cosas; pero no determinaron la formación de un estado de conciencia colectiva que empujase a la separación. Lo que en 1912 no se ha realizado todavía en América (y ahí está el testimonio de Alberto de Herrera), no hay que darlo por hecho en 1910.

García Calderón, en su libro sobre *Les Démocraties latines de l'Amerique* (1), señala en la Enciclopedia el origen de las inquietudes americanas. En apoyo de su opinión, cita los siguientes hechos: que Bolívar había leído el *Contrato social*, y le legó a un amigo suyo; que el precursor de la Independencia colombiana, Antonio Naviño, tradujo en 1794 los *Derechos del hombre;* que Belgrano tradujo la *Farawell Adress*, y... nada más; esta fue toda la literatura que se llevó a América, cuya virtualidad llega a potenciar, de manera inaudita, el Sr. García Calderón. Las relaciones de algunos americanos con los revolucionarios franceses y los separatistas norteamericanos, no fueron las suficientes para llegar a la conclusión de que nos habla dicho escritor.

La difusión de ideas nuevas en una sociedad no se realiza con la noticia simplemente, ni con el ojeo de los *diletantti*, por cuyas manos pasan los libros sin dejar apenas huella. Revolución no la hubo en la América española, de cuyo seno brotó el «caudillismo» apenas emancipada, caudillismo que constituye la negación completa del espíritu liberal. Puede decirse que una idea gana una conciencia social, no cuando cae un libro en manos de un hombre entre millones de hombres, como cae un aerolito en la tierra, sino cuando la idea encarna y reper-

(1) París, 1912.

cute en todos los órdenes de la vida. En el cuadro cuidadísimo que traza Anatole France en su última novela *Les dieux ont soif*, no solamente aparece la sociedad conmovida por el sentimiento revolucionario, con sus extravagancias y serenidades, sino también la conciencia reflexiva, que llega, con la filosofía y el derecho, a producir un arte nuevo. ¿Es este el caso de la América española? ¡Ni aun el de España en sus momentos de transformación constitucional.

El movimiento constitucional español que columbró en las Cortes de Cádiz, no olvidó a las colonias americanas. La Junta Suprema de España declaró en 1809: «Considerando que las provincias americanas no eran colonias como las de otros países, sino parte integrante de la monarquía», declaró, a nombre del rey, que debían tener representación directa e inmediata en las Cortes españolas. En 1810, la Regencia declara ante las colonias de América: «Vuestra suerte no depende ni de los ministros ni de los virreyes, ni de los gobernadores: está en vuestras manos.» Un espíritu revolucionario, en el sentido político de la palabra, se hubiera satisfecho con tal orientación de la política española; se abría un camino de amplios horizontes... pero tanto en Sur América como en Norte América, no se luchaba por la libertad, sino simplemente por una separación que habría de acarrear conservatismo en el Norte, anarquía en el Sur.

«El pueblo efectivo, apto, capaz de derechos y de deberes republicanos, era una simple metáfora en nuestro continente», escribe Alberto de Herrera. Una vez emancipadas las colonias, se demostró claramente la justificación de la fuerte autoridad a que estuvieron sometidas, y la necesidad de un fuerte poder para conseguir la imprescindible cohesión social, poder que fue suplido por la acción atrabiliaria de los caudillos americanos. Una masa social heterogénea, sin formación cívica, no podía vivir ni progresar sin una fuerte autoridad que fundiese los elementos dispersos y antagónicos. Razón tiene Bauza al escribir: «El vigor despótico de la autoridad unía todos estos

elementos heterogéneos, y formó un pueblo» (1). La gauchocracia de Bustos y de López, y la barbarie de Quiroga o de Ibarra, da la razón a la necesidad del tal sistema de gobierno español (2). «Libres, escribe Herrera, continuamos siendo colonos, porque no tan fácilmente es posible defenderse del medio y de sus influencias complejas. Frecuentemente se ve que los autores de nuestra raza se entregan, sin más, a hacer el proceso de los incurables errores de la dominación española, presentar a los pueblos de América vegetando en la privación de los derechos públicos más elementales, y después de todo esto, exhibir un cambio radical de decoración a partir de la independencia, atribuyendo caracteres de soberanía a las masas informes, compuestas, en su mayoría, de mestizos, que comenzaron estupefactos, y sin saber cómo, un nuevo capítulo de su historia. No, no existe benevolencia de juicio suficiente para hacer creer que se pueda pasar, por transición maravillosa, de una tutela de hierro a la libertad consciente.» La amada libertad con que soñaron los grandes y generosos caudillos, como Bolívar, no alumbró a América con la emancipación; al corazón del caudillo llegó el soplo helado del desencanto hasta hacerle exclamar que trabajar por la libertad en América era como arar en el mar.

La escasa influencia de las ideas de la Revolución francesa entre los americanos de la emancipación, se demuestra en el pensamiento político que reflejaron en la gobernación de las colonias ya independientes. Escritores como García Calderón, que atribuye tan gran influencia a la Revolución, afirma a renglón seguido (tal vez sin percatarse de la contradicción en que se envuelve), que «La *élite* americana es monárquica». Al emancipar un continente los generales y los hombres de Estado, pretenden asegurar a las nuevas naciones la estabilidad de las

(1) *Historia de la Dominación española en el Uruguay.*
(2) Véase Ayarragaray: *La anarquía argentina.*

monarquías. Itúrbide es emperador en Méjico. Los lugartenientes de Bolívar ofrecen a éste una corona: Páez le sugiere tenazmente la ambición imperial. Belgrano decía en 1816, en el Congreso de Tucumán, que la forma de gobierno mejor para las provincias argentinas era una *monarquía moderada;* muchos diputados pidieron en esta Asamblea la restauración del trono de los Incas y de su capitalidad tradicional en Cuzco: esto equivalía a la creación de una dinastía americana. Bolívar quería para Colombia y la América española monarquías constitucionales con príncipes extranjeros. Los ministros tendrían que estudiar un plan *de vigilancia o salvaguardia, de mediación o influencia, de protección o tutela*, de parte de los grandes Estados europeos respecto de la nación colombiana. Partidarios de una monarquía fueron también Flores, Sucre, Monteagudo, García del Río, Riva-Agüero, el director argentino Posadas, que deseaba establecer el orden en las provincias de La Plata *sobre bases sólidas y permanentes*; el deán Funes, los colombianos Nariño, Mosquera, Briceño Méndez...» ¿Dónde está la Revolución francesa? Si los reflexivos, si los caudillos e intelectuales de la independencia eran monárquicos, lógico y necesario es reconocer que las ideas de la Revolución no penetraron en América durante el período de la emancipación; si la República tuvo en América un origen involuntario, como escribe Alberdi, o fue traída por las masas que odiaban la Monarquía, según García Calderón, fuerza es confesar que la República en la América española fue un efecto de la gravedad de masas inconscientes, no institución implantada por los reflexivos y cultos, que eran claramente monárquicos.

También, apenas conquistado el Perú por los españoles, hubo un Almagro que soñó con la independencia, no ciertamente porque se hubiese inspirado en la Revolución francesa, que, si no miente la Historia, se produjo siglos más tarde. Pero es tal el deseo de elevar cosas y actos que no pueden ser elevados, que tal vez algún escritor nos descubrirá (para darle al separatismo una ideología que no siempre ofrece, y de paso un

pellizco a la piel española) a Almagro como precursor del reformismo revolucionario francés.

Lo que las colonias tomaron de la Revolución francesa, fue sólo parte del vocabulario y, a falta de espontaneidad espiritual, pues no podía producirse entonces, el plagio de algunos dogmas revolucionarios y leyes nuevas. El espíritu, ¡ay! se quedó en la cuna revolucionaria. Reflexione el lector: «Las colonias españolas del Norte, Centro y Sur América—dice Sumner Maine—se sublevaron y fundaron repúblicas, en las cuales los crímenes y desórdenes de la República francesa fueron repetidos en caricatura. Las repúblicas latino-americanas fueron *vis á vis* de la francesa, lo que Hébert y Anacharsis Clootz fueron *vis á vis* de Danton y de Robespierre» (1). Alberto de Herrera, el sincero tratadista uruguayo, afirma, después de examinar copioso material histórico: «Conviene acentuar bien *que sin una autoridad de hierro, inconmovible, ninguna ley constitucional* era capaz de apartar del abismo a los suramericanos, incapaces de organizar su democracia. Ni la sabiduría práctica de las leyes sajonas conjuró el peligro. Bien lo demuestra la *débâcle* política de Colombia, de Venezuela, de Méjico y de la Argentina, organizadas bajo la forma federal.» Tocqueville dice lo siguiente sobre el el mismo tema:

«Los habitantes de Méjico que querían establecer el sistema federativo, tomaron por modelo y copiaron casi por entero la Constitución federal de los anglo-americanos, sus vecinos. Pero al transportar la fórmula de la ley, olvidaron transportar al mismo tiempo el espíritu que la vivificaba. Se les vió inmediatamente dar traspiés a cada momento entre las nubes de su doble gobierno. La soberanía de los Estados y la de la Unión, saltando del círculo que la Constitución les trazaba, chocaron constantemente una contra otra. Aun hoy mismo, Méjico se ve arrastrado sin cesar, de la anarquía al despotismo militar, y

(1) Sumner Maine. *Popular Gobernment.*

del despotismo militar a la anarquía» (1). Esto lo escribió Tocqueville de 1835 a 1840; hoy mismo se puede repetir, como de actualidad palpitante, el mismo juicio. Los caudillos Madero y Zapata son buena muestra de ello.

Es interminable la lista de los célebres caudillos que tiranizaron (y en muchas partes tiranizan aún) los países hispanoamericanos. El tipo representativo es Rosas.

El Juvenal argentino, Rivera Idarte, ha dejado en sus «Tablas de sangre o Efemérides» de las sanguinarias proezas de Rosas, la mejor imagen del caudillismo. El poeta argentino Mármol expresó, en versos sonoros y doloridos, la reacción contra la tiranía de Rosas:

> Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
> Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
> Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
> Para arrojarle eterna, tremenda maldición.

No fue Rosas un caso de patología política sin raíces en la conciencia social. Duró veinticinco años su dictadura; ilustres guerreros de la Independencia—escribe Alberto de Herrera—fueron solidarios del dictador; las más distinguidas damas argentinas se consideraban enaltecidas llevando en sus carrozas el retrato del tirano; la religión le prestó la hospitalidad de sus santuarios; las provincias le prestaron unánime acatamiento; millares de hombres se sacrificaron voluntariamente en defensa suya; las clases inferiores se inclinaban de su lado. Si Rosas no hubiese surgido, habría aparecido otro igual para reemplazarle—escribe Ayarragaray. Una gran batuda de tiranos que saltan unos sobre los cadáveres de otros, van sucediéndose: «Este es el espectáculo que se desarrolla desde Méjico hasta el Cabo de Hornos»—dice Alberto Herrera.

¿Puede mentarse seriamente el espíritu luminoso de la Revolución al describir la independencia de la América españo-

(1) Tocquevilie, *De la Démocratie en Amerique.*

la? ¿Están justificados todos los ataques contra la llamada tiranía española?

***

España no podía dar lo increado. Reflejó su tiempo al proyectar su espíritu en América; no se le podía exigir, ni otras inspiraciones ni otros métodos, como tampoco a los países coloniales, brotados del tronco español, se les podía pedir la improvisación de un alma nueva, que sólo se forma en fuerza de sedimentaciones seculares que cristalizan en el trabajo consciente de las generaciones. Lo que algunos llaman carácter, despótico o liberal de un pueblo, no hay que interpretarlo como apreciación de un tipo psicológico inmutable, sino como una fase de la evolución social, por cuyos cauces necesariamente han de pasar las sociedades humanas. Ni tampoco se puede juzgar el carácter político de una época, aislando ésta y definiendo en la abstracción sus valores morales, cuya estimación se ha de hacer siempre, considerando en inducción rigurosa, la concatenación real que los producen. «El ideal griego del Estado—dice Schmoller,—el derecho público romano en los tiempos del Estado libre, el duro imperio de los Césares, el derecho de la Edad Media, humanizado por el Cristianismo, la Iglesia medioeval con sus instituciones, el moderno poder del Estado, el despotismo ilustrado en sus luchas contra el régimen de clases y Estados feudales, en sus esfuerzos en pro de una nueva justicia y elevada administración, las nuevas formas constitucionales con sus garantías jurídicas, los intentos de la nueva democracia por procurar a las clases bajas una situación mejor y más justa, todo esto no son más que estaciones del difícil y espinoso camino de la Humanidad para llegar a un Gobierno grande y sólido, sin demasiados abusos de clases sociales. El papel que ha desempeñado en la Historia universal el cesarismo de las monarquías hereditarias, ha sido el de establecer sólidamente los poderes del Estado mediante la policía, la burocracia y el ejército; el papel de los movi-

mientos constitucionales y democrático-republicanos, fue el de combatir a su vez los abusos de tales poderes» (1).

Cuando un escritor se dispara sin freno crítico alguno contra la llamada tiranía española, desconoce el valor histórico de la autoridad social. No se puede formar en un siglo un pueblo sobre el material inconsistente de extraños conglomerados; precisa una fuerte autoridad que les funda, y esto es tarea larga. Lo que no habría tenido justificación en Norte América, en donde los mestizos no llegaban a constituir grandes núcleos de población, era imprescindible en la América española, en donde comenzó el mestizaje apenas un conquistador pisaba el suelo. Cortés es todo un símbolo junto a la india Marina.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

(1) Schmoller: *Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre.*

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Ineptitud de observación económica de los novelistas contemporáneos.=Economía e Higiene: La alimentación popular.=Costumbres: La edad del amor en la mujer.—La muerte de la conversación.—Cuestiones jurídicas: Errores judiciales.=Impresiones y Notas: Schopenhauer y Balzac.—El *Ballo in maschera*.—La altitud y la sordera.

LITERATURA

Ineptitud de observación económica de los novelistas contemporáneos.—Ana María y Carlos Lalo hacen, en el *Mercure de France*, un estudio de la novela contemporánea desde el punto de vista del conocimiento de los hechos económico-domésticos de los autores, del que, en verdad, salen éstos bastante malparados, con todas sus pretensiones de realismo.

Si una literatura debe ser la expresión de una sociedad, el primer deber de la nuestra es, seguramente, el de representar con fidelidad las costumbres económicas del tiempo. Nada más vivo en nuestra generación que las cuestiones de dinero y, en general, los intereses profesionales; con la vida profesional, el trabajo, que es el medio, y el dinero, que es el fin, pasan al primer rango de las preocupaciones contemporáneas, y tenemos derecho a esperar de nuestros escritores, sobre todo de los que hacen de la observación elemento esencial para sus obras, que sean fieles en la exposición de los hechos observados. ¿Han cumplido esta misión? La cuestión es demasiado vasta para resolverla en unas páginas; pero puede examinarse aparte un

punto concreto del problema: la vida económica individual y familiar, pues el presupuesto doméstico de sus personajes es el que los novelistas deben ajustar con verdad o por lo menos con verosimilitud.

Cuando se trata de sumas importantes, de una renta, por ejemplo, de 50.000 francos, es difícil contrastar la distribución de los novelistas, pues lo necesario se mezcla con lo superfluo y el reparto, es, casi siempre, arbitrario. Pero en las rentas medias, los gastos de lujo están estrechamente limitados por absorber los indispensables todos los recursos: el alimento y la vivienda en un presupuesto de obrero; el vestido además y algunos gastillos de representación en un oficinista, son base necesaria de todo presupuesto modesto; puede variar poco de unos a otros, y es fácil mostrar con precisión en este terreno los desfallecimientos pasajeros en que han caído observadores superficiales. Desgraciadamente, gran número de nuestros novelistas, y sobre todo, de nuestros dramaturgos, afectan colocar a sus personajes en una situación de fortuna superior, muy conveniente para poder dejar a un lado las irritantes cuestiones de dinero que puedan estorbar el desarrollo lógico de la intriga pasional que constituye su tesis. ¿Qué pensaría el público si en el momento propicio de la escena culminante, la crisis amorosa o el adulterio tradicional, el héroe fuera a ser asaltado, como en la vida real, por las preocupaciones de dinero y los cuidados profesionales que nos rodean a todas horas? Nada de eso; seamos psicólogos, solamente psicólogos: el teatro y la novela psicológica son y deben ser únicamente conversación de salón, y sólo en el «gran mundo» puede uno ser psicólogo hasta hartarse. Por otra parte, muchos escritores, por prudencia sin duda, no citan jamás cifras precisas so pretexto de falsa delicadeza poco estimable en un siglo tan aficionado a la documentación como el nuestro. Prescindiendo, pues, de esos escritores y de los presupuestos fantásticos de los personajes del gran mundo, Lalo examina las novelas en que figuran familias de obreros o de la clase media, y hace constar que

la mayor parte de los novelistas contemporáneos preferidos por el público, han falseado la vida económica de sus personajes «por las necesidades de una tesis sistemática», «por snobismo» o «por insuficiencia de observaciones personales»; el resultado es, en todo caso, la presentación inocente de héroes paradójicos, que tan pronto hacen milagros con poco dinero, como viven en la miseria con rentas respetables.

1.° *Exageraciones por las necesidades de una tesis.*—El tipo de los observadores sistemáticos es Zola. Romántico por temperamento y realista por convicción, su labor abunda en cifras precisas, pues la novela experimental tiene que ser una colección de documentos. ¿Se trata de demostrar que una familia numerosa puede vivir y vivir bien con poco dinero? Esa es la tesis de *Fecundidad:* ahí tenemos el matrimonio Froment con cuatro hijos y una criada; siete personas viven, sin ninguna privación, con 4.200 francos. No se carece de nada; Zola nos muestra a toda la familia bebiendo con apetito la leche humeante del desayuno; cuando los niños meriendan con sus amiguitos, hay en la mesa cuatro compoteras con confituras y pasteles; no se economiza la calefacción, pues una estufa caldea el comedor, una hermosa hoguera de leña llamea en el cuarto, y otra por la noche en la sala. Nada de disgustos de dinero en el fecundo matrimonio, y apenas se habla de economizar la manteca en las tartinas, cuando llega el quinto hijo. Es verdad que, por economía, los Froment habitan en Janville, y no pagan más que 600 francos de alquiler; pero el marido, para ir al trabajo, tiene que tomar todos los días el tren, y cuando puede, el tranvía; además, almuerza en París. La mujer, siempre para sostener la tesis, tiene un hijo casi todos los años; goza de excelente salud, pero necesita una enfermera para sus partos, y entregada por completo a su función de animal reproductor, se deja adorar por su familia y no trabaja nada en la casa; la criada basta para todo, y ya se sabe que ese sistema dobla fácilmente todos los gastos de la cocina. Calculad el precio de esos viajes, de esos almuerzos fuera, de esos partos,

de esa calefacción, de esa criada entregada a sí misma, y contad lo que queda de los 4.200 francos, para el alimento y vestido de una familia numerosa. Debería ser una miseria horrible, y como no lo es, la situación de los Froment es inverosímil y está muy mal observada.

En cuanto a los Morange, que son el tipo del matrimonio maltusiano, se quejan amargamente, aunque tienen 5.000 francos para cuatro personas. Sin embargo, con 1.600 francos de alquiler, los impuestos, los vestidos de que se cuidan bastante, los 1.200 a 1.500 francos que cuesta una criada en París para su sostenimiento, sin contar sisas ni derroches, no parece que pueda quedar mucho para el alimento ni para el lujo. La señora, no obstante, halla medio de atracar de pasteles a sus invitados los días que recibe y en sus *soirées* íntimas. Después de su muerte, el marido sigue la misma marcha y consigue amasar además una dote para la hija. ¡Cuántos prodigios!

El matrimonio de artistas que nos presenta en *La Obra*, no tiene un presupuesto menos asombroso: el pintor impresionista Claudio Lantier, léase Cezanne, no comprendido del público, no consigue vender casi ninguno de sus cuadros; vive con Cristina en París, con una rentita de 1.000 francos; para sacarlos de apuros, Zola los envía a Bonnecourt, donde hallan, por la módica suma de 250 francos al año, una casa entera, en mal estado, pero amueblada, con cuatro piezas por lo menos, rodeada de un jardín tan bien poblado, que los afortunados inquilinos venden el primer año 200 francos sólo de albaricoques. El pintor vende entonces algunos cuadros; pero véase la tarifa; un marchante que había llegado a pagar por un lienzo hasta 15 francos, cree deber exigir, en compensación de aquel exceso, un estudio de langosta, quedándose Lantier con la langosta del modelo. Claudio, por principios, no compone más que inmensos lienzos invendibles, en los que no ahorra el color, lo que no deja de gravar bastante el presupuesto; pues además, aquel matrimonio ¡tiene también una criada! Verdad es que es muy tonta y que no la alojan en casa;

pero come como los demás. Encima viene un niño, y Cristina encuentra manera de hacer economías y comprar una provisión de ropa blanca. Estamos, evidentemente, en el país de los milagros económicos.

Como al segundo año no hay albaricoques, el matrimonio vuelve a París, y Cristina se resuelve a pasarse sin criada. En el nuevo alojamiento, sólo el taller, que no es más que un corredor acristalado, les cuesta 400 francos al año. En el mismo libro, Sandoz, con 150 francos mensuales, alimenta a su madre, enferma, paga a una asistenta cuatro horas de servicio y recibe a comer todas las semanas; no es lujoso, pero ocho o nueve a la mesa supone algún gasto. He aquí, como ejemplo, un *menú:* sopa de cebolla, raya con manteca negra, jigote y queso de Brie, todo para nueve personas que toman en seguida té hasta las dos de la mañana. Estas recepciones semanales han persistido hasta en las horas de miseria; y todo ¡con un presupuesto de 1.800 francos en París! La vida de provincia no está mejor tratada: la madre de Cristina vive en Clermont-Ferrand con un retiro de 600 francos y lo que saca de pintar acuarelas en abanicos, y con esos recursos halla medios de educar a su hija, dándola profesores de música y pintura, y haciendo que «lo aprenda todo, aunque no es capaz de nada».

En *París*, entre los Chretiennot, el marido sólo gana 3.000 francos, sin más recursos; el alquiler es de 700 francos; una asistenta, después de trabajar por la mañana, vuelve hacia las cuatro de la tarde para hacer la comida. La señora lleva los domingos traje de seda, y el señor está «siempre bien puesto, embutido en su levita» y pasa diariamente largas horas en un café vecino. Tienen dos hijas. Apartados los 700 francos del alquiler, apenas quedaban 200 francos mensuales. ¿Cómo arreglárselas para comer los cuatro, vestirse y hacer su papel en sociedad? Eran indispensable la levita para el señor; el traje nuevo que la señora debía tener, so pena de quedar descalificada; los zapatos que las chicas gastaban todos los meses, todas clases de gastos imposible de reducir. Se roía un plato, se pri-

vaban de vino; pero había noches en que era preciso tomar un coche, sin hablar del derroche de los niños y del abandono en que la mujer, desalentada, dejaba hundir la casa. ¡Ay! ¿No creéis que en las familias parisienses que viven con 3.000 francos para cuatro, el señor no puede estar «bien puesto» ni ir todos los días al café, ni la señora tener trajes de seda, ni salón, ni la señorita piano? Sólo la asistenta, por sus seis a siete horas de servicio, costaría 80 francos mensuales. Pero, ya lo hemos visto, estar sin criada parece a nuestros novelistas el último grado de la miseria.

Hemos tomado a Zola como tipo de la exageración optimista, y sorprendería ver en el último caso a Frapié, el especialista de los humildes y de los pequeños, y, sin embargo, no es mejor observador. En la *Figuranta*, Sulette comienza como criada en casa de los Coton. El marido gana 2.400 francos en su oficina y la mujer 600 francos con sus lecciones de piano; tienen tres hijos, un alquiler de 800 francos, una criada y un devorador deseo de figurar que satisfacen como pueden. ¿No es esto algo paradójico? En otro sitio, un capitán «sin fortuna personal», que parece tener hijos, da, entre dos períodos de ayuno, «fastuosas comidas, ofrecidas según periódicas obligaciones», y *soirées* musicales en que no se economizan los platos de pastelería; tiene su ordenanza de reglamento, y, por lujo, la indispensable criada; verdad es que los dos criados están a dieta forzosa; pues así y todo, en París, con un sueldo de capitán, todo ese superfluo es imposible.

En *La proscrita,* un matrimonio reducido a 1.600 francos anuales no puede pasarse sin criada, aunque tengan tres hijas ya mayores que podrían repartirse el trabajo, evitando el derroche. Frapié lo arregla diciendo que esos humildes se contentan con una criadita venida del campo; tienen un salón, y las tres hijas se pasan el día dibujando y pianoteando; cuando cosen, es por su gusto o para obras de caridad. Esa superstición de la criada obligada es compartida por muchos otros novelistas; hasta *Las vírgenes fuertes,* de Prevost, que han jura-

do prescindir para todo del hombre, no pueden pasarse sin criada; cuando Cristina y su padre, con lecciones y sombreros hechos en casa, llegan a ganar 5.000 francos anuales, necesitan una criada. En la misma novela, Federica, una joven Duyvecke sin fortuna, ganando apenas lo que una muchacha razonable puede necesitar en la vida usual, halla medio de enviar socorros a sus ancianos padres y de tomar parte en todas las obras caritativas; habita dos piezas de regulares dimensiones en la calle Cujas, amuebladas de madera blanca, minuciosamente lavada a la moda flamenca, e invita a sus amigas, casera incomparable, que sabe preparar por sí misma deliciosas comidas arregladas con todas las carnes humeantes del país flamenco y las sabrosas frutas cuidadas en las *serres del Norte*. ¿De dónde saca el dinero? Sería cosa de sospechar de su virtud; pero, en cuanto se casa, y con un obrero, necesita una criada, salón y piano.

Para no desalentar a nadie, cojamos en falta a un gran maestro: en la *Educación sentimental,* de Flaubert, Federico Moreau tiene 3.000 francos de renta. ¿Se creerá que está reducido a «presentarse con pobres guantes negros, azulados del borde, un sombrero grasiento y la misma levita durante un año?» En 1840, 3.000 francos equivalían, por lo menos, a 5 ó 6.000 de hoy; no es la miseria para un joven que no tiene cargas y es la posibilidad asegurada de poder llevar más de un traje al año y de renovar guantes usados.

Volviendo a Zola, no siempre es optimista en las cuestiones de dinero y hasta sabe ver las cosas en negro con tal que las necesidades de la tesis le inviten a ello. Así, en *Germinal*, se trata de mostrar la miseria de los mineros en tiempo normal, para hacer resaltar mejor el atroz espectáculo de la huelga. El eje de la novela es la familia Maheu, especie de matrimonio tipo, compuesto de diez personas, de las que cinco trabajan, y cuyo presupuesto analiza Zola con cuidado; es un documento experimental de primer orden para su tesis. Maheu, a pesar de ser «el mejor obrero de la mina», no gana más que

tres francos; verdad es que estamos a fines del segundo Imperio, y los salarios eran más bajos que hoy; pero en compensación la vida era mucho menos cara. El hijo mayor gana otro tanto; la hija y el abuelo, dos francos cada uno, y el tercer hijo, un franco; en total, reúnen 11 francos diarios. Descontando domingos y días perdidos, la mujer cuenta en definitiva con nueve francos, o sean 3.240 francos al año. La calefacción es gratuita; la casa no les cuesta más que 72 francos al año, con sus dos pisitos, tres piezas, un sótano y un jardincillo; por exigua que sea, basta para contener, además de esta numerosa familia, un huésped que paga 45 francos al mes. En cuanto al jardín, suministra *todas las legumbres*, salvo las patatas, de las que nunca hay bastante. Los Maheu beben relativamente poco, sólo algunas copas de diez céntimos después del trabajo, aparte de los extras; sus gastos de vestir son mínimos y, en conclusión, les vienen a quedar tres mil francos exclusivamente para la alimentación, y eso en plena campiña flamenca, donde las provisiones son baratas. Pues bien, aun antes de la huelga, en plena prosperidad, esa familia vive en miseria negra. ¿Qué será durante la huelga? Los diez Maheu viven miserables en su aldea del Norte, con más de tres mil francos, cuando los siete Froment viven cómodamente cerca de París con mil francos más, teniendo que pagar un suplemento de dos o tres mil francos como mínimun por calefacción, vestido, casa, médicos y viajes, y teniendo además una criada.

¿Y qué decir de los Lantier con su renta de mil francos y su criada? Arriba o abajo, por las exigencias de una tesis optimista o pesimista, la verdad de la observación queda falseada.

II. *Inexactitudes por snobismo.*—Un medio seguro de agradar al público es lisonjear sus gustos o sus pretensiones falsamente aristocráticas; basta para eso elevar uno o varios escalones a sus personajes, transportándolos a una esfera superior a la ordinaria. En tales obras todos son superhombres o subhombres, demasiado grandes o demasiado pequeños, demasia-

do ricos sobre todo. En todo lector vulgar hay siempre un advenedizo inconsciente, y como hay que pensar en las grandes tiradas, el snobismo y el bluff hacen el gasto. Desgraciadamente, estos escritores de alto estilo huyen de las cifras precisas, y es difícil cogerlos por eso en falta. Sin embargo, pueden todavía espigarse algunos ejemplos.

El *Joven pobre*, de Feuillet, no sabe nada de Agricultura, pero es honrado, y entra como hombre de negocios en una rica familia, que le da casa y comida y seis mil francos por su honrada ignorancia. ¿Qué menos necesita un seductor para no ser ridículo? El *Discípulo*, de Bourget, casi al salir del bachillerato y preparando su licenciatura, encuentra en casa del marqués de Jussat casa y sustento y un preceptorado de seis mil francos, y se trata de un marqués arruinado, obligado a alquilar su hotel para poder vivir. Naturalmente, cuando un príncipe de Habsburgo no tiene más que unos treinta mil francos de renta, Bourget le considera reducido a la pobreza, y a sus cinco hijas, con seis mil francos de renta cada una, «condenadas» a casarse miserablemente en aquel rincón perdido de la Auvernia, por falta de una verdadera dote. Pensando así, no es extraño que nos presente, por otra parte, a un desgraciado profesor libre, que anda dando lecciones desde las cinco de la mañana hasta la noche, con su sombrero de copa «tan fatigado por los resortes como raído de tela»; «lleva el pelo largo y la barba inculta, teniendo que hacer su tocado a ciegas, con el único puchero, el único jabón y el único peine del matrimonio», sin haber podido jamás realizar su sueño de pasar quince días de vacaciones a orillas del mar; sólo gracias a una lección milagrosa de una gran dama rusa, que le da treinta francos por hora, se le logra, ya tardíamente, su deseo. ¡Pobrecillo! Pero es el caso que a Bourget se le ha escapado el dar algunas cifras, y por ellas vemos que aquel paria da regularmente diez lecciones diarias a cuatro francos cada una, lo que representa doce mil francos anuales; cierto es que tiene 3.300 francos de cargas de familia, pero le quedan 8.800 para cuatro

personas. ¿A quién se hará creer que con esa suma no se pueden comprar cuatro peines y proporcionarse un par de semanas de descanso en cualquier agujerito no caro?

En *La Etapa,* Ferrand y Monneron, el creyente y el incrédulo, son dos tipos curiosos de profesores. El primero es rico por su familia, el segundo debe a su trabajo cuanto tiene. El aristocrático escritor describe, con conmiseración, la casa de 2.400 francos en que se aloja la familia del librepensador, donde están medio ahogados, con una escalera alfombrada, con falso aire de medio lujo. Se trata de un profesor de Luis el Grande, que gana de doce a trece mil francos al año, sin más que una hija y tres hijos, de los cuales uno tiene una beca de interno, y los otros dos ganan 1.800 francos cada uno. No tiene más que una criada, y las dos únicas prodigalidades que el profesor se permite son las de leer muchos periódicos y comprar de cuando en cuando un paquete de tabaco. Con este presupuesto, ¿no es asombroso que los trajes de uno de los hijos, comprados con rebaja en una casa de ropas hechas, tengan las mangas raídas, y que el color empobrecido de su rostro revele una mesa medianamente servida? Por otra parte, el pobre está reducido a beber su café sin azúcar, no por gusto, sino por economía, y tampoco puede hacer encuadernar sus libros por la misma causa. Se dirá que son minucias, pero no sería difícil deducir de estas inverosimilitudes materiales la inverosimilitud moral de los caracteres correspondientes.

Los ejemplos de este snobismo abundan, pero en un piso inferior de la literatura. Baste, para caracterizar los juicios de esta especie de escritores, la opinión de *Tomás Graindorge*, que representa los prejuicios de su casta. «En el cuarto piso, calle de Greffuhle, en casa de un jefe de Negociado, con 15.000 francos de presupuesto, el piso es como un entresuelo de alto. Entre esas gentes, las mujeres no son mujeres; no tienen manos, sino patas; aire gruñón, vulgar, un semitocado, cintas disparatadas. No se sabe por qué, pero se sienten los ojos extrañados y como manchados. Los gestos son angulosos,

la gracia falta, se sienten máquinas de trabajo, y nada más. La sociedad no puede componerse sino de gentes que, por su fortuna, están por encima de un oficio, o que, por su genio, sobresalen de la generalidad: sólo esas tienen ideas generales, los demás son obreros. Las semifortunas no tienen más que un recurso: refugiarse en la vida casera y en la virtud. «No hay más que una salvación para las gentes por bajo de veinte mil francos de renta: vivir en su casa a la ginebrina o a la inglesa, no recibir nunca, evitar toda ostentación, no ver más que dos o tres amigos, gastar en bienestar, en buenas comidas provincianas, en buena ropa blanca el dinero de los bailes y de los teatros; si no, está uno fastidiado y es ridículo.» ¡Y que esto lo diga un gran historiador!

IV. *Ilusiones por insuficiencia de observaciones personales.* Este es el caso de multitud de escritores que pintan un medio social en que nunca han vivido, o del que han salido demasiado jóvenes, o que vencen los prejuicios que les impone el medio en que viven actualmente.

No son snobs; los pobres les inspiran mayor interés, pero es más difícil de lo que se cree el pintar exactamente la pobreza cuando nunca se ha visto uno en sus apuros, cuando no se sabe realmente lo que es.

En *Bajo la carga*, los Rosny se esfuerzan en describirnos la situación miserable de una familia arruinada. El joven gana 75 francos mensuales; la joven, de 30 a 35 francos; con eso viven cuatro personas que tienen frecuentes enfermedades, y que no siempre pueden trabajar. Puede uno esperar verlos amontonados en una buhardilla y harapientos; pero tienen tres habitaciones por lo menos en el sexto piso; todos tienen trajes pobres, pero siempre limpios, y cuando se necesita hacer una operación de apendicitis se hace a domicilio, cosa algo cara para tal presupuesto, aunque el médico la hace gratis. En el mismo libro, el Dr. Saint-Claire llega a salir a flote, pero con trabajo; gana 20.000 francos anuales, pero tiene 10.800 de cargas de familia, y de los 9.200 que le quedan da 2.000 a una

de sus hermanas, 700 a otra, 500 a un amigo, sin contar los pobres a quienes da limosna de diez francos. ¿Por qué milagros consigue tener en pleno París una cocinera, un groom, un caballo y un coche?

Pablo Margueritte ha escrito *Días de prueba* con el propósito de presentar todos los apuros de un modesto matrimonio. Tras un período de derroche, en que los Mercy devoran su capitalito, se ven reducidos a 160 francos mensuales; mediana mujer de su casa, la esposa no hace nada más que bordar tapicerías, y tiene que acudir a una criada que les prepara la comidas, y como tiene mal carácter, los infelices, tienen que contentarla con regalitos. Viene un parto, y la suegra paga la nodriza, pero ésta come hasta estallar. Invitan amigos a comer y les dan ostras. De cuando en cuando se tropieza en esta novela con frases características: «Del teatro, dice la señora Mercy, que acababa de hacer un viajecito *en segunda.*» «Ella misma vivía parsimoniosamente privándose de trajes y yendo en ómnibus.» Estas citas son típicas, pero hay otras ciento de la misma clase.

Para la mayor parte de los novelistas, viajar en segunda o en ómnibus es un signo de miseria casi tan grande como el de no tener más que una sola criada. No parecen presumir, que dos millones de parisienses, por lo menos, no toman un simón sino en casos de urgencia, y que en la mayor parte de los ferrocarriles franceses, fuera de los trenes rápidos, los vagones de primera clase van casi vacíos, teniendo, además, las tres cuartas partes de sus raros viajeros los billetes gratis. Todo el mundo sabe que la generalidad del público viaja en tercera.

En *Juan Cristóbal*, obra desbordante de ternura para los humildes, Román Rolland nos pinta un estudiante, Olivier, que vive con su hermana, arruinado y sin recursos; con economías penosamente reunidas van a pasar un mes a Suíza, y tienen que contentarse con viajar... ¡en segunda clase! ¿No sabemos todos que muchos estudiantes en mejor posición viajan en tercera porque no hay cuarta? En otra obra, *En la casa*,

el matrimonio del catedrático de Instituto parisién Arnaud, de gustos sumamente modestos, se nos aparece viviendo con verdadera estrechez. La señora le compone los trajes, y ella se hace sus vestidos y sombreros. Cierto es que el señor se arruina en libros, pero es su único vicio; no pueden hacer, por falta de dinero, un viaje a Italia, que es el sueño de toda su vida. Sabido es, sin embargo, que un catedrático de Instituto gana en París unos siete mil francos, y que su presupuesto es bastante elástico, pues siempre puede si lo necesita agregar a su sueldo varios miles de francos con lecciones particulares u otros trabajos. Para un matrimonio sin hijos es una medianía muy soportable.

Otro detalle de observación corriente es el de la limosna. Cuando un hombre de posición media socorre a un mendigo en la calle, le da ordinariamente un sueldo o dos; pero en las novelas casi nunca se da menos de una moneda de plata, y es frecuente hallar el luis en manos de las personas caritativas. Estos errores de observación proceden quizá de que los hombres, bohemios a veces, mundanos otras, y frecuentemente solteros impenitentes, no entienden una palabra de cuentas caseras. Una mujer sería, sin duda, más experta en estos pormenores; así, la señora Tynaire hace vivir a sus heroínas, cuando viven solas, sin criada. Sin embargo, por hacerlas interesantes, las saca muchas veces de la realidad: una artista de *Casa del pecado*, la Manolé, retirada por economía al campo, tiene una asistenta por dos horas; cuando recibe de improviso un amigo, tiene que dejarlo para ir a la cocina. ¿Cómo? He ahí un detalle que no debiera escapársele a una mujer: «Con una mano levantaba su larga blusa de seda de china color de maíz...» No es muy apropósito esa blusa para andar en la cocina. Después de la comida, la joven se viste de ciclista, «con falda corta negra, medias de seda negra, zapatos bajos y camiseta de muselina blanca...»

Esa señora Manolé, que sufre tanto por no poder pagar unos sueldos más a su asistenta para retenerla otra hora, ¿no

podía economizar dos o tres pares de medias de seda, y tendría en el campo una criada para todo el día? Una mujer que se resigna tan animosamente a vivir con las cacerolas, no se comprende que viva con ese lujo.

En resumen: si se quiere un criterio de inexactitud para apreciar la observación de los novelistas en materia económica, nótese en cada novela la cuestión de la *criada*, la de los *ómnibus*, la de las *limosnas* y la de las *clases de ferrocarril*.

ECONOMÍA E HIGIENE

La alimentación popular.—No hay enseñanza más descuidada que la de la alimentación, que debiera ser la primera de todas. Para poner de relieve y precisar mejor los errores de la alimentación popular, Marcelo Labbé, con el profesor Landouzy y Enrique Labbé, emprendieron en 1905 una información sobre un centenar de obreros de los que acuden a la clínica médica del Hospital Laennec, interrogándolos acerca de su profesión, salario, hábitos alimenticios, gastos de vivienda, vestido, comida y bebida, y anotando las faltas cometidas contra la higiene, que eran las que casi siempre les llevaban al hospital. Marcelo Labbé publica los resultados de esta información en la *Revue Hebdomadaire*.

Casi todos esos desgraciados se alimentan mal: ni la cantidad, ni la calidad, ni la preparación de los alimentos son lo que deberían ser, y entre ellos se reclutan los cloróticos, los tuberculosos y los tifoídicos. La insuficiencia alimenticia se enlaza generalmente con la insuficiencia del salario, especialmente en las obreras; hay, sin embargo, desgraciadamente, salarios muy suficientes que el vicio o la ignorancia hacen insuficientes. De cuarenta y cinco hombres interrogados, el promedio del gasto era: para la alimentación sólida 1,15 francos diarios, y para las bebidas, 1,25; de ahí tantos enfermos del estómago y del hígado, dementes, degenerados, criminales, seres que no resisten a una pneumonía ni a la tuberculosis.

Entre las mujeres, el alcoholismo es excepcional; pero muchas, con poco apetito, buscan manjares que exciten su gusto, y gastan en ensaladas, pepinos, vinagretas y frutas ácidas, condimentos sin valor nutritivo, las pocas perras que pueden emplear en su alimentación. Otras, que ganan bastante para nutrirse bien, caen en el exceso inverso, siendo numerosas las enfermas por obesidad, asma, mal de Bright y reumatismo crónico, consecuencias todas de la sobrealimentación. Los que parecen alimentarse mejor, cometen todavía graves errores: los obreros de las ciudades abusan de la carne, que forma el plato de resistencia en todas sus comidas, mientras que las legumbres apenas figuran sino como accesorio, para sazonar o guarnecer los platos; es raro que tomen un plato completo de judías, lentejas o guisantes; parece que no conocen el arroz, y las pastas alimenticias no entran en sus comidas; todos desdeñan los postres azucarados, y los consideran como cosa superflua, propias para niños y mujeres; en suma, su alimentación, cediendo al prejuicio de que la carne hace el músculo, es predominantemente carnívora. Es un error, contra el que hay que protestar con energía: los obreros piamonteses no comen casi nunca carne, y tienen fama, como los gallegos, por su resistencia al trabajo; los antiguos luchadores seguían un régimen muy frugal y casi exclusivamente vegetal; los mozos de cuerda turcos, que se atracan de arroz, frutas y limonadas, son conocidos por su vigor físico, y los japoneses son un pueblo vegetariano que puede servir de modelo de resistencia. El exceso de carne es nocivo a la salud y ruinoso para el bolsillo.

La ignorancia de las leyes de la alimentación se halla lo mismo en las clases obreras que en las burguesas, en las colectividades, en los colegios, en el ejército. Cuando la Intendencia prevé una ración diferente para el caballo del húsar y para el caballo del coracero, ¿no es ilógico que se dé la misma ración alimenticia al soldado de 1,55 metros de estatura, que al coracero de 1,80? El estudio que se ha hecho de los animales, ¿por qué no ha de hacerse tratándose del hombre?

Labbé expone las reglas de la alimentación racional y práctica. El cuerpo humano puede compararse con una máquina de vapor que produjera calor para mantenerse a una temperatura constante y proveyera de energía mecánica bastante para reemplazar la gastada en forma de trabajo muscular, reparando por sí misma su gasto diario sin detener su funcionamiento; los alimentos representan a la vez los materiales de combustión y de reparación que el organismo necesita. Los alimentos se reducen: 1.°, a albúminas, como la clara de huevo, la miosina de la carne, el gluten del trigo, la caseína de la leche, la legúmina de las leguminosas; 2.°, a grasas, como la crema y la manteca, el aceite, el tocino y la yema del huevo; 3.°, a hidratos de carbono, como los azúcares, el almidón, la fécula; 4.°, al agua; 5.°, a substancias minerales; y 6.°, a alcohol.

Cada material alimenticio tiene su especialidad: las albúminas y las sales minerales, para remendar las células; las grasas, para producir calor, y los hidratos de carbono, energía. Teniendo en cuenta las necesidades del organismo en relación con la estatura, el peso, la edad, el trabajo efectuado y el medio en que vive cada individuo, se puede calcular de un modo exacto el régimen que conviene a cada uno, que es lo que han hecho los investigadores en sus *Cuadros de educación alimenticia*, sin que eso quiera decir que haya que estar siempre con la balanza en la mano pesando calorías, y sin que nos asustemos tampoco, ni nos choque, el que calculemos, con la mayor exactitud posible, nuestras necesidades. ¿No nos toman la medida para vestirnos o para calzarnos? ¿Por qué no hemos de medir también nuestra alimentación, que es mucho más interesante que el calzado o el vestido? Se cree que el apetito basta; pero es un error: el apetito es el resultado del hábito adquirido por el estómago, y no tiene relación forzosa con las necesidades orgánicas.

Importa, ante todo, pasar revista a las principales materias alimenticias. La leche es el primer alimento del sér humano,

y sigue siendo el más admirable como tipo de alimento completo, con albúmina, grasa, azúcar y sales minerales. Por eso puede constituir un régimen exclusivo, y con tres litros de leche diarios, un hombre de estatura media, tiene bastante para su sostenimiento. Sin llevar las cosas a la exageración, se ve que la leche debe entrar por buena parte en la alimentación, y está indicada para el desayuno, ya pura con azúcar, ya con café o con chocolate, en papilla o en ensopado. Sus productos derivados, quesos y natas, son también de primer orden.

Los huevos son excelentes alimentos; contienen albúmina y una grasa fosfórea especial, la lecitina, que tiene propiedades reconstituyentes. Es el alimento por excelencia en período de crecimiento y en estados de convalecencia o debilidad; su abuso, sin embargo, produce accidentes, y su gran inconveniente es lo elevado del precio, que apenas le permite entrar en la cocina popular.

La carne animal, sea de ganado, aves, caza o pesca, tiene también albúmina y grasas, y su gusto agradable y su acción excitante, la hace desear por los trabajadores. No es que dé vigor, pero obra como el alcohol, el café y el té, excitando el sistema nervioso. Es un buen alimento, fácilmente digestible cuando es de buena calidad, pero no es indispensable; tiene inconvenientes fisiológicos cuando se consume en gran cantidad, y tiene la desventaja de su carestía, y no puede ser, por lo mismo, tipo del alimento popular. No pueden condenarse en bloque, sin embargo, todas las carnes; entre el filete, que cuesta a 1,80 francos la libra, y la falda, que sólo cuesta 0,65 francos, apenas hay diferencia en el valor nutritivo; el ama de casa con presupuesto limitado, debe saber esto cuando necesite preparar un buen caldo.

Ciertos pescados son baratos y pueden entrar en la alimentación obrera: las huevas de arenque son un manjar rico en lecitinas fosforadas, que puede reemplazar las yemas de los huevos y los fosfatos de la farmacopea. Las aves son, desgraciadamente, platos de lujo; y la gallina, que el buen Enri-

que IV quería servir todos los domingos a los parisienses, sería ventajosamente reemplazada por una buena oca con castañas, única ave de relativa baratura.

Los cereales forman en casi todos los países la base de la alimentación; pero convendría que su consumo no se limitara al trigo, como sucede entre nosotros. Así el arroz de los chinos, indios y japoneses, así la avena de los escoceses y bretones, así el maíz de Italia y Turquía; los cereales, con sus múltiples preparaciones, compensan el exceso de albúmina de las carnes, y deben entrar, en primer término, en la alimentación popular.

Las legumbres secas (guisantes, judías, lentejas, habas, garbanzos) constituyen, entre los alimentos de origen vegetal, un tipo aparte, por su riqueza en albúmina y su módico precio, que hace de ellas la llamada, con razón, «carne del pobre». Pasan, desgraciadamente, por indigestas, y suelen serlo, pero es porque las preparan mal. No se prestan a un cocido improvisado como un huevo o una costilleta, lo que es un inconveniente para una cocinera que dispone de poco tiempo. En Siria y en Egipto, donde son alimento corriente, se las deja cocer a fuego lento toda la noche, en grandes pucheros de barro metidos bajo la ceniza, y así se obtienen judías y hasta habas que se funden, materialmente, en la boca, con un gusto exquisito.

Las patatas desempeñan un papel importante en la alimentación popular, y representan el tipo de lo feculento, prestándose a multitud de preparaciones culinarias. La castaña es su rival en algunos países de montaña; pero la proporción de grasa que contiene la hace algo menos digestible.

Las legumbres verdes (espinacas, acelgas, achicorias, coles, etcétera, y las ensaladas) tienen mucho menos valor. Sólo son útiles para variar el régimen, alcalinizar el organismo y favorecer la marcha de los detritus alimenticios de los intestinos. Lo mismo puede decirse de la fruta fresca, laxante y alcalinizante, pero poco nutritiva. No sucede así con las frutas secas, azucaradas o feculentas. Las primeras (pasas, higos y dátiles)

son relativamente baratas y tienen mucho azúcar; las segundas (almendras, nueces y avellanas) pueden estimarse como alimentos concentrados por su composición, pero de digestión difícil.

Queda un alimento que es sensible no ver más ampliamente utilizado: el azúcar. En el mundo obrero se consume muy poco, cuando es el alimento energético por excelencia. Puede consumirse en las bebidas, con las frutas confitadas y con los cereales, huevos y leche, en platos dulces. Para que el estómago lo soporte bien, no debe tomarse puro, en forma de bombones, sino incorporado a las bebidas y a los alimentos sólidos.

Por último, el prototipo del alimento azucarado energético es el chocolate: además del azúcar generador de energía mecánica, contiene teobromina, excitante del sistema nervioso. En el curso de una larga marcha o una ascensión, cuando se quiere dar un latigazo al organismo fatigado, una pastilla de chocolate vale más que un gran bisté.

Como bebidas, el gusto popular señala como mejor el vino tinto. Se ha repetido tanto que el vino es una bebida higiénica y que el buen vino no hace daño, que no se quiere creer que el vino es alcohol diluído: un litro de vino de 10 grados, da 80 gramos de alcohol absoluto, lo que equivale a 17 centilitros de cognac o a 8 copitas; y 3 litros de vino, dosis frecuentemente consumida por los obreros parisienses, contienen 240 gramos de alcohol y equivalen a medio litro de aguardiente. ¿Quién no llamaría alcohólico al hombre que bebiera semejante cantidad? El vino no debe proscribirse en absoluto, pero debe tomarse en dosis moderada, que no exceda de medio litro diario para los empleados sedentarios, tres cuartos de litro para los obreros que hacen un trabajo corriente, y un litro para los que ejecutan trabajos de fuerza. En los mismos límites que el vino pueden tomarse la cerveza y la sidra, aunque en mayor cantidad. En cuanto al cognac, ron y licores, mejor es proscribirlos completamente, y los aperitivos deben desecharse por nocivos. El agua es la única bebida indispensable,

y las infusiones calientes y azucaradas de café, té, manzanilla, tila, etc., facilitan el trabajo del estómago y son agradables excitantes del sistema nervioso.

COSTUMBRES

La edad del amor en la mujer.—Es tema tratado con frecuencia en estos tiempos, y Renato Kerdyk le dedica algunas consideraciones en la *Revue Bleue,* que valen la pena de ser recogidas.

Cuando una mujer es linda, su edad no tiene ninguna importancia; cuando no lo es, tampoco. Stendhal pretendía que una mujer de cuarenta años no es algo sino para los hombres que la han amado en su juventud. ¿Qué diría hoy? Su primera impresión será, quizá, la de que todas las mujeres son igualmente jóvenes; pero pronto se daría cuenta de su error, y observaría en el tornasolado de la sociedad algunos seres de apariencia menos joven; se informaría y le responderían: «son las jóvenes». Entonces se volvería hacia las madres, y, como tantos otros, sufriría su atractivo reconociendo que los placeres de la vida han hecho retroceder a sus últimos límites la vida de los placeres, y que la juventud de las mujeres está a punto de hacerse eterna.

Sabido que las mujeres tienen para conservar sus encantos mucha habilidad y muchos artificios; no necesitan para lograrlo hacer sufrir completa transformación a su rostro; les basta un poco de kohl en los párpados, un poco de henné en los cabellos y esa cosita admirable, la manchita de rojo en los labios que presta al rostro de la mujer como una incansable sonrisa. La mujer se arregla hoy muy discretamente. No siempre fue lo mismo: la historia de la mujer es una lucha perpetua por el ensanche de los límites de su juventud: guerra de encajes, sí las hubo, puesto que las armas empleadas para el caso son instrumentos delicados de coquetería femenina, como los polvos, los afeites y los lunares.

En Francia, en otro tiempo, las mujeres estimaban mucho las drogas destinadas a teñir los cabellos, los cosméticos para la piel, las pastas depilatorias, los polvos dentífricos y los perfumes, embadurnándose el rostro de rojo, de blanco y, sobre todo, de amarillo. El buen tono exigía que una mujer llevara siempre consigo su cajita de lunares, cofrecito de oro, marfil o concha, que contenía un espejo, una minúscula borla de polvos, carmín y lunares; tanto, que podían verse señoras en visita, que con la mayor desaprensión abrían su cajita, se miraban en su espejito, se ponían un poco de rojo en los labios, un poco de polvo en la nariz y un poco de rosa en las mejillas. Si alguna hiciera hoy eso, chocaría y se pondría en ridículo. ¿Cuál es la causa de que la mujer contemporánea no necesite tantos aparatos para parecer joven y deseable? Es que para ella, la edad de vivir su vida, la edad de amar, se ha prolongado mucho.

Las amantes de la antigüedad no eran, sin embargo, mujeres de juventud excepcional: Ariana, Medea, Fedra y Dido no se nos aparecen como niñas, ni siquiera como jóvenes. Nuestros espíritus modernos se imaginan mal una pasión demasiado violenta en un cuerpo de mujer demasiado grácil. Por una corriente de ideas análogas, la opinión de nuestra época sobre la edad del amor, se enlaza mejor con la del siglo XVIII que con los años del Romanticismo. El amor de la Condesa a Querubín, está más cerca de nuestra sentimentalidad que el famoso diálogo de los *Caprichos de Mariana:* «¿Qué edad tenéis, señora?—¡Bonita pregunta!, y si no tuviera más que diez y nueve años, ¿que querríais que pensara de ello?—Pues tenéis todavía cinco o seis para ser amada, ocho o diez para amar vos misma y el resto para rezar.» La enamorada de Musset es una niña de diez y seis años; la de Annunzio y de nuestros escritores modernos, una mujer de cuarenta. Para la novela, que se hace cada día más minuciosa, esta preferencia se explica por el hecho de que la complicación del corazón de la mujer aumenta con los años. En el teatro, hay que atribuirlo a otra

causa más sutil y más práctica: a que las intérpretes soñadas por nuestros dramaturgos son las grandes sacerdotisas del arte, mujeres ya hechas, para quienes se escriben los papeles, adaptando el texto a la fisonomía de la artista.

La joven, en efecto, tiene demasiadas ilusiones: es a la vez ruborosa y audaz, llena de pequeñas incertidumbres y de ligeras curiosidades. La mujer obedece a un sentimiento más consciente, a una determinación más pensada. La una cede y la otra escoge. La juventud busca la experiencia, y la experiencia busca la juventud; no hay en la Historia más que un solo personaje que se haya sustraído a esta ley: aquel tontín de José cuando abandonó su capa en las manos regordetas de la señora Putifar. Hay siempre algo triste en la vista de una mujer que se insinúa, como dice Enrique de Regnier en *El Miedo del amor:* «Una mujer que se ofrece, Marcelo, ni es bello, ni muy digno; más bien es cómico y algo feo.» Pero en amor, los gestos más nobles, como los más viles, son extraños a toda reflexión, y frecuentemente no se empieza a amar de verdad sino cuando no se tiene ya la edad de ser amado.

¡Qué melancólica y cruel es la vejez de la mujer enamorada que no ha sabido envejecer! Es algo la caricatura de la belleza y casi lo contrario del encanto. ¡Pobre criatura! Sin cesar se ve obligada a luchar, y cada segundo la mutila; se empeña en dudar de su decadencia, y aunque todas las miradas la señalan, se niega a confesar su derrota; acepta con alegre tristeza los homenajes del primero que llega, espía en los ojos de los hombres que pasan la ilusión de un último deseo, y los cumplimientos que en otro tiempo desdeñaba, los implora como una limosna. ¡Ah! ¡Cuánto más precoces son las arrugas del rostro que las del corazón!

***

La muerte de la conversación.—La conversación ha muerto, aunque no está enterrada todavía—como dice Aurel

en *La Grande Revue*. Si a principios del siglo XIX los franceses del Canadá recorrían 500 leguas por encontrar compatriotas con quienes charlar, hoy nadie se preocupa de la conversación clásica, la distracción más culta de nuestros abuelos. Ya no se charla más que de viaje o en provincias; en las grandes capitales *se habla*, y no para entretenerse, sino para hacer papel; se coloca la frase útil o llamativa, y luego se retira uno.

Mucho antes de Aspasia, y aun antes de las doctas discusiones de los peripatéticos, había nacido *el salón* entre los hombres demasiado débiles o demasiado sensibles para la caza y para la guerra, que se quedaban en torno de las mujeres, dándolas conversación mientras hilaban, trenzaban cestas o cosían pieles. En todos tiempos la conversación nació entre la mujer y el hombre que no podían más que verse y escucharse vivir. ¿Quién no sabe que una voz da toda la embriaguez cuando distribuye en el canto de las sílabas la animada juventud de un sér? ¿Se necesitan tantos gestos para ser felices? La conversación es el conservador de la virtud de tantas mujeres; y si la señora Recamier no hubiera gustado todas las alegrías, gracias a esa viva charla de tantos hombres sublimes, ¿hubiera esperado cuarenta y un años la «consumación», como la llama crudamente la señora Sevigné?

La voz, el sonido, el timbre sobre todo, para el oído sabio, son otros tantos regalos que el estilo escrito no puede ofrecer. El ímpetu de las palabras, la división de las sílabas por la garganta, es la figuración cantada del sér que habla; Aurel cita el hecho de un ciego que bajo una puerta esperaba a que le dieran limosna; pasa una linda criada y le saluda al paso con un «¡Buenos días, buen hombre!» «¡Qué guapa es!»—dijo el ciego sobrecogido.—Por el timbre joven, con sus acordes victoriosos, había sentido la armonía de una forma de sér vivo; y más íntimamente que nosotros había *visto* la gracia de la mujer. Por eso, la conversación, la interpelación, sobre todo, por la sorpresa que encuentran nuestros sentidos más vivos, di-

buja materialmente al interruptor. En cuanto al diálogo seguido, de confianza, es la vida misma, es el choque de que a veces brota el hallazgo que ninguno de los interlocutores hubiera hecho por sí solo.

Pero hay una conversación, nacida de los grandes salones, que requiere un auditorio, y no se levanta con toda su fuerza sino por varios. El verdadero salón lo dirige la mujer; hablar de salones es hablar de mujer. De esas jaulas de lobos que son a veces las buenas casas en que se habla, han salido algunos hombres, y no de los que se olvidan. Chamfort existió por ellas, y no hay escritor de costumbres que en ellas no se haya formado, ni pensador solitario que no las haya apuntado. Pensando en los salones, nos dice Talleyrand: «Desconfiad del primer movimiento, porque casi siempre es bueno.»

Los salones enseñan la mujer al hombre; antes de tener un poco «de mundo», nuestra Eva se ignora y no mide sus facultades ni ninguno de sus medios. Los salones son los que dan esa experiencia a que hacía alusión aquella frase de gran señora cuando decía: «¡Qué tonta tiene que ser una para no llegar a ser linda después de los treinta años!» Si a Metternich le parecían las mujeres sin polvos «camareras que no han tenido tiempo de arreglarse», ¿de dónde sacaba ese desdén de la Naturaleza, sino del salón? ¿Cómo, sino por un gusto de salón, reconvendría Safo a una amiga «por haber levantado mal su vestido sobre sus tobillos«? Si la conversación ha tenido el arte de bastar a mujeres como la Recamier, ha hecho a muchas otras más cariñosas. La marquesa de Sevigné sabía que sus cartas a su hija serían releídas. Ver la francesa a solas, es no conocerla del todo; hay que llevarla a los matorrales de los salones para que las zarzas de la intriga la piquen un poco, y para que gaste un poco en ellos sus dientecitos. La conversación no consiste en no saber hablar más que con su mujer, lo que, sin embargo, es el arte supremo; el hombre no habla ricamente sino de las mujeres que no tiene. Cierto es que necesita esperar para hallarse en condiciones de expresarse completamente.

Por otra parte, no dedica sus ocios a la que siente armada para siempre; pero necesita esperar a largo plazo, de vencimiento incierto; si cree obtenerlo todo, no ve más que eso; y si lo tuvo, su locuacidad se embota.

El diálogo seguido, la conversación esencial, huye hoy de nosotros tanto como la charla entre muchos; y hablar largamente con la que no se tiene, es una situación totalmente abolida. ¿Por qué? Muy sencillo: hoy se conceden tres entrevistas para espiarse, para ver venir las resoluciones de cada cual, que no se formarían, en cuanto a la mujer, sino después de meses de relaciones deliciosas. En la primera visita, el moderno aspirante estudia la persona, en la que olfatea una lisongera presa; la interroga y la clasifica; pero la hora vuela y no permite ya que uno se conceda hoy el lujo de cambiar de opinión cuando ésta ha llegado a formarse. Otro día consagra uno otra hora a persuadir a la dama, que espera un indicio de ardor, una palabra de ansiedad verdadera que no brota. Resuelto a ir de prisa, no experimenta ni escucha tampoco las respuestas a sus preguntas; y como no se toma el tiempo de cambiarse, es decir, de turbarse, como no vive, ella no le siente vivir; y la mujer no presta atención sino al hombre que ella cambia. Así se deshace un nudo por haber empleado demasiada destreza en hacerlo. Una mujer sensible no puede conmoverse sino por la confesión menos preparada; pues todo arte suena a falso para los sentidos cultivados. Todavía, sin embargo, se concede una entrevista de añadidura, contando con entenderse al fin. «Haz, haz que te ame»—implora para sí la mujer.—«Inspírame las palabras que te hagan dócil»—gime secretamente el hombre.—Pero como para florecer, el diálogo no debería cesar, y entre fragmento y fragmento de diálogo pasan días, y días de París, la emoción iniciada ayer, se funde, se desparrama, y queda sin fruto. Para forjar las cadenas del corazón se necesitan vulcanos más obstinados.

La *parlería:* he ahí el peligro. Jamás hubo conversación clara entre la mujer y el hombre, jamás coloquio limpio. La

ambigüedad fatal de las primicias es su mejor promesa; el hombre no admite ya perder el tiempo; la mujer cree que el tiempo de la conversación era el único ganado; de ahí el divorcio y el malestar entre ella y él. No hablándose, ya no se entienden. La muerte de la conversación mata el amor a la sociedad, y recíprocamente. El sér de hoy se decide solo, monstruosamente, y no entre dos, a tomar hombre o mujer. Hoy se viaja por escoger un auto o un caballo; en amor, se toma lo que pasa, para no perder tiempo. Se llama públicamente, a la romana, y sin tener miedo a la palabra, machos y hembras *conferencian.*

La carta ha muerto, y era lo que sobrevivía a la conversación. La mujer debiera resucitarla. El salón de la señora Staël era una de las inquietudes de Napoleón. Balzac iba más tarde al salón de la duquesa de Abrantes, porque había conocido y tratado á Napoleón; Stendhal iba a casa de la señora Angelot, pero por pasar el rato. En cuanto a la casa de la señora Recamier, ¿no fué a ella con Sainte-Beuve, sólo por ver al gran Lama (Chateaubriand)? ¡Qué diferencia ya de estos salones al de Rambouillet, y qué diferencia, mayor aún, de esos salones a los nuestros! Los salones de hoy, los grandes, son casas de fieras en que se muestra a los escritores como animales extraordinarios: si hablaran, chocarían, porque nadie sabría responderles; todo el mundo calla en siete u ocho lenguas, hasta que la música se eleva torrencial para espantar a los que usan de la lengua. Si nuestros salones matan la conversación a fuerza de teclas, tenemos en cambio la posibilidad de un coloquio inaudito entre el marido y la mujer.

La mujer se venga escribiendo lo que no la dejan decir de palabra; por eso hoy hay tantos libros de mujeres. Que el hombre pierda un poco más de tiempo con la mujer, que la conversación renazca, y el libro de mujer desaparecerá.

Conversar ha significado, en otro tiempo, *vivir con.* Al cambiar de acepción, la palabra no ha perdido del todo su valor; pero la conversación ha perdido su carácter de comunicación

íntima. Los salones se dividen en dos campos: los hombres hablan entre sí de sus negocios, de arte o de dinero, con cariño; las mujeres chismorrean. Se flirtea por lo bajo, por parejas, y no en voz alta, brillantemente, por el honor, del amor, en general.

CUESTIONES JURÍDICAS

Errores judiciales.—El magistrado de París, Ransson, ha publicado un *Ensayo sobre el arte de juzgar,* que junto con el de Guilhermet *Cómo se cometen los errores judiciales*, vienen extractados y comentados por Renato de Chavagnes en *La Revue*, fijándose especialmente en los experimentos relacionados con lo que pudieramos llamar la «ciencia de la atestiguación», cimentada en los trabajos de Binet, en Francia, Stern, en Alemania, y Claparede, en Suíza.

Eduardo Claparede, director del Laboratorio de Psicología de la Universidad de Ginebra, formula esta observación: «La ley determina con cuidado lo que el hombre debe hacer; pero se preocupa excesivamente poco de lo que puede hacer en realidad; así, no se tiene en cuenta la fatiga que puede producir un largo debate en el espíritu de los jurados o de los jueces, ni la imposibilidad de hecho para un espíritu fatigado, de retener una larga serie de testimonios, o de apreciarlos sanamente.» Los experimentos de Claparede reúnen las condiciones de imprevisto que caracterizan los testimonios reales en la práctica de la vida, y constituyen, por lo mismo, pruebas materiales de testimonio; sus resultados son más que desconcertantes, asustan lo mismo que se refieran a apreciación de cualidades que a señalamientos o a confrontaciones.

Un día Claparede interroga a 54 de sus oyentes sobre la disposición de ciertos locales de la Universidad, y después de haberse cerciorado de que sus preguntas han sido bien comprendidas, deja tiempo a los estudiantes para responder por escrito. Ninguno da una respuesta exacta; el que más, llega

a una fidelidad de 86 por 100, y los cinco testimonios más débiles son completamente nulos; y lo más extraño es que los más familiarizados con los locales universitarios son los que responden peor. En este experimento se trataba de una ventana de grandes dimensiones, ante la cual pasaban los estudiantes todos los días; además, hace *pendant* con la ventana de la portería que todos conocen bien, puesto que detrás de sus cristales se fija la lista de sus cartas y correspondencias; a pesar de todas estas circunstancias favorables para fijar los recuerdos, la existencia de esa ventana ha sido negada 44 veces entre 54 personas. Semejante resultado prueba que, en ciertos casos, el valor del testimonio no guarda relación con el número de testigos.

Hay una tendencia singular en el testigo a negar lo que que existe, cuando no se ha fijado en ello o la cosa no ha dejado huellas en su memoria. Es lástima que tal ocurra y hay que tratar de evitar el sacar de la inexistencia de las cosas en nuestra memoria, su inexistencia en la realidad.

La tendencia a afirmar lo que no existe, está también muy difundida. Claparede llega a establecer, por sus experimentos, que cuanto menor es la memorabilidad de un hecho, mayor es la tendencia colectiva a atestiguarlo. En la investigación de la verdad, el modo de preguntar influye mucho, y el mejor es evidentemente el menos sugestivo. El relato espontáneo es siempre más fiel que el resultante del interrogatorio. Desgraciadamente, no hay más remedio muchas veces que hacer preguntas precisas, y allí es donde fallan las respuestas.

En cuanto a la apreciación de las cantidades que tan importante papel desempeña en los testimonios judiciales, no hay menos confusión: para apreciar la edad de un individuo, las respuestas varían en los experimentos de la señorita Borst, de diez a catorce años, tratándose de una joven, y de veinticinco a setenta, tratándose de un pastor. La facultad de medir mentalmente las cosas la ejercemos poco, y, según las observaciones de Claparede, un hombre de los más instruídos, con

una profesión que le obliga a recorrer frecuentemente las montañas, da 100 metros de profundidad a un barranco que sólo tiene 30. A Stern debemos las fórmulas que permiten fijar el coeficiente de error de apreciación, resultando que existen en las colectividades ciertas tendencias casi constantes a sobrestimar las pequeñas magnitudes y a subestimar las grandes, en números y longitudes. Las señoras aprecian siempre peor que los hombres, y tienden a la subestimación las unas y a la sobrestimación los otros. Según Claparede, la mujer no tiene tendencia especial a subestimar, sino simplemente a exagerar la tendencia errónea en cualquier sentido que sea.

El 13 de Diciembre de 1905, cuenta Claparede, un individuo disfrazado y enmascarado entró bruscamente en el aula en que daba mi lección, y se puso a gesticular y a proferir palabras incomprensibles; le mandé retirarse, y como no obedecía, le puse a la puerta. La escena había sido preparada; pero como la víspera se había celebrado una fiesta de máscaras, tomaron al intruso por un enmascarado retrasado, y amigo del escándalo. Ocho días más tarde, Claparede quiso que sus alumnos dieran las señas del individuo: sólo 25 respondieron a sus preguntas en un plazo de tres meses; cada testigo, terminada su deposición, fue conducido a una de las salas del laboratorio donde se hallaba expuesta, entre otras diez máscaras, la del individuo disfrazado; el experimento tenía a la vez el valor de un señalamiento y de una confrontación. Los testimonios relativos al señalamiento, ni eran fieles ni extensos: sólo uno contestó a las doce preguntas del interrogatorio con 59 por 100 de fidelidad; otro, sólo dió tres respuestas y media con 42 por 100 de fidelidad; de siete damas, una dió cuatro respuestas y otra siete; pero con una fidelidad de 100 por 100, resultado que debe atribuirse a que, tratándose de vestidos, el bello sexo se interesa siempre por instinto. Los testigos interrogados no tenían del traje del disfrazado sino un recuerdo bastante defectuoso, describiéndolo, sin embargo, con muchos detalles, y

hasta adiciones. Sus cabellos no eran visibles, y sin embargo, sólo cinco testigos, de 15, lo declararon, y para eso, dos de ellos afirmaron que tenía una máscara de punto que le ocultaba toda la cabeza, lo que era falso. El disfrazado llevaba una blusa gris, pantalón obscuro, sombrero gris y guantes blancos; casi la mitad de los testigos le adjudicaron una blusa azul, varios un sombrero de copa alta, y cuatro alemanes un pantalón de cuadros, y seis negaron la existencia de los guantes.

La confrontación es cosa relativamente independiente del recuerdo; ocurre que un sujeto describe correctamente una imagen que ha visto, y luego no sabe reconocerla. En la prueba de Claparede, sólo cinco alumnos, de veintitrés, designaron la verdadera máscara, y casi todos con vacilación; uno sostuvo que el disfrazado tenía la nariz roma, y reconoció su máscara en este indicio, y el hombre, en realidad, tenía la nariz larga.

«Es imposible—concluye Claparede—juzgar un testimonio colectivo por las reglas de la probabilidad matemática o del razonamiento *à priori*. La experiencia psicológica nos enseña que, por grandes que sean las diversidades individuales, existen ciertas tendencias genéricas que rigen los espíritus de todos los individuos, y que, por consiguiente, puede llegarse a un acuerdo en el error, aun entre testigos que obran independientemente unos de otros. A los que pretenden que todo eso es muy vago y que una instrucción criminal es asunto demasiado serio para que puedan tenerse en cuenta leyes que los psicólogos tratan de descubrir y cuya validez no es absoluta, podría responderse que una ley aproximativa vale más que la arbitrariedad pura y simple que ha presidido sólo hasta ahora la apreciación de los testimonios.»

IMPRESIONES Y NOTAS

Schopenhauer y Balzac.—Sabido es que la base de la doctrina de Schopenhauer es el concepto de *voluntad* unido con el

de *representación*. El mundo es una representación, en el sentido de que no se le puede concebir sino representado en una inteligencia; pero lo esencial de este mundo fenomenal es la voluntad, que se manifiesta en forma de fuerza, y en los seres vivos bajo la forma de querer vivir. La inteligencia no es más que su servidora, y fuera de algunos casos de conocimiento de sí mismo y de emancipación, representa el papel de instrumento, de medio al servicio del fin fijado por la voluntad. Ahora bien, ¿cuál es, según Balzac, la filosofía del colegial de Vêndome, su íntimo amigo?

«A ideas nuevas—dice,—palabras nuevas o acepciones de palabras antiguas, ensanchadas, extendidas, mejor definidas. Lamberto había escogido para expresar las bases de su sistema algunas palabras vulgares, que respondían ya vagamente a su pensamiento. La palabra VOLUNTAD servía para llamar el medio en que el pensamiento hace sus evoluciones; o, en expresión menos abstracta, la masa de fuerza por la que el hombre puede reproducir fuera de sí mismo las acciones que componen su vida exterior. La VOLICIÓN, palabra debida a las reflexiones de Locke, expresaba el acto por el cual el hombre usa de la *voluntad*. La palabra PENSAMIENTO, producto quintaesenciado para él de la voluntad, designaba también el medio en que nacían las ideas a las que sirve de substancia. La IDEA, nombre común a todas las creaciones del cerebro, constituía el acto por el cual el hombre usa del pensamiento. Así, la Voluntad y el Pensamiento eran los dos medios generadores; la Volición y la Idea eran sus dos productos. La Volición le parecía ser la Idea llegada de su estado abstracto a un estado concreto. El Pensamiento y las Ideas son el movimiento y los actos de nuestro organismo interior, como las Voliciones y la Voluntad constituyen los de la vida exterior. Para pensar, hay que querer—decía;—muchos seres viven en estado de Voluntad sin llegar siquiera al estado de Pensamiento.»

Esta jerarquía es precisamente capital en Schopenhauer, como consigna la *Gaceta de Francfort* al hacer notar la cone-

xión entre la filosofía de Schopenhauer y el sistema expuesto por Balzac en su novela *Luis Lambert*. El cronista alemán añade que Balzac, precursor de Schopenhauer, no le ha inspirado, como también puede afirmarse que Schopenhauer tampoco ha inspirado a Balzac; es una mera coincidencia, digna de ser notada como fruto del ambiente creado por la epopeya napoleónica. *El mundo como voluntad y representación* apareció en 1819. Y aunque Balzac supone que Luis Lambert redactó su *Tratado de la voluntad* en 1812, lo cierto es que la novela no se publicó hasta 1832.

***

El Ballo in maschera.—La representación del *Ballo in maschera* en el teatro Constanci, de Roma, da motivo a un colaborador del *Giornale d'Italia* para referir una curiosa anécdota respecto a la célebre y ya casi olvidada ópera verdiana. Se representó en Liorna, produciendo gran entusiasmo, en la temporada de Carnaval, y el pueblo liornés, gustando y apreciando la música de la obra, discutía y comentaba la oportunidad de su representación, por parecerle que el trágico final del epílogo no cuadraba bien con las alegrías carnavalescas. En la última noche de Carnaval, especialmente, no se quería que muriera nadie en escena. ¿Cómo arreglarlo? No estaba preparada ninguna otra ópera, y no era cosa de dejar cerrado el teatro la noche del martes gordo. Había, pues, que representar el *Ballo in maschera,* y preciso era que, por duodécima vez, Renato, enmascarado, dejara seco a Ricardo de una puñalada. En el último acto, la sala resplandecía de luces, y la multitud de las máscaras giraba arriba y abajo; las bailarinas danzaban, y Amelia, la mujer creída culpable, busca afanosamente a Ricardo para advertirle del peligro que corre, y, aunque disfrazada, es reconocida por él, que grita apasionadamente: «¡Iuvan ti celi, Amelia.» Mientras se desenvuelve el último dueto y Ricardo pronuncia el último adiós; cuando Renato, a sus espaldas, alza el brazo para dar el golpe, tres misteriosos domi-

nós lo agarran, lo desarman, le persuaden de la inocencia de la mujer, y obligan a Renato y a Ricardo a hacer las paces. El público, sorprendido y encantado, aplaude con entusiasmo, de pie, a los tres ciudadanos cuya intervención ha impedido el asesinato para acabar bien el Carnaval.

***

La altitud y la sordera.—Son interesantes las conclusiones que el Dr. Marcelo Natier saca en *La Ciencia para todos* de sus prolongados trabajos sobre la sordera y de la influencia que en esta enfermedad ejerce la altitud. Según Natier, la mejora de la sordera sólo puede obtenerse de la residencia en lugares altos, siendo muy distinta la percepción auditiva en las playas, o simplemente en las llanuras, que en las montañas.

La acción favorable ejercida sobre la sordera por la altitud, es, por el momento, puramente transitoria; pero, sin embargo, el Dr. Natier saca de esta acción un feliz presagio en favor de las tentativas para corregir las funciones del oído con ejercicios acústicos mediante el diapasón, y, entretanto, aconseja que no se hagan ni directamente, ni en la vecindad de la oreja, aplicaciones hidrominerales, que jamás han producido ningún efecto saludable.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La moda, per Fausto Squillace.—Palermo Remo Sandron, editore, 1912. 155 páginas, 2,50 liras.

Bien está estudiar la moda, como está bien estudiar todo cuanto se pueda. Al cabo, el hombre, podemos decir que no es otra cosa, como tal hombre, sino una máquina de conocimiento y estudio, jamás cansada, ni aun satisfecha. Todo conocer es siempre poco, y deja abiertos más vacíos que llena. ¿Por qué, si a toda clase de cosas y fenómenos, aun a los imperceptibles y meramente problemáticos, o acaso con más preferencia a éstos que a los demás, se aplica el deporte de la curiosidad intelectiva, que tantos deleites proporciona, y también tanto escéptico desengaño, no se ha de fijar asimismo en el fenómeno de la moda?

Esto es lo que hace Fausto Squillace, con la pretensión de realizar trabajo nuevo; pues, según él mismo cuida de mostrarnos, apenas si entre sus precursores se pueden citar tres o cuatro nombres (Spencer, Tarde, Simmel, Ross), que de la moda han tratado antes que él, y esto muy ligeramente. Quizá por esta falta de base preparatoria, el trabajo del autor resulta también bastante endeble; a lo menos, esa es la impresión que a mí me ha hecho, y salvo mejor parecer.

No es un tratado de la moda, hecho para modistas y petimetres, pues en el libro no se dan reglas para saber inventar modas y saberlas aprovechar y adaptarse a ellas; es un ensayo psicológico y sociológico en que se intenta una explicación to-

cante a la índole interna de la moda, a los móviles humanos que le dan origen y al valor social que se le puede atribuir.

Lo principal del pensamiento del autor—que los lectores juzgarán por su cuenta—está condensado en las siguientes afirmaciones: «La moda es un fenómeno social de origen psicocolectivo y de carácter estético; es una forma de arte, y más precisamente, de arte decorativa del cuerpo humano, la cual, como toda forma de arte, se halla sujeta a las conocidas leyes de la estética sociológica, según lás cuales el arte es un fenómeno social. La más antigua forma de las artes, según la etnología, es precisamente el arte decorativa, y la más antigua forma de decoración es la del cuerpo humano. El hombre, antes de decorar los objetos, ha comenzado por decorarse a sí mismo... La moda nos muestra cómo cada época concibe el bienestar, la elegancia, el pudor. El hombre externo es el desarrollo, la forma del hombre interior. Como el naturalista reconoce el molusco por su concha, así la historia de la civilización reconoce una época por su manera de vestir. Los arqueólogos, según es sabido, clasifican las épocas por el peinado de las estatuas. La moda muestra el progreso de las industrias, el grado de cultura, el sentimiento estético, el nivel de la educación moral... La elegancia es la distinción estética de la moda. El lujo es la distinción económica de la moda.»

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Las sesiones secretas de las Cortes de Cádiz, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo 5

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 25

El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: Religión, mitología de ultratumba y apocatastasis, por Miguel de Unamuno 79

Métodos educativos de las civilizaciones latina y británica, por Rafael Garofalo 117

La América Moderna, por Vicente Gay 156

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 173

Notas bibliográficas, por P. Dorado 206

AP
60
E8
año 24
no.283-85

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY